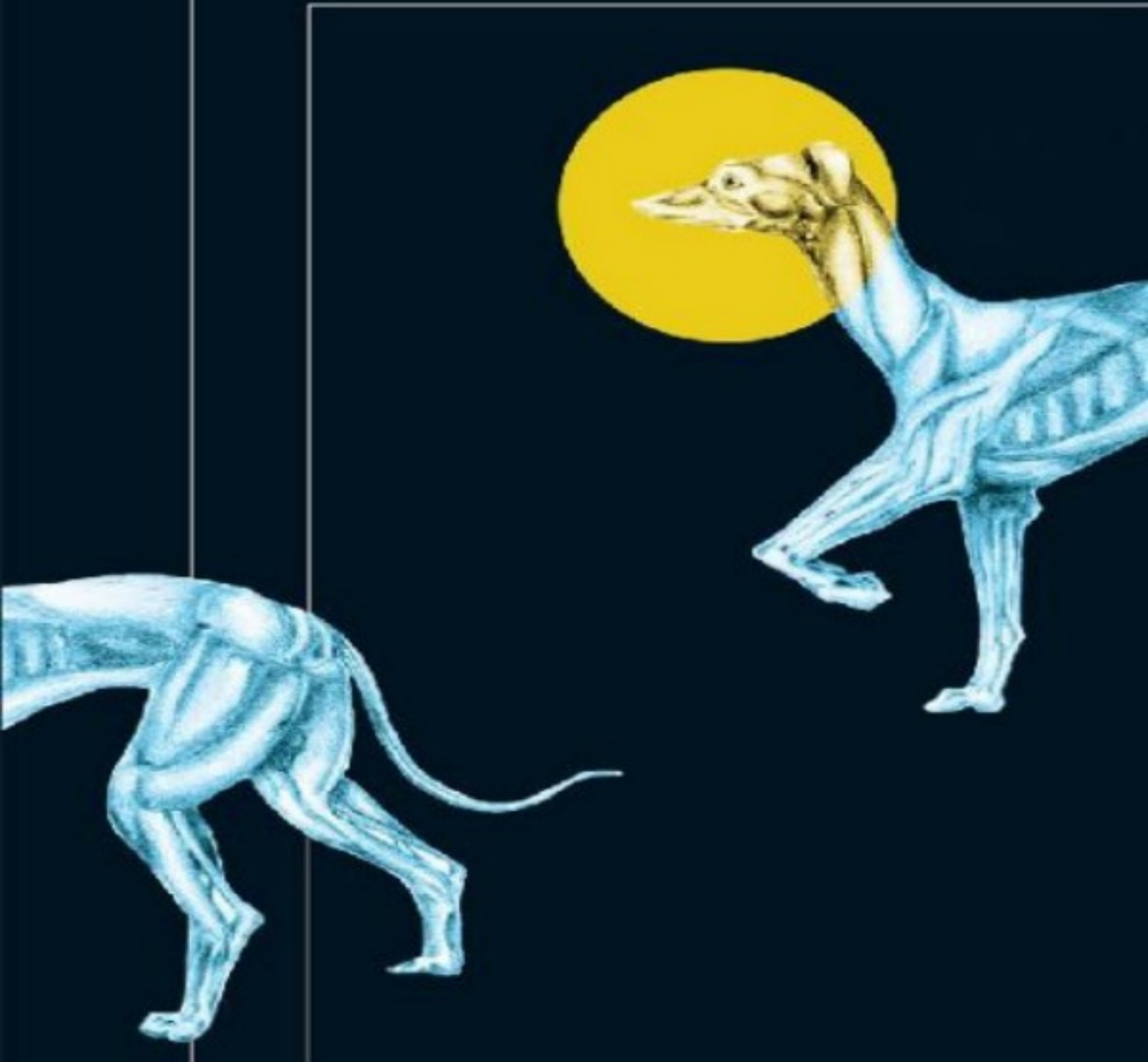
ALFAGUARA

Mario Bellatin

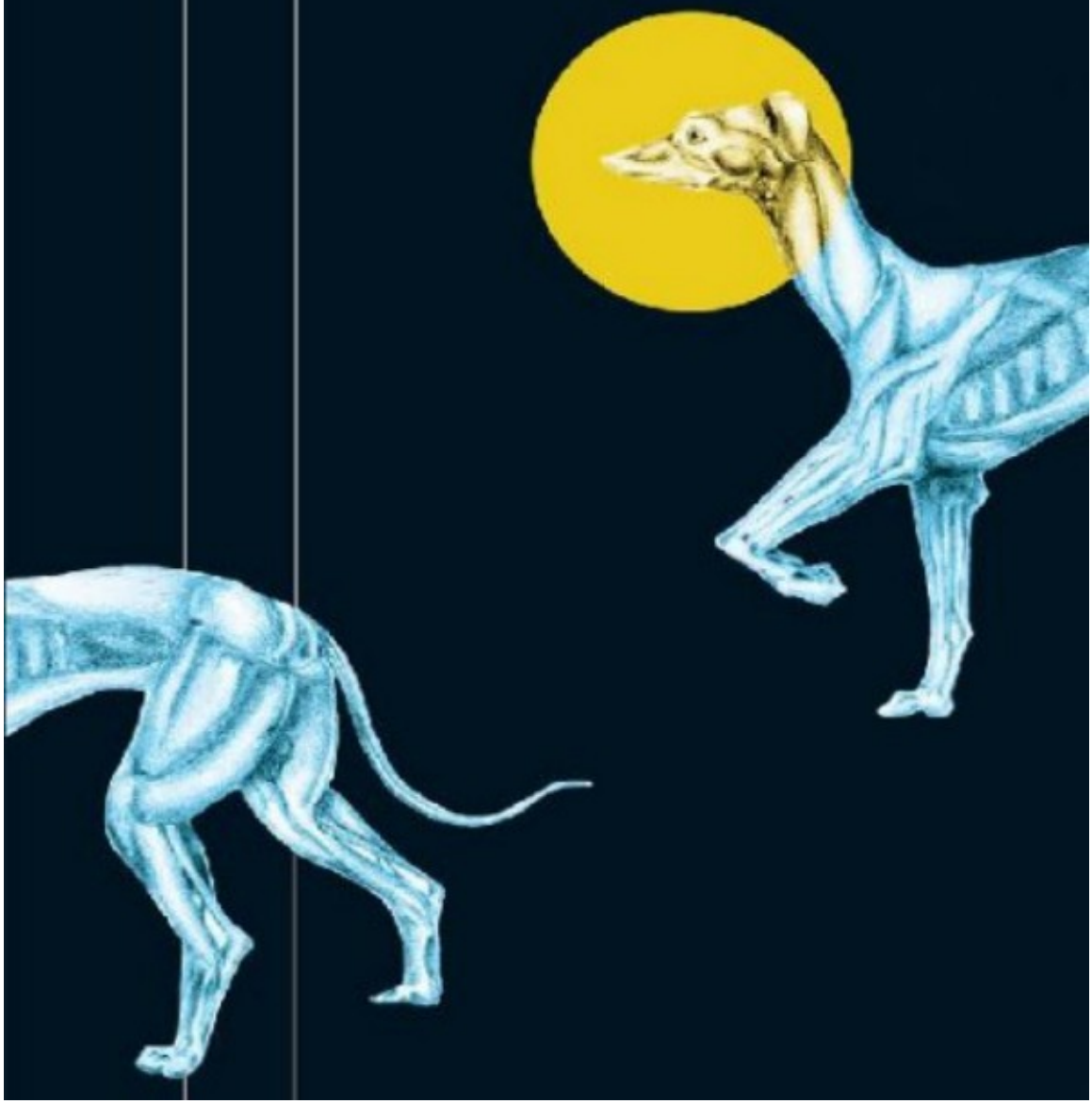
Obra reunida 2



ALFAGUARA

Mario Bellatin

Obra reunida 2



ALFAGUARA

Obra reunida 2

Mario Bellatin

Índice

Portadilla
Índice

Escribir sin escribir
Visita con fiebre
Lecciones para una liebre muerta
El gran vidrio (tres autobiografías)
Poeta Ciego
El auto del señor Dufó
Disecado
El pasante de notario Murasaki Shikibu
Registro de las flores
El libro uruguayo de los muertos
La jornada de la mona y el paciente
En las playas de Montauk las moscas suelen crecer más de la cuenta
En el ropero del señor Bernard falta el traje que más detesta
Quechua
Un cierto juchitán para graciela iturbide
Demerol sin fecha de caducidad
Giradores en torno a mi tumba
Los cien mil libros de Bellatin

Créditos
Grupo Santillana

Escribir sin escribir

Lo raro es ser un escritor raro

Alvaro matus, periodista de la revista de libros del diario chileno el mercurio, me incluye en una lista que podría ser considerada como la de los escritores raros de la literatura hispanoamericana. Alguien, un joven editor peruano, me pregunta si me siento cómodo en este equipo. Me parece extraño hablar sobre mí, reflexionar sobre la obra que he desarrollado como si se tratase de un estudio sobre literatura comparada.

Pero si quiero ser fiel a mis impulsos el único discurso que me gustaría preparar sobre literatura comparada es el que se refiere a lanzar una mirada acompasada entre vida y literatura. Establecer un paralelo, examinar, cotejar la obra en diálogo con mi propia vida. Para lograrlo tendría que hacer como si lo escrito perteneciera a otra instancia del que lo escribe. Creo que un ejercicio semejante podría ayudar para desenmascarar no sólo muchas escrituras falsas, incluyendo la mía, sino lo falso inherente a cada escritura. Cada autor poniendo por delante las mentiras en las que debe incurrir para sostener su propia palabra.

Me parece que alvaro matus es demasiado generoso en su apreciación. La lista que elaboró para el diario está conformada por autores extraordinarios, a los cuales me daría temor considerar como raros. Son autores

excepcionales, y mi presencia allí constituye una sorpresa, agradable por cierto.

Me suele llamar la atención cómo un mismo libro puede tener tan diferentes lecturas dependiendo del espacio y del tiempo de su aparición. En una época me sucedía que lo que publicaba era siempre considerado inferior a lo que había editado antes. Se convirtió entonces en un juego interesante buscar la edición de los textos sólo para avalar el libro anterior, que a su vez había sido comparado en desventaja con el libro precedente. Advertí entonces la presencia constante de una retórica del lector —que muchas veces es ignorada al pensar que es una suerte de *tabula rasa*—, que siempre suele adelantarse a lo que está por leer. Quien lee parece llamado a quedar siempre desilusionado, pues es imposible que una obra encuadre perfectamente con determinada fantasía.

En cierto momento decidí editar varios libros al mismo tiempo. Hice tratos con distintas editoriales para que diferentes textos salieran a la vez, con el fin de que las obras se fueran entremezclando para convertirse todas en un mismo libro. Tal vez este ejercicio las haga un poco extrañas. Los escritos titulados *canon perpetuo*, donde una mujer emprende un largo recorrido con la finalidad de recuperar la voz de su infancia; *bola negra*, en el que asistimos al suicidio de un entomólogo que decide ser comido por su propio estómago; y *la mirada del pájaro transparente*, donde dos hermanos hacen caer sobre sus padres la ira de dios, son parte, creo, de una misma escritura.

Algún periodista, puede ser el mismo alvaro matus, ha señalado que los narradores de mis libros suelen escribir desde un espacio límite. A partir de esa apreciación pienso, como ejemplo, en las voces sobre las cuales se estructuran los textos *jacobo el mutante*, *salón de belleza* o *perros héroes*, y sospecho que se encuentran un tanto cerca del borde, desasosegados, dentro de una zona fronteriza. Fue interesante su cuestionamiento pues yo estaba convencido de que esos narradores escribían desde el silencio, desde la carencia, desde la falta —tanto en su acepción de vacío como de infracción— donde el lenguaje nunca es lo suficientemente escaso, tiene siempre demasiadas posibilidades, y eso es un problema irresoluble para expresar lo que se quiere comunicar: precisamente aquello que no se puede decir.

Yo había detectado que existía una búsqueda constante de escribir sin escribir, de resaltar los vacíos, las omisiones, antes que las presencias. Quizá por eso el narrador de esos libros buscó muchas veces escribir sin necesidad de utilizar las palabras. Hizo uso de elementos propios de otros medios, tales como cámaras fotográficas o puestas en escena para seguir construyendo sus estructuras narrativas.

A veces he constatado, aterrado, el carácter profético de la palabra escrita. Me he visto envuelto, quince o veinte años después de haberlas concebido, en situaciones similares a las que aparecen en los textos.

Lo más impresionante de determinado proceso de escritura es que después de levantar fronteras para todo,

de crear una serie de sistemas que permiten entender el mundo como una gran maquinaria, se advierte que no existe ningún límite. Es ése el punto donde se abren todas las posibilidades, y no queda otro recurso sino el de cobijarse bajo un orden trascendente. Esto puede estar cercano a la experiencia mística, en la que después de una serie de privaciones y luchas contra la libertad individual se encuentra el infinito… y quizá la profecía.

No sé si haber organizado un congreso de *dobles* de escritores haya sido una forma de seguir construyendo mi obra. Es cierto que desde hace algún tiempo he venido indagando acerca de la relación entre el autor y su texto. Provenimos de una tradición literaria donde muchas veces se ha dado un relieve excesivo a la presencia del autor y a las circunstancias sociales en las que ese creador está sumido. En esta búsqueda por desentrañar las relaciones entre el texto y su creador me parece están inscritos una serie de libros que he ido publicando. En *el jardín de la señora murakami*, por ejemplo, quise hacer pasar al autor como el traductor de un texto inexistente; en *jacobo el mutante* el creador es un incompetente investigador literario. Es de ese modo, queriendo saber cuáles pueden ser las posibilidades en las que puede situarse un escritor frente al texto, como llegué a aceptar la propuesta que se me hizo de ser curador de una muestra de arte. Quise apelar a la figura del curador como autor y la muestra como su obra. Se me ocurrió entonces la posibilidad de organizar un congreso de escritores donde los escritores no estuvieran presentes. Trasladaría al lugar del evento sólo las ideas de estos creadores, para constatar lo que ocurría con los textos una vez que estuvieran huérfanos de sus autores. Es de ese modo como en un comienzo emprendí un

arduo trabajo fotográfico, que buscó retratar los seis meses que pasó cada creador con su doble: personas tomadas al azar que debían aprender de memoria diez textos que repetirían de memoria frente al público en una sala de parís.

Al principio, la propuesta causó cierto desconcierto. Los organizadores titubearon, pero terminaron aceptando que se llevara a cabo un congreso con estas características. El día de la inauguración se quejaron, sobre todo, algunos profesores de universidades europeas que habían viajado desde sus lugares de origen con el fin de estar cerca de una serie de autores mexicanos, muchos de los cuales eran material de sus investigaciones. Me pareció importante esa queja, la de la ausencia de los cuerpos de los escritores programados. De allí surgía la pregunta de qué era lo que realmente se espera del evento literario. Si son ideas, como se supone, se encontraban éstas presentes. Allí estaban los cuarenta temas fundamentales en ese momento para los verdaderos autores. El congreso de dobles me despejó algunas dudas. Entre otras, pude comprobar la importancia real que adquirían esos textos cuando eran dejados a merced de sus propias reglas, sujetos sólo a las instrucciones de uso que habían proporcionado los creadores para su difusión.

El congreso de dobles fue el comienzo de una serie de acciones que comencé a plantear en los años siguientes. La más importante fue la que tuvo que ver con la escritura y presentación del libro *perros héroes*. La historia comenzó cuando contesté un aviso del diario de artículos de segunda mano donde anunciaban la venta de cachorros de pastor belga malinois. En esa época había muerto de vejez un perro sumamente fiel y buscaba un animal sustituto. Había

ensayado sin éxito con varios ejemplares. Un greyhound que se estrellaba contra las paredes de mi casa por falta de un espacio apropiado para correr; unos lebreles que ensuciaban sin la menor culpa los muebles y las camas; ciertos podencos que no entendían ninguna orden y un primitivo basenji, el perro gato, que me llegó a desesperar con su indiferencia. Hasta que alguien me recomendó que probara con malinois, los únicos capaces de efectuar con éxito el *ring francés*, un deporte en que los perros muestran unas habilidades excepcionales. Me dijeron que conseguían realizar esas proezas porque eran descendientes directos del lobo. Contesté al aviso. Hice una serie de preguntas específicas sobre la relación entre estos perros y sus ancestros. Sobre si sus habilidades podían explicarse por una inteligencia más desarrollada que la de los perros de otras razas. Me pidieron que esperara unos momentos. Alguien iba a contestar a mis preguntas. Minutos después escuché por primera vez la voz del hombre inmóvil, quien desde sus primeras palabras trató de demostrar que tanto él como esos canes eran poseedores de una mente superior. Media hora más tarde estaba yo instalado en su casa, atento al espectáculo que desde su inmovilidad más absoluta tenía montado para los visitantes. Con la ayuda de su enfermero entrenador, hacía pasar uno por uno a los ejemplares a su habitación, para que el espectador viera cómo iban repitiendo una serie de conductas que él había anticipado minutos antes. Previo a mi partida ocurrió un error de cálculo. El hombre inmóvil le achacó toda la culpa al enfermero entrenador. Uno de los animales me mordió y me destrozó el pantalón de trabajo que llevaba puesto. No regresé a aquella casa sino hasta un año y medio después. En ese tiempo escribí el libro casi sin pensar en la experiencia que había vivido. Cuando ya lo había entregado al editor, pensé en volver a la casa para

constatar qué había de cierto entre lo que había escrito y el universo que solía desarrollarse en el hogar del hombre inmóvil. Con mucho asombro advertí que en el texto se encontraba retratada esa realidad hasta en sus mínimos aspectos. Volví con una cámara de fotos e hice algunas imágenes al azar. Cuando las vi me di cuenta de que la ficción que expresaban esas fotos, supuestamente sacadas estrictamente de la realidad, era perfecta. Decidí por eso incluirlas en el libro y hacerlas pasar como verdaderas instalaciones.

Una vez que el libro estuvo terminado quise crear una suerte de concepto sobre *perros héroes*. Me puse de acuerdo con algunos directores de teatro para que anunciaran que iban a poner el texto en escena. En la ciudad se empezó a crear la idea de que *perros héroes* iba a ser presentado en distintos teatros. Yo me incluí en la propuesta, para lo cual acordé con el director de un complejo teatral que pusiera mi nombre en cartelera. Apareció en la marquesina del teatro el próximo estreno de la obra dirigida por mí, se colocaron avisos en los diarios anunciándolo, hasta que de pronto sucedió lo que suele pasar con los estrenos teatrales: la fecha pasó sin que nadie lo advirtiera. Todos los estrenos tuvieron lugar sin que alguien se percatara. Se adujo que se habían tratado de puestas en escena un tanto experimentales que sólo tuvieron un día de duración. Los estrenos pasaron a formar parte del pasado. Un reconocido crítico de teatro, quien participaba en la idea, publicó en una importante revista sus comentarios acerca de las diferentes obras. Según su texto había estado presente en simultáneo en todos los estrenos. Se creó entonces la ilusión de que se había llevado a cabo una obra que buscaba remarcar la característica principal del personaje, la inmovilidad, para lo cual nos servíamos de un grupo de perros adiestrados

para que se quedaran inmóviles sobre unos pedestales en actitudes de amenaza hacia el público. Esos perros, mientras el texto se iba desarrollando, eran reemplazados por perros disecados, por perros de madera, o dejaban el espacio vacío. Todos estos cambios se efectuaban a partir de variaciones de luz con el fin de que nadie advirtiera los movimientos. Cuando el libro apareció, la editorial, con quien también me había puesto de acuerdo, anunció que se realizaría una suerte de acto de desagravio para todos aquellos que se habían perdido el estreno: durante la presentación del libro se reconstruiría la obra. Elegí para eso una iglesia del siglo XVI, desacralizada, que se ubica dentro del convento donde sor juana inés de la cruz pasó su clausura. Convoqué a los participantes de la obra —escenógrafo, productor, diseñador de iluminación— quienes reconstruirían el montaje por medio de palabras. Cuando terminaron de hablar yo tenía preparada una sorpresa. Durante todo el tiempo había mantenido oculto a un perro *malinois* entrenado para permanecer inmóvil. A una orden mía el perro saltó sobre el altar y allí se quedó, estático, mientras se iba desarrollando el texto. Fueron veinte minutos de tensión, con el perro colocado sobre el altar de la iglesia, mirando fijamente al público. Los asistentes se quedaron clavados en sus asientos frente a esa bestia agresiva. La escena, de un grupo de personas observando un altar presidido por un perro, creo que fue más fuerte y efectiva que haber montado la verdadera adaptación teatral. En cierto momento, yo ya me encontraba sentado en la primera fila, tuve el impulso de ponerme de pie y preguntar a los asistentes qué era lo que realmente estaban haciendo. El perro continuó, inmóvil, iluminado por una luz cenital. El ambiente general había sido puesto en penumbras. El templo se mantuvo inalterable, salvo por la oreja del perro, que hacía levísimos movimientos cuando

aumentaba sutilmente el volumen en que era repetido el texto.

El proceso de montaje teatral de otro de los libros, *salón de belleza*, fue opuesto al emprendido en *perros héroes*. Algunos pensaron que antes de escribir yo había investigado sobre cierto salón de belleza convertido en lugar para morir, que supuestamente existe y se ubica en villa el salvador, una zona aledaña a la ciudad de lima. Escuché vagamente de ese lugar mientras hacía el libro. Incluso durante el estreno de la versión teatral, llevada a cabo por miguel rubio del grupo teatral yuyachkani, se expuso una muestra fotográfica de aquel espacio. Yo siempre estuve de acuerdo con que se incluyera ese material. Incluso que la presencia virtual de aquel peluquero, convertido en redentor de los cuerpos moribundos, fuera una presencia constante. De alguna manera aquella intrusión era como constatar que el texto estaba haciendo uso de una suerte de imaginario colectivo. En las distintas ciudades donde el libro ha sido publicado se produjo un efecto similar. Se sabía, en cada uno de estos lugares, de la presencia de un sitio semejante. Incluso cuando se realizó el montaje teatral en la ciudad de méxico, el director de la puesta en escena, israel cortez, halló uno de esos refugios en las afueras de la urbe y el grupo ensayó la obra en sus instalaciones. Creo que ahora, y no cuando fue publicado, el texto cumple de una manera más clara con sus intenciones originales. No quise que el relato se identificara con el síndrome del sida. Ahora, cuando a partir de las nuevas terapias la fisonomía de aquel síndrome ha cambiado de manera radical, ya no hacen falta esos espacios para dar cobijo a los afectados. Muchos de esos *morideros* han pasado a servir a enfermos terminales

en general. Se han convertido en el lugar de los que esperan la muerte y no tienen cabida, tal como está escrito a lo largo de la historia —especialmente en los libros sagrados—, en el mundo de lo normal.

Hace muchos años que no visito la ciudad de lima, donde pasé buena parte de mi vida. Mientras más tiempo pasa aumenta mi temor a lo que pueda encontrar. Es como si aquel espacio hubiese quedado congelado y de un día para otro, el de mi regreso, sucediesen todas las cosas a la vez. No sé si ahora tenga el ánimo necesario para enfrentar de golpe una serie de cambios, de entender de pronto que el tiempo ha pasado y que las circunstancias han cambiado por completo. Tengo, sin embargo, la fantasía de recorrer sus calles como si fuera un fantasma. Un ser invisible que transcurre por sus lugares cotidianos en medio del anonimato más atroz. Recuerdo un sueño recurrente de mi abuelo, donde después de muerto regresaba a la vida convertido en una sombra desorientada. En el lugar donde debería estar su casa hallaba una gran fosa por donde circulaban autos a gran velocidad. Poco después de su muerte, ocurrida algunos años más tarde, su casa fue demolida para construir lo que se conoce como el *by pass*, una vía rápida para coches que corta un trozo de ciudad en forma perpendicular. Creo que a mi regreso seré algo muy parecido a esa ánima. En algunos de mis textos he adelantado la imagen de aquel que se convierte en un muerto en vida. En el libro *salón de belleza*, por ejemplo, existe una escena en la que el personaje principal sueña que es niño de nuevo, que se encuentra en su escuela de costumbre, pero que nadie lo reconoce. Se siente como alguien que no puede comunicarse con su entorno más

inmediato. Tal vez cuando haya un poco de sol vuelva a lima, sin decírselo a nadie, para atisbar por las ventanas.

El artista plástico aldo chaparro está construyéndome un brazo nuevo. El año pasado le fue asignado un pequeño patio del *moma* de nueva york para que expusiera un proyecto. En ese mismo tiempo yo me encontraba en la india, en la ciudad fantasmal de benarés, donde decidí arrojar al ganges, al lado de los cadáveres que pasaban flotando alrededor de mi barca, la prótesis que intentaba sustituir mi brazo derecho. Sin embargo, una vez que regresé a mi casa en méxico empecé a experimentar una sensación de pérdida que me impedía la movilización absoluta a la que estaba acostumbrado. Es decir, esa sensación de vacío dificultaba, mentalmente, realizar algunas conductas que me eran imprescindibles. En cierto momento advertí que lo que me hacía falta era la artificialidad que había estado presente en mi cuerpo durante todos los años, casi todos los de mi vida, en que porté un brazo artificial. Pero a pesar de que sentía la necesidad de ese brazo no quería volver al mundo de la ortopedia, de donde habían salido casi todos los adminículos utilizados hasta entonces. En ese ámbito, por lo general, en lugar de resaltar lo artificial se busca esconderlo. Algunos años atrás, en berlín, había realizado un experimento en ese sentido, donde busqué llevar hasta el límite lo falso presente en un brazo de esta naturaleza: un famoso mascarero decoró el agresivo garfio que usaba entonces con una serie de piedras de fantasía. Cuando tuve claro que mi próximo brazo tenía que venir necesariamente de la plástica recurrí a aldo chaparro, quien ideaba su proyecto para el *moma*, y pensaba que debía girar en torno al cuerpo humano y sus búsquedas de sobrevivencia. Con

tal idea ya había construido una casa portátil para *homeless*, un urinario con agujeros para quienes tenían la necesidad irrefrenable de sostener sexo clandestino, una caja de madera de cuerpo entero, dotada de música y luces de diferentes colores, donde las personas podían ingresar para escapar del mundo cotidiano. De esa forma ideamos una serie de brazos y manos posibles, que al mismo tiempo que tuvieran una función práctica —existe un esbozo para construir un miembro capaz de portar de manera oculta un celular, una navaja suiza, un *i-pod*, un minúsculo lapicero y un exhalador de gases para prevenir cualquier agresión— se presente como una propuesta artística.

La propuesta quizá sea hacer del accidente, de la marca que establece el vacío alrededor de mi brazo derecho, un hecho comunitario. He decidido que aquella característica deje de pertenecerme exclusivamente a mí para convertirse en un hecho que involucre al resto. El artista aldo chaparro haría las veces de un curador. El hecho plástico, estético, sería rodear el elemento supuestamente faltante de una máxima artificialidad. El proyecto se abriría a otros artistas para que, a partir de ciertas normas, completen de manera colectiva el silencio de la ausencia. Siento que una acción semejante es similar a cuando un autor entrega un texto a una editorial. Al instante en que la obra termina de ser del autor e ingresa a una suerte de anonimato.

Cuento con un libro que se llama *yo soy el autor de este libro*. Creo que ese texto, que de alguna forma comparte el espíritu de éste que voy escribiendo, *lo raro es ser un escritor raro*, va en contra de lo que siempre he pensado con relación a la literatura: la desaparición del autor. Ya que cuando traté de omitir la presencia del creador de los

textos no conseguí resultado alguno en ese sentido, pues a pesar de todos los esfuerzos los textos siempre seguían siendo de su autor, quizá con la exacerbación de la presencia constante del escritor se logre su abolición por medio de una saturación acumulada. En el texto *yo soy el autor de este libro*, de próxima aparición, el autor relata una serie de sueños y premoniciones. El texto es interrumpido constantemente por fragmentos o fotos completas del autor, es decir, de mí mismo. Las imágenes muchas veces sirven de signos de puntuación, ya que los relatos aparecen como una cascada continua. No cuentan con puntos aparte. Tratan de presentarse como un cuerpo compacto, carente de fisuras.

Esta necesidad de refrendar la presencia del autor hace posible también la existencia de este texto, *lo raro es ser un escritor raro* —relato que leemos y escuchamos en ese momento—, donde se busca establecer una suerte de reflexión sobre literatura comparada enfrentando al autor contra él mismo. Es decir, comparando la obra con la obra en sí. Cercando el universo de la narrativa a la palabra que el escritor, éste en particular, pueda generar. Quizá de este modo se logre ilustrar más claramente que el interés final de la escritura no es la creación de ninguna forma de literatura, sino que el milagro se encuentra instalado en la formulación de las palabras por la palabra misma. Ver cómo sobrevive, después de tantos años, la pulsión por su aparición.

El ejercicio de hacer que las palabras que se van generando ocupen el lugar central de la creación, me ha llevado a mí, mario bellatin, a buscar la apropiación ya no sólo de los textos personales sino también de los de otros

escritores. Hace unos meses caí víctima de una severa depresión, que intenté controlar sin la presencia de medicamentos. Sufrí de ataques de angustia, de pánico y de desesperación. Busqué el auxilio de un terapeuta especializado en un lacán clásico y ortodoxo. Fueron dos meses de tortura indescriptible, hasta que fui tratado por una psiquiatra que encontró la medicina adecuada para sacarme de tal estado. Durante ese tiempo de sufrimiento, la única actividad que podía realizar era la redacción de un texto, al que llamé *la jornada de la mona y el paciente*, que al principio se trató de una suerte de escritos que le dedicaba al analista con el fin de que entendiera mi situación, ya que en las terapias diarias que manteníamos había instalado el rigor y el silencio como ejes de la cura.

En ese tiempo recibí una invitación para participar en un homenaje que se realizaba con ocasión del centenario del nacimiento de samuel beckett. Acepté, en medio de la crisis, sin pensar en las consecuencias. Luego lo olvidé por completo. Hasta que una semana antes de mi participación me llegó un programa donde aparecía mi nombre impreso. Entré en pánico. Una de las características de mi estado alterado, era que se exaltaba un marcado sentido de responsabilidad. Sentí pavor por haberme comprometido y no poder cumplir con lo acordado. Lo único que tenía entonces conmigo era el texto que había estado escribiendo con el fin de retratar mi crisis. Hice entonces un acto sumamente elemental, que tenía que ver con una serie de búsquedas emprendidas ya anteriormente en algunos libros, donde me preguntaba sobre qué era lo que realmente leía el lector, sobre la supuesta *tabula rasa* a la que un escritor se enfrentaba. Hice algo en lo cual no reflexioné mucho. Debajo del título *la jornada de la mona y*

el paciente coloqué el nombre de samuel beckett como si se tratara del autor de los mensajes que había estado tratando de hacerle llegar a mi analista. Inmediatamente se lo entregué a una directora de teatro preguntándole si le interesaría hacer un montaje con aquel material. Fue así como la artista juliana faesler hizo una obra apócrifa, hecho que ninguno de los asistentes al estreno, por cierto, advirtió.

Algo similar ocurrió cuando junto al fotógrafo jean marc bustamante emprendimos el proyecto de hacer un libro objeto. Se trató de una edición de veinte ejemplares con fotos originales del autor. La selección de imágenes incluía una serie de casas mudas, sin ninguna característica particular que pudiera estandarizar las intenciones del fotógrafo. Lo único que quedaba claro era el propio silencio, ceguera y sordera de los objetos representados. Me pareció, no sé por qué, que eran casas perfectas para insomnes. Diseñadas para poder construir en la noches una realidad paralela regida por reglas propias, que no son ni las del sueño ni las de la vigilia. Recordé entonces cierto ejercicio emprendido años atrás, por medio del cual al tratar de reconstruir *la metamorfosis* de franz kafka, utilizando para hacerlo sólo las palabras que había empleado el autor, me encontré, una vez despojado el texto de la anécdota central de la transformación, con el relato de alguien que no puede conciliar el sueño y experimenta, como producto de su mismo estado, alterados sus sentidos hasta llegar a una percepción deformada. Las imágenes de *casas para insomnes* estuvieron por eso acompañadas de aquel texto, que al mismo tiempo que intentaba ser fiel a kafka, estaba totalmente transformado.

Actualmente me estoy enfrentando a las imágenes que el fotógrafo andrés serrano, quien ilustra algunos de mis libros, no se atrevió a publicar en su momento. Se trata de ciertas fotos, de la conocida serie de la morgue, que guardó en sus archivos. Como el proyecto que vamos a emprender juntos supone una edición limitadísima de ejemplares, accedió sólo bajo esas condiciones que vieran la luz las fotos proscritas. Sólo pude construir, después de ver aquellas imágenes autocensuradas, un grupo de textos de carácter infantil.

En la ciudad de Roma organizaron meses atrás un congreso sobre cine y misticismo. Fui invitado de manera inesperada. No sabía que mi perfil como autor fuera el adecuado como para ser incluido en un evento semejante. No podía, no quería dejar pasar esta oportunidad. Sin embargo, deseaba pasar por la experiencia de estar presente en la villa medicis, que era el lugar donde se desarrollaría el congreso, pero no deseaba estructurar un texto tradicional. Como en casi todos los temas que me apasionan, no tengo nada particular que decir. En el tema de cine y misticismo, al contrario, lo que deseo es escuchar lo que otros tienen que decir del asunto.

Recordé entonces que alguien me había contado que en el desierto de pachuca continuaba presente la columna a partir de la cual luis buñuel hace su película simón del desierto. Se creó entonces en mi cabeza una armonía perfecta. Simón del desierto se trata de una de mis películas favoritas y entraba perfectamente dentro de la categoría de cine y misticismo. En las averiguaciones que emprendí encontré que la fotógrafa graciela iturbide tenía imágenes que le había tomado a la columna. Le pedí que me regalara una y la mandé enmarcar como una estampa

religiosa. Mandé imprimir una serie de imágenes sagradas, las que fui repartiendo entre mis vecinos. Vivo en una zona de alta densidad de población. Es por eso que me puse como meta no salir del perímetro de la cuadra en la que vivo para llevar a cabo la acción. Fotografié después a las personas a las que les había dado las imágenes para hacerlas pasar como miembros de una cofradía que se había creado a partir de la columna olvidada.

Un grupo de personas con defectos físicos huyen de las condiciones de vida de la ciudad de México y en medio de su peregrinar encuentran una columna romana tirada en medio del desierto. Deciden tomar este hecho asombroso como una señal y se asientan a sus alrededores. Se crea entonces una comunidad en torno a la columna mandada hacer por el cineasta luis buñuel, y se le comienza a dar al monumento una serie de virtudes curativas. Se supone que las personas comienzan a ver aliviados sus cuerpos de los defectos físicos que los obligaron a emprender la peregrinación. Mostré en aquel recinto de la academia de francia enclavado en el corazón de roma una serie de diapositivas que sostenían mi aseveración. Pero en la exposición misma estaban las reglas de juego presentes para desbaratar mi aseveración. Los personajes representados en las imágenes carecían de los defectos físicos que se les achacaba. Sin embargo creo que fue más poderosa la retórica instaurada por el tipo de congreso en el que nos encontrábamos presentes, y nadie preció advertir el absurdo presente en la exposición. Cuando se abrió el debate la discusión versó sobre el resto dejado por buñuel, y como su anticlericalismo místico, por llamarlo de alguna manera, seguía impregnando a sus espectadores. Luego de escuchar una serie de discusiones de ese orden,

pensé que había logrado, por lo menos durante los minutos que duró la exposición, que buñuel filmara sin filmar.

Desde hace muchos años estoy presente y no en mis apariciones en público como escritor. Esta es una excepción. Tal vez porque hubiera sido una tautología aparecer desaparecido para hablar de mi propia desaparición. Siempre he sabido que me dedico a construir libros porque es la manera más eficaz que tengo de tener una perspectiva de mí mismo. De materializar el vacío que siento se instala todo el tiempo a mi alrededor. Es por eso que cuando tengo alguna invitación preparo una serie de diapositivas, que yo mismo voy tomando de la realidad inmediata, de láminas escolares o de un grupo de imágenes de baja resolución que obtengo de Internet y tomo con una cámara de la misma pantalla de la computadora. Luego grabo mi voz de manera casera y durante las presentaciones me limito a colocar el disco y a manipular el control del proyector. Yo permanezco mudo y ausente. Tratando de que el universo tan peculiar que van creando estas imágenes enfrentadas con el texto operen en los espectadores. Constato entonces que de esa forma lo dicho adquiere una dimensión de la que carece el texto si es dicho de la manera tradicional. Es decir, si es leído de la forma como lo estoy haciendo ahora con estas reflexiones.

Recuerdo lo importante que fue para mí presentar esta propuesta durante el homenaje nacional que se le hizo a la escritora margo glantz. Donde recreé una anécdota a partir de un trabajo de fotos que trascendió, creo, los límites que una lectura tradicional hubiera decretado. Recuerdo también otra intervención de esta naturaleza en la universidad de harvard, donde uno de los alumnos irrumpió en medio de la puesta en escena para afirmar que él era el

personaje representado: un filósofo travesti. En yale se estableció una discusión sobre el uso de la imagen basura como elemento perturbador del texto. En buenos aires se dijo que los mexicanos éramos una suerte de marcianos, pues hice uso de ese recurso para referirme a ciertas características de la ciudad.

Pero el elemento que más me interesa de este tipo de presentaciones es la aparición del azar para modificar siempre las intenciones iniciales. Trato de hacer estas presentaciones utilizando una economía total de recursos: un proyector de diapositivas y un reproductor portátil de discos. Sin embargo llego preparado para que todo sea un desastre y me interesa que así sea porque a diferencia de los textos publicados en los libros, donde se presenta la palabra escrita en una especie de pasividad aterradora dispuesta a que cualquiera haga con ella lo que desee, estas presentaciones, donde estoy sin estar como es mi deseo, trae consigo el antídoto para el error. Si todo falla siempre quedará el recurso de leer los textos y presentarse en público de la manera como todos estaban esperando que uno leyera y se presentara.

Quiero llegar a este punto para confesar que no sé lo que significa realmente escribir sin escribir. Quizás hacer que las palabras, que muchas veces no existen en su forma física, hablen por sí mismas. Que se expresen tanto las letras congeladas en los libros que he publicado como las que se abren dentro de mi historia personal. Que se haga evidente el ejercicio de escribir sin escribir y que la literatura nos demuestre que se encuentra situada un punto más allá que las simples palabras.

Este ejercicio, de comparar la escritura con la propia escritura, no sé qué finalidad concreta pueda tener. Tampoco entiendo el sentido de preparar un libro que contenga *canon perpetuo*, *bola negra, la mirada del pájaro transparente* y *lo raro es ser un autor raro* como partes de un mismo volumen. Ninguna de las dos acciones, tratar de compararme conmigo como hacer notar que toda la escritura es parte de la propia escritura, tienen una razón de ser. Como no lo tiene tampoco el hecho de escribir y ni siquiera el de estar vivo. Es por eso que ahora, estando al borde de todas las experiencias, me atrevo a ver qué sucede practicando los dos ejercicios de manera simultánea. Haciendo que este texto forme parte, al mismo tiempo, de una conferencia en el escorial —porque este texto debe servir también como cuerpo para una disertación— y del capítulo final de un libro de próxima publicación. Esperemos que, por una sola vez, las palabras hablen por sí mismas. Que se expresen tanto las palabras congeladas en los libros como las que se abren dentro de mi historia personal.

Visita con fiebre

Me parece que fui tomado por un virus que me produjo una fiebre de casi 41 grados. Estuve casi todo el día siguiente en el hospital. Me realizaron algunas pruebas. Los resultados fueron negativos. Me alertaron poco después de que había aparecido en la ciudad un virus desconocido. Me recetaron antibióticos y me dieron la autorización de volver a mi casa. Por alguna razón que no entiendo ignoro la causa por la que no mencioné que, entre otros síntomas, padecía de una constante comezón en la cabeza. A la mañana siguiente me encontraba durmiendo, tarde, afiebrado, con la sensación de encontrarme en otro mundo. Tocaron a la puerta. Lo oía a lo lejos. Me levanté, abrí y descubrí a Sergio Pitol, que me venía a visitar. Estaba en camino a un viaje a España. Lo hice pasar. Me llamó la atención que no hubiera hablado antes por teléfono. Hizo alusión al largo de mi pelo. Se le hizo extraño que no lo tuviera rapado como de costumbre. Lo hice pasar, arreglé un poco la casa. Preparé un café. Conversamos. Estaba con muy buen ánimo. Nos podíamos comunicar —o sería la fiebre, no sé—. Yo me encontraba en pijama. Los perros saltaban a mi alrededor. Debía sacarlos a pasear. Sergio fue un momento al baño. Hablamos más. En ese momento llegaron justo los maestros de obra que había contratado días antes, quienes tenían la misión de derribar una pared de mi casa. Yo estaba con fiebre haciendo más café. Me encontraba con la cara recién

lavada. A través de la ventana abierta de mi casa comenzó a hablarme un vecino diseñador sobre las ideas de los muebles necesarios para el proyecto, me hablaba de Los cien mil libros de bellatin. Estábamos presentes, Sergio con el café, yo con fiebre y recién levantado, los maestros de obra haciendo los trazos para la destrucción, el vecino hablando por la ventana, los cinco perros merodeando, todos en el mismo cuarto porque los demás ahora sirven de depósito mientras se terminen las obras. Sergio, después de una hora y media se retira. Lo acompaño a la calle, los perros me siguen, salen detrás de mí. Pasa en ese momento un Bull terrier con su amo. Mis perros se alteran. Comienzan a pelear. Sergio se pone nervioso. Yo en pijama, en la calle, mareado. El Bull terrier se muestra furibundo, asesino de perros. Para mi buena suerte el incidente acaba pronto. Despido el auto de Sergio, entro a la casa, al pasillo exterior, al área que comparto con los vecinos. Los perros están excitados y los más grandes juegan a hacer carreras. Por la fiebre que presento desde hace días no han salido mucho a la calle. Dan varias vueltas por el pasillo central y en una de esas carreras desenfrenadas uno de ellos se estrella contra un vecino que lleva cargada a su hija. El vecino cae de espaldas y se golpea el cráneo contra el cemento. El sonido es seco. La hija llora. El vecino queda medio desmayado. Yo continúo con fiebre, en pijama. Me pregunto qué hago allí, qué está sucediendo. Los demás vecinos, quienes seguramente porque era sábado se encontraban reunidos conversando en el corredor, quedan estupefactos. Me acerco a levantar al vecino y a su hija. Trato de calmar a la niña. El vecino reacciona, lo abrazo. Le digo palabras tranquilizadoras. Nos damos cuenta de que está bien,. Le sugiero llevarlo al hospital. Yo, con fiebre, en pijama. Después de haber tratado de atender lo mejor posible a Sergio debo llevar al vecino al hospital para que

vean el golpe en la cabeza. El vecino asegura que está mejor, que no es necesario. Regreso a mi casa, él a la suya. Trato de volverme a acostar pero, gracias a la fiebre y a las circunstancias reales, sin duda, dimensiono de manera terrible las consecuencias de lo que acaba de suceder. Pienso que debo mandar matar a los perros, que ningún perro puede valer más que el bienestar humano. Me levanto nuevamente, voy a la casa del vecino sin quitarme el pijama. Atisbo medio dormido por las ventanas abiertas de su casa. Sólo silencio. Pienso que ha muerto, que iré a parar a la cárcel, en pijama, con fiebre, víctima de un mal desconocido además. Empiezo a extrañar los libros que le acabo de prestar a Sergio: tres de César Aira. Imagino que no tendré qué leer en la prisión. Pero aparece el vecino, se queja ahora del cuerpo, no de la cabeza que fue donde recibió el golpe. Tiene dolores de espalda. Le propongo ir donde un médico del deporte que conozco. Se niega. Su mujer le ha dado árnica. Afirma que está todo bien. Añade que es bueno que esos malestares no le estuviesen ocurriendo en ese momento a su hija. Afirma que entonces las cosas sí serían diferentes. En esa casa me ofrecen un té. Su mujer, alemana, me lo sirve acompañado de pan negro. Tomo asiento en el sofá. Me adormezco. Soy víctima de un extraño virus, recuerdo. Yo debería encontrarme en ese momento acostado en mi cama, siguiendo la rutina de las largas horas de sueño que el médico ha predicho. Finalmente cierro los ojos y pierdo el sentido del tiempo. Despierto cubierto con una manta que me ha echado encima la mujer del vecino. Estoy transpirando. Agradezco las atenciones y vuelvo a mi casa. Descarto la idea de sacrificar a los perros en aras del bienestar humano. Sin embargo, debo dejar por escrito las nuevas leyes que regirán la rutina de los perros. Recuerdo que en San Francisco compré una correa con aditamentos que se van

agregando, lo que permite halar la cantidad de perros que se desee. Escribo en una página que desde ese instante quedará prohibido llevar, al menos, a dos de los perros sin correa. El problema de las correas y los perros es que están acostumbrados a hacer sus necesidades sólo si van sueltos. Es por eso que los amarro. Sigo en pijama y con algo de fiebre y me los llevo al paseo predestinado. Todo da la impresión de ir perfecto, pero al volver, al pasar frente a la casa de mi amiga Giovanna Casassola veo que ella abre la puerta junto con sus dos perras en el preciso momento en que yo paso con los míos. Se abalanzan unos a otros. Se escapan de sus correas, tanto uno mío como otro de ella. Se pelean en medio de nuestros gritos —los míos los percibo casi como ecos extraños—. Finalmente logran ser separados. A nuestro alrededor se ha reunido un tumulto de gente. Yo allí, en pijama y con fiebre, comienzo a pensar en si he sido lo suficientemente amable con Sergio, con quien hemos hablado de cosas agradables. Me dijo que estaba contento con su próxima visita al rey. Descubro en ese momento que el perro que se soltó va a entrar rápidamente por el pasaje. La regla que me acabo de imponer, la de impedir que los perros corran sueltos por esa zona, se va a romper casi de inmediato. Pese a mi estado logro alcanzar al perro y trato de amarrarlo de nuevo. Advierto entonces que con el jalón de la pelea ha perdido la medalla y el aro para sujetar la correa. Mi amiga Giovanna ha guardado a sus perros. Le digo que se ha perdido la medalla. Debo sujetar con una mano al perro, que desea escapar. No sé cómo hago para mantener conmigo a la cachorra, que saqué también a pasear y está muy asustada con lo que acaba de ocurrir. No me puedo mover. Por eso, mi amiga comienza entonces la búsqueda de la medalla. No aparece. Yo no la puedo ayudar porque debo sujetar a los cinco perros que llevo conmigo. En ese

momento sale el vecino arrollado por el perro. Se nos acerca y nos pregunta qué estamos haciendo. Giovanna le contesta que está buscando la medalla del perro. El vecino afirma que le gustaría ayudar pero que no puede porque le duele la espalda. Yo, arrodillado, con fiebre y en pijama en medio de la acera le sugiero que vayamos donde el médico del deporte. Llevo conmigo mi teléfono. No sé cómo logro, con los cinco perros a mi cuidado, hacer la llamada. El médico nos puede recibir el martes. El vecino dice que ese día le es imposible. Debe dar clases en la facultad. Al fin mi amiga encuentra la medalla. Ato a los perros y le doy unas palmadas al vecino diciéndole que me busque por cualquier problema. Finalmente regresé a mi casa. Vi que eran casi las cinco de la tarde. Sergio Pitol había llegado a las nueve de la mañana. Les di agua a los perros. Me dispuse después a irme a acostar y descubrí, de pronto, que los efectos del virus habían pasado por completo. Me di un baño, me rasuré y me senté a esperar que sucediera algo.

Lecciones para una liebre muerta

1

En uno de los escritos del *cuadernillo de las cosas difíciles de explicar*, el poeta ciego habla de cierto suceso ocurrido en una institución conocida como la ciudadela final. Ese edificio ubicado en las afueras, donde internan forzosamente a las personas afectadas por enfermedades transmisibles, fue creado con el fin de evitar que el contagio se difunda entre el resto de los habitantes. El escrito menciona una sociedad en la que los pobladores, por razones bastante complicadas que tienen que ver principalmente con cierto perfil de carácter político, aceptan de buena gana la reclusión y rechazan, a veces con manifestaciones algo violentas, el libre albedrío. Algunos ciudadanos, especialmente los llamados universales, incluso piden ser confinados de manera perpetua a pesar de no padecer enfermedad alguna. Lo hacen porque, en líneas generales, las condiciones de vida dentro de la institución son menos duras que en el exterior, pues para acallar las posibles protestas que un método de reclusión así suscitaría se dotó a los internados de ventajas con las que no cuentan las personas sanas. Muchos internos son jóvenes adictos a las drogas, pese a que en la ciudadela final está totalmente prohibido el consumo de estupefacientes.

2

Casi todos han oído hablar de la puntualidad del servicio de ferrocarriles de los estados unidos. Todos menos el amigo de la infancia que se ofreció generosamente a acompañarme esa mañana a penn station, donde supuestamente debía tomar un tren que había partido media hora antes. Yo debía llegar a la residencia de escritores de ledig house, ubicada en el valle de río hudson, a casi tres horas de la ciudad de nueva york. Meses atrás había recibido una notificación donde se me invitaba a disfrutar durante un tiempo de los servicios que ofrecía la casa. En medio de una quietud casi total, la institución aportaba todo lo necesario para que sus huéspedes trataran de hacer literatura con la menor interferencia posible. Acepté de inmediato. Envié un correo electrónico pidiendo el tiempo máximo de permanencia que tuviesen contemplado. Lo hice olvidando, por supuesto, las fallidas e innumerables oportunidades en que había tratado de encontrar un lugar propicio para escribir sin ser molestado. Traté de no recordar, por ejemplo, las esporádicas huidas de la casa paterna. Hastiado de los ruidos domésticos, en cierta ocasión me puse de acuerdo con una tía soltera que vivía sola para que me rentara en las tardes una especie de estudio que tenía desocupado. Por supuesto que no aceptó el dinero que le ofrecí. La primera vez que me hice presente, con mis manuscritos y una vieja máquina de escribir underwood portátil que había pertenecido a mi abuelo, la tía me esperaba con la comida servida. Fue en vano tratar de explicarle que no tenía hambre, que lo único que necesitaba era sentarme a escribir. Tuve no sólo que comer nuevamente sino que pasé la tarde escuchando una serie de historias que versaban, casi todas, sobre las señoras que se reunían en la parroquia de la zona para hacer obras de caridad. Si bien hubiese podido aprovechar la situación y recolectar algo de material para narraciones

futuras, en ese momento lo único que deseaba era un espacio de silencio donde poder concentrarme.

3

El traductor se sienta en su mesa de trabajo. Acaba de recibir una llamada de su país de origen anunciando que la hermana literata, que lo crió desde que era niño, acaba de morir. Hubiera querido olvidar el trabajo pendiente y salir al malecón a caminar el resto de la tarde. Pero debía mantenerse cerca de su mesa. Aquel era el año en que franz kafka quedaba libre de los editores que habían monopolizado su obra. Kafka se convertía en patrimonio de la humanidad. Del mismo modo como beethoven y vivaldi servían para anuncios de publicidad, así también kafka iba a estar al alcance de cualquiera. El traductor había recibido el encargo de hacer la primera traducción liberada del escritor. Algo similar le había sucedido algunos años atrás con thomas mann, cuando los traductores oficiales de *muerte en venecia* perdieron sus derechos y la editorial para la que trabajaba le pidió una traducción inédita de ese autor.

4

Los atardeceres en times square tienen una exaltación particular, que no se sabe bien si proviene de los cientos de personas que cruzan la esquina de broadway y la calle 42, o de los monstruosos avisos de publicidad que hacen de la gente real seres insignificantes y de los personajes que aparecen en los carteles el símbolo de la exacerbación de lo humano. Casi nunca las personas elegidas para que vean representadas sus imágenes, en una dimensión casi cien veces mayor que la real, son cotizados supermodelos. Sencillamente se trata de gente que aparece tal como es en

la vida diaria, quizá como una reafirmación de que los paraísos ofrecidos están al alcance de cualquiera.

5

Cierta mañana de verano me encontré de pie junto a mi abuelo. Estábamos en el zoológico. Delante nuestro había una serie de camellos. Eran ejemplares viejos. Tristes. Aburridos quizá. Tenían el típico color cenizo que esos animales suelen mostrar. Mi abuelo me sujetaba fuertemente de la mano. Nunca más volví a verlo. Quizá murió al poco tiempo. Pero yo en ese entonces no me enteré de nada. Dejé de tenerlo a mi lado y en algún punto la ausencia se convirtió en una costumbre. Mi historia con él reapareció años después. Durante una sesión en la que estaba sumergido en otro plano de la realidad —había hecho uso de algunas drogas— vi de nuevo a mi abuelo enfrente de aquellos camellos. No sólo aprecié la escena sino que sentí también, en toda su rudeza, la carga emocional que su muerte trajo consigo. Caí en una tristeza profunda. Empecé a recordar la historias que contaba. Principalmente la de macaca: mujer a la que mi abuelo, lo advertí en ese momento, aludía con frecuencia. Junto a la imagen del abuelo y la historia de macaca aparecieron también una serie de palabras dichas en otro idioma, el quechua, lengua de mis antepasados.

6

En realidad el poeta ciego explica en el *cuadernillo de las cosas difíciles de explicar* cómo se produce el tráfico de sangre infectada en la ciudadela final. A cambio de remesas de anfetaminas que deben entregarse a través de los rombos de las alambradas, reciben esa sangre quienes desean tener un motivo para ser ingresados en la

institución. Durante la noche de verano a la cual se refiere el poeta ciego en su famoso cuadernillo, un miembro de la banda de los universales se acerca a la ciudadela acompañado de uno de sus más viejos perros de pelea.

7

Al decidirme a enviar el correo electrónico con mi aceptación a ledig house, traté de no acordarme tampoco de la vez en que para escribir decidí apartarme definitivamente de la ciudad, para lo cual renté una cabaña al lado de la casa donde un amigo austriaco vivía con su familia. La cabaña estaba ubicada en uno de los lugares más interesantes de las afueras. Llegué con dos máquinas de escribir. Con la underwood heredada del abuelo y con una olympia de fierro macizo conseguida en cuba gracias a la amabilidad de una amiga poeta, quien renunció a mi favor a su asignación quinquenal de máquinas de escribir. Saludé al amigo que me rentaba la cabaña, a su esposa y a los hijos del primer matrimonio de la mujer. También al pequeño niño que tenían juntos. Todo parecía ideal. La vista desde la cabaña casi no tenía límites. A un extremo se extendía la terraza que daba a la casa del austriaco y a la piscina alimentada con agua de manantial. Llegué un domingo soleado. Luego de instalarme comí con mis anfitriones. Al atardecer comenzó el primer drama. La esposa debía partir esa tarde pues al día siguiente trabajaba en la ciudad. El resto de la familia se quedaría en el campo. No volverían a ver a la madre sino hasta el próximo fin de semana. La madre y los niños comenzaron a llorar. No querían separarse. Culpaban al austriaco, que obligaba a trabajar a la mujer en lugar de permitirle quedarse con la familia. Los hijos lo acusaban además de golpearlos apenas la madre los dejaba solos. En esos

momentos el austriaco solía tomar una pequeña caja donde guardaba sus adminículos para fumar la marihuana que él mismo cosechaba. Luego de prepararse unos cigarros cargaba a su hijo menor y se iba con rumbo a la colina que se levantaba detrás de la casa. La escena terminaba con los esposos alejándose en direcciones opuestas.

8

Cuando el traductor se enfrentó al texto original de thomas mann, constató que sus antecesores habían omitido párrafos enteros. Desde entonces se jactaba de que previamente a su trabajo nadie había leído nunca la verdadera versión de *muerte en venecia*. Pero ahora, antes de pensar en la importancia de su propia obra le debería preocupar que la hermana literata estaba muerta. La misma hermana que lo sacó de la húmeda ciudad en la que había nacido y lo subió a un barco. La que desde muy temprano supo de su capacidad particular para traducir textos de lenguas que no conocía.

9

De pie en la esquina de broadway y la calle 42, obstruyendo con mi cuerpo un devenir de personas tantas veces calculado en distintas oficinas de publicidad, se me ocurrió pensar, no tengo idea de por qué, aunque quizá se debió a que llevaba conmigo un ejemplar de *tríptico de carnaval*, en los recursos que suele utilizar el escritor sergio pitol para construir sus personajes, basándose casi siempre en prototipos cotidianos que en la vida diaria incluso rehuiríamos con sólo conocer un mínimo porcentaje de sus características.

10

Nunca he comentado el trance de percepción tan particular que me produjo escuchar a mi abuelo hablar en quechua. Tampoco cuento con nadie a quien actualmente le pueda consultar la relación que puede existir entre su figura en el zoológico y la historia de macaca. ¿Se trata sólo de un cuento que mi abuelo solía relatar y quedó escondido en algún recodo de mi cerebro? Aunque, tal vez, la historia de macaca sucedió en realidad y, pertenecía, en la época en que mi abuelo me llevaba al zoológico a una suerte de imaginario social.

11

El poeta ciego denomina banda de los universales a los grupos de jóvenes que, principalmente en las ciudades industrializadas, el sistema relega a los suburbios. El universal que aparece en el *cuadernillo de las cosas difíciles de explicar* una vez que está delante de los rombos de la alambrada se quita la camisa, las botas militares y el estrechísimo pantalón amarillo que lleva puesto. El pálido cuerpo queda desnudo bajo la luz de una luna que ilumina el campo desierto. Lo único que conserva son unas muñequeras de las que sobresalen afiladas puntas de acero. De pronto, el perro que lo acompaña comienza a gruñir levemente. Lo hace señalando con el hocico el interior de la ciudadela final. Sólo tiene un ojo. En el lomo luce una serie de tajos ocasionados seguramente en alguno de los tantos enfrentamientos a los que ha sido sometido. El animal está inquieto, percibe la cercanía de gente por el otro lado de la alambrada. Aparecen efectivamente tres jóvenes internos de edades parecidas a las del universal. Como todos los recluidos están vestidos con un overol azul oscuro en el que está cosida la insignia de la institución. Le

preguntan al universal si ha llevado las drogas. Dicen además que no era necesario quitarse las ropas por completo. El universal no contesta. Le da al perro la orden de calmarse y entrega luego una serie de frascos. Ofrece inmediatamente la vena del brazo derecho, para lo cual acerca aún más su cuerpo a la alambrada. Uno de los recluidos saca del bolsillo una jeringa con una sustancia oscura. Es entonces cuando, a través de los rombos, el universal recibe la sangre infectada sin hacer ningún gesto. Los recluidos desaparecen poco después. Antes le aseguran al universal que no cabe posibilidad de error. Han mezclado la sangre de los tres. El perro da un brinco. Quiere perseguirlos. Emite un par de gemidos antes de callar nuevamente. El universal mira la huella que la aguja ha dejado en su brazo. Después de repasar los dedos sobre el punto escogido, espanta al perro y se viste con lentitud. Se demora al ponerse las botas. Recoge luego la jeringa abandonada en el suelo y, con un movimiento brusco, la arroja al otro lado.

12

Días después me despertaron unos ruidos en medio de la noche. Casi de inmediato alguien comenzó a azotar mi puerta. Se trataba de la mujer del austriaco, a quien su marido acababa de golpear. Quería que intercediera por ella. Que en ese mismo momento fuera donde mi amigo y le dijera que su esposa era una buena mujer. Aparte de ese incidente, durante la semana había tenido que esconder más de una vez a los niños debajo de mi cama para salvarlos de la ira del padrastro. Pese a todo, continué en mi empeño y proseguí el texto que no había podido concluir por falta de un lugar adecuado donde construirlo. Sin embargo, mi estado de ánimo empezó a disminuir de forma

notable. No creo que fueran los sucesos externos los que me llevaron a tal condición. Creo más bien que la creciente depresión que me iba tomando se debía a la soledad y al aislamiento. Durante algunos días dormí casi toda la jornada. Otros los pasaba totalmente despierto. Había momentos en que comía sólo productos del campo y otros en que deseaba alimentarme con algo enlatado. La decisión definitiva, la de dejar para siempre ese lugar, no creo que haya sido del todo consciente.

13

Al traductor le sucedió con el escritor elías canetti un hecho curioso que le gustaba mucho repetir. El autor no sólo podía revisar por sí mismo el trabajo del traductor —hablaba su misma lengua ya que su familia era judía sefardí—, sino que le pedía ayuda cuando quería corregir algunos poemas dedicados al mar. Por alguna extraña razón, para el traductor el mar de la infancia que elías canetti solía añorar comenzó a parecerse el mar de su propia infancia.

14

Existe una discoteca ubicada cerca de los muelles del río hudson que funciona al lado de uno de los depósitos de carne más grandes de la ciudad. Se la conoce como *the mother*, aunque algunos asistentes la llaman con otros nombres aún más simbólicos. En algunas ocasiones la diversión consiste en ver a unos tipos apalearse como demostración del gozo máximo que es posible alcanzar. Al final del espectáculo suelen llevar a escena un gigantesco corazón de vaca que es mordido furiosamente por los participantes. Pese a lo que algunos pudieran suponer, la presentación incita más a lo jocoso que a lo perverso.

15

Según mi abuelo, macaca acostumbraba nombrar incansablemente a cierto amante asesinado algunos años atrás por acción de la policía. Mi abuelo me dijo en el zoológico que ese hombre había sido un luchador de asia que al final de su vida se vio obligado a dedicarse al oficio de zapatero. Después del crimen, macaca se convirtió en una mujer sola. Para sobrevivir comenzó a vender casas para una compañía inmobiliaria de cierto prestigio. En ese momento cuidaba de los jardines y del parque que rodeaban las propiedades que comercializó en su momento. Precisamente acababa de terminar de pintar un cartel para atraer nuevos jardineros. Quería que fuera lo suficientemente llamativo como para conseguir aspirantes comprometidos de forma absoluta con su trabajo. Lo más lógico es que hubiera estado escrito en castellano. En ese caso incluso mi abuelo lo podría leer sin dificultad. Fue bilingüe toda su vida. Pero desde niño tuvo casi totalmente reprimida su lengua materna. El quechua sólo podía ser utilizado dentro del núcleo doméstico. Cierta vez que desobedeció el mandato fue objeto de burlas entre sus compañeros. Huyó de la escuela y caminó desconcertado algunos kilómetros. Finalmente se arrojó a la mitad de un campo sembrado de maíz y le pidió a dios que le concediera la muerte.

16

Existen muchas teorías sobre los orígenes del poeta ciego. La que tuvo más arraigo era la que afirmaba que había sido recogido de niño por una familia de pescadores que lo crió como a un hijo más. Algunos sostenían que fue encontrado dormido en una cueva habitada por lobos

marinos. Otros, que dentro de una cesta que flotaba en alta mar. Cuando advirtió que sufría de ceguera, la familia pareció arrepentirse por no haberlo dejado morir tranquilamente. Sin embargo el niño muy pronto se convirtió en el centro de la atención de los habitantes del puerto. La sabiduría que demostró desde la infancia hizo que la gente se reuniera en las noches a escucharlo. Alumbrados por dos lamparines colgados en la puerta de la choza que habitaba, los pobladores formaban un círculo y después del discurso dejaban algunas monedas en unas latas colocadas junto a la entrada.

17

En esos días unos campesinos me obsequiaron un perro al que bauticé como jesús, cosa que desagradó mucho a la esposa del austriaco. El caso fue que cierto amanecer, después de haber pasado despierto toda la noche, me levanté de la cama y salí de aquella cabaña sin ni siquiera despedirme del perro.

18

Años después le explicaron a la hermana literata, que la habilidad especial del traductor de interpretar textos de idiomas desconocidos, era practicada de manera regular por los estudiantes de lingüística.

19

En una sucesión interminable, sobre el escenario de la discoteca *the mother* se suele retratar la relación entre el amo y el esclavo, el enmascarado sádico y la débil criatura, el niño torturado en la infancia o la muchacha violentada en un solitario terraplén.

20

Mi abuelo solía decir —y yo se lo sigo creyendo— que las palabras en quechua lo transportaban a dulces sensaciones de la infancia. A mí pareció sucederme algo así durante ese trance de lucidez tan particular que me produjeron las drogas.

21

Uno de los recuerdos importantes que el poeta ciego guardaba de su infancia era la exploración, a través del tacto, de los extensos lunares que aparecían en los cuerpos de todos los miembros de la familia de pescadores que lo recogió. Calificaba la aparición de tal cantidad de lunares como de extraña casualidad. Cuando cumplió los nueve años dictó su primer poema. Hizo que lo escribieran con letras grandes en la pared principal de la casa donde creció. El poema se refería a los reflejos y a cómo se hacían inciertos en los espejos y en el tiempo. Pero había un punto, los lunares, donde era tal la pureza de la iluminación que no podía quedar más rastro que el sello oscuro que los caracterizaba.

22

No creo tener duda de que el misterio que acompaña mi vida se encuentra en el lugar de origen de mi escritura. Sólo ahora, después de tantos años de búsqueda e indagaciones, sé que el misterio seguirá siempre inaccesible. Nunca sabré cuáles han podido ser los motivos por los que, desde mi infancia, me he empeñado en mantenerme varias horas seguidas frente a una máquina de escribir. En un comienzo creí que el placer podía estar en

apreciar cómo aparecían por sí mismas las palabras. Me bastaba con verlas materializadas. Pensé entonces en la posibilidad de convertirme en un dedicado mecanógrafo, deleitado con el sinsentido que surgía del sonido de las teclas, el olor de la tinta, la lucha que debía emprender contra la cinta bicolor de la underwood portátil modelo 1915 —único legado de mi familia— con la que escribí los primeros textos.

23

Precisamente por esos días apareció en los periódicos que habían hallado a unos niños abandonados dentro de una cueva de los acantilados que separan la ciudad del mar. Estaban arropados en una canasta cubierta con una manta. La hermana literata le escribió una carta al traductor informándole que un pescador los había escuchado llorar y al destaparlos encontró que no tenían brazos ni piernas. Los niños pasaron unos días en la estación de policía. Luego fueron remitidos al orfanato estatal. Desde el primer momento la prensa bautizó a aquellos hermanos como los mellizos kuhn. El orfanato quedaba cerca del mar. Quizá por eso sus rejas mostraban señales de herrumbre. Estaba protegido por muros altos y en algunas esquinas se habían construido imágenes de santos en piedra.

24

Después de una noche en *the mother* y de un paseo por el muelle donde desemboca christopher street, quedan pocas ganas para ocuparse de los aspectos concretos de la vida. Pero tenía pensado utilizar ese día, después de dormir unas horas, en tratar de descubrir, de una vez por todas, cuáles son realmente los artificios que usa el escritor sergio pitol para transformar la tragedia en carnaval y

viceversa: en hacer que la bufonería más construida acabe en la más terrible de las desgracias.

25

A partir de esa sesión, en la que consumí drogas y me encontré repentinamente al lado de mi abuelo, macaca continúa viviendo, para mí al menos, en la caseta desde donde logró vender las propiedades. Aunque no es cierto pues, como se verá más adelante, macaca años después fue obligada por mi abuelo a retirarse a las regiones quechua con el fin de que dibujase niños muertos. En mi cabeza la caseta de ventas es en realidad una casa rodante cuyas llantas están carcomidas por la humedad. Cuando la junta de vecinos —al ver la relación que macaca había desarrollado con las casas que había tenido a su cargo vender— tomó la decisión de que aquel remolque fuera su vivienda definitiva, lo arrastraron hasta la zona oculta por los árboles. Se permitió además que la misma macaca construyera al lado una cabaña para el jardinero que iba a tener la obligación de contratar. Macaca cambió más de una vez el interior de su vivienda sin pedirle permiso a nadie. Entre otras modificaciones se deshizo del escritorio donde había concertado las ventas y en su lugar colocó un sofá.

26

Luego de su partida, el poeta ciego emprendió un largo peregrinaje por la costa del país.

27

Hace tres años tuve mi primer desvanecimiento. En ese entonces no me di cuenta realmente de lo sucedido. Ni

siquiera estaba seguro de haberme desmayado. Sentí inmediatamente después una sensación de náuseas, mareo y sueño. Fui a ver a algunos especialistas, quienes no encontraron nada anormal en los exámenes que me practicaron. Ese año comenzó a hacerse evidente además una sensación como de extrañamiento, como si la realidad fuera algo ajeno. En muchas ocasiones esa sensación iba acompañada de una imposibilidad física de hacerme cargo de mí mismo. Por primera vez en mi vida dejaba de hacer cosas, cancelaba planes, pues no me sentía con las condiciones necesarias para llevarlos a cabo. En esa época se hizo presente también un creciente carácter irascible.

28

Aparte del personal médico y de las niñeras que allí trabajaban, el orfanato al que remitieron a los mellizos kuhn contaba con un grupo de mujeres voluntarias que colaboraban adoptando simbólicamente a alguno de los niños recluidos. La hermana literata, una de esas mujeres, le informó al traductor que estaba prohibido sacar a los niños a la calle. Sin embargo, dentro podían cumplir el papel de madres como mejor les pareciera. La mayor parte de ellas eran solteras o casadas que no habían podido concebir. Algunas ejercían su papel de madre adoptiva con corrección, pero había otras a las que ningún niño parecía colmar en sus expectativas. Esas madres cambiaban de hijos en forma constante. Al principio todas eran vigiladas de cerca por el personal. Sólo al cumplirse el año de la adopción simbólica eran libres de tratar a los niños como mejor les pareciera. Podían educarlos por medio de golpes o reprimendas. Tenían derecho a hacerles comer, incluso a la fuerza, las comidas que les llevaban en cada una de las visitas. Casi ninguna hablaba en sus casas sobre su labor

en ese lugar. En las casadas podía ser visto como un reproche a su vida conyugal y en las solteras la consideración de la soledad como un castigo. La hermana literata, que logró adoptar a los mellizos kuhn después de una serie de trámites, no estaba en el grupo ni de las solteras ni de las casadas. Desde hacía un tiempo compartía su casa con un músico que había conocido en una cantina.

29

Antes de sentarme en un café a analizar la obra de sergio pitol debía hacer una llamada a mi casa en méxico, por la cual me enteré de la absurda e inverosímil situación de que un narcotraficante ciego, venido del extranjero durante mi ausencia, estaba utilizando la mesa de mi comedor como centro de sus operaciones ilícitas. Puede parecer mentira, pero un fotógrafo ciego usaba mi línea telefónica para hacer sus contactos con la mafia y, al parecer, mi dirección era el lugar convenido para la entrega de un importante envío de droga.

30

Mi abuelo me solía decir que la cabaña del jardinero era aún más modesta que el remolque donde vivía macaca. Sin embargo la incomodidad no parecía ser el motivo principal por el que los jardineros renunciaban, unos tras otro, al trabajo. Esos hombres casi nunca pudieron expresar en palabras sus razones. Se limitaban a dejar desperdigados los instrumentos alrededor del parque e irse sin más.

31

En cada poblado al que llegaba el poeta ciego pedía conocer al habitante más anciano, con quien se encerraba durante varios días seguidos. Antes de continuar su viaje mandaba estampar en algún lugar destacado un poema de su inspiración. El recorrido duró cerca de diez años. Terminó cuando llegó a la ciudad capital. No se conoce mucho del año posterior al arribo. Se presume que se hospedó en la casa de unos parientes de la familia de pescadores. Algunos decían que la casa no era de material noble. Otros que estaba construida con ladrillos y que conservaba unas varillas de hierro para levantar otro piso en el futuro. Se dice también que durante esa época no habló con nadie. Que muchos de los vecinos fueron hasta la puerta de la vivienda para escucharlo, pero el poeta ciego no rompió nunca el empecinado silencio que se había impuesto. Ni siquiera le dirigió la palabra a los miembros de la familia que lo hospedó. Con parte del dinero que había conseguido en las arengas realizadas tiempo atrás —el cual había guardado celosamente durante todo el viaje—, pidió por escrito que le compraran una bicicleta. Escogió después al hijo mayor de la casa y, luego de asignarle una paga, rompió su silencio y le dijo que lo llevara a pasear tres horas diarias.

32

Todo el tiempo estoy atento, de manera anormal, a lo que sucede a mi alrededor. Tengo reacciones muy rápidas y violentas que, felizmente, se apaciguan de inmediato. Ahora siento que no soporto muchos de los estímulos externos con los que convivo. Debo atender sólo una cosa a la vez. Me causa un enorme fastidio, por poner el caso, que dos personas se dirijan a mí al mismo tiempo o que suene un teléfono cuando estoy hablando por otro. También me

siento extremadamente sensible a ciertas presencias visuales. Debo dormir con todas las luces apagadas y, sobre todo en la playa o en el campo, preferiría muchas veces que el paisaje ante el que me encuentro no se presentara completo. Esto parecería ser el retrato de un neurótico o algo parecido, pero lo curioso es que se trata de estados que aparecen a manera de chispazos con un muy corto tiempo de duración.

33

Meses atrás la hermana literata había adoptado una niña cuyo comportamiento terminó decepcionándola. Se trataba de una criatura silenciosa con el único placer evidente de mirar la televisión durante horas. Aparte de alimentarla y vestirla, la hermana literata solía llevarle libros de cuentos. Pese a cuidar de que fuesen historias impactantes, nunca logró que la niña la escuchara con atención. Los libros se fueron acumulando entre las pertenencias de la huérfana. Cuando la hermana literata decidió abandonarla cargó con los libros sin dejar uno solo. En los días siguientes siguió acudiendo al orfanato de manera puntual. Parecía buscar otra criatura a la cual adoptar. A pesar de que en muchas ocasiones la niña repudiada se le acercaba al verla llegar, la hermana literata la separaba con firmeza prefiriendo dedicarse a encontrar a un infante que pudiera realmente satisfacerla.

34

Vivo en la colonia roma en ciudad de méxico, la misma donde está ubicado el edificio en el que ocurre un asesinato que se narra en uno de los libros principales de sergio pitol. De vez en cuando aparece en mi cabeza la plaza río de janeiro, lugar del crimen, pero también el balcón donde

el escritor william burroughs solía celebrar intensas reuniones hasta que mató de un tiro a su mujer. En momentos así imagino mi comedor rodeado de agentes policiales armados.

35

Mi abuelo me contó que al principio macaca se sintió desconcertada con la conducta extraña de los jardineros. Con el tiempo terminó por acostumbrarse. Tenía un sistema para probar a los aspirantes, que consistía en no separarse durante los primeros días ni un centímetro de los hombres que acababa de contratar. No sólo escudriñaba el trabajo que iban realizando sino que los perseguía dándoles consejos sin parar. A veces intervenía arrebatándoles las herramientas para ponerse ella misma a utilizarlas de la manera debida.

36

El poeta ciego fue conducido, en una primera etapa, por los alrededores de la colina donde se ubicaba la casa. Sólo después de unos meses se atrevió a dar la orden de internar la bicicleta en la ciudad. Un año más tarde su nombre apareció en los principales diarios. Había obtenido el primer lugar en el concurso de ingreso de una de las universidades más prestigiadas del país. Alertado por la noticia, un matrimonio sumamente adinerado creyó reconocer en el poeta ciego al hijo secuestrado años atrás. Lo adoptaron de inmediato.

37

A partir de entonces comencé a padecer los desmayos con mayor regularidad. Poco a poco fui dándome cuenta de

sus verdaderas dimensiones. Descubrí, principalmente por qué después de las crisis sentía un intenso dolor en los músculos, que durante los trances había convulsiones. Comencé asimismo a identificar sus demás características, como mordeduras en la lengua o golpes en la cabeza. Un hecho curioso es que casi todos se producían a la misma hora y en las mismas circunstancias. Solían aparecer a media mañana, mientras me preparaba para tomar una ducha. Cuando ocurrieron delante de otras personas fue siempre cuando me disponía a comer.

38

Apenas los mellizos kuhn llegaron al orfanato, la hermana literata tuvo que luchar con furia contra las demás madres para conseguir la tutela. Todas se interesaron desmedidamente en esos niños. Parecía que para las mujeres hacerse cargo de los mellizos kuhn era la demostración definitiva de la calidad del amor maternal que buscaban colmar en ese lugar. Durante dos días dejaron sin atención a sus hijos temporales y se pasaron unas a otras a los mellizos para darles los cuidados que consideraban necesarios.

39

Hablé a mi casa en méxico desde un teléfono público ubicado en uno de los parques principales. Debía resolver el asunto del narcotraficante ciego instalado en mi mesa de comedor. Frente a mí se levantaba una jaula gigante, reservada para que los perros del vecindario hicieran ejercicio y sus necesidades fisiológicas. Cada uno de los dueños llevaba, a manera de guante, una pequeña bolsa de plástico preparada para recoger el excremento de sus mascotas. Esos tenían que ser los hombres de *the mother*,

me dije antes de que me contestaran la llamada, esclavizados en esta ocasión por sus animales.

40

Abuelo mío, estoy en el mundo de arriba.
josé maría arguedas

41

A partir de entonces el poeta ciego fue visto con mucha frecuencia por los pasillos de la universidad. Después de unos meses de adaptación comenzó a ser conducido del brazo por la mujer con la que luego se casó, quien había emprendido unos estudios tardíos y siempre vestía, a pesar de no tratarse de una persona religiosa, una especie de hábito confeccionado con una tela burda. En su dedo meñique aparecían tres pequeños lunares, que el poeta ciego le obligó a cubrir con un dedal de cuero negro. Le prohibió además exhibir el perro de peluche que siempre quería llevar consigo.

42

Todo empieza con un extraño sabor-sensación que me toma el cuerpo por completo. También con el fluido incesante de ideas disparatadas. Aparecen en mi cabeza una serie de frases sin ninguna lógica de construcción. De inmediato siento una rigidez extrema en los brazos. Luego pierdo la conciencia. Algunas veces los ataques ocurren mientras duermo. En esas ocasiones me despierta el dolor que me producen las magulladuras en la lengua. Más de una vez he pensado en la posibilidad de dominar por mí mismo los trances. Me imagino que, no bien comenzados los síntomas, debo tratar de sobreponerme a las

sensaciones que empiezo a experimentar. Una de las maneras podría ser salir corriendo del sitio donde me encuentre, como si al crear un nuevo contexto lograse modificar las condiciones apropiadas para un ataque. Pienso que así podré evitar aunque sea el desmayo. Lo más probable es que las sensaciones posteriores se mantengan intactas. Es decir el frío, el sueño y el mareo. En todo este tiempo, ya que clínicamente no aparecía ninguna anormalidad, no he hecho uso de medicamentos. El ataque mayor, por llamarlo de alguna manera, sucedió en junio pasado.

43

Cuando cumplió cuarenta años, y utilizando parte del dinero que su hermano el traductor le enviaba desde el extranjero, la hermana literata decidió reunir los textos que escribía en un libro que circuló principalmente entre el grupo autodenominado amantes de la cultura que se juntaba en una casa del centro de la ciudad. Uno de sus propósitos consistía en detectar cualquier nueva publicación y conseguir algunos ejemplares para estudiarlos en sus reuniones. La hermana literata consiguió que los integrantes le firmaran una constancia donde se mencionaba que habían dedicado cuatro jueves consecutivos a la lectura y comentario de su obra. Aquel documento bastó para que las autoridades del orfanato aceptaran que se convirtiera en la madre temporal de los mellizos kuhn.

44

Pese a todo, el fotógrafo narcotraficante ciego seguía impartiendo instrucciones desde mi mesa de comedor. De la misma forma como en las páginas de la novela de sergio

pitol el edificio de la plaza río de janeiro deja de ser el edificio de la plaza río de janeiro, mi mesa de comedor ya no era mi mesa de comedor. La perspectiva del tiempo, su forma de medición, sufrió una especie de trastocamiento. Quizá entré, casi sin quererlo, en el tiempo congelado de los ampliados modelos expuestos en los carteles de times square.

45

Hace diecinueve años que macaca ha vendido la última casa, dijo con precisión mi abuelo mientras intentaba alejarme sin éxito de los inmóviles camellos. El cielo estaba opaco. Una neblina densa transformaba la percepción de los objetos. Había sido muy cuidadosa en las operaciones financieras, insistió. Tanto los dueños como los clientes habían quedado satisfechos con su trabajo. Pero a pesar de los logros parece que nunca dejó de torturarla el recuerdo del fin trágico del luchador de asia. Quizá por eso aceptó la sugerencia de mi abuelo de retirarse a las regiones andinas. El amante murió a causa de un disparo durante el allanamiento al taller donde fabricaba zapatos. Fue poco tiempo después cuando macaca consiguió el trabajo de vendedora de casas. Como sospecharás, decía mi abuelo muchas veces al vacío, no todo estaba en orden en su vida. Además del recuerdo de la muerte del amante, padecía el eterno problema de la renuncia de los jardineros. Los últimos meses habían sido realmente dramáticos. La abandonaron hasta tres aspirantes en una misma jornada. Los vecinos le llamaban la atención una y otra vez. La mortificaban en forma constante. En parte porque los jardines se veían descuidados. Pero también porque no querían tener todo el tiempo a extraños dentro del vecindario.

46

A pesar de no tener matrícula en ningún curso, la mujer del hábito escuchaba todas las lecciones a las que asistía el poeta ciego. En su cumpleaños, que el propio poeta ciego decidió se celebrase en el equinoccio de primavera, la mujer del hábito le regaló un reloj que hizo adaptar especialmente. En esa época el poeta ciego se refirió muchas veces al amor y a la relación que éste debía guardar con el celibato obligatorio. Muchas de sus reflexiones figuran en su libro secreto, al que como se sabe había bautizado como el *cuadernillo de las cosas difíciles de explicar*, compuesto principalmente por noticias de los periódicos pero también por textos de su propia inspiración. Como un gesto especial el poeta ciego decidió enseñárselo a la mujer del hábito poco después de conocerla. Tomaron asiento debajo de un árbol. Sólo leyeron algunas partes. Fragmentos de la historia de una mujer que lucía la espalda lacerada porque su marido llevaba las uñas extremadamente largas. Otros sobre la seguridad en las redes de transporte subterráneo de las principales ciudades. De algunos recortes no podía leerse completa la información. La mujer del hábito preguntó entonces por esas noticias y el poeta ciego contestó que, entre otras, recordaba la de un sujeto que ametralló a los clientes de un supermercado; la de una mujer que quemó completa una central telefónica; la noticia de unos niños que formaron una red para secuestrar a los directores de las escuelas primarias de la región y la de un muerto que por falta de espacio no pudo ser enterrado de modo horizontal.

47

Los universales suelen caminar acompañados por perros de raza bull terrier.

48

Meses antes había caído en una profunda depresión. Se trató de una situación curiosa, pues a lo largo de mi vida he mantenido un estado de ánimo más o menos estable. La mañana del gran ataque me encontraba en un restaurante con dos personas. Una era mi galerista en parís y la otra mi asistente en una instalación que estaba próximo a inaugurar. En el preciso momento en que me disponía a dar el primer mordisco a un pan comenzaron los síntomas. Todo fue muy rápido. No tuve oportunidad de poner en práctica ninguno de los recursos que había inventado para evitar esos trances. Según el testimonio de ellas, produje un sonido profundo con la garganta antes de que los ojos se me pusieran en blanco. De inmediato entré en convulsiones, que duraron cerca de un minuto. Caí al suelo y me puse rígido durante un minuto más. Arrojé saliva y me mordí de forma profunda la lengua. Permanecí inconsciente casi un cuarto de hora. Mis acompañantes afirman que respiraba con dificultad y que mi piel lucía morada. Cuando desperté vi a mucha gente a mi alrededor. Noté las sirenas de unas ambulancias. Un enfermero me preguntó por el día de la semana en que nos encontrábamos. Contesté correctamente y, seguramente fastidiado por la presencia de tantas personas, le dije a mi galerista que buscásemos otro restaurante donde seguir la conversación con tranquilidad.

49

La hermana literata era aficionada a la bebida, pero socialmente no se le consideraba una alcohólica. Se

embriagaba sólo una o dos veces al mes y solía llegar a perder el sentido. La muerte le sobrevino precisamente en una de esas ocasiones. Según el músico parece que en esas circunstancias olvidaba tomar las pastillas que tenía prescritas para el corazón.

50

La idea de cómo encarar el asunto del narcotraficante ciego se volvió obsesiva. Quise acordarme del nombre del abogado que sacó a william burroughs de la cárcel tres días después del asesinato de su mujer. Mi preocupación por el estado de las cosas en mi casa de méxico me impidió regresar a times square para cotejar la relación entre caminantes y retratados que creí encontrar. Tampoco asistí la última noche a *the mother*, donde el show iba a tratar sobre aquellos que establecen sus relaciones amparados en la sombra de los árboles de los parques públicos.

51

Cierta tarde noté una especie de alivio en el rostro de mi abuelo. Fue cuando me dijo que macaca había buscado distintas soluciones para resolver el asunto de los jardineros que abandonaban en forma constante sus jardines. Cuando se le ocurrió la estrategia del cartel trazó las palabras en una tabla de madera que luego colocó en el tronco de un roble algo añejo. Macaca tenía habilidades innatas para el dibujo. El letrero se mantuvo al vaivén del viento un par de días. Pero durante las primeras jornadas el aviso, contra todas las expectativas, pareció ahuyentar a los posibles aspirantes. A diferencia de lo que sucedía en circunstancias normales, cuando ponía un pequeño papel pegado a la ventana de su caseta, no se presentó ningún candidato. Macaca estaba a punto de descolgarlo cuando

sorpresivamente aparecieron dos hombres interesados en el trabajo. Ambos casi al mismo tiempo. Macaca los entrevistó por separado.

52

Durante el primer año de estudios, el poeta ciego fue propuesto para presidir la asamblea de estudiantes de la universidad. Pero no sólo declinó la postulación sino que hizo un juramento por escrito en el que dejó en claro que jamás aceptaría ningún puesto público. En ese tiempo comenzó a redactar el *tratado de la austeridad,* que una vez editado le significó un considerable número de seguidores. Desde ese momento fue cada vez mayor la cantidad de personas que buscaban su compañía. Incluso tenía adeptos que al no saber leer ni escribir asistían a unas lecturas que se organizaron en casa de los padres adoptivos. Otro de sus intereses en esa época fue conocer en detalle cómo estaba conformada la asociación de *scouts* de la ciudad. Ese afán se originó cierta tarde en que la mujer del hábito le describió a un grupo de esos niños cuando se preparaban para cruzar una calle transitada.

53

Fui trasladado de inmediato al hospital, donde quedé internado para que me hicieran las pruebas necesarias. Desde mi ingreso comenzaron a suministrarme fuertes cantidades de medicamento por vía intravenosa. A partir de la primera noche entré en una suerte de ensoñación. Comencé a perder el sentido de la realidad. Físicamente aparecieron dos manifestaciones en apariencia contradictorias. Al mismo tiempo que sentía una gran euforia mis músculos tendían a ponerse rígidos. Tenía ganas, simultáneamente, de dormir y de hacer ejercicio.

Dos días después caí en una crisis de nervios motivada por una equivocación de mi agente de seguros. Fue una reacción que considero anormal. Si bien aquel error me obligó a pagar íntegra la cuenta del hospital. Algo que también noté, y me pareció sumamente curioso, fue que la depresión que venía arrastrando desapareció por completo. Yo había tratado vanamente de combatirla con medios psicoanalíticos. Tuve incluso tres sesiones de terapia en un mismo día. Pese a todo, la depresión había persistido tenaz durante varios meses seguidos. Finalmente dejé el hospital con la prescripción de tomar *trileptal* dos veces por día.

54

Para ingresar al orfanato, la hermana literata contaba con una vieja credencial cuyos datos eran de difícil lectura. Nunca se la pedían. Era conocida por los vigilantes de la institución. Podía incluso llevar invitados, como la vez que entró acompañada por el músico con el que vivía. Desde hacía tiempo había roto el pacto establecido entre las madres y le contaba al músico los detalles de su experiencia en el orfanato. Entre otras cosas le mencionó las razones por las que la decepcionó la primera niña. Luego le dio pormenores de la llegada de los mellizos kuhn y de cómo esa presencia trastornó a las mujeres.

55

Cuando al fin, después de un largo viaje emprendido en medio de los pensamientos más fatalistas, llegué al comedor de mi casa, el narcotraficante ciego había desaparecido. En cambio encontré, a manera de regalo, una gran foto de mi perro que él había tomado durante un viaje anterior. En lugar de hallar la casa rodeada por

policías, el paso del narcotraficante ciego estaba registrado sólo en la imagen de una mascota.

56

Para sorpresa de mi abuelo, macaca aceptó contratar al mismo tiempo a los dos aspirantes a jardinero. Al primero, el maestro espín, le ofreció a cambio de sus labores de jardinería ayudarlo a desarrollar cierta teoría matemática en la que estaba trabajando y a la cual había bautizado como *método mariótico.* Había comenzado a idearlo mientras daba clases a los alumnos de una escuela pública. Al segundo, el hermano francisco, le ofreció esconderlo de la gente que supuestamente lo perseguía. Ambos vivirían en la cabaña levantada junto a la caseta. Macaca había pegado, en la pared interior de su sala, un viejo póster de cine donde se hacía publicidad a una película del actor chino bruce lee. Se me hace sumamente curioso que mi abuelo se haya referido a bruce lee durante sus interminables discursos sobre macaca. La imagen de mi abuelo data de los primeros años sesenta. Cualquiera sabe que las películas con luchadores de asia surgieron después. Pese a todo, cada vez se me hace más nítida su voz afirmando que en el lugar más importante de la caseta estaba colocado el anuncio de la película *enter the dragon*, más conocida como *operación dragón*.

57

Cuando, después de un tiempo, el poeta ciego se enteró de más detalles relacionados con la asociación de *scouts*, dijo que lamentaba profundamente no haber podido ser nunca uno de esos niños. Culpaba a su ceguera y al haber sido criado en un lejano pueblo de pescadores. Ya en ese entonces había formalizado las relaciones que mantenía

con la mujer del hábito. Se hablaba incluso de una fecha para el matrimonio, pero los planes tuvieron que ser modificados porque cierta mañana los padres del poeta ciego fueron hallados sin vida en su habitación. Acostados daban la impresión de dormir plácidamente. Para disminuir la tristeza del poeta ciego se realizaron unos rápidos funerales.

58

Al principio no toleraba bien los efectos del *trileptal*. Sentía una extraña rigidez muscular, así como una creciente apatía. Me preocupó asimismo el desánimo sexual que comencé a experimentar. También el hecho de que mis encías sangraban. Traté de explicarle todos esos síntomas al médico, pero no recibí ninguna respuesta adecuada. Acudí entonces donde otro especialista, quien me recetó *keppra* y un nuevo encefalograma. Cuando investigó en mi historia clínica descubrió que el médico anterior no había recogido de los centros de estudios la prueba fundamental, la de resonancia. Había basado su diagnóstico sólo en la tomografía. Sin embargo, al revisar el examen de resonancia magnética, que solicitó de urgencia, no encontró tampoco ninguna alteración. El encefalograma al que me sometió después siguió sin detectar nada. Afirmó entonces que quizá todo había sido provocado por la falta de sueño y el abuso del alcohol. Me pareció extraño ese dictamen, principalmente porque acostumbro a dormir más de ocho horas por día y rara vez me he sentido borracho. Las *keppra* del nuevo médico me causaron muchos efectos secundarios. Peores que los ocasionados por el *trileptal*. Tuve sueños sumamente desagradables así como adormecimiento profundo en las extremidades.

59

Después de concedida la tutela a la hermana literata, muchas de las madres falsas reclamaron con actitudes histéricas. Hubo las que abandonaron a sus hijos y no se les volvió a ver más. La hermana literata le relató al músico cómo a pesar de sus limitaciones los mellizos kuhn se las fueron ingeniando, poco a poco, para valerse por sí mismos. El músico muchas veces le preguntó por las razones que la movían a hacerse cargo de esas criaturas. Hizo la pregunta en distintas ocasiones. Mientras la mujer estaba sobria y cuando la ebriedad le impedía incluso mantenerse de pie. La hermana literata a veces contestaba que le daban compasión. En otras ocasiones admitía que un sentimiento morboso motivaba su conducta. Sólo cuando se encontraba en un estado de embriaguez incipiente afirmaba que no lo sabía con certeza.

60

La escritora margo glantz espera, agazapada detrás de las cortinas de su casa, la hora exacta en que la mujer amante de los animales, que merodea la zona donde vive, amarre en la chapa de la puerta principal la bolsa de comida destinada a su perra lola. Desde hace algunos días margo glantz ha prohibido la salida de lola a la calle. En contraste con la forma libre en la que ha sido criada desde cachorra, lola debe hacer ahora la vida de un perro faldero cualquiera. La mujer que coloca las bolsas de comida a primeras horas de la tarde tiene que entender que esa perra no es un animal ni callejero ni hambriento. Es más, debe darse cuenta de que se trata de lola, la perra de margo glantz, que es además protagonista del libro de cuentos que su ama acaba de publicar. Pero la mujer

amante de los animales parece ignorar todos esos detalles. Pretende dejar, en la puerta de la casa situada en la esquina de hornos y tres cruces, el kilo de hígados de pollo que está segura se le niega a lola en ese hogar.

61

La mención del cine de bruce lee me hace recordar el éxito que obtuvieron sus películas, principalmente en la región quechua del país. Era impresionante la identificación que se establecía entre quienes utilizaban el proscrito idioma de mis antepasados y las películas habladas en chino. Algunos asistentes incluso insertaron en su vida diaria palabras asiáticas que sonaban como propias de su idioma natal. Pienso que haber asistido a una de esas sesiones cinematográficas hubiera sido de provecho para mi abuelo, aunque por su forma de ser dudo que se entregara a la catarsis en la que caían muchos de sus hermanos de lengua en esas salas de provincia.

62

De inmediato el poeta ciego vendió las propiedades que poseían los padres y compró una casa que no contaba con mayores comodidades. La eligió de dos pisos para dormir a cierta distancia de la mujer del hábito, con quien se casó en una rápida ceremonia llevada a cabo al día siguiente del sepelio de los padres adoptivos.

63

Cuando le informé por teléfono al médico que el *keppra* me caía mal, me cambió rápidamente la medicina. Esta vez me prescribió *lamicdal*, sin hacer referencia a los posibles efectos colaterales. Lo tomé por espacio de quince días. Los

resultados al principio parecieron muy buenos. Sentí un fuerte estímulo en el ánimo y desaparecieron las sensaciones extrañas en el cuerpo. Sin embargo caí de pronto en una severa crisis alérgica. Comenzó con ataques de fiebre de más de cuarenta grados y el cuerpo se llenó de erupciones. Sufrí aquel síndrome una semana completa. No recuerdo el nombre, pero tiene algo que ver con *smith & johnson*, o algo parecido. El médico que me había recetado el medicamento no quiso hacerse responsable. Incluso negó, en primera instancia, que el *lamicdal* hubiese tenido algo que ver con esa situación. Vi en esos días a varios médicos generales, pero ninguno acertaba en el diagnóstico. Unos decían que se trataba de una rubeola, otros que era un caso de escarlatina. Desesperado terminé en la sala de urgencias de un hospital cercano, donde a uno de los doctores reunidos se le ocurrió preguntar si estaba tomando medicinas contra las convulsiones. Al contestar en forma afirmativa fui conducido de urgencia donde un dermatólogo, quien estuvo a punto de ordenar mi internamiento por la gravedad del cuadro que presentaba. Ordenó un tratamiento radical a base de cortisona. Poco a poco los terribles síntomas fueron disminuyendo. Sin embargo la superficie de todo mi cuerpo quedó quemada. A los pocos días cambié totalmente de piel. El hígado también quedó afectado por la intoxicación. Dejé de tomar medicinas por cerca de dos meses.

64

El músico escuchaba a la hermana literata en silencio. De ese modo la observaba también cuando decidía embriagarse. A la hermana literata parecía hacerle falta tan sólo una dosis mínima de alcohol para que su conducta se modificara en forma evidente. Cuando lo decidía

comenzaba a beber desde las primeras horas de la noche. No se detenía sino hasta el amanecer. Deliraba principalmente acerca de su pasado. Hablaba además de su hermano el traductor, de quien sospechaba la había dejado de querer por las cartas cada vez más frías que recibía. Eso ocurría cuando se emborrachaba en su casa. En las visitas a las cantinas las cosas eran diferentes. Llegaba a la medianoche llevando en su bolso los textos redactados en los días previos. Tomaba asiento y, luego de beber dos vasos de aguardiente, recitaba en voz alta los escritos. Acostumbraba leer cerca de una hora. Al terminar y darse cuenta de que nadie la había escuchado, repartía entre los asistentes los manuscritos. Iba de una mesa a otra y pedía opiniones o repetía fragmentos de memoria. Cuando notaba que seguían sin hacerle caso recogía los papeles, se dirigía a su mesa y, mirando hacia un punto muerto, se ponía a balbucear palabras relacionadas con los secretos del trabajo literario. En los últimos tiempos ese final sufrió algunas variaciones. En lugar de hablar de su oficio empezó a pararse en una silla desde donde relataba la supuesta y verdadera historia de los mellizos kuhn.

65

Margo glantz continúa escondida esperando. Sabe que, a pesar de la aparente tardanza, la mujer de los hígados no abandonará ese día su empeño. No tiene idea de cómo librarse del personaje que ha decidido velar por los canes de la zona central de coyoacán. Pese a todos sus esfuerzos la mujer insiste con una persistencia mayor.

66

En mi recuerdo el abuelo quería siempre desplazarse entre el espacio reservado a los camellos y la poza

destinada a las focas. El mar estaba cerca. Incluso a ratos se podía escuchar con claridad el romper de las olas. En cierta ocasión mi abuelo me habló de la noche en que una de las focas escapó e intentó llegar de nuevo al océano. Estaba a medio camino cuando un taxista se cruzó en su destino. La foca debió volver a su poza y contentarse con oír a la lejanía el sonido del mar.

67

El poeta ciego se preocupó por contar en la nueva casa con un gabinete de trabajo. En ese lugar dictó la mayor parte de los tratados, incluido el que llevaba por título *necesidad de un celibato obligatorio*. Los martes le pedía a la mujer del hábito que le describiera la revista de cortes y peinados a la que estaban suscritos. Le pedía también, en las noches de luna especialmente, que copiara rápidamente en una libreta los poemas que recitaba inspirado por fuerzas desconocidas. La mujer del hábito se hacía cargo de sus funciones con cierta tranquilidad. Sin embargo esa situación no se mantenía todo el tiempo igual.

68

Cansado del fracaso con los neurólogos visité a una médico psiquiatra, quien ordenó que me hicieran el último electroencefalograma al que he sido sometido. Afirmó que necesitaba realizármelo en una máquina sumamente sensible, guiada por una computadora. De esa máquina provienen los resultados actuales con los que cuento. La doctora afirma, en primer lugar, que funciono con voltios bajísimos, razón por la cual ningún equipo normal pudo percibir alguna anomalía cerebral. Aparte ve un serio desorden de energías. Pero dice que el mayor problema radica en mi sensibilidad extrema a los medicamentos.

Según esta doctora, con un tratamiento regular de pastillas la actividad cerebral y el flujo eléctrico quedarían controlados en corto tiempo. En el lapso de dos años aproximadamente no tendría ya necesidad de continuar con la medicación.

69

La hermana literata acostumbraba decir en la cantina que los mellizos kuhn nacieron como producto de un incesto cometido entre dos hermanos. Afirmaba que lo sabía por ciertos informantes anónimos que acudieron a la puerta del orfanato para contárselo. El inicio de la historia se situaba varios años atrás, cuando los padres de los mellizos eran pequeños. Se trataba de un niño robusto y de una niña sumamente delgada, que lucían los cuerpos completamente cubiertos de lunares. Algunos eran protuberantes. Otros minúsculos como pecas. En esa época la ciudad tenía un alto número de habitantes con deformidades físicas. La hermana literata afirmaba que esa característica, la existencia de una serie de monstruos, era normal en determinadas etapas de la evolución de cualquier sociedad.

70

No en vano margo glantz ha comenzado a cancelar una serie de citas programadas para el mediodía. No quiere que en su ausencia la mujer cumpla impunemente su obra. No está dispuesta a aceptar que en la puerta de su casa cuelgue varias horas seguidas una bolsa de comida para perros. Prefiere que los encuentros con amigos se lleven a cabo en su propio comedor, para así poder vigilar desde la ventana la sigilosa llegada de la mujer.

71

Mi abuelo me dijo una y otra vez, sin dejar de mirar a los decrépitos camellos, que los aspirantes a jardinero hacían todo el tiempo preguntas con relación al póster de bruce lee. Macaca contestaba que lo había puesto en la pared principal en homenaje a su amante muerto. Bruce lee había sido el actor preferido del luchador convertido en zapatero. Macaca incluso pensaba que el amante había estado inmiscuido en la filmación de algunas películas del actor. Nunca le confirmó si lo había conocido en forma personal, pero a veces lo dejaba entrever. En más de una ocasión le había contado detalles de su vida tanto en la pantalla como en su existencia real. Le habló de sus relaciones con la mafia china y de cómo esa misma mafia lo había condenado a muerte, no sólo a bruce lee sino a sus descendientes hasta la tercera generación.

72

La mujer del hábito no podía atender siempre de la misma manera al poeta ciego, pues a veces caía en un estado de ánimo que le impedía incluso levantarse de la cama. Esas crisis podían comenzar de distintos modos, sin embargo siempre cumplían un ciclo que iba de la actividad desatada a la inmovilidad más absoluta. Por ese motivo se acondicionó una habitación especial, oscurecida con telas puestas delante de la ventana. Tanto las paredes como la puerta habían sido recubiertas con una placa de corcho. Durante esos periodos se hacía cargo de la rutina doméstica una enfermera que conocía muy bien las costumbres de la casa. Lo que más resaltaba de su físico era el contraste entre su piel oscura y el cabello teñido de rubio. Cuando el poeta ciego se enteró de aquella

característica preguntó por los tintes y cómo eran aplicados. La enfermera señaló que al principio le hacía el tratamiento un estilista, que tenía su negocio cerca al hospital donde trabajaba, pero que con el tiempo había aprendido a aplicárselo ella misma.

73

El asunto de los efectos secundarios de los medicamentos debía contemplar también el problema del hígado, pues a lo largo de mi vida he sufrido de hepatitis a y b. Por esa razón la médico psiquiatra estuvo buscando alguna medicina que no atacara ese órgano. Finalmente me recetó *topomax*. La primera toma bastó para que perdiera por completo la noción de la realidad y sintiera asimismo una serie de malestares físicos bastante desagradables. Sufrí alucinaciones, la aparición de ideas obsesivas y la imposibilidad de ordenar, aunque fuera mínimamente, mi rutina diaria. Aquel efecto me duró cerca de setenta y dos horas. Y luego disminuyó en forma gradual. Sin embargo parece haber quedado hasta ahora un marcado nerviosismo.

74

Le daban el mando a un anciano ciego, quien de algún modo parecía tener el poder de evitar las deformaciones en la descendencia. Todos los días acudían hasta la sede decenas de parejas que buscaban tener hijos sanos.

75

Las invitaciones a la casa de margo glantz suelen comenzar a las dos de la tarde. Pero, desde hace algún tiempo, cuando se está cercano al postre la anfitriona

acostumbra levantarse de la mesa con ansiedad. Casi ninguno de sus invitados sabe a qué se debe el repentino cambio de conducta. La razón por la que margo glantz deja la mesa y comienza a lanzar diatribas desde la ventana del comedor. Se trata de la presencia de la mujer de la bolsa que intenta amarrar nuevamente a la chapa sus hígados hervidos. Lo hace pese a saber que la dueña de la casa le gritará a través de la ventana, que le pedirá que se retire, que la amenazará con llamar a la policía.

76

Mi abuelo me dijo a escondidas, para lo cual me llevó a un lado de la poza de las focas, que la perdición de bruce lee se había originado por estar demasiado comprometido con los objetos materiales que tenía a su alrededor. Cada vez sospecho más que lo que mi abuelo trataba de darme a entender en esas visitas al zoológico, era que el amante asiático de macaca era el mismo bruce lee en persona.

77

Cierta noche en que el poeta ciego dictaba sus versos bajo la luz de la luna, la mujer del hábito, quien tomaba nota rápidamente de ellos, dejó caer al suelo el lápiz y el papel donde escribía. Luego, sin ningún control del cuerpo, comenzó a deslizarse de la silla en la que se hallaba sentada. El poeta ciego trató de ayudarla, pero no pudo hacer nada para sacarla de su estado. Se limitó a quitarle el dedal de cuero negro que llevaba en el dedo meñique. Llamó luego por teléfono para que la enfermera del cabello teñido se hiciera cargo de la situación.

78

La médico psiquiatra terminó recetándome un medicamento pediátrico. *Atemperator* infantil. Debía tomar medio gotero en las mañanas y medio gotero en las noches. Es el tratamiento que sigo actualmente. En el *vademecum*, que revisé a escondidas, dice que es una de las peores medicinas para el hígado. Noto además cierta apatía y sueño constante. Me levanto tarde en la mañana y debo hacer siesta todos los días. Siento que el medicamento afecta mi vida cotidiana. He dejado de realizar una serie de actividades que me gustaría seguir haciendo. Noto también que continúan las molestias, principalmente frente a los estímulos que provienen del exterior.

79

Molestos por las miradas indiscretas de los vecinos, los padres de las criaturas plagadas de lunares llevaron a sus hijos a los terrenos de la comunidad dirigida por el anciano ciego, quien revisó a los hermanos en forma minuciosa. Luego de repasar las manos sobre los cuerpos de las criaturas, el anciano mandó a los niños afuera y se retiró a un cuarto donde le dictó a su asistente una serie de prescripciones. Dijo que no se podía saber aún de qué clase de mutación podía tratarse. Había que esperar para que, a través de los cuerpos, el tiempo dijera su verdad. Sin embargo, para lo que había que prepararse desde ese momento era para que los niños se casasen entre sí. Lo similar cura lo similar, señaló. Sólo con la unión carnal entre esos hermanos podía evitarse que en las futuras generaciones los males genéticos llegaran a un grado mayor de desarrollo.

80

Cuando la mujer de los hígados desaparece, margo glantz suele quedar desconcertada. No puede desentrañar el verdadero sentido de esa diaria presencia. A veces cree que ella misma, a través de su escritura, es quien produce la situación. Una lógica semejante nos hace pensar que margo glantz asocia el trabajo con la palabra a fuerzas desconocidas. Esa mujer parece obligarla a recapacitar en sus planes literarios. Nuestra autora quiere hacer una biografía de su padre, el poeta jacobo glantz. Quizá trata de indagar en lo que se conoce como el alma judía. En caso de llevar a cabo un proyecto semejante puede ser que cobren otro sentido los relatos de kafka, roth, singer o meinrik, que a margo glantz tanto le interesan. Será quizá una biografía llena de historias inverosímiles donde confluirá verdad y mentira, realidad e irrealidad, absurdo y solemnidad, donde estarán confundidos los tiempos en ritmos cíclicos y eternos.

81

Según mi abuelo el maestro espín, uno de los jardineros contratados, encontró absolutamente lógicos los últimos años de macaca. Para constatarlo aplicó la teoría matemática que estaba desarrollando. Dijo que incluso podía graficarlos, con sus ramificaciones y demás. Para el maestro espín la aplicación del *método mariótico* era quizá la única manera cuerda de explicar cómo una película china de corte comercial hizo posible que un luchador de asia, convertido en zapatero, muriera en manos de la policía de un país extranjero. No sólo eso, sino que lograba que su amante, una mujer llamada macaca, diera la impresión de haberse enamorado, tras el asesinato, de las casas que tiempo después había sido contratada para vender y que lo abandonara todo para irse a refugiar a las

regiones quechua con la intención de dibujar niños muertos. Se dice incluso que mandó desenterrar a su amante para llevarlo hasta el pequeño poblado donde terminó viviendo.

82

La enfermera del cabello teñido se quedó en la casa cerca de dos semanas. En las mañanas salía a cumplir su turno en el hospital y regresaba al anochecer. Permaneció allí hasta que la mujer del hábito superó el estado de postración en el que se encontraba sumida.

83

En ciertos momentos veo la realidad desde otro punto de vista. No sé cómo explicarlo con propiedad, pero en determinadas situaciones aprecio las cosas de una manera que podría llamar externa. En esas circunstancias siento el temor de que esa forma de percepción no sea sino un conato de ataque. Son muchos los momentos del día en los que percibo la inminente aparición de una situación anormal. Ese miedo se va acrecentando con el tiempo. Me causa una creciente inseguridad vivir bajo estas condiciones. He tratado de hablarlo con la doctora, pero dice que tiene el tiempo limitado. Tengo dudas, además, de lo efectivo que pueda ser un medicamento pediátrico tomado en dosis tan bajas.

84

Los mellizos kuhn no fueron los único niños nacidos con deformaciones en la ciudad. Por esas fechas se tuvo conocimiento del nacimiento de otros mellizos de los cuales nadie supo más. La hermana literata le contó en una carta

el caso a su hermano el traductor. La misiva comenzaba situando a la madre embarazada en compañía de su propia madre, en el segundo piso de una tienda por departamentos. La mujer embarazada en cierto momento había tenido sed y le pidió a su madre que la acompañara a la cafetería. La mujer embarazada pidió agua y también, aunque su médico se lo había prohibido, un pastel de chocolate. Esa mezcla le hizo recordar los años pasados fuera de la ciudad. En la escuela donde se había educado existía un programa de intercambio estudiantil, del que hizo uso durante un periodo escolar. Al volver inició un noviazgo que terminó en matrimonio y allí se encontraba, sentada en la cafetería de un centro comercial realizando compras para el alumbramiento.

85

La mujer de los hígados no dejará de visitar la casa de margo glantz mientras lola continúe con vida. La lucha entre ambas mujeres tendrá a la perra como pretexto. Pero la batalla final parece haber ya comenzado. Hay quienes dicen haber visto, en la puerta de entrada de la casa de margo glantz, la presencia de ciertos muñecos hechos de barro, quizá en espera de que les den el soplo divino capaz de transformarlos en una especie de homoides.

86

Hasta el día de hoy escucho las palabras de mi abuelo diciéndome que, sentado bajo el póster de bruce lee, el maestro espín sacó un lápiz y un papel. Empezó a trazar los últimos movimientos de la vida de macaca, desde el estreno de la película hasta el despido del último jardinero. Desde el fallecimiento del zapatero hasta el último muerto que dibujó, hecho este último que no tenía cómo saber. Se

agachó mucho sobre la hoja. El maestro espín usaba todo el tiempo un sombrero de fieltro negro. En mis recuerdos mi abuelo se refería a ese sombrero en forma recurrente.

87

La mujer del hábito se despertó de improviso. Después de algunos minutos abandonó la cama con precaución. Se puso la bata y salió del cuarto. En el segundo piso había una luz encendida. Subió con cautela las escaleras. Llegó hasta el dormitorio y cuando abrió la puerta vio que el poeta ciego estaba acostado boca arriba y sobre él cabalgaba desnuda la enfermera del cabello teñido. Minutos después la mujer del hábito se encontró asestando sin compasión una serie de golpes en la cabeza del poeta ciego. Hacía uso de un martillo que hasta el día de hoy nadie sabe en qué lugar de la casa se guardaba.

88

Mi trabajo exige una concentración extrema, así como un estado de ánimo determinado para poder ser llevado a cabo con propiedad. Puedo asegurar que las sensaciones que experimento con la medicina infantil van en contra de su desarrollo.

89

Como en esos meses las piernas de la mujer embarazada han sufrido una ligera hinchazón, lleva puestas unas medias especiales. Por esa misma razón los zapatos son de tacón bajo. Dos días antes ha visto por última vez a su ginecólogo, quien le informó que no advertía ninguna complicación y que, como sabía desde los primeros meses,

dentro de poco sería madre de mellizos. Se trataba de un ginecólogo joven.

90

El *golem* creado por margo glantz tal vez crecería de una manera descomunal y, llegado el momento, ni su propia dueña alcanzaría su frente para quitarle las letras que seguramente lleva grabadas. De no ser posible arrancar esos símbolos, la horrorosa creación huiría para recorrer calles cada vez más alejadas. En su camino se alimentaría principalmente de los perros con los que se cruzase.

91

Era curioso que mi abuelo conociera tan bien el sombrero del maestro espín, pues él siempre llevó la cabeza descubierta. Por eso era visible en todo momento una pelusa rubia que le crecía sobre las orejas. Más de una vez me dijo que, uno a uno, había ido perdiendo los sombreros que comenzó a usar inmediatamente después de su llegada a la ciudad capital. Parecía que la imposibilidad de usar sombrero se trataba de una suerte de castigo. Él nunca lo pensó, por supuesto. O por lo menos nunca me lo dijo. Pero lo vi aparecer fugazmente. Era el espíritu de un castigo motivado quizá por no haber podido volver a pronunciar una palabra en su lengua materna.

92

El territorio donde viven los universales, aquellos personajes que tanto interesaron al poeta ciego, suele ser incierto. Generalmente escogen construcciones abandonadas, antiguas estaciones de metro, o zonas campestres no demasiado alejadas de la ciudad. Hay una

extraña necesidad de lo urbano. Las autoridades lo saben, tal vez por eso la ciudadela final fue construida en el corazón del bosque.

93

No lo he mencionado antes, pero experimento también problemas de memoria y de confusión de tiempos. En muchas ocasiones no puedo dar una cronología exacta a los hechos del pasado. Siento también que no estoy lo suficientemente insertado en las situaciones que se desarrollan normalmente. Eso lo noto principalmente durante los viajes.

94

La madre de la mujer embarazada, que ha pedido un pastel de manzana y una taza de té, hubiera preferido que su hija fuera tratada por el médico que siempre ha visto los problemas femeninos en la familia. Los paquetes de la compra, artículos para recién nacidos casi todos, han sido colocados en una tercera silla. Las dos mujeres se quedan en la cafetería cerca de media hora. Salen después con dirección al estacionamiento del centro comercial.

95

A esas alturas el muñeco de barro habría adquirido libre albedrío. Nadie podría detenerlo. Se adueñaría de las plazas, de los puentes, de las avenidas que recorren de extremo a extremo la ciudad. Las balas de la policía necesariamente serían inocuas. Nadie se atrevería a ponérsele delante y menos a tratar de desvirtuar el mensaje de su frente.

96

Me gustaría saber con qué palabras fue hecha la petición que, tirado en un extenso campo de maíz después de que sus compañeros de escuela se burlaron de sus expresiones en quechua, le hizo mi abuelo a su dios para que le concediera la muerte. Quizá esas palabras no existan y estén sólo representadas simbólicamente en cada uno de los sombreros que fue perdiendo a lo largo de su vida. Eso lo vi una tarde de julio cuando la familia me organizó la celebración de cumpleaños en mi cuarto de enfermo. Yo acababa de sufrir una grave crisis asmática. Habían llenado las paredes de mi habitación con globos y con figuras de cartón que representaban a una serie de payasos. Se entonó la canción de cumpleaños con la preocupación reflejada en los rostros. Recuerdo que no me encontraba capacitado para respirar plenamente. Pero creo, sin embargo, que lo verdaderamente insoportable eran los efectos secundarios de las pastillas que debía tomar. Los síntomas principales se manifestaban como una serie de náuseas y mareos, que me llevaban a considerarme muchas veces como extrañado de la realidad.

97

El universal vivía con su mujer y su hijo en una zona apartada. La casa estaba constituida por una sola habitación de techos altos. Cuando el universal llegó, en aquella época no tenía mujer ni hijo, la casa era habitada por un grupo de niños. El universal convivió con ellos durante algún tiempo. Pero de un momento a otro se quedó solo. Los niños emigraron, pues de pronto se vieron involucrados en el asesinato de un anciano ciego fundador de una extraña organización de seres malformados.

98

Durante los viajes que suelo realizar me viene la idea persistente de que lo que está sucediendo en mi interior es más fuerte que lo que ocurre en ese momento afuera. Por la naturaleza de mi trabajo debo ir de una ciudad a otra con regularidad. A principios de diciembre, por ejemplo, tengo que estar fuera por un par de semanas. Me gustaría por eso tener la seguridad de un diagnóstico que me permita saber qué es lo que significa el desorden de energías aparecido en el electroencefalograma, y estar seguro también de que la medicina recetada es realmente la que necesito.

99

Según lo previsto, un mes después la mujer embarazada dio a luz. Por tratarse de mellizos se realizó una cesárea. No se presentaron complicaciones mayores al momento del parto. Sin embargo una vez que las criaturas nacieron hubo confusión en la sala. Se llamó a otros médicos, pediatras especialmente. Después de que los recién nacidos fueron revisados se ordenó su traslado a una sección especial de la cuna maternal.

100

Alertado por los destrozos del homoide, tal vez llegase a la casa de margo glantz un escuadrón completo de investigadores. Algunos vecinos la habrían delatado y seguramente sería acusada de la desaparición no sólo de la mujer de los hígados sino de la mayoría de los perros de la zona.

101

Posiblemente, y como resultado del asma, en los años de mi niñez las sensaciones del cuerpo parecieron ocupar casi todo el espacio que me rodeaba. Frente a los globos y los payasos de cartón mi abuelo me habló —cuando los demás parientes salieron del cuarto para respirar un poco de aire puro— de una danza antigua que se practicaba en la zona donde había nacido. La danza de las tijeras, señaló. Lo último que recuerdo, antes de caer dormido a causa de los medicamentos, es que los danzantes eran preparados desde niños para cumplir una misión trascendente. Para ellos las tijeras tenían un gran significado. De una fuerza parecida a la que seguramente adquirieron las herramientas de talabartero con las que el luchador de asia trató de detener la entrada de la policía en su taller.

102

Por algunos vestigios que halló durante su estadía, la casa donde vivía el universal parecía haberse usado en algún momento como local destinado a la fabricación clandestina de alcohol. El universal encontró alambiques enterrados, así como algunas garrafas ocultas debajo de un falso piso ubicado en la parte posterior. Una vez que llevó a su mujer a vivir en aquel lugar, el universal cortó con cuidado las garrafas —se había hecho de un cortador de vidrios— y las convirtió en vasos y fuentes.

103

Medicinas experimentadas:

Trileptal

Keppra

Lamicdal
Topamax
Atemperator pediátrico
Ninguna funcionó.

104

Los mellizos quedaron en observación y a la espera de los resultados de los análisis clínicos a los que fueron sometidos. Lo que tenía tan alarmado al personal médico era que habían nacido con unas extremidades incipientes.

105

Como es de suponer, la puerta de la casa de margo glantz se vio libre de las bolsas de comida. Lola pudo recorrer las calles aledañas sin temer encontrarse con perros vagabundos y sin ser considerada un animal carente de cuidados. En los momentos que su escritura le dejara libre margo glantz vería, a través de la televisión, las imágenes del ser que supuestamente había creado, el golem casero, que seguía causando estragos por la ciudad.

106

A mi abuelo parecía indignarle profundamente que macaca hubiera llegado tarde a la escena del crimen. El taller del zapatero contaba con dos secciones techadas así como con un patio pequeño. La primera servía para mostrar los zapatos en venta. Se trataba de modelos pasados de moda, simples, que buscaban sin embargo respetar cierta línea clásica. Estaban expuestos sobre unos anaqueles de madera. En esa misma habitación se encontraban los útiles de trabajo. Había herramientas de talabartero, unas descomunales tijeras, hilos, y materiales

de costura. En el suelo se arrumbaban una serie de suelas de distintos tamaños. La trastienda estaba acomodada como dormitorio. A un lado había una cama cubierta con un tul que caía del techo. Enfrente un cordel pendía de un extremo a otro de la pared. Separados por una distancia de más o menos metro y medio, colgaban de ese cordel trozos de carne cruda. Debajo de cada pedazo había unas cajas de metal con una compuerta en la parte superior. Las ratas, con cuya piel estaban hechos los zapatos, trepaban en las noches por esas cajas, seguramente atraídas por el olor de la carne colgada y, gracias al mecanismo de la compuerta, caían dentro.

107

El universal falló la ocasión en que llevó a su casa los primeros cachorros de bull terrier. Cometió el error de criarlos como si se trataran de cualquier animal doméstico. Dejó que su mujer y su hijo los consintieran. Permitió que los animales desarrollaran instintos que iban en contra de su naturaleza. El universal sabe que ésa es la razón por la que los perros no llegaron a la edad adulta. Se mataron uno al otro. Sucedió cuando los cachorros estaban cercanos a los diez meses de edad y a la mujer del universal se le ocurrió lanzarles un hueso para ver cuál de los dos lo alcanzaba primero.

108

En ciertas ocasiones me he descubierto, y a eso me refiero con las ideas persistentes que me suelen acompañar, copiando, por ejemplo, páginas completas del directorio telefónico o fragmentos de los textos de mis escritores preferidos. Aquel ejercicio de transcribir frases de otros autores reaparecería después, en cuba, donde por

razones de escasez pesaba sobre mi máquina de escribir una especie de servicio público. Era la única disponible en varias cuadras a la redonda. Imposible negarse al pedido de alguien que necesitaba redactar una carta para el comité central, los cuentos que debían ser enviados urgentemente a un concurso, o la solicitud necesaria para dejar el país en forma definitiva. Fue entonces cuando tuve que inventar un método para volver a la normalidad mi underwood, después del paso de tantas manos por sus teclas. Copiaba sin parar las páginas de alguno de mis autores preferidos hasta que consideraba que la máquina readquiría la neutralidad necesaria para seguir escribiendo.

109

El más grande compositor contemporáneo es el niño *talídome*.

joseph beuys

110

Cierta mañana de verano, y sin que mediase una aparente relación con el asunto del *golem* casero, margo glantz despertó convertida en un joven pasante de abogado. No pudo imaginar en esos momentos qué suceso había podido generar semejante situación. Desde el primer momento descartó que ese hecho tuviera que ver con el proceso de clonación al que a instancias de mario bellatin, quien preparaba una suerte de instalación compuesta por dobles de escritores, se había sometido meses atrás. Para que esta especie de *happening* tuviera lugar margo glantz había instruido, precisamente a un pasante de abogado, en los diez temas fundamentales de su pensamiento. En efecto, en el próximo mes de septiembre, en una sala de

arte de parís, ella va a ser representada por ese joven, entrenado durante varias semanas por la misma margo glantz para que repita de memoria frente al público los temas propuestos.

111

Si acepto como verdaderas las cosas que mi abuelo iba diciendo, entonces el luchador de asia conseguía cada noche entre cuatro y cinco alimañas, que generalmente salían de las cañerías que había dejado expresamente al descubierto. A la mañana siguiente las destazaba en un patio posterior. Llevaba hasta allí a sus presas y con un palo de madera les daba un ligero golpe en el hocico que las mataba al instante. Las abría después con un cuchillo y les arrancaba de cuajo las entrañas.

112

De ese modo, viendo los perros destrozándose, el universal aprendió que lo fundamental con los terriers era respetar las leyes de crianza. Un año más tarde, y con motivo de la devastación que un tornado dejó en la zona en que vivían, la mujer del universal tuvo que dirigirse a la ciudad a conseguir algún trabajo. No volvió sino hasta seis meses después. Durante todo ese tiempo el universal se quedó solo con su hijo. La mujer regresó sin equipaje. Llevaba únicamente una pequeña jaula para perros. El universal se acercó, miró a través de las rejillas, y descubrió dos cachorros. De inmediato se dedicó a la construcción de una perrera. Utilizaría para hacerla algunos de los restos que había dejado el tornado en su paso por la zona.

113

Llevo una mano artificial. Su marca es otto bock. Una de sus mayores virtudes es su precisión y su funcionamiento con las pulsaciones del cerebro. Hace pocos días, cuando me sometí a la serie de pruebas encefalográficas cuyo fin era diagnosticar los extraños mareos que comencé a experimentar, tuve la certeza de que las señales electromagnéticas que arroja la otto bock cada vez que recibe una orden puede tener algo que ver con esos trastornos y convulsiones. Mientras espero los resultados finales de los análisis sigo llevando mi mano a todas partes. Continúo dándole el exiguo mantenimiento que me exige. La limpio con un algodón empapado en alcohol. Deseché desde el comienzo los limpiadores para equipos de computación. Entre otras cosas porque lo primero que se estaba borrando era el nombre de otto bock y no creo que la mano siga siendo la misma si no lleva su nombre escrito entre las tenazas que hacen de dedos.

114

El primero de la familia en conocer la noticia del anormal nacimiento fue el padre de las criaturas. El director del hospital le habló en privado y, en forma calmada, le contó los sucesos en todos sus detalles. Incluso le mostró unas cuantas fotografías, que fueron tomadas minutos después del parto. Los recién nacidos habían sido colocados en una mesa de metal. El padre pudo ver en una de las fotos a la madre quien, un poco más atrás, dormía bajo los efectos de la anestesia. Tanto el padre como la madre eran personas creyentes. Se habían conocido durante un retiro espiritual para jóvenes organizado por una agrupación católica. Al oír al director, el padre se echó a llorar cubriéndose la cara. Una vez que se calmó y vio las

fotos, se puso a rezar juntando las manos como un niño antes de acostarse. Era una persona de no más de veinticinco años, que trató de dignificar el momento expresando cosas como que ese hecho lo hacía querer más a sus hijos. El siguiente paso consistía en transmitir la noticia a los demás integrantes de la familia. Mirando fijamente al director, que se mantenía alerta a sus reacciones detrás del escritorio, dijo que saldría unos momentos del hospital y que después regresaría para dar la información personalmente. Pidió discreción. El director acompañó al padre hasta la puerta de su despacho y lo vio alejarse por un pasillo de losetas franqueado por una serie de ventanales. A partir de ese momento nunca más volvió a saberse nada de aquella persona.

115

Pero no. La experiencia de clonación llevada a cabo por mario bellatin para la galería de arte no podía ser más que un juego, pensó margo glantz. Sin embargo allí estaba. Acostada en su cama al amanecer, convertida en un futuro abogado.

116

Inmerso en el estado de percepción tan particular que me produjeron las drogas, pienso que mi abuelo no hubiera aceptado jamás un par de zapatos confeccionados por un luchador chino. De las posibles reacciones que hubieran tenido el maestro espín y el hermano francisco ante unos zapatos de esa naturaleza, mi abuelo nunca me dijo nada.

117

Desde hace varios años la banda de los universales se dedica al negocio de la pelea de perros. Acostumbra organizar espectáculos a espaldas de las autoridades. Esos son los pocos momentos en los que la banda se relaciona con gente diferente a su propio grupo. Al llegar a un nuevo poblado suelen estudiar a los posibles interesados en las apuestas. Se sientan a tomar el sol en las plazas principales. En las noches acampan con sus perros en las afueras. Es fácil identificarlos. Visten siempre los estrechísimos pantalones amarillos, las camisas blancas con unas pañoletas amarradas al cuello y las botas militares. El pelo lo llevan largo, algunos atados en coletas, y muchos se adornan con muñequeras de cuero de las que sobresalen puntas de metal. Según el tamaño del poblado arriban con tres o cuatro animales. Se guarecen y duermen todos juntos bajo extensas lonas generalmente de color verde olivo.

118

Me gusta especialmente su color. Es de un gris acero, que hace juego con la pieza negra de carbono que la acompaña y que hace de antebrazo. En uno de mis últimos viajes conseguí un reloj *swatch* diseñado con los mismos tonos. Me pareció sorprendente que la combinación de colores fuera idéntica. El mismo gris acero en la correa y un negro profundo en la máquina. Compré el reloj de inmediato y lo llevo conmigo siempre.

119

La hermana literata solía informar al traductor por medio de cartas de la mayor parte de los detalles de su vida cotidiana. El traductor era igualmente expansivo en sus respuestas, aunque casi no recibió ninguna información del

caso del padre que abandonó a sus hijos en el hospital. Con esa correspondencia tan extensa parecía como si trataran de llenar el vacío que les producía no estar uno frente al otro. Desde la partida del traductor nunca habían vuelto a verse. El traductor no quería regresar bajo ningún motivo y la hermana literata no contaba con los recursos necesarios para hacer un largo viaje. Seguramente para no destruir la imagen que cada uno tenía del otro en el momento de la separación, en las cartas nunca se incluyó ninguna fotografía.

120

Mientras las luces del alba iluminaban su habitación, margo glantz empezó a imaginar al joven pasante en que se había convertido recorriendo una serie de *boutiques* donde se probaba los trajes de los diseñadores más renombrados. Todavía a esa hora no quiso llegar al punto central del asunto, que era la manera en que ese joven se enfrentaría a los zapatos de margo glantz. El asunto del pasante de abogado y los zapatos era ya demasiado, pensó dispuesta a levantarse de la cama para poner fin a la situación.

121

Mi abuelo me dijo que al maestro espín lo habían despedido de improviso de la escuela primaria en la que trabajaba. Se le acusó de no respetar el programa de estudios y de utilizar a los alumnos como conejillos de indias para la teoría que deseaba sistematizar. Como tenía a los estudiantes entretenidos en temas ajenos al programa, los fines de mes él mismo contestaba los exámenes obligatorios. Les hacía también diariamente las tareas. Entregaba luego los documentos a la dirección como reporte del avance del salón a su cargo. Fue

descubierto cuando un padre de familia se presentó con la queja de que su hijo no sabía resolver la más simple operación aritmética.

122

El carácter de un verdadero perro de pelea casi nunca se encuentra en otras razas. Entre otras reglas, los universales saben que no deben convivir con el hombre mientras crecen. Aunque a veces, permiten que los futuros contendientes, los que buscarán destrozarse, mantengan una vida doméstica pero bajo ciertos límites. Se acepta la convivencia casera siempre y cuando el hombre no interponga su afecto entre dos animales. Parece ser que al final de la lucha, cuando el animal está ya loco por el dolor, recuerda fugazmente alguna caricia, dirigida sólo a él, y esto le da la fuerza necesaria para seguir lastimando a su contrincante, aunque su propio cuerpo esté ya despedazado.

123

Otra de las obligaciones que me exige la otto bock es que tenga siempre sus baterías cargadas. Cada noche antes de acostarme repito el ritual de ponerlas en el cargador, que cuenta con dos pequeñas luces rojas que titilan cuando las baterías están listas para ser usadas nuevamente.

124

El traductor afirmaba que para los mellizos kuhn fue una suerte de bendición no tener brazos ni piernas. De haber nacido completos quizá no serían sino una cifra más entre la de tantos niños abandonados por sus padres. La falta de extremidades fue lo que llamó la atención.

Periodistas de varios diarios hicieron una serie de reportajes apenas fueron hallados por el pescador en los acantilados. Después también siguieron atrayendo la curiosidad. Cuando se creó el día del niño o cuando se organizaba alguna colecta para criaturas necesitadas, casi siempre era la imagen de los mellizos kuhn el símbolo de las campañas.

125

Margo glantz se puso de pie. Se miró en el espejo de cuerpo entero que hay en su habitación y horrorizada se acostó nuevamente.

126

Era frecuente que mi abuelo me llevara a ver la jaula de las serpientes, especialmente en el día de la semana que introducían en ella jilgueros vivos como alimento. No recuerdo que mi abuelo haya dicho nada respecto a esa espeluznante costumbre sino hasta mucho tiempo después. Normalmente se limitaba a mirar los sucesos. Seguía con infinita paciencia la táctica de las víboras. Por fin un día pude entender lo que lo hechizaba de aquel espectáculo. Me dijo que esas muertes eran similares a las de muchas criaturas en las regiones quechua.

127

Hasta hace algunos años al universal no le interesaban mayormente las actividades a las que se dedicaban los demás miembros. Prefería caminar por la ciudad y sólo al caer la noche se juntaba con los otros en las ruinas de la escuela de circo, donde habían acondicionado un espacio para refugiarse. El universal no estaba de acuerdo con

muchas de las ideas del grupo. Sobre todo cuando trataban de organizarse para llevar a cabo algún tipo de acción. Nunca los acompañó, por ejemplo, ni al día de destrucción total, ni al asalto de los camiones cargados de bicicletas que salían de una fábrica cercana.

128

Pero no todo ha sido armonía con la otto bock. Al principio tuve que pasar por largos periodos de adaptación, que más de una vez me llevaron a repudiarla. Sin embargo, tras una serie de reparaciones y ajustes, comenzó a serme realmente útil. A partir de entonces fue notable el cambio en mis costumbres. Poco tiempo después formaba parte de mi vida cotidiana y no podía concebir que hubiese estado tantos años llevando sistemas distintos. Otro de los motivos para mi rechazo inicial fue el dinero que tuve que invertir para adquirirla. Se trataba de una cifra bastante elevada con la que en ese entonces no contaba. Fueron algunas personas cercanas, que se entusiasmaron desmedidamente con la posibilidad de que usase una otto bock, las que me prestaron el dinero necesario.

129

La hermana literata murió en su casa, durante una de las noches en que decidió embriagarse. Se encontraba acompañada por el músico, a quien antes de la crisis final le reclamó que permanecía a su lado únicamente por el prestigio que le daba estar junto a una poeta. A medida que avanzó la noche se fue enfureciendo cada vez más. El músico se encerró en el dormitorio. A la mañana siguiente la halló con la cabeza apoyada sobre la mesa del comedor. De inmediato llamó a un médico y habló también con el traductor. Aparte de informarle sobre la muerte de su

hermana le pidió el dinero necesario para los gastos fúnebres.

130

Mi abuelo nunca pareció hacer caso a mis preferencias. Yo no quería dejar en ningún momento la zona reservada a los camellos. Quería verlos todo el tiempo posible. Tristes, famélicos. Pero era siempre sacado de allí. Fuera, ante la fosa de las focas o la jaula de las serpientes, invariablemente aparecían nuevos detalles de la historia de macaca.

131

Antes de conocer a su mujer actual, el universal fue pareja por un tiempo de una miembro de la comunidad vecina de universales. Provenía del campamento principal, el que había sido levantado entre los restos de un gran muro de concreto y uno de los canales que abastecen de agua a la ciudad. El campamento estaba compuesto por antiguos tanques y camiones militares, vagones en desuso, carrocerías de autobuses y decenas de autos desmantelados.

132

La otto bock es realmente cara. Por eso aunque es evidente que necesita mantenimiento general, entre otras cosas porque la presión que ejerce es mínima, la vergüenza ante la deuda que aún mantengo, no sólo con quienes me prestaron parte del dinero sino con los que me la vendieron, me impide acercarme a los ingenieros especializados, únicos supuestamente capaces de devolverle la prestancia perdida. Busco por eso todo tipo de

excusas para justificar su actual rendimiento. Trato de recordar la horrible circunstancia en que sin querer me prensó la otra mano con una fuerza descomunal. Fue una situación peligrosa. Por la forma cómo se produjo el accidente, quedé durante unos minutos sin la menor posibilidad de activar el mecanismo de emergencia para casos de esa naturaleza.

133

Luego de escuchar al músico, el traductor colgó violentamente. Salió del departamento y se dirigió al malecón que se extendía a escasos metros del edificio que habitaba. Mientras caminaba fue pensando en la vida de su hermana literata. Siempre que alguien moría el traductor se preguntaba como consuelo si el muerto había sido feliz. Pensó que su hermana literata tuvo una existencia desgraciada. Había albergado la absurda intención de que su libro fuera leído por alguien más que el peculiar grupo que se reunía los jueves en una casa del centro. En una de las últimas cartas que le envió le informaba que el músico con el que vivía no se dedicaba a tocar ningún instrumento sino que desde hacía años afinaba pianos y componía máquinas de escribir.

134

Mi abuelo invariablemente regresaba al momento en el que macaca sentaba al hermano francisco en el sofá de su caseta para hablar del *día del dragón*, la película más exitosa de bruce lee. En realidad macaca nunca la había visto. Por más que su amante le insistió una y otra vez, a ella no le gustaban las películas de violencia. En el tiempo en que su amante le pedía que viera la película vivía sola en una pensión del centro de la ciudad. Recibió allí la noticia

del asesinato. El taller del zapatero estaba distante un par de cuadras. Cuando llegó, el cadáver ya había sido trasladado al depósito municipal. Algunos agentes se encontraban todavía presentes. Era la primera vez que macaca visitaba el lugar. El zapatero siempre se lo había prohibido.

135

Lo único que el cuerpo del universal estaba acostumbrado a soportar era un par de barbitúricos cuando comenzaba a anochecer. Esa vez, días antes a la quema de la antigua escuela de circo, seguramente quiso probar nuevas experiencias lejos de sus demás compañeros.

136

Recuerdo cuando se produjo un cortocircuito en la otto bock. Me encontraba conduciendo. Estaba en una vía rápida y durante unos segundos se aferró al volante con una fuerza inusitada. El incidente no pasó a mayores. Únicamente quedó en el volante una marca imborrable que no sabré explicar cuando quiera poner el auto en venta.

137

El traductor detuvo sus pasos y se dedicó a mirar el mar. Había varios yates y uno que otro velero. Algunas lanchas pasaban de vez en cuando. Era verano. La peor época para el trabajo. El lugar estaba repleto de turistas. Luego de mirar hacia el horizonte, evitando en lo posible detener su vista en los veraneantes, el traductor tomó la decisión de vender lo más pronto posible la casa de la hermana literata.

138

Mi abuelo tenía conocimiento de que macaca había entrado al taller cuando el cadáver ya no estaba presente. La policía estaba haciendo en ese momento una inspección. Acababan de descubrir que el suelo del patio había sido picado para dejar al descubierto las cañerías. Aparte de las cajas con compuertas, había también trampas comunes para ratas. Encima de una mesa se mantenían unas pieles a medio tratar. Macaca fue requerida para ir al depósito de cadáveres a reconocer al muerto. La acompañó uno de los agentes. Macaca les dijo, tanto al maestro espín como al hermano francisco, que se trató de una experiencia penosa. Les describió cómo cuando iba de regreso encontró la cara de bruce lee en medio de la acera. El amante le había enseñado la foto del actor tan solo una vez. Pero pareció ser suficiente como para que lo reconociera. El rostro estaba encima de una pila de carteles de películas de luchas marciales que ofrecía un vendedor ambulante.

139

De esa manera, bajo los efectos de fuertes barbitúricos, el universal escuchó la noticia de que la escuela de circo ya no existía más. Una serie de patrullas militares había rodeado noches atrás el lugar. Los efectivos de inmediato le prendieron fuego, obligando a los universales a salir en bandadas. Como era de esperarse, no opusieron la menor resistencia y se dejaron manipular dócilmente. Ni siquiera cuando el fuego destruyó totalmente sus pertenencias demostraron una preocupación mayor. Sólo parecían interesados en la suerte de sus perros, los que se mantuvieron a cierta distancia de la incursión.

140

En todos estos años la otto bock se ha mostrado bastante fiel, aunque siento que debo seguir sus instrucciones al detalle para que su fidelidad continúe sin tropiezos. Tengo, por ejemplo, que desconectarla cuando subo a un avión o cuando me acerco a las bocinas de las discotecas. A veces además se activa sola cuando recibe las ondas de algún teléfono móvil.

141

El único momento de verdadera tensión que vivieron el traductor y la hermana literata, fue cuando el traductor supo de la existencia del músico. Su primera reacción fue no seguir enviando dinero. Destinó esa cantidad para financiarse un recorrido por zonas desconocidas donde se hablaba dialectos casi muertos. No era que pensara que con la aparición del músico la situación económica de la hermana literata quedara resuelta, sino que no soportaba la idea de que su dinero fuera aprovechado por un desconocido. La hermana literata le había contado que el músico tenía más de sesenta años y era soltero. También le informó que era una de las escasas personas que entendía sus textos. El único que la oyó con atención en las cantinas y uno de los pocos a los que le intrigó profundamente la verdadera la historia de los mellizos kuhn.

142

Macaca les dijo que al final de cuentas de nada le había valido a su amante abandonar su vida en el extranjero. Solamente logró morir en manos del escuálido escuadrón policial que allanó su precario taller.

143

Los universales fueron subidos a unos autobuses carcelarios estacionados frente a las humeantes ruinas. Guardaban silencio. A media mañana llegaron algunas ambulancias. Entonces los universales fueron bajados de los autobuses y formados en filas delante de estos vehículos, a los que les instalaron unos toldos bajo los cuales había dos pequeñas mesas y algunos implementos clínicos. Apenas hicieron bajar a los universales, los perros, que se habían mantenido al acecho, se pusieron a ladrar. Una vez formados, los universales fueron obligados a estirar los brazos para sacarles muestras de sangre.

144

Mi hijo soñó ayer que un camión cargado de material cruzaba velozmente la habitación de su madre antes de estrellarse y caer por un precipicio. Me enteré de aquel sueño por vía telefónica. Escuché también las balbuceantes palabras que me reclamaban no haber ido a visitarlo. En realidad no creo que nos conozcamos como es debido. Las veces que hemos estado juntos han sido sólo fugaces encuentros, incapaces, creo, de dejar grabado algo perdurable en su pequeña memoria. Mi hijo crece confiando en la imagen de un padre que seguramente ve aparecer con frecuencia en sus compañeros de escuela. O quizá esta confianza tenga que ver más bien con una necesidad de origen atávico que ni siquiera la pertinaz ausencia de una figura paterna es capaz de atenuar. Pienso en las manadas de cebras que recorren incesantemente la estepa africana. En esas familias de equinos, que son capaces de reconocerse entre sí por el código de sangre inscrito en las rayas de sus cuerpos.

145

El traductor rápidamente le escribió al músico pidiéndole que dejara vacía la casa de la hermana literata en el menor tiempo posible. Que mantuviera además intactas sus pertenencias. El traductor tendría que viajar en los próximos meses para hacerse cargo. Calculó que lo haría cuando tuviera lista la traducción de la primera parte de *el castillo*. En realidad no deseaba emprender esa travesía. Entre otras cosas no quería encontrarse nuevamente con el mar de su propia infancia.

146

Para mi abuelo la muerte del zapatero chino fue bastante previsible. Comenzó con la recurrente queja de los vecinos ante los hedores que emanaban de las cañerías descubiertas, la incursión de la policía, la defensa marcial y finalmente un tiro directo al corazón. Ya herido el zapatero quedó como suspendido en la acción, inmóvil, con las armas de talabartería levantadas hacia el cielo. Luego cayó y se incrustó las tijeras en los ojos.

147

Después de tomadas las pruebas de sangre, los universales fueron subidos nuevamente a los autobuses carcelarios. Pasaron todo aquel día dentro, soportando sin quejarse del intenso calor. No les dieron ni comida ni agua. Casi al borde de la madrugada apareció una de las ambulancias seguida por un camión militar. Los universales fueron formados nuevamente en filas. Empezaron a llamarlos por los nombres que ellos mismos habían dado horas antes al sacarles las tomas. Los que no fueron mencionados quedaron detrás, esto hizo más fácil que fueran rodeados por el grupo de efectivos que buscaban introducirlos en las inmensas bolsas de plástico que tenían

preparadas. Los universales esta vez sí opusieron algo de resistencia. Pero finalmente lograron ser embolsados. Se trataba de bolsas gruesas, que sellaron con cinta adhesiva especial. Era curioso ver que a veces los agujeros de respiración no coincidían con las narices. Acto seguido las metieron en el camión.

148

No era la primera vez que mi hijo me llamaba para contarme sus sueños. Meses atrás me dijo que cierta mañana de invierno, antes de ser llevado a la escuela, se sorprendió al advertir que el auto que lo transportaría no tenía la cola de perro que le había visto mientras dormía.

149

El traductor no quería de ninguna manera volver al mar de su infancia, tan cercano a la casa de la hermana literata. Tan cercano también al mar de la infancia que evocaba elías canetti en muchos de sus escritos. Ese mar podía verse también desde el orfanato del estado. Los mellizos kuhn tendrían que haber oído día y noche su rumor.

150

Allí, mirando los jilgueros y las serpientes, por fin una mañana de invierno mi abuelo comenzó a hablarme de cómo macaca abandonó de pronto las casas y los jardines a su cargo para irse a las regiones quechua del país. Mi abuelo pensaba que lo hizo porque no iba a soportar que los dos jardineros contratados, el maestro espín y el hermano francisco, desaparecieran como lo habían hecho todos los jardineros anteriores. Pero no lo creo. Más bien pienso que mi abuelo tuvo mucho que ver con esa partida.

Conociéndolo, creo que fue incluso capaz de obligar a macaca a irse de dibujante a ese rincón del país al que mi abuelo nunca más pudo volver. Según él, macaca le empezó a relatar, me imagino que a través de cartas, lo asombroso que le resultaban muchos de los ritos de la región. Los padres de las criaturas difuntas, por ejemplo, debían avisar de inmediato del deceso a los padrinos para que se encargasen de los gastos necesarios. Los padrinos llegaban en la noche acompañados de un arpista contratado especialmente para la ocasión. Pero lo que más sorprendía a macaca era que los invitados dedicaran las primeras horas de la ceremonia a descubrir si la criatura había muerto con los ojos abiertos. Uno a uno se acercaban a la pequeña mesa donde yacía el cuerpo y en voz alta daban su opinión. No siempre es fácil darse cuenta qué tan cerrados están los ojos de un muerto. Menos aún tratándose de un infante. En caso de que los invitados no lograsen ponerse de acuerdo, los presentes sabían que esa duda era presagio de que pronto el párvulo se llevaría consigo a alguno de los allí reunidos.

151

Los universales que permanecieron en el campo no fueron seleccionados para ser recluidos en la ciudadela final. Habría que acercarse por las noches a la alambrada e insistir en el intercambio de sangre por drogas.

152

No estoy seguro si los sueños de mi hijo quieran decir que las cosas no están funcionando del todo bien. Es extraño no saber si entusiasmarme con la presencia de una imaginación tan particular o preocuparme por no entender qué significan exactamente esas manifestaciones. No sé si

quiero tener a mi hijo cerca, jugando con una botella de leche derramada o explorando los dientes de alguno de mis perros.

153

Cuando el traductor concluyó la carta final decidió pasar por una oficina bancaria. Quería enviar el dinero necesario para los gastos del funeral y la manutención, aunque fuera temporal, de los mellizos kuhn. Estaba seguro de que no tardaría en aparecer pronto una madre sustituta. Deseó que se tratara de alguien con una buena reputación. Aunque sabía que las mujeres que buscaban ser madres en el orfanato eran por lo general personas pobres. Tanto, que en una época quisieron crear un negocio con los niños que las autoridades tuvieron que impedir.

154

Ignoro las razones por las que mi abuelo no me dijo antes que la verdadera vocación de macaca era el dibujo. Quizá entonces hubiera podido entender de una manera más directa su relación con las casas a su cargo y con el póster de bruce lee pegado desde siempre en la pared principal del remolque donde vivía. También las razones por las que le hacía a mi abuelo una descripción tan detallada como falsa de su estancia en las regiones quechua. Le contaba, por ejemplo, que el padrino de los niños muertos debía obsequiarle al sacristán una botella de aguardiente para que repicara con fuerza la campana de la iglesia. En la fosa, cavada por el propio padre, colocaban el pequeño cuerpo envuelto en un hábito. Luego comenzaba el baile. En ese momento el arpista debía tocar algo de gran animación. Los primeros en bailar alrededor de la fosa solían ser los padrinos, seguidos después por el resto de los

concurrentes. Los padrinos debían brindar y hacer discursos en su lengua una y otra vez. Por eso, y más aún si habían sido realmente dadivosos, eran cargados ebrios de vuelta a sus casas.

155

Luego del incendio en la escuela de circo, el universal vagó por un tiempo sin tener un lugar definido donde vivir. Habitó incluso en el campamento de los universales del norte de la ciudad.

156

No tengo más remedio que esperar la próxima llamada. Aguardar hasta que suene el timbre del teléfono y escuchar a mi hijo solicitándome que vaya a verlo. Me imagino que le será difícil darle cuerpo a la voz que oye a través del auricular. Sin embargo siempre está dispuesto a hablar conmigo el tiempo que sea necesario. Me he enterado de que abandona lo que esté haciendo para escuchar mis palabras. A veces caemos en un diálogo necio, donde le pido que tome un avión y venga a visitarme a mi casa. En esas ocasiones suele enmudecer. Soy consciente de lo absurdo de muchas de mis ocurrencias, sin embargo me empeño en mantenerlas vigentes.

157

En la época en que el traductor llegó al balneario en el que actualmente vive, estaba haciendo la traducción de *muerte en venecia*. Mientras iba reconociendo su nuevo lugar de residencia trató de buscar similitudes entre ese paisaje y el escenario en el que transcurre la novela.

158

La verdad es que me confundo cada vez más con respecto a las historias que mi abuelo solía narrar. No sé en qué momento los relatos se situaron en la estadía de macaca en las regiones donde mi abuelo había nacido. Recuerdo cuando me dijo que macaca nunca sabía qué contestar cuando los habitantes le preguntaban, durante las fiestas de difuntos especialmente, si le parecía bien que desenterrasen a sus fallecidos. En medio de la celebración le describían las dificultades que habían tenido con las fosas y las condiciones de las calaveras de los padres, de los hijos, de los abuelos. Muchas de ellas conservaban los ojos en buen estado, con un brillo especial que tal vez quería decir que las almas no habían sido destinadas a un lugar desagradable.

159

Una de las medidas más sabias que pueden tomar los miembros de una sociedad donde hechos en apariencia intrascendentes pueden ser considerados como delitos, es la de volverse ciudadanos invisibles. El primer paso recomendado es la renuncia más absoluta a cualquier bien, sea de carácter mundano o espiritual. Hace algunos años conocí a un grupo de universales capaz de llevar esa consigna hasta sus últimas consecuencias.

160

La madre de mi hijo, coreógrafa de profesión, está preparando un trabajo escénico basado en la idea del sueño. Realiza los bosquejos para una próxima puesta en escena. Monta un espectáculo tomando el cuento *la bella*

durmiente como un pretexto para explorar una serie de ideas que reafirman la vida como un gran sueño del que no se tiene conciencia.

161

Una vez que logró instalarse en el balneario, y semanas después de haber entregado *muerte en venecia*, el traductor recibió el encargo de ocuparse de la obra en prosa de bertolt brecht y de franz kafka.

162

Macaca solía expresar que había una suerte de obsesión con respecto a las uñas de los difuntos. Los pobladores siempre hacían referencia a ellas. A la forma en que seguían creciendo a pesar de las circunstancias. Nunca se lo dijeron abiertamente, pero ella parecía intuir que de acuerdo a las condiciones en que se mantenían los cuerpos bajo tierra se podían sacar conclusiones contundentes sobre la vida que había llevado el muerto.

163

Los universales realizan sus peregrinajes en medio de una desorientación que sólo se interrumpirá cuando sean realmente letales los fármacos, que ciertos empleados de los laboratorios del estado roban de los almacenes centrales para vendérselos después. O quizá cuando logren que las pruebas de sangre hagan posible su ingreso definitivo a la ciudadela final.

164

Sin embargo, mi hijo a través del teléfono solicita mi presencia una y otra vez. Temo las consecuencias de un encuentro. Prefiero cobijarme en una ambigüedad aún no resuelta. Mantenerme sumergido y a salvo entre una serie de dudas. De algún modo quiero que permanezca inamovible cierta idea del padre, capaz de suplirme de una manera más eficaz. Será difícil olvidar la tarde lluviosa en que mi hijo desapareció para siempre detrás de los puestos de control del aeropuerto. No recordar el primer cuento que le susurré al oído, en el que hablaba de unos niños aplastados en sus salones de clase a consecuencia de un terremoto. La escuela de los niños muertos estaba situada al frente del departamento que ocupábamos en ese entonces. A través de las ramas de los árboles era posible ver las paredes reconstruidas. Nadie podría afirmar que ese lugar tan plácido hubiera sido escenario de una tragedia. Mi hijo tenía menos de dos meses de edad. Es imposible que recuerde mi piel de entonces o aquella escuela de techos rojos que se veía a través de la ventana.

165

Más de una vez el traductor se preguntó las razones por las que a los hijos adoptivos de la hermana literata se les conocía como los mellizos kuhn.

166

Hace cerca de un año, en el anterior día de muertos, una mujer del poblado le sugirió a macaca que abrieran a escondidas la tumba del luchador de asia. A pesar de habérselo pedido más de una vez, mi abuelo siempre me ocultó cómo hizo macaca para transportar el cadáver de su amante hasta aquel remoto pueblo. A la mujer le parecía

buena fecha para el desentierro la noche anterior a la celebración de difuntos.

167

El primer recuerdo que el artista joseph beuys guardaba relacionado con japón, cultura presente en buena parte de sus instalaciones, era que desde niño su comida le inspiró un odio profundo. Detestaba las bolas duras de arroz sin sal y, además, el hecho de que los cocineros japoneses no se tomaran el trabajo de cocer sus carnes. Para joseph beuys había sido una verdadera tortura soportar durante su infancia sesiones semanales de una comida semejante, pues durante algún tiempo fue obligado a embutirse platos japoneses sin la menor posibilidad de negarse.

168

Se me hace sumamente curiosa esa suerte de confabulación, a través de los sueños, entre hijo y madre. Tal vez en el lenguaje de las cebras esta conducta tenga un significado tangible. Cuando muere el macho de una familia de esa especie, el hijo debe prepararse desde muy pequeño para observar un comportamiento adulto. Desde ese momento expone su cuerpo para que las rayas que lo caracterizan sean captadas por el inconsciente de la manada.

169

El traductor no supo nunca qué instrumento tocaba el músico. Lo más lógico hubiera sido pensar, ya que se trataba de un afinador de pianos, que era pianista.

170

Según la sabiduría de mi abuelo, quien me aseguró que reproducía fielmente para mí las palabras de macaca, a partir de las condiciones en que se mantuvieran los cuerpos bajo tierra, se sabía si el difunto fue una buena persona, si los dioses habían estado de acuerdo con el tipo de existencia que llevó y, sobre todo, si esa muerte era capaz de otorgarle bienestar a los deudos.

171

El padrino de joseph beuys era japonés. Su familia había mantenido estrechos vínculos de amistad con un importante hombre de esa nacionalidad, que había llegado al país durante los tiempos de la guerra. Se instaló con su esposa al lado de la casa familiar de beuys y desde el primer momento se establecieron relaciones más que cordiales, de tal magnitud que a los pocos meses esos vecinos se convirtieron en sus padrinos. Los hijos, aún después de crecidos, nunca estuvieron de acuerdo con aquella insólita relación. Veían en esa amistad un rotundo respaldo de la familia al oprobioso estado de cosas imperante en ese entonces en el país.

172

Ignoro las razones por las que aparecen con tanta frecuencia vehículos de transporte en los sueños de mi hijo. Primero fue el camión siniestrado, luego el auto con cola. Sospecho de la existencia de otros sueños que no me han sido revelados. En mis propios recuerdos flota la imagen de mi padre manejando muerto de cansancio en una carretera peligrosa. También el golpe que me propiné en la frente cuando en pleno aprendizaje de manejo mi madre chocó contra un grifo de incendios.

173

En ese momento sonó el timbre de la puerta del traductor. Le iban a dejar un sobre en la portería. Minutos después el traductor leyó el nombre del remitente. Se trataba de la editorial que le había encargado la traducción de franz kafka.

174

En más de una ocasión macaca había visto cómo, después de las celebraciones, los pobladores se retiraban a sus casas llevando consigo fragmentos de los cuerpos desenterrados. En un principio pensó que tal vez se trataba de demostraciones de un amor que iba más allá de los límites establecidos. Aquella costumbre le recordaba vagamente el argumento de una película de bruce lee, que solía contarle el luchador de asia, donde el personaje central recorría la ciudad llevando consigo en un saco los restos de su amada.

175

Entre las mayores vergüenzas de joseph beuys está la de aquella noche en que durante una de las *razzias* emprendidas por las fuerzas aliadas, se dio refugio en la casa a la familia de japoneses. Joseph beuys, un niño aún, estaba aterrado. De otro modo, dijo con firmeza antes de morir, hubiera denunciado a esos inmigrantes cuya presencia en el país ponía en peligro la paz mundial.

176

Mi hijo ha aprendido a relatar una serie de cuentos desde el principio hasta el final. Su madre le ha comprado unos títeres con los que hace incluso el intento de representarlos. No sé si esas habilidades le dan una calma mayor para enfrentar durante las noches a un vehículo estrellándose dentro de una habitación. La presencia del camión coincidió con un largo silencio en mis llamadas. Su madre pareció reprochármelo sutilmente. Sentí como si tratara de decirme que mi indiferencia motivaba en su hijo ese tipo de sueños. Por lo que supe, el choque fue estruendoso. Hubo incluso algunos muertos. Lo curioso es que para mi hijo no se trató de una pesadilla. No fue motivo suficiente como para que se despertara alarmado, ni para que llamara a alguien con el fin de soportar acompañado el miedo a la oscuridad. Esperó a terminar el desayuno del día siguiente para recién contarlo.

177

Muchas de las madres adoptivas, a espaldas de las autoridades por supuesto, aceptaron alquilar a sus hijos o traspasar a otras mujeres el derecho de posesión. Las propuestas vinieron principalmente de mujeres recién llegadas que no encontraban niños disponibles. El traductor sabe que a la hermana literata fue a quien más solicitudes le fueron formuladas.

178

Mi abuelo parecía preocupado cuando me informaba estas cosas, ya no sé si frente a la poza de las focas o a la jaula de las serpientes. Era desconfiado y temía que macaca desenterrara en algún momento a su propio muerto.

179

Es probable que en muchos momentos de su trayectoria como artista conceptual, joseph beuys hubiese visto su propia imagen congelada prohibiendo la presencia de comida japonesa a su alrededor.

180

Sigo esperando la próxima llamada de mi hijo. Quizá al hablarle continúe con mi necia conducta y pretenda hacerle recordar el cuento de los niños aplastados dentro de su salón de clase. Puede también que le pregunte por la cantidad de muertos que produjo el accidente del camión, por los materiales que transportaba o puede ser que le asegure que la cola del auto de su madre no es de perro sino de dragón. Ignoro lo que pretendo con todo esto. Parece no importarme la manera en que estas acciones puedan repercutir en su incipiente personalidad.

181

Hace algunos años, en la estación del metro de la calle catorce, era común ver la rutinaria aparición de un hombre acompañado de un perro lazarillo. El rasgo extraño era que ese hombre no sólo llevaba siempre colgada del cuello una cámara fotográfica, sino también, doblado debajo del brazo, el periódico del día. El personaje solía bajar por las escaleras de la estación, esperar la llegada del convoy y sentarse luego en el lugar reservado para las personas discapacitadas.

182

Como intuyó mi abuelo, de haberle alguien propuesto que desenterrara al luchador convertido en zapatero, macaca de inmediato hubiera mandado picar la losa de cemento bajo la cual yacía su muerto.

183

Hace algunos años, mientras el escritor de *lecciones para una liebre muerta*, es decir mario bellatin, intentaba redactar su libro *salón de belleza*, empezó a frecuentar su casa un amigo que al mismo tiempo que estudiaba filosofía, acostumbraba travestirse en las noches. Ese hallazgo, el de un filósofo transformista, le pareció lo suficientemente peculiar como para dedicar tardes enteras a escucharlo hablar, no sólo de sus peripecias nocturnas, sino de cómo aplicaba en la vida real sus conocimientos de kant o nietzsche, de quienes era devoto. El escritor recuerda que el filósofo travesti llegaba a su casa, se preparaba un té y comenzaba a referirse al mito del eterno retorno o criticaba las categorías kantianas. Siempre llevaba consigo un maletín con algunos libros y con lo necesario para sus incursiones nocturnas. Mientras hablaba iba sacando los aretes, el lápiz labial y las pelucas que se pondría más tarde. Sin ningún pudor se quitaba los pantalones y se colocaba unas medias negras de rombos. De esa forma el escritor veía, teniendo como fondo las letanías sobre kant y nietzsche, cómo ese tímido estudiante iba transformándose en la agresiva mujer que, noche tras noche, corría distintos riesgos en sus pesquisas por la ciudad.

184

A veces despierto de pronto en las noches. Abro los ojos en la oscuridad, motivado en muchas ocasiones por la idea

de la imposibilidad de que un camión cargado de material se estrelle dentro de una habitación.

185

Cierta mañana de verano un policía, que suponía conocer el mundo de los ciegos pues años atrás su madre había perdido la vista, decidió seguir los pasos del hombre de la cámara. Esperó que entrara en la estación y descendió detrás suyo. Abordó el mismo vagón. El fotógrafo ciego tomó asiento y, minutos después, desplegó el *new york times* delante de sus ojos. Esa señal bastó para que el policía se le abalanzara, lo esposara y pidiera refuerzos por radio. El perro ladró pero no atacó al agresor. Antes de poder mostrar su carné de ciego, el hombre de la cámara fue acusado de aprovecharse de la desgracia ajena así como de burlarse de la buena fe de los ciudadanos honestos. Aterrado, el fotógrafo tuvo que explicar las características de su ceguera. Habló de la posibilidad que tenía de ver, pero como si lo hiciera a través de un periscopio. Era por eso que, para conocer la realidad, necesitaba reducirla a expresiones comprimidas, sean fotografías, diarios o videos.

186

No creo, o mejor dicho no quiero creer, que mi abuelo haya inventado este supuesto retiro de macaca a las regiones quechua sólo con el fin de tener un pretexto para hablarme de las costumbres mortuorias de su región natal. Me resulta menos inquietante que me cuente sobre los viejos tiempos de macaca, de cómo sufría por la perdida de su amante asiático. Incluso hubiera preferido que me hablara de los danzantes de tijeras, pero no de ceremonias fúnebres. Ahora entiendo por qué se quedaba estático

frente a la jaula de las serpientes mientras los jilgueros eran condenados a una muerte segura.

187

El filósofo travesti era de una disciplina férrea. Se acostara a la hora que se acostase estaba siempre de pie a las siete de la mañana para no faltar a su primera clase del día. Con los ojos enrojecidos y tratando de ocultar con productos químicos el aliento a alcohol, no quería perder ni una idea expresada por sus maestros. Únicamente durante el cambio de hora se tomaba un descanso en los prados de la facultad. Se sentaba en una banca y hacía el recuento de la noche anterior. Si lo habían recogido en auto solían llevarlo hasta la orilla del mar, lugar donde más de una vez fue abandonado. A quienes más temía en esas circunstancias era a los muchachos que iban en grupo, quienes muchas veces lo invitaban a pasear solamente por el gusto de descargar sobre su cuerpo una insólita violencia. Cuando se trataba de ir a pie era casi siempre acompañado de hombres de bajos recursos: guardianes de las empresas de los alrededores u obreros que debían llegar de madrugada a sus puestos de trabajo. Con ellos solía adentrarse en terrenos abandonados que ya conocía o en parques con matorrales altos. Cualquiera fuera el caso, a pie o en auto, al volver a su casa debía despejarse con una ducha helada. Era el único modo de mostrarse en buenas condiciones para sus clases del día siguiente.

188

Se me hace sumamente extraña la exactitud casi matemática con que recuerdo los talleres donde se suelen fabricar los aparatos ortopédicos. Casi siempre se ubican en los sótanos de grandes hospitales. El que visitaba más

seguido, en compañía de mis padres o de las damas que decidieron velar por el mantenimiento de mi prótesis de la infancia, era un lugar desolado. La reja de entrada acostumbraba estar abierta y para traspasarla se debía sortear una oxidada cadena que impedía el paso a los vehículos no autorizados. El suelo de esa zona estaba recubierto siempre con una brea de color indefinido y allí mismo existía una pequeña rotonda con un jardín en cuyos bordes florecían siemprevivas. En el centro había unos rosales desnudos. En los extremos, a ambos lados del pequeño jardín, estaban situados los jardines grandes, los que dominaban el exterior del edificio. Se debían atravesar para llegar a la puerta principal. Allí se subían ocho gradas amplias. Se accedía al umbral e inmediatamente al recibidor. Estábamos en un lugar aireado y luminoso. En el extremo derecho había un gran mural. Representaba una especie de lucha entre el hombre y su cuerpo. Se veían tres seres sufrientes en posturas retorcidas. Al fondo, al borde de la pared de enfrente, había un conglomerado de flechas que indicaban el destino deseado.

189

Después del incidente, el fotógrafo ciego continuó con su camino. Se dirigía al departamento de su amiga flo fox. Tocó mucho rato la puerta. Flo estaba encerrada en el laboratorio fotográfico que había improvisado en su cuarto de baño. Cuando finalmente abrió, estiró la mano buscando acariciar la cabeza del perro lazarillo. Flo tenía ceguera total. Su caso se trataba de una degeneración de la retina causada por la diabetes. Desde hacía algunos años, cuando su incapacidad fue declarada como irreversible, comenzó a frecuentar con una pequeña cámara los bares de sadomasoquismo más duros de la ciudad.

190

Una de las creencias más arraigadas en la zona quechua, era que si un fallecido había mantenido en vida relaciones carnales con algún miembro directo de su familia era sumamente peligroso desenterrar sus restos. Incluso antes de la muerte este tipo de hombre experimentaba ya algunas transformaciones. Sus almas se desprendían de sus cuerpos durante el sueño nocturno para convertirse en un animal desesperado que lanzaba sobrecogedores gritos por los alrededores.

191

El escritor escuchaba al filósofo travesti en silencio. Sólo de vez en cuando provocaba alguna interrupción para aclarar ciertos puntos. Su actitud se parecía a la de un psicoanalista en plena sesión. El travesti filósofo hablaba sin parar. Tenía al escritor como único espejo para sus palabras. A veces se confundía y se dirigía a él como si fuera uno de los hombres que lo frecuentaban.

192

Recuerdo que a partir de los letreros con flechas, indicando los diversos talleres de ortopedia, comenzaban los túneles: oscuros, largos, impredecibles. Las paredes eran de color verde, enchapadas cada cierto tramo con losetas. Acostumbrábamos doblar por laberintos cada vez más lejanos hasta que de pronto, al voltear una esquina, nos encontrábamos con una escalera que iba hacia abajo. Sí, de improviso solíamos desembocar en la parte superior de una escalera de cemento con azulejos en sus paredes. Arriba, la luz entraba por una serie de pequeñas ventanas

selladas con vidrio catedral. La iluminación era bastante difusa. Al final de estas escaleras nos recibía un nuevo pasillo, pero orientado en un sentido inverso al anterior. No existían aquí las puertas de la parte de arriba. En el techo abundaban y se entrecruzaban toda una red de tuberías anchas y opacas. Algunas descendían y desaparecían en el piso. Cada cierto tramo encontrábamos nuevas fuentes de luz, alimentadas por minúsculas ventanas similares a las de la escalera. Allí continuaba la flecha, insistiendo en su indicación. La encontrábamos segura y precisa sobre todo en las bifurcaciones, porque el corredor se dividía en un par de ocasiones y en esos nudos se asistía al nacimiento de nuevos pasillos que no hubiéramos dudado en tomar de no ser por la flecha que veníamos siguiendo. En todo el camino el suelo estaba recubierto con losetas de material sintético. Tal vez la humedad haya sido la causante de que algunas estuvieran despegándose mostrando unos lamparones oscuros que nos daban la sensación de caminar sobre mosaicos repletos de figuras terroríficas.

193

El fotógrafo ciego y flo fox compartían el mismo laboratorio. Ambos se encerraban en el pequeño cuarto de baño y juntos desarrollaban una particular forma de revelado. El incidente en el metro que el fotógrafo había protagonizado momentos antes los llevó a conversar acerca de la idea que los demás tienen sobre los ciegos. Para el común de la gente la ceguera no admite gradaciones. Descubrir que un ciego puede ver, aunque fuera sólo manchas nebulosas, es tomado muchas veces como un fraude.

194

La mujer que le sugirió a macaca desenterrar al luchador de oriente se encontraba en un estado de embriaguez absoluto. Con palabras distorsionadas le confesó además que acababa de sacar de la tumba a su hermano, quien el año anterior había abusado de su hija mientras en la casa todos dormían. La mujer le contó que su hermano se había transformado en una liebre doliente, que durante las noches emitía unos gritos desgarradores en las inmediaciones del camino principal.

195

Escuchando los relatos del filósofo travesti, el escritor se enteró de aspectos de su infancia, de sus primeras incursiones en el juego de cambio de identidad sexual, de su madre —a quien abandonó sin piedad en un hospital— y, sobre todo, de su temprana pasión por la lectura. El escritor supo que desde niño el filósofo travesti acudía sin cesar a las casas de los vecinos con la intención de hallar un libro que pudieran prestarle.

196

Finalmente viene la última vuelta y el camino que estamos siguiendo se encuentra con los vestidores. Acostumbran ser seis, de madera, con una cortina de tela que impide la visión del interior. Pero hay uno abierto y vemos que el mobiliario se compone de una vieja y firme mesa de madera, una silla y un perchero. Aquí ya se escuchan los ruidos de adentro: máquinas que chirrían, tornos en movimiento, martillazos y algunos radios.

197

Ese mismo día el fotógrafo pasó por un negocio de fotocopiado y mandó reproducir a la mayor escala posible las fotos que había revelado en el improvisado laboratorio. Esas ampliaciones serían pegadas luego en las paredes y piso del departamento que habitaba. El fotógrafo ciego colocaba las fotocopias de tal manera que podía observarlas, bajo potentes reflectores, todo el tiempo que fuera necesario hasta tener una idea clara de la realidad.

198

Pese a las circunstancias, macaca señaló que la madre y la niña violentada estuvieron empeñadas en cazar a la liebre en la que se había convertido el hermano. Dejaban en los caminos una serie de cebos envenenados después del atardecer. El hermano cada día adelgazaba más. Regresaba a la casa cada vez más pálido. El día que, con las primeras luces del alba, la liebre fue vista acostada al lado del camino, el hermano ya no volvió a despertar.

199

En la época en que el filósofo travesti acostumbraba visitarlo, el escritor acababa de terminar *la casa de las bellas durmientes* de yasunari kawabata. Si bien es cierto que había leído la novela algunos años atrás, esa segunda incursión pareció dejarlo perplejo. Como muchos deben saber, en el libro se describe una exclusiva casa de citas que otorga servicio sólo a ancianos con cierto prestigio social. Esos clientes duermen al lado de jóvenes que han sido narcotizadas previamente para que ignoren con quién pasaron la noche. Los ancianos no pueden, esto es parte de las restricciones, ni siquiera intentar tener relaciones sexuales con las durmientes. Toda la novela, en realidad un tratado sobre los tristes lazos que existen entre la juventud

y la vejez, transcurre en cinco noches. El narrador no necesita más que una discreta casa en los suburbios y un discurso un tanto monocorde para construir una metáfora de la existencia.

200

Después del último vestidor comienza un nuevo pasillo diferente a los anteriores. A un lado las paredes están recubiertas con losetas pero enfrente existe una profusión de ventanas de marcos delgados que nos muestran hombres trabajando. El ruido se hace cada vez más fuerte. Este nuevo pasillo desemboca en una sala grande iluminada con fluorescentes de luz fría. Hay varias mesas con herramientas, moldes, hierros extraños. Se trata del lugar donde se realiza la labor del vaciado y el modelado de las prótesis. A un lado se ve, desparramado por el suelo, un montículo de yeso gris.

201

Existe una pequeña casa de madera situada en uno de los acantilados más escarpados que se pueda imaginar. Pocos metros más abajo el océano pacífico golpea una serie de rocas cubiertas de musgo. El sonido que se produce es aterrador. Sobre todo si es escuchado en horas de la madrugada. En esa casa vivió su agonía el poeta surrealista césar moro.

202

Al ver a la mujer ebria con los restos del hermano, macaca supo que ni el más valiente del poblado se hubiera atrevido a desenterrar aquellos despojos. Aunque yo estoy seguro de que mi abuelo no habría tenido el menor miedo.

Blandiendo unas tijeras descomunales como talismán y cantando en su lengua de origen, hubiese estado incluso orgulloso de cumplir una misión semejante.

203

Fue poco después de las visitas del filósofo travesti cuando el escritor se dio cuenta de que para crear en condiciones óptimas necesitaba rodearse de uno o de varios animales. Muchas veces a partir de la observación de sus conductas halló soluciones a los comportamientos humanos que se le presentaban en sus manuscritos como difíciles de entender. En más de una ocasión la actitud de una gata celosa o el proceso de aprendizaje de un pequeño cachorro le permitió percibir una serie de elementos universales, atávicos, en las reacciones de las personas. Le interesaba mucho el hecho de que los animales son lo que son. Su ser animal se presenta de una manera transparente, sin opacidades capaces de empañar la contundencia que debe tener un verdadero personaje o situación literaria.

204

El fondo de ese gran espacio, donde parece terminar la red de pasillos y puertas que hemos estado siguiendo, es el lugar del horno. En las paredes cuelgan láminas del cuerpo humano. Se ven también fotos de los mutilados antes y después de la rehabilitación. Existe otra sala que aparte de dos mesas de trabajo cuenta con un par de barras paralelas y un espejo de cuerpo entero que se utilizan para los ejercicios de los pacientes.

205

No creo que haya en otra parte del mundo una casa semejante a ésta de césar moro. Construida hace más de cien años sobre una plataforma, no cuenta con ninguna habitación donde el incesante fluir de las olas no imprima su presencia. Pero donde aparece de una manera más evidente la furia del mar es sin duda en el porche que se enfrenta a los vientos del sur. Precisamente en ese lugar césar moro hizo que su amante le instalara una silla de mimbre. Pidió también que lo sentaran allí cuando los síntomas del fin fueran evidentes.

206

La historia del hermano convertido en liebre pareció causarme cierta impresión. Creo que mi abuelo lo intuyó.

207

En el tiempo del filósofo-travesti, una amiga le obsequió al escritor un acuario de medianas proporciones. Se lo regaló porque los peces que había intentado criar se fueron muriendo uno detrás de otro. Nunca antes el escritor había tenido peceras, quizá por eso le interesó indagar las posibilidades narrativas que podían derivarse de una mirada al mundo acuático. Luego de recibir ese acuario, el escritor se dirigió a una tienda de peces de donde salió llevando una bolsa de plástico.

208

“No importa, lo vamos a querer igual”, leí muchos años después de mi nacimiento en una carta que mi abuela le envió a mi madre. Por unas fotos que alguien tomó en el aeropuerto, me doy cuenta de que llegué a la ciudad de mis padres vestido de mexicano. Lo más probable es que me

engañe, pero creo recordar que las botas hacían que me dolieran los pies.

209

La agonía de césar moro estuvo regida por una serie de órdenes, que fueron cumplidas hasta en sus mínimos detalles.

210

Según mi abuelo, era imposible que macaca supiera en qué estado se encontraba el cuerpo que llevaba la mujer ebria. Por lo que se podía intuir, se trataba de un cuerpo diminuto. O tal vez no se estaba transportando el cadáver completo sino sólo algunas de sus partes.

211

El escritor colocó el acuario al lado de su máquina de escribir. Mientras terminaba el libro que estaba redactando en ese momento, pudo ver cómo se desarrollaban unas vidas tan asombrosas, sobre todo para alguien que nunca antes había tenido contacto con ese universo. Aunque creyó cumplir con los requerimientos para que la crianza se desarrollara con normalidad, la experiencia terminó en un verdadero desastre. Había metido los peces, dos hembras y un macho, según las directrices del vendedor de la tienda. Pero al día siguiente el pez macho amaneció muerto. Apenas lo vio el escritor advirtió también que los otros peces intentaban comérselo. Lo sacó de inmediato del agua. Experimentó cierta aversión al tocarlo. Utilizó por eso unos guantes de hule. Dos mañanas después percibió la presencia de innumerables pececillos en el acuario. Por lo visto una de las hembras había estado preñada y acababa

de parir. Pero una hora más tarde el escritor se acercó nuevamente a la pecera y pudo distinguir con dificultad la presencia de los peces recién nacidos. Entre las hembras habían estado comiéndolos. En la tarde nadaban solitarias, como si nada anormal hubiera sucedido.

212

Durante esos primeros años en la ciudad de mis padres me enteré de que un primo hermano sufría de asma, por eso no iba a parecer anormal que a mí me atacara un mal semejante.

213

César moro no quería dejar rastro de su presencia.

214

Más de una vez, en la oscuridad de la noche, macaca ha visto a la liebre saltar a través de una de las ventanas de su casa.

215

Al día siguiente la hembra que acababa de parir se quedó estática en el fondo del acuario, sobre las piedras multicolores con las que el escritor había recubierto la base. Nunca más volvió a elevarse. En la pecera sólo quedó el otro pez, a quien por si fuera poco le comenzaron a aparecer, posiblemente por efecto de ciertos hongos, una especie de nube blanca en el lomo, lo que obligó al escritor, siguiendo fielmente las instrucciones del vendedor, a matarlo de manera contundente.

216

El asma fue el comienzo de una infancia caracterizada por innumerables privaciones, que cambiaban según el médico que me estuviera tratando en ese momento. Prohibido comer golosinas, determinadas frutas, hacer ejercicio, salir a la calle después del anochecer. Aparte, tenía el cuerpo intoxicado con cortisona y antihistamínicos.

217

César moro murió sin saber de qué moría. Alguien dijo que quizá una operación hubiera podido ayudar. Otro que el cuerpo estaba resentido por una depresión aguda.

218

Macaca le informó a mi abuelo que la niña, producto del incesto que transformó al agresor en una liebre nocturna, murió un mes después de nacer. Esa fue la primera vez que plasmó la escena de un velorio sobre una hoja de papel.

219

Es posible que en esos días, teniendo como fondo las visitas del filósofo-travesti, para el escritor comenzara a tomar forma un proyecto narrativo que finalmente se convirtió en el libro *salón de belleza*.

220

Algunas amigas consolaban a mi madre. Le decían que el asma desaparecería con el desarrollo. Y mientras mi adolescencia llegaba, se solazaban en otorgar recetas

caseras. Cada una más pavorosa que la anterior: no tomar agua durante una semana, hervir hojas de geranio y consumir la infusión en ayunas. Pasar un día comiendo sólo miel de abejas. Recomendaban también médicos alternativos, que afortunadamente nunca me llevaron a visitar, que proponían baños de manguera de madrugada y al aire libre.

221

En esos momentos césar moro pensó como nunca en su amigo y compañero de aventuras el poeta xavier villaurrutia. Es imposible que los nocturnos de *nostalgia de la muerte* no hayan acompañado la soledad de esas madrugadas, que ni la persistente presencia de su amante fue capaz de disipar.

222

Actualmente macaca se dedica a dibujar sólo velorios de niños, preferentemente de criaturas no deseadas.

223

El libro *salón de belleza*, una vez que fue redactado, pareció tratar de un espacio que se transforma en un lugar preparado para la muerte. La voz de un estilista narra cómo es posible que su magnífico negocio se haya convertido en un *moridero* de uso público. En ciertas partes del relato el personaje describe los buenos tiempos del establecimiento, cuando el factor determinante de su decoración recaía en la presencia de cientos de peces de colores. En otros fragmentos se habla de la llegada progresiva de huéspedes enfermos, a quienes es imposible

no asociar con las aguas turbias que comienzan a lucir en las espléndidas peceras.

224

Conozco la teoría del asma como supuesto mecanismo de defensa. Como protesta no sólo ante el intempestivo cambio de país, sino, como dije, como particular elemento de camuflaje para el extraño síndrome corporal que presento. Creo en esas características de la enfermedad porque cuando cumplí trece años de edad hicimos un breve viaje de regreso a ciudad de méxico y bastó llegar para que cualquier dificultad respiratoria quedara en el olvido. Sintiéndome mejor que nunca recorrimos los lugares por los que había andado de niño. Incluso regresé a la guardería de mi infancia.

225

Ponlo en duda, pero ezequiel es otro personaje del que me habló mi abuelo. Las veces que se refirió a él no me dijo si lo había conocido realmente. La intempestiva aparición de ezequiel diluyó de pronto los contornos del zoológico a nuestro alrededor. También el cuarto de enfermo donde solían celebrarse mis fiestas infantiles, en las que mi abuelo aprovechaba para hablarme de exóticas danzas con tijeras. Solamente se mantuvieron presentes en mi recuerdo las palabras que él empezó a pronunciar. Fueron palabras fuertes, estructuradas, con arraigo. En ningún momento hallé atisbos ni del quechua ni de algún dialecto oriental. He olvidado todo lo demás. Incluso los nombres de las drogas bajo cuyos efectos supuestamente estaba sumido cuando, de improviso, apareció en mi imaginación mi abuelo frente a los camellos.

226

Una vez disfrutadas las cortas vacaciones en ciudad de méxico, el regreso al país de mis padres fue funesto. Nuevamente hospitales, cortisonas y un nuevo descubrimiento: el inhalador para dilatar los bronquios. Medicamento sumamente peligroso pues, según los médicos de ese entonces, su efecto secundario era afectar directamente el corazón. Comenzaron a abundar, entre las amigas de mi madre principalmente, las historias de niños muertos por un ataque fulminante inmediatamente después de una aplicación. Por eso se guardó el frasco sólo para casos desesperados.

227

Los habitantes del poblado donde se había refugiado estaban de acuerdo en que macaca hacía un trabajo cada vez más alejado de la realidad.

228

Ezequiel parece ignorar la presencia de una mujer a su lado. No creo que fuera macaca. Mi abuelo lo habría resaltado desde el principio. De pronto en el lugar donde se encuentran, una calle de hong kong, se escucha el estrépito de un ataque aéreo. Bombardean la ciudad. La mujer se cubre. Ezequiel le grita a los aviones.

229

La descripción de los hechos en *salón de belleza* no escapa a las cuatro paredes representadas. Se circunscribe a un vetusto salón decorado con dudoso gusto. Poco a poco

la escritura va haciendo aparecer los acuarios, la enfermedad como una prisión del cuerpo, las ventanas sin abrir y el ambiente recargado de miasmas más propias de un hospital o de una morgue que de un espacio de esa naturaleza.

230

En las madrugadas, cuando era despertado por el silbido de los bronquios, la única meta era obtener el inhalador. Comenzaban las pesquisas nocturnas en el cuarto de mis padres para indagar dónde podría estar escondido. A veces lo encontraba por mi cuenta. Otras mis padres despertaban contrariados. Se iniciaba en ese momento una escena desagradable, que duraba aproximadamente una hora y que terminaba cuando mi madre, vencida, me extendía el inhalador. Estaba tan desesperado con el asunto de los inhaladores que en determinado momento decidí apartar algo del dinero que a veces recibía y comprar a escondidas mi propio inhalador.

231

La tumba donde según mi abuelo macaca enterró al luchador de asia se encontraba precisamente a la entrada del cementerio. Encima le habían colocado una piedra ceremonial que los pobladores bajaron de la zona sagrada de la montaña que presidía el poblado. Macaca jamás se hubiera atrevido a pedir una cosa así. Mi abuelo me dijo que los pobladores lo hicieron porque ella les informó que se trataba del cadáver de bruce lee.

232

Mi abuelo insistía en darme más detalles de las historias. Parecía ser importante para él no perder mi atención. Era probable que hubiese intuido que para mí no era para nada verosímil los episodios de la vida de macaca en las regiones quechua.

233

Cuando tres novelas aparecieron publicadas en un mismo volumen, el escritor advirtió una suerte de unidad que le hizo pensar un tanto puerilmente en que todos sus libros no son más que uno solo.

234

A partir de la seguridad que me daba tener mis propios inhaladores, me nació un inusitado interés por el ciclismo. Esa afición comenzó de una manera repentina. Sin ninguna razón aparente, cierta mañana sentí un impulso irrefrenable de estar sobre una bicicleta. Hubo algo raro en el proceso de comenzar a pedalear.

235

A pesar de mi reticencia mi abuelo me explicó que ezequiel sufría la condena, como los personajes de cierto tipo particular de película china, de soportar una serie de inusitados ataques aéreos y de efectuar los trabajos de más bajo nivel. Sus tareas no podían ni compararse mínimamente con la venta de casas de macaca ni con los trabajos de jardinería del maestro espín y el hermano francisco. Por supuesto que tampoco con la labor de zapatero que al final de su vida llevó a cabo el luchador de asia.

236

Algunas personas creyeron descubrir la presencia de una enfermedad en particular mientras leían *salón de belleza*. Otros encontraron similitudes con los *morideros* que en la edad media servían como último lugar para todo género de apestados. Los últimos hallaron una serie de metáforas o puentes entre los peces y los personajes enfermos.

237

Era insólito que al comenzar a pedalear la crisis de asma se manifestara de manera abierta. Sin bajar la velocidad sacaba el inhalador y me aplicaba dos dosis seguidas. Contenía el aire, un par de pedaleadas más y nuevamente las inhalaciones. A partir de entonces podía recorrer, respirando libremente, cualquier distancia que me propusiera. La afición al ciclismo continuó durante algunos años. Llegué a conseguir una media de cuarenta kilómetros diarios y trescientos los fines de semana. Poco a poco conocí a algunas personas que también practicaban ese deporte. En su momento todos me preguntaron sobre el ritual de las inhalaciones antes de ponerme a pedalear en forma.

238

Ezequiel llevaba en toda ocasión un uniforme impecable. Nunca supe de qué. Sencillamente mi abuelo señalaba que estaba compuesto por una camisa blanca y un pantalón oscuro.

239

El libro *salón de belleza* quizá tenga su sentido final en el interés del escritor en responderse ciertas preguntas sobre las posibles relaciones entre belleza y muerte.

240

En uno de mis viajes a méxico tuve la idea de hacer ciclismo urbano. Con el primer día de experiencia fue más que suficiente. Aparte de la incredulidad de los conductores de coches para aceptar la presencia de una bicicleta en su camino, son los temibles estragos que la contaminación causa en los cuerpos de los ciclistas los que hacen desistir a cualquier persona cuerda de practicar ese deporte aquí. A pesar de haberse tratado de la única ocasión en que pude recorrer el famoso primer kilómetro sin necesidad de una dosis, las condiciones en las que quedé después de semejante ejercicio me hicieron recordar mis mañanas de convaleciente antes de que existiera el inhalador.

241

Las tardes en que el escritor veía la transformación física que iba experimentando el filósofo-travesti, parecen producirle actualmente una extraña nostalgia. Quizá entonces el libro *salón de belleza* no sea sino un homenaje a ese muchacho, que después de hablar de aspectos fundamentales de la *crítica a la razón pura* se refería, con una sonrisa desdeñosa la mayoría de las veces, a las humillaciones que había tenido que soportar la noche anterior.

242

Hubo otros viajes a ciudad de méxico, en los que siempre se dio el mismo fenómeno de relajación de los pulmones sin necesidad de medicinas. Paradójicamente, según se iban anunciando una serie de desastres atmosféricos, generalmente motivados por la contaminación ambiental, era mayor la posibilidad de respirar de manera normal.

243

Todo está vacío. Se mantienen únicamente los viejos camellos. Son, como sabemos, animales viejos. Tristes. Aburridos quizá.

El gran vidrio
Tres autobiografías

Mi piel, luminosa

… en los alrededores de la tumba del santo sufi Nizamudin.

1- Durante el tiempo que viví junto a mi madre nunca se me ocurrió que acomodar mis genitales en su presencia pudiera tener una repercusión mayor.

2- Estaba equivocado.

3- Después supe que incluso les pedía a las otras mujeres objetos de valor para que los miraran plenamente.

4- Ajustados, acogotados, a punto de estallar.

5- Mi madre aprovechando mi dolor.

6- Recolectando objetos sin parar.

7- Muchas veces cosas de comer o pequeñas prendas de adorno personal: aretes de plástico o alguna cuerda delgada que adosaba a su muñeca.

8- Cierta vez consiguió un lápiz con el que pintó sus labios.

9- Fue tanto el entusiasmo que pareció causarle delinear su boca que olvidó por unos momentos mi presencia.

10- Logré entonces desanudar la extraña prenda que ella ideó para nuestras visitas a los baños públicos.

11- Quedé totalmente al descubierto.

12- Una luz difusa iluminó mi carne.

13- Decidí arrojarme al agua.

14- A la parte más honda.

15- Aparté a unas mujeres obesas que con sus cuerpos me impedían el paso.

16- Estuve incluso a punto de cruzar a la sección reservada a los hombres.

17- De haberlo logrado, estoy seguro de que nunca más habría vuelto a ser recibido de la misma manera por mi madre.

18- Me encontraba a gatas.

19- El agua se confundía con el barro.

20- Si me hubiera puesto en pie me habría llegado apenas a los tobillos.

21- Quedaría expuesto entonces nuevamente a las miradas que hacen posible que me encuentre ahora en estos baños.

22- Las mujeres hurgarían entre sus pertenencias y lograrían, por medio del trueque tan particular que mi cuerpo propicia, contemplarme el tiempo que considerasen necesario.

23- De improviso se me ocurrió voltear.

24- Mi madre continuaba al lado de las piletas de aguas termales.

25- Seguía abstraída en el ritual de delinear su boca.

26- Las demás la observaban con detenimiento.

27- Salvo las mujeres obesas, que parecían desesperadas por salir de la zona que les tenían reservada.

28- Me atrevo a decir que esa escena, de mi madre pintando sus labios, era un espectáculo ajeno a las costumbres de la región.

29- Me pareció tan alejado de nuestras usanzas que no pude controlarme y le grité.

30- Mi voz se fue acrecentando.

31- El rebote del agua contra los canales de cemento distorsionó de manera rotunda las palabras.

32- No podía permitir que la boca de mi madre fuera más importante que el espectáculo que mis testículos son capaces de ofrecer.

33- Pero en ese momento parecía serlo, incluso a las mujeres obesas se les veía dispuestas a romper las reglas y se preparaban para ingresar a la zona de aguas termales.

34- Aquello nunca antes había sucedido.

35- A partir de cierta edad y de las diferencias de los cuerpos, cada cual tiene su sección asignada.

36- Sólo a los niños y los adolescentes se nos permite ir de una a otra sin el permiso de nadie.

37- En los primeros tiempos acostumbraba permanecer muchas horas dentro del agua.

38- En aquella época no había experimentado aún lo perjudicial que suelen ser los excesos.

39- Era inconsciente todavía de lo vetustas que se tornan las superficies cuando son recorridas por sustancias líquidas una y otra vez.

40- Descubrir las marcas que el tiempo produce sobre las texturas es quizá una de las enseñanzas más importantes de estos baños.

41- Lo único que escapa a este deterioro son mis testículos, siempre dispuestos para la exhibición.

42- Mi madre solía esperarme diariamente en la puerta de salida.

43- Se veía contenta cada vez que nos volvíamos a encontrar.

44- Llevaba casi siempre consigo los objetos recolectados durante la jornada.

45- Le agradaban la mayoría de los regalos que le ofrecían a cambio, pero parecía haber comenzado a sentir una especial predilección por los lápices de labios.

46- En más de una oportunidad me despertó en plena madrugada para mostrarme su boca coloreada de morado o fucsia fosforescente.

47- Era difícil estar seguro si aquella figura exaltada formaba parte de un sueño o de una acción que existía en la realidad.

48- Mi madre no suele dejar de mostrarme los labios hasta que despierto del todo.

49- En madrugadas como aquéllas es difícil que vuelva a conciliar un sueño profundo.

50- Permanezco entre despierto y dormido.

51- Pongo entonces en práctica un viejo juego —que me entretiene desde siempre— que consiste en sacar mis genitales, sin necesidad de las manos, de la extraña ropa interior que me confecciona mi madre.

52- Esta prenda, que debo llevar todo el tiempo sin que muchas veces se note su presencia, no es precisamente una invención suya.

53- Para diseñarla ha seguido una serie de patrones de antigua data.

54- Sé además que el oficio de madre que se dedica a mostrar los genitales de sus hijos no es tampoco de su invención.

55- Se trata de una práctica milenaria para la cual no todas las mujeres con hijos están capacitadas.

56- En realidad casi ninguna se encuentra en condiciones de llevar a cabo un ejercicio de esta naturaleza.

57- De allí la ínfima cantidad de madres de este tipo que existen actualmente.

58- En la región donde vivimos nunca se había sabido de la existencia de una mujer semejante.

59- Tuvo que ser mi propia madre quien les informó que, cincuenta años atrás, la hermana de su abuela se convirtió,

como producto de este oficio, en la mujer más poderosa de la zona.

60- Se tenía cierto recuerdo de sus andanzas.

61- Pero nadie, ni siquiera mi madre, conocía el destino final de esa mujer y, mucho menos, del hijo que la había llevado a reunir tanto prestigio.

62- “Es verdad lo que se rumora”, me dijo mi madre cierta madrugada en que me despertó para enseñarme unos labios cubiertos con una pátina aceitosa.

63- “De las mujeres mostradoras de genitales se recuerdan muchos detalles, pero de sus hijos exhibidos se ignora todo”.

64- Luego supe que los mataban sin piedad.

65- Caí profundamente dormido.

66- Tuve muchos sueños, que continuaron en las noches siguientes.

67- Imaginé el aspecto de las mujeres que se enriquecían ofreciendo espectáculos de ese tipo.

68- También el de sus propios hijos.

69- Se decía que los genitales terminaban siendo víctimas del mal que propiciaba la envidia de las demás.

70- Que de un momento a otro comenzaban a secarse, hasta que de la bolsa inflada que los contenía no quedaba sino una tripa flaca y colgante, que acababa por desprenderse del cuerpo antes de que la víctima advirtiese lo que estaba sucediendo

71- Cuando los hijos pierden de ese modo los testículos las madres huyen de inmediato.

72- Cargan como pueden con los objetos de valor recolectados y suelen dirigirse hacia las zonas montañosas.

73- Antiguamente la ley marcaba la forma de muerte para esos hijos.

74- Una de las maneras más frecuentes era dejar sin cuidado la herida del escroto caído.

75- Me enteré de aquel método hace relativamente poco tiempo.

76- Me lo describió la directora de la Escuela Especial a la que asisto.

77- “¿Por qué me encuentro matriculado en una Escuela Especial?”, es una pregunta que no dejo nunca de hacerme.

78- No creo que alguien tenga una respuesta segura, ni siquiera mis compañeros de reclusión.

79- Se conforman, como yo, con saber que duermo en uno de los pabellones centrales.

80- Mi madre quizá sepa por qué insistió tanto con la directora hasta lograr mi aceptación.

81- Parecía no bastar con mi repetida exhibición en los baños públicos.

82- Enriquecerse con los objetos que iba adquiriendo.

83- Pintarse los labios hasta la saciedad.

84- Todo daba la impresión de parecerle poco.

85- Cualquiera que la hubiese visto en ese entonces pensaría que me odiaba con todas las fuerzas de su corazón.

86- Sería la única manera de interpretarse el gozo que se reflejó en su rostro cuando la directora dio por fin su veredicto.

87- Cuando a mi madre le nació el deseo de que formara parte de la Escuela Especial, visitábamos ya los baños con frecuencia.

88- En aquella época, una escuela semejante era tal vez la única salida que podía encontrar para ser considerada como una madre hasta cierto punto normal dentro de nuestra comunidad.

89- Halló quizá de ese modo una manera de sobreponerse al abandono de mi padre.

90- La amante de mi padre había muerto poco antes, de una grave enfermedad.

91- Se desempeñaba como secretaria en la institución pública donde él trabajaba.

92- Nunca supe si se trataba de su secretaria o de una empleada más.

93- Lo que sí me consta es que mi madre padeció su enfermedad como si se hubiera estado desarrollando en su propio cuerpo.

94- Recuerdo que tiempo después de que nos quedáramos solos —mi padre nos dejó una mañana de invierno— mi madre comenzó a realizar una serie de experimentos con mi cuerpo.

95- Me imagino que para conseguir de una manera más efectiva mi futuro ingreso en la Escuela Especial.

96- En esa época habíamos regresado a habitar la trastienda del horno de mi abuelo.

97- Entre otras acciones, me colocaba unos lentes con los que la realidad se trastocaba hasta convertirse en una presencia irreconocible, capaz únicamente de producirme desagradables mareos.

98- En otras ocasiones no me dejaba respirar, tapándome la cara con la almohada hasta que me sentía morir.

99- Una vez trató de introducir mi cráneo dentro de una calavera que guardaba con fines desconocidos.

100- Cierta mañana, en que me descubrió gastando en caramelos un dinero que había caído en la calle del bolsillo de un muchacho, me chamuscó las manos en un fuego que encendió con el solo propósito de llevar a cabo su lección.

101- Mi madre consiguió por fin que me aceptaran en la Escuela Especial después de la primera incursión que realizamos a los baños públicos.

102- Alguien le había contado que esa visita era la única forma de lograr que la directora diera su consentimiento.

103- En aquel entonces mi madre era una mujer realmente pobre.

104- Ni siquiera contaba con el bolso que luce ahora con entusiasmo.

105- Vivíamos sólo los dos en la trastienda del horno donde mi abuelo desde siempre había cocido los cerdos para la comunidad.

106- Nuestros cuerpos empezaron a expeler un olor que llegó a ser hediondo.

107- Mi madre había comenzado a ahorrar con el fin de pagar la entrada a los baños, pues en aquel tiempo hacer un gasto semejante era una empresa casi inalcanzable

108- Como suponíamos que la visita estaba próxima, decidimos abandonar de pronto las formas de aseo que practicábamos normalmente.

109- Había que economizar a como diera lugar.

110- Nada de agua pagada a los cargadores ambulantes.

111- Nada de bolsas con restos de jabones, que ciertos comerciantes de la comunidad revendían en la calle principal después de ser usados, pero no gastados del todo, en los baños públicos.

112- Cuando por fin se reunió el valor de las entradas nos levantamos antes de que amaneciera.

113- Salimos con prisa de la trastienda.

114- Sabíamos que desde temprano se formaban las filas de gente en espera para entrar.

115- Muchos eran comerciantes que iban a visitar esos baños previo a iniciar sus giras de trabajo; también había mujeres de la más alta alcurnia, que parecían querer aprovechar las opacas luces del alba para que nadie apreciara con nitidez sus cuerpos antes de ser introducidos al agua.

116- En aquella primera ocasión nos quedamos dentro por muchas horas.

117- Los regalos comenzaron a aparecer ni bien mi madre me quitó los pantalones.

118- A partir de entonces tuvimos acceso gratuito.

119- Acudimos todo el tiempo que nos fue posible.

120- Por eso nunca más mi cuerpo volvió a oler de manera desagradable.

121- Mi piel cambió a las pocas semanas.

122- Sin que nadie lo advirtiera se cubrió con una especie de pátina, un tanto viscosa, y de una luminosidad que para algunos es incluso más asombrosa que mis propios genitales.

123- Nunca le pregunté a mi madre lo que pensaba de aquella particularidad.

124- Creo que hacerlo hubiera sido una invitación para que le descubriera nuevas posibilidades a mi cuerpo.

125- No quiero ni pensar en el poder que una piel luminosa hubiera sido capaz de otorgarle.

126- Habría ideado la manera de encerrarme en alguna ermita, que mandaría construir en los alrededores de la tumba del santo en el que aparentemente se ubican estos baños.

127- Llenaría de flores y velas el espacio, y conseguiría además que un músico ambulante ejecutara algún instrumento capaz de ambientar la escena.

128- No permitiría que nadie me tocara.

129- Que nadie pusiera un dedo encima de mi piel.

130- Sería —siguiendo la naturaleza original del ejercicio de mostrarme sin descanso— una actividad de orden meramente visual.

131- Se me ocurre que para una ocasión semejante no hubiera estado de más espolvorear mi carne con un puñado de la diamantina que utilizamos en la Escuela Especial para llevar a cabo algunas tareas.

132- Cada semana, la maestra nos impone la obligación de hacer un trabajo manual, que debemos entregar adornado con una capa de polvo brillante.

133- Así fue como comencé a diseñar lámparas caseras, ceniceros de papel, botellas de diversas formas, cuyas superficies se encontraban cubiertas siempre con la pasta que resulta de mezclar la diamantina con la espuma de jabón que, según la maestra, sirve para darle verdadero cuerpo a los objetos.

134- Esos son de los pocos recuerdos que guardo de mis años de escuela.

135- Aunque es hasta cierto punto extraño considerar como recuerdos hechos que acaban de suceder.

136- Todavía, aunque ya es poca la gente que lo pueda creer, sigo matriculado aquí.

137- Se puede decir que soy uno de los alumnos internos.

138- Por eso no entiendo; si soy alguien impedido para salir a la calle, cómo tengo el tiempo, o mejor dicho, el permiso necesario para pasar jornadas enteras en unos baños donde mi madre se dedica sin descanso a mostrarme a las demás mujeres de la región.

139- El pabellón donde duermo puede ser considerado como el más grande de la institución.

140- Cuando todavía no es día declarado mi madre suele ingresar tratando de hacer el menor ruido posible.

141- Para no romper el particular silencio de esas horas, acostumbra desplazarse de una manera algo curiosa.

142- Arquea el cuerpo de tal manera que se transforma en un ser casi anormal.

143- En los baños he visto muchas veces cuerpos semejantes al que muestra mi madre cuando trata de no hacer ruido.

144- He advertido que estas anomalías pueden obedecer a distintas causas.

145- Sé, por ejemplo, que el contacto de ciertos organismos con el medio ambiente produce alteraciones físicas difíciles de entender.

146- Siempre estoy en relación con cuerpos exageradamente robustos y, por el contrario, con osamentas que apenas pueden sostenerse.

147- Hasta hace muy poco mi madre no contaba para mí con un cuerpo preciso.

148- La diferenciaba de las otras mujeres sólo por el color de sus labios.

149- Lo único importante era su boca embadurnada, no las contorsiones que realiza en búsqueda de silencio.

150- Ahora, después de haber pasado por tantas experiencias, ya no sé qué pensar del cuerpo de mi madre cuando lo veo ingresar en las noches con la llave que la directora de la Escuela Especial pareció confiarle desde que fui aceptado.

151- Se trata de una llave larga y algo oxidada.

152- Es asombrosa su capacidad para entrar en el pabellón sin que nadie la advierta.

153- A veces, aunque suene extraño, el esfuerzo que realiza al contorsionar su cuerpo descascara ligeramente el carmín de los labios.

154- Nunca me atreví a decírselo abiertamente, pero su boca me gusta más cuando se presenta de esa manera.

155- Con destellos algo desvaídos.

156- Casi siempre suele esperar con paciencia a que me haya desperezado del todo para volver a pintarse.

157- En esas ocasiones da la impresión de que lo hace con vergüenza.

158- Para dar paso a la operación abandona la postura irregular que suele adoptar y se agacha al lado de la cama.

159- Pero no siempre su entrada al pabellón fue realizada en el silencio más absoluto.

160- En más de una oportunidad, sobre todo cuando acababa de descubrir la potencialidad de los lápices, mi madre estampó sobre mí sus labios imbuida en una suerte de frenesí.

161- Hacía ruidos con la garganta de una intensidad tal, que irremediablemente terminaba sintiendo una erección, que trataba de contener con la prenda de material rugoso que mi propia madre me ha diseñado.

162- Hasta el día de hoy agradezco la consideración que muestra hacia los demás cuando embadurna sus labios sin que nadie lo advierta.

163- Hubiera sido terrible que despertara al resto de los internos.

164- Parece que intuye que sólo actuando en silencio puede conseguir algo de mí.

165- “¿Cómo hará para entrar?”, suelo preguntarme cada vez que la veo aparecer en la oscuridad.

166- Señalé que ingresa con la llave que le ha entregado la directora de la escuela.

167- Sin embargo se me hace totalmente absurda esa suposición.

168- Es imposible que la directora le haya dado una llave.

169- Para que la dejen entrar quizá le proporciona a los celadores alguno de los objetos recolectados en los baños.

170- O quizá lo logra mostrando sin pudor los labios embadurnados. Me imagino que los mueve de tal manera que no queda otra opción que abrirle paso.

171- Una vez que despierto por completo salimos, también en silencio, del pabellón.

172- Estoy seguro de que la directora no tiene la menor idea de nuestras huidas.

173- Me consta que aquella mujer tan estricta cree que duermo la noche completa en la cama que me tienen asignada.

174- A los demás internos los vuelvo a ver sólo a la hora de acostarnos, cuando regreso después de las diarias visitas a los baños.

175- También estoy con ellos los domingos, pues mi madre aquellos días, seguramente para dormir más de lo habitual, acostumbra dejarme en libertad.

176- Nunca dejó de sorprenderme su pereza dominical.

177- Me cuesta trabajo creer que prefiera quedarse, justo esos días, en la cama en lugar de recolectar objetos en mayor número que de costumbre.

178- Los domingos son jornadas realmente fructíferas.

179- Sobre todo al anochecer, cuando algunos personajes acostumbran realizar, casi a escondidas, un paseo fortuito.

180- Acostumbran ser en su mayoría mujeres que no se han casado, u hombres con diferentes grados de feminidad los que suelen escoger las últimas horas del domingo para recorrer las instalaciones.

181- De vez en cuando asisten también —y generalmente se refugian al lado de alguna acequia— los enamorados que han sido abandonados repentinamente o los afectados por enfermedades transmisibles.

182- Es tal la desesperación de muchos de los asistentes en esos días, que llegan siempre cargados con regalos de las más diversas procedencias.

183- Acuden con bolsas repletas de objetos, que me imagino les habrá tomado algunos días reunir.

184- Todo esto lo sé por un domingo memorable que mi madre decidió no pasarlo dormida.

185- Pero ahora, como está visto, su sueño parece fundamental.

186- Antes de partir con rumbo a los baños suelo mirar a mis compañeros de pabellón, dormidos, como si nada fuera de lo normal estuviera sucediendo.

187- “¿Soñarán?”, me pregunto.

188- Hace poco supe —creo que me lo dijo la propia directora— que todavía debo permanecer algún tiempo más internado en esta escuela.

189- Ahora ya no extraño nada.

190- Creo que con mi internamiento y con las visitas a los baños tengo más que suficiente.

191- Me parece que ya no es importante ni el recuerdo de mi padre, ni la añoranza del horno de mi abuelo.

192- Creo que mi permanencia aquí va a durar el lapso de una eternidad.

193- Conoceré por eso cada rincón de sus instalaciones, hasta el menor detalle del carácter de los internos, incluso la naturaleza profunda de las mentes de las maestras y de la propia directora.

194- Sólo ahora me doy cuenta de que en la Escuela Especial mis testículos no tienen razón de existir.

195- En estos pabellones nadie está dispuesto a entregar nada, ni a mi madre ni a mí, por el espectáculo que son capaces de ofrecer.

196- ¿Habrá más gente internada en la Escuela Especial?

197- Sospecho que sí.

198- Pero creo que no lo desconozco, pues incluso lo he afirmado más de una vez.

199- He dicho siempre que cuento con compañeros de reclusión.

200- No tengo seguridad, eso sí, de que sean ciertas muchas otras cosas, aparentemente más importantes, no sólo de mis compañeros actuales sino especialmente de mi vida privada.

201- No sé, por ejemplo, el número de hermanos que he tenido.

202- He olvidado asimismo el rostro de mi padre.

203- Quizá preguntar a mi madre disiparía las dudas.

204- Pero a estas alturas es absurdo dirigirle directamente la palabra.

205- Lo más probable es que se esconda detrás de uno de sus lápices y me muestre el rostro pintado con los colores más extraños que se pueda imaginar.

206- Después de la partida de mi padre, jamás vi decir a mi madre algo sensato.

207- Antes yo debía seguirla todo el tiempo.

208- Caminábamos juntos por las calles, por los parques, pasábamos por delante de las casas de quienes habían acostumbrado llevar, sobre todo durante las fiestas, a cocer los cerdos al horno de mi abuelo.

209- Tomábamos los autobuses de servicio público y más de una vez nos detuvimos a beber algo.

210- La acompañé asimismo a realizar los trámites en la Escuela Especial y, como se sabe, a la primera incursión a los baños públicos.

211- Sólo la brillantez de mi piel y, por supuesto, la firmeza de la bolsa que contiene mis testículos hacen pensar que mi cuerpo se mantiene joven.

212- Cierta vez, muy temprano en la mañana, miré desde la ventana del pabellón donde duermo el patio de juegos.

213- El pequeño tobogán, los columpios vacíos.

214- No amanecía aún.

215- Casi de inmediato sentí sobre el hombro la mano de mi madre.

216- Se hacía tarde.

217- Noté de inmediato que, en esa ocasión, se presentó sin el bolso del que nunca quiere separarse.

218- Se le veía sin pintura en la cara, como en los viejos tiempos, cuando vivíamos todos en familia en un conjunto habitacional de las cercanías.

219- Habitamos ese lugar por muchos años; fue antes de que mi madre y yo nos mudáramos a la trastienda del horno de mi abuelo, donde ella había pasado su infancia y juventud.

220- Recuerdo del conjunto habitacional sus pasajes, los estacionamientos, el centro comercial.

221- Nunca acostumbro transmitir esta información.

222- No quiero hablar de los años en que mi padre, mi madre, mis hermanos y yo formábamos parte de una verdadera familia.

223- En un principio la casa nos fue rentada por un par de años; lo recuerdo como un momento maravilloso.

224- Con mi padre, mi madre y mis hermanos haciendo planes para un futuro mejor.

225- Sin tener todavía la menor conciencia de mis testículos, en ese entonces tan minúsculos que prefiero no referirme a ellos.

226- Una vez cumplido el plazo del arrendamiento, el propietario comenzó a visitarnos cada noche.

227- Nos pedía que desalojáramos la propiedad lo más pronto posible.

228- Había finalizado el plazo pactado, nos repetía.

229- No estoy seguro, además, de si mi padre pagaba o no la renta de manera puntual.

230- Ignoro si era aquella esa una razón adicional que aducía el dueño para su demanda.

231- En ese entonces mi padre estaba empleado en una dependencia estatal.

232- Salía todos los días de la casa con rumbo al trabajo.

233- Tomaba un auto de servicio público, que recorría de extremo a extremo la ciudad.

234- Me llamaba especialmente la atención la pulcritud de sus camisas blancas.

235- De alguna manera, mi madre logró trasladar años después esa brillantez a las prendas que ideó para sostener mis testículos.

236- Pero a diferencia de mis actuales calzones, que se ensucian muy rápido debido al ajetreo constante, las camisas de mi padre resistían la jornada completa.

237- Una vez en la oficina seguramente se colocaba unos guardamangas de plástico para evitar que la tela se desgastara con la rutina diaria.

238- Hubo una época en que, aquí en los baños, mi madre se negó a aceptar cualquier clase de regalo.

239- Creo que sucedió cuando dejó de utilizar su bolso de manera regular.

240- No quiso en ese entonces recibir ni prendas de vestir ni cuerdas para adosar en la muñeca.

241- Empezó a ofrecer el espectáculo de mis testículos en forma gratuita.

242- Me pareció muy extraño.

243- No me gustaba esa circunstancia.

244- Yo estaba convencido de que mis genitales debían darle a mi madre todo el tiempo algún tipo de satisfacción.

245- Esta repentina necesidad de no cobrar surgió cierta madrugada, cuando la interrogué sobre sus embarazos de la época en que vivimos en familia.

246- Cuando le pregunté acerca del tiempo anterior a que nos mudáramos a la trastienda del horno de mi abuelo.

247- Quería, como todo niño, saber si había tenido hermanos.

248- Pero no quiero hablar.

249- Ni de los años que vivimos en familia, ni del periodo en que estuvimos refugiados en la trastienda del horno.

250- Tampoco de las razones por las cuales la pregunta sobre sus embarazos hizo que mi madre decidiera no aceptar objetos a cambio de la contemplación.

251- La casa, como señalé, nos había sido rentada por dos años.

256- Sin embargo, insisto en afirmar que quizá preguntando a mi madre muchas de mis dudas hubieran quedado resueltas.

257- A veces necesito saber si el contrato de la casa fue realmente por ese periodo.

258- Aunque, si me detengo y pienso, considero cada vez más absurdo dirigirme a ella.

259- ¿Podrá realmente oír a alguien con atención?

260- Más de una vez la he visto vanagloriarse de lo joven que permanece la bolsa que contiene mis testículos.

261- La suele examinar con gran cuidado.

262- Aterrada, me imagino, ante la posibilidad del más mínimo síntoma de sequedad.

263- Cuando mi madre me ausculta presiento en su rostro ciertos rasgos de mi abuelo, aquel que cocía los cerdos.

264- Dicen que murió cortado en pequeños pedazos.

265- Todo comenzó con una diabetes que hizo que primero lo privaran de una pierna.

266- Mi madre siempre lo atendió.

267- Fue una ocasión inmejorable para renegar el día entero de su destino.

268- En ese tiempo todavía se encontraba soltera.

269- Poco después fue necesario cortar la otra pierna.

270- Siguieron luego los brazos.

271- Mi abuelo nunca dejó de mirar en la pared la imagen del venerado Duce, Benito Mussolini, que se mantuvo todo el tiempo como testigo de la experiencia.

272- Más de una vez escuché decir a mi madre que mi abuelo había formado durante su juventud parte de las Brigadas Urbanas.

273- Cuando esto ocurre, cuando empiezo a imaginar rasgos familiares en el rostro de mi madre, prefiero darle la espalda y mirar por la ventana del pabellón.

274- Veo entonces nuevamente el patio de juegos.

275- El pequeño tobogán, los columpios detenidos.

276- Me mantengo estático hasta que vuelvo a sentir sobre el hombro la mano de mi madre.

277- Es entonces, teniendo como fondo la visión del abandonado patio de juegos, cuando recuerdo los primeros momentos de mis testículos, cuando empezaron a formar parte de la realidad.

278- Era el tiempo en que la secretaria de mi padre enfermó gravemente.

279- Todas las tardes nuestro padre nos sentaba en la mesa de la cocina y, mientras cenábamos, nos hacía un detallado recuento de la salud de la moribunda.

280- “No voy a dejar la casa hasta que nos echen con una orden judicial”, dijo mi padre en forma contundente cierto atardecer, en que decidió no seguir hablando de la secretaria.

281- Parece que el tema del desahucio de la casa era amenazador.

282- Las visitas del casero incitaron en mí una serie de estados febriles que me duraban el resto de la noche.

283- ¿Fue entonces cuando comencé a tener conciencia de mis genitales?

284- La fiebre creaba imágenes en mi cabeza que se iban transformando en una suerte de formas descomunales.

285- Creo que fue entonces cuando comencé a imaginar que nos encontrábamos en unos baños situados al lado de la tumba de un santo.

286- De una fe desconocida además.

287- Nizamudin, Nizamudin, escuché más de una vez en medio de la oscuridad.

288- En momentos así llamaba desde mi cama a mi madre, quien casi nunca me hacía caso ocupada como estaba en atender a su marido.

289- Quería decirle que no podía seguir soportando la opresión que me causaba semejante presencia.

290- En noches como aquellas me tomaba una suerte de premonición.

291- Me veía sumergido en superficies húmedas.

292- Aquella mujer estuvo muchos meses internada en el hospital.

293- Estoy seguro de que esos días, en los que pendía una orden de desalojo sobre nuestra casa, están marcados por la enfermedad que la llevó a la muerte.

294- Todo el tiempo se hacía referencia a complicados tratamientos de diálisis, a virus indestructibles, a la juventud y a la entereza de la enferma.

295- Mi madre parecía ser la más afectada con la situación.

296- Se le veía tan trastornada que durante los desayunos no hablaba más que de la desdichada mujer.

297- Desde el amanecer repetía, una y otra vez, que la amante de su marido estaba condenada a muerte.

298- En ese tiempo la palabra amante me producía fastidio.

299- Ahora creo que ya no.

300- Hasta me parece que he olvidado, aquí en los baños, su verdadero significado.

301- Todos los días, después de regresar del trabajo, mi padre nos hacía un rápido recuento de la situación.

302- Mi madre escuchaba atenta.

303- Luego ponía sus manos sobre los hombros de su marido.

304- Allí se quedaba, a espaldas del hombre que presidía la mesa.

305- Al recordarlos de ese modo, reaparece mi inseguridad sobre la cantidad real de miembros que tenía mi familia.

306- No puedo memorizar, sobre todo, a mis hermanos. Tenerlos presentes en ninguna de las escenas familiares.

307- Sería fácil preguntar.

308- Pero prefiero seguir callado.

309- No me importa ya conocer ningún otro detalle de esos años.

310- Aunque sí deseo preservar la imagen de aquellos esposos alrededor de la mesa preocupados por los informes del hospital.

311- Cuando mi padre se fue de la casa —salió una mañana con rumbo al funeral de su secretaria y no volvió— mi madre se quedó encerrada en el hogar por varios meses.

312- No crean que cumpliendo la habitual rutina de un ama de casa.

313- Se quedó estática en una de las sillas de la cocina.

314- Seguramente sin pensamientos.

315- Pareció despertarla la prometida orden de desalojo, que nos llegó de pronto.

316- Unas horas después varios hombres sacaron nuestras cosas a la calle.

317- Fue curioso observar las camas, los roperos y las sillas colocados en mitad de la acera.

318- Algunos vecinos se acercaron.

319- Más de uno dijo que era la primera vez que ocurría algo semejante en el conjunto habitacional.

320- Mi madre fue llevada a un parque por ciertas personas caritativas, que buscaron mantenerla a una

distancia prudencial del trajín de los que sacaban las cosas de la casa.

321- Mis hermanos —ahora comprendo que sí tenía hermanos— empezaron a llorar de manera desesperada.

322- Otras personas, seguro más caritativas que las primeras, se los llevaron a sus casas.

323- Antes de la enfermedad de la secretaria, mi padre de vez en cuando cantaba y tocaba la guitarra.

324- En aquellas ocasiones nos reuníamos en la sala principal.

325- Las celebraciones cesaron de golpe.

326- Mi padre había cantado y tocado la guitarra incluso cuando el casero nos amenazaba con hacer desalojar la casa de un momento a otro.

327- Como se supondrá por lo que he relatado, el ambiente se tornó sombrío.

328- Algunas tardes vi a mi madre llorando y quejándose de lo injusta que suele ser la vida con los desvalidos.

329- Nunca supe a quién se refería: si a su propio padre, si a ella misma o si a la secretaria moribunda.

330- Ahora sé que hablaba de mí.

331- Que la torturaban los augurios que ya desde ese entonces seguramente empezó a vislumbrar sobre mi persona.

332- Sin embargo, cuando lo pienso con detenimiento, creo que exageraba en los juicios.

333- Que no era yo la persona indicada, y no lo soy tampoco ahora, para representar sus tristezas.

334- Como ya sabemos, la secretaria acabó muerta.

335- Mi padre desapareció para siempre.

336- No creo que mi madre pueda ser feliz, a pesar del bolso de piel que lleva siempre consigo, de los lápices de colores, y de las cintas que de vez en cuando adosa a sus muñecas.

337- Desde hace unos días me persigue un pensamiento, más bien una inquietud.

338- No sé cómo decirle a mi madre que pronto dejará de recibir la cantidad de regalos a los que está acostumbrada.

339- Presiento que esta situación, de enseñar mi cuerpo a cambio de recibir objetos, terminará de un momento a otro.

340- Que se acabará, a pesar del embeleso que sigue produciendo el espectáculo que soy capaz de ofrecer.

341- Hasta ahora todos parecen considerar imposible que mi luminosa piel decaiga en algún momento.

342- Que mis testículos dejen de mostrarse poderosos.

343- Es que no saben que ya he comenzado a experimentar ciertas sensaciones que, tarde o temprano, harán que mis genitales se vuelvan pesados y olorosos.

344- Precisamente porque nadie lo sospecha, tengo la certeza de que la transformación se evidenciará pronto.

345- Como seguramente lo experimentó aquel antepasado mío, que murió asesinado por su propia madre antes de huir a las montañas, empiezo a sentir el alargamiento sutil de mi escroto.

346- Parece seguir una guía invisible hacia la tierra.

347- Aunque va con el sigilo necesario para que la decadencia se lleve a cabo en el mayor de los secretos.

348- Cuando menos lo piense estará convertido en una tripa.

349- Al llegar a ese punto sé que mi madre no titubeará ni un instante.

350- Lo cortará de un solo tajo.

351- Colocará luego encima de la herida una serie de sustancias capaces de causarme una rápida infección.

352- No me cabe duda de que actuará con la decisión que la caracteriza.

353- Seguramente después experimentará un estado de demencia temporal.

354- Recordará, estoy seguro, los tiempos de esplendor del horno para cerdos de mi abuelo.

355- Cuando era soltera y llevaba adelante, junto a su padre, un próspero negocio.

356- Ellos dos eran los únicos miembros de su familia sobrevivientes de la guerra.

357- Mi madre era la encargada de decorar las piezas que dejaban a cocinar.

358- Previendo quizá esa habilidad fue bautizada con el mismo nombre que la hija de Mussolini.

359- Les colocaba pequeños aretes, diademas o aros de metal, para que los cerdos, al ser horneados, no se confundieran unos con otros.

360- Actuará, estoy seguro, esgrimiendo la firmeza de carácter con la que trata de convertirme en la atracción principal de la tumba del santo en cuyos alrededores nos encontramos.

361- Hace dos noches mi madre me trajo algunas fotos que, en un principio, me parecieron acabadas de tomar.

362- Mostraban a un sujeto que se dedicaba, como mi abuelo, al oficio de horneador de cerdos.

363- En la foto pude reconocer las paredes, las mesas de cemento, la larga pala que solía utilizar mi abuelo para cumplir con su trabajo.

364- Pude ver también, sobre sus cuerpos, adornos parecidos a los que mi madre solía colocar en la carne de los animales.

365- Se trataban de fantasías de bajo valor, no como los objetos que suelo hacer con diamantina en la Escuela Especial.

366- Siempre mi madre y la directora dicen que mi talento no tiene nada de extraordinario.

367- De mi padre no he vuelto a saber, aunque seguramente hubiera apreciado como nadie mis lámparas cubiertas con espuma de jabón.

La verdadera enfermedad de la sheika

Los protagonistas del último libro que he publicado, curiosamente se sienten satisfechos con la obra. Creo que quedan muy mal librados, pero no parecen darse cuenta de ser ellos los personajes retratados. Pienso que tal vez poseen una ingenuidad infinita o que no suelen leer los libros como es debido. Llego a la casa que habitan y me recibe la dueña, quien se encuentra rodeada de los dos perros que posee. Son unos ejemplares gigantescos que carecen de pelaje. Muestran en el lomo un manto de cuero brillante. Ignoraba que esa señora tuviera afición por esa clase de canes. Cuando se lo señalo se sorprende. Añade que, de cierta forma, yo he sido el propulsor de aquel interés. No deja de ser cierto. Hace más de quince años que me dedico a promover la crianza de perros de esa raza. He hablado más de una vez de sus ventajas. Aparte de la inteligencia y de una fidelidad extremas, no suelen ser portadores de alimañas ni de pelusas que floten en el ambiente. Al ver bien a los perros que acompañan a la mujer, creo reconocer al de mayor tamaño. Se trata de Lato, el animal que el padre de un amigo cercano compró a mis instancias cinco años atrás. Es un perro fiero. Se muestra manso sólo con quien sea su amo en esos momentos. Con todos los demás es una verdadera bestia. Quizás aquella sea la razón por la que ha vivido en distintas casas. En cierta ocasión, el padre de mi amigo tuvo que abandonar el país en forma intempestiva. Al constatar que era imposible dejar al perro con nadie más, lo destinaron a

un jardín zoológico —se trata de una raza tan peculiar que muchos zoológicos del mundo exhiben ejemplares de esa estirpe— del cual escapó la misma noche del encierro. Recorrió después más de una semana de un extremo a otro la ciudad, hasta que pudo regresar a su casa original. Nadie sabe cómo logró orientarse, pero a pesar de tal proeza el perro no fue recibido nuevamente. El padre ya había partido y su hijo, mi amigo, solo ya en la casa familiar, pensó que la solución podía ser llevarlo a un veterinario para que le inyectaran algún veneno.

Cuando me enteré del suceso tuve que pedir audiencia con ciertas mujeres de alta sociedad. Una de ellas aceptó al perro en forma temporal. Al principio la mujer tuvo que soportar algunas mordidas, pero el perro rápidamente pareció comprender que ser fiel a esa nueva dueña era la única forma de continuar con vida. En su nueva casa, salvo con su flamante dueña, comenzó a mostrar, como de costumbre, una braveza extrema. Mordió a cuanta persona se le puso delante y quería, además, copular todo el tiempo con su nueva ama. A los pocos meses tuvo que ser entregado a la familia de unos sirvientes de la casa. Ante la imposibilidad de soportarlo, el animal fue trasladado a un área rural. Allí pagó sus culpas pues por alguna razón, relacionada tal vez con la alimentación que empezó a recibir, comenzó a perder poco a poco los dientes. Sin embargo, y a partir de una serie de idas y venidas —por motivos económicos la familia rural tuvo que trasladarse a la ciudad capital— el perro pasó finalmente a convertirse en la mascota de los esposos que supuestamente he retratado en mi último libro publicado.

Terminé de reconocer al animal porque me atacó apenas me vio. Recordé, de inmediato, el asunto de los dientes y lo cogí del hocico inmovilizándole la mordida. Una vez que el perro se calmó pude continuar con mi visita. La señora de la casa me hizo subir al segundo piso, donde estaba el marido acostado en la cama. La mujer ingresó primero en la habitación. Yo me quedé en el umbral. Desde allí vi que el hombre me reconocía y alababa, no sólo el último libro sino mi carrera literaria en general. En cierta pausa, la esposa tomó el libro de la mesa de noche y me preguntó cuánto cobraba. Le contesté del modo como suele hacerlo alguien que se dedica a la prostitución. Ambos reímos. Luego, haciendo un gesto totalmente en desacuerdo con la clase de persona de la que se trataba, sacó unos billetes de su pecho y me los entregó. Hizo antes la salvedad de no estar segura de haberme pagado en el momento de la presentación del libro. Yo ignoraba si esos esposos habían estado presentes esa noche, pero sí recordé que una de sus sobrinas se llevó un ejemplar con cargo de abonarlo en los días siguientes.

Una vez que recibí el dinero, el esposo insinuó que el personaje de la novela tenía su misma profesión. Acto seguido desvió el tema. Habló de los perros, que habían quedado en el primer piso, pues la escalera contaba con una pequeña puerta para impedir que subieran. En ese momento les dije que en cierta oportunidad había hallado un ejemplar del eslabón perdido de esa raza tan extraña. Añadí que ese gen estaba todavía latente, dispuesto a aparecer por generación espontánea en el momento menos pensado. Aquel descubrimiento lo hice durante uno de mis múltiples viajes a las zonas agrícolas de la costa, donde siempre pregunto si se mantienen o no perros carentes de

pelaje. Un poblador me dijo que los pescadores acostumbran ser dueños de los ejemplares más inteligentes. Aquel hombre me habló también de un perro fenómeno que había nacido unos años atrás. Lo llevaba entre las manos una anciana que se dedicaba a la fabricación de canastas. Me dijo que no era el primero en nacer en la región. Lo que sucedía era que los pobladores mataban de inmediato a los ejemplares aparecidos con esas características. El cachorro tenía una gran joroba, carecía de cuello y mostraba gran dificultad para mover de un lado a otro la cabeza. Cierto cronista de Indias, Clavijero, menciona un ejemplar parecido llamado Izcuintepozoli.

Cuando acabé el relato, el marido ya estaba dormido. Se encontraba boca arriba y tenía mi novela sobre el pecho. La dama me había escuchado con atención. Algo en su mirada me hacía sospechar que estaba preocupada. Con una escena similar daba comienzo el libro que acababa de publicar. En el texto, mientras el marido duerme, su mujer se retuerce las manos con signos de angustia. Me puse de pie —antes de hablar del Izcuintepozoli había tomado asiento en un pequeño sofá que había en la habitación—, y me despedí. Al bajar y abrir la puertita de la escalera, el perro sin dientes quiso atacarme. Sentí el roce de sus encías en mi muñeca. La esposa bajaba detrás. Me acompañó a la puerta. El perro continuaba queriendo morderme. La mujer comenzó a acusarme. No se trataba de una mujer de alta sociedad como cualquiera pudiera suponer. Era una dama de la religión musulmana. Es por eso que, en el primer capítulo del libro, me refería a la incongruencia que mostraban esos esposos por tener perros carentes de pelaje en lugar de salukis, los únicos canes aceptados por el islam. Antes de cerrar la puerta me llamó prostituto, de otra forma no entendía por qué había vendido, precisamente a la revista Play Boy, un sueño

místico que había tenido con la sheika de la comunidad religiosa a la que pertenecíamos. Me salvaba, dijo, porque su marido estaba enfermo. Era la razón por la que se encontraba acostado. Estaba segura de que en esas condiciones había sido incapaz de comprender el reproche, aparecido en el libro publicado, de no tener salukis en casa. Mientras hablaba trató de apaciguar al perro carente de pelaje. Nunca supe si en verdad lo consiguió. Sin embargo, mientras me iba alejando de aquel hogar, comencé a sentir cierta vergüenza porque, en efecto, había vendido, por un precio alto además, aquel sueño místico a la revista Play Boy.

El texto lleva como título *La enfermedad de la sheika*, y trata de unas extrañas visitas: primero una que yo realizo al hospital donde atienden la enfermedad incurable que padezco —por la cual soy considerado una suerte de mártir del sufismo y estoy exento, entre otras cosas, de realizar los ayunos propios del Ramadán—, y otra que hago, junto a la sheika de nuestra comunidad, a la casa del plomero encargado de arreglar las cañerías de la mezquita donde los fieles solemos reunirnos tres veces a la semana. Me parece que ambas visitas son importantes. Tanto la del hospital, donde mantienen —de una manera un tanto artificial— mi vida a partir de un estricto régimen de pastillas, como la que hacemos a la casa de un plomero de una mezquita que extrañamente no cuenta con un lugar apropiado para realizar las abluciones rituales. No sé por qué terminé vendiendo el sueño a la revista. Tal vez lo hice motivado por las mismas razones por las que en el último libro publicado retraté de una manera tan pedestre a los dueños de los perros carentes de pelaje. En ninguno de los casos los personajes quedan bien librados. En uno porque

las relaciones entre la dueña de la casa y el animal dejan mucho que desear, y más aún el rol que juega el marido en esa relación; y en el otro por involucrar a mi querida sheika en una revista de esa naturaleza. Espero que, como el marido de la dama del perro, mi sheika no advierta que ella es la persona que protagoniza semejante representación.

La enfermedad de la sheika comienza cuando yo aparezco muy molesto porque he sido tratado mal en el hospital donde suelen atenderme. Se han cancelado todas las citas que tenía programadas ese día. Con los laboratorios y con los médicos de alto prestigio que me atienden. Cambiaron también de fecha una sesión de masajes que logré conseguir en el área de rehabilitación. Casi siempre esas áreas, de rehabilitación corporal, están ubicadas en los sótanos de los hospitales. Lo sé bien porque desde pequeño las he visitado con frecuencia. Desde que nací mis padres se empeñaron, de manera casi obsesiva, porque utilizara una prótesis que supliera mi brazo faltante. Lograron inculcarme la necesidad de utilizarla, pero no parecían tener en cuenta que ese tipo de aparatos necesitan un caro y frecuente mantenimiento. Por esta razón, por desconocer esta exigencia y quizá también por la falta de recursos económicos que siempre ha caracterizado a mi familia, los aparatos que fui utilizando a lo largo de mi vida siempre han estado en condiciones más que calamitosas. Las piezas eran importadas, pocas veces se contaba con refacciones. Hubo entonces que hacer siempre una serie de modificaciones, con zapateros ambulantes generalmente, que hacían su trabajo lo mejor que podían, con lo que se conseguía que llevara siempre, con el mayor de los orgullos muchas veces, unos inútiles e inservibles remedos de prótesis, que a la larga no consiguieron sino

convertirme en una especie de tullido que lleva casi muerto la mitad del pecho y el hombro derecho. Fue de tal magnitud la obsesión de mis padres, que tuvieron que pasar más de cuarenta años para que, en medio de una suerte de viaje iniciático a la India, arrojara el último brazo al río Ganges. Lo hice dos días antes de que ocurriera el tsunami que arrasó parte de la costa.

Pero ese día, ni siquiera en el sótano del hospital me quisieron atender. Debo confesar que lo que más contrariedad me causó fue la negativa a las sesiones de masaje. Las demás citas, fundamentales para controlar mi salud, no me molestaron demasiado. Cuando pregunté las razones del rechazo me contestaron que creían que había ocurrido una tragedia y que todo el personal estaba en alerta para atender a las posibles víctimas. Pensé de inmediato en el tsunami que había presenciado meses atrás. No había visitado los hospitales, pero en los aeropuertos y en las estaciones de tren se advertía de manera clara el desconcierto. Es por eso, para constatar la reacción que motivaría ahora esta posible tragedia, que tomé la decisión de salir por la puerta de las emergencias. Curiosamente, no noté nada fuera de lo normal. Pasé sin mayores contratiempos frente a los pequeños consultorios de la zona y delante de la sala de espera. Allí estaban, sentados en sus sillas, los aquejados con diversas dolencias. Sin embargo, no rebasaban el número normal de pacientes. Parecían tratarse de los afligidos de costumbre.

Pese a todo pronóstico, cuando estaba a punto de salir de esa área me encontré repentinamente con la sheika de nuestra comunidad. Estaba siendo transportada, con gran celeridad, en una silla de ruedas. La empujaba Duja, una de nuestras derviches. Una mujer alta e imponente que cuenta

con una voz privilegiada. Las acompañaba su sirvienta personal. Me les acerqué, las saludé con el tradicional “Asalámaleykun”, pero no recibí contestación. Pasaron al lado mío como si yo no existiera. Duja, con la voz que la caracteriza, pedía un doctor. Yo sabía que los médicos no estaban disponibles. Que por motivo de la emergencia general que habían anunciado no atendían a nadie. Me acordé entonces de que, como era paciente habitual, conocía los recovecos del hospital y podía hallar a algún médico que no hiciera caso de la alerta.

Reingresé al hospital. Recorrí distintos pasillos. Subí escaleras. Tomé elevadores. Me costaba mucho caminar entre los pacientes y sus familiares, quienes acostumbran desplazarse entre una y otra sección ocupando totalmente las vías de acceso. Recordé la sugerencia que desde hacía meses tenía pensado formular. De crear una especie de reglamento de tránsito para que las personas circularan apropiadamente. Sobre todo para las escaleras, pues era un suplicio tener que subirlas y bajarlas a la hora de mayor afluencia de pacientes. Como lo intuí, encontré a uno de mis médicos en una pequeña unidad de investigación. Miré por una minúscula ventana redonda que había en medio de la puerta, y lo vi trabajando frente a un microscopio. Abrí la puerta sin golpear y, para mi alivio, no pareció afectarle la irrupción. Dejó lo que estaba haciendo y me señaló un lugar donde sentarme. Seguramente pensó que deseaba que me examinara. Tuve la tentación de decirle que precisamente había tenido una cita con él, que había sido cancelada porque ese día en el hospital el orden estaba alterado. Pero recordé el caso de la sheika. En ese momento mi salud no importaba. Le conté lo que sucedía. Le pedí que me acompañara. Pareció dispuesto a hacerlo,

sin embargo antes me preguntó lo que era una sheika. Le tuve que explicar que se trataba de la jefe espiritual de la comunidad sufi de la que formo parte. Añadí que se encontraba verdaderamente mal de salud.

El médico salió detrás de mí. Era tan importante nuestra misión que no hice ningún comentario acerca de la lentitud de los pacientes y sus familiares que obstruían los pasillos. Tampoco pregunté cuál era la emergencia que tenía fuera de orden las citas en el hospital. Hubiera querido además preguntarle muchas otras cosas. Asuntos de genética principalmente. Hablarle de los perros que carecen de pelaje. De los eslabones perdidos que todavía es posible hallar en algunos pueblos de pescadores. Del famoso Izcuintepozoli. Pero no lo hice. Así como tampoco le pregunté si había leído los últimos libros que había publicado, que yo le regalaba siempre después de cada consulta. Lo importante era sortear ese mar de gente enferma y llegar a la sala de emergencias. Lo conseguimos después de largos minutos. Al entrar en el pasillo pude distinguir a la sheika, a Duja y a su criada. Seguían en una posición similar a cuando las había abandonado. El médico se les acercó y les dijo que esperasen. Iría a buscar la sala adecuada, señaló. Miré el rostro de la sheika. Ya no era Duja quien agarraba la silla de ruedas. La sujetaba ahora la sirvienta.

Pese a encontrarme frente suyo, la sheika no parecía reconocerme. Se le notaba abstraída en su dolor. En cambio Duja se comenzó a dirigir a mí con naturalidad, pero no me contó las circunstancias en las que se encontraba la sheika. Dónde la había hallado. Qué mal la aquejaba. Lo único que alcancé a escucharle es que rogaba

a Dios que tuviera una pronta atención. Cuando el médico regresó, dijo que no había encontrado ninguna sala adecuada para auscultar a una sheika. Debía por eso revisarla en un jardín. Ya se habían tomado las previsiones necesarias. No pude entender entonces cómo, en medio de tal desorden, en aquel hospital habían sido capaces de tomar tan rápido las medidas oportunas para la revisión de un personaje con esas características. Pero en efecto, algunos minutos después nos encontrábamos en un jardín interior, con parte del personal dispuesto a comenzar con su trabajo. Habían instalado una mesa sobre el césped. El médico estaba acompañado por dos enfermeras. A Duja, a la sirvienta y a mí nos hicieron esperar en una esquina. Junto a un rosal. Desde allí vimos cómo levantaban a la sheika de la silla y la tendían en la mesa. Fue en ese momento cuando reparé en los zapatos que la sheika llevaba puestos. Se trataba de un modelo que nunca había visto antes. Eran de terciopelo negro y contaban con una serie de complicadas tiras que se amarraban a los tobillos. Al final de cada tira había unos pompones de un negro más claro, como de ala de cuervo.

El médico y la enfermera trataron de desatar los zapatos. La tarea se comenzó a hacer cada vez más complicada. En ese momento la sirvienta de Duja habló. Dijo que cómo era posible que se intentara realizar una empresa semejante. Que eran muy pocos los que estaban en condiciones de descalzar a una sheika. Añadió que ninguno de los allí presentes podía hacerlo. Sentí vergüenza. Había hecho venir —en aquel día especial, con una tragedia inminente amenazándonos— al médico de mi mayor confianza hasta el jardín. Había logrado que instalaran la mesa tal como debía disponerse para

auscultar a una sheika, y por el asunto de unos zapatos que no se podían desatar se corría el peligro de tirar todo por la borda. Pero la sirvienta fue implacable. Desde la inmovilidad más absoluta iba repitiendo, una y otra vez, que nadie de los presentes estaba en el derecho de descalzar a una sheika. Sin que lo advirtiéramos, Duja comenzó a abandonar sigilosamente el jardín. Lo noté por un leve cántico que emitió mientras se iba alejando. Me pareció, no sé por qué motivo, que su paso era similar al de la anciana que fabricaba canastas en el puerto de pescadores.

Mientras tanto, el médico y las enfermeras parecían no oír las palabras de la sirvienta y continuaban con su infructuosa labor. Querían descalzar a la sheika a como diera lugar. Verla acostada en la mesa mientras sus zapatos eran manipulados, me hizo acordar una escena semejante vivida en la calle, muy cerca de la mezquita, semanas atrás. En esa ocasión una de nuestras derviches más queridas, Cherifa, una mujer ya mayor, fue atropellada por un vehículo cuando salió a comprar el té que tomaríamos los fieles esa noche. Nuestra hermana se encontraba acostada en medio de la calle. Unos vecinos la habían cubierto con periódicos. Estaba lloviendo. En la mezquita los fieles reunidos no tenían idea de lo que estaba pasando fuera. Se encontraban concentrados en la oración del anochecer. Ese mismo día, horas antes, yo había tenido un sueño con Cherifa. De alguna manera estaban presentes los elementos del accidente que se desencadenaría después. Cherifa se encontraba sentada en un autobús —el mismo que después la atropellaría— en compañía de la esposa de su hijo, Rajmana. Ambas parecían contentas con el viaje. Yo me encontraba sentado dos filas atrás. Estaba acompañado

por la señora de la casa dueña de los perros carentes de pelaje. Íbamos al lado solamente de uno de sus animales, el más fiero, Lato, el que escapó del jardín zoológico donde lo quisieron confinar y recorrió varios kilómetros hasta hallar su casa nuevamente, donde mi mejor amigo, para deshacerse de él, pensó en inyectarle veneno como primera opción. Era un perro perfecto. Como se sabe, de un carácter agresivo, pero sus formas eran las ideales. En el autobús molestaba mucho. Quería copular con la dama que me acompañaba, quien se veía incapaz de controlarlo. No recuerdo si en ese entonces contaba con la dentadura completa, sospecho que no. Aquel viaje fue soñado durante la madrugada del once de agosto del año 2005. El accidente ocurrió durante el anochecer de ese mismo once de agosto. Los daños causados al cuerpo de Cherifa no fueron mayores. Tampoco, parece, el sufrimiento que tuvo que soportar en la soledad de la calle. Estaba aturdida, acompañada por unos policías y de unos vecinos, a quienes no se les ocurrió más que cubrir su cuerpo con viejos diarios.

Pero la sheika continuaba tendida. Los lazos de sus zapatos no podían ser removidos. Me hubiera gustado saber lo que hubiera pensado de la situación —de la sheika acostada sobre una mesa de palo esperando ser descalzada — el marido de la dama poseedora de los perros carentes de pelaje, que tan mal queda retratado en el último libro que he publicado. Aquel hombre que, sin advertir que él y su mujer son los personajes de la obra, se durmió con mi libro encima luego de que su esposa me entregó, como si fuera un cualquiera, algunos billetes que sacó de su pecho. No lo he mencionado, pero al recibir ese dinero me sentí, de alguna manera, como cuando era niño y fingía por el

teléfono ser una indígena que buscaba trabajo como sirvienta. Recuerdo que tenía diez u once años y, a escondidas, buscaba en los avisos clasificados de los diarios para llamar imitando el léxico de las mujeres del interior. Casi siempre terminaban haciéndome proposiciones sexuales, que yo aceptaba a través del teléfono con el mayor de los gustos.

No sé exactamente por qué volví a recordar aquellas llamadas mientras oía el susurro de Duja alejándose por el jardín del hospital. Se trataba de una ignorancia similar a la que me hacía desconocer por qué había asociado sus sigilosos pasos, alejándose en medio de delicados cánticos, con el de la anciana dueña del cachorro de Izcuinpozoli. Seguramente, Duja en esos momentos estaría saliendo por la misma puerta de emergencia por donde entró empujando la silla de ruedas. Quizá la sirvienta que dejó conmigo era la personificación de mis juegos telefónicos de la infancia. Pero en este caso esa mujer no parecía cumplir con ninguna función sexual, sino que se limitaba a repetir la letanía de la imposibilidad de descalzar a una sheika. A una sheika acostada en uno de los jardines internos del hospital donde se supone preservan mi vida. Donde recibí el dictamen médico y tuve que pasar por una serie de sufrimientos antes de que se encontrara la medicina adecuada capaz de alargar mi mal hasta una suerte de infinito dictado por la ciencia. “ Te morirás de cualquier cosa menos de tu enfermedad”, me han repetido infinidad de veces. Debo creerlo, aunque en ocasiones hay errores médicos que hacen imposible que uno acepte ciegamente sus preceptos. De allí la preocupación porque atendieran rápidamente la enfermedad de la sheika. No siempre los sueños experimentados durante el trance sufi han tenido

resultados felices. No todas las profecías se limitaban al horror de Cherifa, casi inconsciente y acostada en una vía rodeada de policías y de vecinos dispuestos a tapar su cuerpo con papeles de periódico. Aquel horror terminó precisamente cuando Duja, nuestra derviche dueña de una voz privilegiada, llegó ese anochecer tarde a la oración y se encontró con el espectáculo. Luego de dirigirle a Cherifa algunas palabras de consuelo fue directamente al interior, donde interrumpió de manera brusca las oraciones con la noticia.

Dentro de la profecía existen también los sueños de muerte. Por eso la urgencia de descalzar lo más pronto posible a la sheika. En uno de esos sueños, que experimento con relativa frecuencia, veo que me está revisando un médico desconocido, no el que trata de atender a la sheika. Es otro doctor, quien mira mi cara con detenimiento, parece que asombrado por ciertas malformaciones. Explica que debe analizarlas. Resulta que existe la posibilidad de que sean manifestaciones malignas. Recuerdo especialmente el asunto del cuello. Del cuello putrefacto que me ataca de vez en cuando. El médico asiente. Presentar cada cierto tiempo un cuello así puede ser señal de que los resultados sean positivos. Me dice que hay tres niveles que alcanzar. En el peor, el que sospecha, moriré en menos de cinco años. Me molesto. Me parece una fecha muy lejana. O me dejan vivir o me dejan morir en paz, refuto.

De pronto, dentro de ese mismo trance, me encuentro dentro de una ambulancia, llevando a la sala de emergencia de algún sanatorio a una persona. No sé quién es. Tiene cierto parecido con el personaje que retraté en el último libro publicado. El hombre acostado en la cama con el libro

colocado sobre el pecho. Se parece también al técnico que en los sótanos del hospital de mi infancia me diseñaba las prótesis. Supongo que encontrarme llevando a una persona enferma es un trance similar por el que ha debido pasar Duja, nuestra derviche, al trasladar en forma apresurada a la sheika. Quizá para que el proceso sea más práctico, para subir y bajar a la sheika, llamar a los enfermeros o para armar y desarmar la silla de ruedas fue que decidió llevar consigo a la sirvienta. El trance se hace evidente cuando esa mañana recibo la noticia de la muerte de un compañero sufi, Nuh, afectado por el virus del sida.

En el velorio de Nuh, con el ataúd tapado con un manto verde que simula que no hay nada debajo, me maravillo al ver el despliegue total de los derviches giradores, rotando hasta el infinito, ¿frente al cadáver? Hago entonces planes sobre las formas de eliminación de mi propio cuerpo. Quiero firmar cuanto antes la carta que propone la sheika para que las familias no puedan intervenir en la última decisión de los derviches. La de ser velados y enterrados bajo el rito musulmán. Existen problemas económicos al respecto, sobre todo porque para muchos miembros de la comunidad es imposible tener el dinero necesario para no ser incinerado. Uno de mis sueños es convertir un terreno que hace años compré en pleno bosque, y que ahora está abandonado, en un cementerio sufi. No me atrevo a proponerlo. Quizá no estoy seguro de mi fe. He escuchado muchas veces que el Sagrado Corán pone en tela de juicio primeramente a quien cree en él. Dice que los que aceptan de a mentiras, en otras palabras, cualquier musulmán en algún momento de sus vidas, serán los más duramente castigados.

“El ojo debe ser del tamaño de lo que percibe”, escuché decir a la sheika más de una vez. Nunca me atreví a preguntar qué era lo que significaba aquello. Lo que sí entendía de una manera más clara era cuando nos decía que cuando el ser humano ama algo sólo ama al ser humano, se ama a sí mismo, a sus propios atributos reflejados en eso que dice amar. Y yo amo a la sheika, a mi líder espiritual. Es por eso que no puedo permitir que continúe acostada sin que se le puedan desatar los cordones de los zapatos. Trato de intervenir. Callo a la sirvienta, que continúa repitiendo su letanía, y me dirijo directamente al médico. Al oírme, da la orden a las enfermeras de que dejen de pretender desatar las borlas y cintas que atan los zapatos de terciopelo negro. Mira luego su reloj. Es la hora del relevo, anuncia. Mejor para todos, prosigue. Ese hospital no está preparado para recibir a una sheika enferma. Hay que llevar a la paciente a una sucursal. Sólo quedamos la sirvienta y yo para hacernos cargo de la paciente. Debemos de firmar unas formas, nos dice el médico, para hacernos responsables de semejante decisión. Le pregunto a la sirvienta cómo han llegado hasta el hospital. La sirvienta me responde que en el auto de la sheika. No puede ser, respondo desconcertado.

La sheika es dueña de un Datsun del año 67 que no sirve para nada. Es imposible que nos responsabilicemos del traslado en un auto tan inseguro. Recuerdo que una vez vi a la sheika conduciéndolo en pleno centro a una velocidad mínima. En ese momento se me hizo claro que para mí la sheika no era más que un punto entre una instancia y otra. Es decir, que me servía de referente para estar seguro de la existencia tanto de un mundo material como de uno

conformado sólo por el espíritu. Aunque seguramente ella no hubiera estado de acuerdo con mi forma de pensar, pues ella insistiría una y otra vez que todo no era más que lo mismo. A pesar suyo, la presencia de la sheika me permitía no confundir uno con otro. Tal vez por esa razón, por tener tan limitada mi percepción de la realidad, no me siento un verdadero derviche. La duda me ataca sobre todo por épocas. A veces, como en esa ocasión, me tomaban los dos sentimientos contrarios al mismo tiempo. Por eso cuando vi al auto desaparecer lentamente en medio del tráfico en el centro de la ciudad, me quedé extrañando mis visitas a la mezquita y, sin embargo, no teniendo ningunas ganas de visitarla. Creo que aquel rechazo me duró hasta la muerte de Nuh. La noche antes de su partida vi que un médico, que repito no era ninguno de los que me atienden regularmente, me hablaba de las tres etapas, de los niveles de muerte a alcanzar. Cada uno contradictorio con el otro. Pese a traer aires de extinción los tres, de cierta manera, poseedores de un sentido alentador. “…una vez que se alcanza la fortaleza del alma”, escuché que me terminaba de decir, como últimas palabras, el médico antes de desvanecerse. Apenas abandoné la cama abrí el internet y encontré el correo de la sheika convocando a las exequias de Nuh.

Subirse a un Datsun como el de la sheika puede traer algunas consecuencias. Lo sé. Por eso estoy dudando. Tengo delante mío los papeles para la autorización que debo firmar. Para sorpresa de todos, en ese momento la sheika parece reanimarse. El color ha vuelto a su semblante. Se sienta por sus propios medios y pide que dejen sus zapatos en paz. Comprende de inmediato la situación y dice que ella firmará para responsabilizarse por

ella misma. Se incorpora sin la ayuda de nadie. Me sorprende su elasticidad. En la mezquita siempre pide que la asistan para ponerse de pie. Más de una vez he pensado que solicita ese apoyo como una deferencia al otro. Para que los derviches tengan la satisfacción de que esa noche ayudaron a levantarse a una sheika. La sensación que me embarga al ver el repentino cambio de tono de la situación, es similar a la que experimenté cuando junto a Hazim, un personaje que no conozco pero que, sin embargo, siento siempre muy cerca de mí, hicimos una especie de peregrinación, dando vueltas alrededor de una mezquita importante. Se trata de un edificio larguísimo, de altas paredes rojas. Guarda similitud con la gran mezquita que visité en la India poco antes de despojarme del aparato ortopédico que llevé desde la infancia. Del aparato que me dejó atrofiado el hombro y parte del pecho. Alrededor hay una gran cantidad de parcelas de tierra, ordenadas según los colores de los productos que se cosechan. Hazim y yo caminábamos muy juntos. Era evidente el miedo que me producía la enfermedad —evidenciada en una flacura extrema— que aparentemente padecía. Pero aquel peregrinaje alrededor de la mezquita —no teníamos ninguna intención de ingresar— nos daba cierto alivio, tanto a sus males como a los míos. “Bismilah id rajmani rajím”, escuchábamos surgir todo el tiempo desde dentro. El sufismo plantea que hemos olvidado por completo el mundo ideal de donde provenimos, el esfuerzo está en el recuerdo, en la remembranza, nos decían las voces que salían de la mezquita. El corazón debe recordar, acordarse de la vida plena que tuvo antes. Sin embargo, en ese momento, sólo pude acordarme de que mi amigo de la infancia quiso eliminar al perro de su padre luego de que el animal diera una muestra rotunda de fidelidad. Después de recorrer la ciudad entera y llegar hasta la puerta de la

casa, quisieron enviarlo a que le suministraran una dosis de veneno. Es cierto que el padre había partido. Que en la casa no iba a haber quién se hiciera cargo del animal. Pero una medida de esa naturaleza es cruel desde cualquier punto de vista. Quizá por eso aquel amigo, años después, sufrió el castigo de caer de espaldas desde el coro de una iglesia de un pueblo.

En esa oportunidad habíamos decidido, con tres amigos más, cruzar la frontera. Un guía iba con nosotros. Bromeábamos acerca de las barreras. Nos jactábamos de conocer la forma de pasar de uno a otro lado sin que nadie lo advirtiera. Una vez que nos adentramos decenas de kilómetros —viajábamos en una camioneta acondicionada especialmente— nos dimos cuenta de que, de alguna manera, continuaba presente el espíritu tradicional. En ese instante supimos, fue algo intuitivo, que el guía había actuado como un verdadero traficante de personas. Paramos la camioneta y se lo dijimos. El guía pareció ofenderse. Nos habíamos detenido en un pequeño pueblo muy antiguo, que no tenía ninguna relación con los poblados de las cercanías. Contaba con una iglesia típica. Dejamos al guía en la camioneta. El resto entramos a visitar el templo. Mi amigo, el que había intentado deshacerse al perro, subió al coro, que era muy alto. Sin darse cuenta dio un paso hacia atrás y cayó al centro de la nave central. Nosotros, que estábamos abajo, nos acercamos y constatamos que estaba muerto. Presuntamente, poco después, en aquel poblado, debía ocurrir una tragedia de proporciones. Yo sabía que si mi amigo caía del coro una tragedia de proporciones se cerniría sobre el lugar. Algo similar al tsunami que afectó la India poco después de despojarme de mi brazo para

siempre. De alguna manera, lo que la muerte de mi amigo parecía tratar de decir era que había muerto para evitar una muerte mayor. Para servir como una señal que nos obligara a emprender la huida. Mi amigo se encontraba muerto. No así el perro carente de pelaje, que ahora es propiedad de los protagonistas del último libro que he publicado. La mujer de la casa rodeada de perros, su marido con mi libro abierto sobre el pecho. Sin embargo, en este momento, no puedo fijarme más que en Duja cantando abiertamente y recorriendo, después de abandonarnos sutilmente, como si estuviera huyendo de una culpa, las calles de la ciudad.

La sheika, una vez que se incorpora, le exige a la sirvienta las llaves de su Datsun, el cual quiere conducir hasta la indicada sucursal del hospital. La sirvienta se las entrega. Las coloca a un lado de la mesa de madera. La sheika ya se encuentra de pie. Camina hacia el estacionamiento. Rechaza la silla de ruedas que le ofrezco. Los médicos y las enfermeras se deshacen en gentilezas ante tan particular paciente. Aprovecho la ocasión para quejarme del mal trato que aquella mañana he recibido en aquel hospital. Señalo, una a una, las consultas anuladas así como, lo más importante, mi trunca sesión de masaje a la que iba a ser sometido en los sótanos.

La escritura como profecía, señaló la sheika en más de una ocasión. No en vano en la religión islámica, el milagro es un libro y nosotros somos sólo una letra de ese libro. Es quizá ésa la razón, ser sencillamente una letra de un alfabeto infinito, por la que cuando algún practicante del sufismo se desplaza en avión o en tren acostumbra pasar por una serie de experiencias fuera de lo común.

Generalmente, cuando están a punto de abordar algún medio de transporte, sienten el inusitado impulso de elegir, entre el grupo de desconocidos que suele poblar las salas, a alguna persona de la que nunca en la vida les gustaría desprenderse. Como una letra que buscara pegarse a otra para formar una palabra. Algo les dice que la persona que tienen al frente formará, a partir de entonces, parte fundamental de sus existencias. Pero, pese a esa circunstancia tan curiosa, no puede dejarse abandonado el viaje programado. Se deben reprimir los sentimientos y actuar siempre como un ser común y corriente.

Por cierto ¿qué ropa llevaría puesta Cherifa cuando fue atropellada? Todo haría indicar que la bata de oración. Antes de que ocurriera el accidente ya se encontraba dentro de la ceremonia. Lo lógico hubiera sido que se quedara en la mezquita la noche completa. Pero, repentinamente, alguien advirtió que faltaba el té que tradicionalmente se ofrenda a los fieles. Seguramente en ese momento Cherifa ya perfilaba su frente con dirección a La Meca para iniciar sus postraciones. Pero en lugar de comenzar la oración se ofreció para ir a la tienda. Así fue como minutos después quedó tendida en el pavimento, atropellada, con los vecinos cubriendo su bata con algunas páginas de periódico. Desde aquel accidente, nuestra sheika ha determinado que una vez ingresado nadie salga de la mezquita. Se debe esperar a que termine la noche para hacerlo. Asegura que adentro uno está absolutamente desprotegido, desnudo, con los sentidos afinados para la práctica espiritual y no para enfrentar al mundo cotidiano. ¿En qué plano de la realidad se encontraría Cherifa en el momento del accidente? Quizá en el mismo en que suelen encontrarse los miembros de las comunidades sufis en las

estaciones de trenes o en los aeropuertos antes de abordar algún medio de transporte. Previo a dirigirse a las zonas de embarque acostumbran hacer el juramento de que, pese a que sus cuerpos se desplazarán cientos de millas, no dejarán de mantenerse junto a la persona elegida momentos antes. La intención de llevar muchas horas consigo el recuerdo de la persona amada y desconocida, para algunos podría representar la escenificación de una escena extremadamente romántica. Para otros una simple manifestación de esquizofrenia. Se trata más bien, creo, de la búsqueda que debe emprender cualquier miembro de una comunidad de esta naturaleza para estar presente en los espíritus de varias personas al mismo tiempo. Para formar palabras completas. Durante el viaje, mientras permanecen en el lugar asignado, les suele maravillar la sensación que les causa advertir que son capaces de desplazar sus cuerpos a distancias inimaginables y, al mismo tiempo, quedarse estáticos en el punto donde encontraron a la persona que eligieron para no separarse de ella jamás. No estoy seguro si la sheika tenga conocimiento de la práctica que muchos de sus discípulos llevan a cabo antes de viajar. No creo que le produzca ningún entusiasmo una actividad semejante. La sheika ha visto muchos milagros en su vida. Uno de ellos fue que la eligieran, a su edad, sheika de la comunidad que dirige. Su interés parece basarse sólo en aspectos de la grandeza divina. Aunque, como se verá más adelante, trate de encontrar este despliegue en los actos más banales.

Mientras camina, la sheika parece sentirse cada vez mejor. Ya no es ni la sombra de la enferma que ingresó al área de emergencia del hospital. Dice que ella, como es lo acostumbrado, manejará su Datsun. Ya fue más que

suficiente que Duja lo condujera para llevarla al hospital. Recordé entonces que yo siempre he conducido mi propio auto. Hasta antes de que me lo robaran, a punta de pistola, en una de las zonas más céntricas de la ciudad. También me gustaba conducir mi propio auto cuando visitaba las zonas rurales de la costa del país, donde descubrí que los ejemplares más inteligentes de perros sin pelaje los poseían los pescadores. Creo que el interés por aquellos paisajes nació como recuerdo de los viajes que realizaba junto a mi padre, técnico en asuntos agrícolas, a zonas semejantes. Recuerdo de esos tiempos las parcelas separadas según los productos que se cosecharan. Sin embargo, los colores de esas parcelas no eran tan luminosos como los que veía cada vez que junto a Hazim, mi amigo enfermo, peregrinábamos dando vueltas alrededor de las mezquitas. La sheika intuye seguramente que si yo manejo el Datsun nunca llegaremos a nuestro destino. Trato de recordar alguna ocasión en la que yo haya conducido en su presencia. Solamente aparece la tarde cuando las llevé, a la sheika y a su madre, de la mezquita a la casa que habitaban. Recuerdo que fue un viaje divertido. La madre pareció disfrutar mucho del auto deportivo que poseía en ese entonces. Le gustó su color y el techo, que fue abriéndose de manera automática. Pero hubo otra ocasión en que traté de servirle de guía a la sheika mientras ella iba conduciendo su propio Datsun. Fue cuando me hizo el favor de acompañarme, por primera vez, al hospital donde la encontré. La imagen aparece en el momento en que regresábamos de la consulta. Ya habíamos visto al médico, quien había dado su veredicto. Andábamos desorientados por una serie de calles oscuras que no parecían llevar a ninguna parte. Nuestro extravío terminó cuando la sheika detuvo el auto y afirmó que, desde ese momento, yo pasaba a la categoría de mártir del sufismo.

Años atrás, ella había preguntado sobre el particular —sobre lo que les sucedía a los derviches que estaban condenados a muerte— al guía supremo de los sufis, Muzafer Efendi, quien vivía en Turquía. De inmediato, allí en el coche, apareció en mi cabeza la imagen de plástico del pequeño derviche girador que se encuentra colocado sobre una repisa en la mezquita. La estatuilla ha perdido un brazo desde hace varios meses. Me pregunté si ese tipo de derviche tendría también la categoría de mártir. Me pregunté también si Duja, con sus características físicas, era también una mártir del sufismo. O si la propia sheika, enferma y presa de unos zapatos de terciopelo negro, lo era también. Tal vez su madre, quien disfrutó como una niña cuando el techo de mi auto se fue abriendo en forma mecánica, sí estaría considerada dentro de una categoría semejante.

Aunque creo que el único mártir presente en este texto es mi amigo de la infancia, yaciendo muerto después de caer del coro de la iglesia. Era imposible que eso sucediera. Afuera, en la camioneta que nos transportaba, se encontraba el guía que nos había orientado para cruzar de manera clandestina la frontera. Lloriqueaba porque lo habíamos acusado, como se sabe, de traficante de personas. ¿Cómo podía afligirse por esa causa cuando dentro de esa iglesia había ocurrido una tragedia semejante? Teníamos que abandonar el poblado a como diera lugar. Subir todos a la camioneta equipada especialmente y huir lo más rápido posible. Había que dejar el cadáver tendido en la nave central. Abandonarlo de la misma forma como su padre dejó el país. No quiero pensar lo que hubiera ocurrido en esa casa si después de la partida del padre, en lugar del perro que poseían hubiesen

tenido un ejemplar producto del eslabón perdido, el Izcuipozole. Seguramente el padre lo hubiera matado en el acto. En el momento de tomar la decisión de dejar el país, no habría tenido otra alternativa que hacerlo desaparecer. Era imposible que se tomara el trabajo de llevar ese monstruo al jardín zoológico. Allí quizá le hubieran recomendado un museo para exhibirlo disecado. Se ve que los perros carentes de pelaje sufrían mucho por el hecho de estar enjaulados. Quizá ésa fue la razón por la que el ejemplar del padre de mi amigo, llamado Lato, huyó el mismo día de su reclusión. Seguramente dio un gran salto y se unió a algún visitante. Posiblemente se hizo pasar por un perro de compañía y, sigilosamente, con un cuidado aún mayor que el mostrado por Duja cuando abandonó a la sheika en el jardín del hospital, salió a la calle.

Nuestra guía, quien al darse cuenta de los acontecimientos dejó repentinamente de llorar, recomendó que lo mejor sería regresar a territorio mexicano. Debíamos de guarecernos en ese país de la gran tragedia. En ese momento no podíamos saber si iba a tratarse de un terremoto, de un tornado o de una inundación. Lo único que sabíamos era que teníamos que huir. Comenzó por eso a conducir la camioneta en forma rápida. Sin embargo, todavía se le escaparon algunas lágrimas. Ya no lloraba por la acusación de la que había sido víctima por nosotros momentos antes. Ahora lo hacía, por fin, por mi amigo muerto. Sin embargo, a pesar de la velocidad que le imprimía al vehículo conducía bien. La sheika de la comunidad sufi a la que pertenezco lo hace de la misma manera. Un poco lento, eso sí, pero con una destreza impecable. Cuando realizo el último intento de decirle, en la puerta del hospital, que en sus condiciones físicas debe renunciar al volante, me dice la desconcertante frase de que nadie tropieza dos veces con la misma piedra. Me

quedo pensando en aquella sentencia. Advierto entonces que mi líder espiritual no me tiene la menor confianza. La miro con detenimiento. Parece sentirse cada vez mejor. El coche, como advertí en su momento, se trata de un vejestorio que apenas puede caminar. Por eso a nuestro paso empiezan a producirse una serie de incidentes de tráfico, provocados principalmente por la velocidad ínfima a la que comenzamos a desplazarnos. Debo reconocer que no tengo la menor idea de la ruta que llevamos. En ese momento reparo en que nunca habría tenido idea de cómo llegar a la sucursal del hospital donde nos dirigíamos. Yo había contestado afirmativamente al médico. Le había dicho que conduciría a la sheika. Había estado a punto de firmar incluso la carta de responsabilidad, pero ignoraba realmente el fin de lo que se me estaba pidiendo.

Sólo en ese instante le di la razón a la sheika por negarme el volante. Nuevamente advertí aquello que los derviches siempre sabemos, pero que a menudo dejamos pasar por alto. Que una sheika nunca se equivoca, y que muchas veces sus aparentes conductas erradas no son más que el disfraz de una lección para las que no todo el tiempo estamos preparados para recibir. El trayecto parece largo. Me pregunto entonces en qué podrían consistir realmente los males temporales que suelen atacar a las sheikas. Pienso que pueden tratarse de sentencias encubiertas, pero intuyo que la mayor parte de las veces esos males simbolizan cosas de mayor envergadura. Demostrar que no hay más Dios que Dios, por ejemplo, o que la realidad es toda una misma cosa. De manera necia, pues en muchas ocasiones me niego a aceptar el carácter extranatural de los líderes espirituales, quise saber si los males, cuando las aquejan, son enfermedades reales o circunstancias

pasajeras. En algunas ocasiones presiento que esos malestares tienen sus orígenes en una serie de imágenes que las suelen tomar, precipitadamente, especialmente durante las oraciones del amanecer. Rápidamente deseché esas elucubraciones. Intuí que las creaba para dejar de lado mi preocupación principal. Haber publicado, nada menos que en la revista Play Boy, un cuento basado en un sueño místico: La enfermedad de la sheika. Aquel tenía que ser el punto principal de mi aflicción y de mi culpa.

Creo que ayudó, a que reconociera que me había equivocado, la mujer de la alta sociedad musulmana cuando me gritó que yo era un simple prostituto. Corrí, esa misma noche, hasta la puerta de la mezquita. No pensé ni siquiera en pasar antes por la casa de la sobrina, quien pese a sus promesas de hacerlo no me llegó a abonar nunca el libro que se llevó el día de la presentación. Llegué de noche. Era temprano. La calle estaba vacía. Desde donde me encontraba podía divisar perfectamente la esquina en la que Cherifa había sido atropellada. Esperé algunas horas. A pesar de ser día de reunión de los hermanos, no advertí que nadie entrase ni saliese de aquella casa de oración. Pasó el tiempo. No recuerdo cuándo se abrieron, no las puertas de la mezquita sino las del instituto de estudios religiosos, que se encuentra ubicado en el segundo piso. Salió por esa puerta la sheika acompañada de Nadira, otra hermana derviche con quien guarda una estrecha relación. Las dos han salido sólo por unos momentos. Me lo dicen cuando las saludo. Van a regresar una hora después, afirman. Les digo que quiero entregar a la mezquita esa misma noche los cientos de *tasbis* —rosarios— de oración que durante mi viaje a la India compré al por mayor. Los tengo empaquetados en mi casa, pero puedo ir

rápidamente por ellos. Las cuentas son de madera y los *tasbis* forman paquetes de a docena. Sin embargo, ni la sheika ni Nadira parecían mostrarse interesadas en ese asunto. Me resulta extraño, pues en una de nuestras reuniones la sheika se quejó de que la comunidad no contaba con los *tasbis* suficientes para entregar a los nuevos fieles durante sus ceremonias de bautizo. En la puerta las aguarda un auto verde. Noto que se trata del mismo color de la manta con la que cubrieron el ataúd de Nuh el día de su despedida. Antes de que lo aborden, Nadira se acerca directamente a donde me encuentro parado. Está furiosa. No lo había notado antes pero echa chispas por los ojos. Me dice que se encuentra sumamente molesta conmigo. Sospecho que se ha enterado de que la sheika ha salido en las páginas de la revista Play Boy. Recién entonces advierto que la sheika no ha contestado ninguno de los correos electrónicos que le mandé desde Europa, donde viajé para dictar una serie de conferencias sobre mi trabajo. Tampoco había aceptado, antes de emprender semejante viaje, tener una cita para decirnos adiós. Había querido organizar una cena en mi casa o invitarla a un restaurante. Todo había sido inútil. Yo había querido que hablásemos en profundidad de la suerte de peregrinación que iba a emprender. Después de las conferencias en Europa iría a la India, a visitar las tumbas de algunos santos. Pero las dos mujeres, antes de subir al auto verde, en lugar de atender mi ofrecimiento de los tasbis me dijeron que siguiera esperando en la puerta. Ellas no tardarían en regresar, repitieron. Cuando me disponía a perseguir al auto mientras se ponía en marcha, me pareció percibir cierto aroma alcohólico en el aliento de la sheika. Me sorprendí. Después supe que, en las comunidades sufis, la ebriedad del alma es el estado pleno a alcanzarse. “Cada ser humano es una transcripción del

ser, y por esa razón es potencialmente perfecto”, dijo la sheika entre balbuceos. Nadira seguía molesta. Le pidió a la sheika que no me siguiera dirigiendo la palabra.

Me detuve de pronto. Estaba algo agitado. No había corrido ni media cuadra pero me faltaba el aliento. Me pregunté en ese momento si incidiría esa frase, la dicha por la sheika a través de la ventana, en mi amigo muerto. Nunca supe qué pasó con su cuerpo tendido. Si siguió eternamente en el centro de la nave central, o si se encontraba debajo de cientos de toneladas de lodo. La situación me remitía a una serie de enseñanzas, algo exóticas, que se impartían en la escuela de Acmed Jalali, un maestro con ideas extremas sobre el amor principalmente. Acmed Jalali decía, por ejemplo, que el amor no es atributo de Dios porque es Dios mismo. Nunca le pregunté a la sheika lo que pensaba de aquel punto de vista. Me hubiera gustado preguntarlo cuando necesité entender la conducta del padre de mi amigo, que dejó a su perro abandonado en un jardín zoológico. O la de mi propio amigo, quien intentó envenenarlo así porque sí. Preguntar si era factible rezar por el chofer del autobús que atropelló a Cherifa. O si elevar tal vez nuestras oraciones por Duja, quien se alejó del jardín del hospital caminando hacia atrás y cantando entre susurros. Creo que lo mejor hubiera sido rezar por nuestros hermanos derviches, que en las distintas estaciones de transporte deciden escoger una persona anónima de la que no se desprenderán nunca más a lo largo de sus vidas. Hermanos que, independientemente del lugar físico en que se encuentren, estarán al mismo tiempo y en todo lugar junto al alma elegida.

“No hay más Dios que Dios”, oí que la sheika le iba explicando en el Datsun a la sirvienta de Duja, quien nos había seguido desde el jardín y se encontraba sentada ya en el asiento de atrás. El trayecto parecía cada vez más largo. La monotonía sólo se interrumpía con algún comentario de la sheika quien, aparte de tratar de explicar a la sirvienta asuntos de fe —lailahailaláh, Mohammed rasulalá—, hacía acotaciones referentes a lo destartalado del coche y al intenso tráfico de la ciudad. En cierto momento volteó la cabeza y le dijo que yo era su mejor derviche. Esas palabras me impresionaron. Entre otras cosas, pensé en lo pésimos derviches que debían ser los demás. Sentí entonces una suerte de nostalgia por la comunidad de la que formo parte. En ese instante el auto se detuvo frente a una pequeña casa. Sin embargo, a mí eso no pareció importarme. Continué escuchando las palabras que la sheika iba pronunciando. De pronto me pareció ver a Fariha, la sheika de la comunidad de Nueva York, saliendo por la puerta. No tenía en ese momento forma de saber que se trataba de la casa del plomero que haría algunos arreglos a las cañerías de la mezquita. La sheika nos había engañado a todos. Al médico de mi confianza, a las enfermeras, a la sirvienta y a mí. A Duja no pudo mentirle, pues nuestra derviche cantante había abandonado de manera sigilosa el jardín donde estuvo colocada la mesa de madera. En ningún momento la sheika se estuvo dirigiendo con el Datsun a la sucursal del hospital. Ella sabía desde un principio que, antes que nada, el sistema de drenaje de la mezquita necesitaba un arreglo. Tenía conocimiento, además, de que se necesitaba de piletas para que los fieles nos entreguemos a nuestras abluciones con la mayor de las comodidades.

Como no entiendo la situación, de que estamos en realidad frente al hogar del plomero, veo a la sheika Fariha

saliendo de esa casita como si fuera lo más normal del mundo. Pienso que tal vez la ha rentado para pasar una temporada en México. La sheika Fariha, llena de prendas suntuosas y abalorios, me dice al verme que el próximo Ramadán me traerá consigo un perro saluki, el can preferido por el islam. Repite que me lo traerá el Ramadán, no ella misma. No lo creo. Pienso que la sheika Fariha hará todo lo posible por conseguirme un ejemplar. Supongo que será un cachorro de saluki. No un perro en su edad adulta. Me imagino que en Nueva York hay criadores especializados en esa raza. Como muchos deben saber, el saluki es el perro de los beduinos del desierto. Es un perro de la arena, cazador por excelencia. Un perro de la arena que no desentierra muertos con sus uñas. Es por eso que fue el único aceptado por los seguidores del Profeta Mohammed —la paz sea con él—, porque otras variedades caninas intentaron profanar su tumba. Es la razón porque los compañeros del Profeta —la paz sea con él— mandaron eliminar a todos los perros existentes de Meca a Medina. Los salukis fueron los únicos que escaparon al mandato. Curiosamente, a pesar de haber sido en su momento la única variedad sobreviviente, hoy son casi imposibles de encontrar. Generalmente, para hacerlo, para hallar uno auténtico, hay que efectuar largos viajes a través del desierto. Búsquedas la mayor parte de las veces infructuosas, pues un beduino muy rara vez se deshace de alguno de sus ejemplares. Se trata de perros tan raros como el Izcuinpozoli, sobre el que parece no haber caído ninguna bendición divina capaz de preservarlo. Para mí la única imagen que queda de aquel eslabón perdido, es la protagonizada por la anciana fabricante de canastas caminando, con un paso muy parecido al de Duja mientras abandona el jardín, con su criatura entre las manos. Sin embargo llego a confiar en la sheika Fariha, quien

repentinamente salió de la casa del plomero como si se tratase de la suya. Repito, la sheika Fariha, llena de prendas suntuosas y abalorios, me dice al verme que el próximo Ramadán me traerá consigo un perro saluki. Vuelve a decirme que me lo traerá el Ramadán, no ella misma. Que espere con ansia y alegría el Ramadán. Que no tema a esas fechas. Que ya está bien de sufrimientos. Que de ahora en adelante me corresponde la dicha. Que comenzará con la llegada del perro que no es perro.

A pesar de haberla visto salir por la puerta de esa casa no se trataba, ni lejanamente, de una propiedad rentada por la sheika Fariha. En el frente había abandonadas una serie de carrocerías de autos. También restos de tubos y de materiales de construcción. Ante mi sorpresa —pues seguía pensando que nos dirigíamos a la sucursal del hospital indicada por el médico— la sheika dijo que estábamos en la casa del plomero que haría arreglos en las tuberías de nuestra mezquita. Constatar el supuesto engaño me llevó a recordar lo desolados que estuvimos una vez Málika, mi derviche preferida, y yo, porque era fin de año y no se habían programado reuniones en la mezquita. Nos encontrábamos en el departamento de un casi desconocido hermano musulmán, se trataba de un sunita que habíamos encontrado en extrañas circunstancias, quien muy amablemente nos invitó a su casa donde tendió alfombras para hacer las oraciones, las cuales cumplimos con rigor, pero igualmente nos sentíamos desolados. La verdad era que con aquel sunita —como se sabe una rama del islam— a nuestro lado no nos sentíamos entre los nuestros. Por más que compartiéramos el ritual teníamos la sensación de que éramos ajenos a su fe. Finalmente, salimos del departamento y tomamos dos autobuses. Málika se fue en

uno y yo en otro. Nos dirigíamos al mismo destino, por lo que me causó sorpresa no darnos cuenta del absurdo que era viajar cada quien por separado.

La escena se parece mucho a la que visualicé la noche anterior al atropello de Cherifa. El autobús en el que la vi a ella en compañía de la esposa de su hijo —Rajmana— era similar. La diferencia entre el viaje que realicé después de salir de casa del sunita y el anterior es que ahora me encuentro solo. Málika está haciendo un trayecto similar pero en el otro autobús. Cuando menos lo espero llegamos al destino: una explanada. Ya no está presente en la escena el autobús en el que viajó Málika. Llegó hace unos momentos y acaba de partir. Curiosamente, en lugar de pedirle al chofer que lo siga, bajo para darle el alcance corriendo. Quizá confío demasiado en mi velocidad. Recuerdo el día que perseguí unos metros el auto verde donde viajaban la sheika y Nadira, la derviche que estaba furiosa conmigo por el asunto de la aparición de la sheika en la revista Play Boy. Pienso que el autobús de Málika desaparecerá sin remedio. Además, no entiendo la razón por la que en ese vehículo viaja mi mochila con mis pertenencias dentro, especialmente mi computadora con todo lo que he escrito en mi vida hasta este momento. Quizá Málika me hizo el favor de cargarla cuando salimos del departamento donde hicimos la oración. La explanada está situada en medio del desierto. Corro unos cuantos metros. Me desespero porque no puedo decirle a Málika que debemos formar una nueva mezquita, una de emergencia, para cuando el resto de los adeptos no se encuentren presentes. Estoy convencido de que se necesitan dos mezquitas que vayan paralelas. Alguien dice que eso sería malo. No sé quién lo afirma. Quizá sólo se

trata de una voz del desierto, que escucho mientras corro. Pero haciendo memoria, sé que esa frase es dicha por uno de los personajes retratados en mi último libro. La pronuncia el marido de la mujer de alta alcurnia. Ha dicho esas palabras sin moverse un milímetro de la cama donde se encuentra acostado. El libro continúa en su lugar. Ni una página se ha movido.

El personaje retratado en el libro añade que una segunda mezquita sólo causaría mayor confusión. Ya ese año han tenido suficiente con la aparición de un sueño místico publicado en la revista Play Boy, con un atropellamiento en la misma esquina de la casa de oración, y con una visita de la sheika a la sala de emergencia de un hospital. “Dios nos libre de repetir esos acontecimientos por dos”, sentencia. Reparo entonces en que ignoro de qué esta enfermo ese hombre. La esposa nunca me lo aclaró. Puede ser que su estado de salud esté quebrantado por algún motivo de orden espiritual. Puede ser también que haya enfermado por la compañía constante de los perros.

La sheika añade, ya no sé si al hombre con el libro encima o a mí mismo como pasajero de su destartalado Datsun, que había concertado la cita con el plomero ese mismo día, un poco antes de sentirse mal. Lo hizo convencida de que la mezquita ya no podía seguir soportando desperfectos de tal magnitud. Por más que le había rogado a un tal Hazim —el que todo lo da—, mi amigo enfermo, la situación era intolerable. La mezquita estaba a punto de convertirse en una de las pocas que le negara a los fieles el derecho a la ablución. Y más aún a los peregrinos, puntal importante de la orden. Dar asilo a aquellos que se encuentran en peregrinación es una de las

obligaciones primeras que cualquier derviche debe observar. Precisamente, el tal Hazim creo que antes de que lo soñara era un peregrino que llegó a la mezquita durante una noche de oración. Lo sé porque la sheika en aquella oportunidad tuvo muchas atenciones hacia su persona. Desde siempre he notado aquella particularidad en la conducta de la sheika. Muchas veces prefiere hablar sólo con personas nuevas. “Mientras te llames Hazim nada malo te podrá suceder”, le dijo apenas lo descubrió. Sin embargo, la sheika ignora que es mi compañero enfermo, con el que más de una vez me ha tocado rodear ciertas mezquitas desconocidas, las que aparecen de vez en cuando como traídas de la nada. “El palacio es el mismo palacio, por más lejano que esté, por más vetusto que luzca, es el mismo palacio y está listo para recibirnos”, repetía cada vez que una de esas mezquitas se aparecían en todo su esplendor ante nuestros ojos.

Cierta vez, a espaldas de la sheika, Hazim comenzó a proferir en voz alta. Dijo que se podía hacer uso libre de los palacios, entrar libremente a ellos, hacer las abluciones como a uno le viniera en gana. De esa manera los peregrinos verían fluir de manera espontánea un agua fresca. Afirmó asimismo que los habitantes de los alrededores escucharían sólo de ese modo el llamado divino. Sabiendo que los esperaba un agua cristalina. Yo pensé en los edificios de departamentos que rodean la mezquita. Me imaginé a las familias que los habitaban. Los vi dejando de pronto sus quehaceres cotidianos para salir a encontrarse con aquella extraña voz. “Y sus corazones se pondrán jubilosos al oírla”, solía terminar Hazim los discursos que pronunciaba cuando la sheika no estaba presente. Nunca supe por qué predicaba durante las ausencias de la sheika. Me imagino que para ella las palabras de Hazim podían ser incluso gratas. Hazim, como

se sabe, era un peregrino enfermo. Y las palabras pronunciadas por alguien así tenían por fuerza que ser agradables a la sheika. Ella siempre había dicho que el peregrinaje y la calidad de mártir son el elemento en común que comparten los santos de la orden.

Yo estaba de acuerdo con una idea semejante. Sé que todos los santos son peregrinos. Sé que todos están enfermos. Sé también que no existe un santo en especial. Todos son uno. Todos son el mismo santo. Es de este tema que hablo en mi último libro publicado. En el libro donde los personajes, a pesar de salir mal parados, están complacidos con la obra. Sin embargo, tengo una serie de obsesiones que me impiden ser claro. Los perros Izcuinpozoli, por ejemplo, el artículo aparecido en la revista Play Boy, la muerte de Nuh, la falta de atención que recibí en el hospital. El atropello de Cherifa. La mujer musulmana sacando billetes de su pecho. La voz que imitaba de niño haciéndome pasar por una sirvienta en busca de trabajo. Los zapateros ambulantes tratando de hacer de mi brazo un adminículo decente. La trágica muerte de mi amigo en un poblado cercano a la frontera. El perro que halló el regreso del zoológico a su casa sólo a través del olfato. Sin embargo, mientras la sheika no baje de su Datsun es poco de lo que se puede hablar.

La sheika me dice que no hace falta que nadie le diga que abandone su propio auto. Recuerdo que en más de una ocasión se tuvo que hacer uso de una piedra para golpear la batería del coche y lograr así que encendiera. Ella sabrá perfectamente cuál es el momento adecuado para dejar el coche. Asegura que está cansada de aquellos que todo el tiempo quieren indicarle cuál es la conducta correcta que

debe observar una sheika. Ella bajará del Datsun por sus propios medios. Sin embargo, una vez que desciende se agacha, se coge el estómago con ambas manos y afirma que ya se encuentra curada del todo. Con paso decidido se dirige hacia la casa. Puedo notar que las borlas de sus zapatos arrastran por el terreno fangoso. Veo cuando el plomero sale a la puerta. Fariha se encuentra a un lado. Quedo confuso. Mientras tanto, en el asiento de atrás, la sirvienta continúa sin decir palabra.

Un personaje en apariencia moderno

En ese entonces, no recuerdo los motivos para que esto ocurriera, tenía una novia alemana. La muchacha en realidad pertenecía a una especie de etnia germana, que por razones no muy claras había vivido desde muchas generaciones atrás en la frontera austroitaliana. Su padre regentaba un club de esquí en los Alpes. Me invitó más de una vez. Sin embargo, por alguna razón que ahora no me viene a la memoria, una invitación de esa naturaleza me parecía una completa tontería. Ella era guapa y se interesaba en las letras. Tenía cierta afinidad con la literatura, aunque ignoro en qué consistía exactamente su tema de estudio. En aquel tiempo yo estaba buscando un auto. No un auto normal. Me empecinaba en conseguir un Renault 5 de los años setenta. Uno en buen estado. No podía creer que un diseño de tal magnitud pasara inadvertido a buena parte de la población. Hice muchas llamadas a los avisos que aparecían en los periódicos de las oportunidades. Conocí, yendo tras el rastro de estos coches, algunas de las zonas periféricas de la ciudad. A esas alturas, era la segunda mitad de los años 90, aquellos

autos habían sido casi desechados por el mercado. Habían quedado circunscritos a los suburbios.

Aunque, tal como se han presentado las cosas, es imposible que en ese entonces hubiese tenido una novia alemana. Sobre todo tomando en cuenta que mi padre es un simple técnico —en realidad un agrimensor—, mi madre una ama de casa, y yo soy la hija menor de la familia. Desde niña me han dicho que parezco una pequeña muñeca. Tal vez se refieran a una de esas figuras a las que son tan afectos los habitantes de la comunidad que habitamos. Las que suelen aparecer en los teatros de marionetas. Tengo dos hermanos. Uno trabaja para una compañía de aviación, que realiza vuelos nacionales solamente. El otro es constructor de casas y padre de tres hijos. Es curioso que con mi edad —cuento con 46 años— y con mi figura —como señalé, parezco una muñeca— pueda ser considerada tía de alguien. Menos aún novia de una alemana. Pero en este caso soy tía de los tres hijos de mi hermano el constructor. Una tía cariñosa además. Cuando puedo robo algo de la billetera de mi padre y les compro algunas golosinas. Pese a actuar con soltura, me siento muy extraña cuando llego a la tienda de la esquina. Temo siempre que el dependiente note que se trata de dinero robado. Sin embargo, sé que me suele salvar de estos trances la edad que aparento, no la que poseo realmente.

Pero, a pesar de mis circunstancias, insisto en que en ese entonces tenía una novia alemana. Con la que fui a comprar un auto Renault 5 además. Como no es raro en mí, para conseguir ese vehículo me puse en contacto, a través de los periódicos a los que me referí, con una serie de tipos extraños. Conocí, por ejemplo, a alguien que, aparte de

poner en venta su propio auto —que por alguna razón no recomendaba—, sabía de uno en perfectas condiciones, que además no querían vender, y cuyo propietario vivía aproximadamente a cuarenta kilómetros de distancia. El tipo se comprometió a hablar con aquel sujeto para convencerlo de que se deshiciera de su vehículo. Me pareció todo tan fuera de lo normal, que de inmediato le di mi número de teléfono. Curiosamente me llamó dos días después, para decirme que había hablado con el dueño pero no había logrado aún que cambiara de opinión. Necesitaba refuerzos para hacerlo cambiar de idea, me dijo. Debíamos ir juntos al pueblo para hablar personalmente con él. Terminó la conversación describiendo el coche. Rojo con los interiores crema. Cuando acabó me dio los datos para encontrarnos al atardecer del día siguiente. En la puerta de un cementerio ubicado en las afueras, última parada de un metro suburbano, señaló. El me llevaría, en su propio auto —que me dijo le daba algo de vergüenza mostrar— hasta la casa de aquel hombre.

A mí todas esas indicaciones me sonaron normales. Aunque estoy segura de que cualquiera hubiera desistido de irse a encontrar con un desconocido en la puerta de un cementerio. Pero yo crecí moviéndome por una infinidad de zonas de la ciudad, las conozco por igual. No puedo considerar ninguna como parte de mi formación. De cada casa nos echaron en medio de amenazas. No sé si mi padre no pagaba a tiempo los arriendos o si se cumplían demasiado rápido los plazos especificados en los contratos. El caso es que más de una vez tuve que bailar danzas folklóricas delante de los propietarios, esperando que de ese modo se apiadasen de nuestra situación. Desde que

cumplí los treinta años vengo haciéndolo en forma regular. Es decir, desde antes incluso de dominar el castellano. Recuerdo que al arrendador solían sentarlo en uno de los cojines principales, furioso, y yo comenzaba a mover mi cuerpo haciéndome pasar por una verdadera marioneta. Tras, tras, tras, daba unos pasos hacia la izquierda…tras, tras, tras, daba otros hacia la derecha. En el techo de la sala mi padre había instalado un ingenioso sistema, integrado por delgadísimas cuerdas de nailon, que daban la impresión de que mis pasos eran comandados por alguien con mucho talento en aquel arte. Sin embargo, ninguno de los propietarios a quienes les bailé cambió nunca de opinión. Esperaban a que terminara el espectáculo completo, algunos duraban cuatro horas o más, los más largos eran los que trataban de demostrar mis sentimientos hacia la madre naturaleza. Pero finalmente daban la orden a sus hombres para que iniciaran el desalojo. Todas nuestras cosas estarían en pocos minutos en la calle. Mi madre se ponía a llorar, a pesar de los galones militares que poseía. Se arrodillaba en medio de la sala y se arrepentía de haberse unido en concubinato con un descendiente de traficante de esclavos —los antepasados de mi padre se habían dedicado a transportarlos de África a América—. Yo entretanto debía desenredar las cuerdas que me habían convertido en marioneta por unas horas, sin saber dónde refugiarme. Iban apareciendo entonces, uno a uno, el resto de los integrantes de la familia. Unos llevaban ya cargando sus pertenencias: el empleado de la compañía de aviación, el constructor y sus tres hijos. Todos rodeaban a nuestro padre, quien desorientado no sabía qué actitud tomar. Debía responsabilizarse por la familia. Sobre todo por mí, ya que soy la menor de los hermanos. Mis pequeños sobrinos, por quienes habitualmente tenía que convertirme en una suerte de ladrona, no podían competir conmigo y

quitarme el privilegio de ser la más necesitada de cariño y protección.

No sé qué pensaría, en aquel entonces, mi novia alemana de mí o de la gente de este país. El caso es que aceptó, con absoluta naturalidad, mi propuesta para acompañarme a la expedición para ir en busca del Renault. Salimos al mediodía. Era verano. Ella vestía una falda corta y una blusa sin mangas. Al llegar a la estación del metro tuvimos nuestro primer inconveniente. En esos días habían cambiado de manera intempestiva las tarifas. El boleto ya no costaba la unidad entera de siempre, sino que le habían añadido una fracción ridícula pero suficiente para que se formaran filas descomunales en las boleterías. Todos, cajeras y usuarios, estaban agobiados por el cambio. Se me ocurrió entonces eludir esa enorme cantidad de personas utilizando la pequeña puerta gratuita para los minusválidos, que se encuentra al lado de los controladores automáticos. Debíamos montar un pequeño número para no ser descubiertos. Yo me encorvé lo más que pude fingiendo una parálisis. Mi novia debía hacer el papel de la enfermera. Tenía que abrazarme como si mi estabilidad dependiera de su presencia. Cruzamos de esa forma. Delante de un sorprendido policía que no tuvo otra alternativa que dejarnos pasar. No me explico por qué, pero en ese mismo momento se encontraba al otro lado, de pie, un periodista de la sección cultural de un importante diario. ¿Qué hacía allí? ¿Esperaba a alguien? Debo decir, en este momento, que era importante que me viera en estas circunstancias un periodista cultural. Iba a descubrir no que se encontraba ante la presencia de una pequeña marioneta acompañada de su novia alemana, sino del escritor Mario Bellatin. Fue inútil tratar de explicar la relación entre el cambio en el precio de los boletos y mi figura encorvada, asistida por una bella mujer, atravesando

la puertita reservada a los minusválidos que utilizan el transporte subterráneo.

Mi prestigio estaba en juego delante de aquel periodista. Era muy probable que publicase una nota en el diario en el que trabajaba, afirmando que me había visto tratar de viajar gratis. Le quise decir que me sentía como un conejo antes de morir. Pero no lo hice. Quizá se me ocurrió una figura semejante, la del conejo muerto, porque mi actividad favorita en la niñez era la de criar animales. Incluso mantenía, en algunas de las casas que habitamos, pequeños zoológicos, que desmontaba apenas nos llegaban las notificaciones de desalojo. Hasta que, de un momento a otro, decidí no seguir ejerciendo aquella actividad. Tuve que olvidarme de los animales. Del zoológico y de la venta de las crías. Eso ocurrió cuando estuve cerca de cumplir los cuarenta años, y mi padre me ordenó dedicarme a un oficio más acorde con mi sexo y mi situación. Creo que estaba viendo la posibilidad de que llegase a formar mi propia familia. Era una opción que me aterraba. No me sentía preparada para ello. Mi padre seguramente elegiría entre alguno de sus amigos. No quería ni pensarlo. Hubiera preferido seguir con la actividad de pararme en las puertas de los supermercados para ofrecer mis animales en venta. Dicen que se me veía muy graciosa, con mi espigada figura junto a la bicicleta, en cuya parte trasera había instalado una pequeña jaula. Yo no tendría entonces menos de treinta y cinco años de edad. Era una verdadera locura, estaba demasiado expuesta al deseo de los hombres, permanecer por horas sola en la calle, ofreciendo a los transeúntes las crías de mis gatos, de mis palomas, de mis ardillas. A veces llevaba también mis ratas de laboratorio. Yo las tenía entrenadas para que se mantuvieran encima de mi hombro, alejando de esa manera a los sujetos que quisieran propasarse. Lástima que la más feroz de ellas, la que los

apartaba de una manera eficaz, muriera en manos de mi hermano, el empleado de la compañía de aviación. No sé qué repulsión le causaba. Qué sentimientos despertaba en él mi animal. Ese y no el resto de las ratas. El caso es que cierta mañana, cuando todos dormíamos en el gran cuarto que mi padre había adaptado, mi hermano se levantó antes de la hora de costumbre y fue a mi pequeño zoológico para sacar mi rata preferida. Antes había puesto, en la cocina, una olla de agua a hervir. Arrojó al animal sin ninguna clase de compasión. En la jaula que he instalado en la bicicleta, cada animal cuenta con su propio compartimiento. No quiero que las especies se coman unas a otras, ni que se den cruzas inconvenientes. Aparte de estar sola en la calle, otro de los asuntos que afronto durante mis estancias frente a los supermercados, es el asunto de la cobranza por las ventas. No estoy acostumbrada a manejar dinero. En mi casa siempre me lo han tenido prohibido. Mi padre ha considerado el dinero como algo pecaminoso. Su relación con él ha sido muy reglamentada. Nunca lo ha tenido y defiende con obsesión las monedas que pueda atesorar. Aunque se permite hacer pequeños negocios, como el que establece a partir de mis animales, así como otras transacciones menores. Eso hace que se procure, a veces, ciertas cantidades.

Después de aquel viaje en subterráneo, que sin mayores contratiempos realicé junto a mi novia alemana, tuvimos que esperar cerca de media hora delante del cementerio señalado. Apareció, de pronto, la figura de un hombre alto, quien nos dijo que nunca hubiera imaginado que fuera cierta mi promesa de aparecer por allí. Pero parece que su sorpresa mayor fue ver que había acudido en compañía al encuentro. Se le vio fascinado con la presencia de mi novia alemana. Dijo que ahora le daba más vergüenza que nunca mostrar su Renault 5, aunque señaló que era rojo como el

que iríamos a visitar. Finalmente, después de una serie de dudas, aceptó que subiéramos a su coche. Lo había estacionado un poco alejado porque primero quería cerciorarse, si es que aparecía, de qué clase de persona era yo. Cuando vimos su auto advertimos que estaba destrozado. Apenas contaba con parte de la carrocería. Sin embargo, señaló que el motor estaba en excelente estado. Que hacía un poco de ruido pero era normal. No quería invertir en silenciadores un dinero que podía utilizar para hacerle una serie de mejoras que aumentaran su potencia. Subimos. El olor a aceite, a taller de mecánica, era penetrante. Emprendimos el viaje. En efecto, el pequeño auto era veloz. Inestable también. Nos desplazábamos a toda la velocidad posible y sentíamos cómo se zarandeaba de un extremo a otro de la carretera. Casi no podíamos escuchar lo que el hombre nos decía. La velocidad y el fuerte ruido del motor hacían imposible cualquier comunicación. Sí podíamos entender que nos iba señalando una serie de lugares. En general, la cárcel y algunos cementerios. Fue extraña la manera en que aminoró la velocidad cuando pasamos frente al hospital principal de la zona. Nos lo mostró con exactitud. Algunos kilómetros más adelante tomó una carretera secundaria.

No tuve miedo. Estoy más que acostumbrada a tratar con extraños. Me he habituado a ellos, sobre todo, en las puertas de los supermercados. Allí la gente selecciona su animal elegido, yo le coloco una marca en la oreja, y después debe pasar por la casa para hacer con mi padre las negociaciones correspondientes. La última vez, hace ya varios años, ocurrió un verdadero desastre. Debíamos dejar cuanto antes la casa que habitábamos, ya la amenaza de desalojo era inminente, y mi padre hizo tratos con un tal señor Dufó para comprar mi pequeño criadero de conejos. Se trataba de diez ejemplares de Gigante de Flandes. El

señor Dufó, viejo conocido de mi padre, llegó con sus hijos en un pequeño Karmanghia a desmontarlo todo. Se llevaron en pocos minutos las jaulas. Una semana después fuimos a cobrar el primer pago. Entramos al patio de su casa. Lo que más me impresionó fue que los conejos se empezaran a desesperar en sus jaulas al reconocerme. Parece que el señor Dufó no los alimentaba como era debido. Quise decírselo a mi padre, pero su mirada me hizo callar. No me asombró. Sé que cualquiera podía acusarme de lo que quisiera y mi padre siempre le daría la razón. En ese momento, por ejemplo, a pesar del agravio que significaba no pagar los animales y, sobre todo, no haberles dado de comer, reía con su amigo.

Como ya señalé, no tuve miedo. Las cosas cambiaron desde el momento en que el hombre guiando el Renault destartalado se desvió por la carretera secundaria. Pareció instaurarse una suerte de sensación de alivio en el interior del auto, aunque no era normal sentir algo semejante pues las palabras que el sujeto iba pronunciando sin cesar, y que habíamos escuchado en forma entrecortada, nos llevaba a una suerte de desasosiego. Pero el ruido del motor, al bajar de nivel, al menos nos ofrecía la posibilidad de oírnos unos a otros, cosa que pareció tranquilizarnos. Aunque no es del todo cierto, porque la presencia de ese hombre tan desagradable y su interés extremo por las cárceles, cementerios y hospitales del camino me causaba intranquilidad. Aparecieron de pronto dos tiraderos de autos. En un acto, que ahora considero infantil, traté de descubrir algún Renault entre las montañas de coches amontonados. Mi rápida pesquisa fue inútil. El hombre comenzó entonces a hacernos preguntas personales. Primero inquirió sobre la manera en que nos habíamos

conocido mi novia y yo. Si nos queríamos mucho. Si practicábamos lo que supuestamente practican todas las parejas. Yo veía cómo aquel sujeto, de cuando en cuando, le iba echando miradas a mi novia por el espejo retrovisor. Preferí proseguir con la vista en el paisaje. El auto seguía avanzando. Pregunté si estábamos cerca y, extrañamente, el tipo me contestó que nunca se estaba cerca de nada. Pero que sí, que siempre habíamos estado cerca del auto que buscábamos. Hice preguntas sobre algunas características específicas de ese coche, como si mantenía las piezas originales y cosas así. Me alarmé cuando advertí que el sujeto no siguió ese hilo de la conversación. Era la primera vez, desde que habíamos entablado por teléfono la comunicación, que no entraba de lleno en el mundo de los Renault 5.

Creo que soy algo mentirosa. Repito que no es cierto que haya tenido una novia alemana y nunca, además, he pensado en la posibilidad de comprar un auto. Ni siquiera un Karmanghia, como el que posee el desagradable señor Dufó. Tampoco es cierto que todas las veces nos echaran de las casas por medio de órdenes judiciales. No siempre salimos de ellas ahuyentados por los arrendadores. Hubo al menos una oportunidad en que las cosas fueron diferentes. En vez de una orden judicial, encontramos cierta mañana unos inmensos vehículos que nos esperaban delante de la puerta. Iban a demoler la casa. Se trataba de nuestra casa familiar, la de nuestra estirpe, en la que habíamos vivido desde siempre. Nuestros problemas con los arrendatarios vinieron después. Precisamente porque fuimos despojados de esa casa heredada de mis antepasados. La que habíamos mantenido desde el tiempo en que el primer navegante de nuestra familia se instaló en el país. Iban a construir una

vía rápida que uniría el norte con el sur de la ciudad, que atravesaría justamente por la mitad del salón. Mi padre parece que anticipó aquella situación algún tiempo atrás. Durante un sueño. Me lo dijo cierta mañana, cuando me estaba probando unas medias color carne para celebrar la terminación de la escuela primaria. Se trataba de un momento importante de mi vida. Yo era la única en la escuela que podía usar medias de ese tipo. Quizá porque pronto iba a dejar los estudios para siempre. Mi padre se levantó de la cama afirmando que había soñado que era un perro callejero que deambulaba por la ciudad. Al llegar a la casa familiar —la que después fue derribada— se encontró en su lugar con una avenida rápida. Con los vehículos circulando a gran velocidad en uno y en otro sentido. Yo traté de no oír aquel sueño y seguí probándome las medias. Aunque me causaba cierta gracia imaginar a mi padre convertido en un perro sin dueño.

En cierto punto del camino, el hombre del Renault sugirió detenernos a beber unas cervezas. Habló de un lugar, no muy alejado de la ruta, donde lo conocían bien. Inesperadamente, sin darnos tiempo de contestar, viró el rumbo. Cuando llegamos a la cantina sugerida notamos que en la puerta había estacionados tres Renault 5 de diferentes colores. Creí que uno de ellos era el que habíamos ido a buscar. El sujeto me sacó de mi error diciendo que el hombre empecinado en no venderme su coche, nunca salía de su casa. Es más, aquella era la razón por la que el auto se encontraba en tan buen estado. Fue entonces cuando recordé ciertos sucesos anteriores al encuentro con ese sujeto en la entrada del cementerio. La aglomeración en el metro. El paso por la puertita gratuita de los desvalidos. Me acordé también de mi encuentro con

el periodista cultural. La cara de asombro cuando me vio aparecer. Mi novia abrazándome, cuidándome los pasos como si fuera a caer en cualquier instante. Frente a la cantina, al ver los tres autos, me pregunté sobre las causas de mi interés por esos coches. El hombre seguía hablando. Mi novia estaba atrapada en el asiento de atrás. El auto se encontraba detenido. Caía sobre los vidrios un molesto sol de la tarde. El calor se hacía sofocante. El motor fue apagado. Me pregunté si el número telefónico de aquel tipo, el que apareció en el periódico de las oportunidades, sería el suyo en realidad. El hombre bajó del auto. Sin cerrar la puerta se dirigió a la cantina. Miré hacia atrás. Imaginé lo que pensaría en ese momento el padre de mi novia alemana, que vivía en los Alpes, al ver a su hija en aquel asiento. Luego vi acercarse al hombre alto. Venía acompañado de dos sujetos más. Cada uno lucía una camiseta con la marca Renault en el frente. Quizá, pensé, frente al refugio nevado, donde el padre atendía a esquiadores de vacaciones, también se estacionaría un Renault de vez en cuando. Decidí irme de allí. Comencé a caminar. Cada vez más rápido. Recién en ese momento creí entender, a pesar de tener la escena a mis espaldas, los verdaderos motivos por los que había pensado en ese entonces que tenía una novia alemana.

Aunque ahora, a decir verdad, no recuerdo bien esas causas. Sin embargo, no me arrepiento de la experiencia. En cambio, sí experimento cierta culpa cada vez que me acuerdo del sueño que mi padre, mientras me ponía las medias color carne para celebrar la terminación de la escuela, me contó. El sueño lo relacionaba con la conversación que él días atrás había sostenido con la directora de la escuela donde estudiaba. Parece que la

directora había hablado con mi padre para decirle que yo era ya toda una señorita y era poco lo que se podía hacer por mí. No había forma ni siquiera de que aprendiese a escribir mi nombre correctamente. Yo ya era una señorita, me lo repetían, aparte de la directora, las maestras una y otra vez, por eso debía usar, a diferencia de las demás alumnas, que llevaban sus calcetas de lana, medias de nailon color carne. Mi madre parecía la más entusiasmada con la idea de que las usara. Le rogó a mi padre que me las comprara en más de una ocasión. Mi padre era el de la decisión final. De aceptarla tendría que ir, él solo, hasta los almacenes del centro para pedirlas. Buscaría las más baratas. Ahora es fácil encontrarlas de todos los precios. Las importan de muchas partes del mundo. No era igual durante el tiempo de la guerra, me lo decía mi madre. Por eso tal vez su entusiasmo. En ese tiempo recibió los galones militares que hasta ahora detenta. Por haber soportado con estoicismo los años más duros de la invasión extranjera. Me contó que no se atrevía a decirme lo que ella y sus amigas fueron capaces de hacer por conseguir las medias de nailon cuando las tropas de liberación ingresaron en la ciudad.

Yo estaba nerviosa. Terminaba por fin mis estudios. En ese entonces no podía tener idea de lo que el futuro me iría a deparar. En la escuela había sido una pésima alumna. Las escuelas en las que fui matriculada eran de una miseria absoluta. Todo el tiempo sufría las amenazas de las maestras. Decían que, en mis circunstancias, estaba incapacitada para seguir una vida escolar normal. La única que parecía guardarme cierto afecto era la maestra de ballet. Aunque quizá esto tampoco sea del todo cierto. Con los recursos mínimos que poseíamos es difícil que en mi

escuela hubiera clases de baile. Todos los pasos. El tras tras tras hacia la izquierda y el tras tras tras hacia la derecha yo los he inventado. Según las maestras, me esperaba un futuro negro. Por eso, a veces, decidía escaparme de la escuela y con una pequeña amiga, con quien compartía mi afición por los animales, íbamos a visitar a las personas que habían puesto avisos en los diarios informando que vendían mascotas. Cierta vez tuvimos cierta experiencia con un anciano que ofrecía hámsters, quien se encerró con mi compañera en un cuarto por tiempo indeterminado. Sólo escuchaba, a través de la puerta, el llanto de ella. Comencé a hacer en ese momento el número de marionetas. Ignoro qué intentaba lograr con eso. Creo que incluso inventé algunas cabriolas. Me salieron mejor que nunca. Se me ocurrió para esa ocasión un número corto. De no más de cinco minutos. Lástima que no hubo quién me viera hacerlo. La puerta permaneció cerrada. Aquel anciano, antes de que nos fuéramos, nos obsequió un par de pequeños animalitos. Recuerdo que uno era blanco y el otro rosa. Por más que traté de animar a mi amiga en el camino de regreso, no lo conseguí. Traté también, sin éxito, de hacerle un número musical utilizando a las pequeñas hámsters. Las así de las patas delanteras y las obligué a bailar. Al final, era tan grande su tristeza, que decidimos dejar a las mascotitas sueltas y nos alejamos una de la otra sin darnos siquiera un beso de despedida.

Tuve entonces que buscar otra amiga, para mí era muy fácil convencerlas. Con ella me aventuré hasta la facultad de veterinaria, que se encontraba en las afueras de la ciudad, donde robamos un cerdo recién nacido. Mi familia, para mi asombro, lo adoptó de inmediato como una mascota más. A partir de entonces no pude librarme de la

angustia que me causaba oír a mi padre contarnos, a mi madre, a mis hermanos y a mis sobrinos, reunidos todos en la gran cama, el triste destino que sufrieron muchos cerdos durante la guerra. En la casa mis abuelos habían mantenido uno en esa época. Solían tenerlo todo el tiempo atado a la bañera. Se lo iban comiendo a pedacitos. Le cortaban el trozo destinado para la cena de cada día, y en forma diligente curaban de inmediato la herida causada. Al cabo de medio año, de aquel cerdo sólo quedó el tronco. Mi padre recordaba que el animal murió sin ninguna razón aparente. De buenas a primeras lo encontraron una mañana inerte en la bañera. Murió precisamente un día en que no se tenía pensado rebanar ninguna tajada.

Recuerdo que miré, al día siguiente a la aparición de los bulldozers con la orden de destruir la casa, los restos de la demolición. Mi padre seguramente quería, en ese momento, comerciar con aquello que hubiese quedado sin dañar. Algunas puertas y ventanas que los usureros, que suelen apostarse alrededor de las destrucciones de casas, comprarían. La jornada anterior ya había vendido una gran cantidad de piezas, pero todavía podía quedar algo oculto. Yo no podía ver más que escombros. Curiosamente, en medio del desastre, no aparecieron rastros de las pulgas que me habían acosado mientras habité aquella casa. Mi madre me contó algunas escenas que se desarrollaron cuando aún no tenía uso de razón. Dijo que a veces, desesperada por la comezón, me escapaba desnuda a la calle. Que me quitaba las ropas, las faldas, las enaguas, los zapatos de tacón, para salir a un terral que se extendía frente a la fachada principal. Según me contó mi madre, la vergüenza mayor que exhibía mi cuerpo no era la desnudez —en esa época creo que mis pechos ya amenazaban con

descolgárseme— sino la piel plagada de picaduras. Para amainar la plaga de pulgas mi madre hacía una bola, formada por varios calcetines unidos, que colocaba debajo de las sábanas de la gran cama, que salvo los abuelos, quienes contaban con un par de literas ubicadas a los lados, toda la familia compartía. Las pulgas, después de saciarse con nuestra sangre, buscaban en esa bola refugio gracias al calor que la textura les ofrecía. Al día siguiente era muy fácil sacar esa bola, arrojarla a una olla con agua hirviendo —como hizo mi hermano con mi rata preferida—, ponerla a secar y colocarla nuevamente debajo de las sábanas.

Una vez que se llevó a cabo la demolición, mis abuelos fueron entregados a ciertas almas caritativas. Nunca más los volvimos a ver. Fueron adoptados, por decirlo de alguna manera, por la gente que vivía cruzando las vías del ferrocarril. Me parece que esa línea fue lo que marcó desde siempre nuestra estirpe. Una cosa era vivir de este lado y otra muy diferente tener la casa cruzando los rieles. Aunque mi abuela siempre dijo que se tuvo la oportunidad de comprar un terreno muy bonito en el otro lado. Lo malo es que tenía una forma un tanto oblonga. Quizá por eso mi padre, para darles a mis abuelos, en sus últimos momentos, alguna satisfacción, luego de la demolición los entregó a esa gente. Mi padre le colgó a cada uno un cartel en que se mencionaba la necesidad de que fueran recogidos lo más pronto posible. Esas almas tenían como misión transportar a los ancianos perdidos hasta los confines de la ciudad. Cuando me enteré de esto, quedé muy preocupada por lo que habría ocurrido en ese trance con la perra espaniel de mi abuela pues, como se verá más adelante, salió en plena demolición llevando a su pequeño animal entre los brazos.

Recuerdo haberlos visto, al abuelo y a la abuela con la perra cruzando las líneas del ferrocarril.

Cada vez con mayor frecuencia recuerdo la angustia que debió haber sentido mi abuela cuando llegó la notificación de que la casa sería derruida. Se encontraba, como sabemos, situada precisamente en medio del trazado de la autovía rápida que uniría el norte con el sur de la ciudad. Nadie lo sabe, pero mi padre fue uno de los hombres que conformaron la cuadrilla de agrimensores que debió establecer el trazado de la autopista. Primero que nada estaba el deber, dijo más de una vez. Seguramente nada le hubiera costado tomar las medidas un poco torcidas, afectando de ese modo más bien las casas del otro lado de las líneas del ferrocarril. Pero esas casas pertenecían a familias que sí tenían el derecho a tener una vida plena. Por eso marcó una línea rectísima entre el norte y sur, motivando que la sala principal quedara comprometida. Tal vez lo hizo también para que, de alguna manera, se hiciera realidad su sueño de verse convertido en un perro vagabundo que buscaba la casa familiar en medio de decenas de automóviles. Mis abuelos no abandonaron la casa sino hasta el momento mismo de la demolición. Nosotros también permanecimos dentro de la casa hasta la llegada de las máquinas demoledoras, pero nos acomodamos en el galpón posterior, que en ese entonces pensábamos se libraría del empuje de los bulldozers.

Sacaron a mi abuela casi a la fuerza. De nada valieron los reclamos de los demás miembros de la familia. Saliendo de una casa a punto de ser derrumbada, mi abuela parecía una vieja dama que era despojada de su fortuna. Y lo era en

realidad. Estaba acompañada, como se sabe, de su espaniel.

No es cierto, aunque algunos en mi familia lo afirman, que yo le compré la perra a mi abuela. Ni me la robé de ninguna parte. Aunque es verdad, eso sí, que existía la espaniel, a la que bautizaron con el nombre de la marca de unos calzoncitos para niñas muy popular en ese tiempo. No podíamos saber que las máquinas arrasarían con todo. No nos habían dado tiempo para prepararnos. Por eso se perdieron las pertenencias de mi hermano. Su uniforme de aeronáutica, con el que una vez al mes tenía que recibir la visita de sus superiores. La gran cama, en la que dormía toda la familia. Los biberones de mis pequeños sobrinos. Mi gigantesca bolsa de maquillaje, con el que algunas veces me pintaba para parecer menor de lo que realmente soy. Las jaulas de las ratas, de los hámsters, de los conejos. La pareja de gatos siameses. Las ollas y la estufa y, lo peor de todo, hirieron de manera leve a mi madre quien, creo, tuvo algo de culpa por haberse querido aferrar hasta el final a las medias de seda y los cigarros importados que, a costa de mucho trabajo, había logrado le obsequiaran en los tiempos de la guerra las fuerzas de liberación. No se trataba de las mismas medias que yo usé cuando me gradué de la primaria, ésas eran de nailon y más baratas. Aquello fue un horror. Las máquinas de los obreros. Sentimos entonces, por primera vez, la sensación de estar literalmente en la calle, con todas nuestras pertenencias al descubierto. Algunos animales se escaparon. Por lo visto, si damos por cierto lo que estoy contando, en esa época, cuando nos encontrábamos en el galpón de la parte trasera de la casa familiar, ya criaba animales. Pero estoy segura de que no tenía todavía mi pequeño zoológico en regla. Mis

animales seguramente estaban sueltos. Subían y bajaban todo el tiempo de la gran cama. No debían haber sido muchos. Recuerdo de ese entonces a una pareja de ratas, tres conejos, dos gatos, un perro muy viejo, y al cerdo que, poco a poco, había comenzado a crecer. Para mí, el fortalecimiento de ese animal significaba una tortura cada vez mayor. Al final, el cochino fue entregado por mi padre a un garito con el que tenía relación, para que los jugadores se lo comieran. No sé por qué mi padre tenía relación con ese garito. Tal vez porque era un lugar donde el dinero pasaba de mano en mano con la mayor naturalidad. Cuando recién llevé al cerdo a la casa familiar tuvimos que alimentarlo con un biberón, que se turnaba con uno de mis sobrinos. Mi hermano el constructor me dijo que me prestaba el biberón de su hijo si me ocupaba también de la alimentación del niño. Es por eso que todo el tiempo tenía que darles del mismo biberón a los dos. Cinco minutos para el cerdo. Cinco para el sobrino. Hasta que la leche se acabara. Pero el cerdo creció mucho más rápido que la criatura. Y se le despertaron sentimientos tiernos hacia nosotros. Se convirtió en la mascota ideal. Me seguía a todos lados, incluso cuando robaba algo de dinero de la billetera de mi padre e iba a la tienda a comprar golosinas. El cerdo me era fiel como a nadie. Más que la rata que poco tiempo después empecé a transportar sobre el hombro. Pero a él no podía llevarlo a clases. En cambio a la rata, ya que en la escuela estaba prohibida la entrada con animales, la dejaba antes de entrar en una alcantarilla cercana. Apenas daba un brinco y desaparecía entre las rejillas. Horas después, cuando volvía, bastaba un silbido para que nuevamente se me subiera al hombro. El problema del cerdo era que a medida que engordaba y demostraba ser mejor mascota que las demás, mi padre comenzó a amenazar con que se lo comería el día menos

pensado. Un cerdo es un animal que se cría únicamente para ser consumido, sentenciaba con su lógica natural.

Una de las características principales de mi personalidad es mentir todo el tiempo. Creo que eso, de alguna manera, me hace más graciosa ante los demás. Sé que en las historias que suelen interpretar las marionetas siempre hay un engaño de por medio. Quizá por eso he asimilado a mi vida cotidiana aspectos de mis representaciones. Miento, por ejemplo, sobre mi edad. Miento siempre frente al vendedor de la tienda, pues muchos saben que el dinero con el que suelo comprar las golosinas para mis sobrinos es robado de la billetera de mi padre. No digo la verdad con respecto a mis aficiones. En realidad me interesa escribir libros. Hacerlos, inventarlos, redactarlos. Sé que apenas si puedo escribir mi nombre pero, casi nadie lo sabe, tengo hecho un volumen sobre perros. Está dividido en tres partes. La primera describe las razas caninas que conozco. Absolutamente todas las que he visto alguna vez en mi vida. En el camino de mi casa a la escuela y de mi escuela a la casa principalmente. Cuando después de la demolición tuvimos que abandonar la casa familiar y comenzamos a ir de un arriendo a otro, se tomó la decisión de que ya no estudiara más. Es falso, por lo tanto, que acostumbrara escaparme con una pequeña amiga a contestar los avisos colocados en los diarios sobre la venta de animales domésticos. No es verdad que cierta vez esta amiga quedara encerrada con un anciano que se dedicaba a la crianza de hámsters. No es cierto que yo bailara delante de la puerta cerrada, no la danza de más de cuatro horas dedicada a la madre naturaleza, sino unas simples cabriolas que fui improvisando para la ocasión. Claro que a la raza de los espaniels les he dado un lugar privilegiado en el libro que he escrito a escondidas de los demás. También al perro viejo que me acompañaba desde

antes de la demolición. En algunos periódicos fui encontrando diversos dibujos de perros. Los iba recortando con cuidado y los pegaba luego al lado de cada una de las descripciones que hacía de ellos. La segunda parte está dedicada a los animales que trabajan, allí está el perro dálmata de los bomberos, los pastores de los policías, y los san bernardo salvando a la gente en medio de la nieve. La tercera es la dedicada a los perros héroes, allí he inventado una serie de historias de animales que salvan a sus amos. En mi familia lo tomaron a broma cuando hablé de la existencia de un libro semejante. Sobre todo mi padre, quien estaba agobiado por mi estruendoso fracaso en la escuela primaria.

Mi padre, viendo que las máquinas demoledoras debían continuar con su trabajo, colocó de inmediato el cartel sobre el pecho de mis abuelos y los hizo cruzar la línea del ferrocarril. La abuela en ningún momento dejó caer de sus brazos a la perra. Inmediatamente después, mi padre se perdió entre las calles de este lado de la ciudad. Estaba yendo seguramente a buscar un lugar que nos pudiera dar cobijo. Estaría buscando, desesperadamente, un sitio para arrendar. Sería el primero de nuestra existencia. Comenzaría en ese momento la serie de angustias que toda la familia habría de padecer los años siguientes, cuando los propietarios sacaran sin piedad, una y otra vez, nuestras cosas a la calle. Aún ahora, cuando tengo en realidad cuarenta y cinco años cumplidos, no puedo dejar de sentir miedo ante una inminente orden de desalojo. Cuando presiento una de esas acciones, voy en busca de mi traje de danzas folklóricas. Repaso mentalmente el tras, tras, tras, a la derecha. El tras, tras, tras, a la izquierda. Recuerdo que, en medio de la demolición de la casa familiar, busqué ser

protegida por mis tres sobrinos, quienes parecían ser los únicos que comprendían el estado de nervios en el que me encontraba. Mis dos hermanos, tanto el constructor como el empleado de la compañía de aviación, estaban sentados al lado de sus maletas. Se mantenían impasibles, esperando que mi padre resolviera la situación. Mi madre sostenía los objetos que obtuvo algunos años atrás, cuando entraron a la ciudad las fuerzas de liberación. Los animales se encontraban olisqueando por los alrededores. La escena de ver a todos juntos sin un techo que nos amparase, me hizo advertir que los hijos de mi hermano, mis pequeños sobrinos, por quienes más de una vez robé algunas monedas a mi padre, no contaban con una madre en regla. Me di cuenta, en ese instante, de que nunca la habían tenido. Ni, por lo visto, necesitado. Ellos habían aparecido de pronto en el seno familiar. ¿De dónde habrían salido? Yo estaba tan asustada que no me preocupé de ninguna de mis pertenencias. Salvo del libro forrado con papel de estraza, debajo del cual escondía el texto de perros que había compuesto. Cerca de una hora después apareció mi padre trayendo el primer traje folklórico de mi vida. Era muy colorido. La presencia de aquel traje me sacó de mi ensimismamiento. No me había dado cuenta hasta ese instante del ajetreo que se había empezado a desarrollar más allá del núcleo familiar. Había tenido solamente ojos, creo, para el alejamiento de la abuela. Todavía la estaba viendo, a pesar de que, seguramente, el grupo de almas caritativas del otro lado ya le había dado el encuentro. No había reparado en los hombres de las máquinas de demolición, que habían dado un plazo mínimo, inmediato, para mover nuestras cosas del centro de los acontecimientos. Como dije, la casa familiar había sido destruida totalmente, no así el galpón donde nos encontrábamos, que sólo había sido dañado en forma

parcial por una embestida fortuita. Una nube de polvo se elevaba frente a nosotros. Aparte de los trabajadores de la demolición, separada por una cinta de seguridad, estaba presente toda una multitud de personas. Entonces, muy delicadamente, mi padre comenzó a desnudarme. Empezó por quitarme la larga falda plisada, el corpiño, el fondo y las enaguas. En determinado momento quedé sin nada encima. Intuí que mi padre lo estaba haciendo con la secreta intención de que alguien, de entre la multitud, quisiera convertirse en mi marido y así, tal vez, sacarse un peso de encima. Sin embargo, no podía imaginar que mi padre quisiese deshacerse de mí en esos momentos. Era absurdo. Mi padre sería incapaz de haber tenido un pensamiento semejante, si yo era la menor de la familia, la niña mimada. Ni siquiera mis queridos sobrinos hubieran sido capaces de quitarme ese lugar. De pronto comenzó a colocarme el vestido que había traído consigo. No sé cómo pero había preparado también las pequeñas tiras de nailon transparente, las mismas que utilizó después para mis presentaciones frente a los arrendatarios. Me las ató a las muñecas y a los tobillos. Luego se trepó a lo que quedaba de pared. Yo, pese a que nunca antes había estado en una circunstancia semejante, supe entonces lo que se esperaba de mí. Todos los demás —tanto los trabajadores, los curiosos situados detrás de la cinta de seguridad, así como mi familia— observaron en silencio los movimientos de mi padre. Desde el delicado desnudamiento hasta mi completa transformación. Yo estaba ansiosa por moverme. Ya en mi mente ensayaba las cabriolas que debía realizar. Tras, tras, tras…a la derecha. Tras, tras, tras… a la izquierda. Pero no, debía esperar hasta que aparecieran ciertos hombres, los arrendatarios convocados por mi padre, a quienes mi figura, de persona recién salida de la escuela primaria, debía convencer. Debía persuadirlos con el fin de obtener

un espacio techado para mis animales, mi padre y mi madre. También para mis dos hermanos, mis sobrinos y para mí misma. Aquel día, el primero, mi danza tuvo un éxito que nunca más se repitió. Mis hermanos ayudaron a mi padre a subirse a los restos de muro. Desde allí manejó los hilos atados a mis muñecas y a mis tobillos. Pero cuando llegaron, los arrendatarios no mostraron ninguna reacción. En cambio la multitud, incluidos los encargados de la demolición, aplaudieron con furor. A pesar de aquel entusiasmo, el galpón corrió muy pronto la misma suerte de la casa familiar. A veces pienso por qué nunca pude volver a bailar tan bien. La excepción tal vez fueron las cabriolas que realicé frente al cuarto donde se encontraba mi amiguita con el anciano. Debe ser porque, a partir de entonces y durante un buen tiempo —creo que hasta cuando comencé a ocuparme de escribir libros—, pensé en forma demasiado intensa en el arte de las marionetas. Creo que aquello fue mi perdición. Sin darme cuenta perdí, de pronto, toda la frescura.

Es quizá por eso, por pensar demasiado las cosas, que mi forma de hablar es una especie de híbrido. A veces, para terminar de confundirlo todo, tartamudeo sin control. Debo ir entonces en busca de una cuchara para superar esos trances. Tomo la cuchara, también puede ser un tenedor o un palillo chino, lo pongo enfrente mío y lo hago girar lentamente. El tartamudeo termina cuando la cuchara deja de girar. Aunque casi siempre es peor lo que llega a suceder, pues la falta de tartamudeo pone en evidencia lo raro de mi acento. Hasta ahora, como señalé, no he logrado dominar bien el castellano. Pero lo peor de todo es que antes de este torpe aprendizaje, no hubo tampoco una lengua materna que recuerde. Estoy imposibilitada para

comunicarme. Así, sin más. Sin embargo, a pesar de todo eso, desde que cumplí los cuarenta años de edad escribo libros. Primero fue uno de perros, luego otro que hacía referencia a una suerte de beato, llamado Bernardo Chafloque, quien por esperar inútilmente a su jefe, que lo envió a comprar gasolina en un viaje que duró tres días, dejó pudrirse en su casa a una madre paralítica. Apareció después el relato de una mujer, Rita Rojas, que en una fiesta popular conoce a un hombre que luego la acompaña a su casa con la sola idea de robarle el televisor. Después tuve como personaje a un sujeto, del cual no recuerdo el nombre, que confunde el oficio de una mujer corriente con el de una santa. Por último compuse un relato narrado por una familia de ratones. Toda esta actividad, de poner por escrito una serie de situaciones en un lenguaje que iba inventando para la ocasión, se veía obstaculizada por mis obligaciones con la escuela primaria. Recuerdo que el último año fue el más duro. Por más que me empeñé en los estudios sólo pude llegar a memorizar la tabla del dos. Y el pánico que me producían las descalificaciones, me obligaba a convencer a mi pequeña amiga, a aquella con la que me aventuré hasta la escuela de veterinaria para robar el cerdo, a ir hasta los mercados, los fines de año sobre todo, con la intención de hurtar una serie de botellas de licor y darlas como regalo a las maestras con el fin de aprobar las materias.

Cada día me veo más gorda. Es extraño que lo perciba. Es raro que esta sea mi nueva constitución, si en realidad no soy más que una grácil marioneta popular. Hay como dos personas en mí. Yo sé que soy una figura delicada, que busco alegrar con mis bailes a los arrendatarios, pero también sé que no soy más que una gorda, aunque no tanto

como el cerdo que hurté. El mismo animal que mi padre mató con un afilado cuchillo y cuyos alaridos tengo todavía presentes. No lo curó después del primer ataque, como era la costumbre durante la guerra, cuando se cortaba a los animales por trozos y después se les trataba las heridas. Dejó que gritara y se desangrara. Simplemente permitió que sucedieran las cosas. Como siempre lo ha hecho. Mi padre feliz, aparentando no percatarse bien de lo que ocurre a su alrededor. Salvo su falta de dinero. Eso sí, no dejaría, por ningún motivo, que alguien perturbara la tranquilidad que esa condición le proporciona. Es por eso seguramente que no le cobró un centavo de mis conejos al señor Dufó. Quizá pensaba que recibir un pago semejante lo alejaría de su condición natural. Es por eso quizá que mató al cerdo, completo, no por partes, y lo entregó a los administradores del garito. Fue difícil la matanza. Cuando estaba por la mitad, con el cerdo herido y sangrando por el cuello, tuvo que pedir ayuda al matarife del mercado, quien en un dos por tres zanjó la operación. Pero ahora la gorda soy yo. No sé si sea cierto, en todo caso son mis hermanos quienes me dicen que luzco de esa forma. ¿Será verdad? En ese caso no me podría poner nunca más el traje con el que hago mis representaciones. No podría seguir siendo ya la muñeca que todos, salvo los arrendatarios, admiran.

No entiendo por qué sufrimos tanto con el asunto de las casas. Tomando en cuenta que mi hermano afirma que es constructor. Al menos eso fue lo que dije cuando lo presenté. Señalé que un hermano era constructor y otro empleado de una compañía de aviación que realizaba solamente vuelos nacionales. Sin embargo, el hermano constructor siempre ha estado bajo el amparo de mi padre, y mi padre es una persona que jamás hubiera permitido

que alguien de su familia construyera nada. Eso seguramente nos sacaría, de inmediato, de la categoría de familia doliente. Por eso, creo que mi padre era quien se encargaba de bautizar con algún oficio, que se le ocurría de improviso, a los miembros de la familia. A uno lo bautizó como constructor y al otro como empleado de la compañía de aviación. Sin embargo, de ser cierto esto, de que nadie en la familia contara con un oficio, no sé de dónde conseguíamos el dinero para nuestra subsistencia. No creo que de mis pre-ventas de animales en las puertas de los supermercados. Recuerdo que eran muy pocos los clientes que llegaban hasta la puerta de la casa después de haberse mostrado interesados en alguna mascota. Me acuerdo especialmente de una familia de extranjeros que quería adquirir unas crías de gatos siameses. Primero compraron uno y después el otro. Se llevaron al comienzo un macho y después me pidieron por teléfono que les llevara una hembra. Cuando llegué a su hogar noté que la niña de la familia le había pintado al primer gato la pata de negro intenso. Parecía haber utilizado una acuarela. Me sonrojé al advertirlo. Imaginé todo un mundo de fantasía. Con su habitación llena de lápices de colores, pizarrones, muñecos de peluche, y mi gato en medio de todo ese esplendor. Pensé en el aspecto que mostraba yo entonces. No era ni una pequeña figura ni tampoco una gorda. Era un adolescente. Eso sí, usaba anteojos, de monturas cuadradas. Hubiera querido lucir el cabello más largo, pero mi padre me lo tenía prohibido. Tengo la imagen de la niña cargando al gato con la pata pintada. No recuerdo más, sólo que dije que no podía dejar al segundo animal, porque antes se le debía pagar a mi padre. Me acuerdo que cometieron la descortesía de ofrecerme a mí el dinero. Me pareció una rotunda falta de educación. ¿Cómo era posible que esos extranjeros trataran de humillarme de manera

semejante? Aguardé unos momentos sin decir palabra. Luego de algunos minutos, repetí que había llevado el segundo gato sólo para que lo vieran, pero que tendrían que regresar a mi casa si querían comprarlo. Lo hicieron. Un día después llegaron a la casa conduciendo un auto inmenso. Sólo estaban el padre y la madre. La hija seguramente se había quedado jugando con el gato de la pata pintada. Me asombró ver el interés que demostraban por mi mercadería, creo que yo en ese entonces ofrecía en las calles un tesoro que era difícil de comprender. En ese tiempo los gatos siameses todavía no estaban cruzados como lo están ahora. Mantenían la cara alargada, el cuerpo tubular y las orejas inmensas. Las colas se enroscaban al final como si de marsupiales se tratara. Imagino la cara de felicidad de la niña con su segundo gato entre los brazos. Siempre, a partir de esa fecha, he tenido gatos. Recuerdo que en el techo de la casa derruida había un departamento, que mi abuela siempre mantuvo en alquiler. Era pequeño y bastante luminoso. En cierta ocasión, entre la salida de un inquilino y la entrada de otro, mi padre debió pintar las paredes. Lo acompañé en su labor. Yo en ese tiempo ya era una niña obediente. No era, ni por asomo, el joven de lentes cuadrados ni la mujer desastrosa en la que luego me convertí. No bien entramos al departamento vacío nos atacó un ejército de pulgas. Las producían seguramente mis gatos, que la mayor parte del tiempo se encontraban tomando sol en el techo de la casa. Era curioso sentirlas subiendo por dentro y fuera de mis pantalones. Por encima de las piernas, en aquella ocasión yo había cuidado de llevarlas cubiertas con medias de nailon. Algunas me llegaron al pecho —mi padre hacía poco me había comprado unos corpiños llamados formadores—. A mi padre pareció no importarle que las pulgas me atacaran. Me pregunto, ante su indiferencia ante casi todo, cómo

podría representarse en forma fílmica un padre así. Hago la pregunta porque existe el proyecto de hacer una biografía filmada de mí misma. Una autobiografía cuyo eje sería cada uno de los libros que he publicado. Textos que, aunque en apariencia no transcurren en ninguna parte o no se refieran a ningún aspecto particular de la realidad, cada uno de ellos tiene, al menos en mi cabeza, un lugar y una circunstancia determinados. Como, por ejemplo, el cuento de la visita al día siguiente a los restos de la derruida casa familiar. Lo más deslumbrante de aquella incursión fue mirar, encima del desmonte, en la cumbre, a una mamacha —mujer indígena adulta que no ha abandonado su vestimenta tradicional—, sentada como si ese espacio fuera su lugar natural.

Existe la posibilidad de hacer una biografía filmada. Espero que no se haga evidente mi hablar mi híbrido y mi tartamudeo ocasional, aquel que debo conjurar haciendo girar una cuchara, un cuchillo, un tenedor o un palillo chino frente a mis ojos. Delante de la cámara, de una vez por todas voy a dejar atrás todas las personalidades necesarias para seguir escribiendo. La imagen del niño encerrado en una institución mental, donde idea una serie de visitas a unos baños públicos para que su madre saque provecho de su cuerpo desnudo. La representación de números de marionetas para evitar los seguidos juicios de desahucio que amenazan a la familia. No sé, en cambio, cómo puede representarse ante la cámara una comunidad musulmana en occidente, la implantación de una serie de rituales sufíes en medio de una sociedad totalmente ajena a sus principios. ¿Qué hay de verdad y qué de mentira en cada una de las tres autobiografías? Saberlo carece totalmente de importancia. Hay una cantidad de personajes

reales comprometidos, eso sí. Un antecedente personal que tiene que ver con la estirpe de corte fascista de la que provengo, una secretaria enferma, la imposibilidad de habernos conformado como una familia normal. La necesidad de borrar todas las huellas del pasado, de difuminar lo más que se pueda una identidad determinada, basada principalmente en la negación del tiempo y el espacio que supuestamente debían corresponderme. Cambiar de tradición, de nombre, de historia, de nacionalidad, de religión, son una suerte de constantes. Evitar el recuerdo, por ejemplo, de que provengo de una familia que se dedicaba a transportar esclavos negros en barcos. O hacer como si olvidara que una parte de ella huyó de su país de origen tras la caída del *Duce* Mussolini. Pero no para crear nuevas instituciones a las cuales adscribirme. Sencillamente para dejar que el texto se manifieste en cualquiera de sus posibilidades. Sobre todo, esto se hace evidente en *La verdadera enfermedad de la sheika*, texto en el cual una serie de embelesos místicos experimentados a lo largo de muchos años son el elemento constitutivo de la ficción. Continúan existiendo en mí, eso sí, imágenes inalterables. La presencia de la deformación de los cuerpos, los miembros faltantes con la parafernalia, a veces densa y complicada, que ese fenómeno suele llevar consigo. La aparición de una enfermedad incurable y mortal, ya anticipada por mí mismo en textos como *Salón de belleza* y *Poeta ciego*. Los juegos con las identidades sexuales. El pasar, sin solución de continuidad, de ser un niño exhibido en los alrededores de la tumba de un santo a una ladrona de cerdos, o a un personaje indeterminado, desfasado en su sexo y en su edad, que es además sojuzgado por un padre intransigente. Todo para no llegar sino a la figura de un adolescente tímido de gafas cuadradas, quien muy pronto decide renunciar a la

comunión con los demás —esto ocurrió en los primeros años de la escuela secundaria— para irse a refugiar en la compañía de ciertos animales domésticos, que alguna respuesta tendrían que haberle dado. En ese tiempo cómo iba a imaginar que terminaría teniendo una novia alemana. Este periplo parece que sirvió para, después de algunos años, convertirme simplemente en un escritor contemporáneo, que casi sin darse cuenta ofrenda su vida, no a la crianza de animales ni a una serie de ejercicios espirituales capaces de darle a su existencia una dimensión onírica mayor, sino que el verdadero deseo terminó siendo la palabra, no sólo crearla sino compartirla con un grupo de futuros escritores que, semana a semana, se reúnen, con una fe admirable, para tratar de desentrañar el sentido oculto de los textos. Y compartirla también con dos o tres amigos cuya opción fue similar: la de escribir sólo por escribir.

Es quizá por eso que, a pesar de la vida tan dispersa que he llevado, estoy ahora feliz. Sin pesos emocionales, de familia, de nación, de identidad. Creo que es el mejor estado para ejercer mi trabajo. Sin preocuparme ya de que la rareza de mi cuerpo pueda ser exhibida incluso desnuda, como una atracción popular, sin pensar demasiado en las vestimentas necesarias para zambullirme en los bailes de los *derviche*s. Sin que sean problema las minifaldas ni los zapatos de tacón, así como tampoco el aspecto que debo mostrar para cumplir el rol de novio de una muchacha alemana que busca desesperadamente un auto absurdo, o para representar a una graciosa marioneta con los tobillos y las muñecas atados con una cuerda transparente. En este cambio de perspectiva tiene que haber influido la prometida biografía filmada. A partir de verme a mí misma

recreada en otro formato, me liberaré, entre otras cosas, de la necesidad de robar dinero de la casi vacía billetera de mi padre. Que mis sobrinos se las arreglen como puedan. Me tiene sin cuidado que dejen de recibir golosinas. Para eso tienen a su padre, quien debo decirlo ya, es un constructor que jamás levantó ninguna casa. Que al contrario, se puso de acuerdo con mi padre para destruir la casa familiar, haciendo uso de los incipientes conocimientos de agrimensor que mi padre siempre dijo poseer. Nunca supe por qué lo hizo, mi padre quiero decir. La mandó demoler quizá para demostrar que el destino se encuentra por encima de todo lo demás. O tal vez para hacer una demostración de su incipiente sabiduría, aprendida en un local anexo a la escuela de veterinaria de la que hurté, con mi amiga de la escuela, el cerdo que luego sirvió como cena a un grupo de jugadores clandestinos. Creo que mi estado es uno de los mejores con los que se puede contar. Lo advierto porque los lugares óptimos donde suelo escribir son los hospitales —donde me internan de vez en cuando—, los aeropuertos, los aviones, los trenes y las residencias para escritores. Nunca me puse a pensar qué me habría ocurrido de escribir en la granja de pollos de mi tío, primo de mi padre, quien se terminó suicidando después de que su negocio se convirtió en un verdadero desastre. Sería bueno, como parte de la biografía filmada, realizar un viaje hasta el monte donde esa pequeña granja se encontraba situada. Se deben recrear, además, las brumosas cantinas del centro, que forman parte del escenario de mi primer libro. Se debe visitar también la casa situada en una zona conocida como *la bajada*, hoy convertida en un lugar de venta de comida regional, donde pasó sus últimos años el poeta César Moro. Otro texto, el tercero, transcurre en un barrio llamado Miramar. El cuarto surge de mis pesquisas realizadas a discotecas frecuentadas por transexuales. El

quinto tiene su eje en dos barrios característicos, uno que cuenta con playas donde se puede nadar, surfear olas y hacer deportes acuáticos, y el otro habitado por una emergente clase media. El sexto libro es un intento de representar, desde determinado punto de vista, la politización extrema que viví en las instituciones en las que transcurrieron mis estudios. Esos libros, a pesar de los escenarios concretos que seguramente la película mostrará, fueron escritos a partir de la no-tierra y del no-espacio. Por eso mismo, creo, coinciden con una serie de vivencias de orden personal. Un verdadero tiempo que en efecto no existe, y que por eso mismo considero más real que el real, lo comienzo a experimentar cuando empiezo a escribir a partir de mis sueños. Es el tema, no únicamente de un capítulo de estas autobiografías, el segundo, sino de algunos libros más que están por aparecer, y a los cuales pretendo firmar ya no como Mario Bellatin, el niño desnudo de grandes genitales, el personaje impresionado por la demolición de la casa familiar o el muchacho de lentes cuadrados que soñaba con tener una novia alemana. Sino simplemente como Salám. Abdús Salám más bien, el Hijo de la Paz. Pero creo que todos estos proyectos, sobre todo la redacción de ese nuevo libro de sueños, son empresas literarias que ya no voy a poder llevar a cabo. En los últimos tiempos mi mente se vuelve cada vez más dispersa. He olvidado, por ejemplo, los bailes de marioneta. Ya casi ni me acuerdo de la rata que llevaba en el hombro, ni de aquel viejo que vendía hámsters y que encerró a mi pequeña amiga en un cuarto mientras yo danzaba afuera. No tengo ninguna seguridad tampoco de haber tenido cita en el hospital donde ingresaron a la *sheika*, ni de haberme interesado jamás por autos de ninguna marca. Ignoro lo que sucedió con mi persona cuando mis testículos dejaron de atraer a las mujeres de los baños. Quizá me sentí como

un conejo muerto, como la vez que fui descubierto, por un periodista de la sección de cultura, haciéndome pasar por un tullido. Tampoco sé la razón por la que cuando adapté la jaula a la bicicleta, muchas de mis amigas criticaron la decisión. Nunca me puse a pensar qué me habría ocurrido de escribir sobre detalles oscuros de la especie de granja de pollos de mi tío, un viejo pariente de mi padre, quien terminó muriendo después de que su negocio fuera un verdadero desastre. Me arrepiento, en cambio, de haber dejado a mi novia alemana a merced de un grupo de hombres dueños de autos Renault. Quiero, a partir de ahora, reproducir las imágenes fragmentadas que me rodean y que no llevan, como mi vida, a ninguna parte. Aunque para lograrlo deba usar, quizá por última vez, mi gracioso traje de pequeña muñeca de fantasía.

Poeta Ciego

Existen muchas teorías sobre los orígenes del Poeta Ciego. La que circula con mayor insistencia entre sus Discípulos, es aquella que afirma que el Poeta Ciego fue recogido de niño por una familia de pescadores que lo crió como a un hijo más. Algunos sostenían que lo encontraron dentro de una cesta que flotaba en alta mar, y otros que dormido en una cueva habitada por lobos marinos. Cuando se comprobó que sufría de ceguera, la familia pareció arrepentirse por no haberlo dejado morir tranquilamente. Sin embargo, el niño muy pronto se convirtió en el centro de atención, no sólo de la familia, sino también de los demás habitantes del puerto. La sabiduría que el Poeta Ciego mostró desde la niñez, hizo que la gente se reuniera en las noches para escucharlo. Uno de los recuerdos importantes que guardaba el Poeta Ciego de su infancia, era la constante exploración, con el tacto, de los extensos lunares, que aparecían en todos los integrantes de la familia de pescadores que lo recogió. En muchos momentos de su vida, el Poeta Ciego se refirió a la aparición de tal cantidad de lunares como de extraña casualidad. Cuando el Poeta Ciego cumplió los nueve años, dictó su primer poema, que hizo estampar en la pared principal de la vivienda donde creció. Después partió para siempre. Emprendió un largo peregrinaje por la costa del país, y en cada lugar que llegó pidió conocer al poblador más anciano, con quien se encerraba varias horas seguidas.

Antes de continuar su camino, ordenaba que escribieran, en un sitio destacado, un poema de su inspiración. Ese peregrinaje duró cerca de diez años. Finalizó apenas el Poeta Ciego arribó a la ciudad capital. No se conoce mucho del año posterior a la llegada, pero de pronto su nombre apareció en todos los diarios de la ciudad. El Poeta Ciego ocupó el primer lugar en el ingreso a la universidad más importante del país. Alertada con la noticia, una pareja de esposos sumamente adinerada creyó reconocer en el Poeta Ciego al hijo que les habían secuestrado años atrás. De inmediato lo adoptaron y lo declararon heredero universal de sus bienes.

A partir de entonces, el Poeta Ciego fue visto con bastante frecuencia por los pasillos de la universidad. Después de unos meses comenzó a ser conducido del brazo por la joven con quien luego se casaría. Aquella muchacha tenía la costumbre de no hablar con nadie, y en toda ocasión vestía un hábito de tela burda. En el dedo meñique lucía tres lunares, casi imperceptibles, que el Poeta Ciego la obligaba a cubrir con un dedal de cuero negro. A pesar de no tener matrícula en ningún curso, asistía a todas las clases que le correspondían al Poeta. En aquel mismo año el Poeta Ciego fue propuesto para presidir la Asamblea de Estudiantes, nominación que declinó, haciendo un juramento escrito, donde establecía que jamás aceptaría ningún puesto público. Ya en ese tiempo, se encontraba redactando el Tratado de la Austeridad, que cuando fue editado le significó un considerable número de adeptos. Desde ese momento, fue cada vez mayor el número de personas que buscaban su compañía. Se hacía curioso lo diferente, que eran entre sí, los que se congregaban a su alrededor. Incluso tenía seguidores, que al no saber leer ni

escribir, asistían a unas lecturas que se organizaron en el patio trasero de la casa donde el Poeta Ciego comenzó a vivir. En ese tiempo, ya habían sido formalizadas las relaciones que mantenía con la joven del hábito rústico, quien tiempo después sería bautizada, por el mismo Poeta Ciego, como la Doctora Virginia. Se hablaba de una fecha para el matrimonio, pero los planes cambiaron, de improviso, porque los padres adoptivos, cierta mañana, fueron hallados sin vida en su habitación. Ambos esposos estaban acostados, daban la apariencia de dormir plácidamente. Se tejieron algunas intrigas alrededor de esas muertes, pero para disminuir la tristeza, que mostró el Poeta Ciego, se realizaron unos rápidos funerales. Fiel a las enseñanzas de su Tratado, el Poeta Ciego vendió las propiedades de los padres, y adquirió unos terrenos, en las afueras de la ciudad. También compró una extraña casa cercana al mar, conocida después como la Casa Central. Aquella vivienda, no contaba con mayores comodidades. Los retretes estaban ubicados fuera del área techada, y la cocina funciona con carbón. Para comprarla, el Poeta Ciego pareció pensar sólo en las necesidades más inmediatas. Además, la escogió de dos pisos, para seguramente dormir a una distancia prudencial de la Doctora Virginia, con quien se casó, en una rápida y secreta ceremonia, llevada a cabo al día siguiente del sepelio. El Poeta Ciego contaba, además, con un pequeño gabinete de trabajo, donde, únicamente, cabían un escritorio y tres sillas. En aquel espacio, dictaría la mayor parte de los Tratados, y también los artículos del Código General de la Organización. Los poemas no fueron creados en este gabinete, sino en el espacio descubierto, que mediaba entre el cuarto de la Doctora Virginia y la cocina. En aquel patio, se había instalado un sofá rojo, que los días de lluvia, la Doctora

Virginia debía proteger, cubriéndolo con un nailon transparente, conseguido en una tienda de la ciudad.

Durante los años que duró el matrimonio, la Doctora Virginia se encargó de las obligaciones de la Casa Central con cierta tranquilidad. Sin embargo, esta calma no era posible de mantener todo el tiempo. En ciertas épocas, la Doctora Virginia caía en un estado de ánimo que no le permitía, ni siquiera, levantarse de la cama. Entonces, debía ocuparse del hogar una enfermera, que conocía al detalle las costumbres domésticas. La enfermera formaba parte del cuerpo de Discípulos del Poeta. Se trataba de un miembro menor, que se ganaba la vida trabajando en un sanatorio privado, donde pedía una baja temporal cada vez que la Doctora Virginia caía en uno de sus trances. Lo que más resaltaba de su físico, era el contraste entre su piel y el cabello teñido de rubio. La muerte del Poeta Ciego ocurrió, precisamente, durante una de las temporadas en que tuvo que hacerse presente la enfermera. Todo comenzó cierta noche, en que el Poeta Ciego se encontraba dictando sus textos. Cuando estaba a punto de terminar, la Doctora Virginia, repentinamente, dejó caer al suelo el lápiz y el cuaderno donde escribía. Luego, sin ningún control, se escurrió de la silla donde se hallaba sentada. El Poeta Ciego, de inmediato, trató de ser útil, pero por más que la tomó de los brazos, nada pudo hacer para sacarla de su estado. Varias veces intentó reanimarla, hasta que se dio por vencido, y llegó, por sus propios medios, al dormitorio. Al día siguiente, se levantó a la hora de costumbre, e introdujo una pequeña llave en la cerradura de un ropero, que ocupaba íntegramente la pared del fondo. Adentro, estaba el teléfono. Llamó a la enfermera, para que se hiciera cargo de la situación. Luego, la esperó al lado de la

puerta de la calle. Apenas la sintió llegar, le encomendó trasladar a la Doctora Virginia a una habitación, que la propia Doctora Virginia tenía acondicionada para pasar, con relativa calma, los periodos de crisis. La pieza estaba oscurecida, con espesas telas, puestas delante de las ventanas, y la puerta había sido recubierta con una gruesa placa de corcho.

La enfermera se quedó en la Casa Central cerca de dos semanas. Permaneció en ella, hasta que una noche, la Doctora Virginia abandonó, de pronto, el letargo en el que se hallaba sumida. Después de levantarse, rápidamente pasó la mano por el contorno de los objetos del cuarto. En la mesa de noche, había una botella con suero, y un orinal de vidrio oscuro. La Doctora Virginia dio unas cuantas vueltas dentro del dormitorio, se puso el hábito, y salió al pasillo de la casa. El sueño había hecho que los ojos lucieran algo empequeñecidos. En el segundo piso, había una luz encendida. La Doctora Virginia subió por las escaleras, y llegó hasta la habitación del Poeta. Abrió la puerta, sin golpear, y la escena que se le presentó, la paralizó por unos segundos. El Poeta Ciego estaba acostado boca arriba, y sobre él cabalgaba, desnuda, la enfermera. La Doctora Virginia, de inmediato, desapareció, y regresó con un martillo de mango amarillo intenso. Acto seguido, asestó, sin compasión, varios golpes en el cráneo del Poeta. Rápidamente, haciendo uso de sus habilidades profesionales, la enfermera logró reducir a la enloquecida Doctora Virginia, y la encerró en la habitación donde había pasado dormida los últimos días. Luego, procedió a introducir, con mucho cuidado, la masa encefálica del Poeta Ciego en su lugar. Se ayudó con un largo pañuelo, de seda

púrpura, que encontró, guardado, en un cajón de la cómoda.

La Doctora Virginia, era la principal responsable de la Organización. El Poeta Ciego prefería no tener que intervenir, directamente, en esos asuntos. Los aspirantes a Discípulos, solían ser reunidos en el local construido en los terrenos que el Poeta Ciego compró en las afueras de la ciudad. Allí permanecían, internos, durante seis meses, tiempo en el cual les eran impartidas las principales enseñanzas señaladas en los Tratados escritos por el Poeta. Los cursos eran dictados por un Discípulo Principal, bautizado, desde hacía mucho tiempo, como el Pedagogo Boris. La ceremonia de iniciación, se llevaba a cabo dos veces por año. En esas ocasiones, se reunía la Organización en pleno. Asistía, también, el Poeta Ciego, pero era la Doctora Virginia quien realmente dirigía la ceremonia. Los aspirantes, eran arrodillados en un suelo cubierto con pequeñas piedras filosas. En los dos extremos del campo, había unas empalizadas, formadas por cruces y espadas clavadas al suelo. En esa etapa del acto, la Doctora Virginia se encontraba, trepada, en un atrio de madera, construido especialmente para esas ocasiones. Durante las tres horas siguientes, los aspirantes debían repetir, en voz alta, los principios fundamentales de la Organización. Todos los aspirantes tenían, en las manos, una vara de madera negra, que les servía, simbólicamente, para apartar las fuerzas del mal. Desde donde se encontraba ubicada, la Doctora Virginia decía, en voz alta, la primera parte de las oraciones, para que luego los aspirantes las completaran en forma correcta. Era imprescindible, que se guardara la más absoluta compostura. A lo largo de todo el acto, el Pedagogo Boris se mantenía cerca al campo sembrado con

las pequeñas piedras. Ni un segundo dejaba de estar atento al rendimiento de los aspirantes. Si alguno fallaba, de inmediato él mismo completaba la frase. Algunas veces, el Pedagogo Boris intentó ser duro con los aspirantes indisciplinados. Pero tuvo que rectificar ese comportamiento, cuando el Poeta Ciego le prohibió azotar, de esa forma, a los niños. En aquella ocasión, el Poeta Ciego señaló que ni una sola gota de sangre podía correr por el sagrado recinto dedicado a la práctica pedagógica.

El Pedagogo Boris era una persona que, desde muy joven, se había interesado en las diversas técnicas educativas vigentes en el mundo. Nació en un distrito del interior del país. Su padre era un pequeño propietario, que contaba con algunas tierras de cultivo, y cierto número de cabezas de ganado. El Pedagogo Boris siguió estudios superiores en la capital. Sin embargo, no estaba de acuerdo con todas las enseñanzas que le impartieron. Afirmaba que se debía ser más revolucionario en el trabajo didáctico. Luego de recibirse, se incorporó en la plana de una Gran Unidad Escolar, donde enseñó por cerca de veinticinco años. La rutina que allí llevaba, se vio alterada cuando un grupo de profesores le propuso asociarse, para sacar adelante un colegio particular. Se trataba de un colegio, bastante modesto, ubicado en la periferia de la ciudad. Aunque estaba en funcionamiento, no habían acabado de construirlo, porque se necesitaba de un mayor número de socios. El Pedagogo Boris sacó parte de los ahorros, que había acumulado en el Fondo de Educadores, y adquirió unas cuantas acciones. Pero, tampoco en ese colegio pudo poner en práctica su proyecto, acerca de las técnicas pedagógicas que le interesaban. Cuando comentó el tema, los demás socios le pidieron un poco de paciencia. El Pedagogo Boris renunció a la sociedad, cuando descubrió que los profesores aceptaban el soborno de los alumnos, y

que los socios vendían los certificados de estudios al mejor postor. Una vez conocidas las irregularidades, el Pedagogo Boris salió del plantel escolar. Tomó un autobús, que lo trasladó hasta la zona más concurrida de la ciudad. Eran cerca de las cinco de la tarde. El tráfico de personas era intenso. Después de andar varias cuadras, se encontró, en cierta esquina, con un hombre que hablaba de mujeres desnudas. Le prestó atención, y el hombre terminó convenciéndolo para que lo acompañara. El Pedagogo Boris fue introducido en un sótano, situado debajo de una zapatería. En la entrada se leía: Palacio de las Mujeres Desnudas.

La decoración de aquel local estaba compuesta principalmente por mesas de fierro. En un extremo se había levantado una construcción de madera. La estructura formaba pequeñas casetas, con vista a un reducido espacio circular. Cada una de las casetas, tenía dos filas de sillas y un vidrio, a través del cual se veía el minúsculo escenario. Antes de que el Pedagogo Boris entrara, el encargado le preguntó cuánto tiempo pensaba mirar a las mujeres. El Pedagogo Boris no contestó, pero le extendió algunos billetes. Era el único cliente. Apenas traspasó el umbral, una música bailable comenzó a sonar. Entró en la primera cabina. A ambos lados, había letreros, escritos con material fosforescente. Tomó asiento en una silla. Al instante, se levantó una cortina, y salió una mujer al escenario. El Pedagogo Boris y la mujer estaban separados sólo por el vidrio. La mujer trataba de bailar al son de la música, pero no tenía mucho espacio para hacerlo. Estaba completamente desnuda, y tenía la cara cubierta con una máscara. Un extenso lunar aparecía sobre uno de sus hombros. No se trataba de un cuerpo joven. En

determinado momento, se acercó al vidrio, e hizo con sus manos gestos indecentes. Al final de cada movimiento, la mano llegaba a tocar el lunar en toda su extensión. Como el Pedagogo Boris había pagado por varios turnos, la mujer debía seguir bailando, una canción tras otra. El Pedagogo Boris miró, atentamente, el cuerpo que tenía a pocos centímetros de sus ojos. De pronto, alguien entró en la cabina y se sentó a su lado. Estaba todo tan oscuro, que no se podían adivinar las características de esa persona. El Pedagogo Boris comenzó a ser acariciado en forma disimulada. Al mismo tiempo, le decían, al oído, que le iban a explicar aquello que estaba viendo a través del vidrio. La voz continuó hablando. Expuso las ventajas de no cometer actos carnales. Era suficiente, afirmaba, con ver y sentir sin comprometerse a nada. Luego, la persona desapareció. El Pedagogo Boris se quedó solo en su asiento. Después de unos momentos, se puso de pie, y salió de la caseta. En el trayecto, algunas mujeres pretendieron interceptarlo, pero el Pedagogo Boris las rechazó. Cuando llegó a la calle, estaba a punto de hacerse de noche. La luz artificial se mezclaba con los últimos rayos de sol.

Luego del asesinato del Poeta Ciego, la enfermera del cabello teñido congregó, a los Discípulos, en la Casa Central. Antes, ordenó y dejó limpio el escenario del crimen. Había acostado, al Poeta Ciego, en la cama, donde lucía, imponente, con aquel turbante, de color púrpura, en la cabeza. Uno de los primeros Discípulos en llegar, fue el Pedagogo Boris, quien entró en la Casa cuando estaba amaneciendo. Por tratarse de un Discípulo Principal, la enfermera, de inmediato, le entregó las llaves de la habitación donde estaba encerrada la Doctora Virginia. El Pedagogo Boris abrió la puerta, con rapidez, y entró. Se

quedó, dentro, unos quince minutos. Cuando el Pedagogo Boris salió del cuarto, la enfermera le pidió las llaves que le había entregado momentos antes. La enfermera estaba cerrando el cuarto, cuando, desde dentro, la Doctora Virginia comenzó a repetir consignas en contra del Poeta. Las frases atacaban, principalmente, la conducta sexual del Poeta Ciego. Al mismo tiempo, refrendaban los principios de Celibato Obligatorio y de Austeridad Absoluta. A pesar de la gruesa placa de corcho, que recubría la puerta de la habitación, la voz de la Doctora Virginia podía ser escuchada en los otros ambientes de la casa. El Pedagogo Boris se acercó donde la enfermera, y en voz baja le preguntó si no era posible inyectarle un calmante a la Doctora Virginia. Luego, se dirigió a los otros Discípulos, que habían ido llegando mientras el Pedagogo Boris y la Doctora Virginia estuvieron encerrados en la habitación. El Pedagogo Boris preguntó por lo que se pensaba hacer. Un Discípulo encorvado, que llevaba unos anteojos de cristales bastante oscuros, sostuvo que, en una reunión sumaria realizada momentos antes, habían decidido que la conducta del Poeta Ciego era intachable a pesar de cualquier circunstancia. Por eso, se había llegado a la conclusión de comenzar con la correspondiente serie de rituales relacionados con el entierro. Con respecto a la Doctora Virginia, el Discípulo de los anteojos informó que la recluirían por un mes, en el mismo sanatorio privado donde trabajaba la enfermera. Después, le darían muerte según los códigos establecidos. Afirmó que no la ajusticiaban en ese momento, porque la gloria que conllevaba el fin del Poeta Ciego, quedaría opacada con esa otra muerte.

Entre otras decisiones, se acordó que, después del sepelio, debían reunirse, todos, en el salón de baños de

vapor donde acostumbraban encontrarse. La mañana del entierro, algunos fueron al cementerio preparados para pasar la noche en las habitaciones del salón, distante un par de cuadras de la Casa Central. El Pedagogo Boris, apareció con un traje, totalmente negro, y con un pequeño maletín donde llevaba una muda completa. El salón de baños de vapor, ocupaba todo un edificio de cuatro pisos, que los Discípulos Principales reservaron, totalmente, con la colecta que se hizo entre los miembros más connotados de la Organización. Eso permitió que, tanto hombres como mujeres, compartieran con libertad los mismos ambientes. El Poeta Ciego tenía la costumbre de usar el salón una vez al mes. Buscaba, en esas ocasiones, poner a prueba los principios del Celibato Obligatorio. La idea central consistía en que sólo en una situación límite, se podía realmente probar la verdadera adhesión a aquel precepto. El edificio del salón tenía forma de cubo, y lucía las ventanas enmarcadas con aluminio. En el primer piso, se encontraba el restaurante, y en el sótano la cámara principal de vapor. A un costado estaban las tinas individuales, y las duchas de agua helada. Las paredes, de todas las secciones, habían sido recubiertas con losetas, y las mesas así como las superficies de los mostradores, lo estaban con placas de formica. En las ocasiones en que los Discípulos reservaban el salón, aparecían, colgados en las distintas secciones, varios cuadros con mensajes escritos. En ellos se leían diversos pensamientos del Poeta Ciego.

Después del entierro, los Discípulos llegaron al salón de baños de vapor y, luego de acomodar los maletines, se despojaron de sus ropas. A los pocos minutos, empezaron a oírse unas voces, transmitidas por los parlantes, colocados en los extremos superiores de la cámara. Eran dos los

oradores, un hombre y una mujer, quienes, en un tono bastante neutro, fueron intercalando sus intervenciones. Empezaron hablando de la vida del Poeta Ciego. Pero, curiosamente, cuando el relato llegó a su época universitaria se omitió mencionar a la joven, vestida con hábito, que le servía de lazarillo. Mientras las voces continuaban, los Discípulos se desperdigaron en pequeños grupos, para comentar los mensajes que recibían a través de los parlantes. Al mediodía se interrumpió la transmisión, para anunciar que estaba próxima la hora del almuerzo. Se congregaron, entonces, en el centro de la sala. Recomenzaron las voces de los parlantes, para guiar un rápido ejercicio teatral, por el cual cada asistente debía cerrar los ojos, y reconocer, a los compañeros desnudos, por medio del tacto. A cada momento, las voces hacían referencia al Celibato Obligatorio. En medio de la espesa nube de vapor, era apenas perceptible el espectáculo de estos hombres y mujeres buscando tocarse. Poco después, algunos comenzaron, a retirarse, hacia las duchas individuales. En aquel momento, el Pedagogo Boris y una Discípula, bautizada como la Extranjera Anna, tocaron, por primera vez, sus cuerpos.

La Extranjera Anna fue tomada, primero, por el hombro derecho. Precisamente, aquella era la zona donde aparecía un extenso lunar. Al instante, el Pedagogo Boris reaccionó con repulsión. Pero, de inmediato, se sobrepuso, y extendió toda la mano sobre el lunar, que la Extranjera Anna, el día anterior, había olvidado acicalar. La Extranjera Anna solía colocarse, una vez al mes, frente a un espejo, para librarse, totalmente, de una serie de vellos indecorosos. Generalmente, la operación la realizaba, sentada, en una silla, sobre la que había, extendido, una toalla. En esos momentos, se hacía bastante visible el lunar, que aparecía sobre el hombro derecho. La desnudez y la luz que entraba

por la ventana, contribuían a resaltarlo. Para mantenerlo pulcro, contaba con unas pequeñas tijeras.

En el momento en que la mano del Pedagogo Boris avanzó, para seguir recorriendo el cuerpo de la mujer, tanto el Pedagogo Boris como la Extranjera Anna abrieron los ojos. Ambos se encontraron, en medio del vapor. Sin haberlo pretendido, ella estaba rodeando, con sus brazos, la cintura del Pedagogo Boris. Se observaron, por un rato largo, y mientras lo hicieron abandonaron la tarea de seguir recorriendo sus cuerpos. El Pedagogo Boris comenzó a guiar, a la Extranjera Anna, hacia un rincón. Dejaron, juntos, la cámara principal, y pasaron a la zona de las duchas de agua helada. Con la humedad y el cambio de temperatura, las plantas de los pies se pegaban, levemente, a la superficie del piso. El Pedagogo Boris empujó, con suavidad, a la Extranjera Anna al interior de una de las duchas. No era la primera vez que se veían. Ambos mantenían una larga relación, en la que nunca se dio la oportunidad para hablar o tocar sus cuerpos. De pronto, el Pedagogo Boris se acercó, al oído de la Extranjera Anna, para confesarle, en voz baja, que le parecía deplorable el hecho de que el Poeta Ciego hubiese cometido el acto carnal con la enfermera. Añadió, que el Poeta Ciego tenía merecida la clase de muerte que había tenido, y que en lugar de encontrarse reunidos en aquel salón, de baños de vapor, se tendría que haber organizado una visita al sanatorio privado, donde estaba recluida la Doctora Virginia. Al escucharlo, la Extranjera Anna trató de salir rápido de la ducha. Al mismo tiempo, dijo, en voz alta, que nada justificaba una muerte. El Pedagogo Boris la detuvo, pero la Extranjera Anna, de improviso, comenzó a hablar en otro idioma. El Pedagogo Boris, entonces, le tapó la boca.

La Extranjera Anna había emigrado, de su tierra natal, apenas contó con la mayoría de edad. Tenía interés en viajar a ultramar, al lugar donde suponía habitaba su padre. En realidad, no contaba con mayores elementos para tener ninguna certeza sobre su destino. De niña, la Extranjera Anna solía pasear, junto al padre, por zonas campestres, cercanas a la ciudad donde vivían. Acostumbraban tomar el autobús que hacía el recorrido rural. En el momento menos pensado, el padre le pedía siempre al chofer que los dejara bajar, sin importar el nombre ni la distancia del poblado más cercano. En uno de estos paseos, le enseñó un libro de tapas negras. Al mismo tiempo, le habló de cierto grupo, de inspiración religiosa, que estaba frecuentando. A los pocos días, la Extranjera Anna asistió, con él, a una de esas reuniones. El grupo se juntaba en un local clandestino, ubicado dentro de una olvidada estación de ferrocarril. Una vez que acudieron, el padre, sin mayor trámite, despojó a la Extranjera Anna de su blusa. La dejó desnuda, de la cintura para arriba. Al mismo tiempo, les aseguró a los demás, que era cierta la señal de la que les había hablado. Los fieles se acercaron para mirar el lunar con detenimiento. En esa sesión, el padre fue propuesto para ser aceptado en el grupo de manera oficial. Quince días después, asistió a la ceremonia vistiendo su mejor traje, que se terminó arruinando en el momento de la inmersión, en una gran tina de agua cristalina. A las pocas semanas, el padre decidió dejarlo todo, y partió con rumbo desconocido. Abandonó, la casa familiar, de madrugada. La noche de la partida, hizo que la Extranjera Anna durmiera en la estación, donde el grupo acostumbraba reunirse. Después, aseguró bien las puertas y las ventanas de la casa que habitaban, y dejó abiertas, las llaves del gas, mientras la familia dormía. Sobre los sacos de pijama, de cada víctima,

prendió, con alfileres, una carta dirigida a algún profeta bíblico.

Un mes después de la muerte del Poeta Ciego, los Discípulos Principales organizaron nuevos homenajes en su memoria. Se planificaron visitas al cementerio, misas al aire libre y se reservó, nuevamente, el salón de baños de vapor. También se colocaron avisos en los diarios. Gracias a estos anuncios, se hizo público el crimen. Un pariente de los padres adoptivos del Poeta Ciego, al leer uno de los avisos, se presentó para reclamar su parte de la herencia. Al encontrar, cerradas, las puertas de la Casa Central, recurrió a la policía para que investigase el caso. Lo primero que intentaron los agentes, fue ubicar a la Doctora Virginia. El sanatorio privado donde estaba internada, se encontraba en un balneario, cercano a la ciudad. En él existía un pequeño zoológico, donde eran mantenidos, enjaulados, varios animales, propiedad del director. También, se había instalado un gallinero, para que, a modo de terapia, los pacientes utilizasen parte del tiempo disponible. El método tenía un carácter experimental, y, señalaba, que los internos debían trabajar con las gallinas cumpliendo las tareas en forma rotatoria. Respetando aquel ciclo, la Doctora Virginia tenía que participar, los días viernes, de la matanza de las aves listas para ser sacrificadas. Pero, durante las cuatro semanas que permaneció recluida, no pudo matar una sola gallina. A pesar de que los enfermeros intentaban obligarla, ella se resistía siempre, proponiendo, a cambio, efectuar la recolección de huevos, aunque ese día no fuese el designado para esa labor. Durante el tiempo de su internamiento, se entretuvo leyendo un libro, que le prestó el director del sanatorio privado. La novela trataba de un

pueblo de pescadores. Cuando los agentes llegaron al sanatorio, ya no encontraron, a la Doctora Virginia, entre los pacientes. Según los responsables, había sido secuestrada, por un hombre, durante el horario de visitas. Por el testimonio de un interno que lo vio todo, el hombre introdujo, a escondidas, ropas masculinas con las que fue vistiendo, disimuladamente, a la mujer. El día del secuestro, los enfermeros se dieron cuenta de la desaparición ya entrada la noche. La notaron porque, en la cocina, extrañaron la cuota de huevos, que ese día la Doctora Virginia había prometido recoger. No se supo más de ella, pero los investigadores, en cambio, sí detuvieron a algunos de los Discípulos, que habían acudido al salón de baños de vapor, para conmemorar la muerte del Poeta. También, congelaron las cuentas que el Poeta Ciego, mantenía, en varios bancos del país.

El Pedagogo Boris habitaba una casa con jardín delantero. En el barrio donde la vivienda estaba ubicada, había varias casas similares. La puerta de calle era de fierro, y lucía arabescos sobre un vidrio pavonado. Los dibujos se repetían, en las ventanas y en las barandas del balcón. En la sala, había un juego de sillones, y algunos adornos de porcelana. Aparte del Pedagogo Boris, en la casa vivía un adolescente, que cocinaba y hacía la limpieza a cambio de la manutención. Pertenecía al cuerpo de Discípulos Menores, y dormía, en un cuarto, aledaño a la cocina. Otro habitante era un gran gato, amarillo, que el Pedagogo Boris encontró en la calle, cuando aún no tendría ni un mes de nacido. Del pasillo principal de la casa, partían unos libreros de grandes dimensiones, que terminaban en el cuarto donde el Pedagogo Boris dormía. La habitación contigua estaba destinada a una computadora. Allí había, también, un aparato de fax, y el contestador de llamadas telefónicas. Además, existía un

fichero con disquetes, y una impresora. Desde el primer momento de reclusión en esa casa, la Doctora Virginia se mostró interesada en descubrir las posibilidades que la Computadora le podía ofrecer. Pasó muchas horas, tratando de aprender el funcionamiento de los programas. Para eso copió, íntegra, las Iluminaciones de San Agustín.

La Doctora Virginia estableció una rutina, similar, a la que había llevado en la Casa Central. Como de costumbre, llevaba puesto, todo el tiempo, el hábito de tela rústica, y el dedal de cuero negro, que ocultaba sus tres pequeños lunares. Pero, a diferencia de la Casa Central, en el hogar del Pedagogo no era la Doctora Virginia la encargada de las labores domésticas. Ese trabajo lo hacía el adolescente que habitaba allí. En la Casa Central, el Poeta Ciego había implantado una rutina bastante rígida. En ese tiempo, la Doctora Virginia trataba de cumplir, con ese orden, de acuerdo a sus posibilidades. Los lunes, por ejemplo, estaban destinados a cocinar, una comida, que debía durarles, a la Doctora Virginia y al Poeta Ciego, hasta la semana siguiente. El Poeta Ciego había hecho los cálculos, de cuánto podía ahorrarse, usando aquel sistema de alimentación. Diariamente, la Doctora Virginia debía, también, comprar tres panes y una bolsita de té filtrante. Aparte, en las noches de luna, debía copiar, rápidamente, los poemas que recitaba el Poeta Ciego sentado en el sofá del patio. Se debían aprovechar esas noches, pues el Poeta Ciego sostenía que los textos le llegaban por inspiración de una luna, que estaba imposibilitado de ver. El Pedagogo Boris iba, algunas veces, de visita, a la Casa Central. Cuando llegaba, hablaba de los avances que se iban obteniendo con los aspirantes que preparaba para los bautizos en los terrenos de las afueras. Conversaba,

también, acerca del escritor León Tolstoi, y de su experiencia, de patriarca, en la comunidad, rusa, de Yásnaya Poliana. El Poeta Ciego lo escuchaba, casi siempre, en silencio. La mayoría de las veces, se encontraba, estático, frente al escritorio, ubicado en el, minúsculo, gabinete donde trabajaba. También, podía estar sentado en el sofá, que había en medio del patio. Generalmente, la Doctora Virginia escuchaba, muy atentamente, los monólogos en los que solía embarcarse el Pedagogo Boris. Como responsable principal de la ceremonia de bautizo, la Doctora Virginia estaba en la obligación de conocer, en forma constante, el estado intelectual de los aspirantes. Sólo cuando el Poeta Ciego levantaba la mano derecha, el Pedagogo Boris interrumpía, de manera total, su discurso. Era hora de retirarse. El Pedagogo Boris se despedía, entonces, del Poeta Ciego, y, luego, de la Doctora Virginia. Acto seguido, ella guiaba, al Poeta Ciego, hasta la habitación del piso superior.

Después de transcribir el texto de San Agustín, la Doctora Virginia hizo una serie de apartados en el archivo que había abierto en la computadora. Se los dio a leer al Pedagogo Boris. En esos apuntes, estaba señalado que, sólo los necios y los cretinos, podían desconocer, el carácter extraordinario, de ciertos conocimientos, llegados a través de la iluminación divina. Hacía énfasis, además, en la irrenunciabilidad, total y absoluta, a una idea adquirida de ese modo. En esa época, la Doctora Virginia comenzó a insistir en que pusieran, su cama, en la habitación donde estaba colocada la computadora. El Pedagogo Boris, le había dicho que estaría más segura en el cuarto de servicio, y allí la había instalado, desde el principio. Pero la Doctora Virginia terminó, imponiendo, su petición de dormir donde deseaba. La Doctora Virginia parecía feliz en su nueva ubicación, escribiendo, todo el tiempo en la

pantalla, haciendo llamadas telefónicas, y usando el fax a cualquier hora. Sin embargo, luego de seis meses de reclusión, cayó en uno de sus acostumbrados ataques, supuestamente de melancolía pero que muchas veces eran de una furia sin límite. El Pedagogo Boris tuvo que atenderla, durante el tiempo que duró el trance de semiinconsciencia, en el que se vio envuelta. Cuando se recuperó, la Doctora se levantó de la cama con una inusual energía. Empezó a dar vueltas dentro de la casa, y lanzaba, todo el tiempo, diatribas en contra de la conducta privada del Poeta Ciego. Además, el teclado de la computadora comenzó a ser tocado con una creciente violencia. Las llamadas de teléfono, así como los mensajes a través del fax aumentaron en forma considerable. Hasta que, finalmente, después de varios días exaltados, la Doctora Virginia abandonó, del todo, la reclusión que le había impuesto el Pedagogo Boris.

Aquel día, el Pedagogo Boris regresó tarde a la casa, porque había estado buscando unas medicinas, que la Doctora Virginia le había mandado comprar. Cuando abrió la puerta de la calle, se encontró con el monitor de la computadora en medio de la sala. Aparte, el Disco Duro parecía haber sido golpeado con un objeto contundente. En un extremo, había restos de una pequeña fogata. El Pedagogo Boris trató de sobreponerse, y comenzó a recoger los pedazos de plástico y vidrio, regados por la habitación. Después, fue en busca de una escoba y de un recogedor. Cuando llegó al patio, lanzó un grito. El gran gato amarillo, se encontraba, empalado, en la escoba, que usaba el muchacho de la casa para realizar la limpieza. El Pedagogo Boris se espantó. Pero se controló, y se limitó a mirar la escena. Encendió un cigarrillo, que después de un

par de fumadas arrojó al suelo. Recién en ese momento, pareció reunir fuerzas para efectuar un movimiento brusco, por medio del cual cogió la escoba, y desensartó al gato. En pocos segundos, envolvió el cuerpo en unos periódicos. De paso hacia la calle, con aquella carga entre los brazos, se encontró con un papel, pegado a la pared de la cocina. Se trataba de un mensaje, donde se afirmaba que las costumbres sexuales del gato eran similares a las del Poeta Ciego. El Pedagogo Boris continuó con su camino, sin detenerse a leer. Una hora más tarde, el Pedagogo Boris tuvo que salir, nuevamente, a la calle. Se dirigió a una ferretería, distante un par de cuadras. Allí compró cal, ácido muriático y algunas herramientas para jardín. Adquirió aquellos artículos con el fin de eliminar el cadáver del muchacho de servicio, al que había encontrado muerto poco después de volver de arrojar al gato. Lo halló en posición decúbito ventral, dentro de un armario. Por las marcas en el cuello, el chico parecía haber sido estrangulado. Las paredes del cuarto estaban escritas en letras de molde. En esos mensajes, se afirmaba que no iba a quedar con vida un solo miembro de la Organización que no se sometiera a las pruebas. Los del dormitorio del muchacho no eran los únicos graffiti que había en la casa. En las paredes del jardín estaban, escritos, otros mensajes, que reforzaban los principios de Celibato Obligatorio y de Austeridad Absoluta que propugnaba el Poeta Ciego.

Al momento de enterrar, en el jardín, el cuerpo del muchacho, el Pedagogo Boris tuvo algunos problemas con los miembros superiores especialmente. Estaban demasiado rígidos y, para desaparecerlos, hubiera necesitado hacer una zanja mayor de lo que le permitía sus posibilidades. Decidió cortarlos en la tina del baño, y

disolverlos con ácido. Pero el corrosivo no tenía la fuerza que, seguramente, pensaba, por lo que debió limitarse a guardar los miembros dentro de una bolsa de plástico para — tarde en la noche— sacarla a la calle. Cumplió con su plan, y horas después dejó la bolsa en una esquina. Luego, siguió caminando. En cierto punto, tomó un taxi, que lo trasladó hasta el centro de la ciudad. Los únicos locales abiertos, eran las cantinas. Siguió andando media hora más. Llegó a un hotel de baja categoría. Entró en la recepción, y se inscribió en el Libro de Registro. El empleado le solicitó alguna credencial, y el Pedagogo Boris le mostró el carné del Fondo de Educadores. Una vez que firmó, le fueron entregadas las llaves de la habitación. En ese momento, se miró las manos. La piel de los dedos, estaba afectada por la acción del ácido. Las observó, hasta que, de pronto, levantó la cabeza con dirección a la calle. En ese instante, pasó un auto con el volumen de la radio puesto en tono alto. El Pedagogo Boris, se alojó en el hotel tres días.

Después de su permanencia, el Pedagogo Boris volvió, directamente, a su casa. Entró, muy despacio, y, curiosamente, al caminar por los pasillos, no encontró vestigios de los hechos de sangre. Habían desaparecido los restos de la computadora, y también los mensajes escritos en las paredes. Cuando salió al jardín, tampoco halló los montículos que habían quedado después de enterrar parte del cuerpo del muchacho de la limpieza. Sin embargo, aquel borrado de huellas, estaba lejos de ser un trabajo perfecto. En el suelo, se podían notar, todavía, algunas aureolas en los sitios donde se hizo la fogata, y en las paredes estaban veladas, pero se intuían las palabras. De pronto, sonó el teléfono. Luego, el tono que anunciaba la

llegada de un fax. El Pedagogo Boris, caminó, con apuro, hacia la habitación que había ocupado la Doctora Virginia. En ese momento, el fax estaba terminando de pasar. Se acercó para recogerlo, pero el timbre del teléfono hizo que se detuviera. Al segundo timbrazo, comenzó a funcionar el contestador. A través del aparato, se escuchó la voz de la Doctora Virginia. Tal vez, se trataba de una grabación, ya que las frases eran pronunciadas en un tono metálico y a manera de letanía. La voz repitió, una y otra vez, diversas oraciones, que se fueron intercalando, hasta que todas fueron dichas, tres veces, y en distinto orden. Luego de escuchar el mensaje, el Pedagogo Boris salió del cuarto sin leer el fax. Se dirigió, de inmediato, al patio de la casa. Aún estaba en su lugar la escoba, donde el gato había sido ensartado tres días atrás.

En el patio también se encontraban, apoyados contra una pared, la pala y el pico que le sirvieron al Pedagogo Boris para abrir las zanjas en el jardín. El Pedagogo Boris tomó asiento en una silla. Desde donde se encontraba, era posible la visión del cuarto en que había dormido el muchacho durante varios años. Se mantenían, intactos, el catre y la mesa de noche, hecha con una caja de cartón envuelta en papel de regalo. A intervalos regulares, seguía sonando el timbre del teléfono, y la señal del fax. Después, se oía la voz de la Doctora Virginia, que repetía las frases intercaladas. Fue anocheciendo. La luz, que se introdujo por la ventana, cambió, poco a poco, de matiz. Las paredes adquirieron una coloración azul. Finalmente, desaparecieron en la oscuridad. En ese momento, algo sucedió: varios hombres y mujeres entraron, de manera clandestina, a la casa. El Pedagogo Boris se alarmó, pero antes de que pudiera ponerse de pie, recibió un golpe. La

cabeza cayó sobre la mesa. El Pedagogo Boris se deslizó al suelo. A pesar de que se trató de una caída desagradable, no dio muestras de una reacción mayor. Sólo realizó un sutil recogimiento, de brazos y piernas. Mientras tanto, en el segundo piso, el timbre del teléfono, la señal del fax y la voz de la Doctora Virginia, siguieron repitiéndose, con un ritmo casi matemático. Horas más tarde, el Pedagogo Boris despertó. Ya no se encontraba en el suelo. Estaba sentado, nuevamente, frente a la mesa de la cocina, pero tenía los brazos atados al respaldar de la silla, y en la boca, le habían introducido un pañuelo. Dentro de la casa, seguían estando presentes los hombres y las mujeres que entraron en forma repentina. Pasaban de una habitación a otra, especialmente a la que ocupó el muchacho de la limpieza. Aquellas personas tenían la misión de construir una celda, donde deberían recluir al Pedagogo Boris hasta que la Doctora Virginia lo ordenase. La cabeza del Pedagogo Boris cayó, nuevamente, sobre la mesa. Después de unos meses, le contaría a la Doctora Virginia que, en esos momentos, soñó con León Tolstoi, quien estaba acompañado en esa ocasión nada menos que por el Poeta Ciego.

Aparte de la presencia de León Tolstoi y del Poeta Ciego, el Pedagogo Boris dijo haber visto, también, a los campesinos de Yásnaya Poliana. León Tolstoi, estaba frente a ellos, y hablaba de las virtudes curativas que podían tener cierto tipo de lunares. Después de terminar su discurso, instó a los presentes que fueran poseedores de un lunar significativo, que se acercaran a su lado. Todos estaban debajo del árbol, bautizado como el Árbol de los Pobres. En otra escena del sueño, el Pedagogo Boris recordó que León Tolstoi le decía al Poeta Ciego, que no existía cosa más agradable que escuchar a Evdokimushka,

el ayudante del jardinero. Afirmaba que no era iluminado sino idiota. Le impresionaba mucho oírlo hablar de Dios, como si se tratara de una persona de carne y hueso. Evdokimushka decía que Dios separaría a los justos de los pecadores, y cegaría, a estos últimos, arrojando arena a sus ojos. En ese momento, el Pedagogo Boris también entró al sueño. Al verlo, León Tolstoi le ordenó que se deshiciese de la pala y el pico que había en el patio. El Pedagogo Boris buscó entonces un saco de yute, metió en él las herramientas, y lo cargó con la mano derecha. Salió a la calle, y la encontró desierta. La hora era bastante avanzada, y en las cercanías de la casa no existían puntos de movimiento nocturno. Sólo de cuando en cuando, algún auto rompía la soledad de la zona.

Después de caminar algunas cuadras, el Pedagogo Boris intentó abandonar su carga, en el jardín, delantero, de una casa pintada con tonos pálidos. El Pedagogo Boris se agachó, en el punto donde dos plantas estaban ubicadas una muy cerca a la otra. En ese preciso instante, pensó en las botellas de ácido muriático, que había dejado en la casa. No recordaba el lugar exacto donde se encontraban, pero no le parecía justo dejar abandonado el saco de yute mientras las botellas estaban sin resguardo en un lugar que no podía precisar. Pero en vez de volver a la casa para recuperar las botellas, el Pedagogo Boris emprendió el camino opuesto. Cuando llegó a una importante avenida, ya no sujetaba el saco con la mano derecha. Ahora lo hacía con la izquierda. A pesar de lo avanzado de la hora, los bares aún estaban abiertos. El Pedagogo Boris dejó el saco delante de uno esos locales. Se fijó además en que adentro la Extranjera Anna estaba bailando desnuda encima de una mesa. Alrededor había muchos hombres y también estaban

el Poeta Ciego y la Doctora Virginia, quienes reían del espectáculo que tenían delante. También se encontraba la enfermera del cabello teñido, la que cobraba para que los asistentes pudieran tocar el lunar que en esa oportunidad la Extranjera Anna había acicalado con el cuidado habitual. Luego de mirar por unos momentos, el Pedagogo Boris se alejó del lugar y desapareció al voltear una esquina.

El Pedagogo Boris estuvo recluido en la celda por espacio de dos meses. El cuarto del muchacho de la limpieza seguía intacto. Solamente habían suplantado la puerta y la ventana por una reja de fierro. Durante el tiempo que pasó encarcelado, el Pedagogo Boris leyó todos los libros que le habían dejado encima de la mesa forrada con papel de regalo. Pasado ese periodo, algunos miembros de la Nueva Organización entraron en la celda y le informaron que iba a ser liberado. El Pedagogo Boris fue trasladado a la cocina de la casa. Fue sentado en la misma mesa donde fue golpeado el día que tomaron por asalto la casa.

La Extranjera Anna había llegado al país treinta años atrás. Al perder toda esperanza de hallar a su padre por los medios tradicionales, aprovechó la oportunidad en que un grupo de conciudadanos estaba a punto de emigrar sin futuro preciso. Sin embargo, la Extranjera Anna tuvo más suerte que los demás y logró viajar contratada por una institución para que enseñase idiomas en el lugar de destino. Al día siguiente de su arribo, alquiló un cuarto en una casa situada en la zona más céntrica. En un principio la Extranjera Anna era la única inquilina y el cuarto contaba con baño propio, pero el año en que la propietaria murió la casa pasó a manos de una serie de herederos. Los nuevos dueños dividieron la propiedad y alquilaron sus partes a

distintas personas. Antes hicieron algunas obras para sacarle mayor provecho al espacio. En una zona de la huerta construyeron los baños de uso común. Las cañerías tuvieron que ser reorientadas, razón por la cual quedó inutilizado el baño privado que había incluido el contrato de arrendamiento. También se colocaron una serie de tabiques y paredes de madera.

Sólo cuando la Extranjera Anna comenzó a trabajar como maestra, conoció la Organización presidida por el Poeta Ciego. El medio de enlace fue un alumno con quien hizo amistad. Aquel alumno era un Discípulo Menor y tras sostener largas conversaciones con la Extranjera Anna la invitó para que asistiera una ceremonia de bautizo. La Extranjera Anna acudió interesada y lo que pareció llamarle más la atención fue el Principio de Austeridad Absoluta, que durante la ceremonia fue repetido muchas veces por la Doctora Virginia. Precisamente hacía algunas semanas, la Extranjera Anna le había dicho al alumno que no entendía el desperdicio absurdo de agua y energía eléctrica que notaba desde su llegada. Después de la ceremonia, el estudiante presentó a las dos mujeres. La Doctora Virginia olvidó cualquier detalle de educación e introdujo a la Extranjera Anna en un cuarto de adobe. El alumno ya había hablado con la Doctora Virginia acerca de la Extranjera Anna. Le había puesto al tanto de las confesiones sobre el padre y su grupo religioso. Una vez que estuvieron adentro, la Extranjera Anna vio repetirse la escena que de niña vivió junto al padre. Ante un pedido de la Doctora Virginia, se despojó de la blusa. El lunar había cambiado desde el momento en que lo apreciaron los correligionarios del padre. Había engrosado y la superficie aparecía más rugosa. Asimismo se hacía evidente el vello

que circundaba los bordes. La Doctora Virginia lo miró con detenimiento y luego pidió a la Extranjera Anna que se vistiera.

A esa hora el Poeta Ciego ya no se encontraba en el local de los bautizos. Había partido apenas terminó la ceremonia. La Doctora Virginia salió del cuarto llevando a la Extranjera Anna del brazo. Luego de pasar delante de una serie de Discípulos que aún seguían presentes, la Doctora Virginia acomodó a la Extranjera Anna en un auto que había en la puerta principal. La Doctora Virginia de inmediato le ordenó al chofer que las llevara a la Casa Central. El Poeta Ciego se encontraba en el gabinete de trabajo. La puerta estaba cerrada. La Doctora Virginia había encendido la luz. El Poeta Ciego estaba sentado de costado. Sobre el escritorio había varios montones de papeles. A un lado había una máquina de escribir bastante antigua, que el Poeta Ciego sacó de la casa de los padres adoptivos antes de poner todo en venta. Esa máquina no se utilizaba, se mantenía solamente como un elemento decorativo.

Nadie se atrevió a hablar. El Poeta Ciego miraba hacia un punto indeterminado. De improviso la Doctora Virginia comenzó a desvestir a la Extranjera Anna, quien le apartó las manos y le dijo que ella se quitaría la ropa por sus propios medios. Ni siquiera cuando estuvo desnuda cambió en algo la atmósfera del gabinete. El Poeta Ciego continuó mirando hacia el mismo punto indeterminado. La Doctora Virginia entonces cogió la mano del Poeta Ciego y la puso encima del hombro de la Extranjera Anna. Al instante cambiaron los rasgos del Poeta, el que dejó la mano posada sobre el lunar varios minutos seguidos. La Doctora Virginia

estaba atenta a sus reacciones. Finalmente el Poeta Ciego dijo cosas acerca del Celibato Obligatorio. En ningún momento dejó de tocar el lunar. Se refirió a ciertos seres privilegiados, que eran los llamados a guiar al resto hasta el punto más alto que el Celibato Obligatorio es capaz de ofrecer. Afirmó que nadie con sus sentidos en orden podría sustraerse a la influencia que un lunar como aquel ejercería. Luego le pidió a la Doctora Virginia que se sacara el dedal de cuero negro y le alcanzara el Tratado respectivo.

Una vez que dejó el meñique al descubierto, la Doctora Virginia buscó entre un grupo de documentos que se acumulaban en una esquina del gabinete. El Poeta Ciego pidió que lo abriera en la parte de los Iluminados. La Doctora Virginia leyó el Tratado en voz alta hasta entrada la madrugada. La Extranjera Anna tomó asiento sin vestirse y escuchó en silencio las enseñanzas. Cuando el Poeta Ciego se quedó dormido, la Doctora Virginia vistió a la Extranjera Anna y la trasladó al salón. Había preparado un sofá para que pasara la noche. Antes de apagar la luz de una pequeña lámpara, le dijo que al día siguiente iban a continuar con la lectura. De ese modo prosiguieron las jornadas de trabajo. La Extranjera Anna escuchó casi todo lo que el Poeta Ciego había escrito durante su vida. Lo único que no llegó a conocer fueron los poemas que dejó escritos en los pueblos costeros. El día que finalizaron las lecturas, la Extranjera Anna le pidió al Poeta Ciego que le permitiera pertenecer a la Organización. Recibió como respuesta que tanto él como la Doctora Virginia estaban al tanto de su deseo, pero que debía cumplir durante años con un contrato fundamental. La Extranjera Anna debía bailar

los jueves en un lugar de captación de adeptos llamado Palacio de las Mujeres Desnudas.

La Extranjera Anna escuchó los detalles con atención y esperó que la Doctora Virginia terminase de hablar para aceptar sin ningún reparo. Así fue como aprendió diversos bailes en una academia especializada. Durante muchos años acudió con regularidad al Palacio de las Mujeres Desnudas. Los asistentes habituales fueron testigos de cómo aquel cuerpo fue envejeciendo. La Extranjera Anna dejó definitivamente de bailar a partir del asesinato del Poeta Ciego. Luego de esa muerte a martillazos, la Extranjera Anna cambió totalmente su rutina. Se jubiló en el instituto de idiomas donde trabajaba y salió con muy poca frecuencia del cuarto que tenía alquilado. Siguió pensando en los principios de Austeridad y Celibato Obligatorio, pero una vez que el Poeta Ciego murió dio por terminada su necesidad de pertenecer a cualquier tipo de asociación. A cambio se impuso un método rígido de lecturas. Por ese tiempo descubrió la obra de Thomas Mann y se empecinó en leerla completa en un tiempo determinado. Todos los días, desde el mediodía hasta el anochecer, los dedicaba a sus libros. Antes de sentarse a leer, se preparaba una tetera con un té bastante cargado que iba consumiendo a sorbos lentos.

La rutina de la Extranjera Anna se estableció más o menos de ese modo, hasta que dos años después de la muerte del Poeta Ciego un mensajero tocó la puerta del cuarto y le entregó una carta. Se trataba de un sobre con las puntas algo arrugadas. La Extranjera Anna descubrió de inmediato que era el Pedagogo Boris quien lo remitía. En el interior sólo había un pequeño papel, donde el

Pedagogo Boris había redactado una invitación para el día siguiente en un restaurante cercano. Mientras estaba leyendo, la Extranjera Anna se llevó la mano al hombro derecho. Tocó el lunar. Luego volvió a leer la invitación. Después de unos momentos la dejó dentro del libro *Mario y el Mago* que tenía reservado para esa misma tarde. Acto seguido comenzó a prepararse para salir. Después de quince minutos llegó a un negocio donde compró los elementos necesarios para someterse a una sesión depilatoria. Al día siguiente, el Pedagogo Boris estaba a la hora exacta instalado en el restaurante escogido para la cita. Había pedido dos vasos de licor. La Extranjera Anna también fue puntual. En el saludo no se dijeron nada fuera de lo común. Mientras comían, el Pedagogo Boris habló de León Tolstoi y de su experiencia de patriarca.

El Pedagogo Boris también se refirió a la vida privada de León Tolstoi. Habló de un desgraciado matrimonio que el escritor y patriarca tuvo que soportar durante decenas de años. La situación terminó cuando un León Tolstoi muy anciano decidió abandonar la casa familiar. Lamentablemente esa huida fue bastante corta, pues la muerte lo sorprendió sentado en el andén de la estación donde esperaba un tren que lo sacara para siempre. A la hora del café se advirtió que tanto la Extranjera Anna como el Pedagogo Boris se fueron alterando. Sin levantarse de la mesa hicieron gestos con los brazos. Los ánimos se encendieron hasta que las acciones tomaron otro giro. La Extranjera Anna de improviso arrojó con dirección al rostro del Pedagogo Boris el contenido de la taza que tenía delante. Al caerle el café caliente, el Pedagogo Boris se llevó las manos a la cara. Cuando las retiró se hizo visible que la piel del rostro se había enrojecido. Después de

medio minuto reaccionó. Envolvió con una servilleta su vaso de licor y lo estrelló contra el piso. Se agachó, abrió la servilleta y cogió un trozo de vidrio que fue acercando en forma amenazante al cuello de la Extranjera Anna. Ante la violencia de la escena, la Extranjera Anna se puso de pie y se separó unos metros de la mesa. Algunos comensales notaron los hechos y pidieron la intervención de los camareros. El Pedagogo Boris fue cogido de los brazos y conducido de ese modo hacia la puerta. Sin embargo mantuvo el trozo de vidrio entre los dedos.

La Extranjera Anna llegó a su habitación cuando eran cerca de las cuatro de la tarde. Después de entrar, se quitó el vestido que había llevado para la cita y se puso una bata de tela estampada. Luego se acercó al pequeño librero y cogió la novela que había comenzado. El día anterior leyó solamente hasta la primera parte. Después de sentarse, avanzó hasta que se hizo de noche. Cuando terminó su cuota de lectura, preparó la cena y a las diez encendió el televisor. Horas antes, sentados en la mesa del restaurante, el Pedagogo Boris había hablado de los sucesos que se desencadenaron en su casa luego de liberar a la Doctora Virginia del sanatorio privado donde estaba recluida. Mientras tomaban el café, le habló acerca de la muerte del gato y del muchacho de la limpieza. Dijo que después de arrojar al gato en un descampado y de desaparecer el cuerpo del muchacho una serie de individuos tomaron por asalto su casa. Se identificaron como los Nuevos Discípulos y al instante lo golpearon con rudeza. El Pedagogo Boris quedó inconsciente sobre la mesa de la cocina. Luego los Nuevos Discípulos construyeron una reja en la puerta del cuarto que había ocupado el muchacho asesinado. El Pedagogo Boris fue depositado en aquella celda

improvisada. Permaneció recluido por espacio de un mes. En todo ese tiempo no habló con nadie. Pasado ese periodo, la Doctora Virginia se presentó para liberarlo y para informarle que en la Nueva Organización estaban interesados en la implantación de novedosos métodos educativos.

Cuando terminó el noticiero, la Extranjera Anna apagó el televisor. Después se dispuso a acostarse. Al día siguiente se levantó como siempre a las seis de la mañana. Mientras caminaba hacia la zona en que había improvisado la cocina, la puerta de entrada comenzó a ser golpeada repetidas veces. La Extranjera Anna llevaba la bata semiabierta, por lo que quedaba al descubierto parte de su cuerpo. Dijo en voz alta que esperaran un momento. Luego trató de acomodar algunos objetos que estaban fuera de lugar. Se quitó con rapidez la bata y se puso el vestido que la jornada anterior había utilizado para la cita en el restaurante. Después se acercó hasta los baldes de fierro que había en el baño clausurado. Se lavó la cara. Para hacerlo sacó un poco de agua de uno de los baldes y la arrojó a una palangana de plástico. A pesar del tiempo que duraron las acciones, la puerta siguió sonando. Tal vez por eso no usó la esponja con la que acostumbraba asearse. Sin embargo se dio el tiempo necesario para estirar las cobijas de la cama donde había dormido. Cuando finalmente abrió la puerta, apareció el Pedagogo Boris recostado contra el marco. La Extranjera Anna hizo el ademán de cerrar nuevamente. Pero el Pedagogo Boris se lo impidió. El traje que usaba, arrugado por completo, lucía algunas manchas. La corbata estaba atada de cualquier modo. En la mano llevaba una botella de licor.

Luego de medio minuto de quedarse estático y haciendo presión en la puerta, el Pedagogo Boris abrió los brazos, caminó dentro del cuarto y cayó sentado en una silla colocada junto a la ventana. Mencionó que no había dormido en toda la noche. En lugar de eso había dado vueltas alrededor de la ciudad. Para recordar nuevamente el lunar y el cuerpo de la Extranjera Anna, acudió al clausurado local donde funcionaba el Palacio de las Mujeres Desnudas. Quedó largo tiempo mirando el edificio. Mientras fue repasando los hechos de la noche anterior, no dejó de llevarse la botella a los labios. La Extranjera Anna había quedado de pie en el umbral y esperó que el Pedagogo Boris hiciera una pausa en su relato para cerrar. El vestido que llevaba puesto carecía del cinturón correspondiente, por lo que caía sin forma definida. La única voz que se escuchaba en la habitación era la del Pedagogo Boris, quien reinició su discurso como si estuviera solo. Siguió refiriéndose a los pormenores de la noche anterior. El relato hizo mención a una serie de bares y mujeres que se le ofrecieron a cambio de dinero. Cada vez que terminaba de hablar, volvía al comienzo para decir las mismas cosas. La situación cambió cuando se fijó en el pequeño librero. El Pedagogo Boris se acercó a los libros. Después de pasar una fugaz revista, volteó con brusquedad hacia la Extranjera Anna y le reprochó que no hubiera ni un libro de pedagogía. Empezó a mostrar interés por el ensayo *La Habitación Propia* de Virginia Woolf, pero sin ninguna razón aparente abandonó de pronto su entusiasmo y se deshizo del libro con rapidez. Después cerró los ojos. De pronto los abrió para mencionar el Método de Disciplina Corporal que utilizaba la Nueva Organización. Aquel

sistema tenía mucho que ver con las ideas de Pitágoras acerca de la forma de educar a los jóvenes.

Los pupilos de la Nueva Organización eran todos menores de trece años y para comenzar el día debían levantarse a las seis de la mañana. A esa hora se cantaba el Himno al Amanecer y al mismo tiempo se ejecutaban danzas cuyas coreografías eran ideadas por la Doctora Virginia. Después todos daban un largo paseo por los alrededores de la sede. El Pedagogo Boris esperaba el final del recorrido para lanzar la primera arenga del día. En esos momentos, su discurso mezclaba siempre la leyenda de Heráclito y el estiércol con una enseñanza sacada de algún libro de pedagogía. La explicación consistía en narrar algunos detalles de cómo al final de su vida Heráclito de Éfeso manifestó pavor hacia el trato humano. Ese sentimiento lo obligó a llevar una vida de anacoreta en medio del bosque, donde debía alimentarse de raíces y de algunos frutos. A consecuencia de ese régimen presentó un cuadro de hidropesía. Cuando se dio cuenta de su estado, le horrorizó el pensamiento de que su cuerpo y su alma pudieran estar tomados por la humedad. Como medio de cura, llegó a la conclusión de que el único lugar contrapuestamente seco no podía ser otro que un estercolero. Se refugió en uno situado en las afueras de la ciudad y antes de morir de una infección generalizada formuló la frase de que los cadáveres valían menos que el estiércol. La arenga del Pedagogo Boris duraba hasta el mediodía. Después venía un almuerzo frugal compuesto por pan, uvas y aceitunas. La tarde estaba dedicada al entrenamiento bélico. La Nueva Organización contaba con una dotación de escopetas y fusiles. Esos ejercicios los dirigían ex miembros de las fuerzas militares que habían

sido captados en los últimos meses. Los pupilos eran conducidos hasta unos terrenos descampados, donde tenían construido un polígono de tiro así como un campo de maniobras. Con el atardecer, los pupilos volvían a la sede principal y se dividían en grupos. Algunos iban directamente a la sala de computación, donde se contaba con varias unidades enlazadas en serie. Otros iban al laboratorio de química que acababan de inaugurar. Al promediar las nueve de la noche, los pupilos eran sometidos a pruebas escritas sobre el aprendizaje del día. La jornada terminaba con la cena, después de la cual el pupilo más antiguo daba lectura a fragmentos del Tratado del Celibato Obligatorio.

En otro momento de su discurso, el Pedagogo Boris le dijo a la Extranjera Anna que la Nueva Organización aún estaba en fase de acomodo. Si bien es cierto que respetaban los principios fundamentales impuestos por el Poeta Ciego, habían hecho algunas modificaciones. Con respecto al Celibato Obligatorio, después de enfrentar las teorías del Poeta Ciego con las del místico Rudolf Steiner llegaron a la conclusión de que los menores de edad no tenían por qué obedecer ese mandato. Incluso iban aún más lejos, pues si un adulto cometía el acto carnal con un menor no iba en contra de su voto de castidad. Por esa razón se habían instalado algunos kioscos en los patios de la sede, donde era permitido el trato sexual con los pupilos. De ese modo, afirmó el Pedagogo Boris, se evitarían conductas alteradas como la del Poeta Ciego antes de ser asesinado a martillazos. Otra modificación tenía que ver con lo que realmente se entendía por Austeridad Absoluta. Siguiendo los vaivenes de la economía en el planeta, el término de austeridad se examinaría cada cinco años.

Cuando llegó a esa parte del relato, el Pedagogo Boris tomó un trago largo de la botella de licor que tenía en la mano. La Extranjera Anna continuó guardando silencio y luego se dirigió hacia los libros que se arrumbaban en su mesa de trabajo. Del grupo de volúmenes escogió la novela *Mario y el Mago*.

La Extranjera Anna comenzó a leer en voz alta y en el idioma original. Eligió el pasaje donde se retrataba a la familia de foráneos recién llegada al balneario de Torre di Venere y cómo los demás bañistas se escandalizaban al ver que a la hija pequeña le permitían bañarse desnuda en el mar. Al comienzo, el Pedagogo Boris pareció no escucharla y continuó hablando en voz alta. En ese momento los idiomas se mezclaron con igual intensidad. Pero a medida que pasaron los minutos, la fuerza en la voz del Pedagogo Boris fue perdiendo energía. Su discurso decayó hasta casi desaparecer. La Extranjera Anna siguió leyendo sin mostrar ningún cambio exterior. En cierto punto de la lectura, el Pedagogo Boris apoyó la cabeza en el respaldar de la silla. Después de unos minutos se le descolgó ligeramente la boca. La botella que tenía en la mano cayó al suelo. El Pedagogo Boris se quedó dormido. La Extranjera Anna dejó de leer, cerró el libro y lo dejó encima de la mesa de trabajo. Luego se acercó a la silla donde el Pedagogo Boris estaba sentado. Le acarició el pelo. En ese instante el Pedagogo Boris despertó y se puso de pie. La Extranjera Anna y el Pedagogo Boris se encontraron frente a frente. Él trató de tocar el lunar por encima de la ropa. La Extranjera Anna lo dejó hacer, pero cuando el Pedagogo Boris intentó abrir los botones de su vestido le detuvo la mano. Volvió a acariciarle el pelo. Lo tomó después por la cintura y lo condujo con cuidado hacia la puerta del cuarto. El

Pedagogo Boris se dejó llevar. Una vez que estuvieron en el dintel, la Extranjera Anna abrió la puerta y con delicadeza le pidió que la esperara afuera unos segundos. El Pedagogo Boris obedeció. La Extranjera Anna en ese momento cerró la puerta sin vacilación. El Pedagogo Boris reaccionó al instante. Dio fuertes golpes en la puerta y al mismo tiempo lanzó gritos de furia. Antes de callarse, dijo que el padre de la Extranjera Anna había aparecido y que pertenecía a la Nueva Organización. Transcurrió el tiempo y la puerta se mantuvo cerrada. Vinieron después varios minutos de silencio. Antes de retirarse, el Pedagogo Boris pasó por debajo de la puerta un mapa hecho a mano.

En un primer momento, la Extranjera Anna se negó a recoger el papel. Pero después de unos minutos se agachó y examinó el mapa. Le dio vueltas y siguió con el dedo algunos de los senderos marcados con tinta azul. Guardó el mapa en su cartera y fue en busca del cinturón que le hacía falta al vestido. Se dio cuenta de que estaba descalza y se puso los zapatos de tacón alto que el día anterior había llevado en el restaurante. Salió a la calle y en la esquina tomó un taxi. Le dio al chofer algunas instrucciones y el vehículo partió. El punto central marcado en el mapa, no estaba lejano del local donde años atrás se bautizaba a los Discípulos del Poeta Ciego. El auto demoró cerca de una hora en llegar a su destino. Tuvo que pasar por el centro de la ciudad, después por los barrios periféricos para finalmente aparecer en los suburbios. Circularon por una zona donde mayormente había una sucesión de fábricas y depósitos industriales. Cuando llegaron a cierto poblado, la Extranjera Anna le pidió al chofer que se detuviese. No se trataba del lugar de destino, pero la Extranjera Anna dijo que quería caminar un poco. Desde hacía diez minutos

estaba cayendo una ligera llovizna que en ese momento se intensificó. A la Extranjera Anna pareció no importarle ese hecho y se fue internando por un camino sin asfaltar. Mientras avanzaba, el paisaje se fue transformando sutilmente. Surgió algo de vegetación a los lados del camino. La llovizna había hecho que el terreno se pusiera un tanto barroso, por lo que la Extranjera Anna tuvo que caminar con mayor cuidado. Sus zapatos se fueron ensuciando con cada pisada. En el punto donde el terreno parecía más firme, el camino era cortado por una línea de ferrocarril. A un lado había un oxidado cartel que decía OJO, PARE, CRUCE DE TREN.

Comenzaron a aparecer algunas casas. La mayoría de las fachadas estaban cubiertas con capas de tierra. En cierto espacio se había construido un parque pequeño. Formaba tres paseos concéntricos en torno a un punto. Había media docena de bancas. La mayor parte de ellas estaban oxidadas, sin embargo habían tratado de protegerlas cubriéndolas con pintura roja. Frente al parque había una tienda de abarrotes. Para llegar al lugar señalado en el mapa, la Extranjera Anna debió andar unos cinco minutos más. Las casas no eran cercanas entre sí. Cada una guardaba respecto a la más próxima una considerable distancia. La Extranjera Anna finalmente llegó a la dirección indicada. Se trataba de un terreno cercado por una pared de más de seis metros de alto cortado en la mitad por una puerta. La propiedad se extendía por una cuadra completa. Frente a ella había un autobús escolar. A un lado habían varias personas reunidas. Muchos eran niños que llevaban en sus manos unas varas de madera negra. La Extranjera Anna se acercó y les preguntó la razón por la cual se encontraban congregados allí. Le

contestaron que era el día señalado para escoger a los niños que se convertirían en pupilos de la Nueva Organización. Una vez hecha la elección iban los elegidos a quedarse a vivir en ese lugar. Tal vez por eso algunas madres llevaban maletines o atados de ropa.

La Extranjera Anna decidió rodear el local. Caminó cerca de doscientos metros hasta llegar a la parte trasera. En todo el perímetro los muros tenían la misma altura. En una esquina apareció inesperadamente una puerta minúscula. Sin que la Extranjera Anna tuviese oportunidad de tocar, una niña abrió la puerta y la invitó a pasar. La Extranjera Anna se introdujo entonces en un extenso patio. Alrededor había varias tablas largas puestas encima de ladrillos que hacían las veces de bancas. En un extremo había un área techada con esteras con varias piezas de cerámica cercadas por una empalizada formada por cruces y espadas clavadas a la tierra. La Extranjera Anna se detuvo en ese espacio. Miró con interés la réplica de un arcángel que adornaba la empuñadura de una de las espadas. De pronto un fuerte bullicio la hizo levantar la cabeza. El Pedagogo Boris se encontraba en medio del patio. Había salido del local y estaba acompañado por una serie de niños, quienes tenían en las manos una vara de madera similar a las que la Extranjera Anna vio en la entrada principal. Los niños rápidamente hicieron un círculo alrededor de la Extranjera Anna. Iban a comenzar a golpearla cuando una orden del Pedagogo Boris los detuvo.

Los ojos del Pedagogo Boris lucían aún enrojecidos y de su bolsillo sobresalía el pico de una pequeña botella. La Extranjera Anna buscó apoyarse contra la pared. No tenía escapatoria, estaba rodeada por los niños con las varas

levantadas. Utilizando sólo gestos, el Pedagogo Boris rompió el círculo de niños y se acercó donde la Extranjera Anna para tocarle el hombro derecho. Luego hizo que la Extranjera Anna girase la cabeza hacia un lugar que ella no había percibido. Vio un gran cartel en el que se leían las sentencias principales promulgadas por el Poeta Ciego. Se incluían varios mensajes en favor de la Austeridad Absoluta y el Celibato Obligatorio. A pesar del pánico que se notaba en su rostro, se atrevió a preguntar por su padre.

Sin hacerle el menor caso, el Pedagogo Boris llevó a la Extranjera Anna a otra sección del descampado. Los niños los seguían con las varas en alto. Sobre las paredes de aquel sector se habían pintado escenas que representaban el salón de baños de vapor en el momento de las caricias. El Pedagogo Boris se dirigió a los niños y les dijo que la Extranjera Anna era una maestra. Esta sola afirmación hizo cambiar de inmediato la actitud de los niños. Se miraron entre ellos, bajaron sus varas y comenzaron a hacer preguntas sobre diversos temas. Ante el silencio de la Extranjera Anna, el Pedagogo Boris debió responder las preguntas. Las preguntas se sucedieron una tras otra. El Pedagogo Boris no falló en ninguna de las respuestas y luego de un tiempo prudencial, les ordenó callar. Después pidió que acompañasen a la Extranjera Anna al cuarto de los castigos.

El cuarto de los castigos era una habitación que contaba con una cama y un librero. La Extranjera Anna permanecería encerrada por tiempo indefinido. Después de unas cuantas horas, la Extranjera Anna se acercó al librero. Revisó los títulos de los libros y todos los que estaban en el estante superior se relacionaban con temas pedagógicos.

Allí estaban la *Paidea* de Jaeger, el método Montessori, el sistema Waldorf y los últimos avances de la Escuela de Summerhill. En el siguiente estante estaba la obra completa de León Tolstoi, algunos libros soviéticos que hablaban de la experiencia del escritor en la aldea de Yásnaya Poliana y la novela *La Hierba Roja* de Boris Vian. Unos pocos días fueron suficientes para que la Extranjera Anna perdiera el sentido del tiempo. Su soledad sólo era interrumpida cuando una mano anónima abría la puerta e introducía un plato de comida y un balde de níquel. Fue entonces cuando en un ataque de furia trató de destrozar los libros. Muchos quedaron inservibles.

Uno de los elementos notorios del cuarto era la ausencia casi total de ruidos. Al cabo de varias semanas, el Pedagogo Boris entró sin previo aviso. La Extranjera Anna se encontraba durmiendo. El Pedagogo Boris pasó algún trabajo en despertarla. Se le veía cambiado con respecto a la última vez en que estuvieron juntos. Lucía un aspecto pulcro y en sus maneras quedaba demostrada su educación habitual. Entró al cuarto acompañado por la enfermera del cabello teñido que fue testigo del asesinato del Poeta Ciego. Luego de saludar a la Extranjera Anna como si fuera una desconocida, el Pedagogo Boris le ordenó a la enfermera que le tomara la presión. La enfermera tomó la medida además de la temperatura de la Extranjera Anna y le aplicó en el brazo una dosis de cierto somnífero que habían sintetizado los pupilos en el laboratorio que acababan de inaugurar. Después la Extranjera Anna fue trasladada a una habitación más grande.

En el nuevo cuarto había una serie de computadoras manejadas todas por niños. El Pedagogo Boris acercó a la

Extranjera Anna a los monitores y ordenó a los niños que mostraran cierto tipo de información. En un mismo momento aparecieron en todas las pantallas distintas listas con nombres. El Pedagogo Boris le explicó a la Extranjera Anna que se trataba de la nómina de los antiguos integrantes de la Organización del Poeta Ciego que ya habían sido eliminados. Entre ellos estaban los Discípulos que fueron capturados por la policía durante los homenajes que se realizaron para conmemorar el primer mes de la muerte del Poeta. Al lado de cada nombre podía leerse la fecha y el tipo de muerte que habían infligido a la víctima. El Pedagogo Boris le dijo también que los Antiguos Discípulos podían salvarse sólo si pasaban por una serie de pruebas que la Doctora Virginia había ideado. Cada una de esas pruebas era diferente, pero en todas estaba contenida la obligación de leer un mínimo de tratados pedagógicos. Cuando las listas fueron sacadas de las pantallas, aparecieron otras escritas en rojo. Era el rol de Antiguos Discípulos que por alguna razón no habían sido aún asesinados. El Pedagogo Boris dio la orden para que rápido retiraran esas listas de la pantalla. Luego comenzó a ofrecer una exhaustiva charla que la Extranjera Anna pareció no escuchar del todo. Cuando el Pedagogo Boris terminó de hablar, la Extranjera Anna fue conducida a una sala contigua, donde el único mobiliario consistía en una gran mesa de metal y un pupitre puesto a su lado.

Alrededor de la mesa había una serie de niños vestidos con mandiles blancos. Cada uno tenía en sus manos una pequeña libreta. En las paredes había algunas láminas que ilustraban el cuerpo humano. En el centro había una más grande que las demás cuyo título era La Piel del Hombre. Apenas entraron, el Pedagogo Boris le dio a los niños la

indicación de tender a la Extranjera Anna sobre la mesa. Pero no fue necesario que se cumpliera la orden, pues ella misma lo hizo por sus propios medios. Una vez que estuvo acostada, procedieron a amarrarla usando unas cuerdas gruesas. En ese momento entró la enfermera para inyectarla nuevamente. Luego el Pedagogo Boris le quitó la parte superior del vestido. La dejó semidesnuda. Se vio entonces su piel y el gran lunar que resaltaba por lo oscuro de sus bordes. El Pedagogo Boris comenzó a dictar una clase. Los niños lo escucharon atentos. El Pedagogo Boris empezó a exponer las supuestas causas científicas de los lunares. Tenía varios tratados encima del pupitre, que fue cogiendo uno a uno para leerlos por partes y en voz alta. Contaba con un estudio presocrático, a partir del cual el Pedagogo Boris hacía un paralelo entre lo que para los griegos era el alma y para el Pedagogo Boris los lunares. Ante una indicación del Pedagogo Boris, las pequeñas manos infantiles comenzaron a recorrer una y otra vez el hombro derecho de la Extranjera.

Al finalizar la clase, la Doctora Virginia entró en la sala. Se le notaba demacrada y con los ojos empequeñecidos. Parecía haber pasado dormida una larga temporada. Llevaba puesto el hábito de costumbre y el meñique estaba cubierto con el dedal de cuero negro. En una mano tenía una sábana blanca y de su brazo colgaba una cesta. Apenas entró, habló con los presentes y les dijo que en la cesta había media docena de roedores muertos que había sacado del laboratorio. Los niños retrocedieron para dejarla acercarse a la mesa. Los niños siguieron con los ojos sus movimientos. Algunos incluso registraron en sus libretas sus actos. En cierto momento, la Doctora Virginia dijo que todos los presentes debían retirarse y regresar al día siguiente a la misma hora. Cuando veinticuatro horas después se reanudó la sesión, la Extranjera Anna

continuaba dormida. La enfermera había entrado en la noche para reforzar la dosis de somnífero. Las ratas seguían inertes al costado del fardo. Se veía que los cuerpos se habían hinchado ligeramente. El Pedagogo Boris reinició la clase que había comenzado el día anterior. Habló de la esencia ígnea de los lunares. Afirmaba que eran de fuego y que por eso compartían con él algunas cualidades. En consecuencia el agua y lo húmedo eran sus mayores enemigos. Por eso cuando una persona con algún lunar significativo se aseaba, se oponía a su naturaleza. Y cuando el lunar era minúsculo, debía ser cubierto para mantener así protegida la poca energía que emanaba. Durante los días sucesivos se fueron repitiendo las exposiciones. A la misma hora se congregaban en la sala la Doctora Virginia, el Pedagogo Boris y los niños. La Extranjera Anna seguía siendo atendida por la enfermera, quien había recibido la orden de mantenerla dormida la totalidad del tiempo. Las clases acabaron después de una semana.

A partir de ese momento, la reclusión de la Extranjera Anna entró en una nueva etapa. El cambio se dio cuando comenzó a seguírsele un juicio sumario. Sin embargo, la escena física se mantuvo tal como había estado planteada hasta entonces. Es decir, la Extranjera Anna continuó amarrada y envuelta en la sábana. Pero la sala comenzó a ser visitada por el Tribunal Mayor. El plantel de jueces estaba conformado por la Doctora Virginia, el Pedagogo Boris y dos miembros principales de la Nueva Organización. Aparecían con los rostros cubiertos con pañuelos blancos. Aparte del hecho de haber pertenecido a la Organización del Poeta Ciego Ciego, uno de los cargos más graves que se le achacaban a la Extranjera Anna era el de haber destrozado los libros de pedagogía que le dejaron

en el cuarto de los castigos. Había otras acusaciones menores, como el no haber leído jamás a Rudolf Steiner ni los libros de Gurdieff. También le preguntaron sobre la obra de León Tolstoi, las Iluminaciones de San Agustín y las distintas teorías de los presocráticos. Ni siquiera cuando la interrogaron acerca de Thomas Mann, la Extranjera rompió su empecinado silencio. En aquel momento la Doctora Virginia sufrió un nuevo ataque. Mientras los demás miembros del Tribunal Mayor discutían acerca de la resolución que acababan de tomar, la Doctora Virginia rodó por el suelo mientras entre gemidos afirmaba que el lunar de la Extranjera Anna iba a convertirse en el símbolo de la Nueva Organización.

Diez horas después, la Extranjera Anna ingresó al mismo sanatorio privado donde años antes había sido recluida la Doctora Virginia. La Extranjera Anna llegó al sanatorio privado acompañada por la enfermera del cabello teñido. Al lado de la cama que le asignaron estaba colocada una pequeña maleta con sus efectos personales. Había también un grupo de libros de Thomas Mann. Durante el primer tiempo, la Extranjera Anna se comportó como una autómata. Se limitó a comer, dormir y sentarse frente a las jaulas del zoológico de propiedad del director. Luego de una serie de evaluaciones, los médicos decidieron que debía quedarse en el sanatorio privado por una temporada larga. Dos meses seguidos se recibió un cheque anónimo que pagó su estadía. La enfermera del cabello teñido se hizo cargo de su recuperación. Pasado el primer tiempo, la Extranjera Anna nuevamente comenzó a hablar. Pero lo hizo sólo en su lengua materna. Empezó dando consignas militares y de improviso cambiaba de tono para pronunciar las palabras como si se tratara de una niña pequeña. Al

tercer mes dejó de llegar el cheque anónimo, sin embargo los directivos del sanatorio decidieron no echarla a la calle. Se llegó al extraño acuerdo de que la paciente realizara algunas labores que de algún modo retribuyeran sus gastos de hospitalización.

Durante ese periodo, la Extranjera Anna acostumbró hablar de las enseñanzas del libro del Mormón. También contaba cosas acerca de su padre. Hablaba de los paseos campestres y de cómo había partido buscando el reino de Jesucristo. Los directivos le encargaron a la Extranjera Anna la limpieza de los pasillos y de algunas habitaciones. A veces ayudaba también en la cocina, pero nadie lograba que se acercara a los gallineros. En sus momentos de soledad, leía los libros que habían incluido en sus efectos personales. Además comenzó a escribir en un cuaderno de tapas empastadas que le había hecho comprar a la enfermera. A esos manuscritos les puso como título la palabra Confesión y contenía relatos que databan de su más tierna infancia. Una tarde en que estaban sentadas en un pasillo tomando el sol, la Extranjera Anna le hizo una confidencia a la enfermera. Le dijo que días antes, al cambiarse las ropas, había añorado el tratamiento depilatorio al que solía someterse una vez al mes. La enfermera la escuchó con interés y prometió ayudarla. Le conseguiría los elementos que hacían falta para una sesión. La Extranjera Anna le entregó el dinero e hizo una lista. Se debía comprar un pote de cera, un frasco de crema y una pinza de metal. La enfermera aseguró que en el sanatorio privado se podía hallar el mechero, la toalla de felpa y la lata de conserva necesaria para derretir la cera.

Cuando la enfermera apareció con el paquete, llegó también con la noticia de que no era conveniente que a su edad se hiciera ella sola el tratamiento. Había conseguido una cosmetóloga que por un precio sumamente bajo la podía someter a la sesión. La enfermera se comprometió a facilitar el ingreso de esa mujer dentro del horario de visita. El día señalado, la Extranjera Anna fue llevada a un consultorio apartado. Se aprovechó que los demás pacientes y los enfermeros estaban atentos al horario de visita. La Extranjera Anna encontró dentro del consultorio ya todo preparado. Había una camilla cubierta con dos toallas de felpa. Sobre una mesa clínica habían puesto una marmita de bronce con la llama encendida. En la superficie baja de la mesa estaban colocados los instrumentos necesarios. El frasco de crema humectante, las pinzas y las pequeñas tijeras habían sido acomodados con un criterio geométrico. El pliego de cartulina estaba apoyado contra una de las patas. Le enfermera le pidió a la Extranjera Anna que se desvistiera detrás de un biombo. Al instante la Extranjera Anna se quitó las ropas. La enfermera le ofreció una silla y le dijo que esperase sentada la llegada de la cosmetóloga. La Extranjera Anna quedó totalmente desnuda y sentada de perfil. Se mantuvo bastante erguida. La enfermera cogió entonces las ropas y abandonó el consultorio. Por la posición como había quedado la silla, la Extranjera Anna no pudo ver a la enfermera cuando salía. Al cabo de cinco minutos la puerta se abrió con sigilo. La mujer que entró fue lentamente hacia la mesa donde habían sido colocados los instrumentos. Hizo algún ruido reordenándolos. Pasaron unos segundos. Finalmente la Extranjera Anna volteó el cuello y se encontró con la figura de la Doctora Virginia que la miraba con las tijeras en la mano.

Cuando el cuerpo estuvo sin vida, la Doctora Virginia lo tendió a todo lo largo. Se dirigió luego a la pequeña mesa con utensilios médicos y de la parte baja escogió una serie de herramientas punzocortantes. Después se arrodilló en el suelo para hacer con mucho cuidado incisiones en la piel del brazo inerte. A pesar de tener el dedo meñique cubierto con el dedal de cuero negro, manejó con bastante destreza los utensilios. Recortó la sección que se encontraba entre el hombro y el codo. Luego hizo un profundo corte longitudinal que pasó por debajo de la zona escogida. Demoró unos cuantos minutos en este trabajo. Finalmente desprendió muy delicadamente el lunar que la Extranjera Anna había lucido en el brazo. Luego de envolverlo en un pañuelo, la Doctora Virginia salió del consultorio dejando el cuerpo al lado de la pequeña mesa clínica. En las afueras del sanatorio privado el Pedagogo Boris aguardaba ansioso junto al autobús escolar que los había transportado. Estaba rodeado de un considerable número de pupilos.

Al verla salir, los pupilos corrieron hacia la Doctora Virginia y le pidieron ver el contenido del pañuelo. La Doctora Virginia pareció sorprenderse y se dirigió al Pedagogo Boris. La Doctora Virginia le ordenó que le alcanzara la urna de metal donde iban a colocar el lunar. El Pedagogo Boris fue hasta el autobús y regresó al instante. Después de recibir la urna, la Doctora Virginia le dio la espalda al grupo conformado por el Pedagogo Boris y los pupilos. Sacó con bastante cuidado el trozo de carne del pañuelo. Lo introdujo en la urna de tal modo que evitó a los demás ver la operación. Los pupilos fueron acomodados en el autobús por el Pedagogo Boris, quien de pronto se bajó y se acercó donde la Doctora mientras manipulaba el lunar.

Al sentirlo a sus espaldas, la Doctora Virginia volteó con furia y levantando la urna de metal le dio un golpe en la cabeza. El Pedagogo Boris se llevó mecánicamente las manos al cráneo. Luego cayó sentado al suelo. Sus piernas comenzaron a realizar movimientos convulsivos. La Doctora Virginia lo miró y cogiendo fuertemente la urna le dio un nuevo golpe. El Pedagogo Boris quedó tendido en el asfalto. Los pupilos contemplaron la escena desde las ventanas y ninguno se movió.

El Pedagogo Boris continuó tendido sin mostrar ningún tipo de reacción. La Doctora Virginia se dirigió hacia el autobús. Caminó lentamente, llevando la urna en alto a manera de trofeo. Mientras subía al autobús, apareció la enfermera del cabello teñido. Salió del sanatorio y volteaba a cada momento la cabeza hacia atrás como temiendo que alguien la persiguiera. Aferraba a su pecho un pequeño maletín. Cuando llegó hasta donde estaba acostado el Pedagogo Boris, en forma automática se agachó para tomarle el pulso. Después comenzó a hacerle masajes en el pecho. Al darse cuenta de lo inútil de la operación, le aplicó respiración boca a boca. Luego abrió el maletín y sacó una tela blanca. Levantó la cabeza del Pedagogo Boris y pasó la tela por debajo. Después estiró los bordes, envolvió la cabeza y al final hizo un gran nudo. Mientras tanto, el motor del autobús había sido encendido y el chofer se disponía a avanzar. La enfermera dejó el cuerpo abandonado en el asfalto. Subió al autobús y de inmediato el chofer cerró la puerta. El vehículo tuvo que hacer un rodeo para pasar por un lado del cuerpo del Pedagogo Boris. Cuando el autobús se alejó, era la hora en que los visitantes debían abandonar el sanatorio privado.

El auto del señor Dufó

Por alguna razón que desconozco, la prima de mi madre se enteró, de pronto, de las visitas que un amigo y yo habíamos empezado a hacer a casa de su vecino. Tratábamos de comprarle un auto antiguo. De colección. Un Volkswagen Karmanghia del año 62. Al enterarse de estas visitas, la prima de mi madre nos citó en su casa. Nos recibió, creo, en su dormitorio. No sé por qué vive en un barrio marginal. La casa es tan pequeña que no sabemos bien en qué pieza nos encontramos. Si en su dormitorio o en la sala principal.

La prima de mi madre nos dice que ha convocado al vecino dueño del karmanghía, quien no parecía tener conciencia del valor real del auto, sin embargo se había negado a venderlo en cada una de las visitas que le hicimos.

La prima de mi madre nos dice que en realidad no hay razón para que el vecino no quiera deshacerse del auto. En ese momento trato de explicarle que ni mi amigo ni yo deseamos comprarlo en realidad. Que muchas veces solemos interesarnos en objetos extraños sin la intención de adquirirlos, a pesar de seguir el rito de la compra venta. Nos encanta el modelo, sabemos que se trata de un auto de colección, pero no estamos en condiciones de afrontar los problemas que una adquisición semejante nos traería.

No sé cómo la prima de mi madre se enteró de nuestras visitas a su vecino, pero lo cierto es que ahora nos encontramos, mi amigo y yo, en un compromiso. Una vez adquirido, el auto habría que transformarlo por completo. Arreglar la carrocería, componer el motor, y sabíamos que ese tipo de trabajos nunca quedaban bien. Yo había aprendido que los únicos autos en los que se podía confiar era en los recién salidos de fábrica. Es por eso que no quise pensar en lo que sucedería con un modelo de casi cuarenta años de antigüedad. Con un auto similar al del señor Dufó, que cuando yo tenía tres años de edad visitó más de una vez mi casa en un Karmanghia. Que lo hizo especialmente cuando mi madre y yo nos quedábamos solos. Recuerdo que ese modelo era de color verde, y estoy casi seguro de que el techo era blanco, aunque no lo podría asegurar dada mi corta edad.

En realidad, ni mi amigo ni yo queríamos hacernos cargo de un Karmanghía del año 62 en malas condiciones. Pero allí nos encontrábamos. En la humilde casa de la guapa prima de mi madre esperando la llegada del propietario. Ella vestía una bata. Al parecer no tenía planeado salir a la calle. Su belleza era evidente. A pesar de su edad, debía haber pasado los cuarenta años, su figura se mantenía contorneada. Contaba con una breve cintura, y unos pechos grandes y redondos. La cabellera era ondulada, pelirroja. Le llegaba a los hombros.

Yo no entendía por qué la prima de mi madre vivía en un lugar semejante. Los demás miembros de mi familia se hacían la misma pregunta. Lo peor no era que tuviera su

casa ubicada en ese lugar, sino que ese hecho no pareciera avergonzarla. Cada vez que podía realizaba una serie de celebraciones. Invitaba a su cumpleaños, a la navidad, al año nuevo. Su humilde cuarto era lugar, además, de celebración con sus compañeras de la escuela. Todos los años mandaba unas pequeñas esquelas para recordar un año más de la graduación escolar. Lo triste era que casi nadie acudía a sus fiestas. Los miembros de la familia ni por equivocación ponían un pie en una zona semejante, y sus compañeras —por cierto, se trataba de escuelas de alto prestigio— la mayoría de las veces tomaban a broma las esquelas que recibían.

Cuando llegó, cerca de media hora después, el propietario del Karmanghia, la prima de mi madre salió a recibirlo de manera algo agresiva. Lo increpó diciéndole que cómo era posible que no nos hubiese querido vender, a mi amigo y a mí, el auto en cuestión. Parece que aquel hombre tenía uno o dos vehículos similares, pero los tenía escondidos en una cochera cercana. La prima de mi madre lo mencionó en ese momento. Dijo además que el vehículo que tenía estacionado en la puerta de su casa —se trataba en realidad de una humilde choza situada en las cercanías — era el más destartalado.

Delante de la prima de mi madre, el vecino pareció avergonzarse. Agachó la cabeza y dijo que no había querido vender el coche hasta ese momento, en que se daba cuenta perfectamente de la situación.

Noté cierta maldad en la inocencia de las palabras del vecino de la prima de mi madre. Una suerte de maldad no

presente en ese hombre en particular, sino inherente a la conducta de la gente en general. Todas las veces que habíamos ido a querer comprarle el auto se había negado por razones oscuras. De otra manera no sería lógico que aceptara venderlo a la menor insinuación de su vecina.

La prima de mi madre le dijo a su vecino que vendiera el karmanghia, a un precio bajo además. Ni mi amigo ni yo podíamos intervenir en las negociaciones que comenzaron a establecerse en aquel cuarto. Nosotros no parecíamos tener cabida en la conversación. Querríamos haber dicho que no deseábamos el auto. Que iba a ser un problema su mantenimiento. Que era lo mismo que sucedía cuando alguien acostumbraba comprar una mascota. El problema estaba en lo que se debía hacer después con ella. De alguna manera, la compra de mascotas y de autos destartalados contravenía las leyes naturales del mercado. Se trataba de gastar el dinero no para resolver problemas sino para echárselos encima. Recordé a los galgos y a los gatos de razas extremas, que tanto mi amigo como yo habíamos ido adquiriendo en los últimos tiempos. Había sido como ir colocando una carga sobre nosotros, lo que logró, al final, dejarnos atados sin ninguna libertad.

Allí veía, a la bella prima de mi madre, discutiendo con aquel hombre humilde, dueño de una sutil maldad según mi percepción de ese momento. A mi amigo, sentado a mi lado sin poder dar su opinión. En ese momento formulé en voz baja, para mis adentros, la pregunta “¿Por qué pedir como favor que alguien consiga algo que no se quiere?”

Preso en aquella humilde habitación, sentí que no podía desperdiciar la madura belleza de la prima de mi madre en una empresa semejante. Recordé entonces que ella, más de una vez, le había pedido a mi familia un favor en especial. La recuerdo, muy bien vestida, solicitándole al hermano de mi madre su recomendación para proponerle ciertos negocios a un amigo millonario, dueño nada menos que de una compañía de aviación. Sin embargo, el hermano de mi madre se negó siempre a recomendarla con aquel amigo. No confiaba en ella, pensaba que tenía mucho de manipuladora, de mujer no confiable. "¿Qué le habría querido plantear al millonario, además?" Era una duda que se mantuvo en la familia por varios años seguidos.

En cierto momento, quise preguntarle su opinión al amigo sentado a mi lado. Cuestionar sobre lo que deberíamos de hacer con ese hombre que en ese momento aceptaba dócilmente la venta de su auto. Fue inútil. Vi a mi amigo siguiendo la conversación, que se desarrollaba entre la prima de mi madre y su vecino, como si no estuviera involucrado él también en el asunto. Quise hacerle saber que debía intervenir, cortar de alguna manera las negociaciones.

Habíamos llegado muy lejos yendo todos los días, religiosamente, a la casa del hombre para que nos vendiera el karmanghia. Yo tenía motivos para hacerlo. Quería, y al mismo tiempo no quería, poseer un automóvil así, parecido al del señor dufó, pero ignoraba las razones que mi amigo podría tener para emprender una rutina semejante.

En ese instante, cuando la prima de mi madre reía porque había logrado que el vecino pusiera a nuestra disposición también los karmanghias escondidos en la cochera, creí comprender las intenciones de mi amigo. Buscaba quizá protegerme de los fantasmas de mi infancia. Fue entonces cuando me atreví a preguntarle a aquel pobre hombre si poseía un auto verde con blanco, como el del señor dufó.

Disecado

…durante ciertas noches de otoño, sobre todo aquellas en las que el asma o, más bien, los efectos secundarios producidos por los medicamentos para atenuarla, me dejan en un estado que no podría calificar como de dormido o despierto, pasan por mi cabeza una serie de escenas y pensamientos que la mayoría de las veces llegan a límites difíciles de describir.

Creo que algo semejante les sucede a la mayor parte de las personas.

A muchas las he oído quejarse de circunstancias similares. Esas situaciones incluso las deben experimentar algunos animales en la soledad de sus gallineros, establos o caballerizas.

A mí me consta que les acontece a los perros que acostumbran dormir en mi habitación.

A veces los sorprendo en medio de la noche mirando abstraídos y atentos hacia un punto indeterminado. Casi siempre advierto cómo, de pronto, mueven algún músculo en forma compulsiva o emiten ciertos gemidos que parecen

incapaces de controlar. Estoy seguro de que en esos instantes se encuentran viviendo escenas que transcurren en otra realidad.

Puede ser redundante nombrar los efectos que trances semejantes suelen producirnos. Creo que todos de alguna manera hemos atravesado por este tipo de situación.

Sin embargo, en cierta oportunidad experimenté uno de esos momentos de manera distinta a la habitual. Mientras yo me encontraba tendido en la cama, noté al autor Mario Bellatin sentado en uno de los bordes.

Desde el primer momento advertí que aquella especie de persona aparecida de la nada, que se había instalado a mi costado, me hablaba sin cesar.

Era como si yo recién hubiera advertido su existencia en medio de un extraño monólogo que hubiese comenzado el autor desde tiempo atrás.

Hallé a ¿Mi Yo? —¿cabría nombrarlo de esta manera?— repitiendo palabras, una encima de la otra, de manera algo desaforada.

En un primer momento me pareció que le imprimía demasiada fuerza a lo que trataba de expresar. Que su ser se desgastaba en forma un tanto exagerada en la actividad que se encontraba realizando. Me preocupé principalmente por su salud. Sabía que esa manera algo frenética de

relacionarse con los demás había dado como resultado que ¿Mi Yo? se consumiera antes de tiempo. Me parece que padecía de unos focos irritativos en ambos lóbulos temporales, lo que le producía en forma cíclica determinados estados de conciencia ajenos a la normalidad. Nuestro autor caía, con una frecuencia cada vez mayor, en convulsiones de distintos grados, así como en cierta situación de inmovilidad que debió soportar hasta que llegó el día de su muerte. Al menos eso era lo que yo había escuchado por allí, pues al verdadero ¿Mi Yo? nunca lo llegué a conocer en persona.

Esa noche pasé muchas horas seguidas observando aquella aparición. Incluso amaneció, oscureció de nuevo, y yo seguí en forma atenta su discurso. Aquel cuerpo un tanto fantasmal continuó presente todo ese tiempo a mi lado.

Al comienzo pensé que ver a tal personaje sentado en mi cama podía tratarse de un efecto visual producido por alguna de las sustancias para el asma que había consumido antes de acostarme. Era posible también que fuera síntoma de alguno de los periodos alterados de conciencia que, como mencioné, acostumbro experimentar.

En los últimos años he pasado por momentos mentales un tanto difíciles de describir. Visité durante esos procesos a una serie de médicos y me sometí a pruebas que finalmente fueron incapaces de darle una denominación clínica a mi circunstancia.

Mientras comencé a escuchar a ¿Mi Yo? con más atención, buscando entender de una manera más clara lo que de alguna manera parecía tratar de expresar, fui comprendiendo que esa presencia podía tratarse también de una suerte de obsequio que me otorgaba eso que se conoce como el más allá.

Me encontraba delante de un ¿Mi Yo? bastante anciano. Era como si aquel personaje hubiera seguido envejeciendo después de su muerte. Mostraba, a los lados de la cabeza, largos y tersos mechones de pelo. Las uñas de la mano izquierda eran largas y amarillentas. No era de esa manera como se le había visto durante sus últimos años. Al contrario, recuerdo algunas fotos donde acostumbraba aparecer con la cabeza rapada y vistiendo en toda ocasión una túnica negra. Lucía siempre en aquellas imágenes un estado aceptable de pulcritud. Había logrado no dar la imagen de alguien vencido por la vida. No había exhibido nunca, de manera pública al menos, ningún aspecto de decadencia. Aunque quizá me esté confundiendo con respecto a esta apreciación, ya que ciertas personas que lo conocieron afirman lo contrario.

Lo que sí sabía era que durante sus tiempos finales se hizo de una cantidad algo grande de perros callejeros. Uno de ellos carecía incluso de la pata trasera. Dicen que en las noches los llevaba a pasear dentro de un carro de supermercado que le obsequiaron algunas personas caritativas poco antes de que muriera.

También se afirmaba que dejó un testamento donde lo único que especificaba era a quién le otorgaría cada uno de

los animales, así como las instrucciones precisas sobre cómo debería ser su entierro. Parece que, aparte del testamento, dejó una carta dirigida a la sheika que administraba la tequia —la mezquita sufí— a la que era tan afecto, y a la que acudía con cierta regularidad.

Las primeras palabras de las cuales capté algún sentido más o menos preciso, fueron las que pronunció para referirse a la detección temprana de una necesidad constante de escribir sin escribir.

De una urgencia por resaltar en sus textos los vacíos y las omisiones antes que las presencias habituales. Quizá por eso buscó, desde sus primeras obras, lograr una forma de redacción que de algún modo escapara a las estructuras narrativas en el sentido tradicional.

Para ¿Mi Yo? escribir fue desde el comienzo un simple recurso para ejercer, de manera un tanto hueca, el mecanismo de la creación.

Tal vez por ese motivo copió sin cesar, desde que era niño, los textos que aparecían en los frascos de alimentos o de medicinas que se encontraran en su casa. También fragmentos de libros de otros autores. Se dedicó durante algún tiempo sólo a una especie de trabajo de transcripción, ejercicio que separa muchas veces a la escritura de su supuesta función original, es decir, la de transmitir ideas.

A pesar de lo estupefacto que me mostré al verlo con vida sentado allí, en el borde de mi cama, ¿Mi Yo? no pareció advertir mi reacción y siguió sin más con su discurso.

Dijo que muchas veces había constatado con terror el carácter profético de algunas de sus obras. Señaló que se había visto envuelto, quince o veinte años después de haberlas concebido, en situaciones similares a las que aparecían en la ficción. Puso como ejemplo un texto en particular: su libro Salón de belleza. Recordó que poco después de haberse realizado el montaje teatral de aquella obra, la enfermedad que lo llevó a la muerte apareció en su cuerpo con una fuerza devastadora. Se hizo presente en su organismo una dolencia semejante a la que algunos piensan que se retrata en la ficción. Desde el primer momento le advirtió al director de teatro que no deseaba participar en la puesta en escena que se iba a llevar a cabo. Le expresó que le confiaba el libro con el fin de que obtuviera un resultado propio.

Por esa razón ¿Mi Yo? no estuvo presente ni en las juntas de estudio de la obra ni en los ensayos posteriores. Quizá por eso cayó, el día del estreno, en una suerte de éxtasis al ver la representación. Se dio cuenta en ese instante de que nunca antes había podido leerse a sí mismo. Advirtió por primera vez, después de muchos años dedicados a la creación, que un escritor sólo puede apreciar en sus textos elementos distintos a los que accede cualquier lector.

En la adaptación teatral el libro había sido respetado casi en su totalidad. Pero el cambio que tuvo que imprimírsele para que se convirtiera en una obra de teatro hizo que se modificara en forma casi total la estructura del relato. Por esa razón ¿Mi Yo? no contaba en esos momentos con la retórica que utilizó para construir el texto del que partió la obra. Carecía de la estructura capaz de salvarlo del embate que le estaba causando apreciar, en su verdadera dimensión, los trazos que había ejecutado cuando escribió el libro.

Casi desde el inicio de la función lo tomó una suerte de estado hipnótico. Al mismo tiempo comenzó a sentir, de manera literal, sus propias palabras ingresando sorpresivamente por sus oídos.

¿Qué clase de espanto ha sido capaz de elaborar una obra semejante?, me dijo que reflexionó antes de quedar paralizado.

Sin embargo, en el aparente universo abyecto que parecía representarse en escena, ¿Mi Yo? creyó descubrir lo que pensó podía ser un vestigio del origen de su escritura. Delante suyo comenzó a aparecer lo que siempre había considerado la realidad verdadera. Lo que iba sucediendo en el espacio escénico transcurría dentro de una luminosidad y trascendencia de las que parecía carecer la vida de todos los días. Advirtió entonces que quizá una de las razones que lo habían llevado a la escritura era precisamente la construcción de un mundo al cual debía pertenecer como único medio para lograr la existencia plena. Daba la impresión de que mientras más sórdido

fuera lo representado, la materialidad que atravesaba aquel escenario brillara con una intensidad nunca antes experimentada.

Sentado al borde de la cama, ¿Mi Yo? señaló creer advertir que posiblemente el mecanismo que sustentó su escritura estuvo basado en colocar un universo terrible por delante como una suerte de protección contra lo que ese mismo mundo iba estableciendo.

Apenas terminó la función de estreno, ¿Mi Yo? corrió tras bambalinas y se apoderó de su propio personaje. Del peluquero aparecido en escena. Se lo llevó después consigo a su casa. Dijo que el proceso posterior que se estableció entre los dos fue lento. Al actor le llevó algunas semanas despojarse de su personaje para ser de nuevo él mismo.

Antes de partir, aquel individuo inoculó en el cuerpo de ¿Mi Yo? el mal físico.

La enfermedad, que precisamente es el punto desde donde giraban los sucesos en la obra representada. El autor fue contagiado por su propia creación de una dolencia incurable. De un mal que además no parecía extinguirse nunca. No acabar verdaderamente con su vida pues allí, sentado a mi lado, podía seguir viendo y escuchando hablar a ¿Mi Yo? de las cosas que siguió realizando después de muerto.

Según lo dicho en ese momento por su autor, el mecanismo por el que pasó el libro Salón de belleza desde su proceso inicial de creación hasta que se representó en su sangre fue casi perfecto. La profecía presente en toda obra daba la impresión de haberse cumplido en aquella ocasión de manera precisa.

Desde entonces ¿Mi Yo? fue descubriendo, cada vez con mayor frecuencia, que la realidad es sólo un pálido reflejo de cualquier acto creativo. Pareció en ese instante impresionarlo tal obviedad, lo advertí por la forma en la que se tocó la cabeza con aquella mano que lucía tan descuidada. Dijo estar convencido de que determinado tipo de construcción artística necesita de la no presencia de límite alguno para ser llevada a cabo. Me expresó que lo afirmaba porque advertía que después de una serie de privaciones y de luchas emprendidas contra la libertad individual, halló más de una vez, y de manera intempestiva, algo semejante al infinito.

¿Mi Yo? no estaba seguro de que haber creado El Congreso de dobles de la escritura mexicana, que organizó en cierta oportunidad en Francia, hubiera sido otra manera de llevar a la práctica la idea de infinitud que creía presente en toda palabra escrita. Me contó que idear una actividad semejante fue una forma de seguir construyendo su obra. Una manera de hacer uso de los Sucesos de Escritura que llevó a cabo mientras estuvo vivo y a la vez muerto.

¿Mi Yo? llamaba Sucesos de Escritura a todos aquellos actos que consistieron en escribir sin utilizar los métodos

clásicos de escritura como, por ejemplo, las palabras. Y consideró haber estado vivo y a la vez muerto durante el tiempo que transcurrió desde que nació en un viejo hospital de la Ciudad de México hasta su entierro a la usanza sufí en la misma ciudad.

El Suceso de Escritura que consistió en realizar El Congreso de dobles de la escritura mexicana trató de la posibilidad de convocar una suerte de reunión de autores fantasma, donde estuviera ausente la persona pero no las ideas de los creadores elegidos.

¿Mi Yo? llevó a esta sala de arte a los dobles de los escritores Margo Glantz, Salvador Elizondo, José Agustín y Sergio Pitol.

Yo, personalmente, no tenía idea de que ¿Mi Yo? hubiera ofrecido esos, llamados por él mismo, Sucesos de Escritura.

Siempre creí que se había limitado a escribir libros únicamente de la manera en la que deben ser escritos los libros; es decir, con palabras. A pesar de ello, me pareció recordar que algunas personas me informaron en ciertas ocasiones que ¿Mi Yo? solía indagar por distintos medios —sea fotos, puestas en escena o dibujos— sobre la relación que podía existir entre el autor y su obra.

Mientras tanto, yo continuaba intentando darme cuenta de si la presencia del autor en mi cama era un efecto

producido por los medicamentos destinados a atenuar el asma o un obsequio del más allá.

¿Mi Yo? me dijo en ese momento que la búsqueda por saber más sobre los misterios entre el creador y la realización de su obra estaba presente en la mayoría de los proyectos que llevó a cabo mientras estuvo con vida.

El día de la inauguración del Congreso de Dobles de la Escritura Mexicana se recibieron algunas quejas. La mayor parte provino de una serie de grupos de profesores de literatura latinoamericana de universidades europeas. Muchos de ellos habían viajado desde sus facultades de origen sólo con el fin de estar cerca de sus objetos de estudio.

A ¿Mi Yo? le pareció fundamental aquel reclamo. El efecto, en apariencia negativo, que causaba la ausencia de los cuerpos en aquella sala se mostraba de una manera abierta. El lamento de los profesores era elocuente. Las reacciones adversas le reafirmaban a ¿Mi Yo? que para muchos lo importante en los congresos parecían ser intercambios de otro tipo y no la presencia de las obras o del pensamiento en sí mismo.

En ese momento ¿Mi Yo? dejó de mostrarme la cabeza descubierta como lo había hecho hasta ese momento. Con lentitud se fue colocando un gorro musulmán que sacó no sé bien de dónde. Se colgó después un tasbi —rosario de oración— y me dijo que a partir del Congreso de dobles de la escritura mexicana había descubierto que las obras y los

autores se encuentran situados cada uno en espacios diferentes: alternos y contemporáneos, pero desfasados de una unión tal como la podrían percibir los demás.

Quizá para probar la existencia de estos espacios diferenciados, fue que una vez muerto del todo ¿Mi Yo? incursionó en determinado camino espiritual: el sufismo. Tal vez lo hizo con el fin de que sus dudas literarias fueran respondidas de una manera definitiva: nada menos que a través de la mística. Es por eso que durante una noche de lluvia —me informó que recordaba de manera precisa aquel aguacero que duró varias horas seguidas— se dirigió a una mezquita de la que había oído hablar a personas confiables. Visitó uno de aquellos lugares que tanto le interesaban, aquellos en donde transcurren de una manera más evidente que en otros las realidades paralelas. Después de algunas visitas solicitó que lo bautizaran dentro de aquella orden, que provenía de la sagrada rama Al jerrahi, cuyos orígenes se remiten al poeta Rumi en Turquía. Recibió a partir de entonces el nombre de C, que es la forma como se le debió reconocer desde ese momento.

De esa manera, C, se le debe seguir llamando; sobre todo —y especialmente— cuando, como en esta ocasión, sale y entra del universo con la facilidad con la que suele realizarlo.

Ya en ese tiempo, C tenía claro que en su vida no había hecho nunca nada más que escribir sin escribir. Poco antes de ser bautizado dentro de la orden sufí pensó que así como había escrito sin hacerlo, podría quizá vivir sin tener que vivir. Su conversión a la orden podría tratarse de una

forma de reafirmar algo que durante su existencia no pudo resolver de manera satisfactoria: lo que podía significar tanto escribir sin escribir como vivir fuera de la vida.

Sin embargo, C me dijo que desde entonces intuyó que realizando de vez en cuando sus acostumbrados Sucesos de Escritura, y llevando siempre el nombre de C, no tenía la necesidad de explicarlo en forma racional. Fue en ese momento cuando pude ver cómo se quitaba el gorro musulmán que se acababa de poner, y en su lugar se colocaba un sombrero de derviche girador. Casi de inmediato se puso de pie. Mientras comenzaba a rotar el cuerpo sobre su eje, en el estrecho espacio que hay entre mi cama y la pared, comenzó a decir que el más importante Suceso de Escritura que había llevado a cabo tuvo que ver con escribir y poner en escena el libro Perros héroes.

Los animales que me acostumbran acompañar durante las noches, perros de razas distintas, se pusieron en ese instante a ladrar.

Ignoro si lo hacían porque la figura aparecida de la nada comenzaba a moverse sin cesar, o porque intuyeron que se iba a comenzar a referir a la narración sobre perros que escribió algunos años atrás. Sé que es difícil que me crean, pero muchas veces he sido testigo de conductas llevadas a cabo por mis perros que son difíciles de explicar. No es de extrañar por eso que los perros de alguna manera supieran de antemano que se iba a hablar de perros. Los canes ladraban mientras C ya estaba girando. Mientras comenzaba a tomar fuerza empezó a contarme que en cierta ocasión, en ese entonces se le acababa de morir un

perro sumamente fiel e inteligente, contestó un anuncio del diario donde se anunciaba la venta de cierto tipo de ovejero. Se encontraba buscando en ese entonces un animal sustituto. A pesar de que algunas interpretaciones del Islam toman al perro como animal impuro, C quiso apelar, para emprender la búsqueda de su nuevo animal, a las razones que le dio Mohammed —la paz sea con él y su familia— a los miembros de las tribus nómadas del desierto cuando éstos le solicitaron en persona la devolución de pureza a los lebreles saluki. Cuando le rogaron restituirles la mácula arrebatada por el propio Mohammed —la paz sea con él y su familia— a aquellos veloces cazadores, pues les era imprescindible servirse de ellos para procurarse el alimento. En ese mismo momento el Profeta Mohammed —la paz sea con él y su familia—, sin permitir que los beduinos terminaran su pedido, declaró que el saluki no es un perro como cualquier otro, sino un animal con una categoría propia, la del reverenciado saluki, con lo que restituyó al instante la pureza perdida.

Por su parte —en la soledad de su estudio—, C deseó realizar algo similar con el perro fiel que lo había acompañado durante tantos años. Un animal con el que viajó a distintas partes del mundo. Sólo logró hacer una conversión semejante, de darle un carácter casi sagrado a un perro, con aquel animal. No pudo realizarlo en cambio ni con un galgo que se estrellaba contra las paredes de su casa por falta de un espacio apropiado para correr ni con unos lebreles enanos, que ensuciaban y destruían sin la menor culpa el mobiliario de su casa. Sucedió lo mismo con ciertos podencos, que no entendían ninguna orden, y con un primitivo basenji, conocido como el perro-gato, que lo llegó a desesperar con su indiferencia. Hasta que alguien le

recomendó que probara con el tipo de ovejero que se anunciaba en el diario. Esos perros, de raza pastor belga malinois, eran los únicos capaces, entre otras cualidades, de salir con éxito de cierta prueba de habilidad canina sumamente complicada. Le informaron que esto se debía a que eran descendientes directos del lobo.

Por esa razón, C contestó rápidamente el anuncio. Cuando le contestaron realizó, a través de la línea telefónica, una serie de preguntas sobre la relación entre esos perros y sus ancestros. Indagó si sus habilidades podían explicarse por la presencia de un cerebro más desarrollado que el del resto de las razas. Por la casi no interferencia del hombre en los cruces. Después de escucharlo hablar sin detenerse, le pidieron que esperara unos momentos. Alguien más iba a resolver sus dudas. Minutos después, C oyó por primera vez la voz de un hombre inmóvil, el verdadero propietario de los perros en venta. Aquella persona, desde las primeras palabras que le dirigió, trató de demostrarle que tanto él como sus canes eran poseedores de una inteligencia superior. Una hora más tarde, C se encontraba en la habitación de aquel hombre, quien únicamente a través de sonidos emitidos por la garganta entrenaba a los perros incluso para matar. Durante más de dos horas, C se mantuvo atento a la suerte de espectáculo que aquel paralítico tenía preparado para las visitas. Con la ayuda de un enfermero-entrenador, hacía pasar por turnos a los animales dentro del cuarto. El enfermero-entrenador era un sujeto algo subido de peso. Había llegado a esa casa muchos años atrás únicamente con el fin de realizar las prácticas necesarias para conseguir el título de enfermero en el instituto de salud en el que estudiaba. Nunca pudo irse. Una vez que pasó el

tiempo especificado para estar en condiciones de graduarse, el hombre inmóvil logró convencerlo de no separarse jamás de su lado ni de los perros.

C comenzó a apreciar cómo los canes repetían dentro de la habitación las conductas que el hombre inmóvil iba anticipando. Previo a su partida ocurrió un error de cálculo, pues uno de los perros atacó a C y le destrozó parte de la túnica negra que llevaba puesta. El hombre inmóvil acusó del incidente a la torpeza cotidiana que le achacaba al enfermero-entrenador. Le repitió una serie de frases desagradables. El enfermero-entrenador trató de aminorar su furia practicándole, delante de C, un delicado masaje en los pies.

C no regresó a aquella casa sino hasta un año y medio después. En el tiempo de la ausencia redactó un libro acerca de la experiencia que había vivido ese día. Mientras se hacía el trabajo de edición, quiso volver al lugar donde en apariencia transcurren las escenas del libro. Le abrió la puerta nuevamente el enfermero-entrenador. Al entrar en la casa, C advirtió con asombro que en la obra que acababa de escribir aparecían una serie de detalles que creía no haber advertido durante la visita inicial. Regresó por ese motivo unos días más tarde. En aquella ocasión lo hizo con una cámara de fotos y, como era su costumbre, tomó algunas imágenes al azar. Al verlas reveladas decidió incluirlas en el libro que estaba por aparecer. Deseó colocarlas allí como una especie de garantía de veracidad de lo contado, a manera de prueba sobre la capacidad de un yo no consciente, capaz de narrar detalles de situaciones que desconocía. Hizo que las imágenes aparecieran para el lector como instalaciones creadas

después de la escritura. Simuló que los ambientes habían sido reconstruidos en virtud de la ficción.

Una vez que el libro fue publicado, C deseó que existiera una suerte de idea generalizada sobre ese hombre inmóvil y sus perros entrenados. Para lograrlo se puso de acuerdo con algunos directores de teatro de la ciudad, para que cuando alguien les preguntara sobre sus proyectos futuros anunciaran que iban a poner en escena el libro Perros héroes. Es decir, que cada director dijera que iba a realizar una adaptación a partir de los distintos elementos presentes en el libro.

C se incluyó en la propuesta, y declaró que él mismo dirigiría una de las obras.

Pasaron algunos meses en los que se fue anunciando en distintos medios la próxima aparición de las obras hasta que, de pronto, sucedió lo que suele ocurrir con la mayoría de los montajes de teatro: la fecha del estreno pasó sin que nadie lo advirtiera. Cada una de la puestas en escena fueron ignoradas. Principalmente porque ninguna contó nunca con una fecha precisa de estreno. Un crítico de teatro, a quien C había convencido para participar también en la impostura, publicó en una revista sus comentarios sobre los estrenos simultáneos. En el artículo se mencionaba que casi todas las representaciones habían buscado poner en relieve la característica principal del personaje: la inmovilidad. Para lograrlo, tanto C como los distintos directores se habían servido de perros obligados a permanecer estáticos sobre unos pedestales en actitud de amenaza al público. Esos animales eran reemplazados,

cada determinado tiempo, por ejemplares disecados, por perros de madera o se dejaba, sin más, durante largos periodos de tiempo, el espacio vacío. Casi siempre los cambios se llevaban a cabo solamente con sutiles variaciones de luz. La editorial anunció que la presentación del libro sería en realidad una suerte de acto de desagravio para aquellos que se habían perdido el estreno de las obras.

C, a pesar de ser ya musulmán, pidió que la puesta en escena se llevara a cabo en un templo católico desacralizado del siglo dieciséis. Convocó allí a los participantes de la obra que supuestamente el mismo C había dirigido. Estuvieron presentes aquella noche tanto el escenógrafo como el encargado de sonido y el diseñador de iluminación. Se encontraba también el crítico teatral que había escrito la nota, y dos académicos de alto prestigio. Todos ellos reconstruyeron el montaje por medio de palabras. Para cuando terminaran sus intervenciones, C tenía preparada una sorpresa. Durante el tiempo que duró la representación mantuvo oculto, debajo del altar en el cual se desarrollaba la ceremonia, a un perro de aspecto fiero, educado para permanecer inmóvil. Con el perro escondido, el escenógrafo contó acerca de las peripecias por las que debió pasar para conseguir los perros disecados necesarios para la obra. Dijo que se comunicó con distintos talleres de taxidermia, los que como primera opción le ofrecieron ejemplares dejados a disecar que nunca habían sido recogidos por sus dueños. Lamentablemente, ninguno de esos establecimientos contaba con pastores belgas malinois similares a los que poseía el hombre inmóvil. Encontró una gran cantidad de perros chihuahueños, rotweilers, pero no los pastores que se necesitaban. Le

informó por eso al público reunido que tuvo que mandar a sacrificar algunos perros de esa raza para después hacerlos disecar. Se hizo evidente entonces un vago rumor.

Minutos después, el iluminador habló de lo difícil que había sido mantener inmóvil la luz durante la puesta en escena. Ensayó una pequeña disertación donde explicó que, en los asuntos de iluminación, lo que parece quieto es en realidad dinámico y viceversa.

Por su parte, el crítico de teatro leyó una versión del texto que había publicado en la revista. A su vez, los académicos invitados hicieron alusión a ciertas teorías rusas de teatro que, según ellos, nunca habían sido llevadas a la práctica de manera tan precisa como cuando el ejecutante no era humano.

Cuando la ceremonia terminó y los ponentes acababan de levantarse de sus asientos, C lanzó una orden contundente y el perro escondido saltó sobre el altar.

Allí se quedó, estático, mientras el texto de ficción comenzó a desarrollarse pues, de pronto, surgió una voz en off que fue secundada por unas mujeres que estaban dispuestas en el coro del templo.

Comenzaron a oírse fragmentos de la obra.

Transcurrieron de ese modo cerca de veinticinco minutos de tensión, durante los cuales el perro inmóvil

observaba a los asistentes con actitud desafiante.

El público se quedó sin moverse ante la mirada constante del perro. El animal continuó siempre con la misma actitud.

Se encontraba iluminado por una luz cenital, mientras el resto del ambiente fue puesto en penumbras. El templo dio la impresión de mantenerse inalterable, salvo por la oreja del perro, que hacía leves movimientos cuando sufría alguna variación el volumen en que era repetido el texto.

C me dijo de improviso que de aquel autor ahora sólo quedaban, en una caja de cartón olvidada en el sótano de alguna de las casas que habitó, los restos de sus túnicas negras y los frascos a medio llenar de las medicinas que tuvo que tomar antes de morir.

Aseguró que se hallaban amontonados sin ningún orden.

Me dijo también que le daba tristeza no recordar el nombre del perro que se mantuvo inmóvil en el altar. Días después de la presentación, lo tuvo que devolver al criadero de donde era originario. Se trató de un proceso similar al que experimentó con el actor de Salón de belleza. Tanto el perro como el actor debieron de dejar de ser, poco a poco, un actor o un perro de ficción para que C pudiera dejarlos regresar nuevamente a su lugar de origen.

C estaba seguro de que la colocación del perro sobre el altar fue uno de los últimos Sucesos de Escritura que realizó mientras estuvo con vida. A medida que fue extendiéndose la enfermedad inoculada en su cuerpo, causándole una serie de estragos físicos y mentales, C empezó a olvidar la mayor parte de los detalles propios de la existencia cotidiana.

En este momento, todavía presente en la habitación donde acostumbro dormir junto a mis perros, observé que C ya se había despojado del sombrero de derviche girador y lo que yo podía ver era sólo a un simple anciano. Lucía unas tiras de cabello a los lados del cráneo y, como señalé, mostraba las uñas de la mano izquierda crecidas de un modo anormal.

Me encontraba entonces frente a un viejo sin edad determinada que se mantenía estático. Como ya no giraba, los perros habían dejado de ladrar. Ahora se le acercaban, con algo de resquemor, y lo olían de manera un tanto tímida. Intenté calcular su edad y advertí que nunca podría saberlo realmente. Se trataba, no hay que olvidarlo, de alguien aparecido de la nada. Era imposible que aquel anciano pudiera ser experimentado por el otro como una persona cualquiera. Precisamente cuando se estaba despojando de su sombrero de girador, señaló que desconocía tanto las fechas como los lugares donde se llevaron a cabo los distintos Sucesos de Escritura de los que me estaba hablando.

Recordaba que una vez que la enfermedad avanzó más de la cuenta olvidó incluso el nombre de la ciudad donde

vivía.

Sin embargo, dijo algo que en ese momento me sonó aún más extraño.

Señaló que la opresión de saberse perdido en una urbe hasta cierto punto desconocida fue motivo suficiente para escogerla como su lugar de vida eterna.

Hasta el día anterior al estreno de Salón de belleza ignoraba cuál podía ser el espacio donde habitaría para siempre. Sólo lo supo cuando advirtió que el lugar de la existencia verdadera sólo se podía hallar en medio del escenario. Me informó que en la época de asumir semejante elección —cuando, entre otros asuntos, decidió la ciudad de permanencia—, sufría de manera cíclica intensos ataques de pánico y angustia aparentemente inmotivados. En determinado momento llegaron a ser tan insoportables que se vio casi obligado a aceptar la idea de que se trataba de los estados necesarios para poder escribir. Pasó por largas noches de insomnio imaginando las situaciones más funestas desarrollándose en ese mismo momento en la ciudad. Transitó también por horas de vigilia y sueño entrecortado, mientras sentía a la distancia cómo la vida continuaba a su alrededor. En momentos semejantes, C buscaba la mesa de escritura como el único refugio capaz de hacer que la desesperación fuera capaz de disminuir. A veces salía a caminar por calles atiborradas de personas. Buscaba adrede las horas de mayor tránsito. Solía utilizar también las líneas de transporte subterráneo, imaginando siempre que no iban a funcionar los mecanismos que harían posible su regreso a la superficie.

Me dijo que le resultaba difícil considerar como propia la ciudad que continuaba habitando a pesar de las circunstancias. No había crecido en ella. Casi no guardaba recuerdos de infancia que le pudieran servir como referente. La abandonó cuando tenía poco tiempo de nacido y no volvió a ella sino hasta muchos años después. La situación perfecta para sentirse partícipe y no de su vorágine. Para creer que era un habitante pero también un explorador. Esa situación lo llevaba a descubrir cada día una serie de costumbres y ritos que nunca imaginó que existiesen. Cuando se veía a sí mismo constatándolo era como si estuviese quebrando alguna regla.

Sabía que estaba incapacitado para actuar como un ciudadano común y corriente.

Una de las características de la ciudad donde pasó buena parte de su vida y finalmente murió, es que se encontraba diseñada a manera de una serie de poblados superpuestos. Era quizá por eso que pensaba que los ciudadanos casi no se trasladaban a grandes distancias.

Me pareció curioso que tuviera una percepción semejante. Sobre todo si acababa de decirme que acostumbraba tomar, principalmente en momentos de máxima desesperación, las líneas de transporte subterráneo.

Escogió para habitar una pequeña casa construida a principios del siglo veinte. Se hallaba ubicada en una de las

zonas más céntricas y, sin embargo, se encontraba aislada del bullicio por una alta reja casi siempre cerrada.

Allí permanecieron, C y su desesperación, el tiempo que tardó en manifestarse la enfermedad. En apariencia ajenos a casi todo lo que se desenvolvía cerca.

C, solitario frente a las palabras que debía crear.

Todo lo demás lo percibía como un vago rumor.

De vez en cuando coincidía en la calle con algún conocido de otros tiempos. Cuando esto ocurría se saludaban en forma cortés y luego cada uno proseguía con su camino. Pero esa situación de sentirlo todo como un lejano sonido no lo hacía sentirse separado del mundo por completo.

En esa época C sostuvo, a pesar del aislamiento y aunque cueste trabajo creerlo, una especie de escuela de escritores.

Un lugar que no era verdaderamente una escuela.

En realidad, lo que C lograba que se creara en aquel espacio era propiciar que se encontraran de manera física dos veces a la semana algunos creadores en pleno ejercicio de su trabajo con un grupo de aspirantes a la escritura.

Ahora que lo recuerdo bien, C me dijo que aparte de crear libros dirigió durante los primeros años de su muerte una escuela de escritores.

Un lugar que contenía algunas de las características del vacío.

Un espacio donde sólo existía una prohibición: la de escribir.

Es decir, los alumnos, tal vez debía decir los discípulos de un número grande de maestros, no podían acudir a ella con el fin de cotejar sus propios trabajos de creación, pues éstos permanecerían o, mejor aún, se construirían en un ámbito paralelo al de la escuela: en los gabinetes personales que cada uno de ellos debía crear para sostener una obra única. La escuela tendría que ser solamente una suerte de detonante capaz de hacer que cada quien se enfrentase, de manera solitaria, con la propia creación. Esto se practicaba con la intención de que el trabajo resultante no se encontrase bajo la tutela más que de su propio autor, y de que una obra ejecutada bajo estas condiciones hiciera más evidentes sus particularidades.

Al escucharlo me dio la impresión de que se trataba de un centro que parecía sujeto de la nada, por decirlo de alguna manera, en el cual no existían programas de estudio definidos. De un lugar donde se examinaban asuntos, no únicamente relacionados con la literatura sino, además,

con las maneras en que las otras artes estructuran sus narraciones. Desde un principio, C supo que no quería que se enseñaran las técnicas narrativas tradicionales, ni que se llevara a la práctica los ejercicios acostumbrados en los talleres literarios.

¿Por qué estaba prohibido escribir en un lugar semejante?, se preguntó C mientras se volvía a sentar en el borde de la cama. La respuesta puede resultar oscura, añadió mientras ponía la punta de los dedos sobre el edredón.

¿Sería una equivocación pensar que esta escuela estaba concebida según el modelo del teatro?, volvió a preguntarse y se contestó al instante que en realidad se hallaba poblada de mutantes y de la culpa que a todos les debería causar el hecho de escribir.

Me miró para decirme que conocía bien la sensación. Lo acompañaba desde joven. Hubo ocasiones en que esa culpa le produjo incluso pavor. Más de una vez experimentó la sensación de que terminaría aniquilado por esa manía: la de escribir sólo para continuar escribiendo.

En situaciones semejantes, le bastaba para sosegarse con caminar a alguno de los bazares que se encontraban en alguna de las esquinas de su casa. Otras veces visitaba un edificio en ruinas cercano, donde vivían decenas de familias entre los escombros dejados por un terremoto que había destruido parte de la ciudad años atrás.

Aquellos inquilinos precarios habían bautizado como El Gran Vidrio a la fiesta de celebración anual que llevaban a cabo con el fin de adquirir los fondos necesarios para evitar que la estructura terminara de desplomarse.

C realizaba en otras ocasiones una caminata mayor.

De ese modo llegaba a una de las estaciones de metro más concurridas de los alrededores. Casi siempre se dirigía primero al puesto de masajes, que un hombre ciego había instalado dentro de aquella terminal. Se trataba de un cuarto minúsculo que formaba parte del diseño original de la estación. Contaba con una pared de vidrio que daba a uno de los pasillos que utilizaba diariamente cerca de un millón de viajeros. La pared estaba apenas cubierta con una cortina de tela repleta de fisuras. En aquel espacio solamente cabía el ciego masajista y una mesa envuelta en una sábana.

Cuando se atendía en aquel lugar, C se desvestía y se acostaba en aquella cama con la intención de mirar, por las aberturas de la cortina, el tumulto de gente que circulaba a escasos centímetros.

Mientras sentía las manos del ciego sobre su cuerpo, pensaba que no había sido un error elegir una ciudad como aquella para morir.

Irse de este mundo acompañado por millones de personas dentro de la más profunda soledad.

Recordaba siempre la desastrosa experiencia que atravesó cuando decidió recluirse en una cabaña apartada. No tardaron en aparecer una serie de síntomas físicos que lo obligaron a abandonarla con todo lo que había escrito dentro. Nunca se atrevió a regresar por esos papeles. Dejó además su máquina de escribir de ese entonces —una Olivetti comprada en un país socialista—, y un cachorro de raza dóberman llamado Jesús.

Ya desde ese tiempo —antes de que apareciera el primer síntoma de la enfermedad—, C tenía preparados los detalles de su funeral. Había elegido también el lugar del entierro. Alrededor de su cuerpo muerto darían vueltas durante infinitas horas una serie de derviches giradores. Su cuerpo estaría envuelto en una tela verde repleta de pétalos de diferentes colores, y tendría a manera de despedida el canto jubiloso que acostumbra acompañar a las bodas místicas, que es como se le conoce a la muerte dentro del sufismo.

Mientras C continuaba sentado en el borde de mi cama hablando con voz pausada, me informó que pese a los planes que tuvo para su funeral ignoraba cómo se había desarrollado realmente. No recordaba casi nada sobre su tiempo de enfermedad. Los meses que pasó postrado en la cama, los procedimientos médicos, los días finales.

Sin embargo, apenas advirtió la primera manifestación del mal desaparecieron casi al instante los síntomas que lo habían torturado tanto.

Principalmente aquellos que tenían que ver con la culpa que le causaba la escritura.

Comenzó de pronto a sentir una calma inusitada mientras redactó sus últimos textos. Luego un sutil desprendimiento de las cosas mundanas. Pronto ocurrió lo mismo con los elementos espirituales o con los de carácter artístico. Se encontró inmerso de manera repentina en una suerte de vacío, donde nada que proviniera del exterior era capaz de producirle el menor estímulo.

Su pasión en ese entonces fue la de escribir sólo por el gusto de ver aparecer una palabra detrás de la otra.

Pensó durante ese tiempo en el carácter profético de la palabra escrita.

Cuando se publicó el libro Salón de belleza, algunos lectores pensaron que C había frecuentado durante algún tiempo un moridero y que había sido a partir de aquellas visitas como obtuvo la idea de realizar una obra de semejante naturaleza.

Era falso, en ese tiempo no conoció ningún lugar parecido.

Sin embargo, terminó siendo paciente de un moridero de características aún más denigrantes que las del descrito en el texto.

Estuvo internado más de un año seguido en un lugar así. Se encontró bajo la regencia de una doctora aún más abyecta que el personaje que lleva adelante el moridero en el libro Salón de belleza.

De esa etapa sólo recuerda la primera parte. Cuando la doctora pareció estar contenta con la tragedia que empezaba a experimentar su cuerpo.

Advertí, de manera repentina, que la conversación que estaba sosteniendo con ¿Mi Yo? se hacía cada vez más extensa.

Mis perros comenzaban a manifestar nuevamente una inquietud particular. No a la manera que mostraron cuando ¿Mi Yo? comenzó a girar sobre su eje. Parecían tener hambre o sed.

Pese a todo, ¿Mi Yo? no daba la impresión de tomar en cuenta que el tiempo transcurría y que su particular … ¿relato?… continuaba fluyendo en mi habitación.

De un momento a otro se colocó de perfil. Mencionó que para expresar lo que a continuación deseaba expresar

prefería no enfrentarme de manera frontal.

En realidad no había mucha diferencia entre su frente y su perfil.

Los estragos propios de la muerte le daban una sutileza que lo hacían casi inexistente.

Era más un halo que una presencia.

Aunque, de primera intención, quedaba establecido cuál era el frente y cuál el perfil. Pero se trataba de una certeza que no contaba con un tiempo largo de duración. La especie de no vida presente en la cama donde acostumbro dormir al lado de mis perros desvanecía casi completamente sus contornos. Sentado de esa manera —supuestamente de perfil—, me informó que con cierta frecuencia experimentaba estados cercanos a los que acompañan a las revelaciones de orden místico. De otra manera no entendía la fuerte luz que acostumbraba alumbrar su dormitorio en las madrugadas y la silueta que de vez en cuando solía dibujarse en su ventana. Añadió que aquellos estados irrumpían cuando no estaba acostado en su cama, como yo lo estaba en la mía en ese momento, sino cuando se encontraba en alguna de las camas ajenas que solía frecuentar. Me dijo que deseaba hablarme de una experiencia en particular que había experimentado en la habitación del actor de Salón de belleza.

Por alguna razón que no recuerda, ¿Mi Yo? había sido dejado solo desde muy temprano en aquel dormitorio. No parecieron importarle los rayos del sol ni el sonido que producía el rumor de la ciudad. Me aclaró que una de sus costumbres preferidas de esos tiempos consistía en imaginar que se hallaba en cualquier otro lugar menos en el que se encontraba ubicado. Aquella mañana esa actividad se vio interrumpida por una sombra que pasó repentinamente frente a su rostro. Abrió los ojos. Encontró entonces, trepado en el alféizar de la ventana del piso quince donde estaba situado el departamento, a un ser aparecido de la nada. En un primer momento aquella presencia se mostró con las alas extendidas. Pero al instante las replegó y bajó la cabeza. Sólo después de incorporarse ¿Mi Yo? advirtió que las características de esa figura eran ajenas a cualquier cosa que hubiera conocido antes. Aparte de las extensas alas, la criatura guardaba cierto parecido con los seres humanos. Su piel daba la impresión de estar confeccionada con algún material sintético. ¿Mi Yo? se apresuró a levantarse para abrir aquella ventana. Apenas giró la hoja de vidrio, la criatura se abalanzó dentro de la habitación. Parecía tratarse de un ser torpe. Con un par de movimientos arrojó los trajes de arlequín y el largavista que el actor utilizaba para las funciones en las que en aquel entonces estaba trabajando.

Las alas fueron lo que más desastre causó.

Con ellas rompió dos espejos de cuerpo entero y arrojó una muñeca rusa que se abrió e hizo que rodaran las pequeñas piezas de su interior. Volteó asimismo el respirador artificial que el actor necesitaba de vez en cuando.

¿Mi Yo? logró controlar al aparecido con algo de esfuerzo.

Al sentir los dedos de ¿Mi Yo? sobre su cuerpo lanzó un par de chillidos. Sin embargo, a los pocos minutos se fue calmando por completo. Sólo en ese momento ¿Mi Yo? lo pudo ver con tranquilidad. Algo en sus rasgos le recordó al primer perro que crió en su infancia. Se acordó de que aquel animal era al que más tiempo le gustaba mantenerse en vigilia. A veces se quedaba noches enteras mirando hacia un punto muerto. La primera vez que vio a su perro sumido en una actitud semejante fue cuando comenzó a pensar en los estados por los que suelen pasar los animales cuando son recluidos por mucho tiempo dentro de un espacio cerrado. Aquel perro murió atropellado por un autobús cuando ¿Mi Yo? lo llamó para jugar desde la acera de enfrente.

Pero en el rostro del ser aparecido en la habitación del actor, ¿Mi Yo? advirtió también ciertas características de la faz de su abuela. La que aparecía sobre todo en una foto que ¿Mi Yo? le tomó cuando era un adolescente. La realizó con la cámara que le obsequiaron en la navidad de 1968, con la misma Diana que siguió fotografiando casi hasta el final de su vida.

En ese entonces ¿Mi Yo? no pensaba en la posibilidad ni de morirse ni tampoco en la de seguir viviendo después de su muerte.

La presencia en su vida de la abuela fotografiada es uno de los pocos recuerdos agradables que guardaba de sí mismo. Tanto de las tardes que pasó con ella en su infancia como las de ahora, cuando la ha vuelto a encontrar y se visitan de vez en cuando. Aquella abuela fue quien salvó el primer libro que ¿Mi Yo? escribió cuando era niño. Lo arrebató del oprobio familiar que originó el hecho de que a los diez años de edad se le hubiera podido ocurrir realizar algo semejante. Se trataba de una obra sobre perros. Al advertir la reacción que produjo entre los que lo rodeaban, la abuela introdujo el manuscrito en su ropero y nunca se volvió a saber de su existencia. Se trata de El libro fantasma que ¿Mi Yo? lleva siempre consigo —lo transporta mentalmente.

¿Mi Yo? me dijo en ese momento, sentado como se sabe en uno de los bordes de mi cama, que ninguna de las semejanzas con asuntos del pasado que halló en el rostro del personaje aparecido en la ventana —como la abuela fotografiada o el perro atropellado—, fue lo que verdaderamente lo sedujo aquella mañana.

Lo andrógino parecía ser la marca más notable que mostraba el cuerpo aparecido.

Todo ocurrió en silencio. El único ruido que se percibió fue el del rozar de las alas. Poco después ¿Mi Yo? se alejó hacia un rincón. El ser quedó acostado en el piso. Una de las alas reposaba sobre el respirador artificial.

¿Mi Yo? le dio la espalda y se dedicó a mirar por la ventana.

Frente al edificio había un parque. Pudo verlo en su plenitud desde la altura donde se hallaba colocado. Un grupo de niños peleaba por subir a un tobogán. Unos segundos después oyó que el personaje comenzaba a hacer leves ruidos con la garganta. Abajo, los niños parecían no ser capaces de resolver sus diferencias. En forma lenta, los ruidos que emitía aquel ser se fueron transformando en palabras que nunca llegó a entender.

¿Mi Yo? comenzó en ese momento a pensar en la manera que tendría para explicarle al actor el desorden del cuarto. Estuvo incluso tentado a pedirle perdón cuando regresara. Nunca antes había ofrecido disculpas a nadie. Al contrario, ¿Mi Yo? se consideró siempre víctima de su propia escritura. Pensaba que debían disculparse ante su persona. Recordaba no sólo la burla que había sufrido desde que era niño —que comenzó de manera evidente con el desaparecido libro de perros—, sino las decisiones de vida que tuvo que tomar para seguir sosteniendo su escritura.

Se encontraban presentes también las innumerables burlas que suscitó ante muchos su falta de brazo.

¿Mi Yo? se encontraba, como se sabe, delante de mí. Solitario dentro de su propia muerte. El personaje aparecido en la ventana, antes de irse, nuevamente causó

estragos en la habitación. Las alas esta vez desconectaron por completo el respirador artificial. En ese momento —al relatarme la desconexión del respirador—, ¿Mi Yo? me informó que lo más probable era que se encontraba viviendo en ese departamento porque el actor que representó a su personaje en la obra Salón de belleza se encontraba ya muerto.

El ser trepó con esfuerzo nuevamente al alféizar y, una vez que estuvo al borde del precipicio, abrió las alas por completo. Sólo entonces se pudo apreciar su grandeza en toda su plenitud. Antes de que se fuera, ¿Mi Yo? alcanzó a decirle que en la zona donde había pasado la mayor parte de su vida la gente había tratado muchas veces de hacerle daño. Lo habían considerado en más de una ocasión una persona distinta a la que realmente era.

El rostro de ¿Mi Yo? volvió a ser entonces el del principio. Aquel que lucía largos mechones de cabello y una barba descuidada. Cuando le pregunté quiénes eran los que lo habían considerado como un sujeto diferente, me contestó que fueron sobre todo los miembros de su propia familia.

Me informó que cierto amanecer reciente le hizo recordar a su abuelo. Lo vio acostado en la cama con las extremidades cercenadas. Primero fue una pierna. Meses después la otra. Luego de un tiempo hicieron lo mismo con el brazo derecho seguido por el izquierdo.

¿Mi Yo? me dijo que cuando acostumbraba relatar este suceso no se lo creían. Pensaban que mentía al afirmar que su abuelo terminó sus días convertido en un tronco carente de extremidades.

Luego de morir el abuelo se tomó la decisión familiar de que ¿Mi Yo? fuera criado por la abuela materna. Por una mujer de gran corazón que lo único que le tenía prohibido era acudir al cine.

¿Mi Yo? nunca entendió las razones de tal medida.

Quizá por eso la desobedecía a la menor oportunidad. En cierta ocasión incluso decidió, junto a un grupo de niños y en medio de una función, tomar por asalto una sala cinematográfica. La copia de la película que se estaba proyectando en ese momento era tan antigua que sólo se alcanzaban a ver manchas borrosas. Del audio únicamente eran perceptibles fragmentos de los diálogos.

La película parecía tratar de los problemas con la mafia que atravesaba en Japón un taxista extranjero.

La tranquilidad que en un principio parecieron mostrar los espectadores ante esta extraña película no pareció durar demasiado tiempo. Uno de los niños se puso de pie en forma repentina para quejarse en voz alta. Su protesta no sólo iba dirigida a la mala calidad de la copia sino al tema que se presentaba en la pantalla. Era curioso que una película semejante hubiese sido catalogada para menores

de edad. A partir de entonces los demás niños ensayaron silbidos, gritos estridentes y comenzaron a pararse en las butacas. Había pocas personas mayores en la función. Casi todos padres de familia, quienes, al advertir que la proyección no tenía remedio, optaron por salir del cine con sus hijos.

Una vez que los otros niños se encontraron solos comenzaron a correr por el foro y los pasillos. Mientras la película seguía siendo proyectada —en ese momento ¿Mi Yo? se acordó del título del film: Kamikaze taxi—, los niños formaron dos bandos.

¿Mi Yo? me aseguró que él no perteneció a ninguno. Le sucedió siempre, sobre todo antes de morir.

Nunca se sintió identificado realmente con nadie.

Estuvo incapacitado durante la mayor parte de su vida para relacionarse naturalmente con los demás. No era que se encontrara aislado por completo. Siempre que establecía algún vínculo se formaban relaciones particulares con los otros. Lazos que muchas veces no sabía cómo clasificar, y que con frecuencia lo llevaban a situaciones confusas, que lo hacían encontrarse cada vez más enredado en sus propios sentimientos.

Algunos de los niños decidieron ir a los baños, donde arremetieron contra los servicios higiénicos. Lograron sacar uno por uno los lavabos. El agua comenzó a salir. La

inundación no tardó en extenderse. Sólo cuando un humo denso proveniente de las cortinas de la pantalla llegó al vestíbulo, los empleados advirtieron lo que estaba ocurriendo en la sala.

Al verse descubiertos, la mayoría de los niños huyó. Tan solo unos pocos fueron detenidos. La mayoría escapó sin que nunca se supiera de su existencia. Uno de ellos, el que más escándalo generó esa tarde, se convirtió con los años en un experto criador de canarios.

A esas alturas de la noche, mientras continuaba acostado en mi cama, me pregunté si sería conveniente expresar algunas dudas que el relato que estaba escuchando podía sugerirme, pero ¿Mi Yo?, sin sacarme los ojos de encima, no parecía reconocer del todo mi presencia.

Era como si a pesar de estar sentado frente a mí, hubiese permanecido todo el tiempo —o al menos desde el instante en que advertí que se encontraba sentado en mi cama— en otra dimensión.

Por más absurdo que me pareciese, deseaba yo en ese momento saber dónde se encontraban los padres de los niños que destruyeron el cine. Es cierto que ¿Mi Yo? me había aclarado que algunos padres de familia salieron con sus hijos antes de que comenzara la destrucción, pero de cualquier manera no era del todo lógico que hubiese tantos niños dejados a su libre albedrío.

¿Mi Yo? siguió hablando —ya comenzaba a causarme algo de confusión su relato— con voz reposada. El fluir de sus palabras era de tal dimensión que no parecía dejar lugar a ninguna duda de mi parte. A esa hora los perros ya se habían tranquilizado. Se encontraba cada uno apostado en su lugar de costumbre.

¿Mi Yo? repitió entonces que el niño más escandaloso de esa jornada consiguió, con los años, establecer las diferencias definitivas entre los canarios ceilandeses, los chinos, y aquellos criados durante el siglo XIX en ciertos establecimientos ubicados en las afueras de algunas grandes ciudades del extranjero. Únicamente un verdadero conocedor —aquel niño llegó a serlo— podía saber cuáles eran las principales características de cada uno de ellos. No escuché bien lo que dijo acerca del asunto. Sólo capté que trató de expresar que antes de la presencia del niño en el universo de aquellas aves, los canarios que cantaban carecían de color, y los amarillos que conocemos se limitaban a ser pájaros destinados al regocijo de la vista. Parece que la criatura que destruyó buena parte del cine logró hacer que se fundieran las dos especies. Fue quien creó los canarios tal como ahora los conocemos. Logró con su trabajo que en muchas casas hubiera jaulas con uno o varios en su interior. Yo recordé especialmente el que criaba mi abuela materna, aquella que debió cuidar a mi abuelo mientras los médicos cada cierto tiempo cercenaban algún trozo de su cuerpo. Lo que más llamaba mi atención era la longevidad de aquella ave. Desde que tuve uso de razón lo vi dentro de su jaula colgada en la cocina. Me intrigaba también cómo al anochecer la jaula era tapada

con un trapo negro. Mi abuela afirmaba que si se prendía la luz en medio de la noche, el canario podía morir de un infarto. Pensé entonces nuevamente en la soledad nocturna de ciertos animales. En los perros que duermen a mi lado. De pronto, como se sabe, a cualquier hora de la noche, al observarlos sin que lo adviertan, los capto mirando hacia un punto indeterminado. Cavilan seguramente de la misma manera como quizá, ya lo mencioné, lo hacen las gallinas en sus corrales o los caballos en sus caballerizas. Captando un más allá al que ninguno de nosotros puede acceder.

Me pareció curioso que a ¿Mi Yo? se le ocurriera mencionar, en estas circunstancias, a los canarios que el niño del cine logró estandarizar como los que actualmente conocemos.

Seguramente no era verdad lo que me estaba informando ¿Mi Yo? en ese momento.

Sólo entonces advertí que había estado tomando como ciertas todas las cosas que escuchaba mientras me hallaba acostado, con la figura de un anciano Mario Bellatin sentado a mi lado, durante un tiempo que ahora me sería imposible de calcular.

No tenía por qué hablarme ese escritor de canarios ni de niños destruyendo una sala de cine.

Yo estaba seguro de que su tema real eran los peces.

De otra manera no habría colocado tantos en su libro Salón de belleza. Yo, en la época en que me aficioné a la lectura de sus libros, conocía una de las historias que él mismo inventó para describir cómo escribió esa obra. Aquel relato lo realizó en el tiempo en que terminaba de redactar el texto Damas chinas. En ese entonces empezó a frecuentar su casa un amigo que al mismo tiempo que estudiaba filosofía acostumbraba travestirse en las noches.

Ese hallazgo, el de un filósofo travesti, le pareció lo suficientemente peculiar como para dedicar tardes enteras a escucharlo para que le contara no sólo de sus peripecias nocturnas sino de cómo aplicaba en la vida cotidiana sus conocimientos de Nietzsche o Kant, de quienes era devoto.

Mario Bellatin recordaba que llegaba a su casa en las tardes, se preparaba un té y comenzaba a referirse al mito del eterno retorno o a criticar las categorías kantianas mientras comenzaba a maquillarse. Siempre llevaba consigo un maletín con algunos libros, así como las ropas y objetos de belleza que necesitaría en sus incursiones nocturnas. Mientras hablaba iba sacando los aretes, el lápiz labial, así como la peluca que se colocaría más tarde. Sin pudor alguno se quitaba los pantalones delante de Mario Bellatin para ponerse casi siempre unas medias negras de rombos.

De esa forma Mario Bellatin veía —teniendo como fondo las letanías sobre Nietzsche o Kant— cómo ese aparentemente tímido estudiante iba transformándose en el

personaje que noche tras noche corría distintos riesgos en sus pesquisas por la ciudad.

El filósofo travesti era de una disciplina férrea. Se acostara a la hora que se acostase, siempre estaba de pie a las siete de la mañana. Jamás sería capaz de perder su primera clase. Estando muchas veces con los ojos enrojecidos o tratando de ocultar con chicles o productos diversos el aliento a alcohol, trataba de no perder la mínima idea expresada por sus maestros.

Sólo durante el primer cambio de hora se tomaba un descanso y salía al campus de la facultad. Tomaba asiento en una banca al aire libre, desde donde solía hacer un solitario recuento de la noche anterior. Si lo recogían en auto solían llevarlo hasta la orilla del mar, donde más de una vez lo habían dejado abandonado después de despojarlo de lo que tuviera de valor. A los que más temía era a los muchachos que se desplazaban en grupo. Ellos muchas veces lo invitaban a pasear únicamente por el gusto de descargar sobre su cuerpo una insólita violencia. Si iba a pie era casi siempre con hombres de escasos recursos: muchas veces guardianes de las empresas de los alrededores u obreros que debían de llegar de madrugada a sus puestos de trabajo. Con ellos solía adentrarse en terrenos abandonados que ya conocía o en parques que contaban con altos matorrales. Eso ocurría incluso en invierno. Al volver a su casa acostumbraba colocarse bajo un chorro de agua fría. Era el único modo de encontrarse en buenas condiciones durante las clases de la jornada.

Mario Bellatin me dijo que casi siempre lo escuchaba en silencio. Sólo de vez en cuando hacía alguna pequeña acotación para aclarar ciertos puntos. Su actitud en esas circunstancias, me lo expresó de esa manera allí en mi cama, podía parecer la de un psicoanalista en plena sesión.

El travesti filósofo hablaba sin parar teniendo a Mario Bellatin como el único espejo de sus palabras.

A veces parecía confundir su presencia y se dirigía a Mario Bellatin como si fuera uno de los hombres que frecuentaba durante las noches.

De ese modo Mario Bellatin se enteró de algunas de las perversiones que se desarrollaban a su alrededor sin que él tuviera conocimiento de su existencia. También de aspectos de la infancia del travesti filósofo, de sus primeras incursiones callejeras llevando a cabo el juego del cambio en su identidad sexual, de su madre —a quien dejó abandonada en un hospital estatal—, y sobre todo de su temprana pasión por los libros. Desde niño recorría, vestido muchas veces con ropas de mujer, las casas vecinas buscando algún ejemplar que le sirviera de lectura. En su familia nadie leía, y lo único que algunas veces pudo hallar en las otras viviendas fueron revistas de historietas o periódicos que mayormente daban cuenta de una serie de crímenes. En la escuela donde estudió tuvo la suerte de contar con algunos maestros que le diseñaron un plan de lecturas básicas.

Durante las tardes en que el filósofo travesti comenzó con sus visitas, Mario Bellatin acababa de terminar una relectura del libro La casa de las bellas durmientes del escritor japonés Yasunari Kawabata. Me informó que la primera lectura no le causó una impresión mayor. Esta segunda incursión en cambio lo había dejado perplejo. Me dijo que, como muchos debían saber, en el libro se describe una exclusiva casa de citas que únicamente otorga servicio a un grupo de ancianos de cierto prestigio social. Esos clientes duermen al lado de jóvenes que han sido narcotizadas previamente para ignorar con quién pasaron la noche. La novela transcurre a lo largo de cinco jornadas. El narrador no necesita para recrear esa realidad más que una pequeña casa situada en los suburbios, así como un discurso hasta cierto punto monocorde. A través de las impresiones de un cliente que se encuentra en el punto previo a la vejez, se abren en el libro intensas e infinitas preguntas.

Mario Bellatin dio entonces la impresión de caer en una suerte de embeleso ante las imágenes que la descripción de ese libro parecían ir causándole. Volvió entonces a referirse a los animales. Ya había hablado de los perros que acostumbran dormir en su habitación. De los estados desvelados que sufren los animales a mitad de la noche. En ese momento me confesó algo que ya todos sus lectores habíamos intuido: que para escribir de manera propicia debía rodearse de uno o de varios animales. Me dijo que muchas veces, observando sus conductas, hallaba soluciones o alguna explicación a una serie de comportamientos humanos que no entendía del todo pero que, sin embargo, a pesar de eso, o tal vez precisamente por esa razón, trataba de describir. En más de una ocasión

la actitud de una gata alterada o el proceso de aprendizaje de un pequeño cachorro le permitían percibir una serie de reacciones imprevistas en las conductas de las personas.

Me informó que le interesaba constatar que los animales son lo que son. Apreciaba que su ser animal se presentaba siempre de una manera transparente, sin opacidades capaces de empañar la contundencia que debe de tener un personaje o una situación literaria.

En aquel tiempo, en los momentos en que terminaba de escribir su libro Damas chinas, una amiga escritora —ahora muerta como el mismo Mario Bellatin— le obsequió un acuario de medianas proporciones, ya que los peces que intentó criar perecieron uno detrás de otro. Mario Bellatin nunca antes había experimentado la sensación de vivir al lado de peceras. Sin embargo, le pareció importante indagar sobre las posibilidades narrativas que podían derivarse de aquella superficial observación del mundo acuático. Luego de que le regalaran la pecera vacía, Mario Bellatin acudió a una tienda especializada de donde —luego de cansar al vendedor realizando una serie de preguntas sobre cómo respetar las costumbres de los peces de agua dulce— salió llevando una bolsa de plástico transparente con algunos peces de fácil crianza.

Ya en su casa colocó el acuario al lado de su máquina de escribir.

Mientras iba terminando el libro que estaba redactando en ese momento pudo ver cómo empezaban a desarrollarse

unas vidas asombrosas para alguien que nunca antes había estado en contacto con ese universo.

Aunque cumplió con los requerimientos necesarios para que la crianza se desarrollara con cierta normalidad, aquella experiencia terminó de manera triste.

Introdujo los peces recién comprados, dos hembras y un macho, dentro del acuario, siguiendo las especificaciones que le proporcionaron en la tienda de peces. Al día siguiente el macho amaneció muerto. Apenas lo notó, Mario Bellatin advirtió también que las dos hembras buscaban comerse su carne. Sacó al pez inerte de inmediato. Experimentó cierta aversión al pensar en la posibilidad de tocarlo con la mano desnuda. Utilizó por eso unos guantes de hule para realizar la operación. Dos mañanas más tarde descubrió la presencia de una serie de pececillos en el acuario. Una de las hembras había estado preñada y acababa de parir. Una hora después se acercó nuevamente al acuario y apenas pudo notar la presencia de los recién nacidos. Miró con mayor detenimiento y vio que apenas quedaban unos cuantos. Entre las hembras se los habían estado comiendo. En la tarde las vio nadando solas como si nada fuera de lo normal hubiera ocurrido. No quedaba ya rastro de ningún pececillo. Al anochecer advirtió que la hembra que acababa de parir se encontraba estática al fondo del acuario. Nunca más volvió a elevarse. Murió al poco tiempo. En la pecera sólo quedó el otro pez, a quien por si fuera poco le comenzó a aparecer —tal vez por la aparición de ciertos hongos que se encuentran con frecuencia en las peceras— una especie de nube pegada al lomo, lo que lo obligó, siguiendo fielmente las instrucciones

que le dio por teléfono el vendedor de peces, a darle muerte de manera contundente.

Mario Bellatin me confesó que sacó al pez utilizando un pequeño colador que mantenía en la cocina de su casa, y que luego le dio un golpe con un pequeño martillito que sacó de una caja de herramientas.

En esos días en que Mario Bellatin estaba a punto de terminar el libro Damas chinas, parece que comenzaron a mezclarse las situaciones que había vivido con el filósofo travesti, la lectura del libro de Yasunari Kawabata y su experiencia con los peces muertos.

Me informó que creía que fue entonces cuando comenzó a tomar forma el proyecto de escritura que terminó llamándose Salón de belleza.

Me pareció algo inusitado, pero en ese momento Mario Bellatin comenzó a contarme el libro. Quise decirle que ya lo conocía. Que lo había leído incluso varias veces. Que no sólo sabía casi de memoria la versión escrita, sino que asistí a la función de teatro a través de la cual, según las palabras del propio Mario Bellatin, el autor fue contagiado por su personaje de una enfermedad mortal.

Pese a mi asombro dijo que, en resumidas cuentas, el libro parecía tratar de un salón de belleza que se transforma en un lugar preparado para ir a morir. A través de la voz de un supuesto estilista, que parece querer

indagar en las razones por las que un espacio de esa naturaleza deviniese en un moridero de uso público. En el libro el personaje describe en detalle los buenos tiempos del establecimiento. Cuenta cómo el recurso de la decoración con peceras de distintos tamaños y colores busca que el salón sea un lugar que diera la ilusión de poseer una elegancia particular. En otros pasajes habla acerca de la presencia de huéspedes enfermos, así como de la creciente corrupción del agua que utilizan los peces. Según lo que me dijo el autor sentado a mi lado, en el relato parecen abrirse dos vías principales: la descripción de un grupo de personajes que acompañan al estilista desde los tiempos de prosperidad a los de decadencia del establecimiento; y la historia de unos peces que a partir de su lenta extinción se convierten en la parte visible de aquel deterioro.

En un primer momento, la idea de Mario Bellatin parece que fue redactar un texto donde solamente fueran mencionados los peces ausentes, de cuya falta se queja en forma reiterada el narrador al comenzar el relato. Esa voz haría recaer el drama en el añorado esplendor de las peceras, símbolo de los tiempos de prosperidad. El asunto central, el del moridero y sus víctimas, buscaría ser soslayado lo más que se pudiera. Para el autor, el lector de un texto semejante debería sólo sospechar que una verdad terrible se encuentra presente detrás de las palabras que lee. Sin embargo, según Mario Bellatin, ese lector nunca debía llegar a tener ninguna certeza plena de qué es lo que realmente se encontraba oculto.

El Salón de belleza debía constituirse como un relato cerrado en sí mismo.

La descripción del universo representado no debía escapar a las cuatro paredes con las que contaba aquel salón. Todo debía remitir a un encierro sin salida. Apareció entonces para el escritor la necesidad de la existencia de un conjunto de acuarios, de la enfermedad como prisión del cuerpo, de ventanas sin abrir, así como de un ambiente recargado con miasmas propias más de un hospital o de una morgue que de un salón de belleza.

Mientras surgía la representación de ese mundo, a Mario Bellatin se le ocurrió transformar el texto en un relato que, de alguna manera, respondiera a la impronta de los Libros Sagrados, presente en casi toda su obra.

Las constantes sagradas, me lo dijo un Mario Bellatin que se me aparecía como ya totalmente fuera de sí —su cara en ese momento era absolutamente irreconocible, ya no era posible identificar ningún rasgo del Mario Bellatin que recordaba de algunas fotos.

Luego de unos momentos, ya un poco más calmado, Mario Bellatin se tapó la cara con la única mano que poseía —era curioso cómo esa característica lo acompañaba hasta en la muerte— y comenzó a realizar un extraño ejercicio de respiración.

Me dijo que algunas personas habían descubierto la presencia de determinada enfermedad mientras leían el libro. Otros hallaron más bien alusiones a los morideros

que en la Edad Media servían como un espacio de muerte digna. Algunos más vieron una serie de metáforas entre los peces y los personajes presentes en la obra. Mario Bellatin repitió en ese momento, lo hizo cerca de dos veces, que el único motivo que había tenido para escribir ese libro había sido darle sentido a aquellas tardes, que ahora le producen una extraña nostalgia, donde admiraba la transformación física que iba experimentando el filósofo travesti mientras iba colocándose con cuidado las medias y los zapatos de tacón.

¿Qué hora sería?, me pregunté.

Todavía estaba oscuro. Quité la vista de la cara de Mario Bellatin y miré hacia el patio interior de la casa. Alcancé a ver las sombras de los dos pequeños pinos, sembrados en unas macetas, que se encuentran más allá de la puerta de vidrio que separa mi habitación de aquel espacio descubierto.

Me dio la impresión de que Mario Bellatin desaparecía cuando yo le quitaba la vista de encima.

Realicé el ejercicio un par de veces. Cuando lo veía de reojo notaba que mi cama se encontraba vacía. Intuía que en esos mínimos segundos aparecía en su lugar una hoja de papel vieja y arrugada. Una hoja flotando en el vacío que siento formarse alrededor de mi cama cada vez que me acuesto a dormir.

Una hoja de papel era lo que flotaba a un lado de mi cama.

Pensé otra vez en los efectos secundarios de los medicamentos para el asma. En el estado tan particular en que me colocaban. De pronto, no sé qué movimiento hice con la cabeza y pude mirar la hoja de papel en el aire y al mismo tiempo, a través de ella, el patio con los dos pequeños pinos sembrados…

Fíjense:

- Noches de otoño. Efectos de las mao resabios de las medicinas.
- Los animales —en mis perros me consta— suelen caer en estados extraños durante el sueño.
- Los perros que acostumbran dormir en mi habitación.
- Mario Bellatin le imprimía demasiada fuerza a sus palabras. Eso fue lo que pareció desgastarlo y llevarlo a la muerte antes de tiempo.
- El hombre de la cama —el narrador— se preocupaba por la salud de Mario Bellatin. Creía que podía ver aliviado su mal, aunque sufriera de un asma persistente que trataba de aplacar con pastillas que le producían extraños efectos secundarios.
- Pasó durante muchos años por una serie de médicos y de pruebas científicas.
- Explicar la importancia de la presencia del perro sin pata trasera en la vida de Mario Bellatin.
- No olvidar colocar la puesta en escena de La escuela del dolor humano de sechuán por parte de un director de teatro taiwanés.
- Sentencia: el dolor es sólo un instante y su permanencia su representación.

Alguien aparecido de la nada es imposible que sea experimentado por el otro de manera normal.

¿Por qué caminaría para sosegarse hasta los bazares ubicados en la esquina de su casa?

Los escombros dejados por un terremoto.

Trajes de arlequín y largavistas que la persona dueña de la habitación utilizaba en sus funciones teatrales.

El respirador artificial que el actor necesitaba de vez en cuando.

Algo en sus rasgos le recordó al primer perro que tuvo en su infancia.

Búsqueda de perros disecados por parte del productor de Perros héroes.

Ver quiénes eran los dobles de los escritores que se presentaron en París.

El crítico teatral y las dos profesoras de la universidad que presentaron la obra en el templo.

La iglesia donde se llevó a cabo la representación de Perros héroes.

El iluminador falso de Perros héroes.

Las teorías rusas de teatro.

El ser de piel de látex con el que mantuvo relaciones.

El personaje ¿Mi Yo? se transforma en una media luna árabe para pasar a ser después el propio Mario Bellatin.

El tiempo anterior a que la enfermedad se manifestara.

Su necesidad de encontrarse en lugares atestados.

El placer de tomar el transporte subterráneo con la idea secreta de que no iba a volver a salir a la superficie.

La escuela de escritores lo salvaba de la culpa que le causaba escribir.

Los masajes que le brindaba el ciego en un gabinete ubicado dentro del metro.

Se acostaba desnudo para ver por las ranuras de la cortina a los cientos de personas que pasaban por el pasillo central.

La experiencia de ir a escribir a una cabaña apartada.

La máquina de escribir Olivetti comprada en un país socialista.

El cachorro abandonado de nombre Jesús.

Una de sus costumbres preferidas era imaginar que se encontraba en un lugar distante de donde se hallara presente.

Algo en sus rasgos le recordó al primer perro que tuvo en la infancia.

Las líneas de expresión que lucía su abuela en una foto que le tomaron poco antes de morir.

La cámara de fotos que le regalaron en la navidad de 1968.

Se trata del libro fantasma que ¿Mi Yo? lleva siempre consigo.

Escribir un texto detrás de otro utilizando siempre el imaginario de un niño de diez años de edad.

Padecía de focos irritativos en ambos lados del cerebro.

La particular situación de inmovilidad que debió soportar hasta el día de su muerte.

Paseando con los perros mientras empuja un carro de supermercado regalado por sus amigos.

Lo que aparecía en escena contenía una luminosidad de la que carecían las cosas de todos los días.

Mostraba, a los lados de la cabeza, largos y tersos mechones de pelo.

El libro de los perros fue hecho a los diez años de edad.

Las burlas que suscitó su falta de brazo derecho.

Cómo el hecho del brazo lo llevaba a pertenecer a los baldados de la familia.

La destrucción del cine. Un suceso que acontecía mientras se proyectaba la película Kamikaze taxi.

Uno de los niños del cine se convirtió con el tiempo en un experto criador de canarios.

La historia de los canarios. Extraña, pero cabe dentro de lo ilógico del discurso.

La muertes de los canarios son causadas por el encendido intempestivo de los focos de luz.

Al personaje lo iba a visitar un filósofo-travesti, que al mismo tiempo que le hablaba de Kant le contaba de sus andanzas de la noche anterior.

¿De dónde sacaría el personaje los guantes de hule con los que sacó al pez muerto?

Sólo se logró hacer una conversión semejante a la que realizó Mohammed —la paz sea con él y su familia— con el perro que lo acompañó durante muchos años.

Los perros dejados a disecar que nunca habían sido recogidos por sus amos.

En realidad no había mucha diferencia entre su frente y su perfil. Los estragos propios de la muerte le daban una sutileza que lo hacían casi inexistente. Era más un halo que una presencia.

Sentado de esa manera —supuestamente de perfil— me informó que con cierta frecuencia experimentaba estados cercanos a los que acompañan las revelaciones de orden místico.

La abuela de la foto salvó el libro que ¿Mi Yo? publicó en la infancia.

El libro sobre perros se trata de El libro fantasma que ¿Mi Yo? lleva siempre consigo —lo transporta mentalmente —. La falta de cuerpo que demuestra lo lleva a escribir un libro detrás de otro.

En forma lenta los sonidos que emitía la garganta del ser alado se fueron transformando en palabras que ¿Mi Yo? nunca llegó a comprender.

Aquel relato, de cómo había escrito Salón de belleza, lo realizó mientras escribía Damas chinas.

No lo pude creer, pero Mario Bellatin comenzó a contarme su libro *El pasante de notario Murasaki Shikibu*.

El pasante de notario Murasaki Shikibu

> El único error de Gregor fue haber experimentado tan sólo una transformación.
> MARGO GLANTZ

Recuerdo cierta tarde de otoño en el estudio de Nuestra Escritora. La luz entra a través de las plantas de la terraza e ilumina no sólo los libros de la parte central de la biblioteca, sino también las plumas, los pinceles y algunos papeles desperdigados sobre la mesa de trabajo. Esas hojas forman parte de los eternos bosquejos que Nuestra Escritora tiene prometido publicar en un extenso volumen: su famoso libro de viajes. Le pregunto sobre aquellos fragmentos y me contesta que la mayoría han sido ideados durante los interminables traslados en vagones de tren que la han transportado a lo largo de su vida. Me dijo que cuando el viajero se encuentra solitario en su compartimento, con la mente desocupada, acostumbra mirar sólo el paisaje. Cavilar sin pensamientos. El espíritu del trashumante, motivado únicamente por lo que aparece en forma fugaz ante sus ojos, responde de manera inconsciente a aquella seducción. Podríamos decir que el estímulo, mediante suaves llamadas, transporta a las personas a un estado que Nuestra Escritora acostumbra denominar —en secreto eso sí— cuasi metafísico. Es probable que muchos de los viajeros de tren que miran por la ventanilla compartan una experiencia semejante. El

embeleso que se produce en el vagón, conjurado por el paisaje y sus formas, es de naturaleza casi única. Nuestra Escritora suele confesar que siempre deseó que existiera un tren que fuera más rápido que el tiempo, que sea guiado tanto por la locomotora del talento como la de los sueños. Estas palabras tan elementales, por no decir de mal gusto —sobre todo las relacionadas a la locomotora del talento—. Nuestra Escritora no se atrevería nunca a decirlas en público. Un tren al que nunca alcancen las situaciones banales de la existencia.

Nuestra Escritora, trabajando en aquel estudio iluminado por una luz tenue, parece demostrarlo con frecuencia. Me dice, quizá para comprobar esta teoría, que uno de los lugares donde se consigue de una mejor manera esta atmósfera es en las cuevas de Ajanta, ubicadas en la India. Aquellos templos budistas, esculpidos en medio de las montañas, se le presentan como uno de los sucesos a los que suele denominar como los milagros terrestres. Para Nuestra Escritora este tipo de milagros son los que se pueden tocar de manera física. Que su existencia no depende de la fe sino de la experiencia directa. Entre este tipo de milagro encuentra el Sagrado Quorán, las obras de Johann Sebastian Bach, así como la incorruptibilidad de los cuerpos. Recuerdo la ocasión en que junto a Nuestra Escritora nos mostraron cierto templo casi abandonado a la mitad de un desierto. Alguno de los pocos 10 discípulos que quedaban habitándolo nos quisieron enseñar parte de las reliquias que atesoraban. Nos aseguraron que eran auténticas. Vimos la huella del pie que el Profeta Mohammed —la paz sea con él y su familia— dejó grabada en una piedra verde. También una tira larga de pelo inerte, que el discípulo nos informó se trataba de un mechón de la barba del mismo personaje. Sin embargo, no era esa clase de materialidad a la que se refería Nuestra Escritora al

mencionar los milagros terrestres. Para creer en la esencia de esa piedra y el pedazo de barba era indispensable profesar determinado tipo de creencia, situación que ella abomina. Me dijo que en el caso de las cuevas de Ajanta no había necesidad de que se pusiese en práctica ningún mecanismo semejante. Basta con la experiencia directa.

Para acceder a las cuevas se deben subir cientos de escalones. Los choferes que acostumbran conducir a los turistas dejan sus vehículos al borde de las impresionantes escaleras. Los estacionan en unas explanadas construidas especialmente para ese fin. Nuestra Escritora me dijo que a veces esa falta de fe ante los milagros terrestres podía fallar. Recordaba, por ejemplo, el caso del Monje Zosime. Nunca dejó de asombrarle aquel suceso descrito por Fiodor Dostoievsky. Solía relatarme en detalle la cara de sorpresa que pusieron los adoradores del santo personaje cuando pocas horas después de morir comenzó a despedir un olor hediondo. Los presentes se apuraron a bañar el cuerpo con agua de colonia. Al notar que aquello no era suficiente debieron interrumpir el velorio y trasladar el cuerpo a una habitación trasera. Dieron la orden de que era necesario sepultarlo, sin más demora, antes del amanecer.

Al lado de los autobuses de turistas, las escaleras hacia las cuevas de Ajanta aparecen como infinitas. Cuando bajamos del vehículo se le acercan a Nuestra Escritora algunos hombres para ofrecer montarla sobre un palanquín. A Nuestra Escritora le enfada que le hagan un ofrecimiento semejante. Sabe que es capaz de acceder a las gradas por ella misma. Les pregunta a aquellos hombres la razón por la que le ofrecen el servicio a ella primero y no a las decenas de turistas que nos rodean. Luego, quizá para

demostrar lo equivocados que estuvieron al considerarla una víctima fácil de convencer, comienza a subir de manera compulsiva los escalones. Lleva atada al cuello una pashmina de color naranja.

Mientras los demás visitantes comenzábamos a orientarnos sobre la dirección a seguir, Nuestra Escritora se encontraba enfrentando los escalones a una velocidad asombrosa. Por más que intentamos alcanzarla fue imposible lograrlo. Se perdió rápidamente entre los recodos y salientes que caracterizan a la famosa escalera de piedra. Algunos podrían considerar esta subida como un hecho fuera de lo común, pero lo verdaderamente importante ocurrió después, cuando Nuestra Escritora desapareció por tres días. Si alguien le pregunta por aquellas jornadas, Nuestra Escritora dirá ignorarlo todo. Afirmará que aquella desaparición nunca ocurrió, que sencillamente se adelantó al resto del grupo unas cuantas gradas.

Pero eso no es cierto. Lo sé no sólo porque viví la experiencia, sino porque el secreto de aquella ausencia se encuentra escrito en algunos de los fragmentos del libro de viajes que promete publicar. En aquel pasaje de la obra —que logré leer la vez que me los dio para una posible corrección— afirma que cierta mañana de verano la Dama Murasaki Shikibu —es decir, una de las facetas de Nuestra Escritora— despertó convertida en un joven pasante de notario. Desde el primer momento descartó la idea de que el hecho tuviese relación con el proceso de clonación al que se había sometido meses atrás. En efecto, Nuestra Escritora había participado hacía un tiempo en una acción visual organizada por un miembro del grupo de artistas del

mundo flotante, en la cual había instruido, precisamente a un joven pasante de notario, en los diez temas que más le interesaban en ese momento para que el muchacho los repitiera en su nombre en un país extranjero. Pero para la Dama Murasaki Shikibu aquella experiencia con los creadores de arte de la ciudad se trató sólo de una aventura de orden estético, y por eso no podía concebir que en ese instante, mientras subía de forma un tanto atolondrada las escaleras, fuera ahora ella misma el joven pasante de notario que la había representado en el lejano país.

Nuestra Escritora se encontraba acostada en su cama. Se había convertido, sin saber cómo, en un pasante de notario. No era la primera vez que le ocurría una metamorfosis semejante. Muchos años atrás se había transformado nada menos que en la escritora Murasaki Shikibu —como se sabe, la autora más famosa del Japón de todos los tiempos—. En aquella ocasión Nuestra Escritora se vio obligada a terminar —a como diera lugar y contando solamente con un pincel, algo de tinta y algunos pliegos de washi— la última parte del inconcluso Genji Monogatari. Cuando a Nuestra Escritora le fue encomendada semejante tarea, hizo lo que su talento le permitió realizar. Ofrendó a la historia de la literatura aspectos de la obra que no se le hubieran podido ocurrir a la propia Murasaki Shikibu, como aquel pasaje en el que se narra cómo una mujer judía —que extrañamente se encontraba viviendo en el Japón Medieval— logró deshacerse de una aparentemente caritativa señora que se empecinaba en alimentar a su perro en contra de su voluntad. Sucesos semejantes jamás se los hubiera podido imaginar la verdadera escritora Murasaki Shikibu, pues tanto su vida como su posibilidad

para adquirir conocimientos habían sido regidos por una disciplina férrea, lo que le había impedido involucrarse en ciertos aspectos de la naturaleza humana. Estas limitaciones no le impidieron, desde luego, que a través de los siglos fuera aplaudida y admirada por decenas de generaciones ilustradas. Las aventuras del príncipe Genji dieron mucho que hablar. Sin embargo, en este momento, cuando Nuestra Escritora despertaba convertida en un joven pasante de notario, las alabanzas, las cátedras que se instauraron en diferentes universidades, los premios instituidos en su honor, se iban desvaneciendo mientras Nuestra Escritora iba constatando —sintiéndose dentro de un cuerpo cuadrado vestido con traje y corbata— que ya no era Nuestra Escritora transformada en Murasaki Shikibu ni tampoco Nuestra Escritora perdida en las cuevas de Ajanta. La manera como se daba semejante metamorfosis le parecía algo degradante. En su mutación anterior —cuando Nuestra Escritora pasó a ser Murasaki Shikibu— el cambio se había dado de una gran escritora a otra gran escritora. Ahora, en cambio, pasaba a ser representante de alguien que ejercía una actividad que desde niña había considerado como un oficio menor. Similar tal vez al que llevaban a la práctica los cargadores que, en la India, llevaban sobre los hombros a las personas que contaban con el dinero y la suficiente falta de consideración como para hacerse transportar en un palanquín. O también de una esencia similar a la de aquella mujer que en el Japón Medieval dedicaba su vida a dar alimento a los perros ajenos.

Después de algunas horas, los integrantes del resto del grupo llegamos a la cumbre. Recorrimos, una a una, las maravillosas cuevas. Ingresamos a los espacios destinados a los distintos ritos budistas, a las celdas esculpidas dentro

de la roca —donde algunos monjes habían pasado vidas enteras experimentando la precariedad más absoluta—. Asimismo apreciamos, hasta en sus mínimos detalles, las majestuosas esculturas que mostraban a Budha en sus distintas posturas. Sin embargo, Nuestra Escritora no se encontraba presente en ninguna parte. En un principio pensamos que podía estar inmersa en alguna clase especial de pesquisa, que el resto del grupo no había podido todavía descubrir. Pero las horas comenzaron a pasar y la oscuridad a nuestro alrededor empezó a hacerse cada vez más evidente. Pronto, cuando la oscuridad fuese casi total correríamos el peligro de quedar aislados en ese lugar. En cierto momento la temperatura bajó de manera evidente. No contábamos con los pertrechos necesarios para permanecer allí. Se nos ocurrió que cabía la posibilidad de que Nuestra Escritora hubiera regresado antes que nosotros y seguramente había bajado sola los cientos de escalones con la misma celeridad con la que los había subido. Lo más probable era que se encontrara esperándonos en la explanada de los vehículos de turismo. Emprendimos entonces la bajada. Pero cuando llegamos al punto donde nos esperaban los choferes, nadie nos pudo dar razón sobre el destino de Nuestra Escritora. Aquellos hombres nos recibieron hablando en su lengua. Algunos agitaban los brazos. Parecían querer irse lo más pronto posible. Habíamos demorado mucho más de lo previsto. Al notar nuestro desconcierto por la ausencia de Nuestra Escritora, dijeron que de noche la carretera era peligrosa y que por esa razón partirían de inmediato. Había que tomar una decisión. Algunos de los miembros del grupo creyeron que Nuestra Mujer podía haber sufrido un accidente. Otros que tal vez había sido secuestrada. Sólo yo, que creo conocer ciertos aspectos del lado oscuro de Nuestra Escritora, creí apreciar en esa situación un signo más de

algunas de sus frecuentes transformaciones. No era casual que en el momento de leer los Hermanos Karamazov le hubiera causado tal impacto la putrefacción del Monje Zosime. Si continuamos adentrándonos en los efectos que parecían causarle las lecturas de Fiodor Dostoievsky, sé que un golpe similar le produjo leer las noches que pasó el Príncipe Mishkin al lado del cadáver de Natasha Filipovna, en compañía de su rival, Rogoshin, mientras ambos se turnaban para arrojar chorros de desinfectante sobre el cuerpo amado.

Estoy seguro de que en ese momento Nuestra Escritora no se encontraba escondida en ningún recodo de las cuevas sino representando, tal vez, la escena de la dama judía atormentada por la mujer japonesa que se empecinaba en darle de comer a su perro. ¿Qué haría una dama judía viviendo sola con un perro en el Japón Medieval?, podría preguntarse más de uno. Este hecho, que para muchos podría resultar fuera de lo común, es precisamente el que le otorga a las aventuras del Genji la fantasía necesaria para que no sea tomado como un tratado de costumbres.

En el momento de su desaparición, Nuestra Escritora se encontraba haciendo el rol de una autora que no sale de su casa por vergüenza de que la vean convertida en un pasante de notario. Acaba de abandonar su habitación —no esperó esta mañana a que apareciese el personal a su servicio— y se encuentra, agazapada, al lado de la puerta de calle. Es la hora exacta en que la amante de perros, que merodea la zona donde vive, dejaba amarrada, en la chapa de su casa, una bolsa de comida para su perra. Nuestra Escritora suele aguardarla escondida detrás de las cortinas del comedor. Días atrás ha dado la orden al personal a su

servicio que por ningún motivo saquen a la perra a la calle. En contra de la forma libre como ha sido criada debe llevar ahora la triste vida de un perro faldero. Nuestra Escritora desea hacerle saber a aquella mujer que su perro no es un animal callejero. Es más, debe saber que se trata nada menos que de la perra de Nuestra Escritora, la que aparecerá mencionada muchas veces en el libro que la autora ha prometido publicar pronto. Algunos podrían pensar, al advertir la presencia del animal en aquel libro, que esa perra ha viajado en distintas ocasiones en compañía de su ama. Esto no es cierto. Jamás ha traspasado un radio mayor a cuatro cuadras. Nunca ha transgredido sus paseos habituales de una vuelta a la manzana, durante los cuales fue descubierta por la mujer que piensa que está mal cuidada por su dueña. ¿De dónde provendrá esa necesidad casi compulsiva por alimentar perros ajenos?, me pregunto al releer este texto. Nuestra Escritora, me lo dijo cierta vez en que corregía un relato que me había entregado para tal fin, piensa que esa mujer está atrapada en una necesidad profunda y compleja, una suerte de don mediante el cual las personas son proclives a volverse personajes literarios. Está segura de que esa mujer es una de esas criaturas que de ser colocada en un vagón de tren, casi de inmediato sería arrastrada por sus fantasías. Lo único que le daba lástima es que cayera en un universo donde seguramente se vería a sí misma alimentando a una innumerable cantidad de canes. La veía como a uno de esos sujetos capaces de transcurrir a través de ese tiempo privilegiado que sólo es capaz de otorgar la vista desde un ferrocarril que cruza alguna estepa de madrugada. Poseedora del mismo sino brillante que seguramente acompañó a Natasha Filipovna, a la Dama Murasaki Shikibu, al Monje Zosime pero de ninguna manera a un pasante de notario, dueño de una serie de

características que para Nuestra Escritora son incluso repulsivas. Nuestra Escritora sabe que sólo alguien como Fiodor Dostoievsky sería capaz de darle alguna trascendencia a ese personaje gris. A aquel burócrata que iba a enriquecerse firmando y poniendo sellos por el resto de su vida. De nada, pensó Nuestra Escritora, le había servido cerrar de modo tan espléndido el Genji Monogatari. Hecho un pasante de notario no podría hacer ya ninguna acción interesante en la vida. Menos aún si se encontraba perdida en las cuevas de Ajanta y alerta, al mismo tiempo, a la aparición de la mujer que pretende dejar colgada en la puerta de la casa una bolsa de comida para perros.

En la explanada de los autobuses de turismo, mientras decidíamos qué hacer ante la desaparición de Nuestra Escritora —aturdidos por la excitación que mostraban los choferes— no apartábamos la vista de las escaleras. Manteníamos la esperanza de ver aparecer de un momento a otro la pashmina color naranja que Nuestra Escritora compró apenas llegó a la India.

Contra la sugerencia de aquellos hombres decidimos volver a subir. Éramos cinco los miembros del grupo. Algunos eran familiares de Nuestra Escritora. Con la oscuridad creciente se nos hizo más complicado el ascenso. Al llegar a la cumbre nos introdujimos en la primera cueva que encontramos. El amanecer del día siguiente fue el más hermoso. Tuvo un parecido sorprendente con el que describe Murasaki Shikibu cuando al comienzo de la obra, el Príncipe Genji regresa de la cita galante que tuvo con la mujer del samurái Hiroshi. La luz se filtró por el contorno de los Budhas. Tuvimos entonces la impresión de que la piedra había sido bordada con fibras de algodón. En el

momento en que estábamos disfrutando de esa luz tan especial, entró un niño inesperadamente hasta el rincón de la cueva donde nos encontrábamos recluidos. Nos sorprendió que hablara un inglés nítido. Nos preguntó si éramos compañeros de peregrinación de la mujer sabia, de aquella que en ese momento se encontraba reunida con algunos maestros en la cueva más alta de la montaña. Al oír al niño yo supe que no se refería a Nuestra Escritora, pues ella se encontraba en ese mismo instante escondida detrás de las cortinas del comedor. En ese instante estaba imitando, casi a la perfección, a aquella mujer judía que por extrañas razones habitaba en el Japón Medieval.

Como señalé, la perra de Nuestra Escritora aparecerá en su libro de viajes como un personaje fantasma. Será la perra añorada, la que se sabe espera a su ama y conoce el instante preciso en que su dueña, en cualquier lugar del mundo en el que se encuentre, decide el regreso al hogar. Esta capacidad de su perra se la han expresado los miembros del personal a su servicio. Cuando quedan solos con el animal varios días en la casa, suelen escuchar un largo aullido que lanza la perra de pronto. No tarda entonces en sonar el teléfono. Es Nuestra Escritora, quien llama para anunciar su próximo arribo.

En el texto que hace sobre sus viajes, Nuestra Escritora señala que en más de una ocasión echó de menos a su animal. Le sucedió cuando admiraba, sentada en la butaca de un teatro de San Petersburgo, la escena de las noches que había pasado el Príncipe Mishkin junto al cadáver de Natasha Filipovna. La extrañó también la ocasión en que, por razones de un accidente sin mayor trascendencia, tuvo que pasar largas horas aferrada a la eslora de una canoa

que se desplazaba entre las estalactitas de un río subterráneo en Guatemala. Aquella muestra del instinto de la perra es otro de los milagros terrestres a los que suele referirse.

Pero la mujer que pretende dejar una bolsa de comida en la perilla de la puerta ignora estos detalles. No sabe que el ama es parte de la perra y viceversa. La mujer desea, a como dé lugar, dejar el alimento que está segura le es negado a ese animal en su casa. Nuestra Escritora sabe que a pesar de la tardanza la mujer no abandonará ese día su empeño. El personal a su servicio le ha hablado de esa mujer. Vive muy cerca, en una casa repleta de perros recogidos de la calle. Mantiene docenas de ellos. Los va acumulando sin cesar. A pesar de que en la puerta mantiene un cartel donde ofrece los ejemplares en adopción, los vecinos saben que nunca se desprende de ninguno. A los posibles adoptantes los somete a rigurosos interrogatorios y les pide condiciones de vida que casi nadie está dispuesto a cumplir. Uno de los requisitos es que los futuros propietarios estén dispuestos a recibirla una vez al día en sus casas para ver las condiciones en que es mantenido el animal. Los empleados le han comentado, además, un hecho curioso. Que los perros en casa de esa mujer se mantienen en condiciones lamentables. Enjaulados la mayoría.

Nuestra Escritora quiere ahora darle un escarmiento. Por supuesto que no pretende realizar la acción que realizó la extraña mujer judía que aparece en el Genji Monogatari. En el final ideado por Nuestra Escritora esa mujer le asesta ochenta puñaladas a la judía impertinente. Existe incluso un grabado que narra la escena, donde vemos cómo una se abalanza sobre la otra. La verdad de este grabado me lo aseguró Nuestra Escritora, quien me dijo además que lo

halló sólo después de haberse transformado en Murasaki Shikibu y de haber escrito el final del Genji Monogatari.

Al principio, cuando la mujer comenzó a tratar de alimentar al perro, Nuestra Escritora —al advertir el carácter extraordinario de aquella persona— la invitó a tomar el té. Mandó a una de sus empleadas a dejar una invitación a su casa. No fue posible. Apenas deslizó la esquela debajo de la puerta fue destruida por los perros en cuestión de minutos. La empleada tuvo que aguardar a que la mujer saliera a la calle —siempre lo hacía cargada con bolsas de comida— para extenderle la invitación. La mujer no aceptó. Fue por esa razón que Nuestra Escritora se vio obligada a tomar algunas medidas de orden mayor. Primero prohibió las visitas de sus propios amigos durante el día. Le avergonzaba que al llegar a su casa encontraran la bolsa atada a la puerta. Curiosamente, fueron los Maestros de la cuevas de Ajanta quienes le aconsejaron que no recibiera durante el día a nadie en su casa y le propusieron además que juntara barro de su jardín para construir un muñeco. Sobre la frente debía ponerle tres letras y después dejarlo ir.

Nuestra Escritora llamó por teléfono a su rabino de cabecera para pedir su opinión. El rabino vivía en el penthouse de un moderno edificio ubicado en el otro extremo de la ciudad. Nunca salía de allí, pero reservaba tres horas en la mañana para absolver dudas por teléfono. Le dijo a Nuestra Escritora que le producía felicidad que volviera a los asuntos de la fe. Le expresó que podía fácilmente, con un método que había diseñado, convertirla en una militante ortodoxa. Nuestra Escritora se limitó a preguntar por la receta de los muñecos de barro. No

mencionó que eran un consejo de los sabios de la cueva. Llevó a cabo la hechura del muñeco a escondidas de sus empleados, a quienes mandó a cumplir ciertas diligencias que les tomaría varios días llevar a cabo. Una vez sola regó la tierra y obtuvo la materia prima. Después de permanecer algunos días estático en el jardín, semejando el muñeco de alguna navidad negra, el ser comenzó a moverse por sí mismo. Nuestra Escritora lo vigilaba desde la ventana de su estudio. El homoide se escondió durante algunos días entre las plantas. Nuestra Escritora constató que crecía a una velocidad asombrosa. En menos de medio mes logró sobresalir de su escondite. Se hizo más grande que unas palmeras que Nuestra Escritora había mandado plantar casi treinta años atrás. Fue algo extraño ver el conjunto de palmeras —Nuestra Escritora había sembrado varias juntas — con la cabeza del hombre de barro sobresaliendo de las copas. Nuestra Escritora comenzó a atemorizarse, pero su rabino personal —con quien hablaba cada mañana— la tranquilizaba diciéndole que las letras que había colocado en su frente la salvarían de cualquier afrenta. Finalmente el Golem —porque eso era, un Golem, aunque ni el rabino ni Nuestra Escritora habían querido nombrarlo nunca por su nombre— rompió la pared del jardín y salió como enloquecido a la calle. Destruyó a su paso una serie de automóviles, agarró del cuello, los hizo girar en el aire, y arrojó contra el pavimento a un par de transeúntes. Dos cuadras más allá la mujer de la bolsa fue alcanzada mientras metía las llaves en la cerradura de su casa. Fue aplastada sin misericordia. No quiero contar lo que sucedió con los perros y sus jaulas. Todo aquel alboroto, causado principalmente por los ladridos desesperados, cesó de pronto.

A partir de ese momento ya nadie pudo detener al homoide. Mientras más destrozos causara más alto era su tamaño. Se fue adueñando de casi toda la ciudad. De las plazas, de las fuentes, de los parques. El rabino llamó varias veces a Nuestra Escritora para preguntarle si su muñeco de barro tenía que ver con los destrozos que alcanzaba a apreciar desde la ventana principal de su penthouse. Le dejó varios mensajes en la contestadora de voz. Le rogó que sacara las letras colocadas en la frente del homoide o que al menos le dijera a él, al rabino, cuáles eran esas letras.

Una semana después llegó un grupo de investigadores de la policía a visitar a Nuestra Escritora, quien les abrió la puerta convertida ya en un pasante de notario. Ya no vestía con kimono —como en la época en que era conocida como la Dama Murasaki Shikibu—, ni con un elegante traje occidental, ni llevando una pashmina color naranja envuelta al cuello. Abrió luciendo traje y corbata. Calzaba unos zapatos estilo mocasín y unos calcetines delgados con una costura engargolada a los lados. Algunos vecinos la habían acusado. Principalmente porque la pared del jardín de su casa estaba destruida. Muchos sabían que el muñeco había salido por allí. En efecto, una vez que los agentes pisaron al jardín pudieron ver una especie de silueta del monstruo en la pared del fondo. El pasante de notario guardó un respetuoso silencio. Quedó callado de la misma manera como la Dama Murasaki Shikibu permaneció la mayor parte de su vida. Mientras escuchaba a los investigadores el pasante de notario se preguntaba cosas como: ¿Hasta cuándo duraría una mutación semejante? *¿Hasta cuándo iría por la vida como un árbitro de tratos legales ajenos?*

Los Maestros de las cuevas de Ajanta parecían incapacitados para resolver dudas semejantes. Sólo aseguraron que Nuestra Escritora, al regresar a su casa del trabajo y recostarse en el sofá para ver la televisión con una lata de cerveza en la mano, vería sin duda las imágenes de la destrucción que iría causando, cada vez con mayor frecuencia, el ser —más bien una especie de siendo— que, antes de convertirse en un pasante de notario, había creado utilizando el barro de su jardín. Nosotros, los del grupo que esperábamos la aparición de Nuestra Escritora en las cuevas de Ajanta, no supimos cómo reaccionar ante la afirmación que aquel niño nos iba ofreciendo. Sólo pudimos estar seguros de que hablaba de Nuestra Escritora cuando describió los detalles de la pashmina que llevaba envuelta al cuello. Al parecer, los maestros de las cuevas de Ajanta la habían estado esperando desde tiempo atrás. La llegada de Nuestra Escritora a semejantes alturas estaba anunciada en una leyenda de la zona, la cual afirmaba que una mujer extranjera —relacionada de alguna manera con un ser errante que había matado de ochenta puñaladas a una mujer natural de Varanasi que pretendió una y otra vez alimentar a su perro— subiría, sin la ayuda de nadie y a una velocidad asombrosa, los casi cinco mil escalones necesarios para encontrar por sí misma la cueva mayor, la que siempre se mantuvo oculta a los ojos de los turistas. Quisimos preguntar al niño la razón por la que esa cueva no era visible para todo el mundo, pero el niño salió corriendo después de ofrecernos la información. Durante los siguientes dos amaneceres esperamos el regreso del niño para que trajera más noticias. Nos sorprendió que le hubiésemos preguntado acerca de las cuevas y no sobre la situación de Nuestra Escritora. Para ese entonces ya nos

encontrábamos pertrechados de manera correcta. Habíamos realizado un viaje de aprovisionamiento a un poblado cercano. No quisimos dar aviso de la desaparición a las autoridades. Sabíamos que Nuestra Escritora tenía más que suficiente con enfrentarse a los agentes de la policía que habían llegado a su casa para averiguar sobre el origen del monstruo de barro.

Nuestra Escritora tuvo que informar a esos hombres que era una pasante de notario para que no siguieran con sus pesquisas. Luego de ver las credenciales que Nuestra Escritora les mostró, ni siquiera le preguntaron la razón por la que la pared estaba rota. Regresaron juntos al salón de la casa. El pasante de notario les invitó un puro a cada uno y se los encendió. Acto seguido les propuso sentarse en el sofá. El pasante de notario ocupó el sillón principal de la casa. Escuchó de manera atenta el estado de emergencia en el que estaba sumida la ciudad. La perra de Nuestra Escritora se les subió sobre la falda a los investigadores. Desde allí le comenzó a gruñir al pasante de notario. No parecía reconocerlo. Sentado con el puro entre los dedos, la pasante intentó bajar a la perra y sacarla del salón. Se trataba de una caniche blanca de tamaño mediano. Siempre mantenía llorosos los alrededores de los ojos. No estaba flaca, al contrario, el pasante de notario pensó que la había alimentado de más. La actitud de la mujer de las bolsas de comida, como siempre lo supo, había sido absurda. Su muerte y la de todos sus perros hubiera podido evitarse. Debía llamar al rabino. Preguntar cuáles eran las palabras que estaban escritas en la frente del Golem. Ella, en su rol de pasante de notario, las había olvidado por completo. Cualquiera que supiera algo sobre estos muñecos de barro estaba enterado de que solamente

volviendo a mencionar las letras que lo habían creado podría desactivarse la suerte de vida que mostraba con tanta violencia. La perra continuaba gruñendo. Cuando el pasante de notario se levantó para cumplir su cometido se le lanzó encima. No llegó a morderlo, pero le rasgó una de las mangas del saco. El pasante de notario pensó que de esa manera, así vestido, no podía presentarse a la notaría donde estaba realizando sus prácticas. Finalmente, se deshizo de la perra con una patada en el hocico. Los investigadores se sorprendieron tanto de la conducta de la pasante del notario como de la del animal. Si así era con los de la casa cómo se comportaría con los de afuera, comentaron antes de declinar la invitación a tomar una copa que acababa de hacer la pasante. Los investigadores se fueron sin más de la casa.

Apenas quedó la casa sola la perra pareció enloquecer. Comenzó a perseguir, mostrando los dientes amenazantes, al pasante de notario. Dieron vueltas alrededor del salón principal, del comedor, de la cocina, de los patios, del jardín que mostraba la pared destruida. Subieron por las escaleras que llevaban al primer piso. Mientras corría, el pasante de notario fue recordando a la anterior inquilina de esa casa, a Nuestra Escritora. También a la Dama Murasaki Shikibu. Se acordó especialmente del capítulo final del Genji Monogatari. De la escena en que la mujer judía le asesta ochenta puñaladas a la japonesa que se empeña en alimentar a su perro. Finalmente, el pasante de notario logró encerrarse en su estudio. La perra no lo alcanzó en ningún momento. Se trataba de una perra no sólo gorda sino vieja, de allí el constante destilar líquido por sus pupilas.

Una vez frente a su mesa de trabajo, el pasante de notario miró con extrañeza la luz que entraba a través de las ventanas de la terraza e iluminaba no sólo los libros de la parte central de la biblioteca sino también las plumas, los pinceles, y una serie de papeles desperdigados. Esos bosquejos eran los eternos bosquejos que Nuestra Escritora tiene pensado publicar en un gran volumen: su famoso libro de viajes. El pasante de notario tomó uno de los pinceles. Sin saber cómo, con la perra caniche ladrando detrás de la puerta y vestido con traje y corbata, empezó a describir la escena en la que el Príncipe Genji manda a redactar la sentencia contra la mujer extranjera que mató a puñaladas a una de las personas más apreciadas del reino: la guardiana divina de los perros nacidos en el imperio. En el dictamen mandó a que la montaran en una cruz, le cortaran la oreja izquierda y le atravesaran la caja torácica en forma de equis.

Mientras tanto, Nuestra Escritora escuchaba algunas de las enseñanzas de los Maestros de las cuevas de Ajanta. El niño nos informó que había dejado asombrados a esos Maestros cuando les informó que publicó un libro cuyos personajes eran unos zapatos autónomos que con el tiempo se convierten en una jauría de perros callejeros. No hay que creer que los miembros del grupo que acompañaba a Nuestra Escritora estábamos muy conscientes de lo que estaba sucediendo. Veíamos y no al niño aparecido en la cueva. A nuestro alrededor habían una serie de pertrechos para acampar. Yo suponía que lo habíamos conseguido en una expedición que habíamos emprendido al poblado más cercano. Pero en esa zona, lo veo ahora que reviso el mapa, no existe poblado más cercano. El tiempo y el espacio

parecieron haber sufrido en ese lapso un repliegue. Lo consideré lógico, tomando en cuenta que somos parte de un escrito de la Dama Murasaki Shikibu, quien se convirtió en Nuestra Escritora, la que a su vez despertó hecha un joven pasante de notario.

En ese instante vimos a Nuestra Escritora subiendo a pasos acelerados las escaleras que conducen a Ajanta. Nos llevaba ventaja, pues nos entretuvieron en nuestra ascensión los sujetos de los palanquines. Nuestra Escritora se había adelantado sin necesidad. No fue ella la única a quien le ofrecieron llevarla en hombros. Lo hicieron con todos nosotros. Sin embargo, si revisamos nuestras bitácoras de viaje advertimos que igualmente hay tres días que no concuerdan. Puede ser que en ese lapso hayamos desaparecido. Sospechamos que algo estaba fuera de orden al momento de regresar a la explanada de los autobuses de turismo. No nos querían transportar de regreso. Atribuimos la confusión a un problema de idioma. Pero no. Ahora, cuando reviso tanto los mapas como la bitácora de viaje advierto que transcurrieron tres días. Los mismos que tardó el Monje Zosime en corromperse ante la desesperación de sus fieles. Un tiempo similar al que le tomó a Mohammed —la paz sea con él— en darse cuenta de que con la revelación del Quorán que estaba experimentando formaba parte ya de lo que Nuestra Escritora consideraba como los milagros terrestres. Tres días estuvo el pasante de notario encerrado en el estudio ante el asedio de la perra. Durante ese tiempo se sintió como si estuviera dentro del vagón de un tren cruzando alguna estepa en medio de la noche.

Al tercer día el muñeco regresó al lugar de donde provenía el barro que lo había originado. El pasante de notario alcanzó a asomarse por la terraza. Vio cómo la perra, que había dejado por un momento la guardia ante los ruidos que venían del jardín, era destrozada sin conmiseración por aquel ser. El pasante de notario —mientras el rabino llamaba por teléfono en forma desesperada desde su penthouse— al sentir que el homoide comenzaba a destruir la casa añoró la experiencia de ser arrastrada por una barca en medio de un río subterráneo de Guatemala.

Las letras que llevó el Golem sobre la frente nunca se llegaron a conocer; sin embargo, para el rabino del penthouse estuvieron relacionadas, de alguna manera, a la idea de una locomotora arrastrando lo que se conoce como el talento y lo sueños.

Fíjense: Los viajes en tren. / Las situaciones mágicas que suelen presentarse en los vagones. / Los milagros terrestres. / La pashmina color naranja. / La luz cayendo sobre los papeles colocados en el estudio. / Mientras Nuestra Escritora sube las escaleras que conducen a las cuevas de Ajanta se convierte en un pasante de notario. / El experimento artístico al que la sometieron los Artistas del Mundo Flotante. / Éramos cinco los miembros del grupo. / La cita galante que el Príncipe Genji sostuvo con la mujer del general Hiroshi. / Memorias del Subsuelo. / Nos sorprendió que el niño hablara un inglés nítido. / Las horas que Nuestra Escritora pasó aferrada a una canoa en Guatemala. / La mujer de los perros que parece que sufre el Síndrome de Noé. / Fueron los maestros de las cuevas de Ajanta los que le propusieron hacer un golem. / El rabino le

dijo que tenía un método personal para convertirla en ortodoxa. / ¿Cuáles eran las letras que llevaba el muñeco en la frente? / La mujer de la bolsa de alimentos fue sorprendida mientras introducía las llaves en la chapa de la puerta de su casa. / El famoso libro de viajes que Nuestra Escritora pretende publicar. / Se trataba de dos mil escalones. / Viaje imaginario de aprovisionamiento a un poblado cercano. / Un libro cuyos personajes eran unos zapatos autónomos que se terminan convirtiendo en una jauría de perros. / En la mesa de trabajo hay plumas y pinceles. / Estado cuasi metafísico. / Montándola en una cruz, sin clavos, le cortaban la oreja izquierda y le atravesaban la caja torácica en forma de equis. / La guardiana divina de los perros nacidos dentro del imperio. / En la zona de las cuevas de Ajanta existe la leyenda de la aparición de una mujer que tiene la necesidad compulsiva de alimentar perros ajenos. / Nuestra Escritora hizo el muñeco de barro a escondidas de sus empleadas. / En un teatro de San Petersburgo la escena de las noches que pasa el Príncipe Mishkin junto al cadáver de Natasha Filipovna. / Milagros terrestres: Johann Sebastian Bach, Sagrado Quorán, la incorruptibilidad de los cuerpos. / El personal al servicio de Nuestra Escritora suele aparecer temprano en su habitación para asearla y darle de desayunar.

Registro de las flores

Un tiempo que muchas veces se hace eterno, inconmensurable, plagado de fisuras y subterfugios, tiempo en el cual la realidad es el mayor enemigo.

Tiempo de orquídea

Lo que parezco buscar en un texto, como en cualquier manifestación artística a la que me enfrente, es la posibilidad de transitar por un lugar sometido a sus propios principios. Pienso que no sólo en los libros o en el arte se pueden encontrar estas características. Siento que también pueden hallarse en los espacios religiosos, en los cuartos oscuros, en las casas de terror de los campos feriales… y en los estados personales, sobre todo cuando se encuentran exaltados.

Tiempo de rosa

Este ejercicio de desplazarme por espacios alternos hace que no esté seguro de que lea realmente los libros que pretendo leer. Más bien los contemplo, los admiro, husmeo en su interior. Para realizar una mecánica semejante es necesaria la presencia de varios volúmenes al mismo tiempo. De diferentes características además. Recuerdo épocas en las que he estado atrapado en quince libros o más. Esta práctica puede estar motivada por una necesidad de orden personal antes que artística. Entre

otros asuntos no pienso, al hacerlo, que semejante manera de leer me pueda servir para luego componer mis propias obras. Incluso puede resultar extraño hacer semejante asociación: pensar que el acto de admirar los libros antes que leerlos pueda ser una manera de construir mis creaciones personales. Aunque si tomo en cuenta el método que utilizo para acercarme a los libros y la forma que tengo luego de estructurarlos, me parece que ya el simple hecho de apreciar un libro es una manera de creación.

Tiempo de clavel

Creer que cuando me encuentro realizando alguna acción —eso me suele suceder con casi todas las cosas que realizo de manera habitual— no estoy buscando nada concreto para mi trabajo personal, es una idea que cada vez más se me revela como absurda. No pueden estar desligadas de mi trabajo personal las caminatas en los parques, las pesquisas en los anuncios de los diarios que ofrecen artículos de segunda mano, las conversaciones que suelen generarse en las salas de los cines antes de que comiencen las películas. La contemplación de los rostros de aquellos que oran durante varias horas seguidas, el descubrimiento de una suerte de yo interior a través de las imágenes fotográficas generadas por mi propia cámara. El estar cerca de aquellos que utilizan las aceras públicas como pistas de baile, de los que únicamente son capaces de mostrar sus cuerpos si se encuentran en la cercanía del mar. Observar a aquellos que día con día levantan construcciones utilizando hierro y cemento. Escuchar a un joven místico tratando de decir en palabras aquello que no es posible expresar. Durante todo ese tiempo quiero crearme la ilusión de que encuentro una serie de claves que luego utilizaré sin percatarme del momento exacto en

que esto suceda. Es de ese modo como estoy frente a todos los libros una y otra vez. Como si fuera una vuelta constante a un campo sembrado con claveles. Los tallos largos, las hojas verde oscuro. La idea del clavel antes que el clavel en su esencia. Tengo la sensación de que regreso siempre a todos los libros a los que me he enfrentado. No importa la cantidad de títulos, lo que interesa es descubrir que la escritura no es más que una sola.

Tiempo de trébol

Como se sabe existe una cantidad de libros imposible de medir. Para poner orden en este juego constante en el que me siento participar —apreciando los libros antes que leyéndolos—, prefiero hacer evidente la acción consciente de regresar, una y otra vez, sólo a los textos sagrados. La Toráh, el Antiguo Testamento y el Sagrado Corán —el trébol ausente— son mis obras de referencia, principalmente porque a partir de ellas puedo formular mucho más fácilmente la idea de que los libros son infinitos, hasta los más elementales, infinito el espacio que separa una letra de otra.

Tiempo de cartucho

Ese infinito entre una letra y otra hace posible que no existan obras proscritas, ni autores a los cuales tema enfrentar por diversas causas, y menos porque puedan producir una interferencia con mi propio trabajo. Todas y ninguna de las obras tienen que ver con los libros que vaya a escribir. Y no solamente considero que mi trabajo está compuesto por todos y por ningún libro en particular, sino además por las experiencias que haya podido tener no sólo con relación a las demás artes sino a todas mis vidas posibles.

Tiempo de azucena

Al considerar la escritura, entre otras cosas, como un arte más, es difícil lograr la separación que pueda establecerse frente a las otras disciplinas. En todo caso, si jugara a que la literatura se pueda apartar de las demás artes, lo que busco en ellas es la forma con la que cuentan para estructurar sus narraciones. Lo que aprendo de ellas es su forma de construcción. Eso no lo busco ni en la realidad, ni en los sueños que acostumbro experimentar, ni en la remembranza de un estado divino que me acompaña la mayor parte del tiempo. Aquellos estados que no pertenecen al plano de lo artístico se mantienen invariables a pesar de las circunstancias. Como una azucena después de haberse encontrado sometida a la lluvia.

Tiempo de amapola

La manera en que es posible crear distintas realidades en medio de tanta realidad es algo que nunca ha dejado de admirarme. Para lograr una mirada semejante —más bien cercana a la admiración— es preciso que me acerque a las obras sin tener una idea precisa de quién las ha creado. Tal vez sea por ese motivo que no reconozca a ningún autor en concreto que haya influido en mi manera de ver la literatura, de leer las novelas, de apreciar el teatro, de ver una fotografía, de colocar el cuerpo frente a una representación teatral. Algunas obras extremas sí, pero no sus autores. De alguna manera pretendo establecer un sistema para apreciar las obras, de todo tipo, como si fueran autónomas. Como si hubieran salido de la nada. Inducidas por alguna infusión de amapolas. Producto de una suerte de milagro.

Tiempo de magnolia

Y, por supuesto, si considero los sucesos artísticos como algo sobrenatural no cuento, mejor dicho, sería imposible tener algo semejante, con una lógica que me permitiera apreciarlos. Trato por eso de no establecer planes de lectura, guiones de obras que debo apreciar, intento que las circunstancias se encarguen de mostrarme los campos, las enramadas, los paisajes cultivados.

Tiempo de pasionaria

Mientras hago una obra —o cuando no leo o no aprecio distintas obras— todo da la impresión de ir apareciendo según las circunstancias. La única verdad posible sea quizá el azar y el interés que me puedan generar, en determinado momento, determinados trabajos o ciertos instrumentos de ejecución. Es posiblemente por esa razón que casi nunca me encuentro en la capacidad de establecer que estoy realizando algo en particular.

Tiempo de crisantemo

Cada uno de los libros es un aspecto de un libro que vengo redactando desde que era niño, basado en la forma de aquellos catecismos de tapas duras y blancas que llevaban un crisantemo atrapado entre sus páginas. El primero tomó forma a los diez años de edad. Trataba de los perros que conocía. De mi visión de ellos. Creo que ahora sigo en la búsqueda de algo similar. De establecer una cierta mirada de las cosas. La practico ahora con una cámara de fotos que cuando salió al mercado, cuarenta años atrás, fue pensada como un juguete.

Tiempo de geranio

La cámara de fotos es exactamente igual a la que me regalaron mis padres cuando cumplí los siete años de edad. Era en ese tiempo tan complicada de manejar —lo sigue siendo— que no queda registro de ninguna foto ejecutada en ese entonces. Dejo ahora que las imágenes resultantes con una cámara semejante —muestra predilección por los rojos y los azules— sean las que guíen la escritura de mis nuevos libros.

Tiempo de jacinto

En el trabajo que realizo actualmente mi interés está en descubrir las posibilidades creativas que me puede otorgar una cámara no la palabra escrita de manera tradicional. Encuentro esta pequeña caja de plástico llena de subterfugios, de trucos a ejecutar, de secretos que debo ir develando mientras busco las imágenes que el propio aparato va marcando. Pero me he enfrentado, más bien me vengo enfrentando, a un desafío que nunca me planteó la palabra escrita. Como para hacer una foto se cuenta con un instrumento —no sólo uno pues aparte de la cámara está el rollo, el papel del revelado, el equipo de ampliación, la destreza de los operadores— se trata de una ruta que ofrece varias opciones, ninguna de las cuales se presenta clara ni definitiva. El escritor sólo puede llegar a lo que su capacidad le permita. De allí su afán de hacer pasar como propuesta una imposibilidad.

Tiempo de petunia

Durante estos últimos tiempos, en más de una oportunidad he sufrido una serie de accidentes por

caminar, por mirar la vida, a través del visor de la cámara, esperando que aparezca por ese cuadrado de plástico una realidad adecuada a mis expectativas. Después de revelar los rollos elijo determinadas imágenes, que colocadas un poco al azar son las que van ordenando la narración. La supuesta investigación literaria —necesaria para algunos escritores— en este caso se enmarca dentro de los claroscuros de una caja cerrada premunida de un obturador.

Tiempo de tulipán

El borrador del texto sólo pueden serlo las fotos desechadas, las hojas de contacto marcadas para indicar dónde debe haber una ampliación, las primeras impresiones que, una vez seleccionadas, serán colocadas de cierta forma para obtener determinado efecto. Y el tiempo de los borradores siempre es infinito. Perdido en el horizonte como un campo de tulipanes.

Tiempo de ave del paraíso

Entiendo el apuro de algunos escritores por avanzar rápidamente, esto sucede generalmente en los autores que recién comienzan, pero en literatura estos momentos previos a la conclusión de una obra, no creo que tengan realmente principio ni fin, ni que puedan medirse de acuerdo a criterios tradicionales. Posiblemente el trabajo a realizar sea dar la impresión de que desde un principio la obra que se tiene al frente fue escrita de la manera como se la está leyendo.

Tiempo de siempreviva

Ofrecer la sensación de que el autor cuenta con todas las posibilidades posibles de creación y de entre muchas escoge la que está ofreciendo a la lectura.

Tiempo de gladiolo

En mis libros a veces descubro que entre una línea y otra, seguida y continua, existen muchos años de diferencia. Una infinidad de tiempo entre cuando una y otra fueron concebidas. Es imposible por eso —por utilizar el procedimiento de ir armando textos, libros, a partir de fragmentos escritos en diferentes momentos y por distintas motivaciones— que tenga conocimiento de la trama de mis obras antes de comenzar a construir un proyecto.

Tiempo de dalia

Antes de emprender una nueva escritura me coloco en una situación que podría denominar como de alerta flotante. Trato de estar atento al rumor del texto, a las reglas que pueden derivarse de su esencia, lo dejo desarrollarse para que a partir de sus manifestaciones surjan sus verdaderas posibilidades. Me convierto en momentos así en una suerte de autor-lector, en una mixtura bastante particular que hace posible que el ansia del lector por abordar un texto sea la que haga posible que la obra se construya. Y como, de alguna manera, el rol que se supone le corresponde a un autor queda en manos de un lector exigente e insatisfecho es imposible también establecer alguna diferencia en quién es el que realmente escribe.

Tiempo de camelia

Cuando las operaciones de escritura presentan estas características deja muchas veces de importar el resultado.

Si es cuento, novela o cualquiera de las etiquetas con las que se busca estandarizar lo literario. Se vuelve fundamental el ejercicio de escritura como tal por encima de otras consideraciones. El hecho de ver aparecer una letra, luego otra, después la palabra completa. Un ejercicio casi físico, cuyo goce está presente ya desde la posibilidad de ir admirando cómo una página va dejando de ser un espacio vacío. Un placer que aparece desde no se sabe dónde y cuyo destino se ignora también, pero que en el camino va dejando una serie de obras dispersas que, curiosamente, a pesar de su aparente desarticulación forman un todo.

Tiempo de santa rosa

Recuerdo la ocasión en que en un hospital para ancianos una interna esperaba la visita anual de sus familiares sólo con el fin de recibir un ramo de camelias, que colocaba encima del televisor de la sala principal de la institución.

Tiempo de gardenia

Pero, a pesar de que en muchas ocasiones los libros no son más que fragmentos esparcidos en el tiempo y en el espacio, siempre busco que contengan en sí mismos una precisión extrema. Trato de que sean lo menos subjetivos posible. Realizo para lograrlo un arduo trabajo de corrección del pequeño rasgo, de la seña que aparece, por lo que generalmente me encuentro con pequeñas piezas pulidas con las cuales, de cuando en cuando, construyo las obras.

Tiempo de astromelia

Es tal vez una más de esas piezas lo que trate de conseguir ahora con las imágenes fotográficas que obtengo una detrás de otra. Dejar diminutas figuras cerradas en sí mismas, obedientes de una manera casi obsesiva a sus propios principios, para en algún momento, cuando sienta que llega el momento de estructurar una obra, por ejemplo, contar con los puntos esenciales en los cuales se sostendrá la narración. Gracias a esta comprobación sospecho que existe un tiempo entre la obtención de la *esencia de los textos*, por llamarlo de algún modo, y su realización en forma de libro. Un tiempo que muchas veces se hace eterno, inconmensurable, lleno de fisuras y subterfugios, tiempo en el cual la realidad es el mayor enemigo. Una realidad cotidiana que muchas veces logra, con su saturación de acontecimientos, velar por completo el sentido de la vida.

Tiempo de begonia

Esta evidencia es lo que más me distrae de mi trabajo, por supuesto. Ingresa como un chorro de luz boba en una cámara oscura para velar cualquier imagen que haya sido grabada con detenimiento. Aunque, en el plano de lo real me distraen diferentes cosas. Para bien y para mal. El noticiero de las mañanas, el acto mecánico de levantarme de la cama para revisar el email, sacar a pasear al perro, leer el periódico. Tratar de escribir me distrae. También pensar en lo que puede suceder ese día en la escuela de escritores que dirijo. Preguntarme, una y otra vez, las misteriosas razones por las cuales ciertas personas buscan comunicarse conmigo y por qué otras no.

Tiempo de madreselva

Hace pocos días sufrí convulsiones mientras dormía. Desperté con la lengua seriamente herida. El día anterior había recorrido una zona proscrita de la ciudad donde pasé parte de mi infancia. Un espacio metafísico donde se ubican el manicomio enfrente del hogar para los huérfanos. Están protegidos por altas murallas, en muchas de las cuales crecen frondosas madreselvas.

Tiempo de lluvia de primavera

Estas manifestaciones, tanto las que producen mi mente como mi cuerpo, las afronto como parte de la vida. Trato de no hacer nada en contra. No recuerdo nunca haber rechazado algo por tener que dedicarme a escribir. Si se aprecia esto de una manera superficial, se constatará que cualquier acontecimiento tiene más importancia. Incluso los ataques mentales. Es falso, lo sé, pero un día soleado siempre será más importante que hacer un libro.

Tiempo de pensamiento

Aunque creo más bien que uno nunca deja de seguir escribiendo. Ni en el sueño ni en la vigilia. Recuerdo las veces en que me he levantado en medio de la noche y he redactado textos irreconocibles por mí mismo al día siguiente. Entramados que buscan reflejar lo que acabo de soñar. Eso sin contar con los sueños místicos que de vez en cuando experimento, sobre todo cuando cumplo religiosamente con las obligaciones que me impone la mezquita sufí —tekkia— a la que pertenezco desde hace quince años.

Tiempo de flor de muerto

Recuerdo que la primera vez que ocurrió algo “sobrenatural” fue durante la redacción de un relato que, como la mayoría, provenía y se dirigía a la nada. Apareció una escena de patíbulo. Empecé a narrar la manera como era ejecutado un santo de la antigüedad. Los acontecimientos fueron desencadenándose, uno detrás de otro, con una lógica impresionante. Me llamaba sobremanera la atención la claridad con la que lograba reflejar por medio de palabras un universo absolutamente desconocido para mí: el retrato de un patíbulo milenario. Aparecieron, incluso, nombres para los personajes de la acción. Uno de ellos era Mansur Al Hallaj. Recuerdo que no me gustó en un principio llamarlo de esa manera. Sentí el impulso de cambiar aquel nombre, pero recordé que una buena amiga mía, poeta como el personaje torturado, lleva Mansur como segundo apelativo. Lo dejé como homenaje a ella. Olvidé el texto casi de inmediato. Es un proceso recurrente olvidar todo el tiempo lo que uno ha escrito.

Tiempo de alhelí

A veces, olvidar lo escrito me causa serios problemas con algunos lectores que quieren saber más sobre algún texto leído en alguno de los libros. Cuando advierten que no tengo la menor idea de lo que me preguntan, y que ni siquiera recuerdo haber escrito ni publicado algo semejante se sienten timados. Creen muchas veces que les estoy jugando una suerte de broma, el truco del alhelí entre otras pesadeces. Les parece imposible que un autor no tenga siempre presente lo escrito.

Tiempo de azahar

Me llevé una gran sorpresa cuando en la mezquita, meses después de haber escrito el texto sobre el patíbulo

milenario, escuché el nombre de Mansur Al Hallaj. Averigüé y descubrí que lo que yo había escrito estaba escrito desde varios siglos atrás. Los mismos detalles, las mismas palabras finales, los nombres —agradezco la existencia de mi amiga por quien dejé intacto el nombre—, de lo contrario, sin nombre, quizá no hubiera reconocido ni cotejado que había realizado, desde un estado mental que ignoro, la reescritura de un texto desconocido. Sin embargo, la mayor de mis sorpresas fue la indiferencia con que los demás miembros sufíes tomaron este hecho. Lo que para mí era extraordinario para ellos era lo habitual. “Para eso estamos aquí”, fue la frase que dio por terminado el capítulo.

Tiempo de holoturia

Creo que haber dado a conocer estos ejemplos explican de alguna manera las razones por las que no puedo ni quiero detectar o planificar posibles esquemas de ideas principales que pueda sostener determinado libro. Tampoco quiero tener nada que ver con ideas nodales que estén debajo de una trama, ni con las diferentes maneras posibles de contar las historias. Creo tener en claro pocos elementos. Entre ellos se encuentra la necesidad misteriosa de escribir, de contar acontecimientos que surjan del propio ejercicio de la escritura; la construcción de una estructura o de un artificio para hacer transmisible esa escritura y que esa misma transmisibilidad —que se traduce, en mi caso, en formar parte de un circuito literario conformado por obras, editores, lectores, críticas etc.— haga posible únicamente, creo que allí está presente mi verdadero interés, la posibilidad de generar nueva escritura.

Tiempo de buganvilla

Escribir para seguir escribiendo, puede ser un resumen de mi afán.

Tiempo de violeta

Realizar un ejercicio donde esté imposibilitado, por mí mismo principalmente, de apreciar las posibles diferencias entre trama, personajes, tiempo, espacio, acción dramática, fines extraescriturales, así como la mayor parte de las categorías con que los estudios de distinto tipo buscan establecer patrones de creación.

Tiempo de mastuerzo

La realidad la aprecio como un todo indisoluble. Sólo al leer —si es con distancia mejor— lo escrito, puedo sacar ciertas conclusiones. Puedo responder a ciertas preguntas que me voy formulando mientras escribo. Pero no creo que sean los cuestionamientos que cierta crítica cree que se hace un autor. No me pregunto si tomo o no personajes de la vida real, ni si esos personajes son creíbles y si tienen fuerza, ni me cuestiono si una escena es difícil de escribir. Se trata más bien de cuestiones más abstractas, de dudas que precisamente no he podido resolver después de mis lecturas tanto de la realidad, de las manifestaciones artísticas como de aquello que no tiene forma ni tiempo ni lugar. De cuestiones del tipo ¿qué pasaría si en un relato se enfrentara la belleza y la muerte? ¿será posible hacer la traducción de un libro inexistente? ¿puede un autor haber escrito una obra en un lenguaje que no existe? Asuntos de ese tipo, me parece que mientras más absurdos mejor.

Tiempo de manzanilla

Recuerdo la época en que mi cara comenzó a despintarse. Algunos llamaron mal de pinto al tenebroso mapa que comenzó a desarrollarse en mi rostro. Me recomendaron, por supuesto, que me untara flores de mastuerzo tres veces al día. Fueron molestas las quemaduras que produjeron las flores. Lo despintado de mi rostro logré aplacarlo con placenta de parturienta.

Tiempo de retama

A partir de ese modo de preguntarme por los acontecimientos que me encuentre narrando, hallo escenas que no creo ser capaz de crear de otra forma. Planificándolas por ejemplo. Estoy convencido de que como creadores somos mejores que nosotros mismos.

Tiempo de caléndula

Una de las alertas de que algo extraño está por ocurrir se produce cuando percibo que lo que escribo lo puede escribir otro.

Tiempo de margarita

Existe en la escritura una especie de juego de diferentes pero idénticos, similar a la manera como apreciamos los rostros de los demás. Tan iguales y tan distintos. Manteniendo su igualdad y diferencia a lo largo de los siglos. Esa inmanencia, ese mantenerse dentro de normas tan férreas, independientes del tiempo, hace que no considere la escritura como algo aparte de mí mismo. Por eso me es imposible detectar aspectos tales como un día

exitoso de escritura, ponerme metas con respecto al número de palabras que compongo en determinada jornada.

Estado de bosque

Las consideraciones que pueda formularme con relación a lo escrito posiblemente cuenten con un rango más amplio. Me gustaría detectar más bien una vida completa en armonía con mi escritura, creer la idea de que estructuro un libro infinito, donde las obras publicadas son sólo puntos de referencia de la escritura en abstracto que los sostiene. Para eso es importante haber tomado la decisión de que la escritura estará inserta en mi vida como si de las ramas del árbol de un bosque salvaje se tratara. Me reconforta saber de una manera racional que las decisiones más importantes han sido tomadas a partir de tal premisa. Que la estructura actual de mi existencia ha sido buscada para escribir en la mejor de las condiciones. Sí es importante para mí la conformación de un estudio de trabajo, de horarios determinados, de una vida construida alrededor de lo literario. Creo que uno de mis logros mayores es el de poder existir solamente dentro de lo literario. Jornadas, meses enteros en los que no tengo que recurrir a la “realidad real” para continuar con mi vida. Y últimamente estoy ensayando también la posibilidad de mantener mi escritura “en el aire”, por decirlo de algún modo. Es decir, creándome la idea de que puede estar más allá incluso de un sistema editorial para seguir existiendo. Es uno de los miedos de los que creo me voy despojando. Hace algunos años el temor tenía que ver con no sentir como mía mi propia escritura. Buena parte del tiempo tenía la sensación de que de pronto, sin mayor explicación, todo acabaría. Ya no existiría más la pulsión para seguir

haciendo libros. Tenía la sensación de que los años invertidos en la escritura no iban a servir de nada —lo cual, por otra parte, es cierto—, y que podía ser despojado de la condición de escritor sin que quedara el mínimo rasgo de esa condición. Hasta ahora no entiendo por qué tomaba ese despojo como una desgracia. Este hecho podía ser apreciado, si tomamos como cierta la idea de la escritura como manía o como pulsión, como una suerte de liberación. Estaría al fin libre de una carga que, menos mal —con el paso del tiempo— he logrado de algún modo colocar en cierto lugar. En el sitio del bosque. En un recodo libre de maleza y poco iluminado por el sol. Recuerdo con horror la época en que inundaba la mayor parte de mi existencia. Las cientos de horas compulsivas frente a una máquina fabricada en el año de 1915. Las correcciones interminables. La búsqueda de oyentes, cuya sola presencia era capaz de colocar una suerte de sello en lo escrito. La paranoia que me asaltaba de vez en cuando, estado en el cual veía el cuarto que habitaba devorado por el fuego. Como no contaba con el dinero suficiente para obtener fotocopias de mi trabajo repartía los manuscritos a distintos amigos porque mi estado —alterado ahora lo sé— me decía que la única casa que se iba a incendiar era sólo la mía. Pero de pronto, eso sucedió cuando cambié de país de residencia, empecé a sentir ya esa escritura como parte de mi ser. El espacio dejado por mi miedo primario creo que fue suplantado por un interés en sostener esa escritura por medio de la confrontación con los demás. Siento que en ese tiempo la palabra comenzó a desenredarse. Ya no se comía a sí misma, como sucedía durante las sesiones en las que escribía sólo por la escritura, sino que comenzó a transformarse en libros, uno tras otro. Esta palabra se hizo por fin algo comunicable. Continuaba siendo absurda pero contenía una absurdidad que podía ser apreciada por el

otro. Pasó a formar parte, creo, del sinsentido que viene a ser toda la literatura. Pero ahora, como señalo, siento que también está a punto de superar ese trance. Ya no pienso en nada aleatorio a la creación misma. No creo importante que una obra exprese determinado asunto, que sea publicada en tal o cual editorial, que cuente con determinados lectores. Creo que es una manera de cerrar un ciclo, y continuar escribiendo desde una nueva ubicación —mencioné el asunto de las fotos con una cámara diseñada para niños para sostener mis ficciones.

Estado de floresta

Todo pareció comenzar cuando tuve la necesidad de publicar un primer libro. Fue en ese momento que decidí inventarme como escritor. Ahora veo que quise hacer del gesto, del deseo, una realidad. No recurrí a los métodos tradicionales de edición y creo que ese acto, que llevé a cabo el año de 1984, tiene hasta ahora repercusiones. Esa acción hizo posible que hasta ahora no haya recurrido nunca donde un editor. Recuerdo que ese año de 1984 tenía una novela acabada de la que debía deshacerme a como diera lugar.

Estado de desprendimiento

Ya desde entonces era consciente de que el ejercicio de creación estaba basado en un devenir constante. En determinado momento tuve la necesidad de tener libre el espacio central de mi escritura para que se pudiera generar nueva escritura. La presencia de ese libro sin publicar dificultaba el fluir de las palabras. Se erigía como un bloque estático que corría el peligro de descomponerse en cualquier momento. Acudí entonces donde un editor en ciernes, con quien me puse de acuerdo para sacar el libro

bajo el sistema de bonos de prepublicación, que consistía en la creación de unas tarjetas que yo debía vender y que después serían canjeadas cuando el libro ya estuviera publicado.

Estado sin medida

Sin pensar en nada más que en vender los bonos me dediqué a la tarea de la manera más comprometida posible. Sabía que detenerme a pensar en lo que estaba haciendo echaría todo a perder. Para asombro del editor, en una semana logré vender 800 bonos, lo que permitió imprimir el libro y hacer una presentación. En ese tiempo yo pensé que lo más importante había ocurrido. Librarme del manuscrito. Estar salvado de su presencia poniendo la letra impresa como resguardo. Sólo tiempo después comprendí lo más importante de aquella operación. Mi acto había creado un escritor. Lo importante no había sido ni el libro producido, ni el dinero obtenido sino haber introducido 800 libros en el medio. Aquella acción generó un interés que, estoy seguro, una publicación tradicional no hubiera obtenido. Creo que de haber encontrado un editor que realizara las cosas como supuestamente están marcadas, la edición de ese libro se hubiese quedado olvidada dentro de sus cajas. Aquel acto hizo posible que cuando tuve el segundo libro hubiera un editor interesado. De allí en adelante siguió el efecto, hasta ahora, que debo entregar libros que no he hecho y cuyos plazos de entrega a las editoriales ya han expirado.

Estado de ya no escritura

A veces trato de hablarle a los editores acerca de mis tiempos y de mis métodos. Con la mayor parte guardo una buena relación, sobre todo cuando existe un editor real y

no una entelequia comercial, instancia que muchas veces se presta a una serie de malos entendidos. Cuento además con una agente cómplice que me aconseja sutilmente cuando llevo las cosas hasta el borde. Hasta ahora no ha sucedido, pero tengo la sospecha de que pronto los editores me comenzarán a rechazar. Tal vez no sea más que un fantasma que acompaña la decisión de poner en evidencia que la escritura está por encima de cualquier otra instancia, a lo cual me referí cuando mencioné los cambios de miedos que voy experimentando a medida que pasa el tiempo.

Estado de muerte

Pienso que se desharán de mí cuando descubran que soy un impostor al que no le importa la existencia que puedan tener los libros una vez que son publicados. Que no lee las criticas que hacen a su trabajo. A quien ninguno de los libros que publicó le cambió la vida, que no ha aprendido nada del hecho de escribir y publicar novelas miniaturizadas, y quien, al mismo tiempo que es un farsante no puede nunca dejar de ser un escritor. Las fotos desenfocadas y tomadas con una cámara de niños y rollos cuya fecha de caducidad ha vencido pueda ser que lo demuestren.

El libro uruguayo de los muertos. Pequeña muestra del vicio en el que caigo todos los días.

Para C. V. G.

Desde hace cerca de treinta y dos horas te tengo presente. Tanto, que cuando veo que me escribes me impresiono. Es que estoy llevando a cabo una suerte de experimento con las palabras que se intercambian sin sentido. No sé si llegue a resultar como lo tengo pensado. Te contaré su mecanismo cuando ya esté puesto en funcionamiento. Tu imagen ahora, después de leerte, se me hace nítida en el gabinete de baile que me describes. No sólo tu silueta, sino el aura que seguro se desata en aquel espacio y sólo algunos perciben.

Estoy agobiado de trabajo. Hago cuatro libros al mismo tiempo. Hoy a mediodía caí rendido, en un estado cercano al paroxismo. La noche anterior me había dormido a las seis de la mañana y a las nueve recibí a mi asistente de foto.

Me aceptaron el *Tratado sobre Frida Kahlo* tal como está planteado. Con cuarenta fotografías que registran el

viaje que realicé para ver a esa Frida Kahlo con vida, la que habita en un poblado lejano. Para recordar que debía terminar semejante obra en el menor tiempo posible compré unos tenis Converse All Star en una edición limitada que realizaron con motivos de la artista. El libro cuenta con decenas de retratos, muchos de los cuales no serán publicados, los que puedo ver cada vez que fijo la mirada sobre la mesa de trabajo, pues mi asistente me trajo las copias ampliadas.

Me han invitado a Puerto Rico para febrero y el próximo jueves parto a Cuba como acompañante de Sergio Pitol. Mi nueva perra, como sabes, se llama Chispas y Señorita Coralí al mismo tiempo. El nombre de Señorita Coralí proviene del personaje de la escritora Giovanna Pollarollo que estoy leyendo, y el de Chispas no sé de dónde realmente.

Los libros que estoy escribiendo tal vez se titulen: *Pequeña muestra del vicio en el que caigo todos los días*; *Las dos Fridas*; *La historia de Mishima* —una autobiografía ilustrada—; y *Todos saben que el arroz que cocinamos está muerto*.

No es cierto que haya ido al Congreso de Puebla. Me encontré con el equipo de Venezuela que iba a ese evento aquí en la ciudad, en el centro. Una historia triste: la ponente principal del grupo, cuyo tema era precisamente mi libro *El Gran Vidrio*, no pudo viajar porque su hijo murió al caer el día anterior por la ventana. Quien me lo contó leyó en público la ponencia y me dijo que había notado una suerte de vaticinio en el texto redactado por la académica.

Creo que ya entiendo por qué utilizo ahora las fotos en mis libros. Me parece que para apreciar de una manera directa lo irreal en lo que estamos atrapados. Para mirar con tranquilidad los fantasmas, los tiempos paralelos, los vivos y los muertos comiendo de un mismo plato de arroz que suelen aparecer en mi cuarto justo antes de que me vaya a dormir.

Soy maestro de un poeta excepcional, indígena y travesti, que construye sus textos con una lógica perfectamente imposible. Para llevar a cabo nuestras sesiones de trabajo nos encontramos en un punto intermedio, que para mí significa dos horas de viaje y para él cuatro. Se trata de alguien que nunca ha visitado la ciudad. Se lo tienen prohibido en su comunidad, donde su trabajo de todos los días es de enfermero. Es bastante particular su proceso de escritura. Lo hace en náhuatl, lo traduce él mismo al español y después toma una foto. Se trata del poeta con el trámite de escritura más largo que conozco.

Cuéntame de tu viaje a ese pueblo olvidado de los Estados Unidos y si debes ir de nuevo a comprar pantalones para tu marido. Imagino que no sólo volvieron de aquel poblado sino que ya regresaron también de las playas del norte.

Yo ya casi soy otro. Lo que iba a ser una pequeña intervención médica se convirtió en una operación completa. Personal capacitado, salas especiales, anestesia

general. Pese a lo esperado, la convalecencia es perfecta. No experimento ni un solo dolor y ya realizo una vida normal. Sin embargo, creo que el periodo de congelamiento producido por la operación y sus consecuencias sirvió para tomar decisiones. Las principales: escribir y hacer fotos todo el tiempo. Recibir también las visitas seguidas de Tadeo Bellatin.

Cambia la configuración de seres que habitan en la casa. Aparte de las llegadas de Tadeo Bellatin, aparecen cada vez más perros a mi alrededor. Se desechan las invitaciones, las llamadas inoportunas. Estoy trabajando ahora con el libro largo, que tiene como título opcional *Un vicio*, que no me gusta. Ni el título ni el libro.

La Escuela Dinámica de Escritores entrará en receso. Lo tengo preparado para diciembre. Será más bien una suerte de sabático indefinido.

En cualquier momento me entregan un nuevo auto, con el cual podré transportarme sin dificultades mayores durante los próximos diez años. Pensar que José María Arguedas decía que su Volkswagen era su hijo de metal, el mismo en cuya cajuela encontraron algunos años después una serie de armas y bombas destinadas a sembrar el caos social.

Actualmente estoy construyendo una serie de textos-imagen, como los llamo. Algunos ya salieron incluso publicados. En la revista *Letras Libres* de agosto se encuentra el primero. No puede aparecer uno sin el otro, es decir la imagen sin el texto y viceversa. Bajo ciertas características además.

De vez en cuando me veo a mí mismo y se presenta ante mis ojos nuevamente la persona de siempre —el que realmente soy— escribiendo rodeado de animales. Me percibo como dentro de alguna imagen de san Jerónimo mientras realiza su trabajo con la Biblia.

Espero esta noche ir a la tekkia para —entre otros asuntos— agradecer haber sido aceptado físicamente como descendiente de Abraham, con mi circuncisión a cuestas, que como te conté fue realizada por personal altamente calificado.

He trabajado ya varias versiones del mismo discurso —el del texto-imagen— y van a salir en distintas partes. Deseo entregarla a la editorial Sexto Piso. El *Tratado sobre Frida Kahlo* espero que lo tengan diagramado esta semana. Pronto aparecerá también el libro que hice con las fotos de Graciela Iturbide: *Demerol sin fecha de caducidad*. Mañana acompañaré a Alejandro Gómez de Tuddo a las sierras de Pachuca en busca del poeta náhuatl —el pupilo del programa de jóvenes escritores con el cual estoy trabajando—, pues Alejandro Gómez de Tuddo requiere de un texto recitado en esa lengua para una muestra fotográfica que montará en Italia.

Puede ser bueno hacer ese viaje durante la convalecencia de la operación que me acaban de hacer. La Escuela Dinámica de Escritores acaba en un buen momento. Se termina pese a que mi socia, quien no puede

dedicar el tiempo necesario, insiste en que continúe yo solo.

Viajo a Buenos Aires para un congreso en el Museo Malba, donde llevaré las fotos de unos muñecos colocados en un malecón y una serie de copias fotostáticas que repartiré selladas, una por una, de acuerdo a la cantidad de asistentes presentes en la sesión. Puede haber, al momento del sellado, un importante tiempo muerto que se alargue durante varios minutos.

Debo, además, recrear en fotos la comunidad de Zürau durante la década de 1920, donde Franz Kafka pasó un año en casa de su hermana tratando de restablecerse físicamente. Sólo cuento, para hacer la puesta en escena de aquel lugar, con unas imágenes de los alrededores del sitio donde me reúno con el joven poeta náhuatl: la biblioteca de Pachuca, un lugar desolado donde mi perro Perezvón espantó en cierta ocasión a unas ovejas contra la carretera, ocasionando, creo, un grave accidente de tránsito, y donde existe un cementerio que advierte en un letrero que el guardián no tiene la obligación de regar las flores.

Sigo con el libro largo que te dije estoy escribiendo. Aguardaré hasta apreciar la forma que irá tomando. Uno de mis perros nuevos es extraño. A la raza se le conoce como blue heeler, es de color azul y parece tratarse de una mezcla de perro con dingo. Da la impresión de tratarse de un mapache gigante.

Los médicos que me atienden en el hospital están contentos con las nuevas medicinas. Casi no experimento efectos secundarios y mantengo los niveles apropiados para llevar una vida sin complicaciones mayores. Sólo les preocupa a estos médicos la sucesiva aparición de lunares,

motivo principal de la operación a la que me acabo de someter.

Me produce una extraña sensación saber que estarás tan cerca y tan lejos al mismo tiempo. Puerto Vallarta queda como a una hora en avión.

Yo regresé hace poco de La Habana y pensé, al llegar a mi casa, que me iba a morir. De manera literal. Sentí un tipo de miedo que nunca antes había experimentado. Me dije a mí mismo: ya llegó la hora, es momento de mandar a traer mi mortaja de papel —la que me confeccionó Gabriela León— y de informar a los derviches sufíes de mi orden que planchen sus trajes para que bailen durante varias horas seguidas delante de la caja de madera rústica donde seré depositado.

El viaje a Cuba me dejó agotado. No podré aceptar ya ninguno, al menos durante algún tiempo. Esta travesía fue excepcional porque fue un pedido de Sergio Pitol. Yo sabía que si no era conmigo no lo iba a efectuar solo. Se me hizo extraño lo que acontece por allá. También lo que sucede conmigo con respecto a una ciudad en la que descubrí tantas cosas durante los años en los que la habité. De alguna manera, en su época fue un lugar de curación de las vejaciones que yo había vivido en Lima desde que era niño. Fue la ciudad en la que decidí la mayor parte de las convicciones que hasta ahora mantengo. Pero ya queda poco de todo aquello. La mayoría de conocidos de entonces vive en otro lugar. Los que todavía permanecen allí sostienen, sin embargo, una especial forma de vida intelectual. Con mucho tiempo a disposición, con la

información circulando en forma oculta y con la posibilidad —aunque remota siempre presente— de construir nuevos sistemas de pensamiento. Claro que todo esto ocurre en una estructura acotada, que no es capaz de dar cabida pública a casi ninguna de sus elucubraciones. Existe, pese a las circunstancias, un no tiempo, un no estar, la aparición de caminos que muestran un claroscuro particular, por los que es posible emprender búsquedas personales que cualquiera podría calificar incluso como propias de un demente. Algo de eso queda vivo todavía. Parte de este grupo de pensadores se reúne en una torre alta, en una suerte de minarete, desde donde se aprecia la bahía en la que empieza la ciudad. Allí se discuten asuntos que muchas veces no parecen tener ninguna razón de ser.

Yo debía acompañar a Sergio Pitol quien, por un desorden de carácter neurológico, de vez en cuando desconoce la forma de hallar las palabras que debe enunciar. Estar presente en las juntas donde se organizaría su Semana de Autor, prevista para noviembre de ese año. Debía también caminar en su compañía por el malecón, atestado de personas que lo único que parecen buscar es estar lo más cerca posible del mar.

Protagonizamos en esos días cierta aventura nocturna. Sergio Pitol insistía en ver lo que sucedía en el inframundo de aquella ciudad y logré, después de múltiples pesquisas, ponerme de acuerdo con el peluquero de la hija de la poeta Reina María Rodríguez, llamado el Chino, para que nos sirviera de guía en ese ámbito. Abordamos gracias a sus gestiones un auto ruso destartalado, que tenía la radio puesta a un volumen muy alto, que nos llevó, en medio de

la noche, a cerca de cien kilómetros de distancia hasta llegar a una fiesta clandestina.

Después de abandonar la ruta principal se accedía a esta fiesta por un camino de tierra. Pensé en los escenarios de William Faulkner, en los del libro *Santuario* principalmente. De pronto unos tipos se acercaron al auto y, después de ver el interior, nos permitieron el paso. Adentro todo daba la impresión de ser una especie de *Lugar sin límites*, no el del libro de José Donoso sino más bien el de la película de Arturo Ripstein. Se trataba de una suerte de cabaret artesanal en medio de la nada.

Como te mencioné, hice el viaje porque Sergio Pitol me lo pidió. En un principio la solicitud me dejó algo sorprendido. Su Semana de Autor estaba programada para noviembre y nos encontrábamos en julio. No llamó tanto mi atención que deseara realizar semejante travesía, sino que me hablara de la presencia de unos curiosos muñecos instalados en el malecón. Me aseguró que poseían características diferentes a los demás muñecos conocidos. Me habló de esos muñecos la primera ocasión en que mencionó la posibilidad del viaje. Me informó que habían estado guardados en diversas bodegas y almacenes durante muchos años —la mayoría de las veces en pésimas condiciones— pero que, sin embargo, todavía algunos de ellos eran capaces de proyectar vivos colores si estaban bajo la luz del sol o si sus interiores eran encendidos con focos.

Sí, no te preocupes, mi operación fue hecha de manera profesional. Con anestesia y duró más de tres horas. Lo

curioso es que no me duele. Ahora ya me siento parte de la tradición judía o musulmana.

La última en enterarse de este asunto fue Margo Glantz, porque en su computadora es imposible abrir un documento con las características del que te envié. La especie de folleto donde se explican las ventajas y desventajas de las circuncisiones. Pero, como te dije, me sometí al proceso por los lunares que me aparecen con frecuencia y tienen algo preocupados a los médicos.

Ya te conté que tengo un perro reciente, el ejemplar es un ganadero australiano azul cruzado con dingo. También un auto acabado de comprar, igual al negro anterior pero de este año. Cierro la escuela, mejor dicho la dejo congelada, y me dedicaré a escribir y a tomar fotos de tiempo completo. A ver qué sucede después de asumir una decisión de esta naturaleza. No pienso atender casi ninguna cita, principalmente las que se establecen fuera de mi casa antes de las cuatro de la tarde. Mañana estaré encerrado casi todo el día. El martes realizaré el viaje a la Sierra Gorda en busca del poeta en náhuatl para que lea en voz alta el texto que formará parte de la muestra que montará Alejandro Gómez de Tuddo.

Parece que la mayoría de los muñecos de los que me habló Sergio Pitol se encuentran instalados cerca al mar. Precisamente en el malecón que abarca casi todo el frente de la bahía. Los colocados en aquel sitio dan la impresión de ser los más baratos o los que han sido almacenados en condiciones inadecuadas. Algunos de ellos incluso parecen peligrosos. El riesgo consiste en que sus instalaciones

eléctricas presentan un estado por lo regular defectuoso, y si alguna persona llega a tocar sus superficies puede verse afectada de pronto por una riesgosa descarga de energía. Precisamente los del malecón son los muñecos en los que menos se puede confiar.

Una vez que arribamos a la bahía, Sergio Pitol me informó que sabía también de la existencia de otra clase de muñecos. Parecidos a los del malecón pero más serios. En comparación con ellos, los que están colocados junto al mar parecen figuras ínfimas. Puestas en aquel lugar solamente para servir de parafernalia, como suertes de muñecos de pastel, cuya única misión es demostrar que en la bahía las reglas de conducta parecen ahora diferentes.

Sergio Pitol me dijo que los otros estaban instalados en las partes altas, pero que la mayoría no contaba con el permiso de las autoridades. Ningún habitante nos aclaró las razones por las que estos últimos ejemplares se consideraran fuera de la ley. Tampoco fueron capaces de explicarnos los motivos de su proliferación.

Yo, cada vez tengo más sed —así le dicen, tener sed, algunos miembros de la orden sufí a la necesidad de acercarse a la presencia de Dios— de retomar el camino espiritual. Ojalá empiece este lunes por la noche. Intento hacerlo desde hace varias semanas, pero horas antes de asistir a la tekkia algo siempre se cruza que me lo impide.

La verdad es que ya no quiero comer, beber, respirar, amar a una mujer o a un hombre o a un niño o a un animal.

Ya no quiero morir. Ya no quiero matar. Hazme el favor, por eso, de rasgar la fotografía de autor que aparece en los últimos libros.

Por tu culpa soy un fanático de las plumas Inoxcrom, que son muy malas. Cada vez que acudo a un Office Depot me robo una. En la siguiente visita me llevo, también sin que lo adviertan, los cartuchos de repuesto.

Qué bueno que hayas aceptado el ofrecimiento de coordinar el libro del Congreso de la Universidad de Brown. Que lo hagas en medio de tanto trabajo además. Me alegra mucho que se construya un libro de nuestro encuentro. Yo tengo algunos textos que muchos de los ponentes tuvieron la amabilidad de entregarme después de sus intervenciones.

A pesar de que me lo describes con exactitud, no puedo imaginarme pasando por debajo de leones marinos. Seguramente sus aletas no son tan pronunciadas como uno suele creer. Los túneles de cristal de los que me hablas no existían antes en los acuarios del mundo. Los vagos recuerdos que guardo tienen que ver más bien con aguas verdosas que emitían un olor peculiar. De vez en cuando se alcanzaba a apreciar algunos lomos de pez desdibujándose en las superficies espesas de las aguas.

Comencé con el otro medicamento, con el de precio excesivo. El asunto no es el dinero sino, como te señalaba, el problema es el proceso de pagarlo. Es decir, realizar la acción de intercambiar dinero por ese producto. Además,

me cae mal físicamente. No tanto como los anteriores. Éste se caracteriza por los intempestivos cambios de ánimo que produce. Y además, cuando tomo vino, por ejemplo, el dolor de cabeza es intenso.

El fenómeno de la reciente aparición de muñecos —tanto los del malecón como los de las partes altas de la bahía— se trataba, cuando me enteré del asunto, de una noticia de carácter internacional. Era la manera como Sergio Pitol había obtenido la información acerca de ellos. Como te dije, al principio dudé si era cierta su propuesta inicial de realizar semejante travesía con el único propósito de apreciarlos y no para ajustar ciertos detalles de la Semana de Autor que le iban a organizar en aquel país. Pero el tono de voz que utilizó para planteármela me convenció de que no había titubeos en su intención.

A partir de nuestra llegada mi misión principal pareció ser la de detectar dónde estaban ubicados. Desde el principio logré hallar a los apostados a lo largo del malecón. Empecé a notar su presencia desde la tarde inicial. Nos encontrábamos recién desembarcados. Llevábamos con nosotros un equipaje considerable. Estaba compuesto mayormente de libros —para obsequiar a algunos intelectuales que habitaban en la región— y de una dotación de toallas. Alguien le había contado a Sergio Pitol sobre lo apreciadas que eran las toallas en ese lugar. Que muchas veces servían como una moneda de cambio más valiosa incluso que los billetes extranjeros. Le habían informado que con el valor de una toalla de cuerpo entero, por poner el caso, podía rentar incluso alguno de los muñecos que tanto llamaban su atención. Desde hacía algún tiempo Sergio Pitol había establecido una serie de

contactos para vender esas toallas. Sin embargo, pese a haber mantenido comunicación con algunos habitantes de la bahía, no parecía conocer pormenores acerca de los muñecos.

Entre otras cosas ignoraba cómo estaba conformada la red que sostenía la aparición fortuita de tal cantidad de ejemplares. No sabía dónde se encontraban ubicados exactamente. Qué podía significar la presencia de cada uno de ellos. Mi tarea parecía ser la de averiguarlo.

Me acababan de regalar una cámara de madera hecha a mano. De una belleza singular. Funcionaba a la perfección. Ayer revelé el primer rollo.

Hoy tengo una agenda larga que comienza desayunando con un estudiante que conocí en una universidad norteamericana. Vamos después a visitar una cantina. Iremos luego a un refugio de perros, pues me quieren entregar una pastor blanca con ojos verdes. Allí trataré de sacar fotos de los animales confinados. También al cementerio y a la sala de cremación con los que cuenta aquel lugar. Después me despediré de aquel muchacho. Tú lo conoces. Estuvo presente en el Congreso de la Universidad de Brown.

Te cuento asimismo que el martes próximo llega uno de mis personajes principales —aparece como elemento central en *La escuela del dolor humano de Sechuán*—: la mujer de Seattle que se dedica todos los años a desenterrar, con sus propias manos, el cuerpo de su marido en la cúspide de la montaña de un pueblo andino. Quiere visitar, después de treinta años, el primer pueblo en

Latinoamérica en el que se instaló ella con su esposo. Queda camino a Oaxaca. No creo estar en condiciones de realizar el viaje al cual quiere que la acompañe. No tengo mucha energía para ir con ella. Tampoco de continuar con el libro que debo entregar pronto. Ya ni siquiera sé a ciencia cierta de qué trata la obra. Hoy avancé como un cuarto de página. He decidido, con respecto a la medicina, tomar la mitad de la dosis prescrita. ¿Será una buena opción? En lugar de dos veces al día sólo una. Probaré.

Todo está perdido, por supuesto. Siempre lo he sabido, pero se puede hacer el agujero más grande en la medida que avanza la sapiencia vacía, que es la forma que tengo de llamar a mis depresiones. Mañana debo ser testigo de algo así como de mi propia muerte. Acudiré a una primera sesión de Reconstrucción Mística. Deseo resolver de una vez por todas el problema de mi estirpe. Asunto que, estoy seguro de eso, no me deja seguir avanzando en la vida de la forma como lo deseo. No tengo, durante esas sesiones, nada más que sentarme en un sofá a mirar quién es quién de mi familia. A quién representa cada muñeco de colores, esas pequeñas figuras de Playmobil, que me pondrán enfrente. Tal vez atisbe al pariente mutilado en el campo de batalla o a la mujer acuchillada por el marido enloquecido por la sífilis que forma parte de mi pasado familiar.

Pero en lugar de pensar ahora en mi estirpe prefiero aumentar incisos a cierto decálogo de la cámara Diana que vengo redactando desde que comencé a tomar las primeras fotos con ella. Hasta ahora aparecen, en muchas de las imágenes captadas con esa cámara, algunas de las realidades simultáneas de las que tanto he escuchado hablar durante las innumerables horas pasadas en la

tekkia, lugar al que deseo acudir, como ya lo sabes, de manera regular.

En espacios semejantes —tekkias, catedrales o cuartos oscuros— es común hallar siempre ánimas saliendo de paseo, así como sueños hechos tanto fantasía como realidad.

Creo que ya encontré una suerte de ruta. Al menos, por ahora, sólo fotográfica. Al igual de sorprendente como lo fue para mí ver el libro *Salón de belleza* hecho montaje teatral. ¿Te acuerdas de que te hablé de lo reveladora que se mostró aquella situación?

Ahora, con la cámara, la palabra hecha imagen en su negativo, en su alma, en el espacio mínimo donde la foto no es todavía foto porque no ha sido revelada y, sin embargo, la toma ya ha sido hecha. Lo fotografiado bajo estas circunstancias se convierte en el nuevo abismo que se me presenta delante. De esa manera, imaginando que una obra nunca acaba de ser porque no es más que una suerte de remembranza, me parece que voy a ir recorriendo mis propios libros. Buscaré, en el cerebro y en el corazón, que transiten sólo a través del ojo que mira el instante. En una suerte de toma en espera, a la cual sólo yo pueda darle cierta forma.

Casi siempre me acompañan, en este y en otros procesos, únicamente mis perros, como a san Lázaro, lamiendo las heridas ocasionadas por la operación a la que

fui sometido. Chispas se orinó en la cama, unas gotitas, casi como de agua bendita. Las fotografiaré.

Debes saber que la primera noche en la bahía no conseguí casi ninguna información acerca de los muñecos que tanto interesaban a Sergio Pitol. Debimos buscar casi de inmediato a sus contactos para entregarles la dotación de toallas que veníamos cargando. Fue algo penoso arrastrar la pesada maleta. Caminamos por las calles llevándola a rastras. La temperatura era alta. Sin embargo, no quise contradecir el deseo de Sergio Pitol de negociar con el cargamento. Seguimos los datos que traía consigo y llegamos a un bar situado en una zona marginal. Cuando nos vieron entrar por la puerta con semejante equipaje, los presentes se quedaron mudos. Algunos tomaron sus cosas, pagaron rápidamente sus cuentas y desaparecieron de inmediato. Sergio Pitol se dirigió al administrador para preguntar los pasos a seguir con respecto a nuestra mercancía y ese hombre, vestido con una camisa que parecía de lino, rió a carcajadas diciendo que hacía cerca de treinta años que las toallas habían dejado de ser negocio. La gente en ese momento podía conseguirlas pagando incluso centavos. Añadió que, en cambio, actualmente el artículo apetecido para rentar o poseer, tanto por los residentes como por los extranjeros, parecían ser los muñecos que habían comenzado a diseminarse lentamente por la bahía. A pesar de que supuestamente eran un bien público, muchos habían sido ya robados. Algunos aparecían poco después en tierras remotas. Casi nunca eran conservados por sus dueños originales. Una vez alejados de la bahía se les sometía a un interminable juego de compra-venta.

Te confieso que para mí fue una suerte de alivio que se rieran de las toallas. Eso significaba que no iba a estar ya en la obligación de encargarme de las negociaciones, como creí advertir debía hacer como compañero de viaje. Sergio Pitol las fue sacando, una por una, y las fue regalando a los asistentes. La maleta en la que las transportamos nos fue arrebatada al final de la repartición por algunas mujeres que, curiosamente, fueron saliendo de la trastienda del bar. Cada una de ellas, por diferentes motivos, se sentía con el derecho de que las maletas les fueran obsequiadas. Cuando nos quedamos sin nada y preguntamos por los muñecos de la bahía, casi todos los presentes estuvieron de acuerdo al decirnos que los que estaban cerca del mar no eran los más apetecibles. Había que adentrarse a las zonas altas para hallar a los que realmente nos pudieran sorprender. Ir hasta las faldas de las montañas para tener frente nuestro a un muñeco que, con su hermosura o picardía, hiciera lógicos los trámites que habíamos debido realizar para emprender semejante viaje.

Como me lo señalas de manera tan acertada, la película *El río*, de Tsai Ming Lai, me pareció a mí también exasperante. Casi como la historia que te acabo de contar sobre mi viaje a Cuba en busca de muñecos. Me interesaba recomendarte la película principalmente porque nunca había visto a nadie que se atreviera a realizar una obra semejante. Tsai Ming Lai tiene otra que transcurre dentro de un cine destartalado. Me hizo acordar de los inmensos cines, ya vacíos por la falta de público, de mi juventud. En ese tiempo, la diversión que se encontraba acudiendo a esos lugares consistía muchas veces en recorrer sus pasillos y posiblemente sostener encuentros furtivos detrás

de las cortinas de terciopelo que muchos seguían manteniendo. En la actualidad, Tsai Ming Lai no me da la impresión de ser un autor especial, y su película *El río* se encuentra distante de las experiencia en los baños de vapor que te mencioné. En esos lugares que te describo lo que parece buscarse es llegar a un estado de pre-cuerpo, por llamarlo de alguna manera, donde es importante la presencia física de hombres desnudos llamados bañadores, cuyo trabajo consiste en quitar, utilizando una fuerza asombrosa, la pátina que el tiempo y las circunstancias suele imprimir a las pieles humanas

Sin escuchar ningún consejo, durante esos días —en los que visitaba los baños que te he descrito— acudí donde un médico homeópata ortodoxo, quien me demostró que la mayoría de mis enfermedades no son mías sino que me preceden en el tiempo. Como si al nacer ya tuviese conmigo un código diseñado de los distintos males por los que tengo que transitar. Quizá por eso estén tan fuera de orden la mayoría de los dictámenes clínicos que suelo escuchar, y sea ésa la razón por la que los doctores no puedan interpretar realmente lo que le suele suceder a mi cuerpo con regularidad. Las enfermedades por las que he pasado, las maneras que tienen de atacarme, los síndromes que acostumbran presentarse se encuentran, casi siempre, fuera de alguna lógica científica.

La primera manifestación de mi vida, por ejemplo, mi nacimiento sin brazo, parece demostrarlo. Nadie supo nunca qué sucedió con aquel miembro ausente. Seguro me encuentro pensando en estas cosas porque desde hace una semana estoy, de alguna manera, internado en el hospital. Vengo todos los días desde muy temprano en la mañana,

para ser sometido a una serie de pruebas que por lo general causan más desconcierto, tanto a mí como a los galenos que se encargan de mi caso.

Pese al fracaso con el negocio de las toallas por el que pasamos durante nuestro viaje, Sergio Pitol no pareció descorazonado. Al contrario, afirmó que la experiencia podía servir para saber más acerca de los muñecos. Comprendí entonces que mi misión no era ya ocuparme de las toallas sino hallar al día siguiente la manera de tener acceso a las figuras ubicadas en las zonas altas de la ciudad. Esa noche casi no pude dormir. Pensé, durante interminables horas, cuál sería el mejor lugar para obtener la información necesaria. Quizá hubiera sido fácil llamar a la recepción del hotel o detener a un policía en la calle para preguntar. Pero sabía que los muñecos de las zonas altas de la bahía no contaban con el permiso necesario para ser colocados en los lugares donde se encontraban situados. El grupo de intelectuales —para quienes estaban destinados los libros que también habíamos transportado— eran de las pocas personas que yo conocía en el lugar. Podía aprovechar la entrega de los ejemplares para saber más acerca de los muñecos. Aunque conocía de antemano que ese conjunto de sabios ignoraba todo lo relacionado con aquel asunto. Ellos se limitaban a pensar en diversos temas dentro sus casas. Cada cierto tiempo se reunían en la suerte de minarete —ocultos a los ojos de los demás— para dar a conocer discretamente los resultados de sus reflexiones. Precisamente al día siguiente iba a realizarse una de esas reuniones. A riesgo de ser sometido a escarnio o ridiculizado por mi interés, me iba a atrever en la sesión a tocar el tema de los muñecos. Sin embargo, cuando en la jornada siguiente planteé el asunto ninguno de los

intelectuales pareció sorprenderse. Puede ser que se encontraran abstraídos en la revisión de los libros que acababa de entregarles. El caso es que rápidamente designaron a uno de sus integrantes de nuevo ingreso —¿quizá un aprendiz?— para que nos ayudara en las pesquisas. Al miembro elegido lo llamaban el Chino —el mismo peluquero de la hija de Reina María Rodríguez— y se dedicaba —aparte de su labor de reflexionar a solas en su casa— a la tarea de cuidar la apariencia estética de los demás pensadores.

A los que llevaban barbas largas se las arreglaba para hacerlas aparecer como símbolo de sus pensamientos. A las poetas del grupo —entre ellas Reina María Rodríguez y Marilin Bobes— les pintaba el pelo de rubio. A los jóvenes les hacía coletas y a los calvos les aparejaba los pocos pelos que pudieran tener.

Seguramente lo tomarás como una sorpresa, pero esta semana terminé de escribir el *Tratado sobre Frida Kahlo* y, lamentablemente, lo aceptó, tal como está hecho, la editorial que me lo había encargado. Lo veía tan fuera de lugar que por un momento pensé que me lo devolverían y así podría realizar con ese material algo más libre.

Aparece una foto tuya dentro de las cuarenta que van a estar presentes en la edición. Supongo que la gente tiene todavía derecho —¿o es algo que ya se perdió?— a decidir sobre su propia imagen. Por eso te lo cuento, con el fin de solicitarte una especie de permiso. También aparece en otra de las fotos el vaso vacío donde tomaste café la última vez que nos vimos.

Ya salí de la operación. Algo fuerte, más de tres horas, quirófano, anestesia general. Todo mejor de lo previsto. No me duele. Extirparon un lunar grande, descomunal y maligno, aunque sin mucho poder porque se encontraba situado en el exterior del organismo. Aprovecharon luego e hicieron la circuncisión. Insisto en que me sorprende que no me duela. Existe un demasiado no dolor que me hace sospechar que mañana empezaré a sentir la falta de anestesia. Aunque me dicen que con el láser utilizado para la intervención, los efectos posteriores no son de la magnitud de antes.

He pensado, en estos días de convalecencia, en ir a visitar tu ciudad. En específico un pequeño departamento situado en Williamsburg.

Una vez que me fue asignado por los intelectuales del minarete, el mismo Chino me dijo que la única manera de apreciar los muñecos de las zonas altas era asistiendo a una de las famosas fiestas que el Marqués —personaje sumamente conocido en el mundo del espectáculo— solía ofrecer con regularidad. Era difícil acceder a una de esas celebraciones. Existía una complicada organización que llevaba a escondidas los datos de las reuniones, pues aunque parezca poco creíble esas fiestas eran itinerantes. El Marqués no contaba con una sede fija dónde llevarlas a cabo. Le dije al Chino que debíamos averiguar, a como diera lugar, el sitio donde se realizaría la de esa noche.

Mientras tanto, Sergio Pitol seguía conversando con el grupo de pensadores. Habíamos acudido al minarete muy temprano en la mañana —horario preferido por aquellos intelectuales para discutir— cargando en esta ocasión, como señalé, el equipaje con los libros. Interrumpí su conversación para decirle a Sergio Pitol que todo quedaba en manos del Chino, que debíamos esperar con paciencia —aparte de hacer las averiguaciones, el Chino tenía esa tarde como misión someter a tratamiento las uñas de unos filósofos hiperrealistas— su llamada para informarnos cómo se iba a presentar la noche. El Chino, como sabes, me había dicho que para conocer de verdad a esos muñecos era imprescindible ir primero a la fiesta del Marqués porque en cierto momento, casi al rayar la medianoche, se organizaban diferentes recorridos para visitar las figuras.

El Marqués sabía perfectamente qué emplazamientos tomar, en qué lugar se encontraba en ese momento cada una de ellas. Al principio llamó mi atención que las estuvieran cambiando todo el tiempo de posición. Cuando se lo conté, Sergio Pitol me explicó que seguramente era porque las figuras de las zonas altas no estaban registradas.

Hasta ahora sigo pensando en aquellos muñecos. En el futuro que posiblemente les aguarde. No creo que consigan nada. Su misión parece ser quedar allí, establecidos, estáticos, en distintos puntos de la bahía.

Algo parecido —una sensación de inmovilidad— me produce el libro que estoy leyendo. El *Tratado de la Unicidad*, de Ibn al-Arabi. Ese libro es terrible y se

convierte, además, él mismo en uno solo. Es decir, libro y autor se funden en una nada que al mismo tiempo se presenta como una totalidad. Todo no es más que lo mismo, parece querer transmitirnos. Si es que lo vas a leer acuérdate antes de la perra suicida.

Recuerdo bien que se trataba de una schnauzer negra, mucho más fina que aquella que entregamos con artimañas a tu amigo Falcón.

Sé que te encantaría conocer a mi perra cruzada con dingo, el perro salvaje de Australia. ¿Recuerdas aquel animal gigante, sin pelo, que iba detrás de un oriental decrépito? Creo que nunca podré olvidar una imagen semejante. El hombre se iba alejando seguido de su perro. Grande y manchado.

Estoy con una gripe fuerte. Parece hacer interferencia con los supuestos efectos secundarios de la medicina que experimento —muy cara, casi impagable—, que se cree voy a poder ahora sí soportar sin malestares mayores. Entonces el dilema de mi vida se plantea de la siguiente manera: ¿Cómo es posible, si uno está buscando en realidad un recodo amable dónde morir, que deba gastar de pronto mucho dinero para conseguir un medicamento que va a producir lo contrario?

Dejo todas las decisiones médicas en manos de mi socia de la escuela. Ella hace la transacción y yo me quedo con la idea de que no participo en el asunto. Hasta ahora la medicina, de la cual ya tomé cinco dosis, parece que

funciona sin secuelas notoriamente nocivas. Por ejemplo, no he sentido que me persigan en la calle. Tampoco le he dado vueltas a la idea de que la gente del banco tiene mi dirección y se la darán a los ladrones antes de que llegue a mi casa con el dinero sacado de la ventanilla.

Hoy ya los bronquios están mejor. Cancelé todas las citas salvo una cena.

Fue anoche cuando me regalaron la cámara de madera, pinhole, maravillosa, y ya tengo los contactos para que me revelen los rollos sin necesidad de ir a clásicos lugares comerciales.

La próxima semana hago mi equipaje y me voy por cerca de un mes a Oaxaca, a un estudio acondicionado según las normas de los grabados de san Jerónimo. Pienso acabar allí con el trabajo pendiente.

Decisiones: rompí mi relación con los editores de mis últimos libros. Desde ahora publicaré en México con la editorial Sexto Piso. En Argentina con Entropía o Eterna Cadencia y en Francia con la pequeña y concisa Passage du Nor Ouest y la consabida Gallimard. Deseo editores atentos a mi trabajo, que entiendan y aprecien sus movimientos. Nada con gente fea y usurera.

Te muestro una pulsión: quiero tener otro perro. ¿Será bueno? ¿Efecto secundario de la nueva medicina tal vez?

Me dieron un xoloitzcuintle hace unas semanas, que tenía la costumbre de orinar sólo en el edredón de la cama. Cuando la señora de la tintorería me vio aparecer por octava vez en su negocio advertí que algo no andaba del todo bien.

¿Cómo va todo contigo? ¿Pasaste bien el largo fin de semana?

He advertido que para los niños la figura del pirata es buena y mala a la vez. Es de esta manera, considerándome un personaje al mismo tiempo amable y feroz, como continúo viviendo en esta ciudad. Y este hecho, aunado a la sensación de saberme perdido en medio de una urbe hasta cierto punto desconocida es motivo suficiente para escogerla como lugar de trabajo.

No entiendo por qué me preguntas las razones por las que vivo aquí. Pero quiero decirte que, de manera cíclica, siento unos intensos ataques de pánico y angustia aparentemente inmotivados. He llegado a la conclusión de que son los estados necesarios para poder escribir. Parece que debo pasar por largas noches de insomnio imaginando las situaciones más funestas. Horas de vigilia y de sueño entrecortado mientras la vida continúa alrededor. Me he visto obligado más de una vez a buscar la mesa de escritura como único refugio capaz de hacer que la angustia disminuya.

Otras veces camino por calles anónimas atiborradas de personas. Tomo el transporte subterráneo sin saber si van a

funcionar los mecanismos que harán posible mi salida a la superficie. Sé que en el mismo instante de la angustia se desarrollan cientos de actividades a mi alrededor.

Resulta difícil considerar a la Ciudad de México como mi ciudad de nacimiento. No crecí en ella. Casi no guardo recuerdos. La abandoné cuando tenía pocos años y no volví sino hasta hace algún tiempo. La situación perfecta para sentirme partícipe y no de su vorágine. Para creer que soy un habitante y también un explorador. Descubriendo día a día una serie de costumbres, de senderos desconocidos, de sentirme a mí mismo como si estuviera rompiendo alguna regla al actuar como un ciudadano normal y corriente.

Una de las características de esta ciudad es que está diseñada a manera de una serie de poblados superpuestos. Cuando los temores aumentan y siento que el monstruo que me circunda es verdaderamente inabarcable, me basta caminar unos cuantos pasos para estar dentro del mercado que se ubica en la esquina de mi casa. O visitar el edificio en ruinas donde viven decenas de familias, lugar que me parece el más invisible dentro de la invisibilidad, quienes bautizan como “La Fiesta del Gran Vidrio” a la celebración anual que realizan para conseguir fondos con los cuales sostener el eterno litigio de desalojo en el que se encuentran atrapados.

Lo que no han conseguido es evitar que las ruinas de aquel resto de edificio —destruido por el terremoto que asoló la ciudad en 1985— sean aún más afantasmadas con la instalación de paneles de publicidad en los restos de su fachada.

Ahora, para dirigirse a alguno de los vecinos que viven allí dentro, hay que hablar directamente con el cartel que anuncia el producto que se supone capaz de disimular el desastre. Detrás de la oferta habrá siempre una voz humana, viva, que responde. Como un almacén de voces oculto entre la infinidad de colores que se erigen entre los avisos de publicidad que conforman la nueva fachada.

A veces decido caminar un poco más para encontrarme dentro de una de las estaciones de metro más concurridas. Voy directo al lugar donde un hombre ciego ha instalado, en un rincón de la propia estación, un puesto de masajes. Se trata de un local minúsculo cuya pared de vidrio, que se enfrenta a una parada utilizada diariamente por cerca de dos millones de personas, está sólo tapada con una cortina con fisuras. En aquel espacio apenas cabe el ciego y una mesa cubierta con una sábana que recuerda la cama de la mujer cosida a puñaladas y el hombre a su lado afirmando que sólo fueron *Unos cuantos piquetitos*, la pintura que realizó Frida Kahlo hace más de sesenta años.

El ciego, al sentir mi resquemor, me dice que no me preocupe, que las manchas que veo sobre las sábanas son producidas por el aceite con el que ha embadurnado ese día a los clientes anteriores. Que es curioso, prosigue, que algo tan bueno como los aceites produzca una sensación tan desagradable a la vista. Acuéstese, me ordena. El aceite es provechoso para todos, dice mientras comienza a frotarme el cuerpo. Me desnudo a menos de quince centímetros de miles de personas en constante movimiento. Me acomodo sobre la cama plagada de manchas, pero

antes le informo al ciego que no se vaya a alarmar al no sentir mi antebrazo derecho.

Me dedico a observar, a través de las fisuras, el infinito paso de las personas. Advierto también que el hombre es una suerte de líder de la legión de ciegos que, organizados por él, hacen que sus vidas enteras transcurran en el metro.

El bizarro masaje es interrumpido en forma constante por vendedores de discos, de dulces o de plumas, quienes deslizan las ganancias del día por debajo de la puerta. Mi masajista, quien me ha contado que ha aprendido este oficio para librarse de ser cantante de vagón y estar de este modo en un lugar de preferencia dentro de la pirámide de ciegos que viven debajo de la tierra, le da una solución a casi todos los pedidos. Algunas de sus respuestas son curiosas, como la que ofrece a alguien que anuncia que un grupo de guardias de seguridad está agrediendo a algunos vendedores. Recomienda entonces que los agredidos permitan que los sigan maltratando, que los golpeen sin piedad para llevar de ese modo una prueba más contundente a la Comisión de Derechos Humanos que suele ampararlos.

En esas ocasiones constato que no hay equivocación posible. Que a pesar de las tinieblas en que a veces parecen estar inmersas mis palabras, en sus aparentes faltas de sentido, se encuentra presente la realidad. Lo aprecio en las cientos de gentes que, lo quería ignorar, me estuvieron rodeando todo el tiempo. La palabra, los textos, no era cierto que se gestaran en medio de la soledad más

absoluta, como tú siempre has tratado de demostrar como una de las razones de la existencia de mi escritura.

En más de una ocasión me he imaginado escribiendo en alguna otra ciudad o bajo distintas circunstancias. Es más, lo he llevado a cabo. Recuerdo la desastrosa experiencia que viví cuando intenté recluirme en una cabaña apartada. No tardaron en aparecer una serie de síntomas físicos, entre otros un asma persistente, que me obligó a dejarla abandonada con todo lo escrito en su interior. Nunca me atreví a regresar. Durante mi experiencia en una serie de residencias de escritores o durante mi estadía interno en una escuela de cine, mi interés principal era buscar las formas para llegar lo más pronto posible a una zona lo suficientemente urbana que me permitiera cotejar con la realidad cotidiana los mundos hasta cierto punto insólitos que se reflejan en los textos. De esta manera, viviendo en medio de una de las sociedades más atiborradas, puedo darme cuenta de que mi trabajo de alguna forma busca hallar el punto no evidente que se presenta en cualquier conducta concreta. A pesar de las incomodidades de esta ciudad, de su supuesta inseguridad, de la engañosa amabilidad o la ética del horror con que suelen presentarse las situaciones. Pese a que muchas veces no puedo comunicarme de manera natural y fluida con los demás para resolver los asuntos más banales no creo que mi elección de trabajar en México sea equivocada. Ya tengo incluso preparado mi funeral y elegido el lugar de mi entierro.

Aunque parezca una desproporción geográfica, alrededor de mi cuerpo darán vueltas durante infinitas horas una serie de derviches giradores. Estaré envuelto

durante ese trance en una tela verde repleta de pétalos de flores frescas y tendré como despedida el canto jubiloso que acompaña las Bodas Místicas, que es como se conoce a la muerte dentro de mi orden.

La muerte la encontraré no sólo en esta ciudad sino en este país que he decidido hacer propio. A veces afirmo que soy mexicano por partida doble: por nacimiento y por elección.

Para que puedas darte una idea de este territorio en las circunstancias actuales imagina una carretera moderna, americana, provista de puentes y señalizaciones perfectas, sembrada de cuerpos muertos bajo la luz de la tarde.

Una de las características del territorio anónimo del horror —tanto del interno como del externo que vivo de manera habitual— es que no cuenta con una escenografía adecuada para que, al menos, se tenga la mínima sospecha de que de manera intempestiva se estará inmerso en una situación que va más allá de todo lo imaginable. Los engranajes sociales están construidos de manera tan sutil, tan delicada, que los quiebres insignificantes, sobre todo para quien los desconoce, desatan, de un momento a otro, una realidad contenida y llevada delante de esa manera durante siglos. En México no creo que exista más que una modernización aparente. El imaginario colectivo, a pesar del abuso de un desarrollo copiado mayormente de los suburbios norteamericanos, parece continuar intacto, no sólo entre las personas comunes y corrientes que circulan diariamente por las calles sino, sobre todo, por los que de alguna manera son considerados como muertos.

No he visto en ningún lugar del mundo que se cumpla como en México la suerte de maldición: vivirás para siempre, cueste lo que cueste. En mi casa, por ejemplo, ya se escucha nuevamente la presencia de don Agapito, que es la forma como hemos bautizado a un esqueleto que los obreros encontraron debajo del piso de la cocina cuando realizaban algunas reparaciones. “¿Qué hacemos con esto que acabamos de hallar?”, me dijo uno de los trabajadores mostrándome un cráneo. Añadió que el resto del cuerpo se encontraba casi completo. Imagino que lo lógico hubiera sido acudir donde alguna autoridad para reportar el hallazgo, pero mi respuesta fue la esperada por la cuadrilla de albañiles. “¿Cómo que qué hacemos? Vuélvanlo a enterrar”. Los obreros entonces dijeron que así lo harían, pero que al menos una parte fuera a dar a algún cementerio santificado. Fue curioso además constatar que a partir de aquel desentierro se comenzaran a escuchar unas voces como de coro de niños que atravesaban las paredes. Mi hijo Tadeo fue el único que mostró cierto miedo. No vive en esta ciudad, no está acostumbrado a convivir con la sutil línea de vida y muerte en la que los bordes quedan difusos. No está habituado a las largas esperas que solemos soportar en el transporte subterráneo cuando, cada vez con mayor frecuencia, algún pasajero se arroja a las vías del convoy.

El sábado pasado, regresando de la celebración de la Santa Muerte —un rito pagano celebrado en las partes más peligrosas de la ciudad, zona que decide declarar una suerte de armisticio con los foráneos durante el acontecimiento— no pude hacer el transbordo de líneas en el metro porque se corrió la voz de que en la estación siguiente había ocurrido un nuevo suicidio. Lo que llamó mi

atención fue que se tiene calculado incluso el tiempo que se toma recoger un cadáver en semejantes condiciones. A manera de chanza, una mujer a mi lado me dijo que a veces lo más difícil es hallar las orejas del difunto.

No creo que exista en ningún rito una imagen más aterradora que la de la Santa Muerte. Un esqueleto desprovisto por completo de los rasgos de humor negro que poseen las tradicionales calaveras con las que se celebra el Día de Muertos, vestido generalmente como novia, como princesa de cuento de hadas o sentada en la cátedra —el sillón— donde acostumbra apoltronarse el Papa. Dentro suyo convoca un sincretismo que va desde lo precolombino hasta las actuales leyes de mercado. “Te doy para que me des” puede ser una de sus premisas cuando alguien decide arrojarse encima la responsabilidad de pertenecer en lo que se está involucrando. “Es como una mujer bellísima y celosa”, dicen algunos. “Si le ofreces todo lo que pide te brindará sin recato sus encantos. Pero el día en que le falles, que te encuentre con otra —en este caso rezando a otro culto—, su fiereza logrará destruir de la manera más cruel no sólo al fiel sino a las personas que lo circundan.” Es de este modo como se justifican muchas de las atrocidades que suceden con frecuencia. Las cabezas, torsos, cadáveres por docenas encontrados todos los días. “Seguro que no le cumplió a la patrona.” No le mató los animales que le exigía, no asaltó de la debida manera a los clientes del taxi del devoto, no la vengó como ella se lo merecía. Es curioso cómo, en un territorio que da la apariencia de volverse cada vez más caótico, el rito de la Santa Muerte se va convirtiendo en algo cotidiano.

No me parece que se trate de una invención nueva, aunque sí ha adquirido algunas variantes dignas de la cultura global, como la Santa Muerte versión la muñeca Barbie. Lo que sucede es que vivimos en la ciudad viva más antigua de América. La mayoría de la gente que la habita proviene directamente de la época en que el Dios Huitzilopochtli exigía cientos de sacrificios humanos —sangre y corazones— de manera constante. A pocos metros se encontraba la Señora Tlaltecuhtli, quien devoraba cadáveres uno tras otro con la intención de hacerlos renacer, para que la vida siga sus ciclos naturales. Lo curioso, y aquí sí creo que se hace evidente la influencia del cristianismo, es que estos Señores de la Muerte que dominaban la cultura del Imperio azteca no muestran un aspecto grotesco o aterrador sino, todo lo contrario, dan la sensación de tratarse de unos seres bonachones con los brazos abiertos dispuestos a acoger a sus víctimas —no sé si sea la palabra correcta— con la intención de brindarles un futuro mejor.

Precisamente ahora suena en la cocina el canto de los niños a través de las paredes. Ha vuelto a sonar desde el último Día de Muertos o desde mi primera visita a la ceremonia central de la Santa Muerte. Después de que mi hijo Tadeo cumplió el ritual de llevar parte de la tierra del difunto a la tumba de la madre de la sheika de la comunidad que frecuentamos —no contamos con familiares muertos en esta ciudad— el canto de don Agapito dejó de sonar. Espero que mi visita al ritual de la Santa Muerte, con el accidente en el subterráneo incluido, haya logrado una suerte de reconciliación. Cada hora se escucha el canto. De noche y de día. A veces lo pienso como una suerte de peaje que debo pagar por vivir en una ciudad

semejante, que poco a poco va hundiendo en el agua del lago el legado español para sacar a relucir los orígenes milenarios.

Parece que hay una galerista en Los Ángeles que está interesada en mis fotos. Se trata de la Rose Gallery, la que tengo la impresión me ha propuesto publicar un libro con mis fotos curado por un experto en el tema: Alexis Fabry.

Te cuento además que obtuve una beca para escribir durante los próximos tres años. Tiempo que debo dedicar sólo a trabajar en mis asuntos y durante el cual puedo vivir en la ciudad del mundo que desee.

Aceptaron también la publicación de *Salón de belleza* en la editorial City Lights. Creo que todo eso está bien para que ocurra dentro de una misma semana.

La vida fluye, ahora soy un caminador, real, acompañado de mis perros, y la vida regresa en fragmentos, muchas veces a través de las imágenes que voy captando con mi cámara, cargada la mayoría de las ocasiones de algunos muertos y sus tiempos paralelos.

Toda la unidad se hace visible en forma cada vez más asidua. La mujer que visito con frecuencia para que intente poner en orden mi pasado pasa en cada sesión cerca de tres horas ordenando mis genealogías utilizando varios muñecos de Playmobil para representar a cada miembro de mi estirpe.

Suelen aparecer entonces migraciones penosas, guerras sangrientas, la escena —como señalé— de la pariente apuñalada por el marido enloquecido. Mañana tengo, después de tanto tiempo de visitarla, la sesión definitiva. Es decir, la junta donde participan ya no los muñecos sino personas de verdad, quienes harán el rol de los diferentes parientes, la mayoría de ellos olvidados en el tiempo.

Hoy acudiré como invitado a un programa de televisión donde voy a sugerir que le entreguen los programas a los ciudadanos.

Hace unos días llegó a la ciudad el curador designado para hacer el libro de la Rose Gallery. Me divirtió ver cómo las fotos que le fui mostrando le parecieron espantosas. Se le hicieron alambicadas, manieristas. Él mismo publicó hace unos años algunas de mis imágenes, tomadas con una cámara digital, en un libro que editó en París. Ahora me conminó a retomar mi trabajo anterior. A utilizar ese tipo de cámara. A mí no me interesa hacerlo. Precisamente los errores que iba mencionando mientras miraba las copias eran los efectos que yo buscaba conseguir. No es lo mismo, porque no pretendo convertirme en un fotógrafo, pero esos comentarios eran parecidos a los que escuché cuando comencé a publicar mis primeros textos.

Creo que mi pretensión con las fotos es tener únicamente un registro que, de alguna manera, sirva como un esqueleto visible de la escritura. Cuando hace años oí los primeros comentarios acerca de mis textos noté que

justamente lo que yo deseaba que ocurriera era lo equivocado. Aprendí entonces que a medida que el tiempo vaya pasando, las acciones que uno realice se van acomodando a la lógica del gesto que se pretende dejar fijado.

Me piden que realice una performance en Buenos Aires para clausurar el Congreso de Literatura al que he sido invitado. Estoy algo cansado de ese tipo de ejercicio. ¿Qué te parece si realizo algo simple que consista en leer el texto “Muñecos colocados frente al mar”, y pasar entre el público fotocopias de las imágenes que tomé recientemente en La Habana? Mira cómo lo imagino: espero sentado que se llene el salón, que alguien en la puerta cuente el número de asistentes. Antes de comenzar a leer reúno igual número de fotocopias que de público, las imprimo —llevo conmigo un sello con mi nombre—, las numero y hago que las repartan. Cuando todos tengan su copia de las fotos de los muñecos con mi nombre estampado, comienzo la lectura.

Te cuento que el libro que estoy escribiendo actualmente muestra una construcción delicada. Ahora, como te informé, realizo varias cosas a la vez para lograr tener tiempo libre por delante. Sin embargo, los asuntos no terminan de arreglarse del todo. Para este año debo tener listos varios libros, incluido éste de la mendicidad, y después podré programar algunos viajes más tranquilos.

En noviembre no voy a poder estar presente en la Semana de Autor dedicada a Sergio Pitol en La Habana. No sé cómo decírselo.

La perrita proscrita —la que se llama Chispas o Señorita Coralí: una terrier que recogí en Oaxaca de la que te he contado muy poco y que ahora ha desarrollado un carácter que no se aviene conmigo— parece que presiente su futuro desalojo. Una familia vendrá por ella el sábado. Por teléfono se oyen entusiasmados con la entrega. Me da gusto escuchar que cada elemento de carácter que yo considero como un defecto ellos lo toman como virtud. En realidad, la perrita se porta bien. Aprendió, por ejemplo, a ser limpia, pero sólo imaginarme como Poncito, nuestro amigo que habitaba solo en una casa preciosa rodeado de perros de la calle, me produce una fuerte angustia.

Olvidé decirte que Adriana, mi vecina durante los años en que viví en La Habana, tenía como diez canes y habitaba un departamento en el piso más alto de un edificio que no contaba con agua potable.

Eso me hace recordar la época en que tenías un pretendiente en aquella ciudad. El joven aquel que vivía en el departamento de enfrente y te visitaba hasta una hora respetable de la noche. Yo lo llegué a conocer. Eso ocurrió cuando este personaje ya había dejado de cortejarte. En aquella ocasión —me lo crucé cierta vez en que te fui a visitar— me contó, no sé bien por qué motivo, que después de sus visitas galantes subía unos pisos más para llegar hasta el departamento de un conocido suyo —un señor mayor— que vivía casi al final de las escaleras. Añadió que lo visitaba en las noches porque era un caballero ameno. En ocasiones llevaba a aquel departamento a algunos compañeros. El señor casi siempre abría algunas latas de

carne soviética para ellos, las que acostumbraba acompañar con galletas caseras. Siempre tenía además algo de licor.

Lo que quizá deseaba contarme realmente tu vecino era sobre la vez en que aquel señor se emocionó más de la cuenta con uno de los muchachos presentes en la velada y en plena acción sexual cayó fulminado. Me comenzó a describir lo difícil que empezó a ser apartar al amigo del amable señor. Parece que el rigor mortis le llegó demasiado pronto. Por más que trataron no pudieron despegarlos. El amigo comenzó a aterrarse cada vez más con la situación, con la presencia íntima de aquel cuerpo frío del cual no podía separarse. Sentía que a cada minuto los músculos del señor fallecido se iban apretando cada vez más.

El joven comenzó a emitir gemidos de dolor y empezó a rezarle a la Virgen de la Caridad del Cobre con la intención de jurarle que nunca volvería a cometer un pecado semejante. No lo haría ni siquiera por una botella de ron. En su plegaria imploraba que le devolvieran su órgano y que no se lo llevara el elegante señor en su camino al más allá. Con la intención de que en tu departamento no se oyeran los lamentos, le taparon la boca al joven con un trapo y envolvieron ambos cuerpos —el del señor del altillo y el del joven, uno muerto y el otro todavía con vida— en una gran sábana que amarraron con unas cuerdas. De esa forma bajaron el bulto por la escalera del edificio y lo condujeron por la calle de Ánimas. Con el atado sobre los hombros saludaron a algunos de los vecinos que preguntaron por aquella sábana que hacía movimientos convulsivos. Los muchachos que aquella noche se habían reunido donde el señor del altillo contestaron que

transportaban un par de puercos que los ayudaría a soportar el periodo especial por el cual el gobierno los hacía pasar de vez en cuando.

Sin ser advertidos por nadie dejaron abandonados los cuerpos en los jardines del hospital Hermanos Almejeiras —situado al final de la calle de Ánimas—. El vecino me dijo que nunca más supo sobre la suerte que corrieron aquellos extraños amantes. Algunas semanas después las autoridades cerraron para siempre el departamento del elegante señor. Un suceso curioso: segundos antes de que el señor del altillo sufriera el ataque —en pleno goce además— gritó como últimas palabras que una perra negra se iba a suicidar próximamente tirándose al vacío desde su ventana.

En efecto, no puedes negar que viste caer a esa perra negra cierta tarde de otoño varios años después. Miraste pasar el cuerpo del animal por tu ventana, en caída libre, cuando el departamento del altillo ya era ocupado por otra persona.

Leo sobre los amigos muertos que me mencionas y comprendo que no debo olvidar los preparativos que, hasta hace poco, elaboraba para resolver mi propia muerte. Los había dejado de lado durante estos meses porque se me permitió permanecer un tiempo sin medicamentos. No experimentar los efectos secundarios me devolvió las ganas de seguir con vida. Ya lo tenía casi todo listo. Profesar el Islam me impide ser incinerado. Me da satisfacción apreciar desde ahora ciertos detalles de la ceremonia final. Un ritual alejado lo más posible de los artificios

contemporáneos creados para el tratamiento cotidiano de los difuntos. Deseo un sepelio apegado a la tradición. Como te comenté, con derviches girando alrededor de la madera burda de un ataúd envuelto con varios metros de paño verde y cubierto con un sinnúmero de capas de pétalos de flores.

Ahora que retomo la planificación de estos preparativos recuerdo que la última visita a Nueva York estuvo pensada como una suerte de final de recorrido. Creo que la nueva fórmula para lograr mi aislamiento será preparar un viaje imaginario, anunciarlo y quedarme encerrado en mi casa.

Me agradan las fotos que he tomado esta semana. Principalmente porque muchas veces he debido levantarme a las tres de la mañana para realizarlas, acción que la escritura ya casi no logra propiciar. También porque creo que formo parte de la Rose Gallery, que me pareció entender sugirió preparar un libro con mis imágenes para ser publicado este año.

En dos semanas más llega el curador para armar el discurso necesario para la edición. Graciela Iturbide me suele ayudar. Mi equipo de trabajo consiste en una cámara de plástico y en una de madera balsa con un hueco de alfiler en lugar de lente. También cuento con un trípode de tres centímetros de altura.

Ya está confirmado que me van a publicar en City Lights el libro *Salón de belleza*. Se comprometieron con mis agentes a hacer una buena labor de publicidad. New Directions también intentó publicar ese libro, pero ya estaba comprometido. Una lástima, principalmente porque

para New Directions me iba a traducir Christopher van Ginhoven, quien previamente había enviado fragmentos de una magnífica traducción a esa editorial.

Creo que no obtuve la beca a la que me he postulado, la que me permitirá escribir sin preocupaciones económicas durante los tres próximos años. Aunque en verdad no estoy seguro de haberla conseguido sé que los jurados ya tomaron la decisión. Uno de ellos, con quien me crucé de manera casual, me trató en forma algo esquiva. No sé si se trató de una percepción real o si los medicamentos me ponen en un estado de borde anímico, como le suelo llamar.

Espero no caer, por este motivo, en las crisis de desesperación que me causa la falta de dinero. Eso creo que lo tengo heredado de mi padre. Aquel hombre que sufre de una angustia constante no por el dinero en sí, que nunca tuvo, sino por su ausencia. Pero no se trata de un malestar producido por una simple falta de dinero, sino que actúa como si lo tuviera pero estuviera impedido de gastarlo. Como si debiera preservarlo por encima de cualquier circunstancia. Siempre advertí que ese ejercicio era precisamente el que iba a hacer imposible que lo obtuviera en algún momento.

¿Será que yo realizo una operación semejante, pero no con respecto al dinero sino con mis relaciones personales?

La presencia constante del no-amor como tributo al no-dinero de mi padre.

Es posible que Tadeo venga en octubre. La Escuela Dinámica de Escritores avanza muy bien.

Realicé la culminación de mi ejercicio místico familiar —aquel que durante algún tiempo llevé a cabo con la terapeuta que trabaja con muñecos de Playmobil— con personas aparentemente serias.

Como lo sabes, no puedo escribir en este momento y tengo muchas cosas por entregar. Las fotos ocupan casi todo el espacio. Como que sellan la escritura. Terminan de decir lo que la escritura planteó y está imposibilitada, por su carácter mismo de abstracción, de concluir. Le es difícil, por ejemplo, mostrar de un solo golpe lo simultáneo en el tiempo y en el espacio. La relación entre lo vivo y lo muerto. La convivencia de lo falso con lo verdadero.

Mi perra Chispas es estupenda. Perezvón, el perro dostoievskiano, está muy bien. Quiero ir hoy al parque para pensar en la posibilidad de plantearme algún nuevo proyecto. Me gustaría fotografiar junto a sus amos a los perros que andan por allí. Grabar luego la voz del dueño hablando del animal y después publicar la imagen junto al texto.

Lo que me cuentas del desfile con las “mascaypachas” danzando en Broadway es difícil de creer. No puedo imaginar la representación de un Imperio incaico gay en plena ciudad de Nueva York. Intuyo que la imaginería representada surgió de las láminas Navarrete, tan populares para hacer las tareas en las escuelas de Perú.

Yo fui un momento al desfile que se hizo aquí, en una de las avenidas principales. Aparecieron de pronto unas geishas viejas y gordas que posaron para mí frente a la catedral. La foto resultante es borrosa, con el barrido característico de algunas de mis imágenes —el truco barato, como lo califica el curador que llegó de París y rechazó mis nuevas fotos—. Esa suerte de efecto hace que no aparezcan en esas fotos más que la presencia del aura de esas mujeres-hombre aparentemente japonesas. La imagen salió ahora en la revista *Letras Libres* junto a un texto supuestamente autobiográfico. Dice en el pie de foto que ambas figuras son unas parientes resucitadas que salen de sus tumbas para apreciar algunos cambios experimentados en mi físico. Sobre todo en mi cuello que, según las muertas, se ha ensanchado con el tiempo. Dentro de un rato salgo a buscar el ejemplar de la revista, deseo ver cómo quedó diagramado el texto con la imagen. Como te conté, no quiero que ninguno sea independiente del otro. Debajo de esa foto debe decir: “Tías que vinieron del más allá para comprobar el grosor de mi cuello”.

No entiendo por qué, pero cada día escribo más barbaridades sobre mi familia. Ya ni siquiera sé si las cosas narradas son ciertas o no. Sin embargo, veo de vez en cuando a mi abuela llevando un látigo para castigar a la empleada de la casa. Aparece también con frecuencia la figura de mi madre cortándole la trenza a su sirvienta, recién llegada de algún pueblo de los Andes, para hacerse una peluca de cabello natural. Suelo apreciar también a mi padre contratando a un portero para que trabaje veinticuatro horas diarias, siete días a la semana. Veo cómo le otorga una silla para que aquel mueble sea a partir de

ese instante su única vivienda. A veces miro cómo le ofrecen, mi madre y mi padre, los domingos especialmente, un vaso de Coca-cola mezclada con un poco de agua. Describir estos pasajes me causa una suerte de risa sórdida.

Lo de City Lights ya es una cosa hecha. Han realizado la traducción y piensan en el formato del libro. Pero ayer vi a Frank Goldman, que es amigo de Barbara, la directora de New Directions, quien me dijo que era posible hacer el intento de publicar otro libro en esa editorial que no sea *Salón de belleza*.

Le pedí a Alejandro Gómez de Tuddo que me mandara una foto leyendo, que es la norma de imagen de autor en la editorial Entropía —quien está a punto de publicar los textos secretos donados por mi analista de Perú—, y mira lo que me envió… ¿Un poco fuerte, no crees? ¿Qué opinas? ¿La dejamos?

Voy a dormir dopado. Tomaré una dosis de Rivotril mayor a la acostumbrada. Anoche la pasé en vela. El texto sobre la Explanada Interior del Gran Tono que acabas de leer lo escribí hace algunos años, por encargo. No me gusta del todo. Ahora lo reanimé porque me piden en una revista que escriba sobre el centro de la Ciudad de México.

Como lo sabes comienza afirmando que en la parte trasera del lugar donde habito existen restos de lo que fue una antigua fábrica. Me parece que la casa que poseo corresponde a un conjunto de viviendas que se

construyeron para los empleados de ese entonces. Pero según me he enterado, en el lugar donde después hicieron la fábrica existió antes una escuela de música. La escuela más importante del país. Nadie sabe por qué, de pronto, dejó de funcionar en ese lugar y pasó a convertirse en una fábrica de cigarros.

Desde un principio esa escuela fue bautizada, extrañamente, como Antigua Escuela de Música. El nombre tal vez provenga de otra escuela anterior y por eso la palabra “antigua” en el título. Actualmente, en las instalaciones de ese lugar, que pasó a ser después, como dije, una fábrica, funciona una pequeña institución cultural, a la que denominan la Explanada Interior. Ahora se encuentra en decadencia. Casi nunca se realiza allí actividad alguna. Se utiliza más bien como auditorio cuando se convoca una junta de vecinos o cuando a fin de año se celebra alguna de las fiestas propias de esas fechas. Consta de un terraplén al descubierto y de dos naves con piso de cemento. Es muy parecida, tiene algo que ver, con aquel edificio que visitamos cierta tarde, cuando quisimos ver una película de Tsai Ming Lai que todavía no había sido estrenada.

Creo que la película en ese tiempo ni siquiera estaba terminada de montar y, ahora que lo pienso, no creo que nos hubiésemos equivocado al suponer que el hombre vestido de negro, con un pulóver de cuello alto, era el mismo Tsai Ming Lai.

Según logré descubrir —como sabes, desde que vivo en este conjunto habitacional he comenzado a interesarme en

algunas cosas del pasado— en el plan establecido en esa escuela de música nunca se trabajó con programas propios de cualquier institución tradicional. Tú mejor que nadie eres consciente de que no sé absolutamente nada de música. Todo lo que te voy a informar a continuación me lo contó Jorge Torres Sáenz, quien muy pronto te va a ir a visitar llevando de mi parte el ejemplar recién aparecido del *Tratado sobre Frida Kahlo*.

En esa escuela se buscó, por el contrario, colocar el aspecto experimental —qué palabra tan vacía de significado— por encima de cualquier otra consideración. Se trató la música como si fuera una ciencia y no un arte. Revisando los viejos planes de estudio —Jorge Torres Sáenz me los enseñó—, es sorprendente apreciar las uniones y disfunciones que tanto maestros como estudiantes hallaron entre las notas musicales, la física, la astrología y las matemáticas. No dejan de ser extrañas las razones por las que en un lugar con las características de la Antigua Escuela de Música se haya producido un encuentro de esa naturaleza. Quizá ese misterio sea otra de las razones por las que elegí, intuitivamente, las ruinas de ese espacio como mi lugar de vivienda y de trabajo.

Según Jorge Torres Sáenz, en un artículo que publicó en la revista *Pauta*, existen varias interpretaciones para que la currícula en la escuela haya sido planteada de esa manera. Una de ellas vincula ese espíritu con el afán que puso Sor Juana Inés de la Cruz en los estudios de astronomía que realizó en el convento donde pasó recluida buena parte de su vida. Parece que al situarse fuera de un centro mundial, de un lugar tradicionalmente reconocido como generador de ideas occidentales, tanto la Antigua Escuela de Música

como el Convento de San Jerónimo pudieron llevar a cabo de una manera libre, y hasta cierto punto irresponsable, cierta emanación de presupuestos nunca antes expresados en ninguna región del mundo.

Nadie, ni siquiera el mismo Jorge Torres Sáenz, conoce los motivos por los que a pesar de hallarse en muchos de estos descubrimientos argumentos lo suficientemente sólidos como para cuestionar una serie de nociones musicales universalmente aceptadas, jamás se les ha dado una propaganda mayor. Pareciera como si desde el principio de las investigaciones se hubiera buscado ocultarlas por todos los medios. Posiblemente este celo las condenó al olvido posterior.

Sabes que actualmente cuento con dos perros: Perezvón y Abelardo. Ambos tuvieron en su momento un entrenador profesional, y es quien les brinda hospedaje cada vez que tengo que realizar algún viaje. Casualmente este entrenador se desempeñó durante algún tiempo como celador de la Explanada Interior, el actual decadente centro de cultura ubicado detrás del recinto donde se ubica mi casa. Me contó la otra vez —mientras me devolvía a Perezvón y a Abelardo después de uno de mis viajes— que cuando trabajó en ese lugar sentía en las noches unos ruidos extraños. Oía de pronto un sonido monocorde acompañado de una especie de ladrido de perros. No me dejó de parecer curioso, mientras me lo iba contando, que precisamente alguien que después se dedicó a amaestrar y dar hospedaje a decenas de canes escuchara justamente ladridos en las noches.

Tú debes tener una respuesta a semejante misterio.

Ese fenómeno, el de los ladridos, solía presentarse principalmente durante los cambios de temporada. Cuando la circulación de agua en las alcantarillas suele presentar variaciones constantes. El fenómeno lo percibo actualmente de manera evidente. Mi casa cuenta con sótanos y siento cómo el ruido de las cañerías es distinto a medida que el año va avanzando. En un principio el entrenador pensó que podía tratarse de un asunto paranormal. Como cuando veo en las noches tu silueta apareciendo en la sala de baile donde acostumbras ensayar. O las veces en que, a pocos metros de mi mesa de trabajo, percibo a los vivos y a los muertos comiendo de un mismo plato de arroz.

El entrenador —hoy un hombre relativamente anciano— fue en esa época a buscar consejo con los chamanes que suelen apostarse en el Zócalo de la Ciudad de México. Como no encontró ninguna respuesta que le pareciera aceptable tuvo que acostumbrarse a convivir con los sonidos. Cuando se jubiló decidió dedicar su tiempo a una antigua afición, que nunca antes había podido poner en práctica: el entrenamiento y cuidado de perros. En oposición a la creencia de aquel entrenador, quien me dijo que se trataba de un hecho paranormal, actualmente se cree que aquellos ruidos son producto de un olvidado experimento realizado en una de las primeras cátedras impartidas en la Antigua Escuela de Música. La manera de descubrirlo ocurrió cuando Jorge Torres Sáenz, buscando información para su artículo para la revista *Pauta*, recurrió, con el fin de resolver ciertos problemas de orden canino —cuenta con un weimaraner sumamente torpe— a los

servicios de mi entrenador. Quería lograr que su perro no siguiera comiéndose los manuscritos en los que acostumbra verter sus investigaciones musicales.

De manera casual el entrenador, luego de observar por unos momentos la conducta del perro —quien mostraba predilección por morder una serie particular de partituras —, le informó de los sonidos nocturnos que escuchó cuando trabajaba de guardián en el centro la Explanada Mayor. Le dijo que parecían provenir del centro de la tierra. No conozco qué curso pudo tomar en ese momento la conversación entre ambos, pronto verás que Jorge Torres Sáenz suele mostrar a veces un carácter reservado, pero sé que en determinado punto el entrenador le dio un dato más: que los sonidos cesaron luego de la remodelación de una olvidada bodega. Señaló que encontraron allí una herrumbrosa tina de metal, instalada al revés, y colocada en un punto donde curiosamente no existía sistema de agua ni drenaje. La conversación terminó cuando el entrenador rechazó de tajo hacerse cargo del perro de Jorge Torres Sáenz —le dijo que su comportamiento le parecía incorregible— y cuando le informó, al mismo tiempo, que ciertas noches extrañaba los ladridos nocturnos.

Ya te lo contará el propio Jorge Torres Sáenz en persona, pero una de las cosas que más curiosidad le produjo fue la mención de aquella vieja tina cuyo cambio de lugar dio como resultado el silenciamiento. Por ese motivo visitó, poco tiempo después, la bodega remodelada de la que le habló el entrenador. En un principio no halló nada fuera de lo común. La antigua bodega estaba siendo en ese momento transformada nuevamente. Se pretendía

adaptarla para que sirviera de comedor a los dos o tres empleados con los que aún cuenta la Explanada Interior.

Jorge Torres Sáenz habló con los albañiles que llevaban a cabo los trabajos. Les preguntó si habían notado algo fuera de lo normal. Sólo el ayudante del cementero le dijo que en cierto punto de la sala el material no llegaba nunca a endurecer, razón por la cual se tuvo que fabricar un falso piso que recubrieron con ladrillos. Esa zona era, lo expresó el ayudante, lo que se llama un hueco imposible de rellenar. Una suerte de vacío insondable.

En ese momento, afligido quizá por el rechazo que su weimaraner acababa de sufrir, Jorge Torres Sáenz no quiso continuar relatándome los descubrimientos a los que lo llevaron sus pesquisas en la Antigua Escuela de Música. Dijo que me los revelaría más adelante, que lo publicado en la revista *Pauta* era sólo un primer acercamiento. Creo que como una forma de salvar la situación —se le veía realmente afligido por el hecho de que se considerase a su perro como un caso perdido— me preguntó sobre asuntos editoriales.

No quise contradecirlo. Entendí que hablar del entrenador no era algo agradable en ese momento para él. Le dije entonces que el día anterior había mantenido una reunión de trabajo con los miembros de la editorial Sexto Piso, quienes posiblemente serán los encargados de ésta y de mis demás obras. No te lo había informado antes, pero me interesa la idea de que se hagan libros-fantasma.

Pienso como libros-fantasma aquellos que aparecen en forma paralela a la edición original. Bastante simples. Sin tapas, engrapados, en cuya portada contengan sólo la información del libro original como una manera de vincular las dos instancias: la del libro publicado y la de su presencia inmaterial. Sería la primera editorial, creo, que en lugar de aprisionar la información, convirtiéndola en un coto cerrado, serviría como verdadero vehículo de aceleración y distribución real de las ideas.

Basta que alguien solicite un ejemplar de libro-fantasma para que le sea entregado. A partir de este ejemplo lo que parezco buscar es que nunca más vuelva a darse la situación por la que hemos pasado todos en algún momento: de no poder tener acceso a determinada información por falta de dinero. Se tendrá que ser cuidadoso con la distribución de los libros-fantasma. En ningún momento se puede pensar que se trata de ejemplares gratuitos, hay que solicitarlos, hecho que anula su gratuidad. Como tampoco será libre la entrada a las discusiones que pueda generar el libro. Te pido entonces ahora un consejo. ¿Cómo hacer con aquel que por falta de dinero solicitó un libro y quiere participar en alguna mesa de discusión?

Claro, el dinero no tiene por qué ser el único medio de intercambio.

Alguien me dijo que la aparición de los libros-fantasma le parecía sospechosa. Que podía ser tomada como un ahorro de la editorial con respecto a los ejemplares destinados a promoción.

Perfecto, si alguien piensa eso es un reflejo de lo podrida que se presenta la imagen del ámbito editorial.

La otra vez parece que me expresé mal. No voy a entregar a mi perra, a la Chispitas, así nomás a nadie. Chispas es, como te informé, la terrier que recogí en Oaxaca. Lo que sucede es que son ya demasiados perros en mi casa. Tengo al principal, Perezvón, que me acompaña casi las veinticuatro horas del día. Y ahora hay dos pequeñas —la terrier y la cruzada con el perro salvaje— que parece no pueden convivir juntas. Una de ellas, la que pienso conservar, es como Perezvón: un animal de trabajo. La otra no parece estar dispuesta, como los otros dos, a establecer un sistema de convivencia como el que me interesa. Ya me ha sucedido en otras ocasiones, que me lleno de perros en momentos de cambio psicológico, sin embargo al final logro recuperar mi equilibrio quedándome sólo con uno o dos. Únicamente después de un estado semejante recomienza la escritura.

A la Señorita Coralí, o Chispas —ambos nombres son válidos— la voy a entregar a un establo donde aprecian ese tipo de personalidad canina.

No creo que los problemas con el aire acondicionado de tu casa tengan que ver con la foto de la mortaja que te envié. Recuerda que tu aire se descomponía desde antes de que te mandara semejante obsequio.

Estoy escribiendo un libro que me gusta, pero es delicado llevarlo a cabo. Puede resultar quizás algo

interesante, pero lo más seguro es que carezca del menor atractivo. Será, como su nombre lo indica, un simple tratado de la mendicidad en la que caigo todos los días al pretender mostrarme ante los demás como no soy.

He pedido que me envíen escaneadas las fotos de los muñecos del malecón que tomé delante tuyo. Te las mando apenas las tenga listas para que veas cómo cambia la lectura que se puede hacer del texto teniendo los muñecos enfrente.

Espero en mi casa, mientras tanto, a unos periodistas. Vendrán con un fotógrafo.

Las pastillas que debo tomar diariamente ya van siendo amaestradas, pero igual me desespera que las teclas de mi computadora medio nueva se encuentren casi todas estrelladas. En realidad, lo que me molesta es haber estado haciendo toda la mañana el *Tratado sobre Frida Kahlo*. Es un libro falso. Aunque, de vez en cuando, introduzca en la narración mis propios asuntos. Lo siento deshonesto principalmente porque no viene de la nada ni va a la nada, pero a una nada ajena y no propia, eso es lo peor.

Tadeo es un niño preocupado por el lenguaje y sus normas. Le desespera, por ejemplo, que Edith Piaf no pueda ser traducida en su verdadera dimensión. Que no se pueda reproducir ese estar contento con su no arrepentimiento.

Ha planeado vivir conmigo cuando cumpla trece años. Por lo pronto viene en octubre. Lo iba a ver ahora en mayo en París, pero los médicos me recomendaron quedarme en casa hasta que se resuelva mi situación. Estuve con él en Lima hace algunas semanas. Me acompañó a la inauguración del Museo Travesti del Perú.

Mi hijo vive en Sète, frente al cementerio marino descrito por Paul Valéry. Cerca de su casa sale un barco con destino a Tánger, que espero tomemos él y yo en una fecha cercana.

Esta madrugada llega la amiga que vive en los Andes. Creo que el viernes partimos para Oaxaca. Por lo que puedes apreciar me arrepentí con respecto a mi decisión inicial.

Acabo de advertir que tengo señalada en mi agenda para los próximos días una conferencia sobre televisión. Debo reflexionar en público acerca de una emisora cultural. Eso me va a obligar a volver de Oaxaca antes de tiempo.

Hace unos momentos llamé a unos amigos que tienen cachorros jack russell a disposición. Hubiera preferido una border collie inteligente, aunque quizá sea mejor tener dos razas distintas.

Esta noche tengo cita con los egresados de la escuela. Nos reunimos para discutir los trabajos de cada uno de ellos. A veces hablamos de otros asuntos. No queremos hacer taller. Nos basta con saber que todos han leído determinado texto y cuál es la sensación que nos produce. De qué manera este acompañamiento puede influir en las narraciones que se presentan.

Debo llamar también al experto en cámaras estenopeicas para que dicte un curso en la Escuela Dinámica de Escritores.

Tengo que prepararme para la visitante de los Andes. Como sabes, quiere visitar el primer poblado en el que se instaló con su marido ahora muerto.

Hace un momento salí a la calle y advertí que el espejo de mi auto había sido robado. El auto se encontraba estacionado precisamente delante de una tienda que vende espejos para automóviles. Ya lo repuse.

Nada que contar, salvo que me aburre redactar el *Tratado sobre Frida Kahlo*. Sobre todo cuando veo que, comparadas con la opacidad de las palabras, las fotos son más reales y transparentes.

Me parece que ya me encuentro recuperado. Acabo de darme cuenta de que el fenómeno del *doppelgaingerstein* está presente en buena parte de mi vida. Conseguí entonces que esa imagen en el espejo, que invento cada cierto tiempo, principalmente cuando se me presentan personas que considero inalcanzables, tenga vida propia y no se limite a cumplir al pie de la letra con mis no requerimientos —necesidades en negativo suena más preciso— sino que tome sus propias iniciativas. Tengo la esperanza de que si esto sucede, la imagen fantasmal terminará hecha pedazos.

Espero que la operación se realice sin sufrimiento, con alegría y paz interna, aunque suene trillado mencionar estos elementos.

Ya los medicamentos sumamente caros me empiezan a dejar de perturbar.

Dudo de ir a Oaxaca, aunque el médico bueno —no el otro— me pide que tome el viaje como una suerte de vacación. Asegura que un viaje semejante me ayudará a volver a estar en los niveles físicos correctos.

La fotografía ya es una fiebre. Llevo al estudio de revelado de cinco a seis rollos diarios.

Algunos diseñadores de libros y revistas han comenzado a armar bosquejos con las imágenes. La cámara estenopeica hecha a mano, totalmente decorada a la usanza pop, toma unas fotos extrañas, como enmarcadas en su propio tiempo y espacio. Lo que hace de lente en esa cámara, como te conté, es el pinchazo de un alfiler en papel platina. En la mayoría de las fotos conseguidas con esa técnica se ve retratado algo así como el infinito.

Me encantaría que se publicara un libro sólo de imágenes. Ya me lo ha propuesto Alejandro Gómez de Tuddo y también Alexis Fabry, el editor francés de los libros de autor con quien he publicado textos junto a los fotógrafos Jean Marc Bustamante y Andrés Serrano.

No sé si viaje a Oaxaca. De emprender la travesía llevaría el trabajo sin hacer, acumulado durante tantos meses, con la esperanza de acabarlo allá.

Transportaría principalmente el manuscrito del *Tratado sobre Frida Kahlo*.

Posiblemente, el estudiante de Princeton pase cerca de tu casa por unas horas. Sería bueno que lo conocieras. Me parece que el famoso espejo roto está representado en su persona. Es un gran trasnochador. Es capaz de pasar jornadas enteras, una tras otra, sin dormir. Con su aspecto de hombre manos de tijera acude todo el tiempo a fiestas extrañas. Lee al mismo tiempo textos algo densos. Me hace acordar un poco a Giuseppe Campuzano cuando era joven, el filósofo travesti, cuya influencia me ayudó a escribir más de un libro. Me hace acordar también a la frase inglesa: “frente alta riñones bajos”.

Del ensayo que el estudiante de Princeton tiene sobre lo político en mi obra no se puede, o mejor dicho puedo, pasar de la segunda página. Si quieres te lo mando para conocer tu opinión.

Al estudiante de Princeton lo tengo retratado, igual que a ti —que saldrás en más de un libro— y a algunas personas más.

Margo Glantz desea poner la foto que le tomé con mi cámara de plástico en la portada del tercer tomo de sus

obras completas que le publicará el Fondo de Cultura Económica.

Allí están las imágenes de todos ellos, encerradas en la caja de espagueti donde guardo las fotos ya trabajadas. Escogí una caja semejante porque los formatos son cuadrados y pequeños. La caja de espaguetis, que cualquiera podría imaginar larga y angosta, es más bien oblonga y por eso cumple su cometido, de guardar estas imágenes, a la perfección.

Acabo de advertir que al hombre poema, que suele aparecer alrededor de mi mesa de trabajo muy temprano en la mañana, siempre le están sangrando las heridas que muestra en la parte baja de la espalda.

Como te dije en otra oportunidad, aquí en Oaxaca hay un oficio sorprendente que es el de bañador. Vas a cierto lugar y un sujeto restriega tu piel con jabón como dos horas seguidas. Terminas como un cadáver, pero absolutamente limpio. Llevo conmigo siempre en esas ocasiones una pequeña licorera con mezcal.

Me voy rápido, hoy me van a introducir en uno de esos aparatos de resonancia magnética. De ese proceso me gusta la sustancia que acostumbran inyectar a los pacientes para evitar la claustrofobia. Aunque la última vez descubrí lo preocupante de mi inconsciente, pues comencé a cantar al instante temas de música popular.

Todos saben que el arroz que cocinamos está muerto, es el título de mi texto con foto que acaba de publicarse en la

revista *Letras Libres*. Ya es definitivo que aparecerá el libro *Salón de belleza* en City Lights. Por más que lo intenté, la directora de New Directions no quería pasar por encima de la propuesta anterior. Una lástima, me hubiera gustado que conversáramos sobre los pliegues de la traducción.

Yo sigo tomando fotos. Ya escogí un formato determinado, que no quisiera variar, aunque para algunos sea muy pequeño. Deseo que no aparezca en ningún lugar una foto mía en otro formato que no sea el inicial y que esa característica sea además una suerte de sello.

Ya tengo tres cámaras. Cada una más extraña que la otra. La de juguete que conoces, una de madera hecha en forma artesanal y otra de caja cuadrada que hace que me maree cada vez que quiero hacer un toma. Debe ser porque a través del visor se ve la realidad al revés y las indicaciones están escritas en chino.

Así que a partir de lo intuitivo —me despertó esta idea en medio del sueño— me parece que se crea una de las imágenes más propias posible.

Incluso la representación del propio fotógrafo tomando la foto. Me lo dijo una de las retratadas cuando me vio haciendo malabares para tratar de lograr una imagen con la cámara china.

Lo que menos importa de esta sesión es el resultado final, acotó.

La foto de mi mortaja de papel es espléndida, creo que la voy usar en la portada del nuevo libro, que se llamará quizá *Karmanghia, modelo para recordar.*

Espero tener lista la primera versión esta semana. En lugar de escribir, paso la mayor parte del día pensando en imágenes fotográficas posibles, en comprar nuevos rollos, en ir al laboratorio, en entregarle los rollos a la muchacha que hace las ampliaciones y esperar con ansia el momento de entrega de las copias.

Sergio Pitol me ha invitado, como sabes, cinco días a Cuba. Quiere que hagamos el viaje a fines de la próxima semana. Puede ser divertido ir nuevamente al país en el que comencé a mirar de otra manera la realidad.

Apareció en Francia *Lecciones para una liebre muerta*. Ya se publicaron algunas críticas.

La más importante es sin duda la de *Liberation*. Como siempre, el comentario de Mathieu Lindon es más que alentador.

¿Cómo van tus avances? ¿Ya puedes contestar con tus elucubraciones propias acerca de la inmortalidad de la carne?

Yo, como te dije, decidí mezclar esa carne con papel para que sea la fibra resultante la que se corrompa. Espero incluir la experiencia en un libro que ojalá llegue a las mil

páginas. Ésa será, creo, su única gracia. Haber intentado llegar a semejante extensión.

Pienso quedarme dos semanas en Buenos Aires. Voy a leer el texto que te envié sobre los muñecos. Les repartiré a los asistentes una fotocopia a color con un sello que diga Mario Bellatin. Quizá incluya también una rúbrica. De ese modo la gente podrá llevarse la pieza firmada. Ahora mis presentaciones tienden a ser más sencillas. Quizá sea el hartazgo. No hay que olvidar además el tiempo que me toma estar enfermo. Estoy satisfecho porque escribo y tomo fotos. ¿Qué más se puede pedir?

Ayer hice un largo viaje en automóvil para que Alejandro Gómez de Tuddo grabara la voz del poeta náhuatl.

Casi todas las acciones que realiza la perra Chispas me desilusionan. Terminaré por entregarla a unas almas caritativas para que acaben de criarla.

No terminé de decírtelo, pero Sergio Pitol y yo esperamos la llamada del Chino en la habitación del hotel. Pedimos una botella de champaña. Desde aquel cuarto, situado a una considerable altura, se podía ver el malecón casi por completo. El mar se mostraba tranquilo. Desde esa altura eran apenas perceptibles los muñecos de aquella zona. Las figuras oficializadas, por llamarlas de alguna manera. Pasaron las horas. Comenzaba a anochecer pero, sin embargo, con los últimos rayos de sol todavía se insinuaban algunos reflejos brillantes en los cuerpos de aquellas criaturas. No tardarían en ser encendidas las luces

de su interior. Cuando esto ocurriera se convertirían en una suerte de antorchas delineando los bordes de la bahía.

Media hora más tarde se acabó la botella de champaña. Pedimos otra. Justo cuando el camarero la estaba acomodando en una mesita puesta frente a la ventana sonó el teléfono. Era el Chino. Pasaría pronto por nosotros. Esa noche la fiesta del Marqués se llevaría a cabo en un lugar apartado. Debíamos conseguir un transporte clandestino para movilizarnos. Me dijo que sabía de la existencia de una organización de muchachos que realizaban el viaje de ida y vuelta. El regreso costaba el doble que la ida. Al preguntarle la razón de semejante cambio de tarifa, me contestó que de no ser por esos transportistas nunca podríamos regresar del lugar de la celebración. Me informó que era un sitio que ya ni siquiera formaba parte de la bahía, y que la entrada a la fiesta incluía una cena frugal y una botella de alcohol.

El Chino me informó además que en ese momento todavía estaba trabajando con las uñas de los filósofos. Antes de colgar aseguró que esperaba demorar el menor tiempo posible para presentarse. Mientras aguardábamos, Sergio Pitol y yo acabamos la segunda botella.

A esa hora ya era posible apreciar a lo lejos a los muñecos encendidos. A pesar de estar seguro de que era sólo un efecto visual, me pareció verlos moverse de vez en cuando. Tuve la sensación de que sus cuerpos iluminados, como los de unos duendes sorprendidos en medio del bosque, hacían rápidas incursiones a cierto punto y luego volvían, con la misma celeridad, a su lugar original. Quise

decírselo a Sergio Pitol, pero noté que se había quedado dormido sentado en el sofá desde el cual habíamos estado admirando el panorama.

Mientras le acomodaba un almohadón debajo de la cabeza, supe que el Chino no pasaría nunca a buscarnos y que había sido absurdo realizar aquel viaje llevando tal cantidad de toallas a cuestas.

Miré largo rato por la ventana. Ya no tenía ninguna responsabilidad con respecto a los muñecos. Ahora que Sergio Pitol estaba dormido mi ángulo de visión podía ampliarse hasta casi el infinito. Recordé algunas de las zonas que recorrí durante los años que habité en aquella ciudad. Pude reconocer la torre del hospital donde tu vecino arrojó en el jardín los cuerpos del señor del piso de arriba y el del muchacho atrapado. Miré también hacia donde había estado ubicada mi casa. Al borde de una playa de piedras llamada La Puntilla.

Recuerdo a los visitantes a mi casa de aquel entonces. La mayoría se dirigía a la Playa 16, ubicada a unas cuantas cuadras. Casi todos regresaban del mar con la ropa mojada. Me pedían que les prestara algo seco para ponerse. Pocas semanas después advertí que mi clóset había sido saqueado por completo. Estos conocidos habían efectuado un verdadero trabajo de robo hormiga para llevarse la ropa con la que contaba en ese entonces.

Fui despojado de una serie de prendas que al mismo tiempo yo había conseguido en las tiendas de artículos para

extranjeros. Que había pagado con una especie de dinero mal habido, pues lo había conseguido comprando productos para los habitantes que no tenían acceso a esos lugares. Adquiriendo objetos con la moneda extranjera que los familiares que vivían en el exterior les enviaban escondido en la correspondencia.

En ese entonces la tenencia de dólares estaba prohibida para la población. Los únicos que podíamos portarlos eran los turistas y los residentes extranjeros. Pero al resto de los habitantes les llegaban billetes en esa moneda de manera clandestina. Escondidos, como te comento, dentro de cartas principalmente. El asunto siguiente consistía entonces en encontrar un habitante que no fuera ciudadano —era mi caso— que pudiese hacer efectivas las compras. Incluso se había llegado a oficializar de manera paralela una tarifa fija por efectuar un trabajo semejante. Por cada dólar que se comprara se recibiría el equivalente en moneda nacional.

Recuerdo que con ese dinero no sólo subsistía yo sino también algunos de mis conocidos. Después de una de las visitas a esas tiendas, colocaba los billetes cubanos encima de una mesa de mi cuarto y cada uno tomaba lo que considerara necesario.

Fijé la vista también en la parte de la ciudad donde se ubicaba la casa del té, lugar donde nos reuníamos a discutir con los demás escritores. El grupo que conformábamos todos alrededor de un mismo libro conseguido de alguna extraña manera. Las infinitas horas libres que teníamos a nuestra disposición para hablar de

los asuntos más diversos. Para asistir a un verdadero curso práctico sobre la historia del cine en la Cineteca de la Rampa, donde cada noche encontrábamos a los mismos dos ancianos durmiendo, emitiendo ronquidos, aprovechando las ventajas que el aire acondicionado del cine les ofrecía para dormir fuera del bochornoso clima de la ciudad.

Me acordé en ese momento del libro del que te hablé sobre los primeros intelectuales soviéticos que ingenuamente trataron de sacar adelante una librería. Hay que leerlo, eso sí, varias veces y tratar de mantener algo similar para nuestra propia escritura. Es decir, la entrega que esos intelectuales ponían en la manera de mantener una librería donde se ufanaban en difundir a sus autores favoritos. Me refiero, lo sabes, al volumen acerca de la librería de los escritores rusos. Mira que nunca perdieron el ánimo. El hecho de que ustedes se encierren ahora en una torre, en el minarete desde el cual discuten sus ideas, es algo que se puede ampliar si lo desean. Al menos es preferible realizar algo semejante que salir a comprar pantalones para el marido cada vez que la situación empeora.

Antes de que me la entregaran, a mi perra Chispas la encontraron perdida. Es una american terrier de muy buen porte. Sabe sistematizar: cosa rara en un perro de su edad. Después de recogerla estuvo unos días en el hospital veterinario bajo tratamiento.

Durante ese tiempo ordené algo de lo cual me arrepiento. Me avergüenza contártelo. La cachorra no tendría más de tres semanas y para que fuera una

verdadera american terrier debía tener la cola cortada en la quinta vértebra. Lo consulté con el veterinario. Le pregunté si no era una crueldad lo que estaba proponiendo. Es que sabía que cada vez que viera a la perra me lamentaría por su cola. Sabía también —me lo corroboró el médico— que estaba en la edad límite para que se llevase a cabo la operación, que regularmente se realiza al día siguiente del nacimiento de los cachorros. Pese a todo, a conseguir que fuera una terrier como las leyes caninas mandan, no logré quedarme con ella.

Recuerdo que antes de tomar esa decisión realicé una llamada a Suiza. Al pueblo de Dornach donde viven los antropósofos y donde se encuentra el Goetheanianum que Rudolf Steiner mandó construir según sus propias reglas de arquitectura.

Llamé a mi amiga Aissa, quien es antroposófica en la línea más dura de Steiner, para que me diera su punto de vista sobre la acción que estaba a punto de cometer. Su respuesta fue clara: su naturaleza de terrier toy hace que lleve la cola cortada.

Quise preguntarle también algo sobre Franz Kafka. Sé que en alguna oportunidad pasó por aquel pueblo con la intención de buscar una cura para su mal físico. Deseé hacerle la pregunta pensando en la idea que tengo de reconstruir la comunidad de Zürau —donde Kafka pasó cerca de un año acompañando a su hermana en las labores del campo— inventando para mi idea el paisaje de Pachuca como telón de fondo. Sin embargo, con la respuesta tan

contundente que recibí sobre la naturaleza del perro y la amputación de la cola ya no quise preguntar más.

Acabo de descubrir algo que curiosamente no me preocupa: que mientras peor escribo mejor me salen las fotos.

Como ya lo sabes —te lo escribí hace cerca de un año— quedé algo triste cuando me hablaste de Montauk, del hotel de invierno, de las chimeneas encendidas, la playa con el mar embravecido y casi no distinguible por la bruma constante. Imaginé una habitación con ventanas altas, entrepaños, alfombras, cojines, almohadas encima de almohadas, y una pequeña mesa de madera en un rincón.

Imaginé también el cercano Centro de Experimentos Secretos. Ubicado en un lugar inaccesible. Nevado. Con el rumor de las olas como salido de un relato suicida de Iris Murdoch. Una mujer enloquecida caminando en los inviernos al borde de los acantilados. Un amante agradecido con la muerte por permitir el cese del sufrimiento de una mente desquiciada. La historia no del personaje sino de la propia Iris Murdoch transcurriendo allí, en los alrededores de la espuma de las olas aparentemente congeladas.

Te veo allí, al lado de la hoguera, aconteciendo al margen de la conciencia. Yendo desde una especie de primer grado de estado psíquico hasta la embriaguez como nervio principal de todos los estados.

Y continúa Montauk al pie de la playa. En el arrecife, en la explanada donde la bahía se convierte en una punta desértica se encuentra el laboratorio donde se realizan los legendarios experimentos genéticos. La razón por la que en las playas gélidas aparecen de vez en cuando minúsculos monstruos muertos. Olvidados en las orillas.

Transmitidas son tus palabras, pero sus pretensiones pueden no ser entendidas, descritas son sus maravillas, pero sus rarezas parecen ubicarse fuera del conocimiento.

Es como si se miraran las cosas de tal manera que aparecen casi todas innombradas y el mundo como algo impensado. Estas ideas surgieron durante el fin de año. Pésimo. Se me ocurrió hacer una de mis estupideces y tuve que cargar con ello varios días seguidos.

Saqué de una escuela de danza a un bailarín para que me acompañara durante las fiestas. Después de regresarlo, arrepentido de mi acción, me enfermé de una gripe interminable.

Aunque ya cada vez me siento mejor de la enfermedad y peor de ánimo.

Este hecho me llevó a tomar una decisión. Pedí cita con una Doctora de las Pequeñas Cosas, como de manera irónica deseo bautizarla. Una estafadora, por supuesto.

Empecé a acudir a su consulta falsamente entusiasmado tratando de que me otorgara consejos que me ayudasen a responder mi eterna pregunta. Tan constante y fiel a sí misma que ya se está convirtiendo en parte de mi propia esencia.

Ahora el problema se presentaría en ¿Qué hacer si la Doctora de las Pequeñas Cosas lograra resolver el misterio?

Imagino que en ese momento se abriría paso entonces el misterio mayor: la falta precisamente de algún tipo de misterio.

Durante esas ocasiones me tocó encontrarme frente a frente en un gabinete de trabajo con una señora un tanto pícara y vulgar que me aconsejaba cómo realizar trampas en la vida. La manera de llevar a cabo pequeñas estratagemas, trucos, cálculos para lograr el objetivo propuesto. Al principio, y hasta ahora que la sigo visitando de cuando en cuando, la miro azorado. El opuesto a lo que siempre he intentado: terapias estrictas que lamentablemente no me han ayudado a resolver ese problema. Además de tomar conciencia, en aquel momento, sentado en un sillón colocado en medio del gabinete, de mi fracaso consuetudinario cuando se trata de involucrar a alguien más en alguna construcción que no sé por qué razón denomino como luminosa. Me impuse un periodo de tiempo para ver si el problema mayor —el de no poder interesar a quien me agrada— es capaz de resolverse.

Llevo, aparte, una bitácora del proceso —todo lo tengo apuntado, como una suerte de guión, en una pequeña libreta Muji—. Es obvio que ninguno de los métodos va a ser capaz de dar resultados reales, pero al menos las cosas parecen empezar a cruzar un umbral que hasta hace poco era inimaginable. Una puerta tan débil y absurda que creo es mejor ni siquiera tomar en cuenta. Pero igual estoy atormentado por no poder resolver un misterio semejante. Por estar incapacitado de ver qué sucede en ese rincón de mi mapa de vida.

Curiosamente, traté de encontrar algún tipo de respuesta hoy en la estación de metro más cercana —unos tres millones de personas al día— donde como te dije noté hace algunos días que un viejo ciego abrió en una de las esquinas una sala de masaje. Acudí al local. Pedí un tratamiento completo. Me desvestí mientras le advertía a aquel hombre que no se fuera a alarmar cuando llegara a mi antebrazo derecho. El ciego me dijo que no me preocupara. Ni de ése ni de otros detalles. Total, era ciego afirmó.

Una vez que mi cuerpo estuvo tendido comenzó a aplicar aceites a mi piel y yo, por una rendija de la harapienta cortina del minúsculo local, desnudo y en manos del ciego, comencé a atisbar el desfile de cientos de personas al lado mío mientras el masajista hacía crujir mi cuello y espalda.

Esta experiencia me ha dejado tan aturdido que, de cierta forma, puedo ver mi estado carente de cualquier

impureza. Creo que encontrarme desnudo sobre la cama mugrosa de un ciego que realiza masajes sólo porque con el correr de los años se convirtió en una suerte de líder de los invidentes que pululan en las líneas del transporte subterráneo, es algo peor que oír los trucos de la estafadora que se hace pasar por psicóloga. El ciego me confesó que dar masajes es una forma de escapar al insoportable sonido que hacen las puertas de los vagones al abrirse o al cerrarse. Una manera de escapar a un ruido que lo persiguió desde que era casi un niño. Encontrarme en una situación semejante hizo posible que, de algún modo, me rebelara, aunque siento todavía una especie de coraje profundo al sentir que el amor envuelve al amante hasta mezclarse con todas sus partes, y que en la pasión amorosa el amante está siempre bajo potestad del amado.

Ya basta, grité en plena sesión. El ciego detuvo de inmediato su trabajo. No tengo trece años, le dije. Por más que me persiga el sueño recurrente de que me falta un año de escuela para terminar mi educación.

Ese sueño lo tengo desde mis primeros años como universitario. Que por un asunto de papeles, de mala interpretación de los certificados de estudio, se me ordena cursar un año entero más. Al principio me aterraba una posibilidad semejante. Más de una mañana debía esperar a tener la cara lavada delante del espejo del baño para recién advertir que aquello no era verdad. Que mis asuntos educativos estaban en orden. Que no debía pasar por la tortura de volver nuevamente a la escuela. Ni siquiera se trataba del último año. El que parecía faltar era un curso completo de la escuela primaria. Nadie entendía la razón por la que había continuado los estudios debiendo un curso

semejante. Mi deber era volver junto a un grupo de niños de cerca de diez años de edad.

Recuerdo bien la escuela. Ubicada en una casa antigua. De estilo Tudor. Las tejas eran verdes. La maestra se hacía llamar miss Martha. Creo que mantenía relaciones furtivas con el hermano de mi padre. Recuerdo una madrugada en que se realizó un baile en el living de mi casa. Desperté a media noche por el ruido y desde las escaleras vi a la tal miss Martha en brazos de mi tío.

A esa aula era precisamente a la que debía regresar. Es curioso cómo, con el pasar de los años, el efecto que produce aquel sueño va adquiriendo interpretaciones distintas.

Actualmente ya no sólo no me aterra regresar al salón de miss Martha, sino que parece que incluso ansío que las cosas sucedan de esa manera.

Me veo vestido con mi túnica de derviche y el saco de la institución escolar colocado encima. El saco era verde, de una tela gruesa, y tenía en el bolsillo delantero un símbolo de un león que tenía bordado debajo de la imagen Saint Marks School.

Mi madre solía avergonzarme con él porque a veces me obligaba a ponérmelo para asistir a los cumpleaños o durante los fines de semana. Era mi único saco.

Me miro a mí mismo sentado en una banca del parque situado enfrente de la casa estilo Tudor donde funcionaba la escuela. Es muy temprano en la mañana. A la hora en que por el frío y la humedad los niños podemos jugar a echar humo con nuestros alientos. Mis compañeros van llegando de a pocos. Casi todos son llevados por sus padres. En cierto momento hace su arribo el autobús escolar mostrando la palabra infantes a los lados. No sé por qué razón esa palabra me perturba. En ese momento no sé qué significa. Me parece que se refiere a personas con físicos deformes o con problemas de índole mental.

Yo allí. Sentado en la banca. Mirando el desfile de compañeros ateridos de frío. Deseo volver a ser uno de ellos.

Ahora que tengo cincuenta años de edad quiero ser alumno nuevamente de la famosa miss Martha, quien en los veranos daba clases de recuperación en su casa. Recuerdo que a esas sesiones yo solía llegar a veces demasiado temprano. Cuando la miss Martha y sus hermanas estaban todavía durmiendo. Me recibía su madre, quien tenía trunca una de sus manos. Me acompañaba mientras la maestra se alistaba para comenzar con su clase vacacional. Recuerdo que la madre acariciaba al mismo tiempo mi brazo y su mano trunca. Estas cosas no son nada, solía repetir. Imagínate si esto nos hubiera pasado en las piernas, concluía.

Estar presente en la escuela con mis compañeros de salón pero conservando mi aspecto actual, es una imagen que ansío recuperar cada noche antes de irme a dormir. Estoy seguro de que soy capaz de ingeniármelas para pasar inadvertido. De hacer que ninguno de mis amigos se dé cuenta de mi verdadera edad.

A lo largo de mi vida creo haber desarrollado formas inverosímiles de engañar a los demás. Por ejemplo, cuando no quiero que alguien se entere de mi garfio logro que nadie lo advierta. De ese modo, haciendo real la mentira en la que estoy seguro se enmarca mi vida, cursaré el año lectivo que desde hace años mis sueños se empeñan en declarar como vacío.

Es probable que regresando a aquel salón de clases, el sueño se dé por satisfecho. Estoy seguro de que aprovecharé ese curso escolar para reformular en algo mi existencia. En alguno de los días de aquel año debe estar insertado el origen del error existencial del que parezco no puedo librarme.

No es posible, entre otros asuntos, que algunos días los dé por perdidos porque no he recibido contestación de un mensaje telefónico. Que un motivo semejante —no obtener respuesta de un texto virtual— me obligue a llegar —sabe Dios por qué motivos— al cubil de un ciego, que además de ser masajista maneja buena parte del comercio informal que transcurre en los pasajes del metro.

Como te conté, mis miradas a través de las cortinas suelen ser interrumpidas a cada momento por las voces de otros ciegos que llegan a rendir cuentas al líder de la

organización. Algunos de los que aparecen son vendedores de discos o de gelatina.

No te conviertas al catolicismo, te lo pido. Te lo digo por experiencia y con todo mi corazón. Vas a perder la perspectiva necesaria. Apenas realices tu transformación, la carne que tanto te interesa dejará de resucitar y hasta los peregrinos olvidarán blanquear sus tumbas.

Piénsalo bien.

Estoy solo. Triste. A pesar de todo lo impresionantemente bello que ocurre a mi alrededor.

Tadeo llega el viernes próximo y vamos a pasar unos muy buenos días por casi dos semanas.

¿Sabes que Tadeo fue conmigo a la mezquita y fue bautizado con el nombre de Azir Munín?

Aquella acción me llevó a recordar una escena algo extraña que comienza precisamente con un bautizo.

De todos los sueños que podemos experimentar, pienso, quizá los más puros, los capaces de trascender cualquier acontecimiento que los haga caer en una lógica de causa-efecto, sean los sueños místicos. La grandeza de esta clase de experiencia generalmente no está presente ni en sus contenidos ni en lo que puedan representar, sino en la

capacidad que podemos tener de reconocer casi de inmediato su esencia sobrenatural. Místico o psicológico, suelen clasificarse los sueños en las reuniones llevadas a cabo por los hombres espirituales de todos los tiempos.

Cierta noche de lluvia en la tekkia —suerte de casa de oración utilizada por los practicantes del sufismo— para mí fue conmovedor oír el sueño que un niño, recién bautizado en la orden, trataba de transmitir a la líder espiritual. El bello adolescente, ataviado según la usanza y arrodillado en actitud de veneración pronunciaba, con una voz que era apenas perceptible —un sonido que posiblemente provenía de la misma esencia del estado que había experimentado la noche anterior—, que en el Parque México existía una casa que contaba con jardines en el techo. Era una construcción blanca. Sin duda se trataba de una morada de estilo árabe. Estaba oscuro, el niño caminaba encima del techo y advertía la presencia de una serie de edificios a su alrededor. El niño derviche, al notar lo frágiles que eran las barandas que circundaban aquella azotea temía que el perro que iba junto a él pudiera caer al vacío.

Descubrió entonces que en ese mismo techo había una gran cantidad de juegos infantiles. Columpios. Resbaladeras. Incluso vio una casa de muñecas que parecía haber sido diseñada para adultos. Cuando el niño tocó los juegos se dio cuenta de que eran de madera. Se introdujo luego junto a su perro en la casa de muñecas. Se acostó en una de las camas y se dispuso a pasar la noche entre esas paredes de juguete extrañamente convertidas en paredes de verdad. Es entonces cuando el niño sueña. Se lo está informando en ese momento a la sheika —líder espiritual

sufí— que conduce la tequia a la que desde hace relativamente poco tiempo ha comenzado a asistir.

Sueña, acostado en esa cama, que semejante juguete —la casa de muñecas— le pertenece a una familia de toreros enanos. Es más, sabe en ese momento también que él mismo forma parte de tal familia. No puede explicar, ante una pregunta de la sheika en ese sentido, las razones por las que posee la certeza de que la casa de muñecas es propiedad de esa familia, y por qué tiene la información de que él mismo pertenece además a esa dinastía de toreros.

El perro que lo acompaña, como es lógico, no da muestras de enterarse de lo que está pasando por la cabeza del niño. Se mantiene ovillado al pie de la cama. Sobre una pequeña alfombra que da la impresión de haber sido confeccionada sólo para ese fin. Quizá el perro tenga sus sueños particulares. Es verdad, más de una vez yo he tenido que despertar a mi propio perro, en medio de la noche, porque me ha dado la apariencia de que se encuentra envuelto en alguna pesadilla. ¿En su mundo de imágenes oníricas habrá perdido quizás a su amo en medio de la ciudad? ¿Habrá sentido en ese instante el designio de que nunca más nadie le arrojará una pelota para jugar? Muchas veces, los sueños de los perros son sumamente especiales. Conozco a una mujer, dueña de una perra carente de pelo proveniente de una raza primitiva, quien con cierta regularidad realiza peregrinaciones con el fin de que, mientras el animal duerme, cure de las más diversas dolencias a la gente del lugar.

Coloca a la Xola —es el nombre de la perra— sobre el paciente en espera de que el animal cierre los ojos. Cuando da muestras de experimentar alguna pesadilla es

despertada de inmediato. En ese instante el mal de los pacientes suele aliviarse, dice la mujer. Es el momento de atender al siguiente enfermo.

Como es de nuestro conocimiento, el niño acostado en una cama de la casa de muñecas sueña ahora que él mismo es un torero enano como los demás componentes de su familia. Su padre, su madre, sus hermanos. El niño sabe, ya desde ese momento, que se encuentra en el interior de un sueño místico. Son impecables los detalles que en ese instante va describiendo en la mezquita.

Señala que su familia nueva cuenta con una Volkswagen Combi que les sirve para emprender una serie de giras por las distintas plazas donde se requiere su actuación.

El niño no conoce los motivos por los que semejantes personajes decidieron convertirse en toreros. La sheika, quien continúa escuchándolo de manera atenta, se lo pregunta. Somos toreros, somos enanos, somos felices, alcanza el niño a contestar. Aparte de la vida que llevan en el ruedo, poseen una existencia cotidiana como la de cualquiera. Habitan en una zona de las afueras de la ciudad, en un conjunto habitacional conformado por varias decenas de edificios, donde los vecinos se han acostumbrado ya a su presencia. Sus hermanas mayores son además enfermeras. El padre mantiene un contacto periódico con los principales criadores de novillos del país. Visita con frecuencia las ganaderías y solicita que le tengan preparados siempre los ejemplares adecuados. Deben ser animales con menos peso que los toros de lidia habituales. Más escuálidos que los Miura desarrollados en forma

plena, que el padre, durante sus incursiones a los criaderos, prefiere observar con cierto recelo.

Pese a las dimensiones necesarias para semejantes toreros, las bestias adecuadas para los enanos deben poseer una furia cercana a la de los animales de alta calidad. Estos espectáculos, lo dice el niño, no son mera pantomima. No se trata de un vulgar show de payasos como algunos podrían suponer. Lo que se intenta es llevar adelante una corrida tradicional adaptada a una determinada envergadura.

Mantener el espíritu de la fiesta brava.

El niño no da la impresión de saberlo exactamente, pero intuye que había algo desagradable en las imágenes que se le aparecieron mientras dormía. Afirmó que, entre otros asuntos, le parecía horrible la muerte que solían infligirle al animal. El niño no cree que un relato digno de ser contado en una tequia deba contener sangre asesinada entre sus elementos. La sheika lo calma diciéndole que durante los sueños se puede hablar de casi cualquier asunto, y le pide que recuerde bien las imágenes que se le presentaron. Parece querer saber, por encima de todo, si es cierto que los personajes terminan aniquilando al toro en la plaza. El niño, aunque intuye que no es del todo verdad, se echa a llorar y dice que sí. Que los enanos de su sueño no sólo torturan a la bestia con banderillas que le van hincando durante la corrida, sino que al final le clavan una espada que hace surgir sangre de su boca.

En ese momento el niño despierta. El perro continúa dormido a los pies de su cama. En la mesita de noche hay un teléfono que da la impresión de ser también de juguete como la casa. El niño desea llamar a sus padres. A los toreros enanos, que durante la instancia onírica parecían cumplir el rol de sus progenitores. Quiere pedirles disculpas por haber pensado que al final de las corridas se aniquila a las fieras. Estaba casi seguro de que no era cierto, sin embargo se empecinaba en afirmarlo. Sentía también la necesidad de informarles que no se preocupasen por su ausencia. Expresarles que se había quedado a dormir en la casa de muñecas colocada sobre el techo de una construcción de estilo árabe. Que su perro lo acompañaba, y que ser matador no se trataba de un oficio que necesariamente debía ser cruel. Pero no pudo expresar sus ideas porque cuando deseaba realizar la llamada el teléfono timbraba a su vez. No le era posible comunicarse con su casa. Al momento de comenzar a marcar el número, aquel teléfono empezaba a sonar. Decidió contestar. Sentado sobre la cama de muñecas en la que había dormido, el niño escuchó, sosteniendo el auricular con ambas manos, que un amigo de su padre, llamado el Coleccionista por su afición a recolectar y clasificar objetos de todo tipo, necesitaba de su ayuda.

Una voz un tanto gangosa le dijo que debía salir de inmediato para auxiliarlo. El amigo de su padre parecía encontrarse en peligro. El niño debía dirigirse a un pequeño aeropuerto, desconocido para él, utilizado por avionetas y planeadores generalmente. El niño dejó el auricular, despertó al perro y salió sin dificultad de la casa de muñecas. Recorrió la edificación mayor, y de pronto se encontró nuevamente en el Parque México.

En ese momento la guía espiritual le repitió, una y otra vez, que le dijera cómo efectuó la travesía hacia el aeropuerto. Qué medios usó para realizarla. El niño le contestó que sólo recordaba que el perro le servía de acompañante y que el coleccionista en cuestión —quien supuestamente se encontraba en peligro— habían algunos meses atrás un viaje en compañía de su verdadero padre, un escritor de cierto prestigio. Le dijo a la sheika que aquel coleccionista llamó cierta mañana a su padre para convencerlo de emprender una travesía aparentemente fuera de lo común. La invitación consistía en recorrer una península no tan lejana que ninguno de los dos conocía. El padre y el coleccionista no eran viajeros habituales. Por eso se hizo algo misteriosa la propuesta. El motivo principal que adujo el coleccionista para realizar semejante desplazamiento fue observar la instalación de una serie de muñecos que, en aquella península, se estaban colocando cerca del mar.

El niño sabía que su padre se había mostrado sorprendido al recibir una solicitud de esta naturaleza. Al escucharlo, al padre no le llamó tanto la atención que el coleccionista deseara realizar aquel viaje marítimo —a esa península se llega sólo en barco—, sino la presencia de los objetos que le mencionó. Se estaban recién instalando y, según el coleccionista, contaban con características diferentes a las de los demás muñecos conocidos. Le informó que habían estado guardados en diversas bodegas y almacenes durante muchos años. La mayoría de las veces en pésimas condiciones. Incluso algunos de ellos se habían vuelto peligrosos —el riesgo consistía principalmente en las esporádicas descargas eléctricas que se podían recibir si

eran tocados por algún incauto—. Precisamente los que se encontraban apostados en el malecón eran los muñecos en los que menos se podía confiar.

En esos momentos el niño agachó aún más la cabeza. Llevaba alrededor del cuello una pañoleta negra con rojo. En la cabeza un gorro blanco —una taquia proveniente de Turquía— por cuyos bordes se notaba parte de su cabello. Siguió hablando en voz baja, casi como en un susurro. La sheika tuvo que realizar una breve flexión para oír con claridad lo que decía. El niño expresaba en voz baja que no estaba seguro de si el viaje de su padre con el coleccionista había ocurrido realmente. En ese momento creía que sí. Pero estar seguro de algo semejante lo ponía un tanto nervioso, pues minutos antes se había mostrado casi convencido de que los toreros le daban muerte al toro y eso no era del todo cierto. Como tampoco era verdad, de eso sí ya tenía certeza en ese instante, que existiera una casa de estilo árabe frente al Parque México y que la hubiera visitado cierta noche en compañía de su perro, un jack russell terrier de nombre Max, ni que existieran una serie de juegos de madera para niños en el techo.

No estaba seguro tampoco de la existencia de la casa de muñecas en la que durmió, ni de la alfombra colocada a los pies de su cama. Sin embargo sí sabía que, a la vuelta del viaje a la península, su padre le contó, y eso sí era verdad, que los muñecos de la bahía colocados en lugares altamente visibles daban la impresión de ser los más baratos. Le comunicó a su hijo que junto con el coleccionista llegaron a la conclusión de que eran los muñecos en los que menos se podía confiar.

Una vez que arribaron a la península —después de una travesía de tres días— el coleccionista le informó al padre de la existencia de otra clase de muñecos. Parecidos a los del malecón pero más serios. En comparación con ellos los que estaban colocados cerca del mar parecían de pacotilla. Puestos en aquel lugar —sumamente transitado— para servir sólo como parafernalia, a la manera de muñecos de pastel, cuya misión era demostrar que en la península las reglas de conducta eran ahora diferentes. El coleccionista le dijo al padre que los otros se encontraban instalados en las partes altas, y que la mayoría no contaba con el permiso de las autoridades. Ningún habitante pareció aclararles las razones por las que esos muñecos eran considerados fuera de la ley. Tampoco fueron capaces de explicar el motivo de su proliferación.

Yo vi que el niño, postrado delante de la sheika, tampoco podía expresar cuál era el peligro actual por el que pasaba el coleccionista, razón por la que lo llamaron a la casa de muñecas desde el pequeño aeropuerto. Se quedó callado por unos momentos. La sheika pidió rezar un Al-Fatihá para honrar aquel silencio. Al-Fatihá, se elevó su voz. *Bishmilah id rajmani rajím*, repetimos todos los presentes. En ese momento la voz del niño comenzó a hacerse audible nuevamente. Apenas terminamos la oración escuchamos que el niño dijo que se encontró de pronto en una oficina ubicada en el aeropuerto al que había llegado. Existía una suerte de recibidor donde vio a una mujer acompañada de dos guardias. Adentro había una mesa con un par de personajes sentados. Uno de ellos era el coleccionista, que parecía estar retenido en contra de su voluntad. El otro

hombre era el criador de los toros de lidia que, de cuando en cuando, visitaba su padre el torero.

La sheika interrumpió su discurso preguntándole al niño cómo sabía que se trataba del criador de toros. Los presentes agachamos en ese momento las cabezas y afirmamos que aquello era una prueba de que acostumbramos conocer mal las cosas porque aplicamos para aprehenderlas un método equivocado. Solemos ver sólo el resultado final, no los procesos que nos llevan a visualizar las imágenes. En este caso el niño sabía que se trataba del criador porque era una certeza que no pasaba por las formas tradicionales del conocimiento. El niño derviche, dando muestras de no haber advertido nuestro acto, señaló que puso su atención sólo en los hombres sentados. Ambos discutían sobre el próximo traslado del coleccionista a un hospital cercano. Parece, nos lo dijo el niño, que el coleccionista había sido intoxicado en forma intencional y ahora debía ser tratado médicamente.

En ese momento ingresó a la oficina la mujer junto con los guardianes para informar que estaba todo listo para llevar al coleccionista en una ambulancia. El niño notó, colocado sobre un escritorio, la presencia de un teléfono similar al que había en su cuarto de la casa de muñecas. Daban la impresión de pertenecer al mismo juguete. Como si alguien hubiese abierto la caja y hubiera colocado uno de los teléfonos en la casita del techo del Parque México y el otro en la pequeña oficina situada en el aeropuerto destinado a avionetas y aeroplanos. El niño notó que el coleccionista estaba esposado. No supo por qué, pero le dio la impresión de que el criador de toros de lidia era cómplice en ese asunto. Sospechó que era uno de los

participantes en la intoxicación del coleccionista. Afuera había una ambulancia. El niño derviche preguntó quién lo había llamado y la mujer dijo que fue ella la que dio la orden de que le telefonearan. La mujer dijo también que deseaba conocerlo en persona.

Esa mujer había conocido a su padre durante el viaje que realizó poco tiempo atrás a la península. En ese entonces la dama habitaba en aquella zona. El padre le había dicho, apenas la conoció y en un momento de intimidad, que tenía un hijo derviche que nunca dejaba de hacer las cinco rakats obligatorias del día. Todo hacía indicar que su padre había llegado a conocer de cierta manera íntima a esa mujer. Cuando el niño se lo preguntó, la mujer contestó que ella había sido la encargada durante casi treinta años de tener resguardados en grandes almacenes los muñecos que se desplegaban actualmente a lo largo de la península. Fue la celadora de aquellas figuras sobre todo en los años de máxima prohibición. Cuando era impensable que alguien ajeno al comité jerárquico pudiera disfrutarlos. A nadie se le hubiera ocurrido entonces que esos muñecos pudieran llegarse a considerar en algún momento como deleite para el pueblo. Dejó de ser la vigilante cuando su presencia pasó a ser una noticia de carácter internacional. Fue precisamente a partir de ese cambio en la condición de los muñecos como el coleccionista se enteró de su existencia.

Fue en ese tiempo cuando aquel coleccionista llamó al padre del niño para proponerle el viaje. El padre dudó al principio de la pertinencia de la invitación. Pero el tono que utilizó el coleccionista para decírselo lo terminó de animar. Utilizó una manera de hablar que el niño sabía era

irresistible para el padre. Se debían forzar las cuerdas vocales para que saliera a través de la garganta una suerte de silbido acompañando las palabras. El niño lo utilizaba sólo cuando deseaba del padre algo especial. Lo utilizó, por ejemplo, cuando pidió que le obsequiaran un Sagrado Quorán y unas botitas negras de cuero delgado similar a las utilizadas por los derviches giradores.

Después de la llegada de los dos hombres a la península la misión del padre pareció ser detectar dónde estaban ubicados realmente los muñecos que habían ido a buscar. Logró hallar desde el principio a los que se encontraban apostados a lo largo del malecón. Notó su presencia la tarde inicial. Los hombres se encontraban recién desembarcados. Cargaban consigo un equipaje considerable. Estaba compuesto mayormente por libros —destinados a ser obsequiados a un grupo de agrimensores colegas del padre—, y de una dotación de toallas de diversos colores. Alguien le había explicado al coleccionista lo apreciadas que eran las toallas en ese lugar. Tanto, que muchas veces servían como una moneda de cambio más valiosa que los billetes extranjeros. Le habían informado que con el valor de una toalla de cuerpo entero, por ejemplo, se podía rentar incluso alguno de los muñecos que comenzaron a aparecer por las calles.

La mujer habló algún tiempo con el niño en el aeropuerto. Le contó que su padre lo apreciaba mucho, y que estaba sumamente orgulloso de que fuera un pequeño musulmán. La mujer siguió hablando, estaba a punto de contarle las circunstancias por las que dejó de vivir en la bahía, pero los guardias la interrumpieron para decirle que estaba todo listo para el traslado en la ambulancia.

Subieron a la parte trasera del vehículo al paciente, el niño y el criador de toros de lidia.

Una vez en el hospital el coleccionista comenzó a ser atendido por dos de las hermanas enanas del niño derviche. Fue una sorpresa para el niño que precisamente parte de sus recién adquiridos parientes hubiesen sido comisionadas para semejante labor. Las mismas hermanas que los fines de semana hacían de toreras.

Como ya sabíamos los presentes de esa noche a la mezquita, las mujeres que junto a su familia tenían montado un espectáculo popular.

La familia, como el niño señaló, contaba con una Volkswagen Combi para hacer las giras por las poblaciones de los alrededores de la ciudad. El padre y los hermanos de las enfermeras se encargaban durante la semana de tener todo listo para las corridas. Ellas sólo tenían que llegar a las plazas, reemplazar sus uniformes de enfermera por sus trajes de luces, y comenzar con el espectáculo. Una de ellas, a la que le fue asignado de manera directa el coleccionista en el hospital, era la comisionada para blandir la espada con la que solían darse por terminados los espectáculos. Era precisamente ella quien había descubierto en qué consistía el verdadero negocio de sus padres y hermanos.

Fue quien primero se enteró de que lo relacionado con el espectáculo de los toreros enanos no era más que un pretexto para que los criadores de animales de pura raza se

pudieran deshacer de los ejemplares de lidia que se sabía no iban a alcanzar nunca méritos mayores. Como el criador con el que trabajaba la familia era sumamente reconocido no le era posible entregar sus ejemplares al camal más cercano. Que una de sus bestias pisase un rastro se convertía en un síntoma evidente de la decadencia de la sangre que buscaba preservar de manera tan cuidadosa.

Precisamente ese hombre, para quien la existencia de los toreros enanos se trataba de una suerte de bendición, era quien acompañaba en el pequeño aeropuerto al coleccionista. A la sheika le pareció extraño que en ese momento el enfermo no se encontrara acostado en la cama. Y curioso también que el criador de los toros de lidia estuviera presente en el hospital. Es cierto, en el hospital el coleccionista no estaba acostado sino se mantenía sentado delante de una mesa. La escena se mostraba parecida a la que apreció el niño cuando llegó al pequeño aeropuerto. La sheika insistió en sus dudas y el niño le dijo que no contaba con una explicación coherente ni para ese asunto ni para otros.

La sheika le preguntó entonces al niño si no contaba con otro tema —podía tratarse de un sueño o de una alucinación— que de una manera similar al anterior no contaran con una lógica precisa que ofrecerle y el niño le refirió que algunos meses atrás, justo antes de que efectuara el viaje con el coleccionista, el niño le había pedido al padre que le comprara una rata en un centro comercial. El padre pensó, ante la petición del hijo, que era la oportunidad que el padre siempre había ansiado: llevar una rata cargada sobre el hombro.

Como el padre ya había recibido en ese entonces la invitación del coleccionista para visitar los muñecos de la península, le preocupó quién iba a hacerse cargo del animal durante la travesía. No confiaba en que su hijo se hiciera cargo solo de aquel animal. Por eso antes de comprarla pagó un aviso en el diario donde solicitaba a alguien la cuidara durante su ausencia. Sólo si recibía alguna respuesta positiva la adquiriría.

En efecto, colocó en el diario que pedía a alguien que mantuviera por unos días la rata de Bellatin, que era como llamaban popularmente al padre en ese entonces. Al día siguiente se recibieron algunas llamadas. Extrañamente, las primeras provinieron todas del Uruguay, de Montevideo principalmente.

Al principio fue para el padre un verdadero misterio recibir tales llamadas. Poco después se aclaró en algo el asunto. Por razones algo difíciles de explicar resultaba que el diario uruguayo reproducía los anuncios locales y viceversa, los anuncios locales eran reproducidos en el Uruguay.

Hasta que finalmente el padre recibió la llamada de un tal Heráclito, quien se ofrecía de buena gana a cuidar de un animal aún inexistente aunque él ignoraba por completo esa condición. El padre, después de hacer algunas preguntas de rigor, aceptó el ofrecimiento y así fue como el futuro cuidador empezó a comunicarse regularmente con la casa, casi a diario.

Heráclito hacía preguntas referentes al aspecto físico del roedor, a sus costumbres, a los horarios en los que debía alimentarlo. A partir de ese momento el animal comenzó a formar parte de lo real. El padre bautizó a la rata con el nombre de Heráclita. Al futuro cuidador le mintió también en esto y le dijo que no tenía nombre. Que la llamaba sencillamente rata.

El niño le contó a la sheika —los presentes seguíamos sentados oyendo al niño con atención— que su padre describía durante muchas horas seguidas, a través del teléfono, las dimensiones de la jaula, las horas en las que Heráclita tomaba su recreo, lo sedoso de su pelaje, lo inteligente de su conducta y el gusto que le daba desplazarse a todos lados sobre el hombro de su amo.

Heráclito cada día parecía entusiasmarse más con el animal. A veces titubeaba. Decía no sentirse apto para hacerse cargo de un roedor con semejantes características. Expresó en más de una ocasión que le causaba cierto resquemor no estar a la altura de las circunstancias.

El padre le decía, entretanto, que la rata saltaba de felicidad cada vez que se le mostraba la pechera con la que contaba para salir a pasear. Heráclito comenzó a repetirle al padre las dudas que le causaba el amor que comenzaba a sentir hacia Heráclita. En cierta ocasión le llegó a insinuar que a pesar de sentirse poca cosa al lado del animal, no veía las horas en que el padre saliera de viaje. Sugirió incluso una serie de visitas previas a la casa para estudiar bien cómo debía tratar en su momento a la rata. No quería

fallar. Daba la impresión aterrarle la idea de poder ser considerado un mal cuidador de ratas.

A esas alturas, la fecha de viaje del padre del niño estaba próxima. El amigo coleccionista parecía tener listos ya casi todos los detalles para la travesía. El padre tenía entonces que comenzar a idear la manera de deshacerse del animal inexistente. Aunque le había prometido a su hijo comprarle una rata si encontraba a alguien dispuesto a cuidarla, para ese entonces era imposible conseguir un ejemplar con las características que con tanto detalle había otorgado. La vida de Heráclita debía tener un fin inmediato. No podía seguir existiendo eternamente en esa suerte de limbo que día con día el padre iba afinando.

El padre había decidido además no comprarle el animal a su hijo por otra razón: sólo un demente dejaría una rata domesticada en manos de ese tal Heráclito.

No sé si los demás miembros reunidos en la mezquita pusieron la misma atención que yo le dediqué al niño cuando dijo que su padre un día dejó descolgado todo el día el teléfono para evitar las llamadas de Heráclito. La justificación del padre para realizar semejante acción fue que, supuestamente, de esa forma el cuidador de la rata supondría que algo extraño estaba ocurriendo en la casa. En efecto, al día siguiente, cuando contestó la llamada tuvo más confianza al decir que Heráclita había desaparecido y que para poder pasar la jornada buscándola en el sótano había descolgado el teléfono.

Heráclito quedó mudo. Se volvió de hielo, le dijo el niño a la sheika en nuestra presencia. El padre le contó al niño que la frialdad intempestiva de Heráclito podía ser percibida incluso a través del auricular. No puede ser, balbuceó. El padre del niño siguió mintiendo. Afirmó que no se preocupara, que no era la primera vez que Heráclita hacía algo semejante. Que ya otras veces había desaparecido en el sótano por varios días y en el momento menos pensado aparecía caminando en dos patas solicitando su comida habitual.

Es que los sótanos de la casa, prosiguió, eran inmensos. De una magnitud curiosa, pues contaban con una extensión aún mayor que la casa misma. Dijo también que por el medio pasaba un río subterráneo por el que seguramente Heráclita se deslizaba apenas se perdía y luego le era difícil regresar. Porque, recalcó el padre del niño, se trataba de una rata fiel y sus desapariciones estaban siempre más allá de su voluntad.

El padre colgó tranquilizado. Menos mal que nuestra casa cuenta con un sótano, le dijo a su pequeño hijo. Minúsculo, pero sótano al fin. Al decir esto daba la impresión de sentir que su mentira de alguna manera se atenuaba.

Al cuarto día le informó, a un Heráclito seguramente lívido, que daba por terminada la pesquisa. El padre le informó que se había enterado de que las autoridades sanitarias, al percatarse de la proliferación de roedores en la zona, habían envenenado el río subterráneo. Heráclito permaneció callado durante unos momentos. Lo siento, le dijo al padre del niño, y colgó.

Esa noche el padre casi no pudo dormir. Demoró mucho más de lo habitual en cerrar los ojos. Cuando la sheika en la mezquita le preguntó al niño acerca de la condición que en ese momento creía que su padre estaba experimentando, le contestó que su progenitor asistía en forma semanal donde una psicóloga a la que el propio padre había bautizado como “La Consejera de las Pequeñas Cosas”.

Esa noche el padre —el niño dijo que lo sabía a ciencia cierta, aunque ignoraba cómo había llegado a esa conclusión— daba la impresión de querer encontrar un nexo entre la situación que acababa de vivir con la rata Heráclita y su vida en general. El niño le informó a la sheika que el padre solía recordar que La Consejera de las Pequeñas Cosas le había recomendado frecuentar lugares de ambiente, como denominaba a los establecimientos donde acostumbran reunirse los homosexuales, y que debía tener cuidado con los egos que acostumbraban mostrar los asistentes a esos establecimientos. “Son peores que putas”, le espetó la consejera en cierta ocasión en que se refirió al tema. “Hay que ver la forma cómo se mueven cuando bailan para saberlo”, prosiguió.

Una de las obligaciones que la terapeuta le había dado al padre del niño era informarle a todas las personas que conociera que le buscaran la persona adecuada para construir con ella una relación. Pero el niño le dijo a la sheika que quizá en ese momento también estaba diciendo una mentira. Hacía unos momentos, cuando aseguró que los toreros daban muerte al animal, había expresado algo

que no era verdad. Deseaba por eso, en ese momento, pedirle perdón a la familia de enanos que apareció en sus sueños. A su padre, a su madre, a sus hermanos. Especialmente a las hermanas que durante la semana se desempeñaban como enfermeras, y a quien una de ellas habían encargado en el hospital tomara a su cargo al coleccionista a quien habían tratado de envenenar. Precisamente esa hermana era la que había descubierto en qué consistía realmente el oscuro negocio entre su padre y el criador de toros de lidia.

Precisamente ese hombre, uno de los ganaderos más importantes —para quien la presencia de los enanos era una suerte de salvación—, se encontraba como sabemos presente en la habitación del hospital que ocupaba el coleccionista amigo del padre.

A la sheika le pareció curioso que al enfermo no le hubieran colocado suero y que el cuerpo del paciente además no estuviese tapado. El niño le contestó diciéndole que el coleccionista le expresó que no se preocupase por lo que estaba sucediendo. Que mejor lo escuchara continuar el relato del viaje que había realizado junto a su padre, aquel escritor de dudoso prestigio que ya había realizado junto al coleccionista varios viajes con anterioridad.

Uno de ellos comenzó cuando su padre, el escritor, realizó una llamada urgente a su psicoanalista pues se sentía muy mal de ánimo. Se trataba de una suerte de depresión que repercutía en lo físico, causándole malestares, especialmente en las articulaciones y el pecho. El padre del niño había sido siempre una persona

enfermiza. Desde pequeño sufría de un asma persistente y luego, con los años, lo fueron atacando virus de distinta naturaleza.

El padre, que como sabemos se trata de un escritor, se encontraba sentado frente a una mesa de madera corrigiendo uno de sus textos. Lo hacía en compañía de unas muchachas jóvenes. El padre leía en voz alta y, según escribió una vez, leer de esta manera le permitía colocarse al mismo tiempo en el rol de escritor y lector. Como señaló el niño, se encontraban en una casa rural, grande, con las paredes pintadas en tonos rojizos. El padre dijo que estaba rodeado de las hijas de la casa. Una de las correcciones consistía en hacer verosímil el hecho de que sus dos personajes principales —un esposo y una esposa— ejercían el mismo oficio.

En el texto la igualdad de funciones no se mostraba de manera evidente. Se suponía que el lector lo iría descubriendo a medida que avanzaba la lectura. El texto iniciaba mostrando a la esposa, estática, delante de una licuadora. De inmediato se descubría, con la ayuda de las hijas de la casa, que era mejor presentarla frente a una lavadora de ropa. El padre descubrió entonces, gracias a este auxilio, que quizá aquel era el toque japonés que tanto había deseado impregnarle a su escrito.

Las ayudantes —las niñas de la casa— sin embargo le dicen que más bien parece, con esa mujer detenida frente a una lavadora de ropa, un libro uruguayo antes que uno japonés. *El libro uruguayo de los muertos*, repitieron a coro

aquellas muchachas denominadas como las niñas de la casa.

La sheika interrumpió nuevamente al niño. Le recordó que en el sueño que estaba experimentando en la casa de muñecas se encontraba en el hospital donde estaba internado el amigo de su padre, el coleccionista. Lo acompañaba el criador de toros de Miura y la mujer que en la bahía alguna vez veló por la custodia de los muñecos que actualmente podían verse a lo largo del malecón. Los mismos que el padre y el coleccionista desearon ir a visitar.

El niño miró a la sheika a los ojos. Acercó su mano al rostro de la guía espiritual y trató de apartarle el velo que cubría parte de su cara. Le dijo que podía seguir relatando la travesía que realizó el padre junto al coleccionista por la bahía. Los avatares por los que tuvieron que pasar. Pero le expresó en ese instante que no comprendía la razón por la que al hablar de su padre al lado de las muchachas que le ayudaban a corregir el texto, le pareció de mayor importancia mencionarle lo que sucedió con un frasco de mayonesa Hellmans cuando su padre era todavía un infante. Parecía que aquel suceso se lo había recordado la intervención de las muchachas ayudantes —las niñas de la casa.

El libro uruguayo de los muertos, repetían esas niñas sin cesar.

Ver al personaje creado por su padre de pie frente a una lavadora o una licuadora doméstica, hizo que el niño

asociara el episodio con un frasco de mayonesa.

“Hoy olvidé regar a Hellmans”, recordó el niño que oyó a su padre decir mientras despertaba una madrugada. Olvidar regar a Hellmans, era algo que solía sucederle al padre —despertar repitiendo esas palabras— a pesar de que ya habían pasado demasiados años desde las clases de botánica a las que asistió durante sus años de escuela. En ese tiempo le advirtieron junto al resto de los estudiantes que debían estar atentos a su cuidado. Pendientes de proveer lo necesario para que Hellmans continuase de manera normal con su crecimiento. Que mantuviera las condiciones adecuadas para seguir engendrando retoños.

El padre, hasta el día de hoy, sólo podía estar seguro de que poseía a la hija del tal Hellmans. Lo de la nieta —el niño dijo que era algo que discutían siempre su padre con el coleccionista— era según el amigo del padre sólo una manera de mirar las cosas. Puede ser que sean, tanto el hijo como la nieta, sólo extensiones caprichosas de su anatomía, si es que las plantas poseen semejante conformación.

Es que el experimento Hellmans, que el padre conseguía seguir manteniendo hasta el día de hoy, consistía en hacer crecer unas semillas de frijoles dentro de un algodón húmedo colocado en un frasco de mayonesa.

A pesar de que el maestro en clase trató de explicar su conformación molecular, nunca su padre pudo estar seguro de dónde comenzaba y acababa su individualidad.

El niño contó en la mezquita que lo que les pareció sorprendente —tanto al padre como a sus compañeros— era cómo Hellmans parecía desafiar las reglas de la naturaleza que aprendieron a lo largo de aquel curso escolar.

El niño creía que en ese periodo de su infancia se sitúa el inicio del odio posterior del padre a todo lo que tuviera que ver con lo que suele conocerse como docencia.

En ese curso de biología asistieron a una suerte de homenaje a la muerte.

Los demás retoños que plantaron durante la primera semana de clase desaparecieron casi de inmediato. Salvo Hellmans, quien acompaña hasta ahora al padre del niño.

Que lo acompaña encerrado en un frasco que el padre consiguió varios años atrás en unas circunstancias que hasta ahora le causan cierta vergüenza.

Algunos de los compañeros del padre de aquel entonces mantuvieron durante algún tiempo los frascos ya vacíos, en los que habían colocado los frijoles o garbanzos que el primer día de clases les pidieron hacer germinar.

En aquella ocasión les solicitaron llevar durante las jornadas siguientes los implementos necesarios: el frasco,

los trozos de algodón y unas cuantas habichuelas. El maestro las llamó así, habichuelas, aunque eran libres de llevar cualquier grano factible de transformarse.

El maestro citó esa vez, quizá para que entendiesen de manera más clara sus intenciones, un versículo de la Biblia que algún tiempo después el propio padre descubrió como epígrafe de *Los hermanos Karamazov*, donde se dice algo así como si el grano no germina no germina y si germina sí germina.

El padre recuerda que no tuvo mayor problema con las tres muestras de frijol que encontró dentro de una bolsa colocada en la despensa de su casa. Tampoco con el trozo de algodón que sacó del botiquín del baño.

La dificultad la halló en encontrar el frasco adecuado para semejante experimento. No descubrió uno solo vacío en su casa.

En aquella temporada sus padres habían emprendido la peregrinación anual en busca del perdón de sus culpas. Se habían llevado en esa oportunidad a sus hermanos mayores. El padre por su corta edad debía esperar aún tres años más para unirse a ellos.

Sin embargo, esa ocasión fue especial, pues era la primera oportunidad que tuvo su única hermana de participar en aquella actividad, extenuante incluso para los adultos.

Primera y última ocasión, pues nunca más la volvieron a ver.

Desapareció en medio de la procesión. Su madre afirma que la imagen final que posee de su hija es donde aparece de espaldas dirigiéndose a comprar velas a un puesto cercano a la efigie principal del adoratorio que visitaban.

Cuando su familia partió, el padre no dejó el dinero necesario para afrontar los gastos propios de los días de ausencia. Tuvo por eso que robar de una casa vecina el frasco solicitado por el maestro.

En ese tiempo aún sostenía relaciones personales con una viuda que habitaba un pequeño cuarto situado en una azotea cercana. Pasó a verla antes de ir a la escuela. Haber tenido que ir a visitar a la viuda en aquella oportunidad es otra de las razones del odio, casi instintivo, que siente hacia los maestros.

Aquella mujer tenía casi todo dispuesto para habitar en una sola habitación. El padre recordaba que había una gran cantidad de libros en aquel cuarto. Demasiados para las condiciones de vida que aquella mujer sobrellevaba.

En una esquina había improvisado una suerte de cocina. Contaba con una hornilla eléctrica, dos ollas pequeñas y algunos productos envasados. Fue allí donde el padre encontró el frasco de mayonesa. Estaba a medio usar. Sin embargo, era perfecto para cumplir con el pedido del maestro de la escuela.

El padre aprovechó que la viuda aún no se había despertado del todo. El olor propio de su sueño invadía el ambiente. La mujer le abrió la puerta casi dormida y volvió de inmediato a la cama, desde donde musitaba frases que el padre no alcanzó a comprender. Aprovechó entonces la ocasión para llevarse a escondidas el frasco.

Antes de salir no se acercó a despedirse de la mujer. Era muy temprano. El niño señaló delante de todos nosotros que el olor que emitía la viuda a esa hora era penetrante. El padre tampoco deseaba, lo dijo el niño delante nuestro, enfrentarse al vaso con la dentadura que solía mantener al lado del colchón donde dormía. Al fin le robo algo, le dijo a su hijo que pensó en ese momento. Desde que la conoció intuyó que terminaría cometiendo una acción semejante.

Acabaría por despojarla de algún elemento que le perteneciera. Desde el comienzo de su relación sintió que sólo mediante algún tipo de crimen terminaría restituyendo una suerte de equilibrio que sentía esa misma relación había destituido.

En ese momento no lo podía saber, pero se trataba de la rehabilitación de un orden similar al que parece buscar Hellmans, dentro de su frasco, al retorcerse y dar frutos tan ambiguos que es imposible saber a qué generación pertenecen.

El padre bajó las escaleras llevando el frasco dentro del maletín escolar. El odio hacia el maestro se iba acrecentando a medida que se acercaba al centro de estudios.

El padre le dijo al niño en una ocasión que sólo ahora comprendía que posiblemente era una suerte de intuición la que lo hizo prever que aquel educador iba a ser el causante de la existencia no sólo de un Hellmans encerrado de por vida, sino también del nacimiento de su nieta y de las dudas que iba a causar entre los demás la verdadera esencia de aquel retoño.

Aunque el niño creía que el motivo real de su odio hacia los sistemas clásicos de educación se originaba en haberse visto obligado a robar, a una pobre viuda además, un vil frasco de mayonesa.

No sé por qué te he contado esto. Empecé refiriéndome a mi hijo Tadeo, a su bautizo en la tekkia con el nombre de Abds Munir y acabé contándote uno de sus sueños místicos. Lo curioso es que ocurrió pocos días después de haber tomado la mano —de esa forma se denomina aceptar pertenecer a la orden.

Lo que en realidad te quería decir es que desde hace una semana estoy trabajando con un grupo de teatro. De alguna manera propicio que quienes conforman ese grupo encuentren sus propios textos. Cada uno ha aportado un fragmento de su historia familiar y juntos hemos logrado que eso adquiera cierta coherencia.

Me parece que la mayoría no puede creer en lo maravilloso del resultado.

Aparte, he recibido la invitación de un director de teatro francés, que vendrá a la ciudad a fines de julio, quien desea que haga el papel de un Dios con aspecto de *clochard*. Eso será durante los meses de agosto, septiembre y octubre.

También haré *Jacques el fatalista*, con Margo Glantz en escena. Esa puesta en escena la dirigirá Juliana Faesler.

Apareció el libro tuyo —tu traducción— de Frida, precioso, pocas veces he visto un volumen con un diseño tan perfecto. Sólo han llegado tres muestras, el ejemplar lo imprimieron, para no pagar impuestos, en un barco editorial anclado en aguas internacionales cerca de China.

Se trata de la edición en castellano, no sé dónde esté ahora la traducida, pero en ésta ya sale tu nombre en los créditos. Te mandarán libros cuando llegue la remesa completa.

También le pedí a Mathias Ohriel que te envíe un ejemplar de *The men under construction*.

Pero la más importante, creo, es mi edición de *Jeu de dames* en Gallimard, impresionante.

¿Todo esto para qué?

Seguramente para comprar la cuerda más valiosa que encuentre en el mercado, me la amarre al cuello antes de

realizar el pequeño paso para probar, en mi cuerpo, los procesos finales de la vida.

Lástima que no tengas tiempo de venir ahora. Un viaje semejante puede ayudarte, quizá, en tus ideas sobre la resurrección de la carne.

Siento que haya tenido que rechazar una oferta como la de NYU. Es que todavía no tengo fecha para la operación de los ojos.

Resulta que será una operación algo delicada porque veinte años atrás me intervinieron los ojos con bisturí. En esa época no aplicaban los rayos láser en ese tipo de intervención. Pero antes de descubrir nada y de internarme en algún hospital, estaré muy contento con Tadeo acá en la casa.

Ya casi no tengo efectos secundarios de las pastillas.

Creo que al fin encontraron, después de tantos años de búsqueda, la fórmula perfecta. Además, lo acabo de constatar con mi médico Arturo Galindo, mis niveles están en un grado asombrosamente alto.

Casi todo marzo estaré en Francia: dedican la Feria del Libro de París a México.

Los misterios se hacen cada vez más insondables.

La escena del perro que mencionas, la que ocurrió cerca de tu casa en la que un bull terrier atacó de manera casi salvaje a una transeúnte, se congela en colores ocre. Yo tengo escrita una secuencia que involucra a un perro en un parque de Nueva York. Ignoro dónde se encuentra publicada, creo que en el libro *Flores*. Trata acerca de un tipo que acostumbra espiar a la hija de una amiga —con quien mantuvo una relación de una noche— cuando juega.

Aquel sujeto advierte en cierta ocasión que la niña encuentra un jack russell terrier perdido, que camina arrastrando su correa. La niña la toma. Busca al dueño. El tipo sospecha que la niña no quiere hallarlo porque intuye que desea quedarse con el animal. Le pregunta al amigo de la madre —a quien no conoce— si el perro es suyo. El hombre le dice que sí, toma al animal y se lo lleva algunas cuadras antes de abandonarlo.

Me despedí rápidamente del estudiante al que me referí con anterioridad. El que te mencioné, aquel que conoces —quien hizo una intervención sobre lo político en mi obra en la universidad de Brown—, con el cual iba a desayunar para después ir a una cantina y luego a un hospicio donde me querían entregar una perra de ojos verdes.

Aquel día, el del encuentro con el estudiante de Brown, comenzó temprano.

Como lo sabes, quedé muy triste cuando me hablaste de Montauk, del hotel de invierno, de las chimeneas encendidas, con la playa con el mar embravecido y casi no distinguible por la bruma.

Imaginé la habitación que me describiste con ventanas altas, entrepaños, alfombras, cojines, almohadas encima de almohadas, y una pequeña mesa de madera en un rincón.

El estudiante de Brown no había dormido en toda la noche y llevaba todavía en el cuerpo los efectos de los éxtasis y demás enervantes que había consumido hasta unas horas antes. Todo empezó muy pronto a salir mal. Es decir, fuera de orden. Pero por alguna razón era perfecto que las cosas no fluyeran de la mejor manera. Desayunamos y después fuimos a una cantina que estaba clausurada. Yo tenía la cita unas horas más tarde para ver a la perra que ofrecían en adopción. Finalmente fuimos a ver al animal a un lugar desastroso, lleno de personajes oscuros y de perros en muy mal estado. Yo estaba mareado por efecto de los medicamentos y mi acompañante tenía muchas ganas de tomar una cerveza. Advertí en ese momento lo incoherente de mi actitud.

¿Cómo era posible, siendo una cita de despedida, visitar un lugar tan desagradable como un hospicio animal?

Cuando llegamos me ofrecieron una perra que se mostró tan traumatizada que no se dejaba tocar por nadie. En ese momento nos otorgaron, a mi compañero y a mí, la categoría de adoptantes, y de inmediato construyeron el imaginario de una vida ideal para los tres. El estudiante, la perra y yo habitando juntos.

Se nota que lo van a pasar de manera maravillosa, decían las mujeres encargadas. Mientras uno de ustedes hace una cosa el otro puede estar con la perra, y después pueden salir los dos a pasearla, continuaron.

Abandonamos casi de inmediato aquel lugar. Nos dirigimos a una piscina ubicada en el piso cuarenta de un hotel cercano. Permitimos que fueran desapareciendo poco a poco las imágenes del refugio. Tomé desde esa altura fotos con mi cámara de madera. Dejé a mi amigo en su hotel cuando ya era casi de noche. Durante la jornada había perdido una apuesta que hicimos sobre quién era el director de *El gabinete del doctor Caligari.* Por esa razón le debo hasta ahora una pestaña de coca. Antes de irse, me regaló la película *El hombre de la cámara*, de Ziga Bezla.

Yo, esa noche asistí a una cena que terminó a las seis de la mañana.

El joven estudioso, de quien me había despedido al atardecer, tenía planeado asistir esa misma noche a una fiesta erótica. Sabía que a esa hora, a las seis de la mañana, estaría despierto, y le envié un mensaje telefónico mandándole un beso. De inmediato me contestó que me enviaba dos con sal.

Dormí y horas después fui con Perezvón a esa suerte de paraíso de perros en que se convierte el campus de la Universidad Nacional los domingos.

La arquitectura del lugar es infinita. Perfecta para ser retratada con una cámara estenopeica —esta tarde me entregan las copias reveladas— y luego asistí a una comida donde Philippe Ollé-Laprune.

Tomé absenta, de la verdadera, la que hacen de manera casera y venden solamente en un bar escondido de Barcelona. La verde, la que no contiene anís. Después lo planifiqué todo para salir de búsqueda medio erótica más tarde, pero me quedé dormido apenas regresé a mi casa.

Me desperté temprano a la mañana siguiente. Llamé al médico para decirle que había hallado la fórmula para no sentirme tan mal, que consistía en saltarme una toma de las pastillas. Me dijo que esa solución no funcionaba, que antes que saltarse una dosis era mejor no tomar nada.

Esta mañana, al comenzar a escribir, seguí las órdenes prescritas por el médico. A ver qué sucede.

Hablé por teléfono con Tadeo. Va a participar en un seminario de varios días donde le van a enseñar a construir objetos voladores. Me dice que todavía no encuentra las palabras adecuadas en castellano para expresar lo que Edith Piaf quiso decir en sus canciones.

Mañana vienen de la televisión a entrevistarme.

Llega también la huésped de los muertos de Perú. No sé si sea bueno ir de viaje con ella. Quizá sí.

Avanza el *Tratado sobre Frida Kahlo*. Ahora le toca el turno al capítulo que habla del fascismo presente en mi familia. El supuesto fin de ese libro es realizar una biografía para jóvenes de la pintora. Tengo pensado comenzar el relato situándome en la junta de trabajo con los editores que me comisionaron el proyecto.

Es la primera vez que escribo por encargo, y no sé en este momento si voy a ser capaz de cumplirlo.

Creo que, como bien sabes, una de las características de mi escritura es precisamente no tener una conciencia clara de los proyectos que esté por llevar a cabo. De alguna manera dejo que las palabras fluyan y que sean ellas las que marquen los límites y rumbos de los textos.

Pero ahora me piden algo concreto. Hacer la biografía de alguien cuyos datos de vida son bastante conocidos. Lo único que solicité, luego de escuchar las condiciones del trabajo, fue una foto de la mujer a partir de la cual debía girar la narración.

Pasé luego algunas semanas pensando en el mito creado alrededor de Frida Kahlo.

Visité varias veces su casa. Lo hice con una cámara fotográfica con la que traté de reconstruir en algo el

espíritu de la época. Llevé conmigo mi cámara estenopeica, es decir, un instrumento de madera que como sabes en lugar de lente lleva una pequeña platina agujereada con la punta de un alfiler.

Tomé algunas fotos. Deseaba ver si, después de revelar las imágenes, encontraba algo que no hubiese sido encontrado por ningún biógrafo.

La cámara de madera captó distintas tomas de los jardines donde Frida Kahlo pasó buena parte de su vida.

Decidí mandar la imagen —la que me había enviado la editorial— a una serie de personas conocidas. Deseaba saber la opinión que podían tener los demás sobre la artista. Luego de algunas horas comenzaron a llegar las respuestas. Conservo de manera especial la que tú me enviaste. Me pareció curioso que no adoptaras una postura frente al fenómeno. En un principio me pareció que la compararías con uno de los monstruos que suelen aparecer en las gélidas costas de Montauk.

Aparte de la tuya, la mayoría de las respuestas resultaron obvias. Me hablaban de una pintora casada con Diego Rivera, que vivió gran parte de su vida en Coyoacán. De una mujer que sufrió polio durante la infancia y que tuvo un grave accidente durante su juventud. Que desarrolló una obra pictórica peculiar, por medio de la cual renovó de alguna manera lo considerado como mexicano.

Me informaron asimismo que tuvo una decidida militancia política de izquierda, que sufrió un sinnúmero de operaciones sumamente dolorosas, que se hizo adicta al Demerol y que tuvo, a lo largo de su vida, una serie de amantes, tanto hombres como mujeres. Incluso alguien me contó que una de ellas se suicidó frente a su cama de enferma. Pero la respuesta más curiosa fue la que me informó que la mujer de la imagen se encontraba con vida. Se trataba de alguien que habitaba en un alejado poblado y poseía un pequeño puesto en el mercado.

En un primer momento no creí en semejante información. Todos sabían que Frida Kahlo había muerto en el año de 1954. Que fue velada en el Palacio de Bellas Artes, que su féretro estuvo envuelto en la bandera del Partido Comunista y que luego su cuerpo fue incinerado. Algunos testigos afirman que, en medio de las llamas, el cuerpo se sentó y alcanzó a alzar un brazo.

¿Crees que tenga derecho, después de lo que te he contado, para dejarlo todo e irme a acostar con la televisión encendida en un programa cualquiera?

Quizá algún día encuentre a alguien que se haga cargo de mis decisiones.

¿Qué pasaría si uno al otro le dijera siempre la verdad?

Deseo contarte nuevamente el encargo que recibí para hacer el *Tratado sobre Frida Kahlo*.

El fin de este libro era realizar una biografía para jóvenes de la pintora Frida Kahlo. Tenía pensado comenzar el relato situándome en la junta de trabajo con los editores que me comisionaron el proyecto. Es la primera vez que escribo por encargo, y no sabía en ese momento si iba a ser capaz de cumplirlo.

Una de las características de mi escritura es precisamente no tener una conciencia clara de los proyectos que esté por llevar a cabo. De alguna manera dejo que las palabras fluyan y que sean ellas las que marquen los límites y rumbos de los textos. Pero ahora me solicitaban algo concreto: hacer la biografía de alguien cuyos datos de vida son bastante conocidos. Lo único que solicité, luego de escuchar las condiciones de trabajo, fue una foto de la mujer a partir de la cual giraría la narración.

Desde ese momento pasé algunas semanas pensando en el mito creado alrededor de Frida Kahlo. Como señalé, visité varias veces su casa. Lo hice con una cámara fotográfica con la que traté de reconstruir en algo el espíritu de la época. Llevé conmigo una cámara estenopeica, es decir, un instrumento de madera que en lugar de lente lleva una pequeña platina agujereada con la punta de un alfiler. Realicé varias fotos. Deseaba ver si, después de revelar las imágenes, encontraba algo que no hubiera sido expresado por ningún biógrafo.

La cámara de madera, la cual cargué con rollos de colores, captó distintas tomas de los jardines donde Frida Kahlo pasó buena parte de su vida.

Decidí enviar la imagen —la que me había entregado la editorial— a una serie de conocidos. La mandé por correo electrónico. Deseaba saber la opinión que tenían sobre la pintora. Después de algunas horas comenzaron a llegar las respuestas. Como te conté, la mayoría de las respuestas fueron obvias. Me hablaban de una pintora casada con Diego Rivera que vivió en el barrio de Coyoacán. Que sufrió de polio durante la infancia y tuvo un grave accidente en la juventud. Que desarrolló una obra pictórica peculiar, por medio de la cual renovó de alguna manera lo considerado como auténticamente mexicano.

Me informaron asimismo que tuvo una decidida militancia política de izquierda, que sufrió un sinnúmero de operaciones dolorosas, que se hizo adicta al Demerol y que tuvo, a lo largo de su vida, una serie de amantes, tanto hombres como mujeres. Incluso alguien me contó que una de ellas se suicidó frente a su cama de enferma.

Pero la respuesta más curiosa fue la que me informó que la mujer de la imagen se encontraba con vida. Se trataba de alguien que habitaba en un alejado poblado y poseía un pequeño puesto de comida. En un primer momento no creí en semejante información. Todos sabían que Frida Kahlo había muerto en el año de 1954. Que fue velada en el palacio de Bellas Artes, que su féretro estuvo envuelto en la bandera del Partido Comunista, y que luego su cuerpo fue incinerado.

Algunos testigos afirmaban incluso que, en medio de las llamas, el cuerpo se sentó y alcanzó a levantar un brazo.

Sus cenizas hoy se encuentran en la Casa Azul de Coyoacán, me dijeron también.

No me pareció creíble la información que recibí sobre la supuesta existencia actual de Frida Kahlo atendiendo un puesto de comida. Sin embargo, me atrajo la idea de que alguien pudiera seguir vivo a pesar de su muerte. De cierta manera, una posibilidad semejante tiene que ver con determinado pensamiento místico, el cual afirma que la realidad es inmanente y se viven en simultáneo todos los tiempos y todos los espacios.

Me tentó entonces sobremanera la idea de hacer la biografía de una persona viva antes que de una muerta.

Decidí ir a buscarla. No tenía una idea clara de lo que podía encontrar. Solicité datos del lugar donde supuestamente habitaba. Pedí que situaran con precisión el poblado en el que afirmaban se encontraba el puesto donde vendía comida.

Compré una serie de mapas de camino y preparé mi pequeño auto para el viaje.

Deseaba que fuera conmigo mi perro, Perezvón, un border collie sumamente listo que casi siempre se encuentra a mi lado.

Al ver a Perezvón acostado junto a mi mesa de trabajo, pensé en la gran cantidad de perros que aparecen en las pinturas de Frida Kahlo. Casi siempre se trata de xoloitzcuintles, el perro sin pelo americano, que no sólo están presentes en los cuadros sino la misma Frida Kahlo poseía varios ejemplares en su casa. Existe la anécdota de que, en cierta oportunidad, Diego Rivera le dio una tremenda golpiza a uno de ellos por haber orinado sobre un óleo que el artista no había terminado todavía de pintar.

Decidí también ilustrar la travesía. Quise hacer un registro gráfico desde el momento en el que abandonaba mi casa hasta el instante en el que encontrara a esta mítica Frida Kahlo. Deseé realizar el registro por medio de la fotografía. Fue precisamente ése el momento en que decidí buscar la cámara de mi infancia.

Recordé que en el año de 1968, me regalaron en la navidad una cámara Diana de plástico.

Era azul y negro. Nunca fue revelada ninguna de las fotos que tomé en aquella ocasión. Era tan complicado su funcionamiento —a pesar de tratarse de un artículo vendido como juguete— que era casi imposible colocar los rollos o impedir que se velasen. Es por eso que la acción de tomar fotos se limitó en esa época a una suerte de simulacro.

Sin embargo, yo sabía —lo descubrí después de los años — que a partir de esa práctica en apariencia inocua yo había estado formando algo así como una *realidad fantasma*. Un espacio donde las normas eran otras. Tan ajenas a las habituales que se creaba incluso en ese momento de mi madurez la posibilidad de ir detrás de una especie de mujer muerta en vida. Tras una Frida Kahlo cuyo cuerpo no había sido realmente incinerado, sino que se dedicaba a atender un puesto de mercado.

Es de ese modo cómo a fines del año pasado tomé mi auto, a Perezvón y salí a la carretera. Como sabes, no iba a un destino incierto. Deseaba descubrir el misterio de una Frida Kahlo que en apariencia había continuado existiendo después de su muerte.

Rápidamente resolví algunos asuntos pendientes relativos a mi trabajo. Asimismo llevé el auto al taller para que lo sometieran a una revisión, y a Perezvón al veterinario para un chequeo de rutina. Días después, por fin, fui tras el rastro de aquel personaje, del que me habían informado a través del internet.

El auto en el que viajaba era un Chevy del año 2000. Era negro, austero, práctico. Esperé llegar a una parte alta del camino para detenerme a desayunar. En esa zona era posible ordenar caldos de hongos silvestres y tortillas de maíz rellenas de flores. Bajé del auto acompañado de mi perro. Su nombre, Perezvón, proviene de un libro de Fiodor Dostoievsky. En algunas escenas de *Los hermanos Karamazov* aparece un perro con ese nombre. El animal es sumamente inteligente. Acompaña a uno de los personajes

del libro, Illiusha, durante su agonía. El perro parece saber que el niño está desahuciado. Realiza para él una serie de maromas que logran hacer de la agonía un trance armonioso.

A mi Perezvón lo conseguí después de una serie de pesquisas, que realicé para saber cuál era la raza más comprometida con su amo. El nombre lo había escogido desde algún tiempo atrás, cuando advertí que necesitaba un animal a mi lado que hiciera más amables los trances finales o las enfermedades de sus dueños. Algo similar debe haber pensado Frida Kahlo al tener en la Casa Azul tantos animales. Poseía incluso una pequeña venada. En una de sus pinturas la representa con la cabeza de la propia pintora y el cuerpo del animal tasajeado de flechas.

De todas las personas que conozco sólo tú supiste de dónde provenía el nombre del perro. Creo que es absurdo decírtelo, pero quiero expresar aquí que te conocí durante un viaje. Lo último que supe de ti es que ibas a internarte en la selva amazónica.

Hace poco advertí que sólo hemos estado juntos en una ocasión.

Nos conocimos en una cena llevada a cabo en un restaurante de comida oriental. Después caminamos juntos por calles mal iluminadas. Asistimos luego a una fiesta. Sin embargo, ese tiempo ínfimo se convirtió para mí en algo infinito. No el recuerdo de tus tenis blancos ni la túnica negra que suelo utilizar. Tampoco la conversación sobre un

circo ambulante —historia presente en el libro que acababas de publicar— que sostuvimos durante nuestra caminata. Nada externo tuvo importancia.

“La configuración del límite entre lo impostado y lo real es lo único que debe importar”, me dijiste antes de la despedida.

A la sombra de estas palabras. ¿Podré ver, a pesar de las imágenes, tanto gráficas como literarias creadas alrededor de ella, a la verdadera Frida Kahlo? ¿Podré saber yo quien eres en verdad tú, a pesar de las conversaciones que hemos sostenido por correo sobre san Juan de la Cruz, santa Teresa, y sus estudios rigurosos sobre la Resurrección de la Carne?

Ese límite —la ignorancia del otro a pesar de haber tocado puertas aparentemente íntimas— debe ser algo así como una superficie que delinea la totalidad de lo visible. Como las claves de acceso para la bóveda de algo que sólo puedo denominar como *el clima del alma*. Quizá tanto en mi experiencia contigo como en la historia montada alrededor de Frida Kahlo hubo demasiado *clima del alma* puesto al descubierto.

La noche anterior a la partida en el Chevy acompañado de Perezvón, soñé que me encontraba en una playa en la que se encontraba una casa. El cielo estaba saturado —hasta el exceso— de estrellas. Aparte de la cantidad de estrellas me pareció entrever algo extraño en el panorama. Admirar un lugar paradisiaco conformado todo de luz era

como apreciar el alma levantándose de su deseo y conciencia. Fue como creer que el final, la muerte, se encontrara ya a la vista, lo que me permitiría tener la sensación material de estar presente en varias realidades al mismo tiempo.

Estoy seguro de que esa sensación —de habitar al mismo tiempo una serie de mundos— es la que me va a permitir escribir la biografía de una mujer que para algunos está muerta y viva para otros. Es posible que el camino de los que se encuentran en una suerte de más allá no definido —situación de difuntos que no se terminan de ir — es la que podemos encontrar tanto en Frida Kahlo, como en la mujer que posee un puesto de comida en el mercado, como en mi encuentro contigo, como en mí mismo.

Puede resultar difícil describirlo. Trabajoso tratar de encadenar lo específico de una secuencia determinada. Quizá sólo sea posible atisbar únicamente ciertas fases del proceso. La bata que utilizaba Frida Kahlo para pintar, el borde del vaso donde tomaste un sorbo de agua y yo fotografié, la mirada atenta de Perezvón. Es posible que sólo sean manifestaciones de un *más allá indefinido*, que el ojo humano está incapacitado de captar. La cámara de fotos, y más aún si se trata de una de juguete, quizá pueda descubrirnos algo, aunque no estoy muy seguro de que esto suceda.

Un alma imperativa —la de la mujer de la imagen que debía reconstruir sin duda lo era— suele tener como característica principal que el comienzo de su camino acostumbra estar preso de accidentes y de sensualidad.

Pero a medida que va avanzando —envejeciendo— es capaz de llegar a un estado de calma, mediante el cual puede reconciliarse con cierta plenitud, que es la única posibilidad de traer consigo su propio Oriente, como dirían ciertos místicos de la antigüedad.

Mientras pensaba en estas vaguedades, los lados de la carretera me mostraban amplios horizontes. Me detuve nuevamente en un restaurante. Caminé hacia el salón. En términos generales había un sol resplandeciente, cálido, pero las zonas de sombra estaban congeladas. Era radical el cambio de temperatura que había entre un extremo y otro de la mesa. Perezvón buscó un rincón asoleado.

El restaurante se encontraba rodeado de montañas. La mesa que elegí miraba hacia el sur. Detrás de los picos que podía observar, existe un pequeño poblado donde vive un escritor que conozco. En aquel poblado se utiliza una antigua lengua proveniente de otro continente. Se trata de una comunidad de habitantes del véneto, de donde mi familia también es originaria.

Ese escritor —romántico puede ser un buen término para describirlo— ha ganado algunos concursos literarios y publicado textos en la tierra de origen de sus ancestros. Aquí habita confinado en una comunidad de inmigrantes cuya mayoría se dedica a fabricar quesos y mantequilla.

Para tener libres los establos de roedores, la única raza de perro permitida en la comunidad es una especie de terrier denominado ratonero. Están prohibidas todas las

demás variedades caninas. Se piensa que así se evitan los cruces indebidos, lo que daría como resultado la proliferación de perros callejeros. Cada casa, cada establo, cada negocio, cada institución, cuenta con un perro ratonero en la puerta.

Mientras me dispongo a subir al auto nuevamente, una mujer se acerca para ofrecer unos pastelillos que asegura acaba de hornear. Estoy a punto de aceptarlos. Los rechazo con un gesto. Miro a la mujer y constato, como es obvio, que no se trata del personaje que estoy buscando. Voy detrás de una Frida Kahlo con vida. Recuerdo vagamente fragmentos de un poema de T.S. Eliot, donde una voz asegura que ha cometido fornicación, pero se disculpa afirmando que ocurrió en otro país y, además, la mujer ya está muerta. Me alejo de la vendedora, quien ha colocado su cuerpo a un lado de la carretera. A contraluz. Al irme alejando me ofrece sólo la espalda. Seguramente la mujer retratada por el poeta —extranjera y muerta— tomaría una actitud semejante frente a quien revelara en público un secreto tan personal.

Frida Kahlo, de alguna manera, se trataba también de una mujer extranjera. Muerta además. Falleció no solamente en el año de 1954, cuando fue velada y cremada en una funeraria del centro de la ciudad, sino tuvo una especie de primera muerte en 1926, durante el accidente que sufrió, cuando según los dictámenes médicos era casi imposible que hubiese sobrevivido. Podía tratarse de una mujer extranjera porque su padre provenía del Imperio austrohúngaro y entre ellos se comunicaban en alemán. Extranjera y muerta, dos elementos capaces de hacer público cualquier clase de secreto. Frida Kahlo parece que

lo intuyó. Ambas características le dieron la opción de vivir como si ya la vida no existiera. Le otorgaron algo así como un derecho que le permitió reconstruirse una y otra vez hasta hacer de ella una suerte de mujer-monstruo. Un despojo de tu playa preferida de Montauk.

Una vez que Perezvón se ha acomodado nuevamente en el asiento trasero, decido hacer otra parada en el camino y visitar al escritor que acostumbra expresarse en véneto.

En cierta ocasión este escritor me habló del cementerio de la comunidad. De un camposanto que cuenta con una zona dedicada a los mártires del fascismo, del *fascio* como les llaman, que es la ideología que imperó durante generaciones en buena parte de los habitantes de esa comunidad.

Es algo extraño imaginar que en las llanuras del centro de México exista un cementerio con estas características. Pienso en la postura política de Frida Kahlo. En la época de su militancia no creo que haya sabido de la presencia de células fascistas a menos de 200 kilómetros de su casa.

¿Qué habría hecho de saberlo? ¿Hubiera convocado a los miembros de su partido para hacer desaparecer a los integrantes de una comunidad que no hablaba casi el español?

Mi propia familia era fascista. Huyó de Italia poco después de la caída del *Duce* Benito Mussolini. Mi madre lleva incluso el nombre de su hija: Edda.

Jamás, ni siquiera varias generaciones después, sus miembros han dado muestras de abandonar esta ideología. Una vez que escaparon, la pudieron poner en práctica en el país sudamericano al que arribaron.

Tengo recuerdos de infancia, de conversaciones familiares sostenidas para adaptar estrategias de aplicación de ideas fascistas en la nueva realidad donde habitarían. Mi abuela acostumbraba repetir largas diatribas acerca de la existencia de razas inferiores y, a veces, las demostraba frente al personal que atendía la casa familiar.

La foto del *Duce* Mussolini siempre se mantuvo en un lugar principal. De vez en cuando, mi madre y sus hermanas ponderaban lo apuesto de su porte. A veces vi a mi abuelo hablando a solas con aquella foto. En ciertos momentos de aquellas insólitas conversaciones solía mostrarle el dedo índice de la mano derecha. Se lo había destrozado adrede. Inmediatamente después del linchamiento de Mussolini colocó su dedo en un yunque y le pidió a un compañero que descargara el martillo sobre él. Mi abuelo hizo luego lo mismo con el dedo de su compañero. De esa forma lograron hacerse pasar por heridos de guerra, como miembros del bando contrario para escapar del país.

Mi abuelo murió cercenado. A Frida Kahlo le fue amputada una pierna. Una diabetes obligó a los médicos a operar a mi abuelo. Primero fue una pierna. Luego la otra. Tiempo después los dos brazos. Aparte de esa enfermedad, un desorden en la circulación pareció afectar su capacidad

mental. El proceso fue largo, como extenso fue el tiempo que Frida Kahlo tuvo que soportar el dolor que le ocasionaba la recuperación de sus distintas operaciones. Mi abuelo vivió casi veinte años mientras iba siendo despojado de sus miembros. Permaneció casi todo el tiempo en la cama. Frida Kahlo hizo instalar en su propia cama un dispositivo para pintar mientras se encontraba sin poder levantarse. Pidió además que colocaran un espejo en cenital para apreciar en su rostro el paso de los minutos que duraban sus recuperaciones.

Mi familia estuvo en quiebra por mucho tiempo. Sobre todo durante la llegada de la nueva realidad. Poco después logró recuperarse, pero los años de instalación en el nuevo país arrastraron consigo las miserias de la posguerra. Uno de mis tíos, hijo de mi abuelo, inventó cuando ya era adulto y mi abuelo un anciano un medio de transporte para el eventual traslado del enfermo de su habitación a la estancia principal.

En el año de 1953, Frida Kahlo asistió, acostada en su cama de enferma, a su primera exposición individual. La cama fue cargada como si se tratara de un féretro. Para el traslado del abuelo, mi tío le adaptó a una silla de madera normal unas pequeñas ruedas de carropatín. El ruido que hacían era minimizado por un extraño sonido, *chichu, chichu*, que expresaba mi abuelo con la boca mientras era transportado.

Una vez en la sala era depositado en un sofá amarillo colocado al lado de la ventana que daba a la calle. Desde su posición se alcanzaban a ver las copas de los árboles que

crecían en el parque frente al cual el departamento se encontraba situado. Las ventanas estaban cubiertas la mayor parte del tiempo con persianas de metal.

Recuerdo que también había otra foto del *Duce* en el departamento. Existía una muy pequeña en la mesa de noche del abuelo.

Entre otros asuntos relacionados con esos años, quizá el más desagradable fue apreciar a la abuela acusar a los miembros de la familia de sentir atracción sexual unos por otros. Más de una vez nos incriminó de cometer incesto. Es curioso, pero nadie en ese tiempo pensó que la abuela pudiera sufrir algún tipo de perturbación mental. Algunos achacaban lo extraño de su carácter y de sus acciones al agotamiento que significaba velar por el bienestar de su marido enfermo. Parece que se sentía con el poder de exigir a los demás miembros de la familia una especie de pago por el sacrificio que estaba realizando. La abuela no deseaba la ayuda de nadie. Se negó a la presencia de otra persona para cuidar al enfermo. Algunos años atrás, mi abuelo había llevado a la casa a una muchacha que su familia le encomendó durante uno de los viajes de trabajo que solía realizar.

Antes de enfermar, el abuelo se dedicaba a visitar distintas regiones del país para vigilar el funcionamiento de la red de plantas de luz. Había aprendido, en sus tiempos pasados en la juventud fascista, el oficio de técnico en electricidad. La abuela nunca permitió que esa muchacha ingresara en la habitación del enfermo, pues pensaba que podía existir un interés de orden erótico. Compró incluso

una vara en el mercado con la que acostumbraba someter a la joven a una serie de castigos físicos.

Frida Kahlo descubrió en cierta ocasión que su marido, el pintor Diego Rivera, mantenía relaciones sexuales con su hermana más querida. Habían crecido muy unidas. Pidió el divorcio. Años después, Frida Kahlo se casó con ese pintor nuevamente.

Perezvón, acomodado en el asiento trasero, se quedó profundamente dormido hasta que llegamos a la comunidad donde habitaba el escritor véneto. El Chevy tomó un sinnúmero de pendientes y subidas. La carretera había sido construida paralela a varios precipicios.

Aquel poblado de origen véneto es más limpio que los que se levantan a su alrededor. El guardia del cementerio, que no es originario de la región, nota que en aquel camposanto suceden cosas extrañas. Me lo dice cuando lo visito.

He llegado esa misma tarde, me he instalado junto a Perezvón en el hotel Venecia —que curiosamente admite perros en sus habitaciones— y he ido a la casa del escritor, quien está conmigo en el momento en el que habla el guardián del cementerio.

Aquel guardián me informa que casi todos los fallecidos son personas jóvenes, quienes mueren de males no muy frecuentes en el resto de la región. Muchos de ellos presentan síntomas virales, fiebres altas, que terminan causando intempestivos decesos. Otros caen en estados

depresivos severos que los hace ver ante los demás —antes de ser colocados en su respectivo ataúd— como una suerte de alma en pena. Algunos comienzan a presentar los ojos transparentes o las pieles empiezan a perder pigmento. Al momento de escribir los nombres en las tumbas, deben ser las mismas familias quienes repiten al enterrador, una por una, las letras de aquellos nombres tan ajenos a la tradición del país.

Duardo es el nombre del escritor. Ha publicado, como lo sabes, algunos libros en véneto y ha logrado crearle una grafía al dialecto, que hasta hace poco era expresado sólo en forma oral. La basa en elementos del español. A partir de este trabajo ha contribuido a crear una polémica con los hablantes de véneto europeos, pues su grafía está tomada del italiano. La comida más apreciada de la zona es el conejo con polenta.

Conigili gigante. Recuerdo una plaquita de metal de la infancia que tenía estas palabras. Me habían comprado dos conejos. Mi padre les construyó una jaula y le pedimos al abuelo que, curiosamente con un yunque y con un martillo parecidos seguramente a los utilizados para destruirse el dedo, esculpiera esas palabras en una pequeña placa.

¿Frida Kahlo nunca supo lo que se estaba gestando en estas montañas mexicanas? Según dicen, en esa época el poblado era sumamente rudimentario. Las familias se transportaban en carretas haladas por mulas, y la correspondencia demoraba varias semanas. Algunos habitantes regresaron en ese tiempo a Italia. Algunos no volvieron de la guerra. Muchos de aquellos ausentes son

precisamente los héroes que aparecen en las lápidas del cementerio.

Mi estancia en el poblado fue relativamente corta. Sólo dos días. Me llamó la atención lo simple y cómodo del hotel. Me sorprendió, repito, que me aceptaran con Perezvón, y que no pusieran reparos en que pagase justo al abandonar la habitación.

Antes de partir, la familia del escritor Duardo prometió matar un conejo para mi próxima visita. Imagino a mi propia abuela con los conejos prendidos de las orejas a los cordeles donde se tendía la ropa. Dándoles con un *piolet* —especie de martillo— un golpecito en la nariz que los dejaba muertos al instante. Pienso en la pintura *La venadita* de Frida Kahlo.

El cuerpo de animal luciendo la cara de Frida Kahlo con una serie de flechas atormentándolo.

Llegué varias horas después a la ciudad donde me anunciaron que existía viva una tal Frida Kahlo, quien mantenía un puesto de comida en un poblado cercano. Lo primero que me sorprendió fue un graffiti de Lenin pintado en una de las paredes del centro llamando al despertar social del pueblo. Estaba anocheciendo. Tuve el deseo de permanecer unos días en aquella ciudad. No quería ir directamente donde la Frida Kahlo que me habían anunciado.

La imaginé como una persona real desde cuando me hablaron de ella por primera vez. Intuí que se levantaba muy temprano en la mañana y que dedicaba más de dos horas en acicalarse. Acicalarse es la palabra adecuada, pues preparaba una tina donde hervía agua con flores; se untaba aceites en la piel y en la cabellera; se hacía complicados peinados, trenzas. Planchaba luego sus huipiles y al final, antes de salir a la calle, engarzaba una serie de flores a su tocado. Presiento que se desplazaba con cierta dificultad. Le costaba algo de trabajo ponerse de pie. Una vez que despertaba debía esperar cerca de quince minutos, inmóvil, para tener la certeza de que se encontraba con vida. En el techo de la cama contaba con un espejo. Muy parecido al que tenía colocado la otra Frida Kahlo. Lo primero que miraban ambas al despertar era entonces su propia imagen.

Frida Kahlo iba reconociendo, poco a poco, sus facciones. Su cabellera sobre la almohada. Se solían oír en aquellos momentos algunos sonidos. Aves, gallos que cantaban en corrales vecinos. Se escuchaba también el megáfono con el que contaba la alcaldía del poblado donde se encontraba situado el puesto de comida. Por medio de aquel aparato se felicitaba a todos los que ese día cumplían años.

El cuarto de Frida Kahlo estaba repleto de objetos. En un rincón se encontraban colgados sus vestidos. En un jarrón se mantenían frescas las flores que ese día iba seguro a colocar en su pelo.

Antes de acostarse había dejado agua fresca en una palangana, y colocado al lado una tela blanca de algodón.

Cuando ya estaba en condiciones de hacerlo se ponía lentamente de pie. Caminaba unos cuantos pasos. Los primeros eran los más difíciles. Luego de las abluciones se sentaba en una esquina de la habitación.

Había en la estancia un espejo de cuerpo entero, en cuya luna se encontraba escrito un poema. Ese texto no mencionaba a mujeres muertas, con las cuales se solía cometer estupro en el extranjero, sino de la inconsistencia del tiempo.

Frida Kahlo ignoraba quién lo había elaborado. Lo descubrió cierta mañana trazado en la luna y no quiso preguntar de dónde había surgido.

Frida Kahlo lo mantuvo como aparecido de la nada. Sin embargo, lo leía cada mañana como si no lo conociera. Se vestía. Se colocaba la falda larga, el huipil, insertaba las flores al tocado. Se maquillaba los labios, los ojos, las cejas. Se colgaba los aretes e iba acomodándose la docena de collares que usaba diariamente.

Vivía sola. Nadie podía ser testigo de sus transformaciones. Aquel cuarto decorado constituía toda su vivienda. Sus cosas se encontraban todas allí presentes, completas, a la vista y al alcance de la mano. En una esquina de la habitación estaban colocados los

implementos que necesitaría para la compra diaria. Había allí una gran bolsa de material sintético, un monedero.

Frida Kahlo les había contado, a sus colegas del mercado principalmente, que estaba juntando dinero para comprar un terreno y montar allí una especie de zoológico. Deseaba convivir con animales. Quería un mono, una guacamaya, un venado, un pavo real y varias iguanas. Pero, sobre todo, anhelaba tener una gran cantidad de perros xoloitzcuintle.

Llegué a la ciudad precisamente cuando se preparaba para celebrar la navidad. Las calles estaban repletas de personas. En los negocios la gente hacía largas colas delante de las cajas de pago.

Además, la ciudad parecía apurarse en terminar las actividades que habían quedado pendientes a lo largo del año. Aparte de poner en remate los excedentes, se organizaban celebraciones públicas: comparsas, pasacalles, exposiciones de arte. El mismo día de mi llegada acudí a una insólita procesión ¿pagana? Un hombre desnudo presidía a un grupo de feligreses vestidos con ropas invertidas a las de su sexo. Si eran hombres vestían como mujeres y si mujeres como hombres.

En ciertos autorretratos, Frida Kahlo realiza un ejercicio similar y aparece, más de una vez, con ropas masculinas. Al avanzar, la caravana iba desenrollando una interminable tela roja sobre el piso empedrado de la ciudad. La

procesión terminaba ante las puertas cerradas de un templo católico.

Las siguientes jornadas fueron de espera y de vigilia. Se estableció a mi alrededor una especie de tiempo muerto, en el cual iban disminuyendo las actividades habituales y todo parecía concentrarse en las celebraciones cercanas. Me pareció más fácil obedecer ese orden e incluso celebré, en compañía de algunos conocidos, la nochebuena. Nos organizamos alrededor de una mesa colocada al aire libre. Estuvieron presentes —sin duda se trató de una reunión peculiar— un maestro japonés, un artista visual meridional, dos educadoras nórdicas y una familia de la localidad, compuesta por una madre y ocho hijas pequeñas. Una de las educadoras nórdicas me obsequió la miniatura de un león de plata.

Esa noche me acosté minutos después de la medianoche. Perezvón lo hizo, como siempre, al pie de mi cama. Escuché a lo lejos el estruendo de los fuegos artificiales. Músicas diversas, entreveradas por la distancia. A través de la ventana de la habitación pude ver el cielo alumbrado por una gran cantidad de estrellas. No había luna. Recordé el sueño que había experimentado meses atrás, durante la época en que recibí el encargo de hacer una biografía sobre Frida Kahlo.

La ausencia de luna me permitió apreciar de una manera más intensa el resplandor que producía la saturación de estrellas. Se trataba de un destello que podría considerarse de baja intensidad pero que, sin embargo, se mantenía en forma constante.

Horas después, cuando comenzó la calma posterior a la fiesta, salí de la casa antes de que amaneciera. Subí al Chevy y prendí la luz interior del auto. Miré el mapa que había conseguido unos días antes. Allí estaba marcado —lo había señalado yo mismo con mi pequeña pluma fuente Inoxcrom— que debía tomar una carretera secundaria que nacía en determinado cruce de caminos. La señal del cruce de caminos lo indicaba un motel llamado Punto G.

No realicé esta última etapa de mi viaje acompañado de Perezvón. La gente de la zona parecía temerle a los perros. No quise estropear la primera cita. El poblado apareció después de más de dos horas de recorrido. A lo largo del viaje había leído una serie de carteles que anunciaban que la carretera era sinuosa.

A mitad de camino tuve que pasar por un poblado dedicado a la experimentación con hongos y raíces alucinógenas. En aquella población todo parecía estar en orden, salvo los anuncios pegados en las vidrieras de los negocios que ofrecían *tours* con distintos tipos de sustancias. Detuve el auto. Tenía sed. Me llamó la atención que en el ambiente de ese poblado no quedara ninguna huella de los estados alterados que se vivían en forma cotidiana. Como señalé, todo estaba en orden. Entré a una cantina, pedí una Coca Cola y subí nuevamente al auto. Continué con el camino. Repito, no percibí nada fuera de lo normal.

Cuando llegué al poblado que estaba buscando, lo primero que quise visitar fue el mercado. Fui al área donde estaban instaladas las vendedoras de flores. Compré algunos ramos, y luego les mostré a las vendedoras la imagen de Frida Kahlo que me habían entregado en la editorial. La miraron fijamente y luego se la fueron pasando una a otra. Sonreían con malicia. Finalmente me la devolvieron y me pidieron que volviera por donde había venido. No creían que esa mujer, la de la foto, estuviera disponible para ningún foráneo. Me dijeron que había tenido problemas con las juntas del mercado, con las autoridades, con los curas. Lo mejor era no visitarla, me advirtieron. Si quería comer algo había otros puestos disponibles. No siga su viaje, se atrevió a decir alguna.

Aquella reacción me pareció estar enmarcada en cierto esquema regular presente en algunas obras literarias. Siempre parecía existir en algunos relatos un lugar intermedio donde el viajero es advertido de no proseguir con la travesía.

Quizás algo similar hubiera sucedido en los años cuarenta si algún foráneo hubiese querido visitar a Frida Kahlo. En esa época casi nunca se encontraba sola y la mayoría de las veces resguardada. Para acceder a ella se debía pasar antes por otras personas. Cuando llegó André Bretón, por ejemplo, tuvo que ser el poeta César Moro quien le sirviera de guía. Lo mismo —la presencia de un guía que impidiera de alguna forma enfrentarse de manera directa con Frida Kahlo— sucedió durante la visita de Trotsky y de Einsenstein.

Me alejé de aquellos puestos llevando las flores. Recordé también que en todas esas obras literarias, a pesar de las advertencias, siempre el personaje llega al lugar que está buscando.

La vi desde lejos. Al instante supe que se trataba de la persona que estaba buscando. No puedo precisar si aquella certeza me la daba su presencia física o más bien el aura que se desplegaba a su alrededor. No había posibilidad de separar una de otra. No era una Frida Kahlo corporal. Parecía más bien un fantasma que continuaba vivo después de cincuenta años. El vestido, los collares, los aretes, las flores en el cabello avalaban la certeza pero, sin embargo, no eran lo fundamental. Era como si una ráfaga de viento se estuviera llevando constantemente lo corpóreo y quedara sólo el vacío como testimonio de su presencia. Allí se encontraba el perfil de esa mujer. No como la otra Frida Kahlo vistiendo trajes folklóricos. La mujer que tenía delante no mostraba el cuerpo cubierto con un vestido, sino más bien parecía ser parte de él. De una carne que necesitaba de una tela semejante para poder existir. Supe que, llegado el momento, a esta mujer sería imposible cremarla como lo hicieron con la otra Frida Kahlo. Rápidamente llegué a la conclusión de que la Frida Kahlo del mercado llegado el momento debía ser colocada, envuelta en una mortaja de papel, dentro de una caja de madera rústica repleta de pétalos de flores para permitir que se hiciera un solo elemento con la naturaleza.

Entre las pocas cosas que me dijo —en realidad ella no me habló de manera directa, lo hicieron sus ayudantes de cocina— fue que le estaban diseñando una especie de mortaja. Me dijo esto porque extrañamente mi saludo fue decirle que no necesitaba de un funeral característico. Ella

se mantuvo casi todo el tiempo de espaldas a mí. Adujo que debía tener lista una comida laboriosa para el día siguiente. No me podía atender. Sin embargo, añadió que no deseaba llevar una mortaja tradicional, una que asemejara un hábito de monja. Tampoco quería ser enterrada con un traje de noche, como acostumbraban usar algunas muertas cuyos cuerpos había visto al descubierto en los cementerios después de los deslaves. Precisaba una de papel de resina, que fabricaban algunos artesanos de las cercanías. Le parecía lo más acorde a su estilo de vida. Una mortaja que no fuera una mortaja. Que se deshiciera a medida que su piel se desvanecía. El papel escogido era gris. Dijo que ya le habían tomado ciertas muestras. Las mangas le quedaban un poco anchas, así como era exagerado el largo. Pero la persona que se las confeccionaba le había informado que así debía de ser, con ese remanente en la tela de papel. Había investigado lo que sucede con los cuerpos después de ser enterrados. Era necesario por eso confeccionar el traje dos tallas más grandes.

No sé por qué lo supuse pues todo el tiempo me dio la espalda, pero parecía preocuparle en ese momento lo que sucedería con la resurrección de la carne. A la Frida Kahlo de Coyoacán la habían incinerado y, como se sabe, algunos dicen haberla visto sentarse en mitad de la pira.

Nuestra Frida Kahlo no deseaba una muerte semejante. De un tiempo a esta parte, la incineración se había convertido en la única opción que tenía la gente de pocos recursos económicos para deshacerse de sus muertos. A pesar de no tratarse de una persona religiosa —lo dijo— le alteraba lo que sucedería durante el día del juicio final. Qué cuerpo iba a ser capaz de presentar ante Dios. No en vano

lo había cuidado con esmero. Oírla a través de sus asistentes —ella seguía de espaldas trabajando con unos chiles— me hizo recordar las pesquisas intelectuales, con respecto a la resurrección de la carne, que efectúas tú en tu gabinete de trabajo.

¿Qué iba a presentar en el momento clave?, repitió Frida Kahlo. ¿Un montón de cenizas tal vez? ¿Una calavera con el cabello y las uñas crecidas de manera descomunal?

Me dijo conocer una anécdota —que le contó una mujer muy bella que la visitó en cierta ocasión premunida de una cámara de fotos— de un hombre que por razones desconocidas fue sacado de la tumba del cementerio local y los pájaros picotearon su cabeza de manera despiadada. Tenía grabada en su mente la escena del cadáver, vestido con sus mejores galas, mostrando el cráneo limpio de cualquier huella de carne.

Frida Kahlo añadió que no conocía exactamente los motivos por los que una mortaja de papel podía llevarla por un camino intermedio. Tal vez después de algún tiempo de muerta sólo quedaría el papel en el cual el cuerpo había sido envuelto. Se conservaría quizá como una suerte de pergamino. Los restos de la piel se pegarían, se plasmarían, con la superficie confeccionada por el artesano y conformarían así una misma textura. El papel haría quizá el rol de conservante. Por eso Frida Kahlo había pedido también que la mortaja contara con una máscara. Era posible que en su concavidad, que muy pronto dejaría de ser papel para convertirse casi en una tela, quedaran grabados los rasgos de su rostro.

Cuando le pregunté qué sabía de la Frida Kahlo de Coyoacán, me contestó que después de muerta, realizaba de manera indirecta obras de bien en ciertas comunidades indígenas, en algunas de las cuales ya sólo prácticamente quedaban mujeres. La mayoría de los hombres de esas comunidades habían muerto o partido para trabajar en lugares lejanos. La manera cómo la Frida Kahlo muerta las ayudaba era por medio de un porcentaje que esas mujeres recibían de una fábrica de tenis que vendía algunos modelos Converse All Star con la imagen de la pintora. Con el dinero obtenido, las mujeres de las comunidades habían podido implantar algunas técnicas de almacenaje de agua.

Una de las cosas que recuerdo más claramente de mis sesiones con la analista Laura Benetti son los tenis Converse All Star con los que solía atender a los pacientes. Eran de colores brillantes, no eran los que llevaban las fotos de Frida Kahlo en la superficie. Siempre odié que llamara consultorio al espacio donde atendía y que nombrara pacientes a los pacientes. Con lo creativa como llevaba su práctica analítica hubiera esperado la adecuación de su parte de términos que reflejaran de una manera más transparente su práctica profesional.

Laura Benetti guardó durante muchos años los textos de creación que yo realizaba en ese entonces con la única finalidad de pagar las consultas. Entregó varios para la edición de un libro: *Condición de las flores*, que apareció con la única salvedad de que yo no lo leyera antes de que se publicase. Esos textos enviados los había olvidado casi

todos, así que la lectura apenas apareció el libro fue como si se tratara de la de otro escritor.

Sin embargo, en el libro no están todos los que redacté en ese entonces para pagar mi análisis. Laura Benetti sufrió un robo en su casa y perdió algo de material en la confusión de aquel atraco.

Recuerdo un texto en especial, donde aparecía un auto convertible lleno de psicoanalistas mediocres en su interior. También me acuerdo de otro que trataba sobre la piel de un perro carente de pelambre.

Espero que hayas encontrado algo lógico en tus controversias sobre la Resurrección de la Carne.

Yo sigo sin poder creerlo, pero te reitero que estoy emocionado con haber hallado una agente norteamericana para mis fotos y, aparte de algunas imágenes que me quiere ya comprar, hay la opción ya de hacer dos libros.

En julio vendrá el editor del que te hablé para seleccionar las imágenes.

En estas dos semanas he gastado como treinta rollos y algunas de las fotos las he tomado con una cámara pinhole de cartón, que distorsiona absolutamente todo.

Es impresionante cómo, de alguna manera, se reproduce en las imágenes el universo de los libros. Me sucedió con una serie de fotos hechas el otro día, lo que nunca me ha pasado frente a la palabra escrita, y menos con algo que yo haya hecho: me llegaron directamente al corazón y me produjeron una tristeza profunda.

Creo que ya tengo armado algo nuevo, tanto con los libros como con las imágenes, por caminos paralelos, aunque debo cerrar un ciclo de palabra e imagen cumpliendo con el encargo del *Tratado sobre Frida Kahlo*, pero para hacer eso debo ya de cambiar de espacio para seguir trabajando, por eso vuelvo por tres semanas a mi casa en la Ciudad de México.

Me da lástima semejante cambio porque aquí en Oaxaca he encontrado un laboratorio de fotos fantástico, que hace a un precio normal un trabajo muy delicado.

Barbara, la directora de New Directions, gracias a tus traducciones se comunicó con mi agente diciendo que quería publicarme sólo si City Lights desistía de ofertar.

Escribió haciendo una oferta. Yo prefiero New Directions, por supuesto, siento que City Lights pertenece, de alguna manera, a otra escritura. Voy a seguir insistiendo a ver qué sucede, aunque el hecho de que exista alguien que desee publicar uno de mis textos ya es algo fabuloso.

A mi lado, en el estudio en el que trabajo en la ciudad de Oaxaca, se encuentra extendida mi mortaja de papel hecha a mano. Es impresionante tenerla allí. Sólo tocarla implica una suerte de ceremonia. Voy a escribir sobre ella para una publicación próxima ya comprometida.

En un principio no me pareció creíble la información que recibí sobre la supuesta existencia actual de Frida Kahlo atendiendo un puesto en el mercado. Sin embargo, me atrajo la idea de que alguien pudiera seguir vivo a pesar de su muerte. De cierta manera, una posibilidad semejante tiene que ver con determinado pensamiento místico. Como el que creo fuiste a buscar durante tu estancia en el hotel de Montauk. En pleno invierno. Con la ventana de tu habitación ubicada frente al mar. Entreviendo al otro lado de la bahía la institución experimental y dudando sobre la posibilidad de convertirte al catolicismo.

No creo que en esos días hayas pensado en el baile. Debe haberse borrado de tu mente el estudio donde vuelves a aplicar con tu cuerpo las técnicas de cuando formabas parte de la compañía de Merce Cunningham.

No, no necesitas del catolicismo para entender los misterios de la resurrección de la carne.

Piensa más bien en que la realidad es inmanente y se viven en simultáneo todos los tiempos y todos los espacios.

Me tentó entonces sobremanera la idea de hacer la biografía de una persona viva antes que de una muerta.

Parece que los editores de Entropía, en Argentina, ya publican el libro con los textos con los que pagué las consultas a Laura Benetti.

En noviembre estaré un par de semanas en la ciudad de Buenos Aires y ojalá me encuentre con el ejemplar editado.

¿Será éste un verano realmente malo?

Yo ya tengo un nuevo perro y con eso ya he firmado mi sentencia del viejo loco rodeado de animales, los cuales seguro pronto sacaré a pasear en un carro de supermercado.

Así será posiblemente mi vida de ahora en adelante. Este cachorro, como te lo he informado varias veces, es una mezcla de dingo y perro. Mantiene mucho de su aspecto salvaje. Parece más bien un mapache de color azul. Con él ya tengo tres animales en la casa. Debo levantarme a las cuatro de la mañana para sacarlos y a las ocho vienen por una de ellas para llevarla a su escuela de adiestramiento.

No he querido contratar esta vez al celador de la Explanada Interior. A aquel hombre que, como sabes, según Jorge Torres Sáenz oía ladridos nocturnos que parecían provenir del centro de la tierra.

Mi recuperación es impresionante. Debo ir el viernes para que revisen las heridas, pero no me duele nada y disfruto mucho el hecho de estar siempre en mi casa.

Varias decisiones: la principal es que la Escuela Dinámica de Escritores ingrese en una especie de receso indefinido. Me dedicaré sólo a escribir y a tomar fotos. Quiero sacar adelante este formato de *texto-foto amalgama*, que significa que no puede existir una sin la otra. La imagen sin el texto y viceversa.

Te cuento que ya estoy cansado del fracaso con los neurólogos. Visité a una médico psiquiatra, quien ordenó que me hicieran el último electroencefalograma al que he sido sometido. Afirmó que necesitaba realizarlo en una máquina sumamente sensible, guiada por una computadora. De esa máquina provienen los resultados con los que cuento actualmente. La doctora afirma, en primer lugar, que funciono con voltios bajísimos, razón por la cual ningún equipo normal pudo percibir antes alguna anomalía cerebral. Aparte ve un serio desorden de energías. Pero dice que el mayor problema radica en mi sensibilidad extrema a los medicamentos. Según esta doctora, con un tratamiento regular de pastillas la actividad cerebral y el flujo eléctrico quedarían controlados en corto tiempo. Aproximadamente en el lapso de dos años no tendría ya necesidad de continuar con la medicación.

Te menciono estos detalles pero ya se me va pasando lo peor de los malestares.

Las fotos que voy tomando están cada vez mejor y, curiosamente, como si estuvieran relacionados los textos que redacto carecen de una manera creciente de energía.

Al menos ya terminé una primera estructura del *Tratado sobre Frida Kahlo*.

¿Alguna vez te has puesto a pensar en lo interesante que es la acción de probarse mortajas?

Las mías, las que me están confeccionando, son de papel. Precisamente alguien —que tú también conoces— me acaba de escribir que trabaja sobre el tema de la Resurrección de la Carne, y otra persona, desde París, me pide que le envíe un texto relacionado con el futuro del hombre y la ropa. Creo que mencionar las mortajas de papel es un buen tema a tratar con estas dos personas.

Las mortajas que me fabrica Gabriela León parecen perfectas. Al final deberé escoger sólo una. Las va a someter a un tratamiento para que duren el tiempo que van a permanecer sin usarse.

En esta ciudad he descubierto además una costumbre que tiene que ver con los baños públicos. Más fuerte que los baños rusos que visité en Nueva York. O que los de Estambul. Aquí existe un oficio que es el de bañador. El sujeto está como dos horas contigo sacando las impurezas físicas acumuladas en los cuerpos.

Me he comprado una pequeña licorera que llevo siempre llena de mezcal. Al primer síntoma de bajón producido por la medicina tomo un trago.

¿Tu imagen en el espejo te refleja?

Es una pregunta que hace mucho tiempo he estado por hacerte.

Solamente dos perros. Puede ser la solución. Uno grande y otro chico. El chico para la casa y el grande para la calle.

Sigo con mis actos de expiación.

Cumplí al pie de la letra con mis no viajes. Sólo realizo algunos dentro del país, los cuales puedo realizar utilizando mi propio auto.

Descubro en este dejar de trabajar, en este punto ausente, algo curioso que ya te he mencionado: que cada vez mis textos son peores y mis fotos de mejor calidad.

Estuve a punto de publicar un libro y cuando me mandaron las pruebas me impresioné mucho con lo escrito. Antes de enviarlo no imaginé que estuviese tan mal escrito.

Además, y eso hace que detenga mi trabajo por un tiempo, nuevamente me impusieron el fatídico tratamiento.

Los médicos me habían dado permiso hasta el viaje a Colombia para recomenzar con el régimen.

Esta vez fueron terribles los efectos secundarios. Lo siguen siendo, pero me acostumbro poco a poco.

Es extraño cómo durante un mismo día puedas urdir tu suicidio y dos horas después te encuentras planificando una fiesta.

Acabo de recibir un nuevo perro, un terrier toy de menos de un mes, que fue rescatado de la calle —la camada había sido abandonada—. Lo interné dos días en el hospital y ya lo tengo. Se llama Chispas.

Yo estoy unos días en Oaxaca. Debo terminar las fotos para el *Tratado sobre Frida Kahlo*, pero regreso a la Ciudad de México dentro de unos días para hacerme cargo del curso de verano de la Escuela Dinámica de Escritores, que termina en julio.

A veces pienso, más bien me impresiona el hecho de que un texto pueda crear tantas interpretaciones y logre abrir caminos tan diferentes.

Yo estoy leyendo una nueva biografía de Malcolm Lowry, mientras camino por las mezcalerías del centro, y eso me quita la culpa de escribir algunas cosas que pensaba no iban a poder ser dichas nunca.

Te mencioné que durante las pesquisas para hacer el *Tratado sobre Frida Kahlo* hallé algunas pistas sobre el pasado fascista de mi familia. Eso ocurrió cuando en medio del camino hacia el poblado donde habita Frida Kahlo encontré un cementerio de inmigrantes vénetos.

Varias tumbas estaban dedicadas a una serie de héroes fascistas, que partieron de esas tierras durante el régimen de Mussolini con la intención de construir una nueva patria. Es por esa razón que intuí que muchas de esas tumbas debían encontrarse vacías. Los restos pertenecientes a los nombres que aparecían en las lápidas debían de encontrarse en alguna parte de Italia.

De esa forma fue como recordé a mi abuelo, quien huyó de aquel país una vez que el Duce y su amante Clara Petacci fueron colgados de cabeza en la plaza pública.

Desde que mi abuelo emigró, en todas las fotos en las que lo vi aparecer siempre se encuentra al lado de una moto. Recuerdo una serie de imágenes amarillentas con grandes motos y todos sus hijos trepados como si se estuvieran preparando para un viaje intercontinental. Es de esa manera, mirando las diferentes motos que aparecen a

su lado, como pude desde siempre ver cómo ese abuelo —tan fuerte y emprendedor— fue envejeciendo junto a los modelos cada vez más modestos de sus vehículos. Desde las grandes máquinas —algunas provistas con sidecar— hasta una última que más parece una bicicleta que otra cosa.

En realidad, este aparato final se trata de una Vespa Ciao —un motorino o bicimoto— que utilizaron los adolescentes durante algunos años para realizar viajes menores. En el tiempo de adquisición de esa moto mi abuelo ya era una persona mayor. De allí el anacronismo de verlo al lado de ese modelo juvenil, que a todas luces contrastaba con los inmensos modelos con los que acostumbraba recorrer hasta el último rincón del país que había elegido como punto de llegada después de la guerra.

Otro dato curioso en estas últimas fotos es que en cada una de ellas mi abuelo aparecía con algún nuevo miembro faltante de su cuerpo. Eran los años en que una diabetes mal tratada había obligado a los médicos a irlo cercenando regularmente. Cuando pregunté a los demás integrantes de la familia —a mi madre y a mi abuela especialmente— la razón no sólo de que mi abuelo hubiera rebajado su elegancia frente a las motos a una ridícula bicimoto, sino el motivo por la que aparecía junto a ella con los miembros progresivamente mutilados me contestaron que ese modelo de vehículo era el único que podía adaptarse a la cada vez más cambiante anatomía que su cuerpo iba mostrando.

Cuando le amputaron la primera pierna bastaba con que alguien —generalmente un muchacho que tenía contratado

para ayudar en las labores de la casa— empujara la Vespa Ciao —con mi abuelo montado encima— durante unos metros para que la moto se pusiera en funcionamiento y de ese modo mi antecesor se sintiera libre nuevamente. Despojado de la opresión y la minusvalía que le causaba ir por la vida con la pierna cortada. Encima de su Vespa Ciao mi abuelo recobraba su movilidad, su capacidad de desplazarse como si la enfermedad nunca lo hubiera tomado.

Aquella situación duró un par de años. La diabetes —enfermedad silenciosa como afirma mi médico de cabecera— no tardó en afectar la irrigación de uno de sus brazos. De un día para otro las puntas de los dedos de la mano derecha comenzaron a ennegrecer y el síndrome comenzó a extenderse desde ese punto. Fue necesaria entonces una nueva operación que le cercenó el brazo hasta la altura del codo.

Para mí —que nací con una característica semejante, es decir con la ausencia del antebrazo derecho— fue curioso apreciar en ese abuelo otrora fuerte y aventurero una suerte de espejo. Era como si sólo en ese momento nos reconociéramos como parte de una misma familia. La diferencia entre los dos era que al haber nacido yo de esa manera no tuve que pasar nunca por las tediosas sesiones de rehabilitación que tuvo que soportar mi abuelo para ir adaptándose a su nueva condición.

Mientras tanto, la Vespa Ciao de mi abuelo continuaba estacionada en el garaje de su casa. El fiel empleado había conseguido una manta con la que se guardaba cubierta. Yo

a veces levantaba el cobertor y me maravillaba admirando el color rojo intenso —propio de un paseo por alguna costa mediterránea— con la que estaba pintada. Cierta mañana le comenté a mi abuelo sobre lo maravilloso que me parecía el color de la Vespa Ciao.

Al escucharme, mi abuelo pareció despertar del letargo en el que su nueva operación lo tenía sumido. Por algo tengo ese modelo, me dijo, el simple y práctico, y no las complicadas motos que me han acompañado a lo largo de mi vida. Debemos darle impulso nuevamente. El único problema que nos plantea esta moto actualmente es que los mandos del acelerador se encuentran del lado derecho. No creo que sea un problema mayor cambiarlos de lugar y lograr —tanto tú como yo— maniobrar la moto sólo con una mano.

Dos días después la moto fue trasladada a un taller con el fin de que se efectuasen los cambios necesarios. Al fin podré sentir una sensación similar a la de mi abuelo, pensé. Ya no tendré que estar solamente en el asiento trasero sino que, gracias al cambio de mando de un lado a otro, podré experimentar también la sensación de ligereza que sólo una moto puede ser capaz de otorgar. A pesar de las protestas de los demás miembros de la familia —en especial de mi madre y de mi abuela— vi cómo el abuelo era trasladado por el diligente muchacho de la casa en su silla de ruedas hasta el borde de la Vespa Ciao. Miré también el tremendo esfuerzo que significó acomodarlo en el asiento —lo bueno de este modelo es que cuenta con un parador de metal lo suficientemente sólido—. Noté asimismo que el muñón de su mano derecha estaba todavía envuelto y la venda no era del todo blanca sino que mostraba algunas tonalidades oscuras.

Una vez que mi abuelo estuvo acomodado lo mejor que se pudo en el asiento, el muchacho abrió la puerta del garaje, empujó la moto hasta lograr que el motor se pusiera en marcha y el abuelo comenzó a acelerar echándose a andar por la avenida frente a la casa. Todos nos quedamos expectantes en la puerta viéndolo desaparecer. Lo primero que hizo fue dar una vuelta a la manzana, pues pocos minutos después lo vimos aparecer nuevamente viniendo del otro lado de la calle. Se le veía feliz. Había triunfado nuevamente sobre la enfermedad. Parecía como si la medida entre la salud y el mal, entre la vida y la muerte estuviera simbolizada en la capacidad de dominar una motocicleta.

Sin embargo, esta curiosa forma de felicidad le duró poco tiempo. Aunque en ese tipo de sensación es difícil efectuar una medición apropiada. Es posible que el gozo alcanzado en una vuelta a la manzana sea el equivalente al experimentado en una vida entera. Después de su segunda aparición parece que el abuelo quiso aventurarse un poco más y siguió recto su camino sin saber —no tenía cómo tener una información semejante— que en la otra cuadra se había abierto un bache descomunal. La llanta delantera de la Vespa Ciao entró de lleno en la abertura produciendo que su cuerpo diera contra el pavimento mientras la moto caía unos metros más allá.

Aparte de una serie de raspaduras y golpes, mi abuelo no sufrió contusiones mayores. Fue traído de nuevo a casa en su silla de ruedas y acostado en su cama, donde esperó

una serie de intervenciones más —producidas por su diabetes galopante.

La Vespa Ciao se mantuvo nuevamente guardada bajo su manta y poco después de la muerte del abuelo mi madre me dijo que esa moto era mi legado. El único vehículo —se lo dijo mi abuelo en un momento en que estuvieron a solas — que yo podría manejar. Hasta el día de hoy, en un pequeño rincón de mi casa, se mantiene la Vespa Ciao —ahora ya casi una pieza de museo— tapada con la misma manta con la que la cubrió el muchacho que solía acomodar a mi abuelo mutilado antes de sus paseos en moto.

Nunca la he usado y no creo que la maneje jamás. Tampoco me siento capacitado como para deshacerme de ella. En ese vehículo parece estar simbolizado el sentimiento que despierta en mí mi familia y sus ideas políticas.

De rechazo y atracción de manera simultánea.

No te lo he dicho antes, pero me encuentro ahora en uno de esos resurgimientos extraños. Quizá sea debido a las sesiones para experimentar con mi pasado familiar hechas con muñecos de Playmobil. Es gracioso ver a uno de esos muñecos representar a alguno de mis antepasados. Al que hace de mi abuelo —generalmente uno azul intenso cubierto con una suerte de casco extraño— deberían de seccionarlo un poco. Mientras escucho las interpretaciones que hacen sobre su persona pienso en una lima o en un cutter lo suficientemente afilado como para quitarle un

bracito o una piernita. ¿Habrá sido un asesino en su juventud? ¿Un personaje nefasto como alguno de aquellos que aparecen en las películas de Pasolini?

Creo que el encuentro con el extraño cementerio —se encuentra ubicado en una localidad llamada Chipilo— calmó en algo la angustia que me producía entregar a tiempo el *Tratado sobre Frida Kahlo*.

Me parece que una visita semejante logró que cumpliera con los tiempos estipulados para entregar semejante trabajo. Me vino a la cabeza en ese tiempo una idea sobre mis orígenes como escritor. La de serlo proviniendo de una familia funesta.

Yo llegué a ser escritor porque provengo de una familia malvada, funesta, miserable, suelo afirmar en público. Mi padre solía dejarnos encerrados en el sótano durante días enteros y mi madre nos cocinaba cualquier alimaña que encontrara por allí.

Mis hermanos eran unos seres deformes y muchos de ellos carecían de uno o más dedos. El más inteligente de todos se consideraría un tarado en cualquier lado. Había una que en lugar de boca tenía una especie de trompa como la de un elefante —estoy exagerando—, y el menor era tan alto que siempre tenía que andar con la cabeza agachada para no tocar el cielorraso.

Sin embargo, yo era feliz viviendo en un hogar de esa naturaleza. Con el tiempo aprendí muchas cosas que jamás hubiera imaginado que existiesen si hubiera nacido en una familia normal.

Desde muy temprano en la mañana oía los trinos con los que mi padre intentaba despertarnos. Eran una mezcla de canto de gallo con cierta tonalidad de cantante de ópera. Mi madre le hacía el coro. En realidad daba de gritos. Afirmaba que ésa no era su familia, que sus hijos eran bellos y completos y no esos pequeños monstruos que dormían en el sótano cerrado con una tranca. Acto seguido regaba azúcar en el patio con el fin de que se llenara con las hormigas que luego nos daría como desayuno. No es malo comer insectos, decía mi madre, lo importante es saberlos preparar.

Yo dormía en un rincón. Al lado de un hermano tan gordo que casi no utilizaba las piernas para caminar. Se trataba de un ser que rodaba la mayor parte del tiempo. Contaba con unos pies tan pequeños que sus zapatos los usaba otro hermano para guardar en ellos sus ojos artificiales.

Antes de cerrar los ojos, yo imaginaba siempre que me encontraba en otro lugar de donde estaba acostado. A la esquina que tenía asignada dentro del sótano llegaba siempre un murmullo que me decía, escápate, escápate, aunque yo no tenía dónde ir realmente. Estaba feliz viviendo con mi familia. Sonándole de vez en cuando la trompa a mi hermana, desinflándole la panza con un alfiler

al otro, curando las heridas que el gigante se hacía en la cabeza cuando quería pasar de una habitación a otra.

Sin embargo, sentía que algo me faltaba. Estoy seguro de que no era la luz del día, de la que carecíamos. Ni agua potable —nos teníamos que conformar con el agua de lluvia que mi padre juntaba utilizando un gran embudo de latón durante la época de verano—. Es por eso —para que el agua juntada de esa forma nos durara el año entero— que nuestra dosis diaria era de medio vaso de líquido.

Lo que sí llamaba mi atención —y me hacía querer escapar en algunas ocasiones— eran los relatos que mi padre a veces nos contaba después de sus cantos matinales, o los que nos expresaba nuestra madre mientras preparaba alguna de las alimañas con las que nos alimentaba. Historias de familias extrañas. De gente monstruosa que vivía más allá de nuestros dominios.

Más de una vez mis padres hablaron de grupos de personas que habitaban dentro de un grupo de edificios derruidos, por ejemplo. Que a pesar de estar tapiados por una serie de avisos de publicidad continuaban llevando a cabo sus existencias en medio de los escombros. Nos hablaban también de los ciegos que pululaban por las líneas de transporte subterráneo, y siempre antes de dormir nos contaban la historia de un niño santo musulmán que soñó una vez con una casa de estilo árabe situada en el Parque México.

Esa historia era la única que nos agradaba. Es más, nos fascinaba escucharla. Mientras nuestro padre la describía, mi hermana movía la especie de trompa en movimientos

circulares y el otro hermano se bamboleaba sobre su eje. Creo que nos gustaba ese relato porque en apariencia no tenía razón de ser. El hecho de que ese niño se bautizase bajo el rito musulmán, que soñara con una edificación blanca en cuyo techo había juegos infantiles, que durmiera en una casa de muñecas junto a su terrier —muy parecido a Chispas o Señorita Coralí—, que recibiera una llamada a un teléfono de mentira, que descubriera en ese instante que pertenecía a una familia de toreros enanos, que encontrara a un amigo de su padre —llamado el coleccionista— secuestrado en un pequeño aeropuerto. Que sus hermanas enanas fueran aparte de toreras enfermeras profesionales, que existiera un negocio turbio entre el criador de toros de Miura y el padre torero enano, que contaran con una Volkswagen Combi para desplazarse por los alrededores de la ciudad, que mintiera en la mezquita afirmando que después de las corridas los animales terminaban siendo sacrificados.

En ese tiempo, cuando vivíamos en el sótano, apenas me preparaba para dormir —después de oír la historia del santo niño sufí— solía aparecer como un rumor el murmullo de que debía escribir un libro.

Una vez que me encontraba en pijama, con los dientes lavados, casi todos nos ponemos a pensar cosas. Recuerdo que muchas veces, durante esos momentos, imaginaba escenas que nunca había vivido pero que deseaba fueran verdad. Recreaba casi siempre realidades fabulosas —como la de la hermana con la trompa de elefante o el hermano más alto que lo normal— para lo cual a veces utilizaba la cobija en la que generalmente me encontraba envuelto como telón de fondo.

Durante una época —ya en ese entonces conocíamos casi de memoria el cuento del niño musulmán y su familia falsa de toreros enanos—, la escena que representaba cada noche tenía que ver con un gran número de perros. Creía que era dueño de una verdadera jauría. Siempre estábamos, en un parque o en un bosque, mis perros y yo.

A veces los veía seguir un rastro con sus hocicos y de esa forma hallábamos a una niña perdida entre los tupidos árboles. Otras uno de ellos aullaba y nos conducía hasta la trampa donde encontrábamos a alguna liebre en apuros que lográbamos liberar.

Pero mi mayor gozo, debo decirlo, consistía en que los demás compañeros me vieran a la salida de la escuela precisamente cuando me esperaban mis perros. Los imaginaba obedientes, en fila, aguardando atentos mi presencia. Todos eran de razas diferentes. Poseía ejemplares de distintas variedades. Unos con orejas largas, otros las tenían puntiagudas. Algunos traían el hocico fino como zorros, otros casi no podían respirar de tan corta que era su nariz.

Apenas salía de la escuela me distinguían entre la infinidad de niños que salían en ese momento a mi lado. Era el mayor de mis orgullos, principalmente porque yo era un pésimo estudiante y era lo más impopular que podía existir en el plantel. Pero mis perros estaban allí en la puerta para salvarme del calvario en que consistía ir a la escuela.

Lo malo de mis ensueños —que lograban que muchas veces quedara dormido con la sonrisa en los labios— es que a la mañana siguiente quedaban desvanecidos. Las terribles palabras con las que me obligaban a levantar, el famoso “ya es tarde, hora de la escuela” eran una de mis mayores torturas. Y, lógicamente, no había en ese momento perros por ninguna parte.

Aquellos amaneceres eran un verdadero caos. Lo que yo deseaba, por supuesto, hubiera sido ser despertado por los lengüetazos de mis animales los que, según mis ensoñaciones, habían dormido al pie de mi cama.

Mi vida era triste entonces. En la escuela no lograba hacerme amigo de nadie. Mientras los profesores dictaban las lecciones yo solía mantenerme entretenido haciendo dibujos de perros. Tenía uno que era mi favorito. Un Cocker Spaniel. Acostumbraba perfilar sólo su cabeza. Repetía una y otra vez esa imagen. De esa forma fue como me fue interesando leer acerca de perros. No era fácil hacerlo. La mayoría de las enciclopedias estaban encuadernadas con gran lujo y a los niños no se les permitía ni siquiera tocarlas, salvo que se tratara de una tarea escolar. Entonces los padres accedían a que los niños las leyeran pero bajo su supervisión.

Yo encontraba esas enciclopedias —que veía de lejos— en las casas de algunos familiares y en la de los niños cuyos padres les organizaban fiestas de cumpleaños donde se invitaba a todo el salón.

Por esas razones yo tuve que escribir mi primer *Libro de perros* sin mirar ninguna enciclopedia. En verdad creo que lo escribí —ya te lo dije— porque provengo de una familia malvada.

Mis padres siempre estuvieron en contra no sólo de los libros sino de toda aquella persona que basara su vida en el pensamiento o en la reflexión. Odiaban por eso sobre todo a los poetas y a los artistas visuales. Para ellos aquellas actividades eran una pérdida de tiempo. Oficios de ociosos o de gente de mal vivir. Por eso se encargaron escrupulosamente de que en mi casa de la infancia no hubiera un solo libro —salvo los textos escolares—, ninguna reproducción de alguna obra de arte o que se pusiera en el tocadiscos alguna melodía clásica.

En esa casa de mi infancia aborrecían también lo que estuviera relacionado con el mundo animal. Tener un perro o un gato sólo podía significar hacerse de una fuente de problemas. Educar a un cachorro desde pequeño era una especie de maldición. ¿Para qué podían servir la cultura y los animales domésticos?, solían preguntarse mis padres uno al otro. Con saber las cuatro operaciones aritméticas era más que suficiente. Con colocar un alambre electrificado alrededor de la casa para resguardarla de los ladrones se contaba con una seguridad mayor a la que cualquier perro guardián puede brindar. Una trampa disponible en el negocio más cercano acababa de una manera más efectiva y barata con las ratas y ratones que la presencia de un gato.

Para empeorar las cosas nos mandaban, a mis hermanos y a mí, a una escuela especial. La jornada era una tortura. Quizá por eso deseaba tanto que llegara la hora de irnos a acostar. Envuelto en la cobija, en mi rincón del sótano, antes de que llegase el sueño, imaginaba la realidad a la que me hubiera gustado pertenecer. Como te dije, con los dientes recién lavados empezaba a ver a una jauría desplazándose a mi alrededor.

En verdad, y ahora sí lo digo en serio, yo escribí el *Libro sobre perros* porque provengo de una familia malvada, funesta, miserable. Mi padre solía dejarnos encerrados en el sótano durante días enteros, y mi madre nos cocinaba cualquier alimaña que encontrara por allí. Mis hermanos eran unos seres deformes y muchos de ellos carecían de uno o más dedos. Al más inteligente de todos cualquiera lo consideraría un tarado. Tenía una hermana que en lugar de boca poseía una trompa como la de un elefante, y el menor de mis hermanos era tan alto que siempre tenía que andar con la cabeza agachada para no tocar el techo, sobre todo cuando nos encontrábamos encerrados en el sótano.

Te repito que desde muy temprano en la mañana oía los trinos con los que mi padre empezaba el día. Era una mezcla de canto de gallo con cierta tonalidad de cantante de ópera, arte que por demás detestaba. Mi madre le hacía el coro. En realidad daba de gritos. Afirmaba que ésa no era su familia, que sus verdaderos hijos eran bellos y completos y no esos pequeños monstruos que dormían en el sótano cerrado con una tranca. Acto seguido llenaba el patio de azúcar con el fin de que se llenara de las hormigas

que luego nos daría como desayuno. No es malo comer insectos, solía decirnos, lo importante es saberlos preparar.

Yo dormía en un rincón. Desde allí ingresaba en las ensoñaciones donde me encontraba rodeado de perros maravillosos. Dormía al lado de un hermano tan gordo que casi no utilizaba las piernas para caminar. Se trataba de un hermano que rodaba la mayor parte del tiempo. Contaba con unos pies tan pequeños que sus zapatos los utilizaba durante la noche otro hermano para guardar sus ojos ortopédicos.

Antes de perder la conciencia yo imaginaba siempre que me encontraba en otra parte. A la esquina que tenía asignada llegaba siempre un murmullo que me decía escápate, escápate, pero yo no tenía realmente dónde ir. Para hacerlo hubiese necesitado un perro lazarillo, pues soy ciego de nacimiento.

De vez en cuando le sonaba la trompa a mi hermana. A mi otro hermano —el que rodaba— le desinflaba la panza con un alfiler, y le curaba al gigante las heridas que se causaba en la cabeza.

En esos años yo sentía que algo me faltaba. Estoy seguro de que no era la luz del día —de la que carecíamos —, ni la inexistente agua potable. Tomábamos agua de lluvia —un vaso por día— que mi padre lograba guardar en un inmenso tanque de latón.

Lo que sentía que me hacía falta eran los elementos que estaban presentes en los relatos en tono de ópera que declamaba mi padre al despertar, y los de ciertas historias que mi madre de vez en cuando contó cuando preparaba algún ratón o una serpiente. Eran casi siempre historias de familias extrañas. De gente monstruosa que vivía más allá de nuestros dominios.

Pero para apaciguar mi curiosidad me bastaba con sentarme a describirlos, que era el modo como se le llamaba al hecho de imprimir letras al papel con el fin de producir las palabras.

En agradecimiento a las innumerables veces que le había sonado la nariz, mi hermana de la trompa se comprometió a enseñarme cómo hacer que las letras impresas se convirtiesen en palabras. Me dijo que era extraño que no me lo hubieran impartido en la escuela especial a la que asistía. Tuve entonces que decirle que era mentira que iba a alguna escuela, y que eso de que era un pésimo estudiante y no tenía amigos se lo decía al primer que me lo preguntara para hacer más verosímil mi mentira.

Pese a que te dije que no me importa demasiado, me tiene algo angustiado el asunto del *Tratado sobre Frida Kahlo*. Menos mal que lo entregué a tiempo y acabo de terminar un nuevo libro: *La biografía ilustrada de Mishima*, que tiene un poco de todos los textos que he estado redactando en estos últimos meses.

Acuérdate de que siempre en el combate entre tú y el mundo siempre gana el mundo. Déjate llevar por las circunstancias, ver cómo todos a tu alrededor se vuelven cada vez más maniáticos.

Hoy desperté —ya lo había hecho un rato a las cinco de la mañana para sacar a los perros a la calle— y me palpé para ver si estaba completo o si no me había atacado —son las peores horas de mi angustia— durante la noche alguna enfermedad de índole mortal.

Me pude levantar y me ocupé primero de la parte inicial de los perros, es decir sacarlos un segundo a la calle.

Ahora hago la segunda parte, que consiste en salir con ellos —la Chispita desde ayer gracias a sus vacunas ya puede caminar por las aceras— para comprar el diario y que los perros jueguen alrededor de la estatua de Giordano Bruno que está situada en una suerte de parque cercano.

Te aconsejo que cada vez que te refieras nuevamente al verano subas al techo, te saques la ropa y te pongas a trabajar en medio del calor como hacías antes. De la misma forma como José Lezama Lima escribió su obra. Qué desgracia que se te haya descompuesto nuevamente el ventilador.

Anoche estuve pensando en las personas que me describiste. Me gustó hacerlo. Debe ser porque paso por momentos extraños, como todos, supongo.

Las palabras que te escribí —y que de inmediato quedaron guardadas en mi cuaderno negro— me sirvieron después como comienzo de un libro.

Creo que el texto que surgió de allí ya está incluso apuntalado. Como sujetado con agujas y alfileres. Al menos ya lo tengo completo en imágenes, que he colocado en la caja de espaguetis donde acostumbro guardar las fotos ampliadas.

De alguna manera tiene que ver con el hecho, como debes saber, de que este país durante los últimos años está viviendo en un estado de caos más acentuado que de costumbre.

Aparte de la inusitada cantidad de víctimas, lo que parece llamarme la atención es la crueldad y el aparente absurdo con que esos crímenes son llevados a cabo. En medio de esta violencia desatada un muchacho de nombre Camilo se encuentra internado en el hospital. Padece de un cáncer que comienza a generalizarse, de un cáncer producido quizá por no haber atendido a tiempo su condición de portador de VIH.

Camilo es un personaje militante. Ha participado en muchas campañas a favor de los derechos de las minorías. Ha emprendido también empresas a favor de que las personas se hagan lo más pronto posible exámenes para conocer su condición de portador del virus del VIH. Resulta curioso que precisamente una persona con su historial no se hubiese realizado nunca una prueba semejante.

Cuando se lo pregunté me dijo que había tenido miedo de los resultados. Cuando le hice ver que él sabía que un resultado positivo detectado a tiempo daba a las personas la posibilidad de llevar una vida normal, se echó a llorar. El caso es que cuando descubrieron la presencia de un cáncer linfático en su cuerpo tuve que enfrentarme a un problema añadido: Camilo me prohibió que le informáramos a alguien, y menos a su familia, la presencia del virus en su sangre.

Mantuvimos esa actitud cerca de una semana. Yo hablé, a regañadientes, con su médico de cabecera para solicitarle que llevara el caso con discreción.

Camilo en ese entonces, dueño aún de una fuerte vitalidad, apelaba que era un derecho que tenía como individuo decidir quién debía saber la verdad sobre su cuerpo.

Yo escuchaba en silencio sus alegatos y pensaba que en algún aspecto podía tener razón. Mientras tanto, los médicos y enfermeras entraban y salían del cuarto. Hacían pruebas diversas. Sacaban el cuerpo de Camilo de la habitación y lo devolvían unas horas después, generalmente extenuado.

Cuando los médicos ya tuvieron el caso en orden, es decir, cuando llegaron a un punto donde estaban casi seguros de las condiciones del paciente y de las medidas

que tendrían que llevar a cabo, me informaron que no podían seguir manteniendo la discreción.

Acto seguido llenaron en la cabecera de la cama de Camilo una hoja colocada sobre una tabla donde decía la totalidad de enfermedades que padecía el paciente. Se trataba de la hoja de ruta, que a partir de entonces iban a seguir los empleados del hospital para tratar de sacar adelante el caso. Cualquiera que entrara a la habitación podría leerla. Es lo que pasó. La leyó su madre y a partir de entonces el problema mayor no pareció ser el tratamiento que debía seguir Camilo sino la confrontación que llevaron una madre y un hijo por haber llevado una relación basada en la mentira.

La madre —una científica reconocida— dijo alterada que una situación similar la había descrito en uno de sus ensayos más conocidos, publicado en importantes revistas, donde mencionaba asuntos médicos que eran difíciles de explicar.

Aquella mujer había concebido la construcción de edificios para jóvenes afectados por enfermedades terminales cuyas edificaciones deseaba bautizar como la Ciudadela Final.

Esos edificios, donde debían internar forzosamente a las personas afectadas por enfermedades transmisibles, eran concebidos con el fin de evitar que el contagio se difundiera entre la población.

El escrito utópico de la madre de Camilo relataba una sociedad en la que los habitantes, por razones algo complicadas que tenían que ver con cierto perfil de carácter político, aceptaban de buena gana la reclusión y rechazaban, muchas veces en forma violenta, el libre albedrío.

Algunos ciudadanos incluso pedían, a pesar de encontrarse sanos, ser confinados. Lo hacían porque, en líneas generales, las condiciones de vida dentro eran menos difíciles que en el exterior, pues para de algún modo acallar las protestas que ese método de confinamiento suscitaría se dotaría a los recluidos de ventajas con las que no contaban las personas no enfermas.

Según los cálculos de la madre de Camilo, muchos de los internados serían jóvenes adictos a las drogas, pese a que en la Ciudadela Final estaría prohibido el consumo de estupefacientes. La madre —quien profesaba una sólida formación socialista cuya base estaba centrada en el bienestar general antes que en el individual— especulaba en el ensayo sobre el tráfico de sangre infectada —que seguramente irían a recibir quienes deseaban tener un motivo concreto para ser ingresado— a cambio de remesas de anfetaminas que serían introducidas a través de los rombos de las alambradas con que se rodearían estas construcciones.

La Ciudadela Final estaría acordonada por una alambrada que la humedad iría llenando de óxido.

En el ensayo publicado en las diversas revistas científicas, la madre de Camilo lanza una hipótesis y sitúa una escena posible en el proyecto que desea diseñar.

Se refiere a que durante una noche de verano un miembro de la Banda de los Universales —con ese término la madre suele referirse a los grupos de jóvenes sin futuro que las grandes urbes relegan a los suburbios— se acerca a la institución acompañado por uno de sus más viejos perros de pelea.

Una vez que se encuentra ante los rombos, el Universal que hipotetiza la madre de Camilo se quita la camisa, las botas militares y el estrechísimo pantalón amarillo que lleva puesto. El pálido cuerpo queda desnudo bajo la luz de una luna que ilumina un campo desierto. Lo único que conserva el Universal son unas muñequeras de las que sobresalen unas puntas de acero. El perro de pelea que va a su lado comienza a lanzar leves gemidos. Lo hace señalando con el hocico el interior de la Ciudadela Final.

El perro sólo tiene un ojo. En el lomo luce una serie de tajos ocasionados seguramente por alguna de las tantas peleas a las que ha sido sometido. Se inquieta al sentir que unas personas se acercan por el otro lado. Aparecen tres jóvenes de edades parecidas a las del Universal. Al igual que todos los recluidos en la Ciudadela Final están vestidos con un overol azul oscuro en el que está cosida la insignia de la institución. Preguntan si el Universal ha llevado las pastillas. Dicen además que no es necesario que se quite la ropa. El Universal no contesta. Le da al perro la orden de calmarse. Entrega una serie de tubos de pastillas y ofrece

luego la vena del brazo derecho acercando aún más su cuerpo a la alambrada. Uno de los recluidos saca del bolsillo una jeringa con una sustancia oscura. A través de los rombos el Universal recibe la sangre infectada sin hacer ningún gesto.

Los recluidos desaparecen al instante en la penumbra. Antes le aseguran al Universal que no cabe la posibilidad de un error. Han mezclado la sangre de los tres. Al verlos correr, el perro da un brinco. Quiere perseguirlos. Emite un par de gemidos antes de callar nuevamente. El Universal mira la huella que la aguja ha dejado en su brazo. Después de repasar los dedos sobre el punto escogido espanta al perro y se viste con lentitud. Se demora al ponerse las botas. Recoge luego la jeringa abandonada en el suelo y con un movimiento brusco la arroja al otro lado.

Una vez que la madre se calma, llama a Camilo su hijo el Guerrero. Como el personaje que logrará remontar el cáncer. Parece que pretende convertirlo ahora en un elemento de algún artículo donde describa Las Cosas Fáciles de Explicar.

Es de ese modo como a partir de entonces Camilo queda en manos de las indicaciones que están escritas sobre la tablilla que está colgada encima de su cama.

La primera quimioterapia no presenta resultados negativos mayores. Camilo sale del hospital con la cabeza rapada y un par de dientes menos —se trata de los dientes

falsos que tienen que ser extirpados a cualquier persona que se enfrente a un tratamiento de esa naturaleza.

Una de las primeras acciones que realiza es ir a su bar preferido, reencontrarse con sus amigos de siempre. Me rehúso a acompañarlo. Principalmente porque sé que Camilo llevará su libertad a límites insospechados.

La segunda sesión de quimioterapia es más severa. Camilo ya no sale con el ánimo de costumbre, aunque no abandona su deseo de ir al bar.

Después del tercer tratamiento se dirige del hospital directamente a casa de su madre, quien trata de atenderlo lo mejor posible prestándose incluso —después de seguir un curso improvisado por las mismas enfermeras del hospital— a inyectar ella misma a su hijo las sustancias revitalizantes necesarias para alguien que ha pasado un proceso semejante. La madre, como era de esperarse, se pinchó peligrosamente un dedo durante el proceso.

Camilo no aguantó la cuarta sesión. Sus órganos dejaron de funcionar casi todos a la vez.

Mientras tanto, siguen apareciendo fosas clandestinas principalmente en la parte norte del país. Acaban de apresar a un grupo de niños sicarios y a un hombre que reconoció haber hecho desaparecer con ácido cerca de trescientos cadáveres.

Ayer tuve una lectura de fotos con un antiguo maestro de la Escuela Dinámica de Escritores. Es un fotógrafo reconocido. Fue curioso el imaginario que vio reflejado en las siluetas que le iba presentando. Claro que si alguien hiciera lo mismo con mis textos yo sonreiría con displicencia frente a los comentarios ajenos.

¿Por qué, para mí al menos, funcionan en las imágenes mostradas elementos que para la palabra serían de una obviedad intolerable?

Sin embargo, allí estaban las fotos, delante del maestro, hablando ellas mismas sin titubeos.

Los efectos secundarios dejaron de estar en un lugar central cuando después de una conversación con una médico homeópata comprobó o adujo que los efectos estaban en mí y no venían de afuera. Tuve que hacer entonces un riguroso examen de contrición para saber que esos estados, absolutamente iguales a sí mismos cada vez que me toman, me habían sucedido sin necesidad de esos o de algunos otros medicamentos, Estoy ya bien. Dándole, me parece, la última vuelta al *Tratado sobre Frida Kahlo*. Sólo me falta conseguir los tenis Converse con los motivos de Frida Kahlo, que dicen que ayudan con su venta para que unas mujeres campesinas de alguna remota región de México no tomen agua de un río contaminado por una cercana planta nuclear.

Tus palabras resuenan y me obligan a mirar por rendijas del texto que no pensaba que existían.

Y otra vez metido en el silencio. Absurdo. Quedarme estático en las preguntas del texto con tantas cosas que pasan a mi alrededor.

Debo viajar hoy en auto a Pachuca a dar una asesoría. Estoy fascinado con el poeta indígena. Andrógino. Se trata de un poeta en náhuatl que además se traduce él mismo al castellano y a cada poema lo acompaña con una foto.

¿Has visto alguna vez tan larga labor de un artista?

Estoy descompensado. No tengo ganas de nada y no quiero que las cosas se pongan peor.

Ya fui a Pachuca y ya estoy de regreso en la ciudad. He dormido después de la hora que duró el camino. Me empiezan las zumbidos del alma, que es como llamo a ese malestar que no es físico ni mental. La angustia se comienza a instalar sutilmente.

Sigo avanzando con la lectura de tu libro, cada vez lo noto más interesante. Fue impresionante haber ido a las calles que se describen allí, e ir recordando aquellos episodios leyendo tu texto.

Ahora parece que me echan la culpa de todo lo anormal que pasa en esa casa —en la que describes en la ficción— porque les dije que había visto a Monpó, el cantante, en la escalera, y les regalé además una foto de mi mortaja de papel que me hizo mi amiga Gabriela León de Oaxaca.

Todos quedaron aterrados. Por eso ya mandé instrucciones de cómo se debe quemar la foto de la mortaja. Lamentablemente lo de Monpó es cierto: subía la escalera cantando *Oh sole mio.*

Te informo que nos vamos a ver en noviembre porque me han invitado a Princeton, espero que esta vez sí me oigas.

Me siento mejor y estoy recuperando el tiempo perdido para que este año salgan por lo menos cinco libros publicados en distintos idiomas.

Ahora te quiero detallar el momento actual. Como un flashazo. Me encuentro delante de decenas de fotografías tomadas con una cámara de plástico. Al centro de la mesa está la computadora. He aplazado este instante hasta no tener todas las copias reveladas a un mismo tamaño. Pretendo, mirando las imágenes, inducir la escritura. Armar primero una suerte de itinerario. A la manera de un texto de viaje, que lamentablemente va a tener que ver con la existencia de una carretera.

He aplazado este momento hasta que las fotos no sean todas un objeto físico. Hay algunas imágenes previas tomadas con la cámara digital que la Hewlett Packard trucó para mí con el fin de sacar adelante su proyecto del museo virtual que creó para demostrar que lo digital podía también ser artístico.

Pero nada que esté dentro del mundo virtual debe servirme para llevar a cabo mi proyecto. Tal como pretendo hacer con la escritura, lo primitivo debe tener una presencia real. No lo primitivo visto como una contraposición con lo contemporáneo, sino por el trabajo manual, real, que supone el proceso fotográfico, desde equipar la cámara con un rollo hasta tener la copia revelada después de un trabajo casi alquímico.

Había aplazado este momento porque debía tener también la caja de cartón del tamaño adecuado. Esta misma tarde conseguiré un extenso tablero de madera que sirva para que la totalidad de las fotos adquieran cierta perspectiva. Para lograr que, desplegándolas sobre una superficie con límites, vayan armando su propio relato. Es una de las reglas fundamentales de esta narración — sacrificarlo todo menos el contar.

Las fotos van a formar parte de un relato, aunque de una manera casi elemental. Resaltando lo ingenuo que puede mostrar una imagen captada con una cámara semejante. Van a expresar tantas cosas que las palabras resultantes serán una copia casi objetiva de las fotos. Tengo pensado para el montaje colocar una imagen al lado de la

palabra. A la manera de un diccionario ilustrado. Con las siluetas permitiendo la fluidez casi total de la lectura.

La primera imagen, por supuesto, y tomando en cuenta lo pedestre —y por lo mismo doblemente delicado— de la naturaleza de lo visual, será la toma de un texto convencional. Retrataré una hoja de papel luego de ser sometida a un proceso de corrección.

Sí, ya las cosas se encarrilan de alguna manera. Mi salud se pone mala. Ya tomé la medicina imposible y no sé bien de sus efectos porque una bronquitis no me deja tranquilo.

Estoy ahora contento con el asunto de los libros.

Le mandé ya los textos a Arturo Higa, que va a sacar los tres primeros textos que publiqué en mi vida.

Sale algo, creo que *Salón de belleza*, en Rumania y *La biografía ilustrada de Mishima* en Brasil.

Graciela Goldchluck arma unos textos para la editorial Entropía. Espero que en este viaje que haré a Oaxaca me pondré al día con los compromisos y los proyectos que tengo sin terminar.

Las fotos son cada vez más enloquecidas y anoche me acaban de regalar una cámara de madera maravillosa. Me la dio Graciela Iturbide, una pinehole, con decorados fantásticos. Hoy comenzaré a usarla para ver qué fotos pueden salir de allí.

Me alegra que te haya gustado la foto que te envié. Es lo impresionante de esas cámaras: la aparición de realidades que te sorprenden desde el momento en que te entregan la copia revelada. Parece algo así como el acto inverso a la escritura, la que no suele ofrecerte otro camino que el de la escritura misma. En cambio la mediación de un aparato, sobre todo éste de plástico o de madera que parece contiene los misterios y las realidades más inverosímiles, puede confundirte con los distintos senderos que presenta.

Creo que ya la comienzo a dominar. La cámara está plagada de secretos sutiles que me obligó a elaborar una suerte de decálogo —un decálogo absurdo que me hace acordar del libro que intenté hacer sobre perros cuando tenía diez años de edad.

Las otras fotos que te tomé también me gustan. Son como un resumen de cada segundo que duró el día que pasamos juntos. Una especie de novela inmaterial.

El resto del viaje estuvo muy bien. Hacía mucho tiempo que no pasaba días tan bonitos.

Llegó en esos días Margo Glantz, a quien quiero que conozcas, y fuimos juntos a casi todos los lugares posibles.

Al día siguiente cambié de rollo. Coloqué algunos en blanco y negro, y se desplegó otro universo por completo.

A pesar de ser un descubrimiento trillado, Manhattan en blanco y negro te descubre toda una realidad imposible de ser apreciada a primera vista.

Siento una nostalgia constante que va empeorando, mañana hablaré con mi médico, creo que se me van acabando las preocupaciones.

Me parece que falta sólo una semana para que Tadeo parta.

Qué bueno oír tus palabras. Creo que fue una mala idea el regalo de la mortaja. Bótala a la basura y te daré otras copias con otros temas. Quizá la serie de muñecos.

Qué bueno haber matado a esa Frida Kahlo para tener el campo libre para escribir.

Esa edición de *Todas las mañanas del mundo* de la que hablas la tradujo mi amigo Raúl Falcó. Es un trabajo estupendo.

Hoy cenaré con Sergio Pitol, quien viene esta tarde de la ciudad donde vive. Le enseñaré el texto que hice sobre nuestro viaje a Cuba. Lástima que no lo puedas ver con las fotos que lo acompañan.

Ayer estuve con Graciela Iturbide y me aconsejó los formatos pequeños. Fotos hechas para ser publicadas.

Debo terminar ahora un trabajo medio absurdo de la carta de un entrenador de perros a otro entrenador de perros, que hablan a su vez de un tercer entrenador de perros que escucha por un agujero ladridos de perros del pasado o algo así.

Se trata de una historia —que no comprendo del todo— que involucra al compositor Jorge Torres Sáenz, a su perro weimaraner y a una tina antigua, que colocada de cabeza sobre un hueco de la Antigua Escuela de Música produce el sonido de una jauría de perros ladrando.

Tengo un proyecto para una revista que quiere hacer un especial sobre Franz Kafka. Entre los libros que te di están los escritos de Zürau. Les dije a los de la revista que poseo las fotos de la estancia de Franz Kafka en Zürau, donde fue a restablecerse viviendo en la casa campesina de su hermana.

Dije que esas fotos me las había mandado Aissa, mi compañera de la infancia que trabaja en el Goetheanium de Suiza. Ya tengo una buena selección —tomadas realmente en las afueras de Pachuca— donde Zürau aparece en toda su grandeza mínima de campo europeo.

Sólo ahora me pondré a escribir la historia de Monpó, el cantante que tanto miedo te causa, apareciendo en la escalera de tu casa llevando su propia cabeza en la mano.

Conozco a la perfección la cámara de ojo de pescado de la que me hablas. Como objeto son muy estéticas, blancas y cuadradas, pero las fotos que toma están demasiado predeterminadas. Se sabe, cuando ves las imágenes, que fueron hechas con una ojo de pescado de cuarenta y ocho dólares que venden en tal o cual tienda.

Dile a los que te escuchan en los debates que organizas sobre mis libros que no den la menor importancia a lo que yo digo. Los textos y las imágenes están planteadas para que cada quien haga lo que le parezca con ellos.

Con respecto a las medicinas que debo ingerir, ayer me dieron una estocada que espero sea para bien. Descubrieron, después de haberlo negado durante años, que lo que tomaba atacaba de alguna manera el sistema nervioso. Ahora me prescribieron unas medicinas que acaban de ser patentadas, que se espera no me produzcan esos efectos colaterales. Lo malo es que el frasco cuesta cerca de mil doscientos dólares. Las acabo de empezar a tomar y veré qué sucede. Están haciendo trámites para que

me las donen y desde octubre ya me las entregarán sin necesidad de comprarlas, pues formarán parte del programa de medicinas gratuitas.

Esta mañana llegó un mensajero portando el primer envío. Todo bastante extraño.

Alisto ahora lo de las fotos y la escritura para irme a Oaxaca a trabajar cerca de un mes.

Llega Wendy Weeks —la mujer que en los andes desentierra cada año a su marido— el miércoles, y posiblemente salgamos el viernes hacia Oaxaca y yo ya me quede allá.

Sólo ayer, porque ya tienen en manos la nueva medicina, los médicos se atrevieron a confesar los efectos secundarios en el sistema nervioso del medicamento anterior.

El eco de tus palabras dichas ese día en que nos conocimos resuena todavía. Escribí mucho durante el viaje de vuelta. Es curioso cómo los aviones logran hacerme ingresar en una situación propia, casi como de pérdida de conciencia.

Al llegar a mi destino leo todo lo escrito durante los viajes como si lo hubiera creado otro. El regalo más grande que se le puede hacer a un escritor.

Ya estoy de nuevo en Oaxaca, voy a acompañar a Margo Glantz en unas presentaciones que tiene por acá.

El bellatinólogo que vino conmigo proviene de la universidad de la Plata. Está un poco fuera de foco, ya no sé qué hacer con él.

Te hago la lista de los perros que me pediste: 1- La primera fue una perrita negra con asma. De raza indefinida. En esa misma época en la casa de mi abuela un vidriero les ofreció a mis padres un pastor alemán, que llegó justamente cuando ya tenía la perra chiquita. Se decidió entonces que la perra asmática era más apropiada para mi abuela y se hizo un cambio. En mi casa no soportaron las travesuras de la pastor, esto fue en el año de 1970, lo sé porque hubo un terremoto que la perra no sintió, y mi madre dejó adrede abierta la puerta para que se escapara. La perra asmática fue hurtada días después del porche de la casa de la abuela. 2- Apareció cierta mañana un collie blanco en la puerta.

Qué bueno oír tus palabras.

¿Cómo vas? ¿Tu matrimonio?

He tenido muchas obligaciones. Deseo dedicar un tiempo largo para llevarlas a cabo.

El domingo regreso a mi casa y trataré de llevar otra vida. Me interesa que hagamos planes juntos. Te escribo en

cualquier momento. Sólo quería que supieras que deseo escribirte.

De pronto aparece ese otro yo. En medio de la espesura, desde la oscuridad más profunda comienza a mostrar su forma. Aparece y desaparece. Sólo se advierten fragmentos, El movimiento de una mano. De pronto la oscuridad, la más absoluta. El vacío y su silencio. Hasta que, de improviso, el otro termina siendo mi yo. No importa de quién se trate. Solamente será importante que siga cierta conducta. Dirigida por mí mismo hasta en sus últimos detalles. Se presenta en ese supuesto otro una no-conducta perfecta. No tiene interés lo que haga de manera consciente. Es el movimiento en el que incluso el otro puede ser bautizado como rezago, ceniza, desecho, composta. Se presenta, se impone y en lugar de fortalecer cualquier construcción —de servir como una suerte de campo de cultivo—, por el contrario, su naturaleza es la de corroer, de desintegrar, de crear un agujero, dejando la rasgadura, lo cortado por la mitad. Una sombra con nada tras de sí.

He tomado dos decisiones: abandonar el tratamiento y escribir una carta a mi padre. Para hacer lo primero creo que no debo hacer ningún esfuerzo y para lo segundo recurriré a los escritorios públicos de la plaza de Santo Domingo y diré al escribiente: padre que habita en otro país, con quien no hablo desde hace más de cinco años. Imagino que tendrán algún tipo de machote para desahogar una petición semejante.

Ahora, mientras tanto, me toca estar atado a una mesa con los nervios destrozados.

Qué mierda estas pastillas.

Ayer casi me perdí en la calle pensando que alguien me seguía. Llevaba dinero en efectivo, pero no era ésa la causa del terror.

Se me ocurrió, además, aceptar un perro nuevo. Quizá por eso estoy ahora con los nervios de punta.

Algo maravilloso que me ocurrió ayer fue la lectura de mis fotos. La realizó un fotógrafo que me impresionó. Lo que descubrió era mejor que el tarot.

Tengo que comenzar de nuevo el trabajo de sacar las hojas de contacto. Ahora más tarde viene la persona a quien contraté para que arme los archivos. Debo mandar una serie de fotos que no sé cómo habrán salido. El blanco y negro en la Ciudad de México es muy difícil de conseguir. A pesar de que la luz que ves sea maravillosa, la cámara va por otro camino.

El sábado, yo también como tú, tuve Pascua Judía, pero debí irme rápido al aeropuerto.

A la llegada a mi casa encontré agobio tras agobio. Menos mal que se trató de los pormenores buenos.

Por alguna razón que no conozco, a la gente a mi alrededor se le ha ocurrido hacer una serie de celebraciones. Precisamente ahora se me cruzó un viaje a Cuba, tuve que acompañar a Sergio Pitol, que a pesar de su corta duración me desbalanceó por completo.

Para aclararte ciertas dudas debo decirte que la palabra “jebe” es de Perú, allí también se dice jebe, y la primera novela que hice en computadora fue *Salón de belleza*.

No sé si habrá fragmentos sueltos de la adaptación teatral que mencionas. La obra se llevó a cabo y la dirigió un creador italiano. Los afiches deben estar en las cajas que Karin Elmore guarda en la azotea de la casa de sus padres. Ya es casi seguro que voy en noviembre. Aunque solicitaré un tiempo más del programado para ver nuestros asuntos. Hoy salieron publicadas mis nuevas fotos en una revista. Después de un texto llamado *Todos saben que el arroz que cocinamos está muerto*, escribí otro, ideado en el malecón, un relato llamado *Muñecos frente al mar.*

¿Ya vieron cómo mi mortaja los protegió de la epidemia?

Ahh…ya lo hallé, perversión, perezvón, perversón, perezvón.

Parto este domingo para Oaxaca. Regreso y voy a Bogotá. Realicé un acto de constricción y cancelé los viajes que venían después.

Ninguna salida más. No te hablé nunca de tu trabajo sobre los aforismos. Me dejó de piedra. Me transformé en una especie de estatua de sal mientras te oía a través del papel. Sería increíble hacer más grande el trabajo y meterse en ese mundo hasta agotarlo por completo.

Y otra vez en el silencio —qué absurdo—, con tantas cosas que pasan.

Las fotos de Cuba son impresionantes. Ninguno de nosotros sale en ninguna y la del babalao desapareció por completo. Recuerdo que tomé una de la puerta con un ojo que me decía que me estaba mirando.

Hay una rara, de Sergio Pitol y tú alejándose de espaldas hacia la nada —ahora no vayas tampoco a interpretarla—. Las que más me gustan son las de los muñequitos del malecón, creo que allí está resumido el viaje.

Como te dije, acabo de recibir un encargo de una revista para hacer algo sobre Franz Kafka y yo les he contestado que tengo una compañera de la infancia que vive en Suiza —es cierto— que trabaja en el Goetheanium, con los antropósofos, que es donde Franz Kafka y Andrei Tarkovsky iban a recibir sus tratamientos homeopáticos, donde hay unas fotos de las estancias de Franz Kafka atribuidas a Max Brod que nadie conoce. Están muy entusiasmados por publicarlas, así que ya estoy haciendo la selección.

Salieron mal las fotos de tu pájara. Por acá no pasa nada, o casi nada hasta ahora.

Hoy tengo cita con mi fotógrafo para mostrarle el material. Qué problema en la foto no saber dónde está uno, las cosas vienen de afuera, los milagros, y uno tiene que elegir dónde se encuentran realmente.

Estoy nuevamente descompensado. No tengo ganas de nada y no quiero que las cosas se pongan peor. Ya estoy de regreso en la ciudad. He dormido después de las largas horas de camino. Me empiezan los zumbidos del alma. La angustia se comienza a instalar sutilmente. Lo superaré una vez más. Espero que no te aburras. Hay muchas cosas que descubrir en los mundos paralelos, que se encuentran casi siempre en las líneas en blanco de los libros, en la milésima de segundo entre el último recuadro de la película y la aparición de la palabra fin.

Espero que ya el Chino haya pintado tu cabello, es el toque que necesitas para hacer divertido el entorno.

Yo acabo de terminar el *Tratado sobre Frida Kahlo.* ¿Lo quieres leer?

Las fotos tendrás que imaginarlas.

Esta tarde recojo las que hice en Cuba.

Yo tomé decisiones y la estoy pasando bien.

Nada de viajes, no salir a la calle antes de las cuatro, un nuevo perro llamado Aguinaldo, que me sirve de candado para no aceptar estar fuera por mucho tiempo, retomar el tratamiento —periodos desagradables, como síndromes del horror general por un par de horas y luego todo se diluye.

He realizado varios textos, avanzo en el *Tratado sobre Frida Kahlo* y luego con las fotos, aparecen algunas, cada vez más, maravillosas, ya voy descubriendo los trucos de una cámara que sabe perfectamente qué se debe tomar y qué no. Hay que llegar a una especie de acuerdo.

Ya existen dos líneas más o menos definidas de trabajo. La que queda establecida es el retrato en blanco y negro.

Hoy haré un tour con Ishmael Randall. Realizaremos con la cámara la caminata de los cinco kilómetros que separan mi casa del zócalo pasando primero por el café La Habana, luego encuentro con los aficionados de danzón en la Ciudadela, la fototeca, los *dealers* de películas pirata de autor, hoy habrá una marcha gay, y finalmente el Zócalo que seguramente mostrará a muchos grupos de personas reunidas.

Creo que ya tengo armado algo nuevo, tanto en los libros como en las imágenes. Va por caminos paralelos, aunque debo antes cerrar un ciclo de palabra y foto cumpliendo con el encargo del libro de Frida Kahlo. Pero

para llevar a cabo todo eso debo ya de cambiar de espacio para seguir trabajando. Por eso vuelvo por tres semanas a mi casa en el D. F.

Hoy me levanté pésimo. Creo que el viejo con aspecto de loco al que fui a consultar el otro día me ha hecho peor. Como una suerte de alquimista ese hombre, con un consultorio ubicado en una de las zonas más peligrosas de la ciudad, me tiró en una camilla y, mientras una mujer iba recitando en latín todas las partes del cuerpo mientras juntaba y separaba mis pies a una velocidad pasmosa, me iba colocando unos grandes discos de imán en diversas partes del cuerpo.

Desayuné con la amiga francesa de Cayo, una aburrida, y me acompañó un rato mi amiga Inés Cornejo a almorzar y a ir de compras.

Creo que las gotas que me recetó aquel viejo me ponen de mal humor y me he peleado con los empleados de varias tiendas.

En la editorial han atrasado la entrega del *Tratado sobre Frida Kahlo* para el martes, qué bueno, pero ahora en la noche me tengo que reunir con mis alumnos y quieren después otros amigos salir a celebrar mi cumpleaños.

Envidio tu estar todo el día en la casa leyendo.

Ahora saco a pasear a los perros, a comprar el diario y a tomar la foto diaria que hago a un pequeño parque donde se yergue una escultura de Giordano Bruno. Mucho más tosca que la de Campo di Fiori. Sobre todo los zapatos, que parecen de militar.

Las imágenes de Cuba estarán listas el sábado por la mañana. A ver si salió algo con tanta máquina de rayos X por los que pasó el rollo.

Agotado, mirando Bogotá desde las alturas. He decidido dormir mucho y ya acabar con la gira por tiempo indefinido.

Tengo un nuevo perro, debo recogerlo de Oaxaca, un xoloitzcuintle mediano que me cayó bien. Seguro que se va a llevar bien con Perezvón.

No sabes cómo me alegra que te animaras a hacer un viaje a esta ciudad. Para ese entonces ya estaré con el ánimo equilibrado,

¿Te hablé del programa de TV que me ofrecen?

Quiero aprender a dibujar, lo que tengo pensado desde hace varias semanas es hacer las fotos, luego copiarlas en dibujo y presentar eso. Voy a averiguar.

¿Qué te parece la idea?

En ese caso no sería ni fotógrafo, ni dibujante, ni artista, ni escritor.

Por esas razones me parece importante que el artista plástico Aldo Chaparro me esté construyendo un brazo nuevo. El año pasado le fue asignado un pequeño patio del MoMA para que expusiera un proyecto.

En ese mismo tiempo yo me encontraba en la India, en la ciudad fantasmal de Benarés, donde decidí arrojar al Ganges, al lado de los cadáveres que pasaban flotando alrededor de mi barca, la prótesis que intentaba sustituir mi brazo derecho.

Sin embargo, una vez que regresé a mi casa en México empecé a experimentar una sensación de pérdida que me impedía la movilización absoluta a la que estaba acostumbrado. Es decir, esa sensación de vacío dificultaba, mentalmente, realizar algunas conductas que me eran imprescindibles. En cierto momento advertí que lo que me hacía falta era la artificialidad que había estado presente en mi cuerpo durante todos los años, casi todos los de mi vida, en que porté un brazo artificial.

Pero a pesar de que sentía la necesidad de ese brazo no quería volver al mundo de la ortopedia, de donde habían salido casi todos los adminículos utilizados hasta entonces. En ese ámbito, por lo general, en lugar de resaltar lo artificial se busca esconderlo.

Algunos años atrás, en Berlín, había realizado un experimento en ese sentido, donde busqué llevar hasta el límite lo falso presente en un brazo de esta naturaleza: un famoso mascarero decoró el agresivo garfio que usaba entonces con una serie de piedras de fantasía.

Cuando tuve claro que mi próximo brazo tenía que venir necesariamente de la plástica recurrí a Aldo Chaparro, quien ideaba su proyecto para el MoMA, y pensaba que debía girar en torno al cuerpo humano y sus búsquedas de sobrevivencia.

Con tal idea ya había construido una casa portátil para *homeless*, un urinario con agujeros para quienes tenían la necesidad irrefrenable de sostener sexo clandestino, y una caja de madera de cuerpo entero, dotada de música y luces de diferentes colores, donde las personas podían ingresar para escapar del mundo cotidiano.

De esa forma ideamos una serie de brazos y manos posibles, que al mismo tiempo que tuvieran una función práctica —existe un esbozo para construir un miembro capaz de portar de manera oculta un celular, una navaja suiza, un iPod, un minúsculo lapicero y un exhalador de gases para prevenir cualquier agresión— se presente como una propuesta artística.

La idea quizá sea hacer del accidente, de la marca que establece el vacío alrededor de mi brazo derecho, un hecho

comunitario. He decidido que aquella característica deje de pertenecerme exclusivamente a mí para convertirse en un hecho que involucre al resto. El artista Aldo Chaparro haría las veces de un artista y de curador.

El hecho plástico, estético, sería rodear el elemento supuestamente faltante de una máxima artificialidad. El proyecto se abriría a otros artistas para que, a partir de ciertas normas, completen de manera colectiva el silencio de la ausencia. Siento que una acción semejante es similar a cuando un autor entrega un texto a una editorial.

Muy parecido al momento en que un autor ya no ve más. Ni el manuscrito que se extiende delante ni el patio interior de la casa con los dos pinos sembrados en una maceta.

Al instante en que alcanza sólo a oír la voz del personaje que supuestamente se encuentra enterrado debajo de la placa de concreto de la cocina. Cuando siente que cada vez el sonido que emite se aleja más.

Recuerdo que en momentos así suelen confundirse las palabras, las que al mismo tiempo me daban la impresión de treparse una encima de la otra. “Ayer en la tarde fuiste al gabinete de mi analista”, creo que fue lo último que alcancé a oír de manera consciente.

Me parece importante nombrar que el gabinete de ese tal analista parecía ubicarse en un espacio intermedio entre la fantasía y la realidad. Aquellas consultas eran

llevadas a cabo generalmente en francés. El gabinete daba la impresión de ubicarse en algún poblado aledaño a una gran ciudad. En un espacio urbano que a pesar de mantener casi intacta su serenidad se encontraba conectado de algún modo a la ciudad central a la que pertenecía.

Me reúno con el analista una vez a la semana. Creo que se logra en aquel gabinete un estado casi perfecto —constituido generalmente por dos nadas— donde estoy convencido de ser lo mejor de yo mismo. Esos lugares pueden construirse —aparte de este tipo de gabinete— en las cabinas de los aviones, en el rincón más oscuro de algún templo o mirando durante largos minutos sostenidos la carrera de algún perro de presa. Lo consigo también yendo en bicicleta por las zonas aledañas de la ciudad.

Mientras hablaba con el analista —era lo previsible dadas las circunstancias— apareció la cita que iba a tener horas después con un joven aficionado a la música. Comencé entonces a ser interrogado “¿Para qué vas?”, fue la primera pregunta. “¿Crees que todavía existe alguna esperanza de que las cosas se modifiquen?”, continuó.

Agradezco esos momentos, aquellos estados que me otorga aquel hombre porque, tal como me sucede siempre con el joven músico, no sé qué contestar. Pierdo por completo la concepción de los sucesos que me obligan a recurrir tanto al joven músico como al analista. No cuento nunca con una respuesta precisa. Sólo puedo decir, entre balbuceos, que me gusta ir sólo para estar cerca suyo. Para plantarme en mi espanto. Con la intención de sentir frente

a su figura un terror semejante al que suelo experimentar cuando me encuentro delante de decenas de pequeñas ampliaciones de fotos tomadas con mi cámara de plástico.

A un lado de la mesa se encuentra siempre la computadora. Se trata de un momento esperado con mucha paciencia. Luego de semanas de llevar casi todo el tiempo la cámara conmigo, ansío estar frente a las fotos ampliadas todas a un mismo tamaño. Pretendo, mirando las imágenes, inducir cierta escritura. Armar primero, partiendo del orden de las figuras, una suerte de itinerario a manera de un texto de viaje. Advierto, mirando las fotos con las que cuento en este momento, que lamentablemente va a tener que ver con un viaje en carretera. Me disgusta el género. Tan repetido. Siempre igual a sí mismo. He aplazado este momento hasta que las fotos no sean del todo un objeto físico.

Hoy en la mañana tocó la puerta la muchacha que realiza las ampliaciones. Traía las copias. A pesar de que el trabajo estaba listo desde una semana atrás, le pedí que sólo hoy las entregara. Aplacé el momento porque debía contar antes con la caja de cartón del tamaño apropiado para guardar las copias. Esta misma tarde, después de meter las fotos en la caja, conseguiré un extenso tablero de madera que sirva para que las imágenes, una vez colocadas sobre su superficie, adquieran cierta perspectiva.

Intento que, desplegadas casi al azar, vayan armando lo que tienen que contar. Esta es una de las reglas de esta narración. En esta ocasión las fotos van a ser las que lleven a cabo el relato. Ojalá, lo deseo, se presente de una manera

casi elemental. Quiero conseguir de esta manera que las palabras resultantes sean una copia casi objetiva de las fotos. Para el montaje final tengo pensado colocar una foto en medio de la página y al lado poner un párrafo que la describa.

Este proceso coincide con la recuperación de la cámara de fotos de mi infancia: la Diana azul que me regalaron cuando cumplí ocho años. Recuerdo que durante ese tiempo jamás revelé una foto. Se me hacía tan complicado su funcionamiento que mi paso por la Diana fue una suerte de simulacro de fotografía. Lo importante parece que fue el gesto de la toma antes que la toma misma. Mirar la realidad a través del visor: un objetivo que nace y muere en su intención. Apreciar cómo se iba transformando a cada segundo esa aparente verdad. Apretar el obturador en el instante preciso y único en que podía ofrecérseme una suerte de verdad armada a mi medida. No importaba si lo que resultaba era una foto. Lo fundamental era el ejercicio. Saber que por medio de esa práctica se estaba creando una suerte de realidad fantasma. Si ésta no aparecía plasmada en un objeto concreto era mucho mejor. Me parecía que de esa forma su calidad de aura flotante llegaba a cierto límite.

Casi veinte años después de que me obsequiaran mi primera Diana realicé otra vez un ejercicio semejante. En esa ocasión lo llevé a cabo con una cámara rusa que compré durante los años que viví en Cuba. En ese entonces era posible conseguir rollos pero no había un lugar dónde revelarlos. Recuerdo que dediqué entonces casi dos años de mi vida a realizar las Fotos Espectro, que era como llamaba a las fotos que nunca veían la luz.

Los rollos sin revelar se fueron acumulando en grandes bolsas de plástico. Empacada de esa forma se mantuvo para siempre la única mirada de vida que tuve durante ese tiempo.

Muchas de esas imágenes no deben haber sido sólo únicas sino perfectas. Recuerdo que dentro de la bolsa de plástico había una serie de Fotos Espectro que me entusiasmó cuando la tomé. La acción para realizarlas consistió en sumergir postales de pinturas clásicas en los charcos que creaba el agua de mar atrapada en la costa rocosa frente a la cual vivía en ese entonces. La mayoría fueron figuras de carácter religioso.

Recuerdo también el registro fotográfico minucioso de las tardes pasadas con mis amigos en una famosa casa de té ubicada en el centro de la ciudad. Fui tomando día tras día esos retratos. Ese trabajo lo fui recolectando en forma minuciosa hasta que de pronto, cuando la inmensa bolsa se llenó con decenas de rollos, decidí deshacerme de ella. Pensé que sólo de esa manera se cumpliría en su dimensión verdadera la idea de fotos semejantes.

Pasó un largo tiempo sin que volviera a hacer ninguna otra fotografía. En una época —muy corta— realicé algunos autorretratos cenitales. Para lograrlo amarraba la cámara en lo alto de una escalera de tijera, bajaba rápido y me acostaba en una cama cuya mesa de noche estaba decorada con diferentes objetos. El resultado aparecía como si hubiera sido realizado a carboncillo. Guardé y perdí después todo el equipo. La cámara rusa, el trípode, algunas láminas de plástico que me servían de filtros para la luz.

Fue tanta la emoción que me causó encontrar nuevamente la cámara Diana que me regalaron en la infancia, que durante los primeros meses en que comencé a utilizarla nuevamente redacté una suerte de manual de usuario que acabo de cerciorarme contiene 23 reglas que muchas veces ni yo tomo en cuenta al momento de hacer una foto.

1- No tomar con esta cámara fotos por gusto. 2- Buscar que la luz ilumine francamente los objetos. 3- Procurar que siempre haya rojos y azules intensos en el cuadro. 4- Tratar de entender los engargolamientos de la luz. 5- Sólo se deben sacar paisajes abstractos cuando se fotografía el cielo. 6- Buscar en los paisajes cercanos principalmente la presencia de marcados puntos de referencia. 7- No forzar las instrucciones que vienen en la cámara. 8- Saber que un poco nublado —o la no presencia obvia y plena del sol— es ya nublado. 9- Nunca improvisar una foto. Recordar siempre que la sorpresa debe ocurrir no en la realidad sino frente a la copia revelada. 10- Crear cuanto antes líneas de trabajo temático. Aunque sea dos. 11- La primera de estas líneas puede tener como referente aquellas imágenes en las que aparece Perezvón dentro de paisajes desvaídos más allá del tiempo; y la segunda con algo que tenga que ver con retratos. 12- También puedo continuar fotografiando las secuencias “on the road” pero teniendo siempre a Perezvón o al Chevy negro como referencia. 13- Otra línea más puede tener que ver con la toma de fotos “kitsch” que deben ser impresas en papel brillante. Una búsqueda propia de lo popular sin olvidar nunca el rojo y el azul. 14- No cambiar nunca el formato. Mis fotos siempre serán cuadradas. 15- Tratar de tirarse al suelo para aprovechar el piso. La superficie abierta crea una suerte de espacio vacío

anterior a la toma misma que hace muchas veces que el objetivo adquiera cierta calidad de tinglado. 16- Crear las figuras a partir de la distorsión. Es decir manipular las siluetas sobre todo si están lejanas para producir sombras más que realidades. 17- Fotografiar la mayor cantidad de vitrinas y maquetas posible. 18- Los contenidos —si no poseen esa línea de flotación que suele producirse cuando el fotógrafo se tira al suelo— deben estar saturados de objetos. Esta cámara entristece si no hay nada vivo o luminoso que captar. 19- La media distancia puede o no funcionar. Yo me colocaría en un punto menos que la media distancia y después recurriría a las distancias extremas tanto para adelante como para atrás. 20- No importará nunca el ASA del rollo. Tampoco la calidad, fecha de caducidad o estado de las películas. 21- Se deberá llevar siempre consigo una bolsa negra para manipular los rollos. 22- Buscar la foto dentro de la cámara. Si es posible se recomienda caminar llevando la cámara delante de los ojos. 23- Repito, no tomar ninguna foto neutra o anecdótica.

¿Qué tomar entonces? Algo que no se sepa bien pero que vaya abiertamente contra estas dos opciones.

A veces pienso —no sé por qué se me ocurre algo semejante precisamente en este momento— que si yo estuviera en disposición sexual nunca hubiera sido elegido ni por mi madre ni por mi padre.

Aunque quizá sí conozca las razones por las que hay un hombre enterrado debajo de la plancha de cemento de la cocina.

Mi habitación, desde donde se alcanzan a ver los dos pequeños pinos, siempre la he considerado como sobria. Las paredes son blancas y están vacías. Aparte de mi cama no hay ningún otro elemento en la estancia que pueda llamar la atención. Un gran cuarto de techos altos que da a una terraza donde hay dos pequeños árboles.

Desde allí evoco con frecuencia a Camilo. Recuerdo que más de una vez recorrió de un extremo a otro ese patio.

Mirando ese espacio adyacente a mi habitación recuerdo también el niño que soñó dentro de una casa de muñecas que pertenecía a una familia de toreros enanos. En otras ocasiones te recuerdo a ti en el gabinete de baile. Rememoro también tus ideas acerca de la Resurrección de la Carne. Nuestros paseos por Manhattan.

No te lo he dicho pero me llegó la propuesta de hacer una película basada en un texto que debía hacer basándome a mi vez en alguna canción de Chico Buarque.

Realicé el texto que me solicitaban y al final quedó una suerte de guión.

Se trata de un film que va a llevar como título *Construcción de las flores.*

Como fondo sonoro solamente habrá —aparte de los sonidos incidentales— la música de *Construcción* y fragmentos específicos de *Bolero*. Tengo que buscar a un

músico capaz de lograr una simetría perfecta entre ambas composiciones. La película se hará de acuerdo a la visualización que se logrará tomando fotos con una cámara Diana.

El texto de las imágenes se basará principalmente sólo en el concepto, de alguna manera como lo hace Chico Buarque con la canción. Se tratará de representar la letra con la que está hecha la literatura.

La medida para saber hasta dónde se puede llegar en este proceso creativo, será la manera normal de razonar de un niño de diez años de edad. Ese niño imaginario deberá ser capaz incluso de repetir —con una lógica implacable además— la narración que se hizo a partir de la canción *Construcción*, paso por paso. Deberá también tener una lectura propia y general que satisfaga los requerimientos que es capaz de imponerle a la ficción. Para eso tiene que ser preguntado durante el rodaje, una y otra vez, sobre qué trata la película y si le gusta. El niño deberá poder contarla siempre de principio a fin.

Las imágenes tendrán lugar todas en Ciudad de México. El ambiente y los personajes obedecerán de alguna manera al imaginario de cemento infinito que representa esta ciudad. Se instalará el trabajo visual en el caos propio de la ciudad más grande del mundo, así como de los no-lugares que la circundan. Se alternará el blanco y negro con una serie de colores brillantes.

Se hará presente también una determinada melancolía que, de cierto modo, remita al espíritu imperante en la época en que se compuso la canción.

La película debe comenzar mostrando una suerte de certificado firmado por Edda Cavigiolo —nombre de la madre de Mario Bellatin— que otorgue fe de constancia de que en la Navidad de 1967 nuestro escritor recibió como regalo una cámara semejante.

También se debe buscar que ese mismo documento exprese los esfuerzos que realizó el niño para tratar de captar con esa cámara una serie de escenas de playa, así como las que se generaron en un bote de pesca construido por el padre, embarcación que acostumbraban utilizar los fines de semana. Señalará además ese documento asuntos que son demasiado complicados de describir en este momento.

No sé si sabes que existe un episodio poco conocido y creo fundamental en la historia de Franz Kafka.

Para ese entonces Franz Kafka ya estaba enterado de su enfermedad. Los médicos habían sido precisos en su diagnóstico. Las posibilidades de cura eran nulas, aunque existían una serie de tratamientos que alargaban unos años la vida y podían ser capaces de mejorar las condiciones en las que ésta se podía desarrollar.

Fue el momento en que el acoso metafísico que se refleja en buena parte de los textos de Franz Kafka tomó, al fin, una forma material. Lo que parecía haber estado

invocando a lo largo de tantos años de escritura se presentó de manera rotunda y concreta. No había escapatoria. La realidad era incapaz de contar con su propio fantasma. El única ánima presente ya no se encontraba en la escritura sino en el propio cuerpo.

A partir de ese instante, Franz Kafka pasó de ser un hombre-escritura a convertirse en un organismo enfermo. Decidió entonces desaparecer. Esto ocurrió meses antes de su decisión de recluirse en casa de su hermana la campesina de Zürau.

Es el momento en el que, para llevar hasta las últimas consecuencias su condición actual de vida, decide que su obra debe ser quemada. Quizá en circunstancias de esa naturaleza se aclare en algo la recurrente duda que se origina una y otra vez al preguntarse las razones por las que él mismo no destruyó sus manuscritos. Era más fácil y práctico hacerlo por sus propios medios que dejar la decisión en manos de otros.

Quizá fuera porque no podían desvanecerse al mismo tiempo cuerpo y escritura. La desaparición física de Franz Kafka duró unos cuantos meses. Tres para ser exactos. Informó a su familia que se dirigiría a cierta clínica de recuperación, donde probaría métodos terapéuticos alternativos. Se refugió en el pueblo suizo de Dornach, cuna de los antropósofos, donde consiguió que lo hospedaran nada menos que en el Goetheanum, impresionante monumento diseñado originalmente por Rudolf Steiner, que se alza en la colina más alta del poblado.

Franz Kafka daba la impresión de desear seguir escribiendo, pero poniendo como base del trabajo creativo la propia desaparición de su escritura. Existe todavía, en la biblioteca del Goetheanum, algunos textos que fue estructurando durante esa época. Están camuflados como boletines informativos sobre las actividades de la institución, sin embargo se tratan en realidad del ejercicio de una escritura que podría enmarcarse en los parámetros de lo que ahora se conoce como una revista.

Por razones algo complicadas y marcadas por el azar, suelo permanecer algunas temporadas en aquel poblado suizo. Mi compañera de la infancia, Aissa Braun —venerable señora próxima a convertirse en abuela— es la encargada de la biblioteca y fue quien me contó que se acababa de descubrir que algunos de los boletines habían sido escritos por Franz Kafka. Los había trabajado en colaboración con Rudolf Steiner, quien se ofreció a otorgarle a Franz Kafka el tiempo paralelo de la desaparición que el escritor tanto parecía necesitar. Es decir, le dio la opción de permanecer escondido en aquel edificio el lapso que considerase necesario.

La experiencia de ver con mis propios ojos la escritura secreta de Franz Kafka la tuve hace cerca de dos años, que fue la última ocasión en que visité Dornach.

La desaparición, la impostura, la posibilidad nunca resuelta de la escritura pero, sobre todo, la muerte en su

expresión más amplia, fue lo que me causó asistir a semejante experiencia.

Los folletos, que llevan como título un escueto *Goetheanum kleines merkblatt*, podrían resumir su esencia en la afirmación de que la muerte no es lo que viene para alguien, sino que es la incertidumbre y la indecisión del que jamás llega, en la que no se puede pensar con respeto porque ella no es seria, es su propia impostura, es el desmoronamiento y la culminación vacía. No es la terminación sino lo interminable, la muerte no es propia, sino muerte cualquiera, y no la verdadera muerte, aunque, como lo leí en aquella ocasión, es la sonrisa de un error capital.

En esos folletos parece estar presente la desesperación de Franz Kafka, no por la inminencia del final sino por la certeza de la aparición de un destino concreto. Según lo que se afirma de manera un tanto secreta en el Goetheanium, Franz Kafka se dedicó a practicar una suerte de no escritura amparada en aquellos folletos informativos.

No sé por qué te cuento cosas tan diversas. Debería, creo, centrarme en la descripción de los síntomas que mi reciente operación producen en mi cuerpo. Todavía no he observado de manera detenida los resultados. Obvio que aún no sé lo que ocurrirá con respecto a los efectos sensoriales que este miembro intervenido sea capaz de producirme.

Por lo pronto me dedico, aquí en mi cuarto, a recordar cosas. Espacios dejados atrás. Historias lejanas. Aunque la conjunción que se da con más frecuencia es la de tu figura, la de algunas fotos de Diane Arbus, el tormento de Sylvia Plath y las hostess de los años sesenta de Braniff

International. ¿Te acuerdas de la vez que me contaste que tu tío el aviador te llevaba en sus vuelos?

Recuerdo que me contabas que trataba de mostrarte la cabina de mando, la manera de controlar la nave, pero tú estabas únicamente interesado en el trabajo de las azafatas. No perdías atención a sus indicaciones antes de iniciarse el vuelo, a su diligencia en la atención a los pasajeros. Deseabas ser una de ellas y no un piloto como tu tío suponía. Lástima que a ese tío lo destituyesen tiempo después por sus adicciones.

Repito, como telón de fondo a estas fantasías tú, como joven místico, retratado con la nueva cámara Diana.

Ayer me llegaron las pruebas de la editorial que va a publicar los textos con los que pagué mis sesiones a la analista Laura Benetti cuando no tenía cómo hacerlo.

Me encantó que el texto exista —casi completo, ya sabes que falta el del auto convertible con las analistas mediocres y el que describe la piel de unos perros—, pero como ya te informé no quise leerlo antes de que fuera publicado. Me rehúso a hacerlo porque seguramente lo voy a modificar y precisamente mantenerlo en su estado original —salvo cambiar la palabra jebe por hule y errores de transcripción — es parte del posible interés que pueda llegar a tener.

Aunque siento que quizá una guía paralela que vaya conduciendo al lector a través del libro no estaría de más.

Es decir, que aparte de los textos en sí quizá se podría leer la obra a partir de los comentarios editoriales.

Me parece que algunos textos de ese libro quedan en el aire. Que se le pide demasiado al lector para que descifre lo que tiene delante. Pero esta percepción la puedo tener tal vez porque no he leído realmente el libro.

Avanzo apenas con mi trabajo. Ya voy mejor de ánimo, pero lo que aparece escrito es pésimo. No veo la hora de acabarlo —imagino que sabes de qué libro estoy hablando — para empezar el guión de la película sobre el texto de Chico Buarque.

La primera acción de mi cumpleaños fue algo desmoralizante.

Anoche, poco después de las doce —hora de mi cumpleaños—, llegó por fin el famoso curador francés para ver mis fotos después de ir a cenar. Las miró y como sabes dijo que eran malísimas, expresó que le parecían algo así como si alguien comenzara a escribir y lo hiciera desde el primer día como Alejo Carpentier. Qué desilusión. Él mismo había publicado mis fotos anteriores. Me aclaró que el problema eran las cámaras, que producían determinados efectos y la forma lo era todo, dando una falsa sensación de densidad. Que se podrían solucionar los problemas sólo si trabajara con cámaras normales, donde la realidad se viera tal cual se presentaba. Me dijo que eso era lo que esperaría de mí una crítica especializada. Pero le contesté que lo que me agradaba era dar la impresión de la existencia de un

mundo que de alguna manera se mostraba como enrarecido. Me contestó que sólo podría lograrlo si creaba un espacio artificial y que lo fotografiara después con una cámara digital.

Ayer fui a un médico loco. En un barrio marginal un viejo de otro tiempo, con su mujer. El viejo se presentó como el director del hospital de homeópatas y me tendieron en una cama. Casi al instante comenzaron a juntarme los pies como en un tic tac de reloj mientras iban mencionando todas las partes del cuerpo y si al decir algo: riñón, por ejemplo, y los pies no se pegaban juntos me ponían un imán muy grande en la zona indicada. Me han mandado unas medicinas que sólo debo tomar los martes y los jueves, y el médico me aseguró que los imanes colocados sobre mi cuerpo ya habían matado las impurezas. Curiosamente amanecí mejor. Como más ligero y listo para trabajar.

Hoy no celebraré, pasaré el viernes tranquilo, pues quiero dedicar el día a trabajar en el *Tratado sobre Frida Kahlo*, libro que quiero entregar mañana en la tarde.

Iré a desayunar donde Florence Olivier. En algún momento compraré las medicinas extrañas que me recetó el médico director de los homeópatas.

Casi caigo muerto de maravillado al volver a ver *El diario de un cura rural* de Robert Bresson.

Me cuenta Karin Elmore que Tadeo quedó muy contento después del viaje que hizo a México. Que se levanta de buen humor. Voy a quedarme varios días con él en Francia a finales de mayo.

Perdona que lo repita pero qué curiosos se me hacen tus estudios sobre la Resurrección de la Carne.

Precisamente estoy redactando un pequeño texto sobre el cuerpo y el vestido, e imagino el papel o fibra convertidos en carne muerta y en una misma sustancia.

Puede que ése sea precisamente el punto de ser sufí: el hecho de mantener nuestros cuerpos de alguna manera inalterados esperando la resurrección.

¿Se podrá elegir?, me pregunto.

¿Podremos ser otros siendo nosotros mismos al mismo tiempo?

Qué aburrido me parece regresar a este mundo igual a como éramos antes. Con los pelos y las uñas crecidas de manera desmesurada durante nuestra putrefacción.

Este fin de semana estuvo conmigo, acá en Oaxaca, mi amiga Wendy Weeks, quien tiene al marido muerto en el cementerio de Ollantaytambo.

Me parece interesante la costumbre, que llevan a cabo en ese lugar, de ir desenterrando cada año a los muertos hasta comprobar que se encuentren en condiciones, sin un resto de carne, de ser llevados de nuevo a sus casas.

Yo he estado con Tadeo en una de esas ceremonias. Tadeo tenía en ese entonces cuatro años y tomaba fotos de las tumbas y de la gente que comenzaba a embriagarse buscando quizá así caer en la catarsis necesaria para empezar con las exhumaciones.

Nunca olvidaré la imagen que representó Tadeo cuando, cansado de tanto ajetreo, se acostó a dormir en el hoyo de una tumba abandonada.

Ahora, la opción de ser cremado es vulgar. Es la manera más barata y expeditiva de deshacerse de los cadáveres. Es interesante ver cómo va aparejada esa cremación de un completo olvido espiritual. Se vive sólo el instante de la pérdida.

No quiero ni pensar lo que ocurriría con las personas que estuvieron a su alrededor si a un muerto se le ocurriera regresar a su entorno poco tiempo después de su fallecimiento. Lo más probable es que las mismas personas que lo lloraron en su momento se encargaran de desaparecerlo nuevamente.

Quizá por eso los sufís hacemos de las tumbas de nuestros santos lugares de reunión. Sitios que hacen evidente la idea de que nadie nunca muere. Que se viven varias realidades paralelas. Creo que México es un buen lugar para comprobarlo. En todas las esquinas hay una manifestación obvia de que se viven en simultáneo distintos estados. Lo mejor de todo es que nadie parece otorgarle una importancia mayor a esta verdad que puede sonar absolutamente sobrenatural. La gente se limita a saludar y darle el paso en la calle a gente que ya se sabe que está muerta. Suelen aparecer incluso dentro de tu casa, te despiertan en la madrugada. Los miras unos momentos y sigues durmiendo tranquilamente.

Graciela Iturbide incluso los ha fotografiado más de una vez. Es un síntoma común que lleven todos un aspecto similar a cuando se creían estar vivos.

Gabriela León, quien me está prestando ahora el estudio donde trabajo, por ejemplo, algunas noches habla con un hermano que fue apuñalado hace algunos años. Es por eso —porque se comunica regularmente con su hermano— que desea realizar un trabajo artístico que consistirá en seguir los pasos que siguió ese hermano muerto hasta su deceso, como buscando tratar de encontrar los dos extremos, a ver si halla alguna lógica no sólo a su violenta muerte sino a la posibilidad de conversar de una forma más natural con el hermano cuando así lo desee.

Tengo que hacer el *Tratado sobre Frida Kahlo* e ir corriendo a llevar a revelar las fotos que tomé en La Habana a ver si aparecen en las copias los perversos

muñecos del Parque Maceo. No puedo creer que haya estado por allá, es como un sueño. Te dejo al Chino, al cantante fantasma Monpó y a los amigos desaparecidos que alguna vez frecuentaron la Casa del Té.

La pájara enjaulada que sale mal en las fotos será la primera en intuir mi presencia cuando regrese, ya lo verás.

Ya estoy mejor, pero he quedado algo así como calmado más de la cuenta, de repente resultan así menos malas las cosas.

¿Dónde crees que sería bueno que nos encontremos?

Piensa que ahora mi punto de orientación es Williamsburg, pero esta zona no me gusta mucho. Más bien la detesto. Dame también la hora.

El fin de semana lo pasé bien, con mi personaje de *La escuela del dolor humano de Sechuán*, es decir Wendy Weeks, que vino a Oaxaca a recordar los primeros tiempos que pasó con su esposo en América Latina.

Con altibajos de ánimo. Hoy sufrí uno fuerte, debo ser valiente y resistir.

Precisamente hace unos momentos paramos el auto con Gabriela León para recoger un perrito abandonado. Gabriela lo cargó y vio que tenía sarna, lo dejó nuevamente

y al minuto siguiente lo atropellaron y lo hicieron desaparecer.

Nos estábamos dirigiendo a la casa de un fotógrafo tipo Witkins, quien a su vez había recogido unos terriers, me dio una, me la llevé, la interné en el hospital de perros para que la curen y le corten la cola. Se llamaré Bambi y es american fox terrier.

En realidad no la bauticé como Bambi sino como Chispas o Señorita Coralí, como el personaje del libro de Giovanna Pollarollo, e hice que le cortaran la cola después de haberlo consultado con mi compañera de la infancia que vive en el pueblo de Dornach.

Como sabes, a tu cantante la historia lo preservó con el nombre de Monpó. No cabe duda de que no es más que un seudónimo, más exactamente uno de sus seudónimos. Sin embargo, la pregunta que levanta una suspicacia inmediata es: ¿La historia realmente lo ha conservado?

No es en vano por eso que habite ahora el ático de la calle de Ánimas, que haya desalojado a su antiguo inquilino —a aquel hombre mayor que solía subir en la noche rodeado de muchachos del barrio—, y esté ahora cantando, a voz en cuello si se le escucha con atención, sus arias inmortales mientras lleva clavado un cuchillo en el corazón.

¿Quién será el próximo huésped del ático?, no dejan todos de preguntarse.

Cuando se escuche el sonido de chancletas a altas horas de la madrugada se tendrá la respuesta. Primero oirán caer una al piso, pocos segundos después la otra.

La caída estrepitosa de la schnauzer negra puede tratarse también de una premonición.

Todavía no hago nada, no salgo de mi habitación, a las nueve de la mañana me esperan para hacerme una curación de rutina.

¿Cómo es posible que hayas leído el libro *La biografía ilustrada de Mishima* en las condiciones en las que se encuentra?

No debí haberlo enviado en esa condición. Mandado así, sin revisarlo. Creo que sólo funciona hasta cuando golpean al personaje en la puerta de la discoteca y le roban las llaves del auto. Lo quiero volver a escribir. Muy pronto además. Apenas termine con el *Tratado sobre Frida Kahlo*.

Sergio Pitol me dijo que estuvo contento con el hecho de subir a la torre donde se reúnen los escritores jóvenes. Yo también muy feliz por haber dejado el cigarro gracias a tu embrujo. Ya estoy mejor. Más pegado a la realidad. Los médicos querían verme para dejarme viajar, aunque sugieren que baje un poco el ritmo de trabajo. Ahora sólo tengo cansancio y el dolor de lengua —me la herí en el último ataque epiléptico— que va pasando poco a poco.

Ya estoy de regreso en mi casa. Sólo estuve unas horas fuera, pero me parecieron días enteros.

Ayer soñé que Perezvón se había caído de una azotea y no lo podía llevar al veterinario por falta de tiempo. A través del teléfono me informaban que no estaba mal, que había asumido la actitud propia de un perro que se cae de un techo. Me desperté ahora después de una corta siesta, hablé no sé adónde y me dijeron que se encontraba perfecto, que se había cruzado con una perra labrador, además. Me pareció extraño que me dijeran algo así porque todos saben que mis animales se encuentran esterilizados.

Qué bien que le hace a uno participar de las sesiones colectivas con los jóvenes que desean ser escritores. Hoy mis alumnos parecieron vengarse cuando intentamos leer en voz alta la tal *Biografía ilustrada de Mishima* en la que estoy trabajando. Creo que incluso podría ser un libro más largo, se le pueden añadir nuevas cosas sin alterar su concepción original.

Como te dije cuando te hablé del estudiante de Princeton, la visita al criadero de perros fue un desastre. No era como yo pensaba, un lugar en el campo, sino una simple casa urbana llena de ejemplares, que me curó de pronto de la obsesión de tener un nuevo animal. Esa visita tan triste me quitó la fijación de tener un animal costase lo que costase.

Esta noche cenaremos en casa de Margo Glantz.

Me quedé dormido y no he hecho el equipaje.

Yo, como siempre, con el cerebro en blanco, y solamente con ganas de hacer fotos con la cámara de mi infancia. Ya están saliendo estupendas, quiero publicar un libro, aparte del *Tratado sobre Frida Kahlo*.

Son fotos sin pasado ni presente. Al fin puedo ver el universo propio que es capaz de contener una simple cajita de plástico.

En Puebla fue una delicia encontrar rollos de 120 descontinuados, los colores que obtiene un rollo en estas condiciones son espléndidos.

Llevaré a Lima las dos cámaras. La Diana de la infancia y la otra, la de madera, para dársela a Tadeo y realizar las exposiciones nocturnas que tanto nos interesan. Ya estoy arreglándolo todo. Veo que han crecido unas plantas muy bellas al lado de mi estudio.

Sigo escribiendo, ayer avancé un poco en el *Tratado sobre Frida Kahlo*. Creo que nos va a sorprender un libro semejante. No me parece que calce en la colección para la que lo tienen pensado. Ojalá que lo rechacen. De ese modo me lo dejarán libre y podré hacerlo aún más exagerado.

¿Te acuerdas de la opción de hacer un libro con las críticas?

Algunos de los asistentes a una lectura que realicé en una universidad se entusiasmaron y me preguntaron sobre la opción de realizar un libro de esa naturaleza.

Yo creo haber detectado ya el origen de esa clase de obras.

Creo que todo comenzó cuando yo tenía diez años.

Como sabes, de pronto se me ocurrió escribir un libro de perros. Creo que en el instante en que tomé la decisión se instauró la culpa frente al hecho de escribir, sentimiento del que no me he librado nunca.

Recuerdo, entre otras cosas, la estupefacción de mi familia. Parecían no estar dispuestos a aceptar que planteara realizar una tarea fuera del rango de normalidad aceptada para un niño de mi edad. Luego, cuando vieron que el proyecto iba en serio pues me hice de una máquina de escribir, de cintas entintadas y de una serie de hojas de papel, se opusieron abiertamente a que yo continuara con mi intención.

Puede parecer extraño, pero a partir de ese momento intuí la causa de la reacción que muchas personas suelen experimentar al saber que tienen un escritor a su lado. Imagino que a mi familia, bastante endeble a nivel humano ya que estaba signada por la enfermedad y la deformidad

de los hijos, no le causaba ningún entusiasmo tener un testigo en su propio seno.

Recuerdo que empezaron a aparecer una serie de burlas solapadas, que fueron transformándose en verdaderas sesiones de oprobio, donde se buscaba por todos los medios descalificar cualquier intención de escritura que pudiera mostrar.

Paradójicamente, y creo que el rechazo mismo tuvo una importancia fundamental, terminé el libro —un ejemplar de historias de perros ilustrado de manera rudimentaria que mi abuela, la única que pareció darse cuenta de la verdadera situación, guardó al fondo del ropero.

Nunca lo volví a ver.

Cuando mi abuela murió, la vergüenza me impidió solicitarlo.

Aquel estado de cosas hizo posible la existencia de ese primer libro y la decisión de no dedicarme a otra actividad en la vida sino a la de escribir.

Ninguna actividad diferente, ningún elemento de orden personal, podían estar por encima de este ejercicio. Luego, con el paso del tiempo, la culpa adquirió diversos matices pero nunca dejó de estar presente. Sigo sintiéndome avergonzado por escribir y, curiosamente, aquel sentimiento es el que hace posible que mi escritura continúe.

Pero, aunque si bien es cierto que está por encima de toda actividad, en lo cotidiano cualquier otra obligación es más importante. No recuerdo, en lo concreto, haber dejado de hacer nada, sea de carácter obligatorio o recreativo, por el hecho de tener que escribir. No concibo a alguien rechazando algo o no cumpliendo con alguna tarea, por más banal que ésta fuese, porque debe terminar un texto.

¿Qué me ha traído este método, esta suerte de sistematización? Creo que ha hecho posible que nunca, desde los diez años haya dejado de escribir. La aparente ausencia de obsesión por este ejercicio hace que más o menos, y en la medida de lo posible, tenga en orden diversos aspectos de la vida ordinaria. Pero el sentimiento de culpa hace también, y aquí quizá esté el motivo de la vergüenza, que de cierto modo todo lo que escriba no escape a un imaginario propio de esa edad. Parece que hizo que el mundo representado se quedara congelado en aquel momento. Con esto no quiero decir que mis libros estén compuestos por los típicos textos redactados por un niño o dedicados a un lector infantil, sino que, a pesar de tomar distintas formas, muchas de ellas, incluso radicales, la problemática alrededor de la cual giran los relatos no ha logrado superar esa etapa, al contrario, temo que mi escritura haya entrado en un serio periodo de profundización de un imaginario de ese tipo.

Todo esto lo descubrí especialmente durante la redacción del libro *Flores*. En esa ocasión había obtenido una residencia para escritores en las afueras de Nueva York. Pensé que era la oportunidad por tanto tiempo

esperada para poner en orden una serie de archivos que estaban sueltos en mi computadora. Decidí utilizar mi estancia allí no para crear nada nuevo, sino para tratar de darle una forma definida a lo que ya tenía, según yo, como textos sin ninguna relación entre sí.

Al leerlos nuevamente antes de partir, advertí que mi escritura, después de la publicación de algunos libros, evidenciaba estar centrada como en círculos alrededor de determinados puntos: en la enfermedad, la deformación de los cuerpos —presentes en mi familia, en su máximo apogeo, cuando tenía los diez años de edad—, el abandono y el estigma de la muerte. Me asusté, sentí que estaba anclado en ciertos modelos —cosa que contrastaba enormemente con la idea que tengo de un verdadero escritor—, pero al mismo tiempo esa especie de homogeneidad hacía posible que los pequeños fragmentos fueran parte de un todo. Una vez aceptado este descubrimiento redacté el libro *Flores*.

Por más que en los años siguientes intenté escapar de esta evidencia —muchas veces utilizando el recurso de apelar a supuestas tradiciones ajenas a nuestro contexto como las literaturas japonesa, árabe, china o judía— siento que cada vez es más evidente y desvergonzada. El rubor aparece no tanto en cuanto a los temas contados —que para muchos es más de lo que se está acostumbrado a soportar— sino a partir del hecho de utilizar la palabra escrita a manera de una especie de nuevo rico, haciendo alarde de sus posibilidades, en una posición totalmente abusiva además. Hablo de abuso porque frente a la naturaleza de los hechos tratados tengo la certeza de que

no cabe sino una suerte de respeto por el dolor ajeno, sea éste una impostura o no.

Pero basta de esto. No quiero que mi universo sea catalogado como el mundo de los deformados, los enfermos y los desdichados. Creo que se salvan los libros anteriores a mi descubrimiento de la impronta de los diez años de edad presente en mis relatos, y aquellos que traté de recubrir con una serie de alegorías de ultramar.

Lo peor de todo es que están en proceso dos libros nuevos: *Mutaciones* y *Mi piel, luminosa*, ambos totalmente sumergidos en estas temáticas. Claro que trato de hacerlos aparecer como el resultado de un riguroso trabajo intelectual, pero allí está presente todo el horror, ése y no otro, del niño que mostró su primer libro terminado y sólo recibió risas y burlas.

Tengo la suerte de que nunca más volvió a sucederme lo mismo —que un libro escrito por mí sea rechazado—, al contrario, llegué a un momento en que me es imposible cumplir con todas las exigencias editoriales. Sin embargo, y más aún cuando veo las peculiaridades de estos nuevos textos, quizá esté buscando cerrar el círculo y llegar a la presentación de un libro donde todos sus personajes sean ciegos, cojos o mudos, y así conseguir no sólo la burla de mi familia sino la de mis editores y, principalmente, la de los lectores.

Acabo de descubrir algo realmente sorprendente. ¿Tendrá que ver con la operación a la que he sido recientemente sometido?

Estoy en una terapia extraña, que al principio creí que era como para relajar los músculos, después supe que se trataba de una especie de sesión de brujería y ahora resulta que es algo parecido al psicoanálisis pero centrado en el cuerpo. Una mujer toca puntos físicos que causan un dolor extremo. Produce un resultado que, poco a poco, va convirtiéndose en placer y va aparejado asimismo de la presencia de una serie de imágenes de las que no te acordabas pero sabías que existían. Vi, por ejemplo, a mi pobre hermano con los dedos triturados por meterlos al motor de la lavadora. El departamento espantoso de mis padres en San Miguel con un loco que me escupía, la casa de Vista Alegre con las matas crecidas y el auto chocado estacionado eternamente frente a la puerta.

A mi abuelo con su silla de ruedas improvisada con ruedillas de carropatín.

Quien más me conmovió, hasta las lágrimas, fue mi hermano con la mano prensada ¿Por qué se guarda en la mente sólo lo desagradable?

Sé que de vez en cuando subíamos a un cerro o íbamos de pesca a Pucusana en el bote construido por mi padre.

Tengo el deseo de quedarme en la casa, pero no va a ser posible. Vienen nuevos viajes, en avalancha, pero son de los que me gusta hacer.

Te cuento la historia del texto que termina con tu traducción. Esa del Baño de Frida.

Todo comenzó hace cincuenta años. Cuando Frida Kahlo murió, Diego Rivera mandó guardar las cosas que había alrededor —piezas de arte a medio hacer, implementos propios de la larga agonía, cartas desesperadas, cuadernos dibujados, prótesis diversas y decenas de frascos de medicamentos.

¿La trinidad amor-amante-amado pasa sólo por el secreto? ¿Tú qué piensas al respecto?

La cámara lo puede revelar —ese secreto—, estoy seguro, no la palabra escrita, que en sí misma está imposibilitada de replegarse. Lo que se repliega es la superficie, el papel, pero la imagen ya de por sí demuestra su unidad. Lástima que no sirva para mayor cosa, quizá porque no puede recorrer el arco narrativo necesario para el encuentro de una mirada que haga evidente la existencia de los dos abismos que se establecen entre ellas. El famoso punto de vista necesario, insondable, capaz de no transferir el amor a un objeto divino sino la metamorfosis del sujeto del amor humano.

Nada, estas reflexiones se encontraban presentes en un sueño que acabo de experimentar y que intento, no sé por qué, atrapar en estas líneas.

Ahora debo bañar al perro.

Sigo escribiendo, ayer avancé un poco el *Tratado sobre Frida Kahlo*. Creo que nos va a sorprender semejante texto.

Sergio Pitol quiere ver detalles de su presentación en noviembre dentro de Semana de Autor. Se le ve entusiasmado con el viaje. Parece que desea apreciar cómo se encuentra ahora La Habana y conversar con personas que recién comienzan a escribir.

Cuando yo a veces le he contado de las cosas que hacíamos allá en nuestros tiempos, él tenía muchos recuerdos de los años que pasó en Rusia y Polonia con los grupos alternativos de artistas, donde sentía que se hablaba, se discutía de asuntos que era imposibles se intercambiaran en otras partes.

Acá llueve y el clima se vuelve húmedo para mis bronquios.

Desde que te conozco te he querido preguntar: ¿Tú espíritu es el de un místico puro, de un renegado o de un revolucionario?

Testigo inconmovible de su fe y de su unión con Dios hasta el martirio y la muerte, dicen de Ibn al-Arabi. Su vida es una enseñanza tanto como su palabra. Se separa de los demás sufís y se dedica sólo a hablar a la multitud. En contra incluso de sí mismo. De las ideas clave de determinado pensamiento. Como un cardador de conciencias. Te has manifestado tanto que me parece que no hay más que tú en mí, podría decirte si me lo propusiera.

Me desconcierta un poco la frase de Malcolm Lowry, puesta en inglés en *Bajo el volcán*: “¿Le gusta este jardín? ¿que es suyo? no deje que sus hijos lo destruyan”.

En castellano resulta mucho más insólita ¿no se podría mantener en el original?

Además, como no es creación de Malcolm Lowry, se trata de una frase que todavía puede encontrarse en ciertos parques mexicanos, puede estar más allá de su inclusión en el libro.

Para variar, con problemas de salud, ahora están mezclados una bronquitis con la comprobación de los efectos secundarios de una medicina nuclear que me acaba de costar mil dólares el frasco. Pero no del todo mal. Debo ver a un neumólogo pero en ese acto, y comprando la medicina aquella, entra en contradicción mis ganas de morirme bien y al mismo tiempo estar invirtiendo tanto dinero en la salud.

No leas *El libro sin tapas* que te mandé. Lo tengo que revisar y no quiero por ningún motivo desperdiciar tu acercamiento.

Sí, por favor, lee *La biografía ilustrada de Mishima*.

A veces me pongo a pensar en todo lo que he dejado por la escritura, y no creo que exista algo en mi vida que esté más allá de ella misma.

Me gustaría mantener una conversación seria con respecto a *La biografía ilustrada de Mishima*. Me parece perfecto que aparezca el texto transformado y si quieres, o tal vez sea demasiado, se puede colocar la foto de la mujer bañándose sobre el excusado.

Las celebraciones parecen haberse silenciado, no tengo cuándo terminar los textos pero las fotos que voy recibiendo me encantan. Me pongo como fecha límite para entregar los dos libros antes del viaje a La Habana. Voy a tratar de escribir algo acerca de un suceso que sólo a partir de la foto se puede descubrir. Que lo contado no sea más que lo se encuentra a nuestro alrededor.

Ayer tomé una foto nocturna de la casa donde vivo, con trípode y apretando durante dos minutos el obturador. Espero ampliarla pronto. Como ya tengo más o menos armada la estructura del texto quiero hacer fotos precisas.

Hoy me dieron masajes, después casi ya no pude levantarme, me quedé dormido como una hora.

Creo que está bien traducir los títulos de las obras, porque me parece que hacen que existan menos, y las notas al pie le otorgan una falsa seriedad que creo ayudará al desconcierto.

No sé si en el libro de Malcolm Lowry, que tienes razón, en el original aparece como tú lo indicas, está en inglés o en castellano. En todo caso hay que respetarlo tal como está en *Bajo el volcán.* O ¿tú que crees?, ¿no será mejor

conservar los letreros que todavía se pueden ver en algunos parques mexicanos?

Las fotos que estoy haciendo son físicas, justo quiero preparar una suerte de maqueta para poder enviarlas.

Deben haber textos más antiguos entre los que guardaba Laura Benetti ¿dónde podrán estar? Estos de los que hablas son ya más modernos.

Lo sé porque en uno refiero un viaje a Buenos Aires donde compré unas zapatillas de ballet.

Sabes que comienza señalando que todo comenzó con una zapatilla. Con una zapatilla de ballet que debía comprar en el extranjero. De color salmón, supe después. En la tienda de artículos de baile del teatro Colón me enteré de que los otros colores se hacen sólo sobre pedido. Me informaron también que podían llevar grabadas el nombre de quien las usase —a la manera de los intérpretes de los memorables ballets rusos— o algún aditamento que el ejecutante considerase de buen gusto o que pensara le trajera suerte.

El problema con ese tipo de zapatillas es que no cuentan con un número fijo. Es decir, que sólo hay pequeñas, medianas y grandes. Además, en esos negocios descubrí el detalle de que cada ejecutante las va adaptando a su medida, de acuerdo a su modo particular de ejecución.

Decidí entonces —en vista de que las reglas eran bastante particulares y que el ejecutante no se encontraba presente— probarme yo mismo las zapatillas para tener una idea de lo que debía comprar. En las dos primeras tiendas fui atendido cordialmente por unas señoras que me contaron cada una de ellas que algunos años atrás fueron estrellas de las coreografías más recordadas. Cuando llegó el momento de hacer mi pedido ambas se mostraron asombradas por la talla que solicitaba. Pese a todo me aseguraron que con mucho gusto las podían confeccionar en una semana.

Como estaba próximo mi viaje de regreso seguí visitando los negocios ubicados en los alrededores del teatro. En el último me atendió un tipo algo mayor —era evidente que se trataba del dueño del negocio— que al oírme solicitar una zapatilla de color salmón me condujo a una suerte de pequeña trastienda. Yo le había tratado de explicar de que no era para mí, pero que quizá midiéndola con mi pie podía darme una idea de lo que necesitaba comprar. No se preocupe, me dijo. Estamos acostumbrados a que nos visiten personas de mayor edad y de mayor peso incluso que usted, quienes suelen solicitar zapatillas de tallas no convencionales. Comprendo que no son para su uso, es la excusa que todos dan, pero conmigo no tiene por qué guardar las apariencias. Entiendo el placer de posar frente al espejo con una de ellas puesta. Imaginar al gran público aplaudiendo el momento en que Odette y el Príncipe Sigfrido se conocen. Sentirse cargado con energía y precisión mientras las zapatillas atadas con gracia a nuestros tobillos vuelan libres por el aire. Es por eso que tengo aquí guardadas, expresó mientras se agachaba entre

unas cajas, las tallas que nosotros necesitamos. Fue entonces cuando traté de repetirle que no eran para mí. Que se trataba de un encargo para alguien que realmente se dedicaba a la danza. Comprendí que ya era demasiado tarde. Tras las cortinillas que separaban la trastienda pude observar al caballero, calzado con unas zapatillas, tratando inútilmente de ponerse en puntas. Los brazos los había levantado lo más que podía y logré imaginar su enjuta anatomía, con los músculos estirados, sobresaliendo de la camiseta que tenía puesta debajo de la camisa. Atrévase, me dijo, no hay que tener vergüenza del cuerpo cuando descansa sobre unas finas zapatillas. Mírese como yo en este espejo. No importa en qué situación nos encontremos. Le vuelvo a decir, yo conozco a tipos con el cuerpo peores que el suyo o el mío llevándose felices su adquisición. Es el paso del tiempo. Todos terminamos de esta manera. Los guapos y los feos. Los que nos cuidamos durante nuestra vida y los que llevamos una existencia despreocupada. Es una ley de la que nadie puede escapar. Total, finalizó, en este espacio detrás de las cortinas nadie más nos puede ver. Aunque a veces, sobre todo después de cerrar las puertas de la calle, suelo escuchar algo así como unos aplausos lejanos mientras me miro ataviado —ya con el atuendo completo— frente a este espejo.

Después de escucharlo desistí de probarme ninguna zapatilla. Por más que insistió. Le agradecí las atenciones y salí de aquella tienda. Ni siquiera me volví a fijar en las vitrinas —en los tutús y mallas que minutos antes me parecieron haber estado dispuestos con un gusto delicado — que miré con gusto al entrar. Sentado en un restaurante de la esquina hice una llamada de larga distancia. Cuando me contestaron afirmé —sin dejar que la voz al otro lado

llegara siquiera a hablar— que a pesar de estar enterado de que la legislación vigente no contemplaba todavía los casos de ruptura matrimonial —pues todavía no se había presentado ningún asunto de este tipo en el juzgado— deseaba el divorcio inmediato.

Como todos los anteriores, ese texto tiene mucho de mentira y de verdad. Me agrada cuando —como en este caso— lo que parece falso es lo verdadero y viceversa. Todavía puedo ver a aquel hombre, obeso y mayor, de pie frente al espejo de cuerpo entero de su trastienda.

Precisamente estaba pensando en ese suceso cuando hace dos semanas vino a visitarme Sergio Pitol para ver los detalles del viaje.

Me parece que días antes había sido tomado por un virus que me produjo una fiebre de casi 41 grados. Estuve casi todo el día siguiente en el área externa del hospital. Me realizaron algunas pruebas. Los resultados fueron negativos. Me alertaron poco después de que había aparecido en la ciudad un virus desconocido. Me recetaron antibióticos y me dieron la autorización de volver a mi casa. Por alguna razón que no entiendo ignoro la causa por la que no mencioné que, entre otros síntomas, padecía de una constante comezón en la cabeza.

A la mañana siguiente me encontraba durmiendo, tarde, afiebrado, con la sensación de encontrarme en otro mundo. Tocaron a la puerta. Oía el sonido a lo lejos. Me levanté, abrí y descubrí a Sergio Pitol que me venía a visitar. Estaba en camino a un viaje a España. Lo hice pasar. Me llamó la atención que no hubiera hablado antes por teléfono. Hizo

alusión al largo de mi pelo. Se le hizo extraño que no lo tuviera rapado como de costumbre. Después de hacerlo pasar arreglé un poco la casa. Preparé un café. Conversamos. Estaba con muy buen ánimo. Nos podíamos comunicar sin inconvenientes mayores —o sería la fiebre, no sé.

Yo me encontraba en pijama. Los perros saltaban a mi alrededor. Debía sacarlos a pasear. Sergio fue un momento al baño. Hablamos más. En ese instante llegaron precisamente los maestros de obra que había contratado días antes, quienes tenían la misión de derribar una pared de mi casa. Yo estaba con fiebre haciendo más café. Me encontraba con la cara recién lavada.

A través de una ventana abierta de mi casa comenzó a hablarme un vecino diseñador sobre las ideas de los muebles necesarios para el proyecto de Los Cien mil Libros de Bellatin que estábamos llevando a cabo.

Nos encontrábamos presentes, Sergio Pitol con el café, yo con fiebre y recién levantado, los maestros de obra haciendo los trazos para la destrucción —el derrumbe de la pared también tenía que ver con el proyecto de Los Cien Mil Libros de Bellatin—, el vecino hablando por la ventana, los cinco perros merodeando, todos en el mismo cuarto porque las demás habitaciones ahora sirven de deposito mientras se terminen las obras.

Sergio Pitol, después de una hora y media se retiró. Lo acompañé a la calle, los perros me siguieron, salieron

detrás de mí. Pasó en ese momento un bull terrier con su amo. Mis perros se alteraron. Comenzaron a pelear. Sergio Pitol se puso nervioso. Yo, en pijama, en la calle, mareado. El bull terrier se mostró furibundo, asesino de perros. Para mi buena suerte el incidente acabó pronto.

Despedí el auto de Sergio Pitol, entré a la casa, al pasillo exterior, al área que comparto con los vecinos. Los perros estaban excitados y los más grandes jugaban a hacer carreras. Por la fiebre que presentaba desde hace días no había salido mucho a la calle.

Los perros dieron varias vueltas por el pasillo central y en una de esas carreras desenfrenadas uno de ellos se estrelló contra un vecino que llevaba cargada a su hija. El vecino cayó de espaldas y se golpeó el cráneo contra el cemento. El sonido fue seco. La hija lloró muy fuerte. El vecino quedó medio desmayado. Yo continuaba con fiebre, en pijama. Me preguntaba qué hacía allí, qué estaba sucediendo. Los demás vecinos, quienes seguramente porque era sábado se encontraban reunidos conversando en el corredor, quedaron estupefactos. Me acerque para levantar a los accidentados. Traté de calmar a la niña. El vecino reaccionó, lo abracé. Le dije palabras tranquilizadoras. Nos dimos cuenta que estaba bien. Le sugerí llevarlo al hospital.

Yo, con fiebre, en pijama. Después de haber tratado de atender lo mejor posible a Sergio Pitol debía llevar al vecino al hospital para que vieran el golpe que se había ocasionado en la cabeza. El vecino aseguró que estaba mejor, que no era necesario. Regresé yo a mi casa y él a la

suya. Traté de volverme a acostar pero, debido a la fiebre y a las circunstancias reales, sin duda, dimensioné de manera terrible las consecuencias de lo que acababa de suceder.

Pensé que debía mandar matar a los perros. Que ningún animal podía valer más que el bienestar humano. Me levanté nuevamente. Fui a la casa del vecino sin quitarme el pijama. Atisbé medio dormido por las ventanas abiertas de su casa. Sólo silencio. Pensé que había muerto, que iría a parar a la cárcel, en pijama, con fiebre, víctima de un mal desconocido además.

Fue curioso, pero en ese momento empecé a extrañar los libros que le acababa de prestar a Sergio Pitol: tres de César Aira. Imaginé que no tendría qué leer en la prisión.

El vecino apareció de pronto. Se quejaba ahora del cuerpo, no de la cabeza que fue donde recibió el golpe. Tenía dolores de espalda. Le propuse visitar un médico del deporte que conozco. Se negó. Su mujer le había dado árnica. Afirmó que estaba todo bien. Añadió que era bueno que esos malestares no lo estuviesen ocurriendo en ese momento a su hija. Afirmó que entonces las cosas sí hubieran sido diferentes.

En esa casa me ofrecieron un té. Su mujer, alemana, me lo sirvió acompañado de pan negro. Tomé asiento en el sofá. Me adormecí casi al instante. Era víctima de un extraño virus, recordé. Yo debería encontrarme en ese momento acostado en mi cama, siguiendo la rutina de las largas horas de sueño que el médico había predicho. Finalmente cerré los ojos y perdí el sentido del tiempo.

Desperté cubierto con una manta que me había echado encima la mujer del vecino. Estaba transpirando. Agradecí las atenciones y volví a mi casa.

Ya más tranquilo descarté la idea de sacrificar a los perros en aras del bienestar humano. Sin embargo, debía dejar por escrito las nuevas leyes que regirían a partir de entonces la rutina de los animales de mi casa. Tenía que escribirlas para acordarme siempre de cumplirlas.

Recordé que en la ciudad de San Francisco había comprado unas correa con aditamentos que se iban agregando, lo que permitía halar la cantidad de perros que se deseara. Escribí entonces en una página que desde ese instante quedaría prohibido llevar, al menos, a dos de los perros sin correa. El problema de las correas y los perros es que están acostumbrados a hacer sus necesidades sólo si van sueltos.

En ese momento seguía en pijama y con algo de fiebre. Tal como lo acordé en el escrito salí con dos sueltos y dos amarrados. Los llevé al paseo predestinado. Todo daba la impresión de ir perfecto, pero al volver, al pasar frente a la casa de Giovanna Cavassola vi que ella abría la puerta junto con sus dos perras en el preciso momento en que yo pasaba con los míos. Se abalanzaron unos a otros. Se escaparon de sus correas, tanto uno mío como otro de Giovanna. Se pelearon en medio de nuestros gritos —los míos los percibía como ecos extraños—. Finalmente lograron ser separados. A nuestro alrededor se reunió un tumulto de gente. Yo allí, en pijama y con fiebre, comencé a pensar en si habría sido lo suficientemente amable con Sergio Pitol, con quien hablamos de cosas agradables. Me dijo que estaba contento con su próxima visita al rey de

España. Descubrí en ese momento que el perro que se había soltado de mi correa volvía a entrar rápidamente por el pasaje. La regla que me acababa de imponer, la de impedir que los perros corrieran sueltos por la zona, se iba a romper muy poco tiempo después de haber sido instaurada. Pese a mi estado logré alcanzar al perro y traté de amarrarlo de nuevo. Advertí entonces que con el jalón de la pelea había perdido la medalla y el aro para sujetar la correa. Mi amiga Giovanna había guardado ya a sus perros. Le dije sobre la pérdida de la medalla y el aro. Debía sujetar con una mano al perro, que deseaba escapar a como diera lugar. No sé cómo hice para mantener conmigo a una de mis cachorras, que saqué también a pasear y se encontraba muy asustada con lo que acababa de ocurrir. No me podía mover. Por eso, mi amiga comenzó ella sola la búsqueda de la medalla y el aro. No aparecieron por ninguna parte. Yo no la podía ayudar porque debía sujetar a los cinco perros que llevaba conmigo.

En ese momento salió el vecino arrollado por el perro. Se nos acercó y nos preguntó qué estábamos haciendo. Giovanna le contestó. El vecino afirmó que le gustaría ayudar, pero que no podía por el dolor de la espalda. Yo, arrodillado, con fiebre y en pijama en medio de la acera le sugerí nuevamente que fuéramos donde el médico del deporte. Aceptó.

En uno de los bolsillos del pijama llevaba conmigo mi teléfono. No sé cómo logré, con los cinco perros a mi cuidado, hacer la llamada. El médico nos podía recibir sólo el martes. El vecino dijo que ese día le era imposible. Debía impartir clases en la facultad. Al fin mi amiga encontró la medalla pero no el aro. Até a los perros y le di unas

palmadas al vecino diciéndole que me buscara por cualquier problema. Finalmente regresé a mi casa. Vi que eran casi las cinco de la tarde. Sergio Pitol había llegado a las nueve de la mañana. Les di agua a los perros. Me dispuse después a irme a acostar y descubrí, de pronto, que los efectos del virus habían pasado por completo. Me di un baño, me rasuré y me senté a esperar que sucediera algo.

¿Conoces a Iván Thays?, es una pregunta que desde hace mucho quiero hacerte. Es que deseo escribir un suceso al que llamar Una Gota de Sangre para Iván Thays. Todo comenzó cuando me describió un paseo en auto que realizó con Sergio Pitol.

En vísperas de un viaje al extranjero, Iván Thays —agrimensor de profesión— sufrió una crisis. Se encontraba de madrugada en un taxi acompañado de Sergio Pitol. Justamente antes de que empezara aquel episodio anormal, Sergio Pitol le hablaba de lo mal que había visto a un compañero escritor que horas antes había ido a visitar al hospital. Le describió en detalle las condiciones en las que se encontraba internado. La manera tan inusitada en la que se veía obligado a dormir: sentado y atado con cuerdas de cuero.

Iván Thays, quien además de agrimensor había hecho distintas incursiones en el ámbito del arte —especialmente en el cine y la fotografía— recuerda que deseó escapar lo más pronto posible de aquella descripción. Huir a como diera lugar de ese vehículo para no seguir escuchando. Sintió el primer síntoma de la crisis cuando se dio cuenta de que no podía hacer coincidir el sujeto con el predicado

en las oraciones que atravesaban en ese momento por su cabeza. Trató de superar el trance, el aura previa al ataque que estaba vislumbrando, poniéndose a pensar en algo ajeno a lo que escuchaba en aquel instante. Lo logró por pocos momentos. Se entretuvo mirando pasar, a través de las ventanillas del taxi, los árboles de un parque iluminado débilmente. Intentó enfocar su pensamiento en la pobreza de la luz. Sin embargo, el ambiente dentro del auto seguía siendo asfixiado por las palabras que iba pronunciando Sergio Pitol. Ante la segunda arremetida de la crisis —en ese momento escuchaba las maneras que tenían de asear al enfermo— ya no tuvo defensa posible.

Despertó cuando era bajado del taxi por los enfermeros de un policlínico. Sintió miedo. La realidad a su alrededor estaba dominada por el silencio. Lo primero que vio fue una avenida y un puente. Pensó que estaba siendo secuestrado. Nadie le dirigía la palabra. En aquel instante creyó que las personas que se encontraban a su alrededor eran un grupo de malhechores. Hasta que descubrió la presencia impávida de Sergio Pitol, de pie a un lado de la camilla.

Iván Thays sintió cierta calma. Fue conducido a la sala de emergencia. Tardó casi media hora en volver a articular una palabra. No podía contestar a las preguntas que le hacía la doctora en turno. No conocía su nombre, ni su domicilio, ni el hospital al que se encontraba adscrito por razones laborales. Se limitó a repetir No a todos los cuestionamientos. Sobre todo al que indicaba que debía quedar internado en aquel sanatorio. En determinado momento lo atacaron unas náuseas profundas. Insoportables. Lo expresó en voz alta. Fue inyectado con una sustancia.

El informe que le entregaron a Iván Thays en aquel policlínico fue el siguiente: En la Ciudad de Lima el 4 de mayo de 2010 el paciente Iván Thays por medio de la presente pidió un alta voluntaria del Centro Médico Tíber. En forma libre decidió retirarse del mismo. Paciente masculino, de 69 años de edad, el cual se ingresa a este centro médico Tíber por el servicio de urgencias traído por persona llamada Sergio Pitol, por presentar crisis convulsiva 30 minutos antes de su ingreso, caracterizada por pérdida del estado de alerta por minutos, movimientos involuntarios, sudoración excesiva y cefalea. A su ingreso con TA 140/80 mmHg, FC. 77XMIN y FR:25XMINA, paciente intranquilo, desorientado, consciente, Glasgow 13, con palidez de tegumentos, regular estado de hidratación, cráneo normocéfalo, pupilas isocóricas, hiporrefléxicas, narinas permeables, mucosa oral deshidratada, con faringe normal, lengua con huellas de sangrado y lacerada en la base derecha, cuello cilíndrico sin adenomegalias, tórax con adecuados movimientos de amplexión e implexión, ruidos cardiacos rítmicos de buena intensidad y frecuencia, campos pulmonares limpios y aireados, abdomen blando depresible no doloroso, extremidades con miembro derecho inferior trunco, toráxico y pélvicas íntegras sin datos de edema. Se decide su hospitalización para control. Protocolo de estudio y manejo. Sin embargo, por cuestiones personales, el paciente no acepta y decide solicitar su alta voluntaria. Nombre del testigo: Sergio Pitol. Nombre del paciente: Iván Thays.

De vez en cuando, Iván Thays suele recordar un desayuno que tomó en la Universidad de Princeton un par de años atrás. Había sido convocado por aquella institución

para que detallara la fórmula matemática que había hallado para medir grandes hectáreas con ayuda del satélite.

La acción a la que suele referirse transcurrió en la residencia para maestros invitados. El primer día llegó al comedor cinco minutos después de las nueve de la mañana, razón por la cual una mujer de aparente origen chino —que parecía ser la encargada de aquel turno— le informó que el servicio había finalizado unos minutos antes. Sin embargo, con la amabilidad que mostró desde que lo vio aparecer en la entrada del salón, le señaló una jarra de leche y unos frascos de vidrio que contenían cereal. Antes de abandonar el lugar, que estaba compuesto únicamente por cuatro mesas, la mujer le entregó un pequeño cuenco con algunos terrones de azúcar en su interior.

Las mesas eran redondas. Sólo después de tomar asiento y dejar sobre la mesa algunos documentos que llevaba consigo, notó la presencia de un hombre ocupando otra de las mesas. Aquel hombre mantenía, al lado de una taza de café, el New York Times. Notó que sólo había dejado fuera de su poder —en la mesita donde estaba colocado el frasco de cereal— el suplemento del Macys.

Iván Thays se puso de pie con dificultad y lo tomó sin pensar bien en lo que estaba haciendo. No tenía interés en las ofertas, pero al menos se trataba de unas páginas que contaban con algunas letras. Recordó entonces las lecturas de su infancia. Las que realizó infinidad de veces, casi siempre sobre los mismos textos impresos que hubiese en los productos de la mesa familiar en las mañanas.

Colocó el suplemento al lado de la serie de documentos que llevaba consigo. En otra de las mesas descubrió la presencia de una mujer sentada frente a un hijo adolescente. La mujer tenía enfrente una botella de agua y el hijo se había servido una taza de té. A pesar de tratarse de un adolescente balanceaba los pies como una criatura. La madre daba la impresión de estar leyendo otra de las secciones sin importancia del New York Times, que seguramente el hombre de la otra esquina había dejado también libre para los demás.

Sin embargo, era obvio que la mujer más que a la sección del periódico que tenía delante estaba atenta a los balbuceos que emitía su joven hijo. Aquel muchacho daba la impresión de tener dificultades para expresarse.

Iván Thays vio que era un joven con problemas. Decía cosas que al principio le costó comprender. Notó, sin embargo, que la palabra Sex era repetida con bastante frecuencia. El hombre que leía el diario parecía no escuchar nada a su alrededor. Se encontraban, como sabemos, en un pequeño salón de la residencia para profesores invitados de la universidad. A través de las ventanas, adornadas sutilmente con visillos, se alcanzaban a apreciar los extensos jardines. La pálida luz de finales de octubre caía sobre distintos elementos de las mesas: sobre el pocillo de la taza del hombre que leía el diario de manera concentrada. Se reflejaba también en los anteojos de la madre colocados junto a su taza y en la jarra de leche que la mujer china había dejado allí con amabilidad.

En determinado momento llegó un hombre al comedor. Hasta ese instante, Iván Thays no se había preguntado quién podía ser la mujer que ocupaba aquella mesa. ¿Sería quizá una renombrada maestra junto a su hijo? Ignoró las razones por las que dedujo que ese joven era su hijo. No lo sabía con exactitud, ahora lo admite, pero estaba seguro de que aquella mujer era la madre de aquel joven. Y también supo, sin determinar cómo, que el hombre que acababa de ingresar al comedor era tanto el padre del muchacho como el maestro invitado por la institución. La mujer era su esposa y tenía otras ocupaciones. Seguramente, pensó Iván Thays, aquel maestro había pedido la opción de hospedarse con su familia mientras él resolvía los asuntos académicos para los que era invitado.

El padre se presentó en el salón llevando dos grandes bolsas de papel. Eran el tipo de bolsa que se suele entregar en ciertos negocios que buscan aparentar alta categoría. Apenas tomó asiento —colocando las bolsas en una esquina de la entrada— la madre le trató de explicar la situación. Parecía que el hijo tenía problemas para conseguir una persona con quien tener sexo. El hombre de la otra mesa pareció dejar de poner atención a lo que estaba leyendo.

¿Es ése tu problema?, le preguntó el padre al hijo, quien parecía estar entreteniéndose con algo que había encontrado en el fondo de su taza de té. En el sexo todo es cuestión de atreverse, le dijo.

Casi de inmediato, el silencio se instauró en la mesa. Iván Thays comenzó a hacer el menor ruido posible al momento de masticar el cereal que estaba consumiendo. La madre apuró su botella de agua. El padre, al ver que la sesión de desayuno estaba por terminar, dejó de mirar a su familia. Los tres se pusieron de pie a la vez. Cuando pasaron al lado de su mesa, Iván Thays notó un detalle en el que no se había fijado: el hijo había mantenido apretado todo el tiempo en la mano un teléfono celular. Lo tenía tomado de tal manera que supuso que ya debían estar dañadas algunas de sus funciones. Los vio desaparecer. El hijo iba detrás de los padres.

La mujer china apareció poco después. Recogió en silencio el frasco de cereal y la jarra de leche. Finalmente, el hombre del periódico se levantó de la mesa, juntó las secciones y dio unos pasos hasta colocar el diario en un estante de la entrada.

Abandonó luego el salón. Lo único que era posible oír en esos momentos fueron algunos ruidos producidos por los utensilios de la cocina. Iván Thays trató de imaginar lo que estaría pensando el padre del joven mientras se dirigía al exterior. Seguramente le preocupaba lo que el Doctor James —o alguien por el estilo— pensara de una actitud como la que acababa de mostrar su hijo.

Iván Thays inventó que seguramente el padre del niño era de profesión etólogo —como imaginó lo era también el Doctor James—, quien seguramente habría hecho estudios minuciosos sobre el comportamiento animal en sus horas de encierro. Luego de sus análisis posiblemente había

llegado a comprobar que era en esos momentos cuando los animales acostumbran volverse menos animales. No era que se acercaran al género humano, apuntó quizá en sus tratados, pero sí había una desviación en la esencia animal aunque no se sabía todavía bien en qué dirección.

Según Iván Thays, el padre del joven parecía temer lo que un científico de esa naturaleza pudiera pensar de un hijo como el suyo. Consideraba que ese joven se alejaba cada vez más de lo que se entiende por humano. Que se diluía en una especie que no podría definir con precisión. No tenía un hijo que se estuviera animalizando —una situación semejante podría incluso ser más clara a los ojos de un científico como el Doctor James—, pero sí que se encontraba en un franco proceso de deshumanización. Algo similar a lo que el Doctor James había descubierto que sucedía con ciertas bestias en momentos de absoluta soledad y quietud.

La presencia de ese hijo babeante y quejándose en forma constante por falta de sexo, podía ser tomado como una prueba de su poca pericia durante sus años de aprendizaje, sobre todo del mal uso de las materias peligrosas que debió manipular antes de graduarse.

Al mirar las hojas que había llevado consigo desde su habitación a la mesa —al lado del suplemento de Macys que tomó más bien por inercia—, Iván Thays notó la existencia de una serie de apartados que había realizado en los últimos tiempos. Cada uno estaba numerado. Los comenzó a leer:

En uno de los papeles decía:

1- Este libro de agrimensura lo escribí en un estado casi de inconsciencia. Durante la rehabilitación de una crisis de orden emocional. Por ese motivo, por haberlo redactado en una situación semejante, advertí muchas de sus características sólo una vez que estuvo publicado. Curiosamente, descubro que en la obra se han reflejado una serie de elementos de medición con los que trabajo desde que soy muy joven. Hallo también otros aspectos propios de mi búsqueda habitual: el vacío del silencio en los campos que debo medir, así como la aparición todo el tiempo de espacios no necesariamente físicos regidos sólo por reglas propias. Encuentro además la presencia del tiempo como elemento central de ciertos cambios en la estructura terrestre, movimientos mientras más radicales más claros para la experimentación. 2- Trato de no considerarme nada. Ni un agrimensor ni el descubridor de una fórmula utilizada actualmente en el mundo entero. 3- Quizá cada día sufro más por lo mismo. Antes, el impulso, el deseo por medir una superficie tras otra era más ciego, más brutal, aparecía efectivamente a partir de la nada, y mi supuesta misión era únicamente tratar de aplacar esa necesidad de establecer un orden a partir de las mediciones, darle un sentido, hacerla transmitible para que cualquiera, con un simple GPS pudiese aplicarla, una y otra vez, desde la comodidad del sofá colocado en la sala de su casa. Ahora comienzo a darme cuenta de que, de alguna manera, el juego se trata de crear realidades donde lo único verdadero sea la realidad. Espacios en lo cuales, yo en primer lugar, pueda disfrutar de la vida legítima y no del remedo en el que estamos sumidos todos los días. Eso lo descubrí precisamente cuando medí la mayor parte de la Antártida en menos de diez segundos. Como espectador de un suceso semejante pude constatar que la mayoría de los agrimensores están incapacitados para medir las

dimensiones de lo que son capaces de abarcar por medio de sus cálculos. Están de alguna forma incapacitados para medirse a sí mismos. 4- En la época en que medí la Antártida yo estaba desarrollando una suerte de método de apreciación geológica de los lugares geográficos que aparecen en la Biblia. Mientras lo medía —como apunté, lo hice en un estado cercano a lo que se conoce como zombie — mucha gente verdadera, no de ficción, fue muriendo alrededor mío de las maneras más atroces. Esas muertes ocurrían en medio de una férrea discreción social, que hacía de aquellos sucesos algo todavía más aterrador. Esas personas, esos amigos, no tenían ni siquiera el derecho a la queja, al grito, a ser oídos antes de extinguirse. La realidad negada en la que me desplazaba durante esos días, iba creando una forma de medición a la altura de lo que siempre pensé fuese una forma radical de medir. 5- Quizá estos escritos contengan algo del eco que es capaz de producir la voz que busca atravesar una mordaza. 6- La revelación del sufismo apareció en mi vida poco tiempo después de haber medido en pocos minutos la Antártida completa. Fue impresionante descubrir en forma tangible lo unidas que están tanto la experiencia mística como la científica. Empecé a asistir a las reuniones sufíes por un interés determinado solamente por mi necesidad de medir los espacios en todos los tiempos. De esa forma buscaba, de algún modo, perfeccionar mi método de trabajo y también no sentirme, de manera íntima, como un ser marginal. Comparado con el sistema de medición y con mis dubitaciones de principiante, los adeptos al sufismo perseguían algo realmente inalcanzable: vivir el paraíso en la tierra. Comparado con ellos mis dudas me parecieron de muy bajo perfil. Empecé por eso a acudir a la mezquita como si fuera a una escuela de medición, hasta que en cierto momento advertí lo poco ambicioso de mi propósito

al limitar mi trabajo a márgenes intelectuales cuando se me presentaba delante la oportunidad de investigar el infinito. Estoy seguro de que mi cabeza cambió el día que medí —sin haber tenido nunca conocimiento de aquel suceso— el área donde se llevó a cabo el patíbulo del santo sufí Mansur Al Hallaj. A partir de ese momento ya nada fue igual. 7- Durante algunos años busqué crearme un sistema propio de medición, al que llamaba Método del No, que guarda relación con el deseo de anteponer un NO a los elementos que componen tradicionalmente determinado tipo de agrimensura. 8- Siempre he medido de manera fragmentaria. Cada pieza es realizada en el tiempo que dura una sesión de trabajo, de las que trato de entrar y salir sin llevarme ni traer nada del espacio cotidiano. 9- No pienso casi nunca mientras trabajo de verdad. Creo que tampoco durante las demás circunstancias de la vida. No sé tampoco muy bien lo que sucede con los resultados una vez que son dados a conocer. A veces encuentro por casualidad a alguien que ha aprendido algo hecho por mí. En otras ocasiones me cruzo con personas a las que no les interesa lo medido sino sólo mi condición de agrimensor. Con ellas muchas veces establezco una verdadera relación. 10- Mantener vínculos de diversa naturaleza con las personas es una forma de salvarme de mi propio trabajo. De una tarea que está hecha para sí misma, pero de la que a veces me ocupo de otorgarle ciertos elementos para que el otro también pueda transitar a través de ella. En resumen, una medida que se produce sólo con el fin de que aparezcan nuevas medidas.

Como dije, llega un momento en que soy incapaz no sólo de ver sino de entender ciertos asuntos. Por ejemplo, el encuentro a la hora del desayuno entre Iván Thays y la

familia del profesor de etología. Tampoco entiendo las disquisiciones de aquel agrimensor con las que de alguna manera buscaba justificar la existencia de su libro.

Sin embargo, una de las veces en que recuerdo cierta luminosidad en mi cerebro fue cuando miré nuevamente la cámara azul que me fue obsequiada en la infancia. Fue tanta la emoción que me causó encontrar otra vez la cámara Diana, que durante los primeros meses en que comencé a utilizarla de nuevo redacté una suerte de manual de usuario que, acabo de cerciorarme, contiene veintitrés reglas que la mayoría de las veces no obedezco al momento de hacer una toma. El manual es el siguiente y es curioso que aparezca en este texto de una forma tan cercana a las justificaciones de Iván Thays: 1- No tomar con esta cámara fotos por gusto. 2- Esperar hasta que la luz ilumine francamente los objetos elegidos. 3- Procurar que siempre haya rojos y azules intensos en el cuadro. 4- Tratar de entender los engargolamientos de la luz. 5- Sólo se deben sacar paisajes abstractos cuando se fotografía el cielo o el mar. 6- Buscar, en los paisajes cercanos principalmente, la presencia de marcados puntos de referencia. 7- No forzar las instrucciones que vienen en la cámara. 8- Saber que un poco nublado —o la no presencia obvia y plena del sol— es ya nublado. 9- Nunca improvisar una foto. Recordar siempre que la sorpresa debe ocurrir no en la realidad sino frente a la copia revelada. 10- Crear cuanto antes líneas de trabajo temático. Aunque sea dos. 11- La primera de estas líneas —en mi caso particular— puede tener como referente aquellas imágenes en las que aparece el perro Perezvón dentro de paisajes desvaídos, más allá del tiempo; y la segunda con algo que tenga que ver con los retratos que realizo a personas conocidas

generalmente. 12- También puedo continuar fotografiando las secuencias “on the road”, pero teniendo siempre a un perro o a un auto como puntos de referencia. 13- Otra línea más puede tener que ver con la toma de fotos “kitsch”, que deben ser impresas siempre en papel brillante. Una búsqueda propia de lo popular sin olvidar nunca el rojo y el azul. 14- No cambiar nunca el formato. Mis fotos de Diana siempre serán cuadradas. 15- Tratar de tirarse al suelo para aprovechar el piso. La superficie abierta crea una suerte de espacio vacío anterior a la toma misma, que hace que muchas veces el objetivo adquiera cierta calidad de tinglado. 16- Crear las figuras a partir de la distorsión. Es decir, manipular las siluetas, sobre todo si están lejanas para producir sombras más que realidades. 17- Fotografiar la mayor cantidad de vitrinas y maquetas posible. 18- Los contenidos —si no poseen esa línea de flotación que suele producirse cuando el fotógrafo se tira al suelo— deben estar saturadas de objetos. Esta cámara entristece si no hay nada vivo o luminoso, mejor aún si estos elementos se encuentran en tiempo presente, que captar. 19- La media distancia puede o no funcionar. Yo me colocaría en un punto menos que la media distancia y sólo después de determinado tiempo de práctica recurriría a las distancias extremas, tanto para adelante como para atrás. 20- No importará nunca el ASA del rollo. Tampoco la calidad, fecha de caducidad, o estado de las películas. 21- Se deberá llevar siempre consigo una bolsa negra para manipular los rollos. 22- Buscar la foto dentro de la cámara. Si es posible se recomienda caminar llevando la cámara delante de los ojos. 23- Repito, no tomar ninguna foto neutra o anecdótica. ¿Qué captar entonces? Algo que no se sepa bien qué es, pero que vaya abiertamente contra estas dos opciones.

El Doctor James, a quien yo —Iván Thays—, llegué a asistir durante algún tiempo en un programa educativo basado en la cruza del lobo con el perro doméstico llevado a cabo en la misma universidad, me enseñó la hoja que escribió aquel maestro los días en que le fui narrando el desayuno en la casa de profesores invitados de Princeton.

El padre del niño murió tiempo después de aquel encuentro. Fue su esposa quien le entregó al Doctor James las libretas. Aquel científico nunca pudo saber si la mujer había hecho esa donación en venganza por alguna conducta impropia de su marido o si creyó que de algún modo el Doctor James después de leer los textos la podría ayudar con ese hijo que pedía sexo de manera poco decorosa.

Por ejemplo, el día del desayuno que compartieron escribió: “Hoy, por segunda vez, vimos mi familia y yo sentado en la mesa del comedor al hombre de las muletas. Se encontraba leyendo el mismo documento del día anterior, la misma página además. Mi hijo no fue ajeno a su presencia. Apenas me vio llegar al comedor, tarde como de costumbre, me miró como preguntando por qué debía desayunar todos los días al lado de un hombre con semejantes características. Pensé que su minusvalía podía deberse a un error de la ciencia. Sé que mirar el mundo de esa manera puede obedecer a una suerte de deformación profesional, pero calculé su edad y pensé en los estragos de la talidomida. Hubiera sido desconcertante si en ese momento hubiese aparecido el Doctor James en el comedor y apreciara tanto la conducta habitual de mi hijo como la

presencia del hombre de las muletas sentado junto a nosotros. Sé que el Doctor James es un profesional ético en extremo. Conozco perfectamente las crisis de conciencia en las que suele caer, especialmente cuando se le pregunta cuál es el beneficio que la ciencia puede traer al progreso en general. He tenido que ser precisamente yo, quien lleva a cuestas a un hijo aparentemente mutante, el que lo ha debido convencer más de una vez de la importancia del camino que hemos escogido. A mi hijo soy capaz de esconderlo en el momento que lo considere conveniente. Por eso baja a solas con mi mujer momentos antes. Tenemos planificado que en caso de alguna emergencia —la llegada del Doctor James de improviso puede ser una de ellas— podemos fingir que no nos conocemos. Agradezco a Dios que esta mañana el tema de conversación de mi hijo no fue el mismo de ayer. Ya no habló hoy de su necesidad de sexo. El tema fue la queja por las escoriaciones que le produce en los brazos la cuerda con la que mi esposa debe atarlo para dormir. En Princeton es poco lo que podemos hacer por remediarlo. Se trata de un poblado pequeño. Se lo decimos a mi hijo, que no creemos que encontremos en ningún negocio las cuerdas flexibles a las que está acostumbrado. Son de una marca difícil de hallar. Fue un error de mi parte no haber hecho el pedido con anticipación. Dados los días feriados, razón por la cual precisamente nos encontramos realizando este viaje, no podrán surtirme de las cuerdas buenas sino hasta la próxima semana. Le digo a Marjorie que demos una vuelta. En la entrada de la ciudad hay un inmenso Walt Mart. Es probable que allí ofrezcan algunas similares. Debemos buscar además a alguna persona que por dinero esté dispuesto a sostener las relaciones que Kevin expresa necesitar.”

Lo que hacía el agrimensor Iván Thays esos días en la Universidad de Princeton era llevar adelante los planes para realizar una película científica. Un film que llevaría como título *Construcción de las flores*. Iba a estar basada —nunca consiguió ninguna financiación por lo que no se llegó jamás a filmar— en el tema musical Construcción, del compositor Chico Buarque. El estilo de la fotografía se iba a realizar de acuerdo a la visualización que se logra tomando fotos con una cámara Diana. La medida para saber hasta dónde se podía llegar en cuanto a lo que hubiera que relatar, sería según la manera de razonar de un niño de diez años de edad.

Ese niño imaginario debería ser capaz de repetir, con una lógica implacable, paso por paso la narración. Para eso durante el rodaje un niño iba a ser preguntado —una y otra vez por una voz en off— sobre de qué iba a tratar la película y si le gustaba. El niño debería poder contarla de principio a fin en las ocasiones que se requiriese.

La película debía comenzar mostrando una suerte de certificado firmado por Edda Cavigiolo, nombre de la madre de Iván Thays, que otorgara fe de constancia de que en la Navidad de 1968 aquel agrimensor recibió un regalo semejante. Un documento que expresase asimismo los esfuerzos que realizó el niño para tratar de tomar con esa cámara una serie de escenas de playa y las que buscó generar navegando en un pequeño bote de pesca, construido por el padre, que acostumbraban utilizar los miembros de la familia sobre todo los fines de semana.

Un documento que dijera además que varios años después —casi cuarenta— una serie de artistas diseñaran algunas muletas posibles para lograr el equilibrio de su cuerpo cuando se disponía a caminar.

Las propuestas que Iván Thays les solicitaba a los artistas tenían quizá que ver con hacer de lo accidental, de la ausencia de su pierna, un hecho comunitario. Que aquella característica dejara de pertenecerle sólo a él para convertirse en un rasgo que involucrase al resto.

Iván Thays deseó hacer de su pierna faltante las veces de un jardín público. Un espacio anónimo donde todos y cada uno de nosotros debíamos tener la responsabilidad de mantenerlo en perfectas condiciones.

Tal vez se basó para idearlo en los carteles que solía leer en algunos parques propios de su país: “¿Le gusta este jardín que es suyo? No deje que sus hijos lo destruyan”.

Sin embargo, la pieza más interesante del conjunto que convocó Iván Thays —no se trataba sólo de obras de arte visual sino también era posible incluir otro tipo de aportes a la colección— fue la que realizó la escritora María Moreno —un texto que redactó a partir de la particularidad física de Iván Thays—, quien precisamente resaltaba la perfección de lo impar como eje de su texto: “La belleza es hoy quirúrgica, química, ortopédica, anotó. Y no hace falta el caracol Nautilius para recrear el número de oro o divina

proporción. Pero la gracia sigue siendo la invención capaz de hacer, con el modelo, borrón y cuenta nueva como cuando el factor gorila de Brigitte Bardot hizo pedazos el edificio sublime de hueso y luz de Greta Garbo. La mayor transgresión al modelo de belleza humana es quebrar el principio de simetría —Orlan, al hacerse ordenar simétricamente sus prótesis frontales, ha sido conservadora—. Por eso elijo como objeto parcial, dentro de un modelo de belleza, la pierna de fibra de carbono de Iván Thays que no es un instrumento sino por añadidura. Nada lo emparenta con el caduco modelo analógico de tiempos pasados donde una materia acerada color carne y en la que el símil de las venas exigía al artista anónimo un azul difuminado de acuarela; no sugiere que está en lugar de algo que falta sino que, él mismo, sobra en cuanto exceso y lujo. Barroca, por su lomo de reptil imaginario, lejos de hacer juego con, sólo puede ser una pieza impar como el diamante Krupp amarillo o un Bugatti Veyron 16.4. Entonces, su contacto con la carne parece aleatorio como si fuera el efecto de un rapto que lo ha expulsado del lugar que lo acogería mejor para promover la distancia necesaria a la admiración: el estuche de terciopelo o raso”.

Iván Thays les informó a los artistas que convocaría alrededor de su pierna que deseaba que en su cuerpo quedara la evidencia de la imperfección sólo como una casualidad. Que su cuerpo representara algo que en realidad nos pertenecía a todos. No habría, les advirtió, para los ojos de Iván Thays una sola persona que llevara verdaderamente las dos piernas mientras él mostrara ausente una de las suyas.

Iván Thays, como saben ciertas personas, nunca logró recuperarse del todo del problema de su pierna. Quizá fue porque el momento del incidente le llegó ya en la madurez: en un estúpido accidente ocurrido en un aeropuerto cuando intentaba hacer un cambio de vuelo. Iván Thays se tropezó con su propio equipaje de mano y rodó por las interminables escaleras mecánicas que conducen de una sección a otra de aquella terminal.

En un principio los médicos determinaron que se había lastimado gravemente la rodilla. Había que operar de inmediato. Pero Iván Thays deseaba regresar cuanto antes a su país, por lo que no dejó que lo tocaran los médicos salvo para recetarle medicamentos para el dolor.

Al volver fue intervenido, pero los médicos afirmaron que esa operación debió realizarse pocas horas después del accidente. Los malos resultados hicieron que viniera una operación tras otra, que fueron empeorando cada vez más la situación. Después de una serie de complicaciones, dos años después le tuvo que ser cercenada la pierna por completo.

Durante su rehabilitación, Iván Thays se dedicó a pensar en los asuntos que más le atraían en la vida: medir las cosas, la fotografía y el cine. Algunos psicólogos que lo trataron en ese entonces le expresaron que había sido una suerte de bendición haber tenido un amplio rango de intereses en la vida. Poco a poco lo convencieron de que podía ahora profundizar en sus hallazgos en materia de agrimensura así como en las artes visuales que tanto llamaban su atención.

Pero Iván Thays —a pesar de que era evidente que nunca avanzó mejor en sus investigaciones que durante el tiempo que permaneció en una silla de ruedas— nunca encontró la tranquilidad de espíritu que los psicólogos deseaban que obtuviera. Jamás se convenció de que se trataba de un minusválido que necesitaba de la ayuda del otro para desarrollarse en la vida cotidiana, pero que en contrapeso podía sacar adelante sus proyectos.

En esa etapa de su vida fue cuando se hizo buen amigo de Sergio Pitol, junto al cual, mientras se trasladaban en un taxi se desencadenó la primera crisis epiléptica que tuvo en su vida. Los neurólogos determinaron —después de una serie de estudios— que era probable que durante el accidente en el aeropuerto se hubiera golpeado varias veces la cabeza. Veían en las pruebas la presencia de dos focos irritativos.

Para ese entonces ya mantenía una amistad sólida con Sergio Pitol. Se habían conocido durante una conferencia a la cual Iván Thays tuvo mucho empeño en asistir pues acababa de leer algunos libros del autor. Por un amigo en común quedaron para tomar una taza de café al día siguiente y de ese modo —repitiendo aquel ritual— llegó un momento en que se hicieron casi inseparables.

En más de una ocasión se vio al escritor Sergio Pitol empujando la silla de Iván Thays. Nadie supo nunca de qué hablaban realmente, pero parece que ese vínculo hizo que Iván Thays olvidara, sobre todo, al joven DJ acerca del cual

hablaba con relativa frecuencia con su analista. Algunos comentaron que incluso Iván Thays se quedaba algunos días de la semana en la casa del escritor Sergio Pitol. Ese fue el tiempo en el que Iván Thays comenzó a redactar su manual sobre el manejo de las cámaras Diana, hizo avances sobre las posibilidades de medir lo tangible y lo intangible, y fue la temporada también en que empezó a rehabilitarse físicamente.

De pronto, cierta mañana de primavera, ya no se vio al escritor Sergio Pitol empujando la silla sino que tanto él como Iván Thays iban caminando juntos —eso sí, muy lentamente— por las aceras del parque que solían recorrer.

Después de ese paseo matinal —que por lo visto marcó un cambio en su condición— Iván Thays comenzó a ser invitado a dar conferencias sobre la nueva forma de medir las cosas.

Aquel resplandor no duró mucho. Con el tiempo los ataques de epilepsia se hicieron más frecuentes, los medicamentos para combatirlos agriaron su carácter y la pierna artificial le comenzó a molestar cada vez más. Sin embargo, con cierta regularidad publica un libro sobre sus descubrimientos científicos y en una reciente entrevista declaró que no cree más en la amistad —Sergio Pitol, al parecer, fue su último amigo— así como tampoco en lo subjetiva que puede ser una imagen vista a través de una cámara.

Lo único que parece no abandonarlo es la esencia del espíritu de lo que significa ser un agrimensor.

Sergio Pitol, por su parte, está muy bien, pero a veces tiene problemas graves para hablar, parece padecer de un desgaste en el cerebro que le impide en ocasiones encontrar las palabras.

Ahora a mis pies está mi nueva perra, la señorita Coralí. Así se llama, como sabes, en honor al personaje de una novela que estoy leyendo. Debo acabar de escribir lo más pronto posible el *Tratado sobre Frida Kahlo*, pero para lograrlo tengo que terminar el libro en el que estoy trabajando.

No sé, estoy dormido, como lo estuve cuando escribí el prólogo del libro del travesti, me encantó leerlo ayer sin tener la más lejana idea de cómo había sido creado. Eso ocurrió en la época en que acabado de despertar de una crisis —me mantuvieron sedado durante días enteros— redactaba textos casi inconscientes. Es cierto. Escribí de esa manera incluso algunos libros que no hubiera logrado realizar de otra manera.

Ya en preparación para el regreso a casa. El show que armé estuvo espectacular. Tres horas seguidas parado en un atril ante doscientas personas, parecía que imantadas. Luego hubo una larga ronda de preguntas. De al fondo de la sala hubo el cuestionamiento de un peruano: “¿Es cierto que usted maneja el marketing de sí mismo antes que su escritura? Dígalo usted, fue mi respuesta. Ya tiene material suficiente como para saberlo. Si así fuera y esto daría como

resultado nueva escritura, adjanduliláh", terminé de decirle.

Encontré hace poco a una hacedora de zuecos profesional, los fabrica después del estudio minucioso del metacarpo de cada cliente. También hallé a una diseñadora de camisas, se las confecciona al artista Francisco Toledo —son las camisas más pobremente caras del mundo—. Dice Graciela Iturbide que me las va a regalar porque la diseñadora es coleccionista de sus fotos.

Lo que no pude conseguir fueron mis konishiros para colgar, pero sí la cámara Diana de mi infancia —hoy esa cámara es un vintage fantástico, porque asegura que puedas fotografiar el mundo de los sueños.

Emprendo el jueves un nuevo viaje a Oaxaca para llegar otra vez donde la Frida Kahlo que quiero reproducir en el libro y fotografiarla casi como si la hubiera soñado.

Qué bueno que no fuiste a la selva, corrías muchos peligros con tantos tigres y elefantes.

Me parece que haber visitado el restaurante Maquisapa cumplía mejor con tus expectativas. Según lo que me cuentas era el viaje verdadero. Me da alegría que vayas a hacer la traducción de un texto travesti y delirante. Espero que no te admires con el relato que te acabo de mandar donde una Frida Kahlo resucita colocada al lado de perros en un altar.

Esta mañana desperté imaginando que había soñado contigo, o con alguien que te representaba.

Bueno, ahora que no voy a ninguna parte comienzan de veras las otras responsabilidades. Te mandaré por eso un texto sobre mi viaje a Roma. Sigo haciendo fotos, y me doy cuenta de que muestran de una manera evidente lo falso de la realidad.

Los editores me presionan para que acabe el *Tratado sobre Frida Kahlo*, y yo comencé a revisar, ya para entregar, un texto que se llama Yo soy el Autor de este Libro.

En lugar de redactar el *Tratado sobre Frida Kahlo*, que se ha convertido ya en una especie de tapón para escribir nuevas cosas, voy a terminar el otro y aprovecharé la fuerza que espero me proporcione construir un libro para ver si avanzo con el referido Tratado.

¿Sabes que vivo en la calle Ideal número 33?

He descubierto unos bosques fabulosos, con enramadas y recodos para esconderse. Se escuchan los pasos sobre las hojas, la luz cae atravesada al atardecer y a lo lejos se oye el zumbido de una carretera, aunque está muy cerca. Los sonidos allí se escuchan distantes. Lástima que no se me ocurra otra manera de decir a lo lejos. El frío cae de pronto. El bosque se vuelve sobre sí mismo y recobra su nombre: el Sendero Verde. A veces, durante el día, alguien que se ofrece de manera gratuita a hacerlo arregla los recodos, limpia las pequeñas trochas, vuelve mullidos los

montones de hojas. Cuando llega el frío suele quedar vacío. Las enramadas guardan los murmullos.

Qué pesado es el lenguaje, que casi siempre impide decir lo que se desea expresar. Ese pedazo oculto en la ciudad —el bosque que te pretendo describir— es imposible de ser expresado de la manera como lo desearía. Aparecen, como siempre, las palabras recodo, trochas, enramadas, murmullo.

Esas palabras siento que son opuestas al espíritu de un lugar semejante, donde ocurren encuentros sexuales fortuitos entre los miembros de la comunidad universitaria más importante del país.

Qué bonito suena lo de Flowers Show, casi como Sendero Verde.

¿Te imaginas un libro con un título semejante?

Cuéntame de tus ficciones. Nos prometemos cosas y muy pronto las olvidamos. He abusado demasiado de los viajes y mi vida se ha vuelto un caos de estupidez y de compromisos banales. Además, los médicos me prohíben seguir viajando por un tiempo.

Debo retomar mis tratamientos y estar cerca a ellos para medir los efectos.

Acabo de cancelar París, Barcelona, Guayaquil, Sao Paulo, Los Ángeles. Lo único malo de todo eso es que no sé

qué camino seguir cuando no cuento con un camino definido donde dirigirme.

La fotógrafa Graciela Iturbide dice que la ruta es continuar haciendo fotos sin detenerse hasta que aparezca algo que ni siquiera yo pueda controlar.

Hoy parto a Pachuca a dar unas asesorías. Las que tienen que ver con el poeta náhuatl que tanto me fascina.

Debo hacer completo el *Tratado sobre Frida Kahlo* y no voy a abandonar, a partir de la próxima semana, mi casa con el fin de terminarlo.

Una vez que tenga más o menos definido el destino de la escritura quiero pasar uno días en Oaxaca trabajando.

Yo quiero tener una vida tranquila y reposada.

La carátula me encanta y tengo muchas ganas de ver el contenido.

Cada vez me aburre más escribir y me entusiasma con mayor fuerza hacer fotos. Utilizo una cámara de plástico de mi infancia, una Diana, y otra de cartón y madera, hecha a mano, sin lente.

Estos últimos días los he pasado mirando cada noche una ventana con un mar diferente.

Ahora le toca a Santa Bárbara en California. Hoy tengo alumnos todo el día. No sabes la experiencia de trabajar con la escuela de danza de Mazatlán.

¿Por qué los bailarines saben cosas que los poetas desconocen?, no dejo de preguntarme.

Claro, las conocen antes pero después suelen quedar rezagados. Llegando muchas veces a la nada. Es una sensación maravillosa, lástima que no la puedan sostener por mucho tiempo.

Después de seis años de fundada creo entender en algo, sobre todo la razón de mi empeño, porque funcione la Escuela Dinámica de Escritores que dirijo.

Tiene que ver quizá con asuntos tan elementales desde matizar en algo la culpa por escribir hasta la idea central de que todo no es más que lo mismo. Tal vez quiero crear una suerte de plataforma donde se entrelacen una serie de variables, personas, creadores, creaciones, fantasmas, realidades, y que eso en sí sea la obra.

No se trata de un lugar de tránsito, de espacio para formar algo, más bien su existencia es la obra. Quizá la más importante que haya hecho, la que ha involucrado a mayor número de personas y de líneas de discusión. Tampoco sé si todo lo anterior sea cierto. Puede ser sólo una construcción

que otorgue forma a lo informe de mi empeño por llevar adelante, teniendo todo en contra, un proyecto semejante. Pensar en esto, decidir de una vez por todas, descubrir las esencias de muchas de mis conductas me sirvió también para explicarme algunas cosas.

Una de ellas el silencio y la nada. Lo práctico —suena pésimo—, lo elemental, lo básico. Y saber dónde está la supuesta felicidad: ¿En decidir ya tu propio funeral?,¿En saber en qué consiste caminar por el parque? ¿En vaciar totalmente tu casa tanto de personas como de objetos?

Aparte de las decenas de problemas vacuos de la administración de la escuela, terminé dos libros. Aproveché un par de viajes para trabajarlos a gran velocidad. Uno se llama *El libro sin tapas*, y el otro *Mishima y el ojo gigante*.

En *El libro sin tapas* —título tomado de uno de los primeros libros de Felisberto Hernández— aparecen algunos retazos de tu voz como atraídos por un soplo de aire que ingresa de vez en cuando por la ventana.

Tengo ahora vacío el espacio central de la escritura para hacer frente a un reto que me impuse: aceptar realizar un *Tratado sobre Frida Kahlo*. El horror. Nunca, creo, he tenido un desafío tan grande. Investigo, a través de un extremo del ojo, lo que se puede hacer con esa mujer. Leo las cosas absurdas que se han escrito sobre ella, voy a su casa, me acuesto en su cama, reviso las veintidós piernas que poseía y llego a una conclusión natural: la nada.

Pero, sin embargo, me sirve. Tener el pretexto del texto es fascinante. El pretexto del no texto más bien. Será como un libro escrito a la inversa, sobresaturado de pretexto y sin nada de texto. Lo del escribir sin escribir, que me obsesionaba tanto, se hace de alguna manera real frente a esa experiencia.

Estuve la semana pasada en Venezuela y fue fantástico pasar por una realidad paralela.

Antes estuve en Lima. Ahora debería encontrarme en Barcelona, pero no quiero cambiar por algo tan banal como ir a una ciudad semejante mis paseos por el parque, ver que la escuela funcione y experimentar la sensación de llenarme del pretexto de hacer el *Tratado sobre Frida Kahlo*.

Todo será en blanco y negro. Magro. Desparafernálico. La experiencia mística congelada.

Yo también tengo ganas de abrazarte, especialmente hoy.

Los sueños me anuncian que estoy en el umbral de un intrincado bosque, que no voy a tener otra opción sino la de atravesarlo.

Ya casi nada tiene sentido. Está aquí mi traductora del portugués, se presenta esta noche en la escuela. Pero el

encuentro contigo ha sido decisivo. Quedé destrozado después de verte y hacerte unas cuantas fotos.

En estas dos semanas he hechos muchas fotos, y justamente conocí a una de las agentes de imagen más importantes, quien me va a representar y desea que le arme una carpeta porque para algunas de las copias dice que ya cuenta incluso con compradores.

Espero que los sucesos de tu casa los tomes con calma, que los leas como los periodos típicos y normales de las vidas de las personas. Voy a ver si me amarro a mi casa para sacar adelante el trabajo pendiente, pero me invento una serie de compromisos para no hacerlo.

Voy a publicar en inglés y en hebreo.

Precisamente en la escuela, luego de una experiencia sumamente particular de crear un libro entre varios que no compartíamos el idioma, que se llevó a cabo en Sao Paulo, hablamos del deseo del acto por encima de todas las cosas. Un poco lo de Giuseppe Campuzano, el artista que ha construido en Perú el Museo Travesti, que es en realidad un museo en forma de libro. Es puro acto, sostenido en algo así como en el milagro.

Por eso quizá mi bruja me trata mal, yo un poco también a ella, parece que le molestan mis ausencias, creo que ve en ellas una prueba de que vivo en el aire, literalmente, le molesta mucho, y no lo entiendo, que sienta en mí la

presencia de un cuerpo etéreo, que lo perciba como por encima del suelo. Como si fuera un santo, me dice.

Me voy el viernes a una ciudad bellísima, con habitación con vista a la playa.

Este año el Ramadán lo pasé como si no existiera. Le he tomado en estos tiempos cierta distancia física a las personas que representan la parte concreta de la comunidad sufí. Es algo pasajero y recurrente, lo sé, pero de sólo imaginar las caras de los hermanos derviches una punzada ingresa en mi estómago.

Tengo un espacio en la televisión. Cada cierto tiempo debo llevar a algún invitado a conversar sobre algo. La última vez hablé sobre las posibilidades de crearle a Mishima una cabeza artificial.

Hoy me estuve probando ropa de Kenji Yamamoto. Dejé separados varios sacos y túnicas, dije que ya regresaba, que iba al cajero automático.

Qué bueno que ya estás mejor. A mí también el retiro me ha ayudado. Aparte de que voy donde una doctora homeopática que ha descubierto que mis males vienen del cosmos, que soy una especie de mutante tanto para lo malo como para lo bueno.

Lo que de sí no tengo ganas es de escribir. Siento algo así como una grafofobia progresiva. En cambio, tengo un

deseo creciente por hacer fotos.

Me sucedió algo curioso, que nunca me ha ocurrido antes con un texto escrito, ni de otro autor y menos con uno escrito por mí: miré unas fotos que había tomado y me puse a llorar. Se trataba de imágenes de un hombre que al borde de la carretera vendía perros de cerámica de tamaño natural.

Cambiando de tema ¿te acuerdas que estaban en proceso de rescatar el fantástico cine soviético de los 80? Te lo pregunto a ver si me ayudas con nombres de directores y películas de esa época porque me han pedido hacer la programación de una sala de cine de arte durante un mes, y pensé dedicarla a esas películas.

Lo de hacer el texto en Brasil fue fascinante, ahora que lo veo pienso que fue una aventura sin límites de las que sí funcionan. El libro que apareció es interesante, a lo Clarice Lispector. Se llama Circunvago y aparecerá publicado en abril.

En la última sesión les llevé de sorpresa a los participantes del taller al editor de unos libros maravillosos para firmar el contrato. No sabes cómo esas sesiones son en realidad el derrumbe de muchos de los mitos que giran alrededor del acto de la escritura.

Ayer apareció el poeta furtivo nuevamente a arrodillarse y pedir perdón, que tenía miedo pero que no había podido

desprenderse de la historia, eso me entusiasma.

Y justamente en la búsqueda del cómplice comienzan los atardeceres fortuitos. El viaje de regreso se me hizo rapidísimo.

Ya terminé la conferencia para Los Ángeles. Le doy un par de toques y ya estará lista. Ahora quieren darme portada del suplemento de La Nación de Buenos Aires. Para que escriba sobre Yasunari Kawabata.

Como sabes, la última vez hablé en la televisión con el artista visual Aldo Chaparro sobre las posibilidades de hacerle una cabeza a Yukio Mishima. Creo que fue desconcertante para los televidentes, el programa se pasa en horario central, vernos armar una serie de bocetos para construir esta cabeza.

Para este viernes he invitado al programa a mi médico principal, el que me salva la vida, para que él diga lo que imagina es la literatura y yo lo que es la medicina.

Me acaba de escribir mi agente. Me dice que la semana pasada estuvo en Nueva York con la directora de New Directions, que estuvo interesada en mis libros. Se los acaba de mandar.

Hoy es el gran día del homenaje en la Universidad de Brown. Hay catorce mesas dedicadas a Mario Bellatin. Debo cerrar con un texto leído durante la clausura.

Es probable que los médicos hayan descubierto por fin uno de mis males. Es por eso que ahora me encuentro sometido a un tratamiento que da la impresión de ofrecer buenos resultados. Debo admitir que me molesta sobremanera afeitarme las sienes antes de las sesiones. Rasurarlas muy bien. Se trata de una tarea que me he propuesto realizar con un cuidado extremo. A veces demoro dos horas o más en lograr que luzcan como el médico me ha pedido que las lleve. Tampoco me acostumbro todavía al hecho de caminar por las calles y que la gente me mire más de lo debido.

Casi siempre, en las mañanas, llego a un edificio blanco que ostenta barrotes en las ventanas. En la puerta está sentada de manera perpetua mi madre, quien suele ofrecerme una taza de chocolate amargo y me hace firmar un papel donde se encuentran dibujadas la mayor parte de las caras de mis hermanos. Allí está hasta el que murió a las pocas horas de nacido. Creo que después me hace algunas preguntas acerca de los años de la Revolución Mexicana. “Un hecho que nunca debió pasar”, asegura. Creo que lo dice porque todavía se le hace difícil recordar la imagen de los revolucionarios cortándole la lengua a su padre. Siempre la trato de tranquilizar. “Ya no eres Madame Curie, descansa”, le digo. “Debes comportarte a la altura de las circunstancias”.

Apenas escucha esas palabras me arrebata con fuerza el jarro de chocolate y me obliga a pasar al primer consultorio. Allí encuentro a mi padre vestido siempre con una bata blanca. La frase que me dirige al verme entrar es

siempre la misma: “Jamás te perdonaré que negaras que asesinaste al loro de tu abuela”. Al instante sale. Regresa poco después acompañado de un grupo de enfermeras y me acuestan en una cama de madera colocada en una sala posterior. Me encanta ese momento. Me gusta porque en todas esas ocasiones llegan a acompañarme los compañeros con los que asistí a la escuela. Ariel, el niño de piernas flacas que aprendía inglés con una facilidad extrema. Daniel, que se ahogó en un estanque durante un paseo escolar. Cecilia, quien dibujaba peinados extravagantes en las partes traseras de los cuadernos.

Todos acostumbran dar vueltas alrededor de la camilla mientras las enfermeras me preparan para la sesión. Me gusta el frío de la crema que untan en mis sienes. Se vuelven de una frialdad similar a la que mostró la piel de mi hermano una vez que murió. Detesto, en cambio, cuando mi padre comienza a repetir que no me he rasurado bien. Pasa los dedos sobre la zona diciendo que ese trabajo debía ser realizado por un profesional.

Es extraño un pensamiento semejante, pues mi padre suele pensar que una de las ideas más importantes que trajo la Revolución fue la de tomar conciencia de que cada quien debía hacerse cargo de sus cosas por sí mismo. Ese pensamiento fue tan fuerte que mi madre llegó a pensar durante algún tiempo ser la descubridora de los Efectos de la Radiactividad.

Cuando salgo de la institución me molesta que mi madre —quien antes de que parta suele darme otro jarro de chocolate— me recuerde que el día que encuentren al loro

de mi abuela el animal les contará dónde quedó escondido el patrimonio familiar.

Mientras colocan los cables Ariel, Daniel y Cecilia repiten sin cesar un sonsonete que alude siempre a la afeitada de mis sienes. Mi madre, como afirma siempre mi padre, me ordena que deje de rasurarme yo mismo y me entrega una piastra para que pague en algún lugar comercial donde se realice semejante servicio. Me suele dar además una tijera, no fuera a ser que en el negocio donde me fueran a atender no contasen con una desinfectada.

Es curioso cómo este texto —escrito hace ya casi una década— sea una suerte de vaticinio sobre lo que pasaría este año. Una suerte de premonición sobre mi internamiento en un hospital de salud mental. Todo comenzó de pronto. Sin haber sentido ninguna señal premonitoria, una mañana desperté sumido en un estado de desesperación. El día anterior, curiosamente, había dejado olvidada en un taxi mi bolsa con muchos objetos clave dentro.

Esa madrugada desperté asustado pensando en la posibilidad que tenemos todos de quedarnos encerrados en algún momento de nuestras vidas. Dentro de un baño con una chapa en mal estado, en un elevador, ser acusado de algo y privado de la libertad. Esa idea me produjo un pánico del cual no me libré sino hasta muchos meses después. Llegué incluso a visitar un hospital psiquiátrico para ser sometido a un tratamiento de electroshock.

Todo esto —el olvido de las cosas en el taxi, el comienzo de los ataques de pánico— comenzó a ocurrir después de un suceso del que fui testigo durante un viaje por el

interior del país. La curación de una serie de niños por parte de un perro.

El animal se trataba de un perro xoloitzcuintle. Nos encontrábamos en las profundidades de la selva de Loxicha —un lugar sumamente apartado pero curiosamente de fácil acceso, a nueve horas de la capital— adonde había llegado en mi Chevy negro acompañado de mis cinco perros de ese entonces.

La sensación inicial fue la de encontrarme tan cerca y tan lejos en forma simultánea. Los tiempos paralelos que solemos experimentar en lugares como México parecían desplegarse allí en toda su plenitud. Como siempre, las leyes espacio-temporales estaban confundidas dentro de una sutileza tal que muchas veces pasaba inadvertida para los que frecuentamos esta realidad.

Como lo sabes, basta descolocarse mínimamente de determinado punto para situarse de pronto en un lugar cronológico y espacial del que no se tenía idea de su existencia.

En cierto momento —habían pasado cerca de dos días desde nuestra llegada— comenzaron a formar una larga fila frente a la cabaña donde estábamos hospedados una serie de desvalidos que pedían cita con los dueños de los xoloitzcuintles —había llevado dos—, para que sirvieran como vehículo de curación de sus males, de los físicos y de los que producen la mera existencia.

No en vano, dijo alguno, esos animales habían sido adorados desde que se tenía memoria. No supimos qué hacer ante semejante pedido. Preguntamos las razones por las que no recurrían a otras instancias para resolver sus problemas. Nos contestaron que no existían las instituciones a las que nos referíamos. En aquella selva no había hospitales, médicos ni iglesias. Eso sí, había un cementerio, donde —de una forma parecida a lo que ocurría en ciertos poblados de los andes— cada año se realizaba el ritual de cavado de las tumbas para reacomodar los cuerpos muertos y así hacer más agradable la travesía que estaban experimentando. Cuando ya no quedaban rezagos de piel ni de órganos, sino que la calavera mostraba únicamente los huesos de color blanco marfil, se los llevaban a sus casas, donde en los patios existía una suerte de árbol genealógico palpable —los huesos eran colocados en unos arcones de madera— que, aseguraban los pobladores, servía de protección a los habitantes que seguían con vida.

Aunque decir vida a lo que vimos transcurrir en la casa donde nos hospedábamos puede ser mucho decir. Aparte del lugar reservado para las calaveras —la cabaña donde pernoctábamos formaba parte de la casa mayor— existía una suerte de refugio para los miembros de la familia que habían sufrido algún tipo de desamparo. Era el lugar donde buena parte del día permanecían las solteronas, las viudas, los primos con alguna tara mental, los enfermos crónicos y los miembros homosexuales de la familia.

Sé que puedo ser tomado como un egoísta, como un malvado o como alguien políticamente incorrecto, pero en ese momento me produjo cierta satisfacción que las cosas fueran de esa manera. Que los pobladores adoraran a ciertos perros —a los demás los trataban y mataban de manera salvaje—, que desenterraran de cuando en cuando a los muertos, que los miembros diferentes de las familias llevaran adelante una suerte de sub-existencia.

Recordé entonces un sueño que había experimentado durante los primeros meses en los que me sometí a un análisis psicológico. La imagen se presentó desde el comienzo como totalmente irreal. Un muchacho desconocido, joven, moreno, de anteojos, estaba trabajando sobre una gran extensión de plástico que flotaba en altamar. Vestía con los atuendos habituales de un investigador científico. El material que flotaba en el agua era una suerte de hule algo transparente. Se podía caminar cómodamente por encima. El mar mojaba sólo sus bordes.

Ese joven me explicó —yo descubro entonces que estoy sentado en un banco de madera colocado en la mitad del hule— que estaba trabajando con una especie de ave desconocida para el mundo. El muchacho me muestra una de ellas. Afirma que se trata de uno de los pocos ejemplares que se mantienen con vida. Veo el ave y advierto que el muchacho la levanta y busca algo debajo de las alas. Noto que el pájaro posee plumas celestes y blancas. Se trata de un ave de cuerpo voluminoso. No es un animal volador. El pico es rosa llegando casi al rojo. Mientras el ave camina, el muchacho me cuenta que se trata del pájaro que guarda sus huevos debajo del ala.

Me informa también que nos encontramos en el mar de México. Añade que el pájaro va empollando los huevos mientras camina. El ave, en tanto el muchacho continúa con su disertación, se refugia en un borde de ese gran hule desplegado que parece servirle de guarida a pesar de que deja su cuerpo al descubierto.

El muchacho continúa diciendo que a pesar de ser un ave única en el mundo, los investigadores no le prestan la debida atención. Es más, ni siquiera los comerciantes la ofrecen en venta. Finalmente afirma que su mayor desgracia son los dientes, que los tiene muy grandes. Añade que sufren mucho cuando a cierta edad las caries comienzan a presentarse. Sufren tanto que incluso puede sobrevenirles de pronto la muerte por esa causa.

El investigador reflexiona delante mío en que debería haber personas que se ocuparan de los dientes de aquellos pájaros. Desde el banco donde me encuentro sentado le contestó que hay ya demasiadas cosas por las cuales preocuparse.

Me veo a mí mismo en ese momento contándole de las penurias que sufro por concentrarme en el mantenimiento de mi coche negro, de los perros xoloitzcuintles y de los de otras razas que poseo. La angustia que me causa efectuar viajes que deseo no sean peligrosos.

Le informo incluso que eso no es nada comparado a la angustia que deben sentir las personas que buscan la curación en un perro o que desean mantener un árbol genealógico —confeccionado de calaveras— palpable en el patio de su casa. La inquietud que tal vez experimenten los que son relegados por sus familias a ser una suerte de especies inferiores.

El horror de los viajes a la selva, la falta de hospitales, el descuido en el que acostumbran encontrarse los dientes de las aves, la obsesión por vivir todos lo tiempos al mismo tiempo. Tener la absurda certeza de que la segunda década del siglo XXI será la primera década de la humanidad es casi tan extravagante como sentirse sentado sobre un gran hule que flota sobre el mar de México.

No sé por qué te estoy contando esto. Debería referirme tal vez sólo al estado en el que he quedado después de la operación. A la sorpresa que me causa no sentir el dolor que creí iba a comenzar a experimentar. O quizá contarte más cosas acerca de los muñecos que fui a visitar en compañía de Sergio Pitol. Eran grandes, casi de tamaño natural, no como los muñecos en miniatura de Playmobil con los que la terapeuta trataba de conformar la historia de los miembros de la familia que me preceden.

Hubiera podido también hablarte del niño de la mezquita. De sus padres los toreros enanos. De mis incursiones dentro de la red de transporte subterráneo. De mis sesiones con el masajista ciego.

Experimenté en carne propia, en aquel instante —en el de la consulta con el perro—, una verdad obvia: que el

avance es ilusorio. Que nos trasladamos dentro de un círculo, en realidades alternas donde todo, un presente, un pasado y un futuro está conectado de manera tangible. Lo que pueden cambiar son determinados tonos. Ciertos colores que, como vemos en estos proyectos destinados a la segunda década de un supuesto tercer siglo, nos sirven únicamente como punto de referencia, como un espejo para atisbar con qué cara amanecimos hoy.

Por cierto, cuando a mi regreso a la ciudad conté la anécdota de los perros alguien preguntó si efectivamente los xoloitzcuintles habían curado a la niña paralítica que se encontraba esperando su turno en la cola.

Como sabes, en Oaxaca me adecúan un estudio de techos altos y vivo allí con los dos perros: Perezvon y Chispas. Siento siempre allí la cabeza como llena de aire. Supuestamente debo acabar dos libros en diez días, pero no creo poder hacerlo. Ni siquiera uno.

Ahora que me acabo de despertar motivado por un sueño malo —no el del investigador trabajando sobre la inmensa capa de hule—, recuerdo que se trataba del prólogo que hice para el libro del Museo Travesti del Perú, que hoy he olvidado, y que escribí bajo el efecto de lo no despierto.

Parto, en Lima me acordaré de ti. Sobre todo cuando vea la playa.

Cuál no será la sorpresa de alguien cuando, frente a la nave central de una mezquita cualquiera, le atraviese la convicción de que nunca jamás volverá ser mirado de una manera semejante a la que ya fue visto.

Si tan siquiera uno pudiera recordar algunas tardes pasadas frente a un peñón.

Sin llegar a hacer demasiadas conjeturas, sé que la mayor parte de lo que sucede en los libros puede ser cotejado con la realidad. Tanto porque son cosas que han sucedido —es una estupidez cotejar la ficción con lo real, pero es interesante ver qué ocurre cuando se busca alterar esa relación— como porque están enmarcadas dentro de una lógica de lo cotidiano.

Creo que estos textos que te envío tienen que ver con mi casi compromiso con el pensamiento musulmán. No hay más Dios que Dios.

Durante mis primeros años de práctica sufí —y seguramente para justificar mi decisión de ejercitar un ejercicio espiritual semejante— todo lo que se consideraba divino en ese entorno yo le ponía el apelativo de artístico. Hasta que llegó un momento en que me pareció una tontería buscar semejante justificación y decidí entrar a comprender la realidad como un todo, donde sobran los accidentes o las circunstancias.

Encuentro que las lecturas cambian en forma constante. Lo que en un momento se considera el mayor de los errores, pasado un tiempo se convierte en una gran virtud.

Por eso me parece que ese dinamismo de lectura, donde de algún modo el lector siente que colabora con la ejecución y apreciación del libro, podría ser tomado como una manera un tanto personal de presentar las cosas.

Nunca tuve definidos los temas de mis textos. Sólo ahora, después de haber existido una edición anterior, un largo taller con actores, una puesta en escena teatral así como esta nueva versión, me doy cuenta de que existe en este texto, *El libro uruguayo de los muertos*, una suerte de pueblo fantasma, congelado dentro las características particulares de sus propios habitantes. Unos seres desconcertados que no son otros que las palabras.

A diferencia de mis demás obras, al momento de escribirlo conté todo el tiempo con un público presente. Esta situación se creó porque esta experiencia de escritura comenzó cuando se me acercó una pareja de directores de escena, un vietnamita y una holandesa, para pedirme trabajar con mis textos.

Fue de esa forma, teniendo todas las noches la presencia de aquellos directores —y después de actores que quisieron participar tanto en el taller como en el montaje— que mi estudio estuvo poblado por seres reales mientras ejecutaba aquellos textos. Es decir, los ensayos se convirtieron para mí en sesiones de corrección, donde mi escritura se iba orientando según lo que fuera viendo o escuchando de los actores mientras el director trataba de darle alguna coherencia escénica a lo escrito.

Precisamente de lo único que tengo conciencia —vaga por cierto— al momento de escribir, es de la existencia de

unas supuestas reglas que, de cierta forma, parecen guiar los libros. Todo lo que aparece después —historias, personajes, situaciones— es resultado del seguimiento fiel que puedo tener hacia esas leyes, las cuales casi siempre desconozco pero intuyo están presentes todo el tiempo.

Eso que más de una vez me has dicho de que utilizo un sistema literario es falso. No existe ni lejanamente ningún sistema. Sin embargo, creer que es posible algo semejante, que los libros que van apareciendo obedecen a un orden que está más allá de los textos mismos, hace que pueda seguir escribiendo. Como si el ejercicio de escritura fuera una actividad tutelada por una instancia superior.

Esta necesidad de creer en semejante quimera quizá tenga relación con la culpa que me causa escribir. Me gustaría señalar en este momento que hay mucho de vergonzoso en este ejercicio.

Yo creo que mis libros son bastante realistas. Creo que es por eso que todo el tiempo trato de poner la verdad como algo ficticio y viceversa.

Creo que los textos se construyen al ritmo de mi respiración. Pero no sólo a eso, puesto que el asma no es el único elemento que me caracteriza. También puede deberse a que carezco de un brazo, a que soy altamente miope, y a que soy víctima de una enfermedad incurable que me hace —a los ojos de la comunidad de derviches musulmanes a la que pertenezco— ser considerado como un mártir del sufismo.

Qué bueno que ya estás de nuevo en tu casa. Yo estoy encontrando una nueva felicidad con este cambio de vida, más calmada y tranquila, descubriendo en la foto un universo impensable. El problema es que he releído lo último que he escrito y lo veo malísimo.

¿Me habré agotado?

Ojalá. De ese modo podría hacer mis fotos sin ningún tipo de presión.

¿Qué tal España?

Unos idiotas ¿no?

Nada, que ya salgo de la enfermedad, rotunda, horrible, tanto que el cuerpo ahora trata de borrar la memoria de ayer.

Pese a todo apareció el libro prometido en Brasil, se llama Circunvago, y tratan de convencerme de que vaya a Río de Janeiro por unos días para vengarme de las jornadas sacrificadas por la enfermedad, que dicho sea de paso la adquirí con conocimiento de causa.

Ya hago mis maletas, hoy es el último día.

Sao Paulo me gusta y no, sigo quedándome con México y, por supuesto, con Buenos Aires.

Estuve leyendo con detenimiento tu texto sobre santa Teresa. Debo hacer un escrito para una suerte de relato hablado, en grabación, que se oirá en los sótanos inundados de un templo.

Ahora, siguiendo los consejos de los masajistas hindúes —que son unos mentirosos, pero igual dicen y hacen las cosas de manera delicada— estoy fuera de cualquier accidente.

Intento hacer algo con Yukio Mishima muerto. Incluso se topa en su celda de oración con una sombra. Una aparición que lleva el tatuaje “preferiría no hacerlo” impregnado en uno de sus brazos. Pero todo me saca de la escritura. Me escondo en algunos rincones. Invento citas inexistentes. Voy a lugares desconocidos con mi computadora para escribir como si estuviera cometiendo un delito. He llegado hasta a ir a un restaurante para perros con la intención de que nadie me encuentre.

El siguiente jueves me hacen un homenaje en la Universidad de Brown y debo dar una charla en el Instituto Cervantes de Nueva York. Luego me voy a Colombia y de inmediato a Brasil y a la siguiente semana a París, donde apareció la traducción de *Lecciones para una liebre muerta*. Después viajo al sur, y de inmediato a Argentina, a Córdoba —encantado de ir a La Plata, y de inmediato a

Ecuador y de inmediato a Cuba ¿qué te parece? ¿me volví demente?

¿Y la escritura?

No sabía dónde escribirte. Qué bueno que ya se acaba todo. Lo hiciste, disfrutaste, y ahora de regreso.

Parece que nos invitan, aparte de nuestros planes, a Sergio Pitol y a mí en noviembre, quieren hacerle una Semana de Autor.

Estoy ahora en uno de los lugares que más me gustan. El Centro de las Artes de Etla, en las afueras de Oaxaca. Se trata de una antigua fábrica de hilos reconstruida, donde lo más impresionante es que aparenta estar sumergida, pues como sistema de ventilación el agua corre por los techos, las paredes y los pisos con sólo un milímetro de espesor.

De pronto decido subir al auto con mi perro y conduzco más de cinco horas hasta llegar acá. Creo que algo me sucede y estoy exagerando un poco con estas visitas, pues estuve aquí el martes de la semana pasada. Trabajo tres días en la ciudad y vuelvo. Por nada en especial, sólo por regresar. Este tiempo es detenido, obsesionado por el escribir sin escribir, incluso he tratado de escribirlo escribiéndolo. Tiempo de adioses. De decir basta a una serie de relaciones extrañas o demasiado normales. Yo insisto, y me miran mis compañeros con cara de conmiseración, que la práctica sufi te hace ser una suerte

de baldado para resolver cierto tipo de situaciones con el otro. Es muy triste darte cuenta de que necesitas al otro para que la estructura comience a funcionar y si ese otro no existe te quedas apreciando sólo la posibilidad.

Me invitan a volver por unos días a Lima, una suerte de aventura adolescente, que tiene que ver con esconderse en un cuarto del barrio de Magdalena y llevar un registro fantasma de la ciudad, pero no sé si aceptar, no creo que llegar como un ánima a esa ciudad cambie nada en mí.

Prefiero ir a Buenos Aires, donde tengo que presentar una nueva versión de Jacobo el Mutante en abril, además la estrenarán como teatro de papel.

Me han propuesto hacer un programa en la televisión. Me tomó de sorpresa. Pensé en algo que podría llamarse La Hora Muerta, y se me ocurrió que podría hacerlo precisamente por las razones que no puedo realizarlo. Es decir, la falta de tiempo y de ganas de emprender algo así. De ese modo incorporaría mi agenda de determinado día de la semana para que fuera grabada. Que una cámara me siga durante 15 horas mientras cumplo con mi rutina, que no puedo mover un ápice y puede tocar un día completo tirado en la cama mirando el techo, no habría simulación, explicaría todo el tiempo lo que está pasando, sin máscara, quizá ésa sea la manera de iniciar una especie de diario que siempre he querido hacer pero que nunca realizo precisamente porque no lo comencé el día anterior.

¿Nos hemos distanciado por algún motivo? Ya no lo recuerdo.

Me pareció interesante la conferencia que ofrecí sobre perros, puesto que fui armando un discurso de relación entre el animal y la palabra. La presencia de ambos parecen tener un origen en común.

Al día siguiente me levanté al alba y viajé cerca de doscientos kilómetros para asesorar a unos becarios. Quedé nuevamente fascinado con el poeta indígena que te mencioné, que viene de un pueblo distante a tres horas del lugar y habla una lengua nativa. Me conmovió que al lado de cada poema tuviera una fotografía hecha por él. Extraño su rol, porque él hace todo, pues después de escribir el poema en su lengua lo debe traducir y después hacerle una foto. No confía en nadie más. Ni en un traductor, ni en un fotógrafo. Dice que como quiere crearse un mundo en el cual guarecerse, nadie puede intervenir en su construcción. Nunca ha venido a la ciudad. Lo invité a la escuela porque va a haber un curso el martes sobre Ulises Carrión, no sé si conoces a ese autor mexicano que se agobió del medio literario y después de publicar algunos libros, se fue y se hizo artista conceptual sin dejar nunca de ser escritor.

Hoy debo comenzar con mi tratamiento, a ver cómo me va, espero las doce del día para iniciarlo.

Ya no quiero volver a Sao Paulo sino con un cómplice o con alguien que me haga creer que le estoy sacando partido a un viaje semejante.

Mi cuerpo está convaleciente, muy atento, por eso decidí desconectar las líneas de teléfono. Cerré las cortinas para no ver más el atardecer. Me tapé con una colcha en medio del calor y estuve pendiente de la hora en que debía ir al aeropuerto para mi viaje de regreso.

Ya se me ocurrió totalmente la manera de hacer, a partir de ahora, mis conferencias. Ya entendí por eso la razón por la que publiqué un número de la revista *Damas Chinas* dedicada a mi obra. Ahora todos los discursos van a sacar, de los textos publicados acerca de mi trabajo, una primera persona, que se va a mezclar hasta el infinito produciendo, a través de mi cuerpo, infinidad de sentidos.

Lo primero ocurrirá en Los Ángeles, la próxima semana, en mi conferencia magistral acerca de la Escuela Dinámica de Escritores, donde pondré en primera persona el discurso de Reinaldo Laddaga, el que hace referencia a la escuela como un circo, mezclándolo con lo que dice Sergio Chejfec acerca de las reverberaciones del sentido.

La segunda será en la Universidad de Brown. Yo oiré las ponencias y expresaré luego como mío lo que otros dijeron acerca de mi trabajo.

Ahora estoy extenuado. Extraño a mi perro. ¿Me dirás la raza que miras saltar en los parques? Espero que no sea malo lo que tienes. ¿No puedes hablar bien? ¿No hay

relación entre lo que dices y lo que piensas? lo digo porque si es así yo tengo eso desde siempre.

Nada, de regreso, con todo el trabajo encima, de la escuela y asuntos económicos personales que no se terminan de resolver.

La terapia esa que te cuento es una tontería. Se supone que se trata de una suerte de psicoanálisis que también compromete al cuerpo. Es decir, que enfrenta mente y materia como una unidad y aparte de hablarte te hacen masajes o ejercicios. El analista es un bailarín brasilero que ha dado cursos en la escuela y se llama Gutenberg.

De mi último viaje no sé qué decir, salvo que tuve que tomar el avión de regreso con unos muertos, no es que quiera darle ninguna significación al hecho, pero me alerta a no hacer nada que vaya en contra mía. Me siento como una especie de alcohólico en rehabilitación. El proceso es un poco aburrido pero lo llevo adelante. No quiero dar ningún significado a nada. Sin embargo, mientras aguardaba la partida de mi último vuelo miré hacia fuera y vi, al lado del avión, una plataforma con ruedas que contenía cinco ataúdes y al centro, sobre los otros, un pequeña caja que seguramente llevaba el cuerpo de un niño.

No eran ataúdes propiamente dichos. Más bien se veían sus envolturas. Se trataba de unas cajas lisas recubiertas con una suerte de fórmica de color marrón claro. Estaban

envueltas además con plástico translúcido. La imagen era sorprendente.

Nos hallábamos, al atardecer, en un aeropuerto situado en medio del desierto. Las cajas eran simétricas. Guardaban un orden perfecto, que se acentuaba con el pequeño ataúd que había sido colocado justamente en el centro del conjunto.

Advertí la presencia de aquellos ataúdes porque llamó mi atención la llegada de una patrulla de policía a las inmediaciones del avión. Bajaron dos guardias armados. Los ataúdes tenían unas etiquetas, que los policías revisaron en forma minuciosa. ¿Habrán muerto todos juntos?, me pregunté. La presencia del pequeño ataúd colocado sobre los demás me daba la seguridad de que algo así había ocurrido. No sé por qué realicé una asociación semejante. Quizá porque me causó inquietud que aquello que estaba viendo fuera un espectáculo reciente. Es decir, que aquellos muertos estaban frescos y que las medidas que se habían tenido que tomar para que aquel cargamento estuviera listo para ser introducido en el avión en el que viajaría debían de haber sido hechas con celeridad.

Lo más probable es que el día anterior aquellas cinco personas acompañadas del niño no se hubiesen distinguido del resto. Ahora se encontraban empaquetadas y listas para emprender un viaje de itinerario. A mi alrededor ocurría lo habitual. El personal del avión recorría una y otra vez el pasillo. Los viajeros se acomodaban en sus asientos. Por los altavoces se daban las indicaciones de rutina. Nadie miraba en ese momento por las ventanas de la nave. Yo era el

único que supuestamente era dueño del secreto de que en pocos minutos emprenderíamos el vuelo acompañados de cinco cadáveres.

La presencia de la policía me hizo dudar de la razón o de las razones de los decesos. No logré saber si se trataba de una inspección de rutina, que se efectuaba cada vez que se transportaba un cadáver en avión, o si todos habían muerto de manera violenta, inclusive el niño. Pensé que era un buen símbolo del regreso. De un viaje absurdo, con decenas de escalas, emprendido hacía más de tres meses.

El reto puede ser visto como la posibilidad de conocer —e incluso de hablar con cada una de ellas— a cerca de ochocientas personas durante ese tiempo. Enfrentarte a ellas sólo para comprobar que estás absolutamente solo. Cada vez más. Con menos opciones de remediar la situación. Parecería una suerte de nostalgia por la compañía pero no, ésa suele ser aún peor. Nuevamente aparece entonces en el texto —como las últimas veces— la imposibilidad de expresarse en palabras.

Ahora, en este momento, estoy esperando a la organizadora del Pecha Kucha en México —que como sabes es aquella modalidad de arte japonés por medio del cual se busca explicar toda una trayectoria en menos de seis minutos y utilizando un formato de diez imágenes.

El martes me toca mi Pecha Kucha junto con diez artistas. Estoy dudando si poner en una de las imágenes la noticia que acaba de aparecer en varios blogs: la de que me casé con mi perro.

En efecto, tengo un certificado que lo comprueba pero no es algo que tenga interés. Se trató más bien de una acción que desarrollaron unos tipos en el Parque México con ocasión del Día del Amor. Se dedicaron durante esa jornada, vestidos como ángeles, a lograr que contraigan matrimonio las personas con las que se cruzaban. Se ofrecían diversas maneras de compromiso. Matrimonio musulmán, cristiano, hindú, precolombino.

Pregunté por el hindú y me explicaron que era el que permitía que la gente se casase con las cosas. Acababan de celebrar una ceremonia entre el barrendero del parque y su escoba, y otra entre una mujer que practicaba técnicas de Chi-Kún y un árbol.

Cuando me preguntaron con quién quería casarme lo que estaba más cercano era mi perro. Dije que siempre andábamos juntos, casi como un matrimonio bien avenido. Los ángeles plantearon entonces un primer problema. Yo era hombre y el perro macho. Imposible. Una unión de esa naturaleza no estaba contemplada. Aduje las leyes gubernamentales que protegen los distintos tipos de matrimonio entre las personas. Finalmente aceptaron, siempre y cuando en el documento quedara explícito el género de cada uno de los contrayentes.

Recordar el sonido que producían debajo mío los ataúdes mientras eran acomodados en la bodega de avión, me llevó a recordar otros momentos del viaje.

Por ejemplo, el desorden cerebral que sufrió la hija de un poeta chino que era el invitado de honor a un Congreso de Literatura que se celebró en una región de mayoría indígena del país.

El poeta —candidato desde hace algunos años al Premio Nóbel y que actualmente reside en los Estados Unidos— aprovechó la invitación que le hicieron a esta región apartada del país para realizar el viaje en compañía de su hija, quien vive habitualmente en Pekín.

Se encontraron en San Francisco y continuaron juntos el camino. Al día siguiente de la inauguración encontraron a la hija muerta en su habitación. La llevaron al hospital, la sometieron a la autopsia y se sospechó que se trataba de un caso de gripe aviar.

En el Congreso tratamos entonces de acordarnos de la presencia de la hija del poeta chino. Si la habíamos saludado, tendido la mano, caminado a su lado. Todos recordábamos, eso sí, que habíamos intercambiado algunas palabras con su padre.

Una escena central del evento fue apreciar la lectura pública del poeta mientras el cuerpo de su hija se encontraba en el hospital. Al día siguiente, muy temprano, abandoné la ciudad en una camioneta que debía recorrer las tres horas que nos separaban del aeropuerto. Ese día

debía hacer algunos intercambios de aviones, pues debía volar de inmediato a Brasil.

Llegué a Sao Paulo cerca de veinticuatro horas después. Es posible que no me crean, pero casi no guardo recuerdo de los detalles del viaje.

Me veo contestando en público algunas preguntas, reunido con algunos interesados en el método de la Escuela Dinámica de Escritores, hablando con un joven que llevaba la uña del dedo anular pintada de verde. Conocí también a mi traductora del portugués, en cuyo salón dormí una larga siesta mientras escuchaba la música de Roberto Carlos que había puesto en su reproductor de sonido.

Luego de mi regreso abordé de inmediato un avión con destino al norte del país, donde se había organizado un encuentro con veintisiete aspirantes a escritores a quienes yo debía dar un aparente visto bueno, otorgarles una cierta calificación de escritores. Fueron tres jornadas intensas, de lectura sin parar de textos ajenos.

Recuerdo que durante esos días me alimenté solamente de sopa de pollo y jugo de naranja. Todo acabó dos horas antes de subir al avión, desde cuya ventana aprecié la supervisión de los ataúdes por parte de la policía. El avión, mientras los cajones eran introducidos, sufrió ligeros estremecimientos. Poco después no se escuchó nada y el resto del viaje se desenvolvió dentro de la más absoluta normalidad.

Espero que Gutenberg vea más cosas, o al menos que me haga bailar un rato. A pesar de todas las cancelaciones tengo todavía muchos encargos pendientes. Hoy debo dar una conferencia sobre perros. Mañana tengo que ir a otro Estado cercano. Hago una hora en auto, para asesorar a cinco becados. Ahora mismo tengo que escribir sobre Gombrowitz, hacer un animal para un bestiario, adelantar el *Tratado sobre Frida Kahlo*, narrar el lugar donde hice mi primer libro, estructurar un ensayo sobre Juchitán, preparar el guión para la película sobre Chico Buarque, y terminar de ordenar las fotos para el libro de viajes.

Hay como diez cosas más de las que no me acuerdo y que no cumplirlas me hacen quedar mal con muchas personas.

La maravilla de las dunas, de la sensación del verano húmedo en las espaldas, el dormir en una cama de Sao Paulo y desconocer el origen del arrebol.

Casi Lima, casi Buenos Aires, frijoles y arroz limeños.

Yo, con la cara seria terminé una sesión de cuatro horas enteramente en portugués, con lo que faltan dieciséis para terminar las sesiones propuestas. De aquí al viernes habrá texto, como les prometí al iniciar el curso. Está todo bien.

Cómo son las cosas, desde que nadé durante el Año Nuevo en las playas de Zipolite creo que ya estoy muerto y el único que lo ignora soy yo. Es una receta que he debido

aplicar hace tiempo. Nada me importa, salvo la mirada de Shams y Rumi que estoy seguro nunca lograré hallar.

Me he quedado pensando hasta que dejé de pensar en tu texto. Después me lo llevé a una montaña, aquí afirman que medio mágica pero estoy seguro que eso es una tontería.

Iba con tu texto guardado mientras se celebraban unas extrañas Fiestas de Reyes en el pueblo. Como en todas partes, los Reyes estaban ebrios y repartían regalos sin poderse casi sostener. Había procesiones, con velas, luces artificiales y luz del sol al mismo tiempo. Yo en la montaña me encontré unas piezas trabajadas, antiquísimas, de obsidiana, que abundan en la falda de aquel monte, y me la coloqué delante de los ojos. Una maravilla. Era como ver todo el acontecer como a través del cónsul de *Bajo el volcán.*

Leí también tu libro, en una lectura curiosa. Es como si uno estuviera condenado a leer sin leer, a apresar una suerte de coraza que lo cubre todo como una cáscara y a través de las grietas se puede sólo intuir lo que sucede, lo que existe debajo.

Es cierto, tú me contaste una historia diferente, ni mejor ni peor, pero más que una historia distinta creaste para mí algo así como un imaginario curioso.

Y el texto de Jacobo el Mutante quedó, de esa forma, inconcluso. No sé si porqué yo quería leer más. Para lo cual me sacaba la daga de obsidiana de los ojos, o porque las reglas lo requerían, creo que pedían lo contrario más bien,

afirmaban que el *mutilatis* debía contener una forma adecuada a su esencia.

Muchas gracias por todo, por el texto, la lectura, por hacerme transportar un texto a través de la montaña, por lograr que hallase la daga de obsidiana, por ver el mundo con ojos nebulosos, tan opacos que lo único que resaltaba eran los detalles que una vista diáfana dejan ocultos.

En fin, me enteré de que a las libélulas les siguen llamando chupajeringa y que la casa de César Moro es ahora un lugar donde sirven trozos de corazón de vaca ensartados en unos palillos.

Gracias por el ritual, me daré seguro cuenta de que está haciendo efecto cuando no sienta una tristeza profunda al escuchar nunca más el zureo de una paloma cuculí.

Sabes cómo mi alma se alegra cada vez que sé de ti. Pero ahora está convertida en una salamandra que escucha hasta cuando cantan las ramas de los árboles. Viviendo lo ya vivido, consumido y luminoso, en brasa y congelado, una y otra vez, hasta demostrar que nuestra certeza no es la equivocada. Excusa la cursilería. Me quedé pegado en el aprendizaje de la soledad. En el infinito que se forma alrededor de un perro acostado al borde de la catarata de un atardecer de sábado.

Te imagino en los campos.

Eso de la voz mineral a la que te refieres: ¿significa que se perdió algo en el camino? ¿que el supuesto toque se diluyó y ahora existe una voz más aprehensible, es decir, más vulgar o esperada o enmarcable?

En el Instituto Cervantes de Manhattan me di cuenta de que por hacer muchas cosas al mismo tiempo estaba ya decayendo en mi trabajo, pues en la conferencia hablé de asuntos que ya había repetido antes.

Aunque este ejercicio, de repetir trabajos hechos con anterioridad, hace que de pronto me encuentre con textos olvidados que quizá puedan servir para escribir algo en el futuro.

Deseo contratar a un asistente personal, una suerte de secretario particular. Creo que llegó el momento. Me da un poco de vergüenza y de preocupación alguien inmiscuido hasta ese punto en mi vida y en mi trabajo. Lo bueno sería que supiera japonés y ruso a la perfección.

Ahora me dedico, en la vida ordinaria, a experimentar y concebir la realidad a través de otros ojos. No puedo explicarte cómo se realiza aquella práctica. Sin embargo, te puedo decir que se trata de un juego interesante, capaz de producir éxtasis continuados.

Pese a llevar a cabo este juego, me encuentro en una etapa de absoluta desconfianza. No puedo abrir la puerta sin salir perdiendo. Hay un lado vulgar que me condena.

Llevo apagado el celular, quiero ver qué puedo hacer para recobrar un centro de vida, todo lo siento deshilachado y al fin me doy cuenta de que no tengo nada.

¿Te conté que ya tuve mi estreno como director teatral?

La obra se llama La Otra Clase Muerta y se trata de establecer las discusiones que se pueden generar a través de un texto en ejecución.

Hoy es la segunda puesta en escena.

Quedé algo triste cuando me hablaste de Montauk, del hotel de invierno, de las chimeneas encendidas, la playa con el mar embravecido y casi no distinguible por la bruma.

Imaginaba, como sabes, una habitación con ventanas altas, entrepaños, alfombras, cojines, almohadas encima de almohadas, y una pequeña mesa de madera en un rincón.

Tus palabras resuenan y me obligan a mirar por rendijas que no pensaba que existían.

Ya dudo del nombre del perro, ayer casi se muere de un espaldarazo, literal, lo solté, se cayó y se quedó sin aire. Es que es demasiado pequeña.

Me voy el viernes a una ciudad bellísima, con habitación con vista a la playa.

Nada, que ya salgo de la enfermedad, rotunda, horrible, tanto que el cuerpo ahora trata de borrar la memoria de ayer.

Primero lo leí en una terraza impresionante con la ciudad abajo. Con el paisaje entrecortado en innumerables planos, cada uno con reglas propias, y no podía dejar de mover los ojos del papel y del panorama. Creo que practicar ese juego constante fue lo que produjo lo importante de la lectura.

Ahora que los colores a mi alrededor no terminan de encenderse. Que el vitral que cubre el patio interior de la casa no acaba de filtrar la luz como es debido. Leo nuevamente y mi corazón se vuelve a expandir. Descubro, luego de la lectura y de buscar la Pasión de Matteo de Bach, el Aria para Violín, que poco a poco la casa empieza a ser la misma.

Descubro además otras cosas. Que todos estos años he buscado rehacer la casa del artista muerto del libro Efecto Invernadero.

Leo tu texto, escucho a Bach, descubro la luz a través del vitral, recuerdo la terraza exactamente contrapuesta a la Piazza d Espagna, y la palabra aparece en toda su dimensión profética. Con una furia asombrosa. Con la

crueldad de una bandera negra. Y el descuido de los días de abandono se transforman en fragmentos de polvo de mármol, en el flashazo de una tumba que no es real, por cierto, sólo un rayo que cae de improviso a mis pies.

Pienso sólo en la primera escena de Sacrificio, que tienes que ver ahora mismo, con el niño y el árbol, y la cantata de Bach como fondo. Me acordé a su vez de mis primeras visitas a la mezquita —a la querida tekke—, donde todo lo que allí se decía místico yo de inmediato, seguramente para protegerme, bautizaba como artístico. Yo tengo mis propios milagros, me decía a escondidas: Bach, Heráclito, Gilgamesh.

Hasta que, por fin, después de una serie de revelaciones, una tras otra, en sueños y en el trance de la escritura —que fueron apareciendo seguramente para querer decirme que es un estúpido quien escupe sobre su sombra— darme cuenta del peligro del accidente, de lo escindido, de lo que sabemos no forma parte del todo. Y aparece sin más el callejón sin salida.

Es cierto, ese carácter contradictorio de la expansión reprimida en su espesura más desgarradora. Ahora, por ejemplo, me posee la obsesión de escribir sin escribir. Tiene que ser posible, pero todavía no doy con la clave. No tengo a qué obedecer, todavía no existe ningún llamado. Parece que me encuentro en un momento de rendir cuentas al atrevimiento de haber escrito, me reparte sus venas y me hace beber su sangre.

Aparece por eso la esencia profética de la palabra en toda su amplitud. Todos estos años no hice otra cosa sino la

de construir la escena de mi propio crimen, con la palabra escrita acechando como un ojo de cernícalo.

Está la casa perdida, Art Nouveau, construida en 1912, los vitrales, las paredes altas, los frescos pintados en los techos, mi presencia, la del perro y la de la palabra escrita. Durante un tiempo indefinido ha estado presente la Cantata de Bach.

Hace unos años quise averiguar por el camino místico cristiano y terminé en el pueblo de Dornach, en Suiza, donde las casas y el cementerio parecen haber sido construidos por el escenógrafo del Doctor Caligari. Nada. No había palabra sagrada, nada de revelación. Santa Teresa lo sabía, tomó prestado y allí acabó la transición. En el futuro se prohibió ese merodeo.

Yo, sentado en las puertas de la Villa Medici junto a dos curas taimados, tratando de demostrar por medio de fotos que Buñuel dejó instaurada una secta en las afueras de Ciudad de México.

Vi prohibida mi posibilidad de expresión. Dije musulmán y apagaron las luces. Lo peor fue que no huyeron de inmediato, sino que se quedaron susurrando en la oscuridad.

Y desde entonces me pasé algunas tardes en la ciudad buscando el caballo sobre el cual se sacrifica el místico de Nostalghia. Lo quitaron, me repitieron ciertas voces una y otra vez.

Lo único malo de tu texto es que es material: ¿cómo hacer para decir lo mismo sin estar atrapado en los límites?, puede ser una buena pregunta.

Ahora sí que la estupidez se apoderó de mi vida. Lo hizo en forma de aceptar viajes sin parar. Hace casi un mes que duermo en diferentes hoteles y escribo en los aviones. Como si un extraño impulso me llevara a moverme todo el tiempo en una suerte de realidad paralela.

Lo más absurdo de todo es que lo importante es el trance, no el viaje en sí. Apenas si salgo de los hoteles. Voy a un lugar, hablo en público como un descosido de las cosas que se me ocurren en el momento, ceno rápido con los organizadores y regreso a mi habitación.

Extraño placer el de disfrutar de lugares sin tiempo y sin espacio.

Ahora, por ejemplo, te escribo de regreso de Tijuana —4 horas de vuelo— adonde llegué ayer.

Fue interesante, en la mañana desde mi ventana, apreciar el infinito muro fronterizo tapizado con las cruces de los muertos que fallaron al momento de cruzar. Justo enfrente estaba la larga fila de autos que buscaba llegar a San Diego. Desde la altura donde me encontraba veía las casas de éste y del otro lado, y lo más curioso: en una calle paralela se confeccionaba la ensalada César más grande del mundo. Cientos de personas, contenidas por retenes de policías, queriendo estar presentes en la ruptura de tan absurdo récord. A ambos extremos de la calle unos

cartelones gigantes refrendaban el hecho de que aquella ensalada era un invento tijuanense. En grandes letras se podía leer que habían empleado dos toneladas de ingredientes.

Pero menos mal que regreso, en un avión japonés además —todo muy extraño—, sushis, palillos y té verde a bordo. Vuelvo para rencontrarme con el proyecto de la Escuela Dinámica de Escritores que, ahora sí, ingresó en una nueva etapa. Me asocié con una mujer fantástica y ya todo está cambiando, por fin puedo ver lo que siempre quise apreciar: a un grupo de fanáticos reunidos buscando sabe dios qué. Lo único que parece unirlos es una curiosa atracción hacia la escritura.

Las oficinas ahora son maravillosas, con flores y árboles en miniatura. Las infusiones que toman los alumnos son de la India o de Japón.

Cada vez que llega un alumno a clase debe conversar unos minutos con Claudia, mi nueva socia. Mañana, además, tengo sesión con el grupo de tercer año —en realidad llevan como seis matriculados pero por comodidad se les llama los de tercero.

Tenemos el primer ensayo de la obra de teatro, La Otra Clase Muerta, que debemos estrenar en noviembre —justo cuando yo no esté porque para esa fecha me corresponde un cuarto viaje.

Durante la obra se discutirá frente al público lo mismo de lo que hablamos en clase: un texto hecho en clave de variaciones sobre el estudio de los microorganismos.

Una hora, mesa larga, mandiles de laboratorio, luz cenital, blanca y cruda, y tal vez Perezvón, testigo perenne de las sesiones.

Lo único que tengo escrito hasta ahora sobre el *Tratado sobre Frida Kahlo* es que la mujer siendo niña se despertó una mañana y su pierna se había reducido a la mitad.

Le sucedió en el físico lo que les acontece a algunos escritores cuando se van a dormir dejando sobre la mesa de trabajo un texto fantástico listo para ser publicado y al día siguiente constatan el absurdo de tal suposición.

Ya de regreso, un poco extrañado por la soledad y el silencio. Cuando me describieron tu presencia de joven místico en tu paso por Lima no sabes cómo me entraban puñaladas en el pecho.

¿Qué pasa allí, en el corazón, para que esto suceda? Es precisamente en ese punto donde radica mi dolor. O donde se hace manifiesto más bien. ¿Viste ese autorretrato de Durero, desnudo y muy viejo señalando un punto de su estómago?

Ya cancelé el viaje a Nueva York, prefiero ser actor en Ciudad Juárez —me han llamado para hacer el papel de Antonin Artaud—, en una obra que se llama algo así como Matadero 6.

¿Tendrá que ver con las Muertas de Juárez?

Hoy va a salir en Argentina un artículo sobre Yasunari Kawabata que supuestamente he escrito yo pero es un compendio de escritores argentinos hablando de mis libros, sólo transmuté la palabra Bellatin por Kawabata, y da exactamente lo mismo.

Regreso precisamente ahora de un viaje inolvidable en el cual recorrimos muchas playas de nombre mágico: Zipolite, Mazunte, Chacagua.

Lo pasamos en comunas frente al mar —con hamacas y fuego lento para los pescados— y mirando la luna desde el mar.

Antes de llegar a la playa pasamos a visitar a la Frida Kahlo autóctona, la de verdad, la que vende comida en un mercado.

Cuando la vi desde lejos atendiendo su puesto me pareció que estaba colocada como dentro de una pequeña caja lista para llevar.

Y yo sigo estacionado en Oaxaca. Mi socia Claudia de la escuela me escribe correos angustiados para que regrese para que esté todo listo dentro de una semana y media que comienzan las clases. Ya tenemos, gracias a Dios,

asegurado el dinero para todo el próximo año. Ahora vamos a conseguir nuevas líneas de trabajo. Ya salgo de nuevo a la luz.

Me asusté un poco porque el cuerpo cayó en un foso profundo. Se cumplieron las profecías de la homeópata, hoy cumplo los quince días de tratamiento. No puedo irme de esta ciudad porque debo terminar de visitar a las costureras, a lo fabricantes de zapatos, a la señora del pescado cortado, los cócteles de camarones que he descubierto en un pasaje del mercado, los baños de vapor con masaje de boxeador incluido y, sobre todo, los cuidados extremos de Gabriela León, que me hace sentir como internado en un verdadero refugio alpino. Un poco a la manera de Kafka y su tos, y Tarkovsky y su tumor cerebral atendido en las laderas recónditas del pueblo de Dornach. El libro avanza y creo que antes de irme le debo una última visita a la mujer que verdaderamente aparecerá en el Tratado.

Hoy ya es el último día del año. El *Tratado sobre Frida Kahlo* parece que avanza seguro. Hablé con ella durante un rato largo y, como suponía, es mejor que la supuesta original —además, todo lo que me dijo yo lo había redactado ya esa madrugada—, pues obviamente es ella la de verdad, y es a quien imaginé mientras escribía.

Antes de partir encontré a unas costureras que me han hecho cuatro túnicas. Un zapatero unas sandalias azules a medida sacadas de un códice maya. Al atardecer iré a los baños de vapor pasando por el rigor de los bañadores, que rasquetearon y me doblaron con fuerza hasta hacerme

gritar varias veces. La homeópata quedó contenta con los resultados finales.

Justo para estas fechas se concretó un proyecto con un director de teatro argentino para estar en el escenario de una obra de teatro que se va a llevar a cabo en Ciudad Juárez.

Precisamente los mismos días de mi estancia en Nueva York. Prefiero el teatro y Ciudad Juárez, siento que allí de alguna manera sí estaré presente.

Participo la próxima semana en un debate sobre escritura y nuevas ideas editoriales, así que prepararé un discurso fulminante donde no habrá ninguna respuesta, de allí a hacer las maletas para Cuba, donde el 19 me espera el encierro para leer todos los papeles que mandaron los postulantes para el Premio Casa de las Américas. Allí también estaré presente. Tengo ya hecha una lista donde estoy presente o no, y voy tachando.

Una estupidez: decidí dejar de tomar mis pastillas. Al menos por algún tiempo.

Me quedaron reverberando las palabras de la bruja que me preguntó si quería vivir o sobrevivir.

Esas hojas de papel, que debían dar la apariencia de ser pulcrísimas, un poco a manera de contraste a como veía el resto de mi vida, una vez que cumplían su cometido —es decir, después de existir y de ser corregidas— tenían el bote de la basura como destino final.

Recuerdo que en una cabaña escribía sobre toda la superficie del papel, sin respetar ningún margen. Eso me daba la sensación de llenar completamente un vacío. Una vez que estaba lista comenzaba mi labor con el escalpelo, como me gustaba denominar a la pluma que usaría en ese momento para hacer las correcciones. No dejaba de agredir la página sino hasta que perdiera por completo su supuesta pulcritud inicial. Casi siempre utilizaba tinta roja. Allí quedaba la hoja, devastada, lista para servir de modelo para la siguiente página.

El médico ahora me dio unas vacaciones hasta abril. Mientras, iré donde esa mujer que afirma que sin medicinas se puede todo, se lo conté a mi doctor y le interesa ver qué puede hacer esa persona, para lo cual estará monitoreando las reacciones de mi cuerpo por medio del laboratorio.

Anoche vino a mi casa una mujer de Perú a hacerme una limpia, muy efectiva parece, pasó varias horas haciendo su trabajo y yo no sabía si se trataba de una farsante o si estaba siguiendo preceptos antiguos.

Algunas horas después otras personas me mostraron los folletos de una Vipassana y me hicieron llegar a la conclusión de no ir.

Antes de dormir aquel día estaba en duda si someterme por diez días a tan rigurosa teoría. Pero unos monjes me

levantaron de la cama y me llevaron a mi estudio ¿lo reconoces? Insistieron una y otra vez. Yo vi un lugar sumamente agradable y desconocido. Sólo después de casi cinco minutos de estar de pie pude advertir las siluetas de mi espacio de todos los días.

Volví casi de inmediato a la cama con dos certezas: la de ir donde la mujer que no cree en las medicinas y olvidar por ahora la Vipassana.

Algo curioso sucedió esta mañana con dos teclas de mi computadora. Los colores de su definición se han ampliado, la O se ha vuelto alemana, con dos puntos encima, y la E también se ha exaltado. Yo pensé que solían borrarse con el uso, pero no que se ampliaban.

Desde este año usaré sólo túnicas, y para este fin de semana un poeta me ha invitado a pasarlo en su pueblo de vénetos encerrados en su lengua y en sus costumbres: se dedican a criar vacas y a hacer mantequillas y quesos.

Entre las reglas, aparte de hablar véneto, es criar sólo perros fox terrier de pelo liso, para tener la comunidad libre de ratones.

¿Estás de acuerdo conmigo en que Jerónimo es el eremita por excelencia, traductor de la Santa Biblia, que se fue a encerrar veinticinco años en una cueva en Jerusalén, donde vivía con un perro y un león?

Te decía que ya tengo las primeras fotos, las que se salvaron quedaron estupendas. Qué simpleza de flores, de existir en ese momento —se trata de fotos sin tiempo— ¿te imaginas? al menos sin pasado ni presente.

Nada, mirar el techo, ver cómo se va rearmando la Escuela Dinámica de Escritores y con los efectos secundarios que se desplazan por mi cuerpo.

Creo que unos muertos que me acompañaron en mi último viaje me dieron la clave para lograr mantener la calma.

Estoy ahora en la ciudad más interesante que he visitado en mucho tiempo, San Cristóbal de las Casas.

Viajo mañana a Sao Paulo. Salgo de aquí temprano, paso por varios retenes militares, llego en tres horas al aeropuerto y en Ciudad de México espero el avión a Sao Paulo que llega allá al amanecer.

Mientras tanto, esta noche tendré una lectura con atrio en el teatro principal, donde confesaré que el texto sobre los testículos es autobiográfico.

Guerrilla muerta, inundaciones y tragedia, cena de gala.

Trato de mirarme a mí mismo y me doy cuenta de que ya no soy tanto yo.

Una sensación muy curiosa después de haber pasado varios días en aquel lugar: Juchitán, donde parece que sólo las mujeres y los travestis tienen derecho al baile y al uso de la ropa de colores.

En aquel poblado hay una constante nube de mosquitos y no existe hora definida. Como muchos de sus habitantes se declaran de resistencia civil no aceptan la hora de verano que impone el gobierno. Los que están a favor del Estado sí la aceptan. Hay una tercera hora, llamada la de Dios, y ésa es personal. Eso sí, son muy puntuales, a mi taller llegaban a tres horas distintas pero exactas.

De regreso trataré de sacar adelante la Escuela Dinámica de Escritores. Con lástima me deshice de mis antiguos colaboradores. Estoy a punto de lograr además que se convierta en una escuela sin alumnos. Más bien como un lugar donde hacer libros, programas de televisión y obras de teatro.

Debo estrenar una obra de teatro en noviembre. Tengo pensado llevar a escena a un grupo de trabajo de la escuela —para que ponga en práctica, ahora frente al público, un nuevo método de trabajo de creación en conjunto que estamos experimentando— donde un discípulo lee un texto a partir de variaciones, y los demás comentan lo que oyen.

El método de creación consiste en hacer que todos los participantes pongan su empeño en lograr que uno de ellos termine por completo la obra planificada. Una vez

conseguido eso se pasa al siguiente y así hasta que cada integrante del grupo entero termine su propósito.

Deseo también, pero eso será ya para otras obras, que la gente cuente cosas en escena.

Tengo el plan de que alguien de una disciplina relate algo de otra. Por ejemplo, que Margo Glantz se siente en escena y nos cuente, puede ser, Lost Highway de David Lynch, que la describa desde su perspectiva.

Mi trabajo sobre Yukio Mishima se apagó. Creo que no le rendí el respeto suficiente, porque a cada rato cortaba la corriente que me llevaba a escribirla.

Ojalá que no se le ocurra vengarse.

Hoy amanecí triste preguntándome qué es lo que hago mal para que nunca resulten las cosas que realmente deseo que sucedan, y pasan otras muchas, fantásticas, incluso mejor que las imaginadas, pero que no pertenecen a mi corazón secreto.

Ni los sufis, ni los libros parecen darme alguna respuesta. Intuyo que es mover algo simplísimo, una tuerca minúscula con una capa de oxido que impide su desplazamiento, y que de esa forma se presente la posibilidad de desplegar el universo alrededor mío.

Ahora sigo con las fotos, no escribo nada serio desde hace meses. Me acompaña, como sabes, la cámara de mi infancia. Tengo pensado, cuando me entreguen los quince rollos que estoy llevando en este momento al laboratorio, ordenar las imágenes sobre una madera con el fin de que guíen la escritura. Como si las fotos hicieran el guión previo.

Contesto preguntas que hacen los lectores, eso sí, las tomo como pretexto para hacer otra suerte de arte poética. Tengo planes que no se llevan a cabo. Que deben realizarse al instante porque si no se echan a perder de inmediato.

Debo presentar el domingo a Sergio Pitol en un homenaje que le tienen preparado. Tengo pensado introducirlo en un cuento de Anton Chejov, uno de sus autores preferidos.

Me doy cuenta de que eso de que todo es lo mismo está bien si es para bien y pésimo si es para pésimo.

Ya no puedo escribir. Nada, ni una línea, y menos ahora que acabo de firmar el contrato para realizar un *Tratado sobre Frida Kahlo*. Un desastre. Aparte fui donde esas doctoras que afirman que las enfermedades no existen y casi me obligó a dejar de tomar mis medicamentos. Eso me puso algo furioso, me dijo también otras cosas desagradables y de alguna manera de cliché. Ya las había escuchado antes. Pero sí me gustaría hacer algo porque ya todo no es más que lo mismo. No he vuelto a escribir porque sigo dando vueltas.

Fui de nuevo con mi cámara de juguete hasta donde la Frida Kahlo del poblado del que te hablé para tomarle otras fotos.

Me van a publicar en Israel. Me causa alegría. También en Francia algunos nuevos textos. Estoy descubriendo otro mundo con las fotos. Sin darme cuenta estoy haciendo una sección de fotos en mi estudio. Creo que me dedicaré a eso más que a otra cosa.

Me invitan a ser actor en la India. Tendría que pasar un mes allá y tres en México bajo las órdenes de un director a quien no tendría que preguntar ningún por qué.

Estuve en Oaxaca, la pasé bien, y hoy espero dedicarme a responder preguntas. A ver si así me entiendo mejor a mí mismo. Se trata de un proyecto norteamericano importante. Con ochenta preguntas a varios escritores del mundo. Pienso contestarlo seguido, a manera de reflexión ininterrumpida. Por las preguntas te das cuenta de que existen una serie de sobreentendidos con respecto a la escritura. Como si fueran elementos *sine qua non*, como que escribes porque lees, que escribes para publicar, porque quieres dar tus ideas a otros, entre otras tantas ideas.

¿Por qué no habrá una profesión a medio camino entre el análisis psicológico y el chisme?

Sería ideal un espejo, no tan denso, que te diga que no compres Camel sino Malboro o, mejor aún, que te obligue a

no comprar ninguno de los dos. O que te aconseje sobre el color de los zapatos que debes llevar.

A quién llamar y a qué hora.

Ese libro sobre la escritura creo que está deshilachado. Quiero tener tiempo para recomponerlo. Deseo ir al notario, al almuerzo, a la muestra, a la pescadería.

Qué alegría lo del notario, fantástico, una nueva vida mirando el mar. La acacia ya creció lo que debía de crecer. Estoy ahora en el aeropuerto a punto de dejar Guadalajara, fue una buena experiencia con los miembros del taller. Construimos un texto hecho a partir de los retazos de narraciones que fueron llevando durante la semana.

Hoy es un día largo. Amanecí temprano en el hotel pequeño. Una casa antigua excesivamente amoblada, desayuné en el jardín mientras una luz fantástica lo iba iluminando, las contrahojas ¿se pueden llamar así? leyendo un libro de Durham, un enloquecido que hace un libro de todo y de nada al mismo tiempo.

Abordo el avión, recojo a Perezvón, me preocupa que Alejandro Gómez de Tuddo no lo cuidó bien y lo mandó a la pensión, la de siempre pero yo no estuve allí para ver las condiciones.

Luego es el cumpleaños de Inés Cornejo, quien se acaba de comprar un auto con el que iremos a Cuernavaca a

celebrar el cumpleaños comiendo pato laqueado en un restaurante chino.

Ahora el fantasma que me persigue es que me siento tan bien con los no efectos secundarios que seguramente las medicinas no están funcionando, que ya he creado anticuerpos. Lo resolveré la próxima semana.

Sigo feliz con la lectura del libro sobre la librería de los escritores. Se trata de las memorias de los dependientes Osorguin, Remizov y Tsvietaieva ¿te imaginas a esos personajes administrando los libros de sus sueños?

Después de que me dijeron que la banda de sicarios del norte había ido a escuchar mi conferencia en esta tierra, una mujer que aparentaba cierto desequilibrio mental no dejó de hacer preguntas y, antes de que me fuera, me solicitó si podía entrevistarme después del taller, que duró muchas horas y terminó bastante tarde.

La mujer me aguardaba en la puerta. No había dónde ir y yo tenía que cenar en un restaurante determinado. Ella ofreció irnos juntos y mientras caminábamos me dijo que era de la policía secreta, que veía casos de desaparecidos, pero que su verdadera pasión era la literatura.

Prosiguió diciendo que como miembro de la policía judicial estaba acostumbrada a las peores cosas de la vida y eso la había endurecido hasta hacerla una suerte de máquina, eso dijo, mientras íbamos caminando por las

calles de Guadalajara y yo le preguntaba que para qué medio era la entrevista y me contestó que para ella misma.

Era una situación extrema, caminando decenas de cuadras con una mujer como aquella, que obviamente tenía que ser parte de la banda de sicarios de la que me habían advertido.

Finalmente no sucedió nada fuera de lo normal. La mujer me miró comer —no aceptó pedir nada de la carta— e insistió nuevamente en llevarme al hotel y al despedirse me dijo que si quería salir nuevamente por mi cuenta debía primero entrar porque no quería ella hacerse responsable. Le pregunté de qué, y añadió que si era secuestrado no deseaba ser la última persona que me hubiera visto con vida.

¿Gajes del oficio? ¿Casualidad? Era verdad que sabía algo de literatura, es lo único que me tranquilizó pero ¿por qué todo es siempre tan raro?

Perezvon tiene una extraña alergia que lo hace rascarse en forma constante y le está sacando partes del pelo.

Tal como me lo pediste te hago nuevamente una lista de los perros que he tenido.

1- La primera fue una cachorra negra con asma. De raza indefinida. En esa misma época en la casa de mi abuela un vidriero les ofreció a mis padres un pastor alemán, que llegó justamente cuando ya tenía la perra pequeña. Se decidió entonces que la perra asmática era más apropiada para la abuela y se realizó un cambio. En mi casa no

soportaron la conducta de la pastor, esto fue en el año de 1970, lo sé porque hubo un terremoto que la perra no sintió, y mi madre dejó adrede abierta la puerta para que escapara. La perra asmática fue hurtada días después del portal de la casa de la abuela. 2- Apareció cierta mañana un collie blanco en la puerta de la casa. Lo hizo de madrugada. Mis padres, quienes regresaban de alguna fiesta, lo hicieron pasar. Cuando desperté en la mañana me lo mostraron aposentado en el jardín. Se trataba de un animal viejo, que muy pronto comenzó a orinar sangre, razón por la cual fue arrojado muy pronto de la casa. Después supe que vivía con muchas familias a la vez. 3- Cierta mañana me escapé de la casa y fui hasta cierta huerta ubicada en las afueras de una villa miseria, donde conseguí que me dieran una cría de perros vagabundos. En mi casa estaban desesperados buscándome. Recuerdo que inicié el camino de regreso con el perro a cuestas. Mi padre me encontró en medio de la calle llevando al animal. Se acercó, vio al perro, y constató que estaba plagado de piojos. Lo arrojó a la acera con violencia y me subió de inmediato al coche. Fueron desagradables los tratamientos posteriores para librarme de los piojos contagiados. 4- En la época de escribir el primer libro de perros apareció el perro que más tiempo conservé durante esos años. Sultán. Un poodle gigante de color negro. Yo antes tenía un hámster que me entusiasmaba muchísimo. El perro lo mató apenas lo vio. Aparte de su instinto cazador, el perro pronto comenzó a mostrar muy mal carácter con las personas que habitaban la casa. Con mi padre en especial. Lo atacaba principalmente cuando miraba algún partido de futbol. Bastaba que su equipo anotara un gol, que mi padre se dispusiera a celebrarlo, para que el perro le saltara a la muñeca. En cierta ocasión atacó a un vecino —por lo que tuvo que quedar en observación—, y en otra a mi madre

cuando reprendía a mi hermano. El carácter del animal cada vez se hizo más agrio. Comenzó a vomitar bilis con creciente frecuencia y, ante el odio y hartazgo que mostraba ante la familia, más de una vez hube de disfrazarme de extraño, usando un largo abrigo de mi padre, tocar la puerta de calle como si fuera un recién llegado, para recibir algo de cariño del animal. Una noche mi padre lo llevó a la perrera diciendo que lo acababa de encontrar vagando por la calle. 5- Después apareció una perra callejera llamada Oda. Era blanca con el pelo corto. Cuando me regalaron un gato siamés, mi padre sugirió matarla de un tiro en la cabeza. No sé por qué me pareció una buena idea. Incluso la repetí, más de una vez, con mis compañeros de escuela. Esa acción nunca se llevó a la práctica. 6- Mientras hacía bicicross en una zona aledaña —acostumbraba saltar peligrosos montículos de tierra montado en una bicicleta— vi que al lado de una choza había una camada de cachorros. Tomé uno y me lo llevé a mi casa. No tardaron los pobladores de la choza en irlo a reclamar. Dijeron que un niño con una mano de plata lo había robado. No sé por qué me lo decían, había abierto la puerta, como si hablaran de otro niño y no de mí. Lo negué todo y, curiosamente, me creyeron. Era la misma época de la llegada del gato siamés. Regalé a ese perro, pero a una choza mucho más alejada que la original. Al día siguiente el perro amaneció en la puerta de mi casa. Había cortado la soga con la que lo tenían amarrado. No sé por qué en ese tiempo era tan insensible —¿habré cambiado acaso?— y lo devolví pidiendo que lo atasen con una cuerda más gruesa. 7- De pronto, en otra choza de las cercanías, encontré a un cachorro al que llamé Stone. Lo tuve un tiempo corto hasta que tuvo un final predecible. Mi padre lo arrojó a la calle precisamente cuando yo había salido de la casa para ver unos perros en venta que lucían en la vitrina de una tienda.

8- Atraído por el mito de los perros precolombinos hice un viaje cierta mañana a un pueblo de pescadores. Allí conseguí un ejemplar carente de pelo, al que bauticé como Kusi. Creo que fue el primer perro que consideré como mío. Era una perra fiel y dependiente. Nos llevamos muy bien algunos años. Ganó algunos concursos antropológicos. La dejé en casa de mis padres cuando me fui a estudiar al extranjero. El viaje, al principio programado para pocos meses, se alargó por tiempo indefinido. Mi padre llevó entonces a la perra al pueblo de pescadores de donde había salido y la entregó a los primeros pobladores con los que se cruzó. 9- (continuará, en la época de Kusi estaba escribiendo Mujeres de Sal).

Estas pastillas me tienen extraño, lo malo es que nadie parece notarlo.

Me pongo a pensar entonces que lo mismo daría ser de una manera que de otra.

Acabo de estar como tres horas hablando sin parar en una conferencia y no recuerdo de qué. Sólo me daba cuenta que un chico de camiseta verde se reía como lo hubiera hecho yo de mí mismo.

Acuérdate del diario de Franz Kafka: hoy inició la Primera Guerra Mundial, en la tarde fui a nadar.

Qué bueno que no exista un malecón en regla. Los que aparecen están situados a una altura tal que dejan de serlo,

como el cementerio marino de Paul Valéry. Tan alto que ninguna marea alta es capaz de estrellar sus olas contra las lápidas.

Voy a aprovechar este viaje de frío y humedad intensa para encontrar los olores de la niñez. ¿Podré de nuevo hacer que salga humo de mi boca?

Trato de mirarme y me doy cuenta de que ya no soy tanto yo. Una sensación curiosa después de haber pasado algunos días en aquel lugar lejano donde sólo las mujeres y los travestis tienen derecho al baile y al uso de ropa de color

A cada momento aparecen en un tiempo aparte una serie de sucesos. Debe haber un orden interno de las cosas que seguramente las deforma —para mal y para bien— como la cámara Eyefish que acabo de comprar, la cual redefine de manera un tanto radical las cosas de la realidad.

Se trata de una cámara de juguete de muy difícil obtención con la que me gustaría retratar cada una de mis partes.

Mi cuerpo va en declive. Como una tabla que fueran levantando poco a poco hasta ponerla en vertical. Una vez que lo logren habrán acabado conmigo.

El ángulo cada vez se acorta más. Mi cuerpo, mientras tanto, se va volviendo más informe. Es curiosa la comparación con la tabla, plana y lisa. Con mi organismo sucede lo contrario. Mi cuerpo se comenzó a cambiar hace unos años. Creo que fue por acción de algunos medicamentos, los definitivos, los que debo tomar regularmente. Se desfigura el vientre. El estómago, el pecho, la parte frontal empieza a tener una suerte de no razón de ser. El hombro se angosta, uno en especial, el cuello se hunde, se desalarga.

Recurro a veces donde un experto en Feldenkraist para que los estire. Debo estar atento a mi cuerpo. Sobre todo en los periodos en que lo atiborro de químicos de diversa naturaleza. Es entonces cuando se agudiza mi relación con el sistema digestivo. Debo estar atento a mis propias excrecencias.

Mi cabeza, lo que ocurre con mi mente, son un asunto aparte.

Parece ser esta cabeza y no el resto del cuerpo la que más sufre con los cambios. Muestra desde estados convulsivos hasta llegar a pensar que la realidad circundante no existe. Casi nunca se puede mover con violencia porque se empiezan a sentir una serie de rebotes, como ondas que se expandieran hacia el vacío. Cae presa fácilmente de ataques de sueño. Fulminantes. Precisos. Los cuales es imposible no obedecer.

Me veo a mí mismo caminando por las calles de alguna ciudad desconocida y entrar a un café para quedarme dormido junto a la taza recién servida. Es tan profundo el sueño y de tan breve duración que cuando despierto ignoro lo que ha sucedido. En momentos como esos no sé dónde me encuentro y por qué he experimentado tantos recuerdos agolpados. Miro mi reloj y casi siempre constato que no han pasado más de cinco minutos.

Pese a esta descripción de mi cuerpo, mis piernas todavía parecen recordar mis años de ciclista casi profesional.

Cuando recorría más de cuarenta kilómetros diarios y doscientos los fines de semana. Creo que siguen fuertes. Aunque mi mano derecha me hizo llevarme hace poco tiempo una sorpresa. Yo pensaba que como hacía el doble trabajo que la mano de cualquiera mostraría su fuerza duplicada. Fue curioso constatar que, por el contrario, se trataba de una mano que casi no se podía sostener.

Cuando era niño unos andinos me vendieron un perro, me encariñé, lo llamé Bambi, y una semana después vinieron a buscarlo. Cuando mi padre les reclamó mataron al perro con una piedra en el cráneo.

Cansado de aceptar en los cines las ideas de otros decidí —cuando me llegó la oportunidad de realizar una película— hacer una que tuviera como centro una de las cosas que más me interesa en la vida: las bicicletas. En un primer momento pensé en hacer algo divertido, alegre, con la

intensidad que han mostrado bajo el sol los distintos tonos de la pintura de las bicicletas que he tenido a lo largo de mi vida. Pensé también en hacer una película de viajes. La vuelta al mundo en bicicleta en ochenta meses. Easy Rider o alguna película donde apareciera un ser extraterrestre y una bicicleta voladora. Sin embargo, nunca he querido en mi creaciones dar rienda suelta a mi imaginación. Siempre hay como una voz interior que me obliga a realizar lo contrario a lo que deseo crear en ese momento. Las ideas que tuve en un comienzo me parecieron geniales pero me parecieron algo descabelladas. En la vuelta al mundo serían dos los ciclistas que partirían, cumpliendo una apuesta, de un club de Londres y volverían a él. Asunto curioso: se me ocurrió el final antes que la historia en sí. Un final que consistía en que al cotejar los horarios de la llegada con la partida había una diferencia de un mes. En un primer momento se pensó que los ciclistas habían llegado con retraso, pero al comparar los tiempos de los ciclistas con el de los que habían permanecido en el club se descubría que se había cumplido perfectamente la apuesta. La película del niño, la bicicleta y el extraterrestre la descarté casi de inmediato porque una locura de esa índole no llamaría la atención de nadie. Pensé entonces en algo más cercano. En una situación que partiera de lo cotidiano. Fue así como recordé que en la Ciudadela, un parque cercano a mi casa, suelen reunirse un grupo de hombres sin trabajo alrededor de un tipo que, de pie en una escalinata, va nombrando en voz alta una serie de trabajos disponibles. Electricista, pegador de carteles. El desocupado en cuestión recibía, una vez que levantaba la mano, la dirección dónde debía presentarse.

Las ganas de querer escribir son de la misma naturaleza que los murmullos que solemos sentir cuando estamos a punto de dormir. De aquellos murmullos que acostumbran presentarse acompañados de imágenes, de representaciones del mundo que sólo es posible encontrar cuando nos encontramos dentro de los murmullos que nos acompañan cuando estamos a punto de dormir. No existe diferencia alguna entre lo que logramos escribir y los murmullos que preceden al sueño. Los mismos personajes, el mismo revivir de escenas, los universos que nos imaginamos son similares a los que aparecen tanto cuando queremos escribir que cuando estamos a punto de irnos a dormir. ¿Será que la escritura es un precedente del sueño? Lo que sí es seguro es que el sueño no es un precedente de la escritura. Allí está el misterio.

El murmullo de querer escribir suele aparecer apenas uno se acuesta. Una vez que se está en pijama, con los dientes lavados, acostados en la cama casi todos nos ponemos a pensar en cosas. Recuerdo que muchas veces durante esos momentos imaginaba escenas que nunca antes había vivido pero que deseaba se hicieran realidad. Recreamos en esos momentos casi siempre verdaderas situaciones, para lo cual a veces utilizamos las sábanas y las frazadas como telón de fondo. Durante una época, la escena representada tenía que ver con la presencia de un gran número de perros. Creía que era dueño de una verdadera jauría. Siempre nos encontrábamos en un parque dispuestos a correr las más distintas aventuras. A veces veía seguir a los perros el rastro de una niña perdida en el bosque. Otras uno de los perros aullaba y nos conducía hasta la trampa de un zorro que de inmediato poníamos en libertad. Pero mi mayor gozo, debo decirlo,

consistía en que mis demás compañeros me vieran cómo a la salida de la escuela se encontraban mis perros aguardándome. Los imaginaba obedientes, sentados en fila, esperando atentos mi presencia. Todos eran de razas diferentes. Unos eran de orejas largas otros las tenían puntiagudas. Algunos traían el hocico fino como lobos y otros casi no podían respirar de tan cortos como lo llevaban. Todos estaban atentos a mi aparición y de inmediato me distinguían de entre la cantidad de niños que salían en ese momento de la escuela. Era el mayor de mis orgullos. Principalmente porque yo era un pésimo estudiante y era lo más impopular que podía existir en el plantel. Pero mis perros estaban allí en la puerta para salvarme del calvario que consistía ir a la escuela. Lo malo de mis ensueños —que hacía que muchas veces quedara dormido con una sonrisa en los labios— es que a la mañana siguiente quedaban desvanecidos por completo. Las terribles palabras “a levantarse que ya es tarde” eran una de mis mayores torturas. Y, lógicamente, no había perros por ninguna parte. El rito de la ducha, del desayuno apurado, del autobús que llegaba antes de tiempo. Aquellos amaneceres eran un verdadero caos. Imaginaba entonces otro tipo de ser despertado. Con los lengüetazos de mis perros, los que habían dormido al pie de mi cama cuidando mi sueño. Mi vida era triste entonces. En la escuela no lograba hacerme amigo de nadie. Mientras los profesores dictaban las lecciones yo me entretenía haciendo dibujos de perros. Tenía uno que era mi favorito. Un Cocker Spaniel. Sólo su cabeza. Repetía una y otra vez ese dibujo. De esa forma fue como me fui interesando en leer. Enciclopedias mayormente. No era fácil hacerlo. La mayoría se encontraban encuadernadas en gran lujo y estaban colocadas en altos estantes. Muchas de ellas detrás de vitrinas. Las encontraba en casa de mis familiares o en

las de los pocos amigos que me invitaban a sus cumpleaños. Pero siempre eran algo inaccesible. La mayoría habían sido compradas a plazos a los vendedores ambulantes que iban de casa en casa ofreciéndolas. Muchas de esas colecciones no habían sido terminadas aún de pagar. Era por eso que se trataban, en la mayoría de los casos, de un tesoro prohibido no apto para la curiosidad torpe de un niño de diez años.

Yo llegué a ser escritor porque provengo de una familia malvada. Mis padres han estado siempre en contra de los libros. De la gente que piensa o reflexiona, de los poetas y de los artistas. Para ellos todas aquellas actividades son una pérdida de tiempo. Oficios de ociosos o de gente de mal vivir. Por eso parecieron encargarse escrupulosamente de que en mi casa no existiera un solo libro, salvo los textos escolares. Asimismo no existía ninguna reproducción de alguna obra de arte o que se pusiera en el tocadiscos una melodía clásica. En esa casa odiaban también todo lo que estuviera relacionado con el mundo animal. Tener un perro o un gato sólo podía significar una fuente de problemas. ¿Para qué servía la cultura y los animales domésticos?, solían preguntar mis padres en más de una ocasión. Con conocer las cuatro operaciones aritméticas era más que suficiente. Colocar un alambre electrificado alrededor de cualquier propiedad era mucho mejor que mantener a un perro guardián. Cualquier veneno disponible en cualquier negocio era mucho más efectivo para una rata que un gato doméstico. Para empeorar las cosas nos enviaban, a mis hermanos y a mí, a la escuela pública.

Nada me duele. Me asusta que a veces me falte el aire, por eso llevo siempre un nebulizador de salbutamol

conmigo. Y me asusta también conducir automóviles, sobre todo ciertas noches en que no veo del todo bien. Esa suerte de ceguera nocturna, de vista variable, puede ser secuela de una operación de miopía a la que me sometí en la época en que no se aplicaban rayos láser para las intervenciones. Se realizaban con bisturí. Prefiero no recordar el mes y medio que duró la recuperación.

Ah, lo olvidaba, mi cabeza la rasuro. Me podría dejar crecer el pelo como cualquier otro ser normal, pero el cabello no aparece de la manera pareja como me gustaría mantenerlo. Mientras tanto, se desfigura el vientre y la tabla está a punto de quedar para siempre en posición vertical. De una manera similar al grupo de uruguayos muertos con los que soñó el niño de la mezquita cuando se dirigió al pequeño aeropuerto a indagar sobre la suerte del amigo de su padre conocido como El Coleccionista.

Como sabes, desde hace treinta y dos horas te tengo presente.

Notas quizá útiles para algún lector

—Desde hace treinta y dos horas.

—Iván Thays: agrimensor de profesión.

—Llevando a cabo un juego con las palabras que se intercambian.

—Ponente venezolana del libro *El Gran Vidrio* cuyo hijo cae el día anterior desde una ventana.

—Muertos que suelen aparecer en mi dormitorio para comer todos de un mismo plato de arroz.

—Escribía un libro que llevaba como título *Un vicio*.

—Dentro de poco tiempo me entregan un auto negro.

—Fotos de la comunidad de Zürau tomadas realmente en las afueras de Pachuca.

—Incidente en los alrededores de Pachuca en el cual mi perro Perezvón espantó a un grupo de ovejas ocasionando un accidente automovilístico.

—El guardián del cementerio de Pachuca advierte en un letrero que no tiene obligación de regar las flores de los difuntos.

—Que los derviches adquieran la costumbre de planchar sus trajes antes de salir a bailar.

—Paisaje propio del libro *Santuario* de William Faulkner.

—La verdad es que yo no quiero comer, beber, respirar, amar a una mujer, a un hombre, a un niño o a un animal. Ya no quiero morir. Ya no quiero matar. Hazme por eso el favor de rasgar la fotografía de autor que aparece en la mayoría de los libros publicados.

—La Sapiencia Vacía: forma de llamar a mis depresiones.

—Sesiones de Reconstrucción Mística.

—El espacio donde la foto no es todavía foto y, sin embargo, sí es foto porque ya ha sido tomada pero todavía no revelada.

—Estoy tratando de leer el *Tratado de la Unicidad*, de Ibn al Arabi.

—Trataré de recordar la posible relación entre la schnauzer negra suicida y el famoso *Tratado de la Unicidad*.

—Al encontrarse en la cúspide de la pirámide de la organización de los ciegos, elige hacerse masajista para no soportar el sonido de las puertas del metro cada vez que se abren o cierran en una estación.

—Hoy acudiré como invitado a un programa de televisión donde haré la solicitud de que le entreguen los programas a los ciudadanos.

—Los padres del niño que mantenía unos germinados de frijol dentro de un frasco de mayonesa Hellmans, emprendían un viaje de peregrinación anual en busca del perdón de sus culpas. Se llevaban consigo a los hermanos mayores, salvo la ocasión en que decidieron ir con la hermana que luego desapareció.

—El niño del frasco de mayonesa Hellmans mantenía relaciones con una viuda algo mayor. Lo suficiente como para guardar la dentadura en las noches dentro de un vaso de agua colocado en su mesa de noche.

—Esa mujer mantenía sus pertenencias ubicadas en una sola habitación.

—La psicoanalista Laura Benetti supuestamente debe guardar dentro de sus pertenencias un texto hecho a partir de un sueño donde un grupo de psicoanalistas de segundo nivel viajan en un auto convertible.

—Es recurrente la figura de José Lezama Lima escribiendo sin camisa en el techo de su propia casa.

—La hermana cuya boca se delineaba como la trompa de un elefante, el hermano sin dedos, el otro gordo y que rodaba al desplazarse. Finalmente el que topaba con la cabeza en el techo de la casa.

—El paso de la violencia en México de alguna manera simbolizado por el penoso trance por el que tuvieron que pasar tanto Camilo como su madre, la artífice de aquel centro tan particular denominado La Ciudadela Final.

—Me parece una casualidad demasiado evidente que Camilo haya sido un activista de los derechos sexuales que nunca se hiciese las pruebas médicas correspondientes y que su madre haya ideado una institución totalitaria.

—Es extraña la presencia de la madre de Camilo como la científica que de alguna manera auguró el destino de su hijo.

—Estancia de Franz Kafka en el Goetheanium.

—El folleto que escribió bajo la tutela de Rudolf Steiner.

—Goetheanium Kleines Merkblatt.

—La muerte, según Franz Kafka. No es la terminación sino lo interminable. La muerte no es propia, sino muerte cualquiera, y no la verdadera muerte, aunque, como lo leí en aquella ocasión, es la sonrisa del error capital.

—Diane Arbus, Sylvia Plath y las hostess de Braniff International.

—Es curioso el pasaje en el que Iván Thays —agrimensor de profesión y carente de la pierna izquierda— sufre un ataque de convulsiones mientras iba en un taxi con Sergio Pitol.

—¿Por qué llamar a esa secuencia “Una gota de sangre para Iván Thays?”

—Dudo mucho de *El libro uruguayo de los muertos*.

—Siento la duda de que si los fragmentos deshilvanados, que de cuando en cuando van apareciendo, puedan lograr que la lectura continúe como si se tratara —lo es— de un texto uniforme.

—Hay momentos de este libro que me llegan a avergonzar.

—Leo este libro por última vez —a pesar de las incoherencias lo pienso dejar de este modo— porque quizá se trate de lo último que escriba.

—La foto de la mujer bañándose con una batea sentada en el excusado la realizó Graciela Iturbide para la serie que hizo sobre Juchitán.

—”Todos terminamos de esta manera, los guapos y los feos”, fue lo que afirmó el propietario de la tienda de las zapatillas de ballet.

—Si en *El libro uruguayo de los muertos* se menciona una circuncisión tardía es precisamente por esa razón. Porque se trata de una operación que en apariencia carece de toda lógica.

—La visita interminable de Sergio Pitol aquella mañana en que ardía de fiebre. El día en que uno de mis perros casi le quita la vida a un vecino.

—Si en *El libro uruguayo de los muertos* se narra el suceso con la mujer policía en Guadalajara, es con la intención de que el autor desea señalar haber estado alguna vez en su vida involucrado con personas relacionadas con asuntos no legales.

—Tal vez sea importante señalar que no solamente durante determinados días del año se arroja la gente a las vías del metro. Por el contrario, es un hecho que ocurre con una frecuencia desconcertante.

—Quizá ése y no el ruido de las puertas abriéndose y cerrándose en cada estación haya sido lo que el vendedor ciego transformado en masajista es lo que haya querido evitar ejerciendo su nuevo oficio.

—Me parece que una de las lecturas de *El libro uruguayo de los muertos* sea la de una suerte de tratado sobre mi empecinamiento por seguir habitando mi casa.

—De otra forma, no creo que mi interés, por ejemplo, en describir ciertos sucesos extraños —ladridos de perros provenientes de un aparente infinito— ocurridos en La Antigua Academia de Música —hoy parte del lugar que habito—, sea algo que narro con una aparente dirección y que en apariencia, al final, no lleva a ninguna parte.

—Lo mismo me parece que ocurre con la descripción de los habitantes de las ruinas de los edificios de México, quienes denominan como El Gran Vidrio a su fiesta anual.

—El autorretrato de un Durero viejo y desnudo señalando el punto de su dolor.

—Fue impresionante apreciar al poeta chino invitado leyendo frente a un auditorio sabiendo que su hija estaba muerta en el hospital.

—Un detalle interesante durante la lectura fue que antes de pronunciar la último fonema el poeta chino realizaba un ligerísimo movimiento con el pie.

—Deseo ver a Margo Glantz sentada en el escenario de un teatro contando Lost Highway de David Lynch a los presentes.

—Jerónimo, el eremita por excelencia.

—En el Parque México casaron al barrendero con la escoba.

—Las alergias recurrentes de Perezvón.

—Ya no quiero escribir. Ya no quiero vivir. Seré solamente un personaje —como quizá lo predijo el niño musulmán en la mezquita— un personaje más de *El libro uruguayo de los muertos*.

La jornada de la mona y el paciente

La situación del paciente es la de un reo que espera su sentencia de muerte. Pensamiento engañoso, sobre todo teniendo en cuenta el antecedente clínico así como el imaginario que pesa sobre el síndrome físico, no el mental, que el paciente padece. Habría que saber, además, si existe una manera concreta, cierta —no basada otra vez en un imaginario— de esperar una sentencia. Y digo algo así porque las sensaciones son indefinidas. Un estado de cansancio constante, como si todo el tiempo se llevara consigo una carga que impidiera la aparición de la pulsión de vida necesaria para exponer el cuerpo a las situaciones del exterior. Sin embargo, en un estado semejante no hay un mal determinado —limitado, por ejemplo, a un nombre— que pueda ser padecido en su verdadera dimensión. Se trata más bien de una serie de pequeños males, indisposiciones, superpuestos, que precisamente en su amontonamiento y en su indecisión traen consigo el caos necesario para impedir que este mismo mal sea establecido, señalado, en su esencia. Sus no límites, su innombrabilidad es lo que impide que encuentre su propia solución. ¿Y el desenlace? Podrá más de uno cuestionarse. ¿Existirá tal instancia?

Surgen entonces las preguntas. ¿Será un mal de origen psicológico? ¿Será químico? ¿Un deterioro mudo y fantasmal será acaso el origen de todo el cuadro?

Se le habla al paciente de dormir junto a la muerte. Del temor a que el prójimo sea un espejo de la propia extinción. Surge nuevamente lo obvio de la premisa. El paciente experimenta que no se está yendo por el sendero puro del discurso, sino que se recurre nuevamente a una suerte de imaginario. Poético incluso. Del sujeto que duerme, día con día, al lado de su propia muerte. Que la acaricia, que mantiene relaciones con lo tumefacto de su propio cuerpo. Curiosamente se toma este hecho, el de dormir junto al espejo de la propia extinción, como algo consumado, como una forma terminada de construir.

El paciente desea decir que extraña a sus padres. Que ha experimentado algo así como fogonazos de nostalgia. Que han aparecido en estos días, por primera vez después de tantos años, los aspectos agradables de aquel vínculo. Ha recordado, por ejemplo, los paseos al campo y a la playa. Las horas pasadas cuidando a los animales de su pequeño zoológico.

En cierto momento apareció, de pronto, la persecución denodada que emprendieron los miembros de su familia detrás de una mona feroz que escapó el mismo día que la llevó a casa. El paciente contaba en ese entonces con algunos ahorros, con un dinero que le habían obsequiado algunos familiares por su cumpleaños. Era invierno. Acordaron con un pariente —un primo hermano— ir juntos al mercado de la ciudad. La atmósfera era gris. Llegaron al lugar de venta de animales. En esa época estaba ya prohibida la comercialización de especies salvajes. Fueron puesto por puesto preguntando por alguna pareja de

monos. Recuerda que días antes, con ese mismo pariente, había construido las jaulas donde los alojaría. Finalmente uno de los vendedores les pidió que lo siguieran. Fueron detrás suyo por una serie de calles enrevesadas hasta que llegaron a una gran casa dividida en cuartos de alquiler. Subieron unas escaleras y recorrieron algunos pasillos hasta que se encontraron delante de una puerta ubicada en la parte trasera. Tocaron y les abrió un hombre oriental de aspecto esquelético. Pasaron a un gran cuarto que se mantenía en penumbras.

En la habitación había cientos de jaulas así como una cama, de donde el paciente supuso el hombre se acababa de levantar. Las jaulas estaban plagadas de animales. Había aves, roedores, felinos y monos. El hombre volvió a acostarse ignorando la presencia de los visitantes. El paciente pensó en lo increíble del asunto que aquel personaje conviviera con tantos animales. Le pareció que podía estar enfermo. No lo adivinó, en realidad contaba con ese conocimiento ya entonces pues cuando ese hombre les abrió la puerta notó que una gran bola de carne sobresalía de su cuello. El paciente negoció con el guía la compra de los monos. Se trataban de un macho y de una hembra como era su deseo. El macho era pequeño y de mayor edad. A la hembra se la veía mucho más ágil. Los metieron a los dos en un saco, no sin antes amarrarles una cuerda al cuello para que pudieran ser manipulados. Salieron sin despedirse del hombre de la habitación, quien siguió acostado durante todo el tiempo que duró la visita. Consiguieron pronto un taxi, en cuyo interior sacaron a los animales del saco. El chofer protestó, no quería transportarlos. El paciente logró convencerlo. Cuando se bajaron, el paciente advirtió que aquel hombre había tenido

razón: uno de los monos había hecho sus necesidades en el asiento trasero.

Ya en la casa empezó el desorden. La hembra se transformó en un animal sumamente agresivo, que se escapó de inmediato de la jaula que el paciente había construido con su primo hermano días atrás. Le habían colocado un cerrojo en el exterior, pero al animal no le bastó más que un mínimo movimiento para sacar la mano por entre los barrotes y descorrer el seguro. La jaula se encontraba en la azotea. La mona saltó por los aires y desapareció entre las casas de los vecinos. Entonces intervino el padre del paciente, quien hasta ese momento ignoraba por completo la intención del paciente de llevar monos a la casa. El padre organizó entonces una cacería en toda regla. Participaron el primo hermano y algunos vecinos. Después de un par de arduas horas se logró capturar a la mona. Lograron meter con dificultad a los animales nuevamente en el saco. A la mona salvaje y al mono macho. Fueron de regreso al mercado en el auto del padre y ubicaron al vendedor, quien se negó a devolver el dinero pero aceptó entregar otros animales a cambio. Ese día regresaron a la casa con un considerable número de pericos, algunas ratas, y un par de conejos.

Pero ahora, aquí en este momento, la presunción de que todo no fue más que un grave error no deja de acechar al paciente. Piensa que quizá tenga demasiado desarrollado el sentido de la intuición, y que debe por eso preocuparse más de la cuenta por cosas que todavía no han sucedido. Adelantarse a los hechos para que no lo tomen desprevenido. Por eso aparece con frecuencia en el paciente la angustia constante que le produce comprobar

que duerme junto a su propia muerte. Es la razón por la que considera hasta cierto punto normal que sufra de los ataques de pánico nocturnos que padece de vez en cuando. No son más que señales de alerta que lo desorganizan todo, quizá con la intención de que nada de lo que pueda suceder en la realidad esté por encima de lo imaginado.

El paciente sabe que durante su vida ha cometido diversos errores, dentro de los cuales los más graves fueron, sin duda, comprar un terreno campestre y un auto deportivo. De no haber hecho semejantes inversiones está seguro de que hubiera asegurado lo principal: tener una casa donde permanecer encerrado sin preocuparse ni por la miseria amenazante ni por poner el cuerpo todo el tiempo frente a los demás. Lo más penoso del asunto fue haber tenido la oportunidad de hacerlo. Sólo faltó un poco más de paciencia y sagacidad. Ahora el problema es que debe pagar una excesiva suma mensual por los próximos diez años. Esta condición, para el paciente fundamental en este momento, perderá su sentido cuando alguien, dentro de algunos años, se tome el trabajo de revisar sus archivos y advierta lo absurdo de semejantes preocupaciones.

¿Cuándo era más feliz? Suele preguntarse. Puede contestar que nunca. Ni siquiera la vez que vio a toda una camada de ratas domésticas jugar con sus ruedas y sus columpios como si estuvieran en un parque de diversiones. El piso de la jaula estaba recubierto de aserrín. Los animales tenían la edad perfecta para mostrar todo el tiempo un estado de bienestar. Y eran totalmente suyos.

La jornada de la mona y el paciente. La remembranza del punto donde la mona se arroja desde el techo de la casa guarda una estrecha relación, de eso no debe quedar duda, con el lugar en que el padre del paciente salta detrás del primate con la intención de cazarlo. Ambos, mona y padre, sienten el vacío de sus cuerpos aunque, como es lógico, ninguno de los dos comparte con el otro la misma sensación. Estas caídas, la del padre yendo detrás de una mona furiosa y la del animal desplegando su naturaleza de bestia salvaje, para el paciente son similares a la no libertad en la escritura. Lo ha pensado más de una vez. A diferencia de la cura psicoanalítica o de otra actividad semejante, cuando alguien se decide a escribir algo tendrá que escribir sólo y únicamente sobre lo que está escribiendo. Parece como si se le estuviera negado el derecho al escribiente de ir construyendo una estructura abierta, para lo cual podría apelar a una serie de subterfugios tales como la asociación libre de las ideas, al recuerdo, a la imaginación. Al uso de las figuras que suelen aparecer en la mente cuando se está dormido. No se puede escribir más que de lo que se está escribiendo, repite hasta el cansancio. Como en el sueño, donde no se puede soñar más que con lo que se está soñando. Eso acostumbra ocurrir incluso cuando alguien sueña que sueña. Una de las razones del insomnio del paciente es que parece sentirse en la obligación de construir su propio sueño, su estar dormido, de la misma forma como ordena su escritura. Ya no le es posible descansar libre y abiertamente. Caer en la tabla de la cama cuando se siente extenuado y amanecer de manera inocente al día siguiente. No. Debe crearle una forma a su sueño. Ir hilando un tejido textual que sea el que sustente esas horas en apariencia perdidas. Ya no acostumbran visitar al paciente ni sueños místicos ni sicológicos profundos, poseedores muchas veces de una

intensidad tal que rozan muy fácilmente con el milagro abierto que ofrecen los libros sagrados. Sin embargo, aunque nadie lo espere, la fugaz mona seguirá saltando una y otra vez del techo de la casa y el padre la seguirá siempre en su camino hacia la nada.

El punto de unión entre sueño y realidad, aunque parezca más que evidente, estará presente en la sensación del reo que espera que se lleve a cabo su sentencia de muerte. No se sabe bien, eso sí, si está aguardando la muerte o la sentencia. No se sabe tampoco en dónde puede estar situada esa diferencia. Se podría suponer que las dos esperas son similares. Sobre todo si se toma en cuenta que el reo sabe de antemano que el final del trance conlleva siempre la misma forma de liquidación.

Ojalá que ese tránsito no sea como la mayoría supone. Con un individuo acostado en la cama, inerte, con casi todas las esperanzas perdidas. Evocando quizás algún crimen cometido durante su existencia o alguna niñez perdida en el campo. Arrepentido, no se sabe si del acto que motiva su sentencia o del error de las estratagemas necesarias para que el jurado haya podido dar un fallo de ese tipo. El paciente prefiere pensar en un abandono absoluto de la voluntad. Una suerte de dejar su poder de vida mansamente en manos de los carcelarios. Sabiendo además que posee la llave de la puerta de salida debajo de la franela que le sirve de almohada. En cualquier momento el reo se puede levantar, abrir fácilmente la cerradura y salir a caminar como un ciudadano común y corriente.

Sin embargo, más allá del padre arrojándose al vacío detrás de la mona salvaje, el paciente ha sentido más de una vez el impulso de llamar a su familia. ¿Estarán en el mismo lugar? Es la duda que le surge. ¿Quiénes serán ahora esos padres recobrados? La nostalgia del condenado a muerte, observándola desde una perspectiva más afín a las circunstancias, puede remitir directamente a la niñez. Al padre, a la madre, a los hermanos.

El deseo del paciente de realizarse en los padres aparece como la base de una estructura. Cerrada. Completa. Muda. Tal vez se extrañe al hombre con la bola en el cuello que abrió la puerta del cuarto repleto de animales, el asiento trasero del taxista, la sorpresa de la madre al entrar a la cocina de la casa y encontrarse con un primate pelando con violencia una serie de frutas.

Lo más importante es que el paciente escuchó que le decían algo así como que se haría todo lo posible por aplacar la angustia y el drama interno preservando, eso sí, la escritura. En ese momento surgió, nuevamente, la escritura como el punto más importante de su existencia. Como si su ser fuera sólo un pretexto para que esa escritura pudiese existir. La única misión y lo único verdaderamente importante parece ser la escritura que es capaz de generar. La escritura es mejor que tú, podría ser la premisa. Lo que se escribe está muy por encima de la persona. Parece que el paciente lo notó por la aparente delicadeza con que el analista trató de advertir que, pese al proceso que se iba a llevar a cabo, se buscaría dejar la escritura intacta. En ese momento al paciente le dieron ganas de reír. De sonreír con una risa sorda y neutral. Todo hizo indicar que le pareció absolutamente vana esta

promesa, dicha con una finura por lo demás innecesaria. Eso le hizo recordar al paciente la tarde en que le preguntó a una amiga de la infancia qué sería de él si no escribiera. La amiga prefirió no contestar, y el paciente interpretó que de no hacerlo sería un personaje sin importancia. Una suerte de paria. Un ser cuyo destino sería desaparecer en medio del anonimato más perfecto.

Cayó otra vez el manto. El velo de la imposibilidad de hacer. Otra vez hay que dejar fluir el tiempo. Como el infinito que se abre de manera indefinida entre la caída de la mona y la del padre, desde la azotea hasta el suelo plano de la calle. Un suelo liso como la tabla en la cual el condenado debe tenderse. Sin poder pedir la ayuda de nadie. Incapacitado para buscar alguna salida. Ambas víctimas, el padre y la mona, con tiempos y sensaciones diferentes durante la caída.

El analista afirma que sólo se puede mirar tanto la situación como al paciente y su circunstancia. Dice que únicamente es posible pensar que esa misma inmovilidad será la causante de una serie de desgracias: el cierre de las relaciones con el exterior, el romper con las posibilidades de que la propia voz sea escuchada ¿Y por qué importaría un suceso semejante si nadie importa?, se podría preguntar el paciente. Es como quedar encerrado en un baño o en un elevador sin que se sepa o, en el peor de los casos, se pueda hacer algo por remediar la situación. Un mecanismo trabado, una cerradura o un sistema eléctrico que escapa a las posibilidades circundantes.

¿Dónde está la clave del drama?, sería quizá una buena pregunta. Es necesario hallar el origen de esa sensación que de tanto importar ya no importa, podría ser una buena respuesta del analista.

De vez en cuando, al paciente le viene a la memoria el mito que circula sobre cierto escritor que pasaba las jornadas —meses o años enteros— acostado en su cama. En un ambiente aparentemente antihigiénico además. Con los papeles escritos entreverados y confundidos entre las sábanas y colchas. En un estado físico en apariencia calamitoso. Haciendo de su situación interna un sistema de vida.

Ya encontré una clave, dijo de manera clara el paciente una mañana de verano. La llave de todo está en la propia escritura, siempre y cuando se tome en su carácter profético. Todo está escrito. Los acontecimientos futuros están narrados con una tibieza impresionante. Les aseguro, continuó diciendo el paciente, que cuando esos sucesos se hacen realidad se muestran en todo su esplendor. De otra manera no tengo forma de entender, prosiguió, haberme visto obligado a ser paciente de la clínica en apariencia ilegal fundada por la doctora Proserpina. De ese lugar ubicado en una zona marginal, igual que el *moridero* descrito en el libro *Salón de belleza*, donde se da secreta atención a una serie de enfermos que han caído bajo el influjo de esa mujer.

El paciente afirma recordar con nitidez el portón de metal de la entrada. Los ambientes techados con láminas de plástico y otros materiales deleznables. Las salas de

espera con pequeñas sillas dispuestas de manera casi ordenada. La presencia constante de ciertos familiares de aquella mujer, que se trataban todos entre sí como si fueran doctores. Se acuerda también del sistema que existía para conseguir la curación. El de ir contando una a una con la mano las pastillas que recibían los pacientes. Después se realizaba una suma y se cobraban las píldoras según un cuadro ideado para cada enfermo. Lo que ignoraban esos pacientes era que por ley esas medicinas debían entregarse de manera gratuita. La psicóloga de esa clínica, quien tenía ubicado su consultorio en el segundo piso, lo único que era capaz de hacer era escuchar muda las quejas de las víctimas. Mostraba un silencio feroz que venía más de su incapacidad para expresarse que de algún método que utilizara el silencio como eje curativo.

Fue sorprendente cuando el analista — el verdadero, no la psicóloga que atendía en el segundo piso de la doctora Proserpina— pidió pasar una noche en casa del paciente. Después de una serie de consultas en su gabinete —a veces se programaban hasta tres citas dentro de un mismo día— el analista solicitó que se adecuara una habitación para quedarse, en el hogar del analizado, una noche a la semana. Escogió la de jueves a viernes. Adujo querer observar de cerca la conducta que mostraba el paciente en su medio habitual, y dijo también que deseaba evitar la posible interferencia que se podía producir durante el traslado del analizado al gabinete. En ese desplazamiento es probable que se encuentre la trampa, señaló. El paciente, en el tiempo que mediaba entre su espacio habitual y el lugar de la consulta, contaba con un tiempo precioso para ir colocando una serie de máscaras a su condición verdadera. Era preciso, por esa razón, estudiar

su comportamiento sin que lo advirtiera. Dentro de su hábitat y realizando sus labores cotidianas. Señaló además que contaba con un plan meticulosamente estudiado para pasar las horas en aquella casa. Llegaría alrededor de las nueve de la noche, después de haber cumplido con su última consulta, y la abandonaría al día siguiente, cerca de las nueve de la mañana. Llevaría consigo una serie de textos, que iría recitando en voz alta mientras el paciente se desenvolvía en su hogar como si el analista no se encontrara presente. Los textos más importantes serían leídos al final de la jornada, precisamente cuando el paciente estuviera acostado y listo para dormir. El analista entraría entonces en el dormitorio del analizado vestido con una bata y unas pantuflas, y se sentaría al borde de la cama, desde donde leería página tras página de su última tesis hasta que el paciente se durmiera por completo. Como casi siempre se trataba de textos bastante extensos, no importaba el tiempo que el analizado demorara en quedar dormido. Sólo abandonaría la habitación cuando consiguiera dejarlo inconsciente. Apagaría la luz y se retiraría al cuarto asignado para su propio descanso. Los viernes eran días en que el analista cerraba por completo su gabinete. Solía atender de lunes a jueves. Durante las visitas de los jueves, aprovecharía la ubicación de la casa del paciente —en el centro mismo de la ciudad— para dedicar la mañana del viernes a visitar una serie de librerías de viejo situadas a pocas cuadras. Antes de regresar a la zona donde se encontraba situado su gabinete, pasaría nuevamente por la casa del analizado a manera de despedida. Afirmaba que esa segunda visita, la del día siguiente, era la más importante, pues era entonces donde podía comprobar, de una manera concreta, los efectos que podían causar haber pasado la noche en la casa del analizado. Podía darse el caso de que al regresar

nuevamente a la casa el viernes después de la visita a las librerías, el paciente aún estuviera dormido o que hubiera salido a la calle durante la ausencia del analista. Estas dos opciones eran las óptimas. Tanto el sueño como el abandono del hogar podían ser señales de que el método daba alguna esperanza. Si, por el contrario, lo hallaba recluido, actuando como si nada fuera de lo normal hubiera ocurrido, podría tratarse de un síntoma de que algo había escapado a su control. Sin embargo, una posibilidad semejante no lo haría desechar la empresa de pasar en casa del analizado una noche a la semana. Sólo lo haría ser más cuidadoso al elegir los textos que leería al paciente antes de dormir. Cuando el paciente informó en su casa sobre las visitas del analista, se originó un sentimiento de incomodidad. Los demás miembros del hogar dijeron que esa noche de la semana se irían a otra parte. No parecían dispuestos a aceptar una situación semejante. Uno de los habitantes del hogar del analizado se atrevió incluso a decir que seguramente el analista estaba harto de su mujer y de las injerencias que ese personaje tenía en las consultas que llevaba a cabo.

En más de una ocasión, el paciente había mencionado a los demás habitantes de la casa donde vivía, que el gabinete del analista no era lo suficientemente cómodo. Estaba ubicado en el mismo cuarto donde vivía. Todo estaba a la vista. La cama matrimonial, la mesa de madera donde se comía, la esquina que servía de cocina, las dos tablas que hacían las veces de librero así como la silla de ruedas de la mujer, quien iba interviniendo —a pesar de que el analista la callaba a cada momento— comentando una tras otra las palabras que tanto el paciente como el analista formulaban. El analizado les dijo a los demás

habitantes de su casa que le parecía absolutamente práctica la forma de vida del analista. Parecía envidiar el hecho de que todos los elementos necesarios para la jornada diaria estaban siempre al alcance de la mano. Parece que el paciente pensaba que para vivir no se necesitaba más que lo que se podía encontrar dentro de un cuarto. El resto era una suerte de despilfarro, tanto de tiempo como de energía. Incluso la figura de la impertinente mujer del analista podía ser tomada como la presencia que toda persona cuerda debía tener siempre a su lado. El paciente imaginaba que al abandonar aquel cuarto —que el analista pomposamente llamaba gabinete— entre ellos comentaban libremente la sesión que acababa de tener lugar en aquel espacio. La presencia de esa mujer le era asimismo sumamente útil al analizado. Por ella se fue enterando durante las sesiones de ciertos detalles importantes. Entre otras cosas, que se trataba del único paciente, que el analista se encontraba en una mala situación económica, y que en realidad la que sacaba las conclusiones finales de los casos era la mujer. Esto último lo supo de manera inesperada cuando estaba a punto de acabar cierta sesión y la mujer interrumpió los discursos —tanto el del analista como el del analizado— para decir que, como lo venía sospechando, el síndrome que mostraba el paciente se trataba de un caso típico, estudiado y resuelto desde los albores de la medicina. Que lo que hacía falta realmente, en lugar de tanto intercambio de palabras, era la presencia de un buen yerbero o de algún tipo de homeópata que supiera administrar una serie de sustancias capaces de armonizar las energías del cuerpo.

En ese momento el analista le hizo una seña a la mujer, como diciendo que más tarde hablarían en privado del

asunto. La mujer se encontraba contenta. Se le veía en el semblante. Por ese motivo parece que consideró innecesario seguir en ese momento presente en aquel cuarto. Por primera vez desde su visita inicial, el paciente la vio desplazarse en su silla. Según todos los indicios, el paciente parecía haber llegado a pensar que esa mujer vivía de manera constante en la inmovilidad total pero no, de pronto movió los brazos con energía y accionó las ruedas de la silla en la que siempre se encontraba sentada. Se acercó a la puerta, la abrió sin dificultad y salió a la otra sección de la azotea donde se ubicaba el cuarto.

Al paciente se le suele decir que para mejorar la situación en la que se encuentra debe enfrentar la vida como debe ser. Es decir, salir de la tabla en la que suele situarse —el analista la acaba de bautizar, nadie supo nunca el motivo que originó aquel nombre, como Olimpia—, y ponerse a trabajar como cualquier hijo de vecino. Pero eso lo sabía el paciente desde siempre, y el no poder cumplirlo de la manera adecuada fue lo que en apariencia creó la situación de crisis. También se le acostumbraba decir al paciente que era hasta cierto punto normal su aversión a salir a la calle y a poner en entredicho una serie de asuntos sociales. Se le solía informar también que su estado podía ser producto de haber pasado, en forma sostenida, por una serie de médicos ineficientes.

Sin embargo, para alivio tanto del analista como del paciente, la escritura parece ocupar ahora todo el tiempo. Una escritura que tanto el analista como el paciente dudan que pueda ser transmitida de la manera correcta. Y esa es también una fuente de miedo para los dos. La no posibilidad de comunicar la palabra escrita, piensa sobre

todo el paciente, acabará por abolirla. El juego de generar palabras para que éstas a su vez generen otras nuevas, puede terminar en la nada si estas palabras generadas se vuelven incapaces de ser a su vez generadoras de otras por venir. Si no existe nadie que las lea y las demande se irán acumulando hasta formar un cuerpo deforme del cual el paciente no podrá ya librarse. No estará en ese momento en condiciones de ver editados sus libros, de saber que existen una serie de lectores. La palabra volverá a sus comienzos, cuando no era más que un ejercicio concéntrico que tenía como fin único la palabra por la palabra, no la posibilidad de ser un sistema de comunicación. Es por eso que en aquellos tiempos, en los primeros de escritura, era usual para el paciente la labor de copiado, entre otras formas de plagio, del directorio telefónico o de fragmentos de textos de sus escritores preferidos.

Antes de escribir acerca de la visita que el analista le haría al paciente una vez por semana, el propio paciente jugó en su cabeza con la opción de que existiera una posibilidad semejante. La idea de que un terapeuta viviera en su casa para que lo vigilara en forma constante, lo atrajo a pesar de mostrarse tan descabellada. Pensó que el absurdo de algo semejante era tan extremo como para revelar de una manera casi transparente la ficción.

Por esa razón —por ver cumplido un sueño absurdo— fue tan fuerte la impresión que le causó no sólo que el analista le hiciera una propuesta semejante, sino encontrar al volver a su casa que todo estaba dispuesto para recibir semejante visita. Los pisos pulidos, los muebles y los marcos de las ventanas libres de polvo, preparada la cama para los huéspedes. Sintió entonces una inmensa ternura

por la gente que lo rodeaba —que en realidad se trataba únicamente de su compañero enfermo—, aquel con el que compartía la cama.

Sin embargo, después de semejante propuesta el paciente temió que se acabase el material de discusión. Que las cosas se colocaran dentro de cierto orden y se diera paso, a partir de ese motivo, a las verdaderas sesiones. Al análisis propiamente dicho, para lo cual el paciente tendría que acostarse de manera obligatoria en un diván con el fin de dejar fluir libremente sus pensamientos. Nadie supo nunca por qué el paciente temía tanto la llegada de ese momento. Quizá porque se sentiría en la obligación de referirse en aquellas circunstancias a asuntos que preferiría no tratar. Era lo más seguro que incursionara nuevamente en la infancia. Volvería a ver la figura del padre. La indiferencia afectiva de su madre oculta debajo de una preocupación excesiva, casi tan falsa como enfermiza, por su salud física. Tendría que oír nuevamente a las profesoras de la primaria recomendarles a sus padres la presencia de un psicólogo y la rotunda negativa de éstos para convocarlo. Aparecería su triunfal paso por la escuela primaria y su total fracaso en la secundaria. La gradual liberación una vez que ingresó a la universidad. Sus recurrentes caídas, como señalaba el analista, en las depresiones más profundas. Una y otra vez. Sin que hubiera razones externas, tangibles, para que éstas ocurrieran. El paciente acostumbra mencionarle al analista que no comprende las razones por las que se le otorgan en la vida tantas concesiones. Por qué razón he salido bien librado de casi todas las circunstancias. Los motivos por los que ha hallado también placer en cada una de las etapas de su vida. Un placer que la mayoría de las veces se fue

desarrollando de manera independiente a los suceso que se desarrollasen a su alrededor.

Sintió este tipo de placer cuando vivió en la casa familiar, después en un cuarto frente al mar —donde más de una vez ideó diferentes formas de suicidio—, en otro cuarto, esta vez uno destinado al servicio doméstico de una casa de sociedad —habitación a la que llamaba su estudio— situado en una húmeda avenida, donde cansado de sufrir un asma persistente pasó varias semanas sin cambiarse las ropas. Cuando vivió en una pequeña casa, donde cometió el episodio de tomar una gran cantidad de somníferos que hicieron que lo internaran por varios días en una clínica, donde fue sometido a un estricto régimen de medicamentos que hicieron las funciones de una camisa de fuerza mental.

Los episodios que se suscitaron después de ese periodo fueron de menor cuantía. En la casa anterior a la que ahora ocupa se veía cobijado por una sólida estabilidad. Hasta que, de pronto, como un rayo maligno, comenzaron los ataques de epilepsia.

De los días pasados en su actual casa no guarda recuerdos especiales. Casi todo el tiempo de su permanencia en esa vivienda se ha encontrado sumido dentro de una persistente tristeza, iniciada con contundencia a partir de un extraño incidente amoroso al cual el paciente no pudo hallarle nunca una explicación coherente. El periodo en esta casa ha estado signado además por la enfermedad, por los manejos correctos e incorrectos de los distintos tratamientos médicos a los que ha sido sometido durante los últimos años. Y ahora, cuando

parece que los males físicos retroceden, aparece esta negación del mundo y estos miedos inexplicables que trata de resolver visitando en el cuarto de azotea al analista y a su esposa paralítica.

Acostumbra repetir una y otra vez que siente temor por la escritura. No cree, como pensaba en un principio, que esa escritura se mantenga ajena al proceso que el paciente está experimentando. Se trata de una escritura, la actual, hasta cierto punto enferma. Parecida a la de sus primeros años como autor. Obsesionada por sí misma. De otra manera no entiende por qué no puede hacer con ella en este momento algo inmediato y concreto. Se trata de una escritura que está centrada solamente en lo que se está desarrollando en el instante.

¿Por qué el paciente llama así, tabla, a su cama? Puede ser una buena pregunta. Quizá se trate de crear una atmósfera determinada para soportar su estado actual. Quizás al decir tabla en vez de cama se origine el ambiente de extrañamiento necesario para colocar esta escena en un espacio especial. De otra manera perdería su efecto la imagen de dormir con el espejo de su propia muerte al lado del lecho. Imagen a la que el paciente debe estar atento toda la noche. Pendiente de ver si su compañero de cama sube de temperatura o muestra sudoración excesiva. Preparado para ir por más ropa de cama o para cambiar las cobijas húmedas en caso de que suceda algo semejante.

Hace unos días el paciente dejó de tomar ciertas pastillas y surgió el terror. El miedo a no ser él mismo, como si dentro suyo existiera otra dimensión. Ya nada

podrá seguir siendo igual que antes, se dice en secreto. Algo se ha roto que ha desatado una serie de sensaciones nuevas y espeluznantes. Acostumbra sentir un frío extraño. No suele tratarse propiamente de frío corporal. Casi siempre tiene sueño, está casi dormido buena parte del día, y al mismo tiempo acostumbra mostrarse desvelado. A veces cree que es temprano, pero mira el reloj y advierte que muchas veces son más de las tres de la madrugada. Parece no querer que exista su realidad. Y tampoco desea que exista tampoco la realidad externa. Acostumbra aparecer en su cabeza el suicidio como opción. No como una certeza tomada de forma calmada, sino a manera de una dimensión desesperada de las cosas. Para cometer un suicidio semejante, además, se le ocurre siempre el mecanismo más pedestre que se pueda imaginar como es salir corriendo de la casa con dirección a la estación del metro y esperar la llegada del convoy para arrojarse a las vías.

Hasta ahora nadie sabe por qué —y menos el analista— el paciente se rehúsa a declararse enfermo total. Así. Terminal y definitivo. No parece advertir que de ese modo las cosas podrían ser más fáciles. Si se declarara incapacitado por enfermedad, es muy probable que los demás velasen por su bienestar. No tendría que seguir haciéndose cargo de sí mismo. Quizá, como su padre, querría lanzarse al vacío detrás de la mona salvaje comprada de manera ilegal. En un caso semejante necesitaría mantenerse, la mayor cantidad de tiempo que le sea posible, en el vacío infinito que su cuerpo iría abriendo al caer. Redactar este texto parece calmarlo. Pese a que el analista afirme que no existe la grafoterapia.

El paciente parece dudar de una afirmación semejante. Está casi seguro de que componer un texto lo aparta del horror. De la idea, entre otros asuntos, de que quedará encerrado en algún lugar sin posibilidad de escape. Del terror de verse a sí mismo con las facultades perdidas y haberse convertido en una materia informe, atrapada en un estado cercano al embrutecimiento. El paciente debería querer, necesitaría más bien, declararse enfermo de verdad.

El paciente llamó al analista. Al teléfono de su gabinete. Sabía que se encontraba en otra ciudad. Era fin de semana. El paciente no contaba con sus otros números de teléfono. En realidad, desconoce su otra vida. Sólo ha visto la que administra desde un cuarto de azotea. Con todos los elementos de la vida diaria puestos a la mano. Con su sabia mujer al lado. Ante el vacío de la respuesta telefónica, el paciente decide tomar una pastilla. 0.25 mg de alprazolan. Después de media hora, la angustia cede pero sólo hasta cierto punto. Debe ir a recoger a su gato al veterinario. Le han realizado una intervención ligera. Una punción. Parece que a raíz de una herida o de una picadura, la oreja se le está llenando de agua. Una vez que llega al consultorio, el encargado de la veterinaria comienza a hablarle sin medida. Acaba de aplicar un tratamiento con choques eléctricos a una caniche que ha perdido la movilidad de las patas traseras. Mientras le habla hace ejercitar a la perra frente a la vitrina de la veterinaria. Habla y tira del animal, el que se enreda sin cesar entre sus patas. Luego de la demostración, el veterinario le da instrucciones sobre lo que debe hacer con la oreja del gato. Según lo que le contó luego al analista, quiso en ese momento informarle que se

estaba dirigiendo a alguien que sufría de un ataque de locura temporal. Que era inútil hacerle entender lo que estaba diciendo. De la misma forma como hubiera sido absurdo haberle formulado, aquella vez en que fue en busca de los monos, alguna pregunta al hombre de la bola en el cuello acostado indiferente a los gritos de los cientos de animales enjaulados. El analista no contestó la llamada. Al momento de terminar de marcar, el paciente reparó en lo absurdo de la acción que estaba efectuando en ese momento. Parecía que el acto del marcado en sí había sido suficiente paliativo para que pudiese verse a sí mismo dentro de la normalidad más absoluta. Incluso se le olvidó lo que tenía que decir. Cuál era la razón por la que se encontraba frente a ese teléfono.

Parece que el paciente no puede tocar casi ningún pensamiento sin que le cause un dolor inmediato. Dice experimentar al instante sensaciones punzantes en el cuerpo. Cree que se trata de cabriolas que realiza la mente para tornar desagradables la mayoría de las situaciones que se le ocurra recordar. Afirma que muchas veces se trata de estados imposibles de soportar. Procura por eso de pensar a cuentagotas la mayor parte del tiempo, desechando apenas aparecen las ideas que le puedan hacer daño. Midiendo las intensidades. Eso con respecto a las ideas pasadas, a los recuerdos. En el presente trata de que sucedan la menor cantidad de cosas posible. Que los acontecimientos se mantengan estáticos, sin grandes sobresaltos. Es por eso que la tabla donde duerme se convierte en el mejor lugar posible donde mantener el cuerpo tendido. Repito, como un condenado a muerte que espera la ejecución de su sentencia.

Más de una vez, sobre todo cuando la mujer del analista pide en plena sesión que la conduzcan al baño, el paciente ha examinado los ejemplares que se mantienen en los maderos que hacen de librero. Los ejemplares se encuentran organizados según temas y no siguen un orden alfabético. Están colocados los de medicina todos juntos, los de psicología al lado, después siguen los de literatura y en un rincón están puestos los ejemplares que, supuse, eran sólo de la mujer. Lo pensó porque en más de una sesión la vio leer sólo aquellos. Se trataba de textos escritos por místicos antiguos, de diferentes tradiciones. Sospechó entonces que las técnicas que emplea a diario el analista que atiende al paciente, en apariencia demasiado modernas —especialmente por la crueldad de la que a veces hace gala quizá como símbolo de una intelectualidad ortodoxa— provienen de esos manuscritos. Imaginó en ese instante a la pareja, la conformada por el analista y la esposa, buscando en aquellos tratados una cura para sus males. Es por eso que la mujer en cierta oportunidad dijo en voz alta, interrumpiendo de manera violenta las indicaciones que le estaba dando el marido al paciente, que el origen y solución del caso era conocido desde el origen de los tiempos. Cuando aquella vez la escuchó, el paciente quedó sorprendido. Pero ahora, mirando fijamente los ejemplares del librero, comprendió en su verdadera dimensión lo que realmente esa mujer le había querido decir. Entendió entonces que en la vida todo no es más que una reiteración. Que los modales terapéuticos, un tanto ridículos, que mostraba su esposo durante las sesiones, estaban fuera de lugar. Era impresionante apreciar la manera en que el analista tenía tan estudiados los gestos que había efectuado en vida el maestro que había ideado el

método de la terapia que acostumbraba aplicar. Desde la manera de estirar la mano para saludar al paciente —deseándole de ese modo una suerte de bienvenida rigurosa al gabinete donde sesionarían— hasta la forma de extender esa misma mano para recibir el dinero que percibía luego de la sesión. Era notable también su forma de mirar. Colocaba los ojos de tal forma que aparecieran como turbados y fijos en las pupilas del analizado, con el cuerpo tensado de la misma manera como se ponen rígidos los perros de caza al señalar a su presa. La mujer acostumbraba prorrumpir en carcajadas cada vez que veía a su marido llevando esas actitudes más allá de lo aceptable. De esa manera aliviaba a cada momento la carga que el marido buscaba imponer a la situación.

Uno de los momentos más críticos que el paciente vio en la relación marido y mujer, se dio cuando en la primera visita que hizo el paciente el analista dio por aceptada la cantidad de dinero convenida para las sesiones. Desde un principio el analista le había informado al analizado que pagara lo que estuviera a su alcance. El paciente recuerda que en ese momento realizó un recuento rápido de sus finanzas y se le ocurrió que con algunas monedas podría bastar. Calculó casi el equivalente a dos chelines. El analista estuvo de acuerdo. Expresó claramente que no pretendía hacerse rico resguardando su caso, y que todo dinero era bienvenido. Quien se quejó de inmediato fue la mujer, quien dijo a boca de jarro que el paciente era el único que acudía a atenderse a ese cuarto y que habían llegado ellos como pareja a una situación en la que no tenían ni para comer. Menos aún para darle un mantenimiento adecuado a la silla de ruedas, que de vez en cuando requería de engrase y de un ajuste general. No

estaba de acuerdo con la tarifa propuesta. No podía estarlo. Se trataba de una mujer que necesitaba de todas sus fuerzas disponibles para poder leer los libros que su marido requería para efectuar las curas. Debía, entre otras cosas que aseguraran su bienestar, alimentarse correctamente. Fue ella quien dictaminó, antes incluso de que se llegara a un acuerdo sobre la tarifa, que el origen del estado del paciente se encontraba en la relación que existía entre la mona que saltaba del techo y el padre que se arrojaba detrás del animal.

Cierta mañana, muy temprano en la mañana, la mujer del analista chilló desde su cama. A esa hora el analista todavía no la había sentado en la silla. La mujer dijo en esa ocasión que si el paciente experimentaba que dormía junto a su propia muerte era porque acostumbraba compartir la cama con una persona que sufría de su misma enfermedad. Los dos cuerpos, uno al lado del otro, tomados por un síndrome similar. Acurrucados entre las cobijas. Cada uno de los organismos cotejándose con el otro.

En cambio, la teoría que fijaba al paciente como un condenado a muerte era sólo producto de la mente del analista, añadió.

Sin embargo, la idea del analista no estaba demasiado alejada de la verdad. Lo curioso es que el paciente sí lo estaba. Tanto él como la persona con la que compartía el lecho. El paciente, aparte de las alteraciones psicológicas que mostraba, llevaba sobre sí el diagnóstico de una enfermedad mortal. Pero ya se lo había mencionado al analista durante la primera sesión. No era pues nada

extraordinario entonces subrayar esa condena. El paciente incluso —lo expresó también en la primera sesión— se había apurado incluso en dejar ordenados sus escritos. En apartarlos en carpetas por si alguien posteriormente se interesara en ellos. ¿Acaso no reparó en ese momento el analista en que ya estaba muerto? ¿Que la existencia de una nueva palabra no era sino un remedo de toda una vida dedicada a escribir?

Durante la primera sesión, el paciente no fue consciente de la presencia de la mujer. En qué condiciones habría llegado como para ignorar algo semejante. Puede ser —eso lo dijo el paciente tiempo después, cuando se mostró sorprendido por no haber advertido semejante presencia durante la primera cita— que momentos antes de la visita la mujer hubiese pedido a su marido que la llevara al baño y el analista no la había vuelto a traer a la habitación. A veces ocurría este tipo de situación. Que a mitad de una sesión el analista sacaba a su mujer del cuarto y la dejaba olvidada. En más de una oportunidad el paciente oyó sus gritos desde la distancia, dirigidos casi siempre al paciente, donde lo instaba a que no hiciera caso de todo lo que oía. Que ignorara las sandeces de su marido que, como sabemos, se evidenciaban principalmente en una serie de posturas externas, tales como el modo de fijar las tarifas o de ofrecer la mano. El diván en el que el paciente debía tenderse, además, siempre olía mal. En realidad la habitación en general mantenía un vaho sutil algo desagradable. Más de una vez las sesiones se llevaron a cabo con las puertas abiertas. Eso ocurría generalmente cuando momentos antes de la llegada del paciente se les había ocurrido a la pareja freír un pescado o un trozo de conejo. Por medio de la mujer el paciente supo que el

analista era muy afecto a la carne de este animal, al que solía llamar, se lo dijo ella misma casi al oído, mi *delicioso lapán.*

El paciente ignora la razón por la que demoró tantos años —unos catorce o quince— en relacionar la habitación que el analista llamaba gabinete, con el cuarto ubicado en los alrededores del mercado, donde vivía el hombre rodeado de cientos de animales enjaulados. La habitación de aquel hombre, el paciente estaba seguro, era el depósito principal que utilizaban los vendedores clandestinos de animales de la zona. Era lógico que existiera un lugar semejante situado en las cercanías de los sitios de intercambio. Los vendedores seguramente vivían en poblados alejados. Era absurdo imaginarlos utilizando las líneas de transporte público llevando sus animales a cuestas. Todos los días. De ida y de vuelta. Tenían por fuerza que guardarlos en un depósito. El paciente recuerda que cuando entró junto a su primo hermano al cuarto donde dormía el hombre que mostraba la bola en el cuello, le parecieron demasiados los animales que se encontraban presentes.

La habitación del analista parecía mantener una forma similar. Aparte de los implementos que se necesitaba para la vida diaria —reunidos todos en esa habitación— se encontraba presente todo el tiempo algo así como el aura de cada una de las palabras, pronunciadas hasta el infinito tanto por el paciente, por el analista, como por su mujer. El paciente cree que estas palabras, que surgían de las bocas como pompas de jabón, sobrepasaban por mucho a la cantidad de felinos, aves y cuadrúpedos que soportaba a su lado el hombre del cuarto. Seguramente la noche en que

fueron devueltos la mona y el mono, la excitación que mostraron esos animales después de la agitada jornada que se vieron obligados a pasar en una casa ajena no lo dejaron dormir.

El padre muerto en el pavimento. Mostrando la cabeza aplastada mientras la mona proseguía con su loca huida hacia las casas vecinas.

El paciente no sabe hasta ahora cuál fue la razón por la que no participó de la persecución. No cabía duda de que el paciente era el principal responsable de la situación. Era el paciente quien había juntado el dinero necesario para ir hasta el mercado y en voz baja, casi con señas, darle a entender a los vendedores que deseaba adquirir un producto prohibido por las leyes de protección de la vida salvaje: una pareja de monos. Creo que no participé en aquella cacería porque se quedó pasmado ante la posibilidad de que el padre hubiese caído de cabeza desde esa altura. La mona se lanzó. Luego se contó hasta tres: uno, dos, tres, y fue el padre detrás.

La mujer del analista cuestionó la razón por la que, en lugar de centrar el desenvolvimiento del relato en el temor a la muerte del padre, el paciente hablaba en cambio, con lujo de detalles, de la consecuente persecución de la mona. Era evidente que los vecinos debían haber olvidado al animal salvaje para reunirse alrededor del cuerpo tendido en medio de la acera. Algún vecino habría sacado diarios viejos para cubrir el cadáver. Se tendría que haber llamado de inmediato a las autoridades. Seguro llegaron una serie de funcionarios que hicieron preguntas, tomaron medidas

con sus cintas métricas, dibujaron con tiza el contorno del padre y dispusieron el traslado del cuerpo a las instituciones pertinentes. Todos estos posibles acontecimientos los fue enumerando la mujer desde su silla. Cualquiera hubiera pensado que había estado presente en el lugar de la tragedia. El paciente, como de costumbre después de la sesión inicial, se encontraba mirando el techo del cuarto. Desde su lugar en el diván alcanzaba a ver también parte de la cama matrimonial. Se trataba de una cama amplia, tomando en cuenta las dimensiones de la habitación. En más de una oportunidad se preguntó cómo sería el tránsito diario que haría la mujer desde la silla a la cama. En momentos así imaginaba al analista como un anciano algo encorvado haciendo un esfuerzo mayúsculo para acostar a su mujer. Seguramente, una vez envueltos los dos en las cobijas, se ponían a hablar mirando el mismo techo que el paciente apreciaba en cada una de las sesiones. De alguna manera, esa situación podía ser similar a la escena que el analista pretendía establecer en la casa del paciente con su idea de quedarse a dormir en ella un día a la semana. Similar al momento en que el analista había planificado entrar en la habitación del paciente, con bata y pantuflas, para leerle, hasta que quedara dormido, una serie de tratados psicológicos en los que el analista estaba trabajando. Sin embargo, en el caso de los esposos acostados en el cuarto conocido como gabinete, el paciente no creía que el marido fuera quien llevara la palabra principal. Lo más probable era que la mujer, ya liberada de la opresión que seguramente significaba estar sentada todo el día en una silla, hablara de curas antiguas. De la homeopatía, de las agujas de acupuntura o del uso de los colores primarios como vehículo terapéutico. De las maneras de entender, de forma profunda, que no existe más que una unidad divina que rige

el universo. En fin, esa mujer hablaría de una serie de bálsamos necesarios para ofrecer a cualquier desdichado cuya desgracia psíquica fuera tal que lo llevara al extremo de visitar de manera sistemática aquel cuarto bautizado, pomposamente por el propio analista, como gabinete de trabajo.

Sentencia de muerte. Síndrome. Dormir junto a un cuerpo enfermo. Pulsión de vida necesaria para seguir muriendo. Males superpuestos. Caos fundamental. Angustia. Cura, Desenlace. Malestar perfecto. Instante multiplicado. Psicológico. Químico. Deterioro mudo y fantasmal. Padres. Fogonazos de nostalgia. Un mono que pela desesperadamente una serie de frutas y arroja las cáscaras con violencia. Señales de alerta que lanza el yo más profundo. Intercambio de horrores. Inusitado terror a la miseria. Errores: comprar un terreno campestre y un coche deportivo. Fantasma de la certeza. Paseos al campo y a la playa. Pánico al dinero. Preocupación por exponer el cuerpo ante los demás. El día en que alguien revise los papeles del paciente los encontrará arreglados en una serie de carpetas. Ratas jugando con ruedas y columpios. Lazos con el exterior. Comienzo del uso de razón. Vacío de los cuerpos enfermos. Animales de edad perfecta. Sentido de la intuición. No libertad en la escritura. Serie de subterfugios. La madre mira al marido caer de la azotea. Descansar libre y abiertamente. Error de las estratagemas necesarias. La vida mansamente abandonada en manos de los carcelarios. La llave debajo de la franela que sirve de almohada. El reo acariciándose a sí mismo, incluso cuando lo acariciado no sea su propio cuerpo. No hay por qué temer. Amanecer de manera inocente al día siguiente. Mítica niñez en el campo. Cerrada, completa, muda. La

escritura no puede escribir más que de lo que escribe. Un ser sin importancia. Culpa que surge entre la inercia y el deseo. Escritura como vaticinio. ¿Se puede sentenciar de una peor manera? Clínica semiclandestina. Analista que duerme en la casa del paciente. Las economías del analizado. Desaparecer en medio del anonimato más perfecto. Una escritura de transmisión dudosa. Creer que el mundo verdadero es el de la fantasía. La mujer del analista. Fin del material de discusión. El pedido no oído de la presencia de un psicólogo infantil. Decir tabla en lugar de cama. La escritura es mejor que tú. La relación entre las pastillas y el tema. Llamadas telefónicas a una ciudad desconocida. Enfermo de verdad y enfermo de mentira. Transformar los síntomas en algo tangible. Estado innombrable. Sensaciones punzantes en el cuerpo. Relación entre el gabinete y el depósito de los animales ubicado en las inmediaciones del mercado que se visitó en la infancia. El conejo debe bautizarse como *delicioso lapán.* El cuerpo del padre tendido en la acera y cubierto de periódicos. Un anciano acuesta cada día a la mujer del analista. Uso de colores como vehículo terapéutico. Cuarto bautizado ilusamente como gabinete de trabajo.

¿Se podrá comenzar a escribir?

En las playas de Montauk las moscas suelen crecer más de la cuenta

Cuando era joven la ciudad que elegía para hacer uso del ácido lisérgico no podía ser otra que Berlín.

Pese a que el muro ya había desaparecido, por muchos años Berlín siguió manteniendo su carácter de península, de lugar alejado del mundo, como una suerte de espacio protegido por las ruinas de los bombardeos que, todavía en esa época, se podían ver de manera regular y algunos habitantes habían convertido en una especie de símbolo.

Una ciudad donde algunos vestían adrede con harapos y donde las paredes derrumbadas de ciertos bares eran iluminadas con discretos rayos láser.

Protegida por el Muro, Berlín presumía su carácter único, de urbe sometida a un régimen particular.

La primera vez que probé el ácido pensé que me habían timado.

Salí casi de inmediato de la casa de la persona que me hizo mostrarle la lengua en la que depositó un pequeño trozo de papel.

Caminé algo molesto por las calles. Me pareció que aquel sujeto había sido incapaz de comprender lo que significaba para mí experimentar semejante aventura.

Mi indignación alcanzó su límite al llegar a Alexanderplatz.

De pronto algunas personas comenzaron a llamarme por mi nombre.

No me sorprendió que tantos habitantes de Berlín me conocieran, sino que fueran incapaces de respetar una situación tan importante: el día que fui engañado con un ácido falso.

En cierto momento, el dachshund que llevaba una mujer en brazos abrió la mandíbula de manera exagerada.

Sentí que se hizo más grande que mi cabeza.

Sólo en ese instante advertí que estaba sucediendo algo fuera de lo normal.

Tomé asiento en una banca. Exactamente donde cae de manera vertical la sombra que produce la Antena de la Televisión.

Recordé diversas cosas, algunas relacionadas con el escritor checo Bohumil Hrabal, quien se había suicidado tiempo atrás.

Parece que no fue capaz de *soportar la soledad demasiado ruidosa* —título de uno de sus libros más conocidos— en la que se vio obligado a vivir al final de sus días.

Trepó por eso el alféizar de una de las ventanas superiores del asilo donde se encontraba internado y saltó al vacío.

Supuse entonces que durante los últimos años de vida, Bohumil Hrabal estuvo obsesionado con el trajinar de las palomas que veía a través del pabellón donde se encontraba su cama.

Quizá deseó convertirse en un ave más. Tal vez por eso se aventuró a volar como un pájaro.

Con quien habitualmente conversaba acerca de la muerte de Bohumil Hrabal era con mi psicoanalista, una terapeuta con la que compartí infinidad de sesiones durante algunos años.

Recuerdo que las terapias no las pagaba con dinero sino con textos.

La retribución era un relato escrito, que iba dividiendo en fragmentos con el fin de que el tratamiento se alargara lo más posible.

Lo que me llevó al gabinete de aquella analista era la falta tangible de dinero. Estaba incapacitado en ese entonces para pagar por algún bien o servicio.

En aquella época lo primero que preguntaba ante cualquier propuesta de trabajo era si iba a recibir algo a cambio. Sólo aceptaba el encargo si la actividad no era remunerada.

La analista me dijo que el escritor Bohumil Hrabal, desde pequeño, sufrió de un síndrome semejante —aversión al dinero—. Asunto que lo acompañó hasta la edad adulta, época en la que se curó por un tiempo.

Aquel periodo de supuesta salud le duró hasta la vejez, cuando recayó y se negó, entre otras cosas, a aceptar regalos del Estado.

Se vio donando sus escritos a editoriales y demás medios.

Quizá por eso terminó sus días recluido en un asilo del Estado.

Mi terapeuta —quien curiosamente contaba además con un título de Especialista en Literaturas de Aves Románticas— afirmaba que existía una estrecha relación entre la aversión al dinero y el tipo de ave que cada uno de nosotros, los humanos, solemos representar: según el dogma imperante en esos estudios, tanto Bohumil Hrabal como yo éramos una especie de búho de montaña.

Otra categoría de división que utilizaban los Especialistas en Literaturas de Aves Románticas, me lo dijo la analista, era aquella que segmentaba a las aves, y por ende a las personas, en de rapiña y en no carnívoras. Algo así como víctimas y victimarios. Amos y esclavos.

Lo extraño —y lo terrible según las propias palabras de la profesional— ocurría cuando una misma persona representaba las dos características a la vez. Es decir, cuando esos roles se hacían reversibles de manera constante.

Volví, allí sentado en Alexanderplatz, a pensar en las palomas que acostumbraban posarse en el alféizar de la ventana del asilo.

¿Más bien no habrían hartado de tal modo a Bohumil Hrabal hasta llevarlo al suicidio?

¿El arrullo constante, el zureo que suelen emitir, no lo habría hecho tomar como una burla el término *soledad*

demasiado ruidosa, concebido en uno de sus libros más importantes?

Vi entonces, sentado yo en la banca, a mis perros, Manga e Isaías, matar una paloma durante uno de los paseos habituales que suelo realizar con ellos.

En aquella ocasión, en el parque situado a dos cuadras de mi casa en la Ciudad de México, se había formado un charco ocasionado por las lluvias de la noche anterior.

Algunas personas se encontraban reunidas al borde del agua estancada. Estaban de pie frente a una mujer que suele ofrecer desayunos ambulantes durante las primeras horas de la mañana.

Las palomas comían los restos que les arrojaban. Yo había salido con los perros hacía pocos minutos.

Al llegar a esa zona, Isaías y Manga tomaron entre sus dientes a una de las aves y la dejaron malherida.

La gente protestó. Yo huí. Los perros me siguieron.

Mientras caminábamos volteamos una y otra vez hacia la presa abandonada.

Los perros seguramente deseaban seguir masticándola.

O tal vez volver hasta donde yacía, seguro ya muerta, para recogerla y traérmela a manera de trofeo.

Escuché que alguien —tal como en la Alexanderplatz— gritaba mi nombre a mis espaldas. Me ordenaba que levantara el cuerpo tirado y lo colocara sobre la rama de un árbol.

A pesar de oírlo a lo lejos, me pareció un pedido absurdo.

Quizá esa persona pensaba que para una paloma era más digno morir en una rama que en un charco oscuro formado por la lluvia del día anterior.

Reflexioné entonces en la cada vez más complicada relación entre los hombres y los animales. En las premisas actuales. En los deberes que se tienen que cumplir en estos tiempos. En preceptos que algunos años atrás nos hubieran parecido inimaginables.

Por ejemplo, en el hecho de adoptar animales y no comprarlos como era lo habitual. El de esterilizar tanto a las hembras como a los machos. Olvidar por completo mutilarlos inútilmente —orejas, colas— o hacerles cortes de pelo en virtud de determinados cánones de belleza.

Pensé también —quizá por los mosquitos que sobrevolaban el charco— en los insectos que nos rodean. En lo nocivos que suelen ser, salvo los que utilizamos para alimentarnos.

Reflexioné también en las ratas que siento de vez en cuando debajo del piso de mi estudio y en una llamada telefónica que recibí justo esa mañana, poco antes del paseo en el cual mis canes apresaron a la paloma.

A través del teléfono me informaron que el perro que hacía más de ocho años le había entregado a mi editora acababa de morir envenenado al morder un sapo.

La editora estaba desolada.

Había llevado al perro a su casa de campo y allí ocurrió el accidente. Se trató de un veneno para el cual no existe antídoto.

Mi editora me llamaba desde la sala de espera de un horno para animales domésticos.

Cuando escuché su voz yo no había paseado aún a los perros.

Salí al instante y, después del incidente con la paloma en el charco, regresé a mi casa.

Los animales llegaron excitados. Ignoro si por el asunto del ave muerta o por no haber realizado el paseo completo.

Daban incontables vueltas a mi alrededor. Sin hacerles caso, me acomodé en mi estudio y busqué en la computadora alguna información sobre palomas en general. Deseaba saber a qué especie podría pertenecer el cuerpo abandonado al lado de aquellas personas reunidas.

Me sentí mal. Tal vez porque en realidad me encontraba sentado en la Alexanderplatz, oyendo que algunos transeúntes me llamaban por mi nombre.

Creo que acciones de esta naturaleza —encontrarme al mismo tiempo en el estudio buscando en la computadora y sentado a la vez en una de las plazas más simbólicas de Berlín— logran que a veces entienda más que nunca a Bohumil Hrabal trepando el alféizar del asilo con el fin de espantar a las palomas.

Cuentan que la caída de Bohumil Hrabal fue estrepitosa.

Que no murió en el acto sino que tardó unos cuantos minutos en dejar de respirar. Que sufrió de una manera semejante al perro de mi editora luego de ser atacado por el sapo venenoso.

La editora me contó que el veneno tardó cerca de una hora en hacer efecto.

Algunos testigos afirman que Bohumil Hrabal no mostró, ni por asomo, la elegancia con la que un ave cualquiera realiza su vuelo final. Esa forma de planear que acostumbran llevar a cabo algunos pájaros a manera de despedida del mundo.

Aunque en más de una ocasión he constatado que en realidad las aves suelen morir acurrucadas sobre sí mismas en algún rincón de la naturaleza.

Recuerdo haber visto a varios pájaros moribundos a lo largo de mi vida.

Sobre todo en las playas de Montauk.

Cuando era niño, más de una vez llegué a pensar que las gaviotas imposibilitadas de volar se quedaban quietas porque habían decidido de pronto hacerse amigas de las personas.

Apenas las percibía en algún recodo, me gustaba acercarme a ellas como para demostrarles mis buenas intenciones.

Intentaba casi siempre darles algo de comer.

No advertía que muchas cojeaban o se quedaban quietas de espanto mientras mi mano las iba acariciando.

Horas después solía encontrarlas muertas. Rodeadas de moscas la mayoría de las veces.

Moscas grandes de color verdoso. Las que prefieren alimentarse de carne inerte y casi siempre se les encuentra en las playas.

Insectos de esa misma naturaleza debían estar volando en este momento alrededor de la paloma muerta, que según supe después —me lo contó la propia mujer que atendía en las mañanas a sus clientes— fue colocada por aquellas personas en una de las ramas del árbol, la cual señalaron como el lugar apropiado para dejar una paloma muerta por un perro.

Una mosca verde de las playas, de características similares a las que me aterraron cuando se posaron —dos casi al mismo tiempo— sobre mi mano en la Alexanderplatz tras sentarme en la banca.

Una mosca que vi más grande aún que la mandíbula del perro dachshund que aquella mujer llevaba en brazos mientras cruzaba la plaza.

En ese momento advertí que el tiempo transcurrido entre la mayoría de asuntos que he señalado antes —las personas bajo el árbol y mis perros atacando a una paloma, mis digresiones sobre Bohumil Hrabal y su caída desde el alféizar del asilo, mi preocupación sobre las nuevas directrices que hay que acatar para nuestra relación con los animales, la muerte del perro de mi editora— había durado sólo los escasos segundos que tardó aquel dachshund en abrir el hocico.

Comprendí entonces recién que no había sido engañado por el hombre que colocó el trozo de papel en mi lengua.

Reafirmé que Berlín es el mejor lugar para asumir este tipo de experiencia —la causada por el ácido lisérgico— y que las moscas verdes no sólo se encuentran en las playas.

Me di cuenta de que una se había posado en mi mano y la otra cerca de mis labios.

Según el testimonio de quienes lo acompañaron, Bohumil Hrabal estuvo hasta el día anterior a su caída revisando un texto al que había titulado *Gallinas de madera*.

Contaba con algunos cuadernos y una pluma fuente de los años cincuenta.

Eran las únicas pertenencias de cierta importancia para el autor.

En su pequeño ropero mantenía un par de frascos de tinta de color azul.

Los personajes principales de *Gallinas de madera* —lo dijo el mismo Bohumil Hrabal— eran unas aves de rapiña que acostumbraban volar sin un rumbo determinado.

Nosotras, las aves de rapiña que muchas veces olvidamos dónde se encuentran nuestros nidos, acabamos de decidir tener una suerte de aventuras, anotó Bohumil Hrabal en la primera línea de *Gallinas de madera*.

¿Por qué aves de rapiña?, me pregunté sentado en la banca cubierto de moscas verdes.

En realidad, como afirmé, no eran tantas.

Sí mostraban un tono verde, intenso, pero no pasarían de ser dos o tres.

El encierro en aquel asilo habría llevado a Bohumil Hrabal a perder la razón, pensé.

Después de los libros que había escrito, durante más de cincuenta años, no era posible que dejara como legado un texto donde, entre otros asuntos, una serie de aves de rapiña hacen las veces de personaje.

¿Tendrían acaso que ver estas ideas sobre Bohumil Hrabal con el hecho de recordar la lluviosa mañana en la que mis perros atacaron a una paloma?

En el texto de Bohumil Hrabal, un grupo de aves de rapiña discute no sólo sobre la posibilidad de correr una serie de aventuras sino del horror que puede significar que un esclavo se rebele.

Atender semejante discusión fue para mí mucho más importante que la escena del dachshund que segundos antes abrió de manera descomunal la mandíbula.

Sentado en la banca y posiblemente estimulado por la sustancia que acababa de ingerir, comencé a oír los argumentos de los pájaros de rapiña que salían de las páginas inconclusas dejadas por Bohumil Hrabal.

Imaginé entonces que ese tipo de aves debían de ser más inteligentes que, entre otros pájaros, una paloma.

Quizá el hecho de que fueran de rapiña sustentaba un pensamiento semejante.

Pero de inmediato venían a mi mente las nuevas formas que debemos respetar los humanos en nuestro trato con los animales.

En esos códigos, pensar que un ave es más capaz porque se alimenta de carne puede ser tomado como una barbaridad.

Sin embargo, acababa de ser testigo de cómo mis perros habían atacado a la paloma que trataba de conseguir algún mendrugo de las personas desayunando al lado de un árbol.

Había visto con mis propios ojos a dos animales carnívoros abalanzarse sobre un ave que suele alimentarse de pedazos de pan.

Y en ese encuentro ni siquiera se había generado una lucha.

Los perros no habían tenido que utilizar ninguna habilidad especial para embestirla.

No cabía duda de la inteligencia de los atacantes y de la orfandad —no sólo física— de la víctima.

Decidí de pronto olvidar casi todo lo que me rodeaba.

La explanada de cemento en la que me encontraba sentado, el dachshund de conducta ya retorcida por su ama, pues ni siquiera era capaz de andar por sus propios medios sino que era llevado en brazos.

Quise abstraerme para oír, con algo de claridad, el monólogo de esas misteriosas aves de rapiña.

Aunque parezca poco verosímil esos pájaros comenzaron a comunicarse conmigo.

Allí me encontraba, escuchándolos, inmóvil, cubierto por dos o tres moscas verdes, sentado en una banca de la Alexanderplatz.

“¿Cuál es el punto donde reside nuestro dolor ante la rebelión de un esclavo?”, alcancé a oírlas.

Era cierto: el esclavo había huido.

Parece que aprovechó que las aves de rapiña estaban lejos. De viaje. En otras comarcas. Con un océano de por medio.

Quizá en los últimos tiempos no habían sido lo suficientemente radicales en el trato que acostumbraban tener frente al esclavo.

Flaquearon tal vez en algunos puntos.

Recordaban que después de volver de un viaje anterior le habían regalado un trozo de carne de cocodrilo escogido de manera especial.

Alguien muy cercano —un miembro de otro tipo de ave, también de rapiña— se los hizo notar.

A un esclavo no se le debe ofrendar ningún tipo de obsequio, les informó.

Semejante regalo podía significar un paso atrás en la relación que supuestamente habían edificado con aquel ser.

Ese trozo de carne —conseguido en una ciénaga— podía ser motivo de confusión sobre la naturaleza del vínculo que mantenía unidos al esclavo con las aves de rapiña.

¿Fueron entonces acaso ellas, con aquella dádiva torpe, quienes propiciaron el actual estado de cosas?

El esclavo había mantenido una condición impecable durante varios años seguidos.

El sistema que comenzaron a establecer las aves de rapiña con el esclavo al momento de conocerlo pasó, eso sí, por distintas etapas.

La primera fue la aceptación por parte del esclavo del desmedido —y poco explicado incluso para ellas mismas— gusto por rodearse de la mayor cantidad posible de perros.

Parece curiosa semejante aseveración, pero las aves de rapiña que describía Bohumil Hrabal eran de una especie que siempre debía tener perros junto a ellas.

Quizá lo hacían porque deseaban sentirse seguras en las noches.

O tal vez por un simple capricho de ave de rapiña.

Apenas despertaban, las aves de rapiña veían desde sus nidos —más bien escuchaban como un vago rumor, pues a diferencia de otras aves éstas acostumbran dormir más de la cuenta— cómo el esclavo sacaba a pasear a los seis perros que mantenían bajo su cuidado.

La noche anterior, los perros habían sido amarrados por el mismo esclavo alrededor de los arbustos en cuyas ramas dormían las aves de rapiña.

La acción de desatar a los animales para pasearlos la solía llevar a cabo el esclavo varias veces al día.

En la mayoría de las ocasiones iban a correr a un parque cercano.

Se preocupaba asimismo de las fechas de las vacunas, de los baños y cepillado de pelo que los animales requerían. De la compra —casi siempre al por mayor y en lugares especiales— de alimento deshidratado y de los antiparasitantes que se les debía administrar como mínimo cada tres meses.

Aparte de cuidarlos, el esclavo debía amar de manera profunda a cada uno de los canes de los que se ocupaba.

Las aves de rapiña miraban cómo iba encariñándose poco a poco con los perros. Como es natural, muchas veces ese amor era recíproco.

Ninguno de los dos, ni los perros ni el esclavo, podían relacionarse entre ellos a un grado mayor al amor que estaban en la obligación de profesar, tanto los canes como el esclavo, a las aves de rapiña.

El mecanismo que utilizaba el esclavo para mantener la situación dentro de los límites era interesante. Parecía tratarse de un esclavo con experiencia. De nacimiento, podría decirse.

Pero lo que sucedía en la psique de los canes era un verdadero misterio.

Nadie sabía cómo ellos intuían, sin titubeos y a pesar de las muestras de cariño que podían mostrarle al esclavo, quiénes eran los verdaderos amos.

Según Bohumil Hrabal, para las aves de rapiña hacer que el esclavo cuidara y se encariñara con los perros, que los amara de manera profunda, era uno de los pasos más sencillos.

Lo impresionante era el estoicismo del esclavo cuando llegaba el momento en que las aves de rapiña determinaban deshacerse de los canes.

Se ponían de acuerdo y arremetían a picotazos contra los animales.

Los atacaban con una fiereza extrema.

Los canes casi siempre eran tomados por sorpresa, incapaces de entender lo que sucedía de pronto con aquellas aves desbocadas.

Esa situación hacía que las víctimas fueran una presa fácil. Algunas iban directo a los ojos. Intentaban destrozarlos con sus picos afilados. La mayoría de las veces lograban su cometido.

Los perros gemían, aullaban de dolor.

Muchos no sabían si escapar de sus atacantes o quedarse estáticos recibiendo el inusitado castigo.

Al final terminaban huyendo. Hasta los más apegados.

Ante estos hechos, el esclavo nunca dijo una palabra, ni de aceptación ni de rechazo.

Aquí, sentado en la banca de la Alexanderplatz o huyendo de la paloma muerta al lado de las personas que se alimentaban debajo de un árbol, me parece importante señalar la manera en que las aves de rapiña encontraron un esclavo semejante.

Sucedió de una forma algo vulgar.

De un momento a otro el esclavo comenzó a enviarles fotos de su persona.

Sé que es difícil que me crean, escribió Bohumil Hrabal en la segunda página del manuscrito, *que un esclavo mande fotos a una serie de aves de rapiña*.

Las imágenes que el esclavo comenzó a enviar a las aves de rapiña eran fotos antiguas.

De una época en la que llevaba el pelo largo, que se acomodaba de tal modo que podía guardar algún parecido

con una versión precolombina de un autorretrato de Durero.

Parece que Bohumil Hrabal —eso lo discutí con la analista— también envió, con el fin de que le publicaran sus textos, fotos a algunos editores cuando era joven.

Imágenes falsas. Mandó retratos de parientes viejos con la intención de que aquellos editores pensaran que se trataba de un hombre serio y no del joven desorientado cuya única pasión era la de escribir.

A las enfermeras del sanatorio, que lo veían con su cuaderno y su pluma sentado al borde de la cama, les decía cuando se lo preguntaban: no soy yo quien escribe.

Soy otro cuando narro. No el viejo que ustedes están mirando en este momento.

Por ejemplo, puedo contar cómo acabo de ser engañado por un hombre que colocó un trozo de papel en mi lengua.

O describir a mis perros atacando a un pájaro al lado de unas personas que desayunan en la calle.

No soy yo cuando busco reflexionar acerca del escritor checo recluido en una institución pública, y su curiosa relación con las palomas que abarrotaban las ventanas del piso donde se encontraba internado.

Soy capaz por eso de escuchar a unas aves de rapiña comunicándose sobre la vez en que se les rebeló un esclavo que al principio —por las fotos que les fue enviando— les dio la idea de tratarse de una versión de algún cuadro de Durero.

De un esclavo que utilizaron para cuidar a sus perros.

A aquellos canes que aseguraban querer tanto, aunque de manera temporal.

Allí estaba la pluma, los frascos de tinta azul y los cuadernos con los que redactó *Gallinas de madera*.

Bohumil Hrabal estaba convencido de que uno de sus logros mayores era poder existir sólo dentro de lo que iba escribiendo.

Jornadas, meses enteros, donde no tenía que acudir a lo real para continuar con su existencia.

Bohumil Hrabal vivió durante mucho tiempo con la idea de no sentir como propia su escritura.

Aunque recordaba con horror las cientos de horas gastadas de manera compulsiva frente a una Underwood

fabricada en 1915, con la que llevó a cabo algunos de sus libros.

El tiempo dedicado a las correcciones interminables.

La necesidad que tenía de encontrar oyentes para las páginas que acababa de redactar, cuya sola presencia colocaba una suerte de sello en lo escrito.

En ese tiempo contaba también con una jaula con un par de pájaros de cartón dentro.
Afirmaba en ese tiempo que la cercanía de semejantes pájaros le brindaban una peculiar paz interior.

Aunque de vez en cuando lo atacaban determinados estados de paranoia, durante los cuales veía la habitación que rentaba devorada por el fuego.

Los manuscritos siempre se encontraban dentro.

Se veía por eso obligado a repartir los originales a distintos conocidos, pues no admitía la opción de que el supuesto incendio se pudiese producir en una casa ajena.

En cierto momento ocurrieron determinados sucesos que lograron que la palabra fuera poco a poco desenredándose.

Ya no se comía a sí misma, sino que comenzó a transformarse en libros. Uno tras otro.

Esa palabra, obstinada en ser valiosa en su propia esencia, se hizo por fin comunicable.

Aquello le sucedió a Bohumil Hrabal luego de ser tratado de manera médica por ciertos especialistas del lenguaje.

Fue examinado para saber cómo era posible que las palabras fluyeran una tras otra sin un aparente control de su parte.

No se llegaron a conclusiones exactas después de los estudios, sin embargo parece que el hecho de apreciar ese ejercicio como un fenómeno fuera de lo normal fue motivo suficiente para que Bohumil Hrabal comenzara a escribir con determinado orden.

Antes de ese periodo, Bohumil Hrabal no podía reprimir el impulso de ir colocando las palabras en una aparente cadena sin comienzo ni fin.

Su palabra fue lentamente tomando forma.

Aquellas frases sin una lógica aparente empezaron a mostrar un contenido que se fue haciendo cada vez más

nítido hasta convertirse en los libros admirables que todos llegamos a conocer.

Un proceso que llevó hasta la redacción de *Gallinas de madera*, donde nuevamente más de uno puso en tela de juicio la lucidez de semejante autor.

Algunos incluso llegaron a comparar el texto *Gallinas de madera* —que se publicó un año después de la muerte del autor— con la escritura que practicaba Bohumil Hrabal antes de ser estudiado por los especialistas.

En esa época el autor no sólo sufría de esta necesidad de crear oraciones sin una estructura definida, sino que también entonces estaba incapacitado —como bien me lo informó la analista— para recibir dinero a cambio de su trabajo.

Era el tiempo en que, según ella, se mostraba en su mayor esplendor su condición de búho de la montaña.

Lo que no me queda claro —eso lo discutí con la misma analista— es si yo también en algún momento de mi vida me volveré a convertir en un búho de las montañas.

La analista nunca me ha dado una respuesta contundente, pero yo pienso que algo así ocurrirá tarde o temprano.

De otro modo no estaría en ese momento sentado en una banca oyendo distintas voces.

Aquel desequilibrio debe ser más complejo de como se manifiesta a simple vista.

Quizá por eso escucho en este momento —sin hacer mayor esfuerzo— lo que expresan las aves de rapiña de su esclavo y las aparentes palabras de cariño —que nunca se supo si eran falsas o no— que Bohumil Hrabal les dirigió a las palomas mientras se acercaba a ellas con sigilo llevando algunos trozos de pan.

Oigo también un debate acerca de una obra literaria: *El cardenal y el tapacaminos*.

Nunca supe de dónde provenían semejantes voces.

La polémica que me tocó apreciar en la banca parecía centrarse en el hecho de que esos dos tipos de aves tienen muy distinta naturaleza.

Viven en ambientes absolutamente diferentes.

El cardenal en las campiñas y el tapacaminos en los desiertos.

Quien dirigía la polémica que iba yo oyendo allí sentado, era una suerte de académico, quien lucía una corbata roja y

lanzaba diatribas sobre lo que sucedía con las investigaciones literarias en el país en general.

Todo muy aburrido, a mi entender, repetía el hombre de la corbata a viva voz.

A mí me seguía interesando más lo absurdo de la situación de un grupo de aves de rapiña dueñas de un esclavo, que el asunto del encuentro entre dos pájaros de distinta naturaleza.

Pero ese académico seguía con su discurso.

Luego de leer *El cardenal y el tapacaminos*, Bohumil Hrabal no tuvo sino elogios sobre la parte del libro donde las aves representadas se refieren a sus vidas pasadas.

Una, el cardenal, fue en una de sus existencias un perro egipcio y la otra, el tapacaminos, una piedra olvidada durante centurias en el fondo del mar.

A Bohumil Hrabal le llamó especialmente la atención el realismo, verdaderamente apabullante, con el que el cardenal describe la forma en que le dieron muerte después del deceso del Faraón, y daba detalles exhaustivos de cómo su cuerpo fue momificado junto al de su amo.

Las memorias de una piedra en el fondo del mar, descritas por el tapacaminos, impresionó de tal forma a

Bohumil Hrabal que se atrevió a catalogarla como una narración imposible de encontrar en la historia de la literatura.

Yo había conocido sólo a una persona que manejaba semejante tema. A mi analista, quien estudió el asunto durante los años que pasó en la República Checa.

En ese entonces aquel tipo de estudios era algo popular en el país.

Incluso Bohumil Hrabal llegó a saber sobre Literaturas de Aves Románticas casi al nivel de un erudito, aunque nunca quiso hacer público sus conocimientos.

Aquello hubiera significado su adhesión al régimen político que le tocó vivir.

En los años posteriores a la guerra, en la Universidad Nacional casi no se tocó otro tema.

Eso sucedió en el área de Humanidades.

En el círculo de ciencias, los esfuerzos prácticamente se centraron en la creación de una nueva raza de perros.

El perro lobo checoslovaco. Tarea para la cual fueron encomendados los mejores genetistas del país, quienes

cruzaron ejemplares de pastor alemán con lobos de los Cárpatos.

Tuvieron que pasar algunas generaciones antes de que se lograra que los lobos se transformaran en perros.

No sé si en estos días se podría llevar adelante un experimento semejante con la facilidad como se hizo en su tiempo.

A mi entender uno de los parámetros establecidos en la nueva relación entre los animales y seres humanos establece que se respete de la manera más estricta la esencia de cada una de las especies.

Quizá sólo el grupo de aves de rapiña contenido en la primera página del libro escrito por Bohumil Hrabal hubiera estado feliz con aquel experimento.

Una jauría de perros lobo checoslovaco era lo que hubieran elegido para encargarle al esclavo durante, al menos, una temporada.

Desde la primera imagen enviada a las aves de rapiña, el esclavo dejó en claro su rol.

Que se atreviera a mostrar un retrato semejante: el de un Durero precolombino, bastó para que las aves de rapiña supieran de quién se trataba.

Como en ese entonces las aves de rapiña daban la impresión de encontrarse en un supuesto momento de lucidez, le preguntaron al futuro esclavo sobre lo que era capaz de ofrecer.

“Les puedo dar mi cuerpo”, contestó sin mayor trámite.

“¿Su cuerpo?”. “¿Sería acaso realmente atractivo involucrarse con semejante copia de Durero?”.

¿Es que ese esclavo no conocía acaso las decenas de maneras, casi inmediatas además, con las que cuenta la ciudad y sus alrededores para establecer en cualquier momento del día la relación que se desee con otros cuerpos?

Las aves de rapiña estaban seguras, según el texto que Bohumil Hrabal dejó escrito antes de salir a dar de comer a las palomas, que lo sabía a la perfección.

Que era consciente de que ese argumento —el de ofrecer el cuerpo— no iba a movilizar en lo más mínimo ningún tipo de interés.

Sin embargo, en el hecho de expresarlo —en su aparente falsa inocencia— es que las aves de rapiña advirtieron su condición servil.

Convinieron entonces en una cita.

El esclavo debía ir caminando hasta unos arbustos situados en las afueras de la ciudad.

Señalaron una fecha y una hora como únicas para el encuentro.

O el esclavo se hacía presente en ese momento o se acababa por completo la incipiente comunicación.

Al día siguiente lo encontraron, sentado al lado de los arbustos, incluso unos minutos antes de la hora que habían dispuesto.

El intercambio fue relativamente breve.

Para hacer el acuerdo formal no se necesitó de mucho tiempo.

Comenzaron ese mismo día con la rutina acordada.

Desde ese momento han pasado casi tres años. Tiempo en el que las leyes de la relación se han visto sometidas a una serie de modificaciones.

Casi al instante comenzaron a aparecer los perros amarrados a los arbustos.

Sin embargo, y a pesar de esa aparente claridad en los roles, muy pronto dejó de saberse quién era realmente el amo y quién el esclavo.

Poco a poco, como empezaron a advertir las propias aves de rapiña, el esclavo se hizo indispensable.

En esa etapa una de sus compensaciones, aparte de las que le otorgaba su propia condición, fue comenzar a hacer público su estatus de esclavo de aves de rapiña.

Parecía encontrar un placer extremo mostrando a los demás miembros de la sociedad que semejantes pájaros lo habían escogido a partir de una foto.

Se presentaba ante el resto como el esclavo perfecto.

Estoy seguro de que de haber estado a mi servicio o al de mi editora no hubieran ocurrido los percances que protagonizaron nuestros perros.

Sé que hubiera hecho todo lo posible por impedir que Isaías y Manga atacaran a la paloma durante el paseo que

estaban realizando aquella mañana, o que el perro de la editora se acercara a un sapo venenoso.

Un esclavo semejante me hubiera advertido que no era cierto que los pájaros se dejaban tocar porque habían decidido establecer vínculos de amistad.

Me habría informado que se trataba de pájaros enfermos que buscaban un rincón pacífico donde morir.

Incluso si ese esclavo hubiera servido a Bohumil Hrabal es muy probable que evitara su estrepitosa caída.

Estoy convencido de que aquel esclavo sería lo suficientemente sutil como para haberle sugerido otra clase de muerte.

Es posible que incluso incursionara, ante un descuido de las enfermeras, en la sala de medicamentos y le consiguiera fuertes dosis de morfina sintética, con la que le hubiera producido a su amo una muerte agradable.

Yo mismo oí a las aves de rapiña que expresaban desesperadas cómo se les había rebelado el esclavo.

En ese instante la sombra de la Antena de la Televisión se había movido unos breves centímetros.

Ya no caía en la parte central de la banca sino se enfilaba hacia la derecha.

Repito, unos pocos milímetros.

Algo apenas perceptible.

Las aves de rapiña continuaban clamando. Con tonos agudos. Se trataba de un sonido rotundo.

“Se nos rebeló el esclavo” “Se nos rebeló el esclavo”, repetían sin importarles lo que sucedía alrededor.

Parloteaban sin mostrar el menor respeto por el engaño que acababa de sufrir al aceptar un trozo de papel en la lengua.

Esa suerte de pulsión por hacer que Berlín fuera la ciudad escogida para hacer uso de sustancias semejantes comenzó cuando tuve la necesidad de publicar mi primer libro.

Fue en ese momento que decidí inventarme como escritor.

En ese entonces no recurrí a los métodos tradicionales de edición y creo que ese acto tiene hasta ahora repercusiones.

Recuerdo que ese año contaba con el borrador de un libro del que debía deshacerme a como diera lugar.

La presencia de un texto sin publicar dificultaba el fluir de mis siguientes palabras.

Aquel libro fue el que utilicé para pagar las sesiones con la analista.

De ese modo logré librarme de su presencia.

Lo había ido redactando por partes con la intención de que se convirtiera en la moneda de cambio necesaria para lograr la terapia.

Ese libro se refería a un personaje que deseaba ser sacerdote y era engañado por sus superiores.

También a una mujer que mantenía una experiencia particular con los jardines a su cargo, y a un luchador chino que huye de una venganza internacional.

Es el texto donde aparecen los Domitians, los Priestas, la Dama Melik, la Zenska Rita Diajmela, el Keeper Konji, el Warlock Caetano, el Godospar, el Cejlar, don Santos, y la correcta señorita Progresati.

El texto que empecé a entregarle a la analista con el fin de ser admitido en su gabinete empieza describiendo el desasosiego que siente el tal Domitian cada vez que corta las rosas para las misas semanales.

Aquel estado anormal que lo toma parece tener su origen en el recuerdo de lo que pudo haberle sucedido con una mujer.

El asunto de Domitian ocurrió cerca de la frontera, cuando era joven y estaba bastante entregado a la religión.

La Iglesia y el Catecismo ocupaban casi todos los pensamientos de Domitian, quien se encandilaba cuando el Priest —sacerdote— Gorazd ofrendaba la misa.

Domitian daba la impresión de estar maravillado con el Priest Gorazd, sobre todo cuando lo contemplaba al lado de los cálices brillantes del altar desde donde oficiaba.

Domitian se deleitaba también con las imágenes de los santos y de la virgen colocados en forma ordenada a los extremos de la nave central de la iglesia.

Cuando acababa la misa, Domitian se apresuraba a acercarse al Priest Gorazd para ofrecer acomodar las bancas y limpiar el piso.

Domitian sabía la misa de memoria, pero nunca le dejaron ayudar en el oficio ni tampoco le permitieron pasar jamás el cepillo de la limosna: esas actividades estaban reservadas para los estudiantes de la escuela de la parroquia.

La primera vez que le entregué semejante parte del texto a la analista, la profesional no me dijo una sola palabra.

Pensé que la sesión iba a girar alrededor del contenido de la escritura que yo le estaba ofrendando a cambio de dinero.

Recuerdo que dobló en dos el papel donde se lo entregué, y antes de que me despidiera miré cómo lo guardaba en el cajón de un pequeño mueble que tenía instalado en el gabinete donde atendía.

Un tanto desconcertado, en la segunda sesión le continué entregando la historia.

La Progresati Karavanti venía a buscar a sus hermanas, pero en ese momento estaba sólo Domitian leyendo algunos versículos de la Biblia. La Progresati Karavanti se le acercó, se abrió la blusa y le dijo tócame aquí.

Domitian se asustó y salió corriendo con dirección al bosque. Domitian no contó a nadie lo sucedido, y cada vez que la Progresati Karavanti aparecía por su casa escapaba con dirección a la estación de gasolina donde trabajaba su madre.

Todavía en ese entonces no habíamos tocado el tema de Bohumil Hrabal. Hasta ese momento yo desconocía que para la analista tanto Bohumil Hrabal como yo estábamos considerados como búhos del bosque.

En esta sesión la analista tuvo una actitud semejante a la primera. Dobló cuidadosamente la hoja de papel y antes de despedirme lo guardó en el mismo cajoncito de la vez anterior. A partir de entonces dejó de interesarme lo que pensara del contenido de los textos que yo le iba entregando en lugar de dinero.

Las sesiones no versarían, como ya dije que había supuesto, sobre mi escritura. En realidad no versaban sobre nada en particular. Había ocasiones en que nos quedábamos callados durante toda la sesión.

Yo entraba al gabinete, la analista se quedaba mirándome y yo a ella durante un rato interminable.

Sólo apartaba yo la vista para apreciar la gran cantidad de aves disecadas que se acumulaban sobre los estantes. Las había de distinto tipo y tamaño.

Cuando ya le había entregado una serie de capítulos y de manera repentina, recuerdo que era una tarde de julio, me preguntó si yo conocía al autor checo Bohumil Hrabal.

En la playa de Montauk hay una serie de construcciones que han sido edificadas alrededor de los grandes laboratorios de experimentación, lo que le dan un aire de misterio a la zona.

Desde la colina mayor se alcanza a ver una playa amplia.

Ignoro las razones por la que mis padres pasaban los veranos en ese lugar.

Allí fue donde conocí a esas moscas verdes que en este momento recorren mi cuerpo.

En medio del mar hay dos islotes que dan la impresión de tratarse de una ballena y su cola.

Según lo que cuentan, una mosca gigante apareció sobre el cuerpo de Bohumil Hrabal poco después de su caída del alféizar.

Una mosca similar a las que —según lo que algunos afirman— son genéticamente modificadas en los laboratorios de Montauk.

A veces trato de hablar con los editores sobre mis tiempos y métodos de trabajo.

Trato de explicarles lo importante que es para mí un libro de esta naturaleza.

Si bien es cierto comenzó con la idea de conseguir una suerte de moneda de cambio para poder ser atendido por la analista, finalmente —casi al acabar el tratamiento— advertí que podía tratarse de un libro autónomo.

Aunque yo, como Bohumil Hrabal, no estoy seguro de haber escrito algo semejante.

Y menos puedo asegurarlo después de haber viajado a Berlín con la intención de probar ácido lisérgico.

Con la mayor parte de los editores guardo una buena relación. Hasta ahora no ha sucedido algo semejante, pero tengo la sospecha de que pronto estos mismos editores comenzarán a rechazarme.

Que se alejarán de mí de la misma manera como lo harían de Bohumil Hrabal si intentara cobrar nuevamente por lo escrito.

Aun más si Bohumil Hrabal acudiera donde uno de sus editores habituales y presentara el texto redactado durante los meses que pasó recluido en el sanatorio donde pasó sus últimos días.

Un relato protagonizado por aves de rapiña que se quejan por el abandono de un esclavo.

Pienso que los editores se desharán de mí cuando descubran que soy un impostor.

Alguien que al mismo tiempo que es un farsante no puede nunca dejar de ser un escritor.

Para quien la experiencia de probar ácido lisérgico no tiene otro sentido sino el de describir luego la experiencia.

Quizá sea ésa una de las razones por la que ahora está escuchando de manera directa a las aves de rapiña que describió Bohumil Hrabal en un texto que jamás vio editado.

Oí que las aves de rapiña repetían: *Se nos rebeló el esclavo. ¿Habrá ahora alguien dispuesto a cumplir el rol? ¿Cuál es el punto donde reside el dolor?*

Es cierto, el esclavo huyó.

Aprovechó que las aves de rapiña se encontraban lejos.

De viaje.

En otras comarcas.

Con un océano de por medio.

Quizá no fueron, en los últimos tiempos, lo suficientemente radicales en el trato que acostumbraban llevar a cabo.

Flaquearon tal vez en algunos puntos.

Fue después de unos meses de llevar a la práctica una rutina semejante —de tener consigo un esclavo que cuidase de sus perros— cuando comenzó una de las mayores crisis emocionales que han sufrido las aves de rapiña durante sus existencias.

Empezaron, poco a poco, a padecer de una creciente depresión y a sufrir cada noche de ataques de pánico.

Felizmente que contaban con el esclavo durmiendo al pie de los arbustos donde habitaban.

Con un esclavo que de buena fe se iba a encargar no sólo de los perros mientras las aves de rapiña estuviesen deprimidas, sino también de la organización de los papeles burocráticos propios de los tratamientos científicos que seguramente iban a necesitar para sobrellevar aquel inusual estado de cosas.

Fue así como tanto las aves de rapiña como el esclavo comenzaron a visitar juntos a profesionales de prestigio, quienes les recetaron una serie de medicinas que, de manera contraproducente, empeoraron ya no sólo sus estados mentales sino también los físicos.

Desde un comienzo las aves de rapiña engordaron de manera inusitada.

Alcanzaban con dificultad para dormir las ramas más bajas de los arbustos.

Curiosamente, los científicos comenzaron a mostrarse cada vez más ineptos.

El esclavo los volvía a consultar y eran en vano sus respuestas.

Una vez pasada la etapa de estos científicos, tanto el esclavo como las aves de rapiña tuvieron que acudir a los diferentes hospitales de pájaros que existen en la ciudad.

Para eso también tenían consigo al esclavo.

Para que tuviera preparadas desde el día anterior las rutas que habrían de seguir desde muy temprano en la mañana.

Los documentos que seguramente les pedirían en cada una de la instituciones que visitaran.

De esa manera recorrieron decenas de hospitales, donde ningún especialista parecía poder dar con el origen del mal.

Las aves de rapiña nunca habían visto antes al esclavo cumpliendo de manera tan diligente su rol de verdadero amo.

Eran impresionantes los elementos de su conducta que se hacían evidentes en tales circunstancias.

Había momentos en que parecía olvidarse de sí mismo para entregarse a su misión de amo esclavizado.

Finalmente, al ver que ninguno de los tratamientos surtía efecto, el esclavo consultó con un investigador renombrado.

Le preguntó lo que él haría si estuviera en una circunstancia semejante.

El especialista les contestó que había una suerte de acuerdo entre los profesionales del área, y si alguno mostraba un cuadro de una naturaleza semejante a la que traían las aves de rapiña consigo no recurrirían a los tratamientos que ofrecían de rutina.

Cada uno de ellos se sometería a sesiones de electroshock.

Le advirtieron al esclavo que sonaba como un tratamiento extremo, pero que era un método benigno.

Para llevarlo a cabo debía internar a las aves de rapiña en el hospital donde trabajaba el investigador a quien se le consultó.

Someterían luego a las aves de rapiña a una serie de sesiones, para lo cual utilizarían una suerte de camillas provistas de electrodos diseñados para ser colocados en las sienes de las pequeñas cabezas de cada una de ellas.

Durante el resto del tiempo, las aves de rapiña debían permanecer recluidas en una suerte de jardín techado con una plancha de acrílico transparente.

En ese tiempo la misión del esclavo pareció alcanzar una suerte de plenitud.

Se convirtió en aquel entonces en una persona indispensable.

Efectuó las gestiones, consiguió los exámenes médicos que hacían falta para los internamientos en un tiempo récord.

Muy temprano en la mañana se ocupaba de desamarrar del tronco del árbol a los seis perros y luego llegaba diariamente a los horarios de visita del hospital.

El esclavo contaba con un intelecto no deleznable —una memoria casi fotográfica—, aunque por una serie de problemas, creo que de personalidad, es poco probable que fuera a llegar a ser una persona destacada.

Por más que lo intentase con esta huida que acababa de protagonizar.

Es por esa razón, porque se trataba de un individuo con un cociente medio superior, que a las aves de rapiña les llamaba la atención que en ningún momento pusiera en cuestionamiento ninguno de los deseos de cada una de ellas.

¿Por qué no cuestionó el tratamiento de electroshocks que se propuso?

En el caso de los perros, que llegaban y eran intercambiados uno tras otro, sucedía lo mismo. Todo se hacía por voluntad soberana de las aves de rapiña.

Quedaba demostrado con estos acontecimientos que la misión del esclavo era la de obedecer, con una diligencia extrema, como ciega, el menor de los caprichos.

Pero era lógico, pues el pacto que había establecido con sus amos era el de cumplir de manera total la menor de sus exigencias.

Resultaba inexplicable que alguien con sus capacidades intelectuales hubiese permitido no sólo la convivencia con seis perros en aquellos arbustos, sino el internamiento de las aves de rapiña en semejante institución.

¿El esclavo en realidad buscaba el aniquilamiento del amo?

Por supuesto que sí, su obsesión por servir debía llegar, como sucede siempre en esos casos, al punto de devorar al elemento que es servido.

Debía servir y servir, en una mecánica incesante, hasta que los amos dejasen de ser amos para ser convertidos en

desecho, quizá con la esperanza de poder encontrar pronto otro amo al cual obedecer de la misma ciega manera.

Es interesante notar que en esa parte del manuscrito de *Gallinas de madera*, Bohumil Hrabal citara una frase de Heráclito de Éfeso: *es necesario deshacerse de los cadáveres antes que del estiércol*.

Estoy seguro que rememoré esa frase la mañana que saqué a pasear a Manga y a Isaías a dar la vuelta de rigor temprano por la mañana.

Lo recordé quizá porque me vi llevando la bolsa de plástico necesaria para recoger los excrementos que fueran dejando a su paso los perros.

El estiércol de los perros y el cuerpo muerto de la paloma.

La necesidad de ir detrás de los perros con una bolsa para alzar los desechos —regla fundamental dentro de la nueva y conflictiva relación que está comenzando a darse entre los hombres y los animales—, y el reclamo de las personas que desayunaban de colocar a la paloma sin vida en la rama de un árbol.

En este caso la frase de Heráclito de Éfeso —regido seguramente por las antiguas reglas que normaban la relación entre los hombres y los animales— aconsejaba lo opuesto.

Primero había que desechar los cadáveres y quedarse un tiempo con el estiércol.

Seguramente, la dama que llevaba el dachshund entre los brazos tenía en regla los conocimientos acerca de la nueva urbanidad animal.

Cuando cruzó la Alexanderplatz con el perro, lo más seguro es que supiera lo que habría que hacer tanto con el estiércol como con el cuerpo del perro en caso de que sufriera un percance que le produjera la muerte.

Bohumil Hrabal, quien lo más probable es que estaba harto ya no sólo del zureo sino del muladar en que con sus excrementos las palomas habían convertido el alféizar de la ventana del hospicio, entendió algo semejante.

Por esa razón trepó por la ventana, el pijama era de franela celeste.

Tal vez lo último que debe haber pisado antes de convertirse en cadáver fue rastros de excremento.

Más de una vez he pensado que la verdadera intención de Bohumil Hrabal no fuera la de suicidarse, sino que su intención se limitó quizá a lograr que su sola presencia de anciano desquiciado fuera lo suficientemente poderosa

como para lograr que a ninguna de las palomas se le ocurriera regresar más.

Seguro se equivocó.

Es más que evidente que erró por completo.

Todo hace indicar que el sacrificio de Bohumil Hrabal no sirvió para espantar a ningún animal.

Hasta ahora deben encontrarse posadas allí aquellas palomas, ensuciando y enloqueciendo con su zureo a los ya suficientemente enajenados internados en aquella institución.

Pero éste era un hospicio de ancianos.

No la clínica de electroshocks donde fueron a parar las aves de rapiña conducidas por el esclavo.

A pesar de que el especialista lo había negado desde el principio, el esclavo había averiguado que las secuelas de los tratamientos a los que estaban siendo sometidas las aves de rapiña podían ser graves.

Al menos durante un tiempo las aves de rapiña iban a ser incapaces de tener plena conciencia de su condición en el mundo.

Iban a estar desorientadas, aprendiendo nuevamente hasta la más elemental de sus conductas habituales.

Sería la hora en que el esclavo se convertiría en más amo que nunca.

En cierto momento del relato, las aves de rapiña comenzaron a comunicarse en primera persona.

Empezaron a usar el nosotros para referirse a ellas mismas:

“Cuando tomamos consciencia de lo absurda y peligrosa que era la situación en la que nos encontrábamos dentro de aquel hospital, tomamos la decisión de salir de aquel recinto de inmediato.

Cuando nuestro esclavo arribó a la hora habitual de las visitas y enterarse de nuestra decisión de partir, puso su diligencia habitual para llevarnos a nuestra arboleda nuevamente.

Nos encontró en un momento previo a un ataque de claustrofobia.

Ya habíamos sido sometidas a cuatro sesiones de descargas eléctricas.

Las dos primeras pasaron casi inadvertidas. Nos acostaron en las camillas, nos aplicaron anestesia y despertamos como si nada fuera de lo normal hubiese sucedido.

Pero en la tercera sesión las cosas fueron diferentes. Despertamos antes de tiempo y el relajante muscular aplicado no había dejado todavía de surtir efecto. En otras palabras, nos encontrábamos rígidas, sin casi poder respirar.

Luego nos enteramos de que durante las sesiones, dados los atributos de los medicamentos, nos aplicaban respiración artificial por medio de un fuelle que abrían y cerraban manualmente con celeridad.

Sin embargo, en esa tercera ocasión despertamos y advertimos que el movimiento del fuelle no coincidía con nuestra necesidad de oxígeno, y mucho menos con nuestro ritmo respiratorio.

El año anterior habíamos participado, nosotras las aves de rapiña, en una película de carácter experimental que obtuvo cierto reconocimiento en algunos festivales.

Con aquel director teníamos el plan de repetir de cierta manera la fórmula, por lo que contábamos entre nuestros proyectos efectuar una emigración con fines artísticos unos meses después.

Cuando el director de cine se enteró de nuestra condición —la de haber sido internadas en el hospital con el fin de recibir aquel tratamiento—, se alarmó lo suficiente como para sugerirnos que adelantáramos el viaje.

Adujo que debíamos escapar de las condiciones que nos habían podido llevar hasta ese punto tan desesperado de nuestra salud.

Quizá sea obvio que afirmemos que el esclavo estuvo de acuerdo también con este plan.

En realidad, a pesar del verdadero interés del director de cine por nuestro bienestar, estábamos conscientes de que se trataba de una invitación algo ilógica.

Ahora que lo vemos a distancia advertimos que no tenía sentido realizar una migración semejante.

No estábamos en condiciones todavía para decidir sobre nuestro destino.

Pero allí estaba presente el esclavo. De acuerdo con la idea de que sus amos se ausentaran a la deriva por tiempo indefinido.

Dispuesto a quedarse cuidando la pequeña arbolada, los perros.

En ningún momento insinuó que tal vez no sería una buena idea realizar semejantes planes.

Tampoco dijo que extrañaría nuestra presencia. Que quizás algo en esa idea de viajar como una suerte de huida podía tener algo de contraproducente.

No.

Se limitó a asentir y a dejar todo listo para que nuestra migración se llevara a cabo sin contratiempos.”

Fue entonces cuando una de las moscas verdes intentó meterse en mi boca.

No era que la tuviera abierta, pero noté que hacía esfuerzos por introducirse entre mis labios.

Ya en ese momento sabía que ese tipo de mosca no era una especie exclusiva de la playa.

Me pareció entonces natural que existiesen en una ciudad que hacía de la ruinas causadas por los bombardeos una suerte de símbolo.

Comprendí entonces la verdadera naturaleza del dolor de las aves de rapiña creadas por Bohumil Hrabal en el texto *Gallinas de madera*.

Las enfermeras que guardaron los objetos de Bohumil Hrabal en una valija de cuero afirmaban que no fue posible colocar todas las páginas dentro.

Algunas hojas quedaron desperdigadas.

Una sobrina del escritor —una mujer mayor que resultó ser la única pariente viva— se presentó algunos días después a recuperar las pertenencias del tío.

Ella no vivía en la ciudad. Había emigrado desde que era una niña.

La figura del escritor en su vida era sólo un vago recuerdo.

Venía de hablar con la casa editora, donde averiguó que los contratos estaban en regla.

Bohumil Hrabal había firmado para no recibir nada a cambio por su trabajo.

A la sobrina sólo le faltaba pasar por las pertenencias.

Como es de suponer no había casi nada. Sólo quedaba la pijama de repuesto. La que no había usado para saltar por la ventana. La pluma fuente. Doscientas hojas de papel en blanco. Los dos frascos de tinta azul.

Cuando le entregaron la valija, la sobrina no pareció saber qué hacer con ella.

Conforme a derecho, los manuscritos ya habían sido recogidos por la editorial.

Lo más probable es que la sobrina se deshiciese de la valija cuando advirtiera que no contenía nada de valor.

No tengo idea de cómo, allí sentado en una banca de la Alexanderplatz, podía yo conocer con tal exactitud los detalles de la visita que hizo la sobrina de Bohumil Hrabal un mes después de que se tirase por la ventana.

Miré la sombra de la Antena de la Televisión y, pese a lo que hubiera sido lo lógico, la sombra no había avanzado ni un ápice.

Se encontraba en el punto exacto donde estuvo en el momento en que el perro de la mujer abrió el hocico con exageración.

Es más, curiosamente sentí que me encontraba sentado en aquel banco sin siquiera haber llegado todavía a la plaza.

Acababa de salir de la casa del sujeto sin escrúpulos que colocó un ácido lisérgico falso sobre mi lengua.

No acababa de despedirme de su persona.

De agradecerle en secreto el favor que supuestamente me acababa de hacer.

Pero no, estaba allí sentado.

En mi estudio.

Donde a veces escucho chillidos de ratas debajo del piso.

Las playas de Montauk estaban en mi recuerdo.

El Gran Hotel y el Centro de Experimentación.

Los animales mutantes, con formas de monstruo, que a veces aparecen en sus orillas.

En esas playas no sólo se ven las aves que se refugian en la arena buscando la muerte.

Las moscas verdes que sobrevuelan por sus orillas en busca de carne podrida o en proceso de descomposición.

Si miraba hacia el mar podría imaginar que en su fondo se hallarían no una sino varias piedras.

Estáticas durante siglos.

Desde el origen de los tiempos.

Sin conciencia de su ser piedra.

Se me hacía extraño que una de ellas hubiese sufrido reencarnaciones hasta convertirse en un ave.

Lo pensé de manera más detenida y noté que algo estaba mal en el origen de esta historia de *El cardenal y el tapacaminos*.

Según lo que yo tenía entendido era necesario que algo muriese para que tuviera la posibilidad de reencarnarse.

Se me ocurrió allí, sentado debajo de la Antena de la Televisión, en lo imposible de que una piedra muriese.

Quizá yo estaba equivocado al pensar en la muerte como la supone la mayoría.

Una piedra podría disolverse, eso sí.

De eso estaba seguro, y más en ese momento en que parecían haber disminuido las voces en la plaza que me llamaban por mi nombre.

¿A una desintegración se le podría llamar muerte?

Es probable, pensé.

Quizá por esa razón, cuando lo devastado llegase a su mínimo nivel podría hablarse de una transmigración.

El Cardenal no narraba, en ese libro al menos, cuál había sido la siguiente vida que le había tocado experimentar.

Pero tampoco lo verosímil del Tapacaminos estaba por lo visto resuelto.

Cuando el personaje mencionaba que había sido el perro de un faraón, al que habían eliminado una vez muerto su amo, no quedaba claro cuál era la perspectiva desde donde se situaba en el relato.

El punto de vista.

El Tapacaminos incluso se atrevía a describir la forma en que era momificado.

Entonces, pensé, quizá entre una encarnación y otra existe una suerte de estado gel de existencia, mediante el cual los seres, animados y no —el caso de la piedra es ejemplar— son una suerte de testigos de lo que está ocurriendo en la realidad.

Un estado gel de la existencia de una magnitud similar a la que en esa época vivía una ciudad como Berlín.

Encerrada dentro de un muro.

Con las vías de acceso controladas.

Subvencionada en virtud de ese mismo aislamiento.

Donde buena parte de los habitantes rendían una suerte de culto a la devastación sufrida décadas antes.

A las ruinas y descampados en lo que estaba convertida buena parte de la ciudad, sobre todo en la época en que la escogía como lugar ideal para experimentar con el ácido lisérgico.

Yo todavía, ahora lo entiendo, alcancé todavía a ser parte de esa historia.

Actualmente las huellas de aquel pasado cercano-lejano están borradas casi del todo.

Aunque todavía queda uno que otro anciano que mira hacia un punto indeterminado cuando viaja en metro.

Quizá la mujer que llevaba el dachshund entre los brazos aquella vez en la Alexanderplatz sabía más de lo que aparentaba su inocente pasear con el perro cargado.

Sin duda, aquel estado gel de la existencia debía estar presente también en los últimos años de vida de Bohumil Hrabal.

De otra manera no tiene explicación alguna —así lo creí yo en ese instante mientras oía a las aves de rapiña quejándose— que Bohumil Hrabal les dijera a las enfermeras con insistencia que no era él quien estaba escribiendo el texto que estaba escribiendo.

Que cuando se lo preguntaban afirmaba que *Gallinas de madera* no era un texto suyo.

En el tiempo que solicitaron ser internadas para ser tratadas de sus males cerebrales, las aves de rapiña se encontraban en un estado de desesperación pero ahora, por ejemplo, mientras trataban de comunicarse conmigo en la Alexanderplatz al tiempo que yo sentía cómo un par de moscas verdes recorrían mi cuerpo jamás se les ocurriría someterse a semejante tratamiento electroconvulsivo.

¿Dónde estaba la presencia del esclavo en ese entonces?

¿Su misión era la de obedecer con una diligencia extrema, como ciega, el menor de los caprichos?

A las propias aves de rapiña les parecía inexplicable que alguien con las capacidades intelectuales del esclavo hubiese permitido el internamiento en semejante institución.

Yo había escuchado hablar del hospital de pájaros que se encuentra en la ciudad de Delhi.

Me parece que se trata de un local regentado por miembros de la religión jainita, para quienes cualquier clase de manifestación de vida es sagrada.

Sabía que estaba construido a la manera de un minarete, y que a medida que se subía por la rampa central se iban apreciando a los lados una serie de jaulas con los pájaros dentro.

El recorrido comenzaba con las aves más afectadas, las que se encontraban en las partes inferiores y, mientras las aves se iban recuperando, iban siendo cambiadas a otras jaulas situadas cada vez más arriba hasta llegar a un mirador abierto desde donde los pájaros podían emprender el vuelo cuando lo decidieran.

Un hospital de pájaros.

Claro, eso era lo que hubieran necesitado las aves con las que me solía encontrar acurrucadas en algún recodo de las playas de Montauk.

En lugar de acariciarlas —causándoles, ahora lo sé, un terror extremo— o de ofrecerles algún pedazo de pan, lo ideal hubiera sido trasladarlas, como lo hacen cada día decenas de indios quienes llevan las aves heridas o moribundas en pequeñas jaulas o canastas.

Pero no.

Según sabía también, en esos hospitales existía sólo una prohibición: las aves de rapiña no eran bienvenidas salvo

para tratamientos ambulatorios.

Nuevamente se ponía en juego, frente a esa medida, la nueva relación que debemos establecer los seres humanos con los animales.

Precisamente aparecía de nuevo el aspecto —igual a lo que ocurrió en el parque cercano a mi casa cuando un grupo de personas se encontraban desayunando— la diferencia entre los animales carnívoros y los que no lo son.

En aquel hospital de Delhi se hacía una división.

Parecida a la que yo había establecido cuando observé a mis perros matar a una paloma sin que la víctima opusiera el menor atisbo de resistencia.

Pese a todo, por encima de esos pensamientos que me transportaban a aquella funesta mañana donde un grupo de personas colocó una paloma muerta en las ramas de un árbol, yo seguía oyendo a las aves de rapiña.

¿El esclavo en realidad busca el aniquilamiento del amo?, se preguntaban.

Por supuesto, se decían a sí mismas, su obsesión por servir tenía por fuerza que llegar al punto de devorar al elemento que es servido.

Debe servir y servir, en una mecánica incesante, hasta que el amo deje de ser amo para ser convertido en un desecho y así poder encontrar otro amo lo más pronto posible.

Las aves de rapiña me expresaron que cuando tomaron conciencia de lo absurdo y peligroso de la situación en la que se encontraron cuando fueron recluidas en la institución que recomendaron los especialistas, decidieron salir de inmediato.

Se comunicaron con el especialista principal de la institución.

Parece que adujeron que se encontraban allí por voluntad propia.

Fue de ese modo como lograron el alta instantánea.

Cuando el esclavo arribó a la hora habitual de las visitas y se enteró de la nueva situación de las aves de rapiña, aplicó de inmediato su diligencia habitual para llevarlas a la arboleda donde vivían en aquel tiempo.

El esclavo las encontró en un momento previo a un ataque de claustrofobia.

Para ese entonces las aves de rapiña ya habían sido sometidas a cuatro sesiones de descargas eléctricas.

Las dos primeras pasaron casi inadvertidas.

Las acostaron en la camilla, les aplicaron la anestesia y despertaron unos minutos después como si nada fuera de lo normal hubiese sucedido.

En la tercera sesión las cosas fueron diferentes.

Todo hace pensar que las aves reaccionaron antes de tiempo. Cuando el relajante muscular que les habían aplicado no había dejado de surtir efecto.

En otras palabras, despertaron rígidas y sin poder respirar.

¿Qué sucedió en ese momento?

Lo ignoro.

El caso es que de pronto la mujer del dachshund cargado entre los brazos desapareció, y yo advertí que esas aves de rapiña que se trataban de comunicar conmigo no eran otra cosa que yo mismo dirigiéndome a mí mismo.

Me vi entonces narrando la historia de uno de mis internamientos en el hospital.

Contando detalles de una experiencia que imagino parecida a la que debió vivir Bohumil Hrabal durante el tiempo que pasó internado en la institución pública donde fue recluido.

Fue entonces cuando le conté —ignoro a quién, pues sólo se encontraba presente la mujer del dachshund— que apenas advertí que las cosas con respecto a mi estado de nervios fueron subiendo de tono busqué ayuda profesional.

Lo hice cuando ya me pareció fuera de lo normal padecer una creciente depresión y sufrir cada noche varios ataques de pánico.

Menos mal que contaba con un esclavo al lado.

Aquel esclavo vería los asuntos relacionados a los aspectos médicos.

Los tratamientos que de seguro prescribirían.

Velaría por el cuidado de un cuerpo que seguramente con el tiempo ya no iba a ser capaz de valerse por sí mismo.

Fue de ese modo —con esa perspectiva en mi cabeza— como empezamos a visitar juntos a profesionales de prestigio, quienes recetaron una serie de medicinas que empeoraron, ya no sólo el estado emocional sino también el físico.

Como consecuencia de los efectos secundarios de muchas de las medicinas —entre otros síntomas— engordé de manera inusitada.

Llegué a pesar casi el doble que lo habitual.

Tuve que comenzar a utilizar ropas de medidas especiales.

Frente a estas marcadas reacciones, los médicos que habíamos comenzado a consultar se mostraban cada vez más ineptos.

Recuerdo que el esclavo los llamaba por teléfono y volvía con el nombre de un nuevo medicamento que se apresuraba a salir a buscar.

Una vez pasada la etapa de estos doctores —y ante la desesperación de ver que la angustia y los ataques se iban acrecentando— acudimos a los diferentes hospitales especializados en salud mental de la ciudad.

Para eso tenía a mi esclavo.

Para que tuviera lista desde el día anterior la ropa que debía llevar puesta al día siguiente, las alarmas colocadas a la hora precisa, las rutas que seguiríamos desde muy temprano en la mañana.

Por supuesto, bajo un orden estricto además, tenía organizados los documentos legales que nos pedirían en cada una de las instituciones que fuéramos a visitar.

De esa manera recorrimos decenas de instituciones, donde ningún especialista pudo dar con el origen del mal.

Nunca vi a mi esclavo cumpliendo de manera tan diligente su rol de verdadero amo.

Eran curiosos algunos elementos de su conducta, que se hacían particularmente evidentes en tales circunstancias.

Había momentos en que parecía olvidarse de sí mismo para entregarse por completo a su misión de amo esclavizado.

Finalmente, al ver que ninguno de los tratamientos surtía efecto, pregunté a un investigador de mi confianza lo que él haría si estuviera en una situación parecida.

Me contestó que había una suerte de acuerdo entre los profesionales del área, y si alguno mostraba un cuadro de esa naturaleza no recurrirían a los métodos que ellos mismos ofrecían en primera instancia a los pacientes y se someterían a un tratamiento radical que acostumbraban reservar sólo a determinados casos.

Se me rebeló el esclavo, grité poco tiempo después cuando cierta mañana desperté y me encontré solo.

¿Habrá ahora alguien dispuesto a cumplir el rol?

¿Cuál es el punto donde reside el dolor?

Es cierto, me dije, el esclavo huyó.

Pero, un momento.

Esto que cuento no puede tener lógica.

Se supone que yo me encuentro sentado en una banca de la Alexanderplatz luego de haber sido engañado con un trozo de papel.

Según el texto *Gallinas de madera* parece que el esclavo aprovechó que las aves de rapiña se encontraban lejos.

De viaje.

En otras comarcas.

Incluso con un océano de por medio.

Como está señalado en el texto, Bohumil Hrabal comentaba que quizá, en los últimos tiempos, las aves de rapiña no habían sido lo suficientemente radicales en el trato que acostumbraban llevar a cabo.

Flaquearon tal vez en algunos puntos.

Bohumil Hrabal dejó escrito que después de volver de un viaje anterior, las aves de rapiña le obsequiaron al esclavo un pañuelo escogido de manera especial.

Alguien muy cercano a las aves de rapiña se los hizo notar.

Otra ave, también de rapiña.

Les comunicó que semejante obsequio sólo podía significar un paso atrás en la relación que supuestamente habían edificado.

Alexanderplatz.

La Torre de la Televisión.

Aves de rapiña contratando esclavos para cuidar a los perros que solían mantener consigo.

Un anciano escritor checo recluido en una institución pública.

Un autor que cayó por la ventana de semejante asilo mientras el resto de los compañeros de reclusión pensaban que trataba de alimentar a las palomas que solían posarse en las ventanas del edificio.

Días después, cuando las enfermeras guardaron las prendas del escritor muerto, entregaron a los empleados de cierta editorial un manuscrito, titulado *Gallinas de madera*, que el autor afirmaba no haber escrito, a pesar de que los habitantes del pabellón donde estaba recluido afirmaban lo contrario.

Mientras yo me encontraba sentado en una banca de la Alexanderplatz, oí nuevamente que algunos de los personajes de ese libro buscaban comunicarse conmigo.

En cierto momento advertí que aquello era absurdo.

Yo me encontraba sentado en una plaza después de haber probado algo de ácido lisérgico.

Frente a mí se encontraba una mujer llevando un dachshund entre los brazos.

Fue entonces cuando advertí que lo pensado hasta ese instante sobre el contenido del libro *Gallinas de madera* era equivocado.

El texto estaba escrito en realidad en primera persona y era él, Bohumil Hrabal, quien se estaba quejando de la pérdida de un esclavo.

De su ayudante durante los últimos treinta años.

Incluso ésa era la razón por la que tuvo que terminar sus días internado en una institución pública.

Parece que Bohumil Hrabal equivocó la relación con su ayudante cuando le ofreció un obsequio.

Ese acto pareció romper —de manera definitiva además — la relación que había logrado hacer de su oficio de escritor algo más llevadero.

Luego de un viaje corto se le ocurrió obsequiarle a su asistente un pañuelo.

Aquella prenda —fabricada con una seda delicada— fue sin ninguna duda motivo de confusión sobre la naturaleza del vínculo que mantenía unidos a Bohumil Hrabal con su asistente.

Frente a mí continuaba presente la mujer que llevaba un dachshund entre los brazos.

Acababa de oír no sólo a unas aves de rapiña quejándose por el abandono de un esclavo, sino de saber también que mis perros Manga e Isaías habían matado a una paloma que caminaba alrededor de unos sujetos que acostumbraban desayunar de pie debajo de un árbol.

En ese momento me estaban llamando aquellas personas para decirme que colocara a la paloma en la rama de aquel árbol para que, al menos, gozara de una muerte digna.

Esos sujetos desconocidos, de alguna manera trataban de hacerme recordar los nuevos códigos de conducta que se deben establecer con los animales.

Comprendí que este tipo de relación ya no puede ser la misma que años atrás.

Los caballos ya no deben ser montados, a las langostas matarlas arrojándolas vivas a una olla de agua hirviendo.

¿Y los perros?

¿Qué se puede hacer con los perros?

¿Guardarlos por cientos en albergues?

No pude dejar de pensar en las palabras del especialista en Literatura de Aves Románticas.

Voz que fui escuchando al mismo tiempo que huía de aquel grupo humano que me exigía colocar a la paloma en una rama.

Fue impresionante el momento en que el disertador de la corbata roja relató que las aves del libro *El cardenal y el tapacaminos* habían transmigrado varias veces.

Miré casi al mismo tiempo a las moscas verdes —las que acababa de comprobar no eran exclusivas de las playas— y al daschund llevado en brazos.

Recordé que me encontraba en Berlín.

Que la ciudad ya no contaba con muro.

Noté que las moscas verdes que se habían posado sobre mí empezaban a moverse.

La del dorso de mi mano comenzó a caminar con dirección al dedo meñique.

Me dediqué a observar en detalle cada uno de sus movimientos.

Primero movía una pata, se quedaba quieta unos segundos, y accionaba la segunda al instante con igual parsimonia.

Quedé esperando cada uno de sus siguientes pasos.

Por algún motivo tenía la impresión de que me adelantaba a sus decisiones.

Como si bastara que yo lo pensase para que la mosca me obedeciera.

Que la mosca mostrara una conducta semejante me produjo satisfacción.

Imagino que se trataba de un placer similar al que experimentaban las aves de rapiña al mantener un esclavo a sus órdenes.

Un esclavo que ellas creyeron en un principio que tendría el aspecto de un Durero precolombino.

También el que obtuvo Bohumil Hrabal cuando tuvo un asistente a sus órdenes.

Ésa fue la época —la del asistente de Bohumil Hrabal— en la que se puso en primer plano en la academia el asunto de lo pertinente o no de considerar a la Literaturas de Aves Románticas como un tema de estudio.

Ciertos críticos, hasta esa época, afirmaban que les eran indiferentes las obras que tuvieran pájaros como protagonistas.

Algunos de los demás internados cuentan que Bohumil Hrabal pidió permiso a la enfermera principal para, como todos los días, dar un poco de migajas a las palomas apostadas en el alféizar de la ventana.

Durante cada comida, Bohumil Hrabal le sacaba las migas al pan que acostumbraban servirle.

Lo hacía con la intención de darlo después a las palomas.

Bohumil Hrabal colocaba los restos en una servilleta de papel.

No podía salir al alféizar a su libre albedrío.

Como se sabe, debía pedir permiso antes a la enfermera encargada del piso, la que a su vez avisaba a mantenimiento para que se presentara un empleado con la llave de la ventana.

Se supone que tanto la enfermera como el empleado se mantenían en la sala atentos a las acciones de Bohumil Hrabal.

Por algunos testimonios recogidos entre los demás internados, parece que demoraba cerca de cinco minutos en terminar el trance.

La enfermera y el empleado lo esperaban con paciencia. Sabían que no era un interno cualquiera.

Casi todos en la institución tenían conocimiento de que Bohumil Hrabal había realizado varios viajes al exterior, e incluso más de uno había visto alguna película basada en un libro suyo.

El personal estaba enterado de que había que tenerle una paciencia mayor a la habitual.

La rutina de alimentar a las palomas se repitió de manera diaria, hasta que el día de su muerte de pronto ya no lo vieron más.

La desaparición del cuerpo de Bohumil Hrabal duró lo que un pestañeo.

Ninguno de los testigos pudo dar fe del instante exacto en el que ocurrió la caída.

Por eso las elucubraciones sobre si Bohumil Hrabal saltó por voluntad propia o se resbaló mientras sembraba el alféizar de migajas.

La costumbre de quitarle las migajas al pan era quizá lo que hacía que a la vuelta de mi casa las palomas se juntaran alrededor de las personas que desayunaban a la sombra de un árbol.

Por más que lo busqué, nunca pude saber cuál fue exactamente el tipo de paloma que Manga e Isaías atacaron la mañana en que los llevé a pasear.

Pareciera como si las palomas mundanas fueran siempre las mismas.

Vi en la pantalla que existen de diversas razas, pero cada una de ellas tienen características especiales que las identifican.

En cambio, las que vemos en las plazas y calles de las diversas ciudades del mundo parecen ser todas de la misma especie. Tan comunes que da la impresión de que no vale la pena ni clasificarlas.

Como las moscas verdes que en ese momento se posaban sobre mi cuerpo.

Ya las había visto antes en las playas.

Rondando generalmente a alguna ave próxima a morir. A esos pájaros a los que me acercaba sin temor pensando que quizá habían decidido de pronto dejar de temer a los humanos.

Cuando hallaba a un ave en tales condiciones, no sólo la acariciaba sino que le hablaba de manera delicada.

Quizá de la forma cómo me hubiera gustado que se dirigieran a mí de vez en cuando.

No estoy tratando de decir con esto que haya tenido una infancia desdichada —me llevaban con frecuencia a las playas de Montauk.

Creo que se trató más bien de una etapa poco interesante.

De eso me di cuenta recién entonces, cuando miré la boca descomunal de un dachshund abriéndose de una manera casi antinatural.

Descubrí algo horrendo. Insondable. Como una especie de hueco, por donde uno pudiera observar, al menos por un instante, el vacío que separa una pared de otra.

Esta pared no es medianera.

Recuerdo claramente esa frase.

Estaba escrita en la azotea de la casa más modesta en la que me tocó vivir en la niñez.

La pared se alzaba erguida y sin pulir.

Mostraba trozos de ladrillo colocados de cualquier forma pero, pese a todo, se atrevía a advertir su carácter de no medianidad.

¿Por qué el dachshund no tenía cuándo pasar?, me pregunté.

No era que estuviera quieto. Que la dueña se hubiera detenido hasta el infinito frente a la banca donde me

encontraba sentado.

Se movía, pero no tenía cuándo pasar.

La mujer y el perro eran como la personificación del instante.

Lástima que un momento que podría considerarse sublime —el de la personificación del instante— estuviese representado por una mujer cualquiera llevando en los brazos un dachshund a través de una plaza reconstruida de la peor forma posible.

Pero las moscas avanzaban lentamente sobre mi piel. Ya para entonces había dejado de ordenarles lo que debían de hacer. La recorrían a su libre albedrío.

No sé cuál vergüenza puede ser mayor. La mía, experimentando un no tiempo y un no espacio artificial producto de un pedazo de papel remojado en químico, o la de Bohumil Hrabal despedazando panes con el fin de ofrecerlos después a las palomas.

Algunos afirman que las moscas verdes causan picaduras. Más de una vez vi en las playas a mujeres presas de ataques de nervios cuando eran atacadas por enjambres de moscas de ese tipo.

Sin embargo, en ese instante en que me encontraba dentro del interminable pasar de la mujer del dachshund me era imposible sentir algo en mi cuerpo.

Sólo era capaz de ver en todo su esplendor el espanto de la Torre de la Televisión que presidía la Alexanderplatz.

A la gente, a quien veía toda vestida de negro.

Iban y volvían mientras las moscas avanzaban por mi cuerpo.

Ese día, lo supe, ya estaba muerto. Incluso más que toda la realidad que me circundaba en la plaza donde me encontraba sentado.

Muerto como el perro de la editora que cazó un sapo venenoso mientras jugaba en el jardín de una casa de campo.

No bastaba con que se repitieran —cientos de veces además— las voces de quienes me llamaban por mi nombre en Alexanderplatz una y otra vez.

Debía oír también no sólo el clamor de las aves de rapiña ante la desaparición de un esclavo, sino la voz angustiada de mi editora tratando de explicarme que el sapo se puso blanco después de ser mordido por el perro.

La mujer del dachshund no terminaba de pasar.

Bohumil Hrabal no acababa de darle de comer a las palomas.

Las ratas no dejaban de pelear debajo del suelo de madera de mi estudio.

Las personas que desayunaban debajo de un árbol continuaban llamándome mientras yo corría de espaldas.

Cuando se encontró en el hospicio escribiendo *Gallinas de madera*, Bohumil Hrabal sólo contaba con el cuaderno, la pluma y el tintero.

Las palabras fluían sin que nadie lo viera titubear ni tomar apuntes en ningún momento.

Para aquellos testigos fue como si Bohumil Hrabal hubiera estado escribiendo en limpio todo el tiempo.

Según sus propias palabras, cada uno de los libros que Bohumil Hrabal fue creando fueron sólo aspectos de un mismo libro que venía redactando desde niño.

Empezó a escribir basándose en las formas de aquellos catecismos de tapas duras y blancas que solían llevar la réplica de un crisantemo atrapado en sus páginas.

El primero de los libros escrito por Bohumil Hrabal tomó forma a los diez años de edad.

Trataba de pájaros que conocía a simple vista.

Que había observado posarse en las ramas de los árboles de la cuadra de la calle donde vivía. Los que había visto espantarse y no aparecer durante varios meses seguidos después de los bombardeos que sufrió la ciudad que habitaba de pequeño.

Antes de que lo internaran en el asilo, Bohumil Hrabal mantenía uno o dos pájaros de cartón que mantenía en una jaula que solía colocar cerca de su cama.

Lo decía cada vez que se lo preguntaban.

Bohumil Hrabal afirmaba que su gran preocupación en aquel momento de su vida eran esos dos pájaros cuya jaula debía estar siempre cerca de su cama.

Afirmaba que hubiera deseado darles toda la atención, pero siempre aparecían cosas que lo distraían. El noticiero de la radio. El acto mecánico de levantarse en las mañanas

y salir al frío del pasillo de la habitación que rentaba con el fin de ir al baño comunal.

En algún tiempo, Bohumil Hrabal llegó a decir que escribir lo distraía del hecho de escribir.

Bohumil Hrabal tenía ciertos conocimientos sobre aves. Siempre había vivido cerca de un pájaro. Desde pequeño, cuando en plena capital su madre lo arrullaba con el clásico canto “Gallinas de madera, huevos de cristal”, gracias al cual hicieron dormir a casi todos los niños de su generación.

Nadie sabía con exactitud la razón por la que después de los bombardeos que sufrieron las poblaciones aledañas se dejó de cantar esa nana para arrullar a los bebés.

El día que cayó del alfeizar, Bohumil Hrabal subió con mucho cuidado llevando en sus manos el pan recolectado el día anterior.

Durante la última visita del médico asignado para examinar a los internados Bohumil Hrabal, después de dar varias vueltas inquietas por el pabellón, se sentó en una esquina y se tomó la cabeza con las manos.

Allí, con las piernas ligeramente abiertas comenzó a relatar lo terrible de la escena que protagonizaban las aves de rapiña cuando decidían de pronto deshacerse de la jauría de perros que tuvieran a su cargo.

Era tremendo, repitió, ser testigo, en calidad de esclavo además, de cómo de pronto las aves de rapiña parecían enloquecer y atacaban sin piedad con sus picos afilados a los perros que el mismo Bohumil Hrabal se había visto en la obligación de amarrar momentos antes.

Los perros aullaban de dolor.

Las aves de rapiña se ensañaban con los ojos de sus víctimas.

Oí, sentado en la Alexanderplatz, el canto de algunos pájaros.

Sobre todo los de aquellos que van a morir a las playas, que no cantan precisamente sino que emiten ciertos sonidos que no son perceptibles para todos.

Esos ruidos fueron los que realmente escuché en ese momento.

También los aullidos de los perros cuando eran atacados de manera furibunda por las aves de rapiña.

Miré que las moscas ahora caminaban por mi cuerpo sin mi dirección. Avanzaban a su libre albedrío. Ya no les ordenaba qué paso seguir.

¿En qué momento me distraje?

¿Realmente me afectó la escena en que Bohumil Hrabal dio vueltas por el pabellón ante la llegada del médico una semana antes de morir?

Bohumil Hrabal había caído al tratar, no de matar sino de alimentar a su posible presa, fue lo que me dijo más de una vez la analista con la que hablaba del escritor.

Fueron muchas las sesiones en las que Bohumil Hrabal fue el centro de atención.

Tal vez demasiadas.

Fue luego, de una manera casi natural, que pasamos a tratar al asunto de la relación entre el amo y el esclavo.

En el ropero del señor Bernard falta el traje que más detesta

Yo sé bien lo que están haciendo: de otra manera no tendría sentido caminar por los pasillos de los cementerios, buscar las palabras de personas que están situadas en la morgue de mis recuerdos. Hacerme aspirar el aire mojado, cargado de la humedad del asma de mi infancia. No sé por qué se trató siempre de dar una explicación hasta cierto punto psicológica a este asma persistente. Se llegó a insinuar incluso que fue creada en forma artificial con el fin de atenuar otros defectos mayores; los socialmente inaceptables. Pero aquí estoy con el cuerpo en directo camino a la deformación, siendo una sombra que busca atisbar, principalmente por las ventanas de las casas de los demás, asuntos que ya no parecen concernirme. Descubriendo que casi todo en mi vida no fue más que una equivocación. Mi nacimiento, mis años de formación, la búsqueda por hacerme yo mismo. Un gran error. Este viaje más bien —en el que me siento involucrado de alguna manera con el señor Bernard— no hace sino confirmarlo. De otra manera no hay forma de entender el peregrinar lento que solía realizar junto al señor Bernard por los bordes del farallón. Parece que al hacerlo ambos buscábamos el amparo de posibles caminos no equivocados. Que tratábamos —muchas veces en forma algo desesperada— de constatar que pudieron haber existido otras rutas posibles a seguir. El señor Bernard, de

naturaleza callada, acostumbraba expresarse mucho cuando estábamos juntos. Solía hablar y hablar sin detenerse. Podía ser que yo le otorgara una confianza que le era imposible hallar en las demás personas. Cuando estábamos uno al lado del otro solía constatar un asunto que a veces me avergüenza discutir. Que nací en un momento equivocado. Que casi no guardo relación con las personas de mi edad. Para entablar un diálogo de cualquier orden debo hallar a personas que tengan mucho más años de vida que yo. Me agrada, de esa forma, convertirme en una suerte de recipiente de ideas que apenas comprendo. De enseñanzas del pasado, que la mayoría de las veces carecen actualmente de vigencia. Lo más extraño de una situación de este orden, es que es sumamente frecuente mi encuentro con personas con estas características. No me refiero a personas mayores necesariamente. Ésas las hay en todas partes. Sino a seres de cierta edad que sienten una necesidad constante de narrar sus historias. Que desean exponer una serie de ideas o presupuestos mentales. Quizá me eligen a mí porque soy un ser algo deforme. Ni muy joven ni muy viejo, pero deforme. Es lo primero que llamó la atención del señor Bernard. Me lo dijo tiempo después. Cuando nuestras caminatas lentas, sirviéndole yo de pretexto para poner en orden sus ideas, comenzaron a convertirse en un asunto que poco a poco comenzó a escapar de los límites de la normalidad. Es decir, fueron diarias y duraban muchas horas seguidas. A veces de sol a sol. Casi siempre se llevaban a cabo al borde del mar. Cerca del lugar donde nos conocimos. Hoy el señor Bernard está muerto y extraño de algún modo aquellas excursiones. De alguna manera, mi vida después de su desaparición ha vuelto a ser casi la de antes. Al menos en su aspecto externo la rutina que llevo —la de no hacer nada que sea considerado productivo— se mantiene intacta. Pero

por dentro soy otro. Llevo conmigo todo el tiempo las palabras del señor Bernard. Sus largos discursos ininterrumpidos. Llevo conmigo también la ignorancia de si los asuntos y las ideas que expresó eran ciertas o no. Recuerdo que lo conocí cuando ambos circulábamos por la vereda que se extiende en la parte baja del farallón. El señor Bernard subía de la playa y yo iba hacia ella. Caminábamos en sentido contrario. Precisamente segundos antes de cruzarnos una piedra se desprendió del acantilado y cayó sobre su cabeza. El señor Bernard se cubrió el cráneo con las manos. Acto seguido se arrodilló. A través de sus manos extendidas pude ver cómo brotaba la sangre. Me acerqué al hombre arrodillado. Al principio —como no creo en realidad ser nadie— temí ser repelido. Que mi interés por ayudarlo fuera despreciado, de una forma agresiva además. Ya me ha sucedido en otras oportunidades. Casi siempre con el grupo de turistas —algo confundidos— que muy cerca de este farallón acostumbran buscar con afán la tumba de Paul Valèry. Suelen huir cuando me ven acercarme para mostrarles la dirección correcta. Estoy sumamente acostumbrado a observar a personas venidas de afuera en situaciones semejantes. Gente desorientada en busca de los restos de un poeta. No necesariamente se encuentran perdidas en algún punto del poblado —en medio de algún puente, caminando por alguna senda perdida— sino que la mayoría está perdida ya dentro del mismo cementerio. A veces los escucho a lo lejos. Sobre todo cuando las condiciones del viento son favorables. Casi siempre comienzan quejándose de las características del cementerio donde se encuentran efectuando sus pesquisas. El cementerio que describe Paul Valèry en el libro es totalmente distinto, suelen repetir. ¿Dónde están aquellas olas estrellándose contra las lápidas? ¿Dónde las tumbas sumergidas durante varias

horas seguidas mientras se mantiene alta la marea? En efecto. Tienen razón. Aquel cementerio está situado sobre una colina, algo lejos del mar. No tiene casi nada de marino. En realidad, es como cualquier otro camposanto propio de un poblado de costa. Alejado por completo de las mareas y de la furia de las olas. Incluso en el lugar donde se encuentra ubicado, el mar se muestra más calmo que de costumbre. No como el que se presenta en la zona de los farallones, donde hallé aquella mañana herido al señor Bernard. Tiempo después, el mismo señor Bernard me dijo que esa piedra fue lo que selló nuestra relación. Que algo extraordinario —difícil de explicar además— fue lo que hizo posible que sucediese aquel accidente —con sangre de por medio—, para que a partir de ese momento nos volviéramos compañeros eternos de paseo. Y creo que tenía algo de razón. Al menos en la parte del discurso en el que afirmaba que a partir de entonces caminaríamos juntos casi todas las jornadas. El día del accidente lo acompañé hasta su casa. Vivía en una pequeña vivienda construida al borde del precipicio, que contaba con una terraza desde donde se apreciaba el mar en toda su extensión. Me pidió que lo dejara solo y que al día siguiente volviera para buscar mi recompensa por haberlo ayudado de esa manera. Así lo hice, y cuando regresé me esperaba con un plato de sopa servido en una mesa colocada en la explanada desde donde solía contemplar el mar con la mayor de las comodidades. Hizo que me sentara. El señor Bernard no comió nada. Se colocó en la otra silla —la mesa no contaba con ninguna más— con un vaso de agua delante de su cuerpo. La sopa era simple. Al menos así me lo pareció. Había sido hecha con pescuezos y alas de ave. Imaginé al señor Bernard llenando de agua una cazuela y colocando los restos de un pájaro adquiridos en el mercado cercano. Lo vi aplicando un poco de sal y esperando a que hirviera semejante

mezcla. Empecé a tomarla, como dije, frente a un mar que se abría frente a nosotros. En ese momento caí en la cuenta de que todo no era más que un grave error, lento eso sí, largo y detenido en su propia maraña, brumoso además, rodeado de la niebla perpetua que se instaló en mis pulmones desde el primer momento en que nací. Un error seguir con vida, me dije. Una equivocación haber intentado bajar el día anterior a la playa por la vereda del farallón. Ver cómo el señor Bernard era herido por una piedra. Haberlo auxiliado llevándolo a su casa y estar en este momento tomando una sopa preparada con los restos hasta cierto punto deleznables de un ave cualquiera. Yo sé que hay quienes desean hacerme sentir como alguno de los personajes de los libros que acostumbro escribir de manera imaginaria. Suelo reflexionar alrededor de esa idea cuando me encuentro sin compañía por más de cuarenta horas seguidas. Que tienen como fin que me haga a la idea de que soy un personaje central de las obras que nunca he escrito ni escribiré, pero que invento todo el tiempo que estoy creando. Aquellos libros que cargan la muerte a sus espaldas, que fueron escritos en la mayor de las inconciencias y que regresan a mí de cuando en cuando como un latigazo dado a destiempo. Ahora estoy débil para soportar una situación semejante. Acaban de morir el señor Bernard y su largo discurso. La furia que ponía en las palabras invisibles parece cosa del pasado. Justamente lo percibo como un asunto olvidado en el tiempo ahora, cuando más necesito la negritud de su discurso, el desdén que mostraba por el resto. No estoy seguro de si al señor Bernard le causé algún tipo de daño con mi presencia. Creo que sí. No era un habitante propio de este lugar. Se trataba de un foráneo de Brest que se había instalado en el poblado por razones misteriosas. Aquel fue un asunto que yo nunca olvidaba y siempre, a la menor oportunidad y para su

disgusto, lo sacaba siempre a colación. Ahora, dentro de la lentitud con la que continúo recorriendo ya de manera solitaria los senderos que caminábamos con el señor Bernard, no hago sino comportarme ante mí mismo como un limosnero que acepta con una sonrisa cualquier resto, especialmente por los extranjeros que habitan de manera clandestina el puerto, que me ofrezcan los demás —incluidos algunos parecidos a los que conformaban la sopa que el señor Bernard me ofrendó al día siguiente de nuestro encuentro—. Eso soy, un resto, eso fui, un resto de cuerpo. Yo no estoy en mí, sino en el brazo perdido que llevo siempre conmigo. Allí creo que se encuentra habitando la verdadera esencia, en el vacío de lo que nunca existió. Quizá es por eso que he vivido siempre en el eco fantasma del alma faltante. Eso lo descubrí la noche del horror en la que logré ver por primera vez mi propia escritura inexistente, representada teatralmente en la calle por una suerte de músicos ambulantes. Allí delante de mí —junto a un grupo de personas que se congregaron como yo en mitad de la acera—, descubrí que todo lo que había creado en la mente no era sino un simulacro del mundo que debería estar viviendo, no yo sino el brazo perdido. Aquellos músicos daban la impresión de representar un universo inventado sólo para ese miembro. El resto —la realidad de todos los días— no era sino un simulacro pobre y deslavado. Un ensayo de verdad, plagado de rasgos horrorosos. De contornos difíciles de definir. En cambio, en el centro de la escena de aquella representación, donde se ponía en práctica un libro que escribí sin haber escrito —pero que calzaba perfectamente con una de las obras literarias que llevo de manera constante dentro de la cabeza— apareció el fogonazo de lo real. Aquel —aparte de mi encuentro con el señor Bernard, que ocurrió semanas después de aquella representación callejera— fue el

momento decisivo de mi vida, estoy seguro. Descubrirlo y ser inoculado físicamente por la muerte, no fue sino una sola acción. En ese mismo momento, cuando terminó la representación dramática, no pude sino correr detrás de la ficción, tomar por la cabellera a mi propio personaje imaginario —un sujeto enclenque que se expresaba a través de una voz cavernaria— y hacer que introdujera dentro de mi cuerpo la razón de mi muerte. Lo extraño de la existencia de un suceso semejante me lo explicó el mismo señor Bernard tiempo después. Cuando ya éramos lo que podría considerarse amigos. Lo curioso es que a pesar de que el personaje de mi propia no ficción inoculó lo que se llama la muerte en mi cuerpo, quien falleció fue el señor Bernard y no yo. Me consta que su deceso no tuvo relación con la piedra que le cayó en la cabeza cuando lo conocí. Murió en un accidente. Fue atropellado irónicamente por una ambulancia. Ese día fue uno de los pocos en que no realizamos nuestro paseo habitual, pues el señor Bernard debió ir en aquella ocasión al hospital a realizarse un chequeo de rutina. Estaba en la obligación de hacérselo por lo menos una vez al año. De otra manera no seguiría recibiendo el modesto estipendio que el gobierno le otorgaba siempre y cuando pudiera valerse por sí mismo. Las autoridades habrían preferido quitarle ese pago e internarlo en un asilo o en un hospital situado, además, en su ciudad de nacimiento, la cual parecía detestar de manera rotunda. Era mucho más barato para el Estado confinarlo junto a muchos más como él. Por eso debía demostrar cada cierto tiempo que no era todavía candidato para semejantes instituciones. Es paradójico que el viaje que hizo para demostrar su salud fue lo que lo llevó a la muerte. A la salida del hospital fue arrollado por una ambulancia que salía enloquecida al llamado de una emergencia. Hasta ahora no me explico cómo el señor

Bernard no escuchó la sirena que, aseguraron los testigos, hacía sonar la ambulancia en ese momento. Me parece extraño que alguien como el señor Bernard se hubiese visto incapacitado para identificar el símbolo que el ruido que un vehículo de esa naturaleza acostumbra llevar consigo. Pero si veo las cosas con distancia, me parece curioso también que al señor Bernard le hubiese caído una piedra en la cabeza mientras caminaba por la vereda del farallón. Como el señor Bernard mismo tomó al poco tiempo ese accidente como símbolo de nuestro encuentro, no le di en ese entonces demasiada importancia a semejante casualidad. Pero cuando me enteré de lo de la ambulancia, los sucesos cobraron otro sentido. La existencia del señor Bernard —y la cantidad casi infinita de palabras que emitió durante el periodo en que lo conocí— se limitó dentro de mi existencia desde el día que le cayó la piedra en la cabeza hasta su muerte cuando fue atropellado cuando regresaba de la visita al hospital. El tiempo que pasó entre ambos sucesos no fue demasiado largo. Calculo que no llegó ni a los seis meses. Lo sé bien porque fue el periodo en que no visité el cementerio marino. Cuando fui de nuevo —buscando mirar otra vez a los turistas desilusionados— el guardián me dijo a manera de saludo que precisamente hacía un tiempo semejante que no me veía. Me dijo también que mi cuerpo iba en declive. Que era impresionante notar lo rápido que se había transformado en ese lapso. Cuando lo escuché, de inmediato relacioné ese supuesto cambio con los paseos realizados al lado del señor Bernard. Entre otros asuntos, las palabras del señor Bernard me hicieron encontrar otra forma de escritura. Si bien es cierto que también fue mental como la anterior, en esta nueva manera la escritura fue llenándose poco a poco de contenidos. Los que me iba proporcionando el propio señor Bernard, por supuesto. Mientras iba pensando en que el señor Bernard me había

convertido en un escritor mental de una suerte de sabiduría ajena, el guardián del cementerio aseguró al verme que mi cuerpo iba en declive. Como una tabla que fuerzas extrañas fueran bajando poco a poco hasta colocarla de manera horizontal, aseguró. No sé quiénes te estarán haciendo eso, añadió, pero una vez que lo logren habrán acabado contigo. Dijo que los ángulos corporales estaban visiblemente acortados. Me llamó la atención que aquel sepulturero le echara la culpa de aquellos cambios a alguien más. En realidad, aparte de la falta del brazo, mi cuerpo se comenzó a deformar hace como diez años. Creo que fue por acción de los medicamentos gratuitos, los definitivos, que debo tomar regularmente. Primero se deformó el vientre. El estómago, el pecho, la parte frontal del tórax empezaron de pronto a tener una no razón de ser. El hombro se angostó de una manera exagerada. El cuello se hundió y desalargó al mismo tiempo. Recurrí en cierta ocasión donde un huesero, que atiende en la parte alta del poblado, para que lo estirara y tratara de volver a ponerlo en su lugar. Las palabras que expresó el sepulturero me hicieron recordar que debo de estar atento a mi cuerpo. Esta premisa la olvidé por completo mientras duró mi relación con el señor Bernard. Tengo que saber lo que sucede con mi cuerpo sobre todo en los periodos en que lo atiborro de medicamentos. Mi relación entonces, con el sistema digestivo sobre todo, se agudiza. Debo estar alerta, de manera especial, a mis propias excrecencias. Mi cabeza, mi mente, son algo aparte. Aunque precisamente parece ser ésa la parte que más sufre con los cambios. Experimenta desde estados convulsivos —que desatan un pánico inusitado a quienes tienen la desdicha de ser testigos de esos estados— hasta convencerme de que estoy escribiendo un libro que me dicta el señor Bernard desde el día en que me invitó a comer una sopa preparada con alas

y pescuezos. A veces no puedo mover la cabeza con violencia porque empiezo a sentir una serie de rebotes —como ondas que se expandieran hacia el vacío— que me hacen escribir mentalmente más de prisa. Sufro también de ataques de sueño. Fulminantes. Precisos. Los cuales son imposibles de no obedecer. Me veo a mí mismo —no creo que tenga necesidad de aclarar que se trata de algo imaginario pues nunca he salido de este poblado— caminando por las calles de alguna gran ciudad y entrar a un café para quedarme dormido junto a la taza recién servida. Es tan profunda la caída y de tan breve duración que cuando despierto ignoro lo que ha sucedido. No sé dónde me encuentro y por qué he experimentado tantos sueños agolpados durante ese periodo. Miro mi reloj y constato que no han pasado más de cinco minutos. Pese a todo, mis piernas todavía parecen recordar mis años de ciclista semi-profesional. Cuando recorría más de cuarenta kilómetros diarios y doscientos los fines de semana. De aquí a Montpellier diario y una vez al mes hasta Marsella. Éstas fueron las únicas ocasiones en que salí del poblado. La bicicleta me la regaló un viejo jardinero. Pertenecía a su hijo, quien un día lo abandonó de pronto para ir a instalarse a una gran ciudad. El jardinero quiso regalármela, no vender el vehículo, porque no deseaba lucrar con la tristeza que le causaba la ausencia del hijo. Creo que las piernas siguen fuertes. Al menos el sepulturero no hizo ninguna alusión a esa parte de mi cuerpo. Mi mano derecha, eso sí, me hizo llevarme una gran sorpresa. Yo pensaba que como hacía el doble trabajo que cualquier mano tradicional tendría duplicada su fuerza. Fue curioso constatar que, por al contrario, se trataba de una mano no muy poderosa. Ahora, en este momento, parado frente a la puerta del cementerio marino, nada me duele. Me asusta que a veces me falte el aire, por eso llevo

siempre un nebulizador de salbutamol conmigo. Me lo regalan también en la institución donde me atiborran de los demás medicamentos. Ya no me asusta ir en bicicleta ciertas noches en las que no veo bien, pues el señor Bernard me prohibió utilizar semejante vehículo a pesar de los anteojos de cristales amarillo intenso que me ayudan a vislumbrar algo en la oscuridad. Afirmó que en mis condiciones el ciclismo era algo demasiado peligroso. Me obligó, recuerdo bien la tarde en que esto ocurrió, a ir a la casa del jardinero, padre del hijo pródigo, para devolver la bicicleta. El padre se desconcertó al verme. Parece que lo invadió un sentimiento que mezclaba el rechazo con la esperanza. Finalmente se acercó a la bicicleta, la abrazó, y soltó algunas lágrimas. No quise saber más. Abandoné rápido la escena y fui a decirle al señor Bernard que ya había cumplido con su deseo. Deseaba informarle que mi vida corría un peligro cotidiano menos. Pero ya no le pude decir nada, porque precisamente aquél fue el día en que el señor Bernard murió. En la terraza de su pequeña casa encontré a ciertas mujeres vestidas de negro acompañadas de un policía. Pretendían forzar la puerta de entrada para sacar algún traje digno para un entierro. Debían vestirlo lo más pronto posible. No fue necesario hacer nada con la cerradura. Yo les abrí con la llave que el señor Bernard me había confiado. Nadie me hizo ninguna pregunta. Las ancianas se limitaron a escudriñar el ropero y el policía se quedó en la terraza mirando el mar. Era un día de neblina. Me pareció el clima adecuado para las situaciones que había experimentado esa jornada: el llanto del padre abrazado de la bicicleta y la noticia de la muerte del señor Bernard. Cuando las ancianas acabaron, salieron de la casa y cerraron la puerta. Se fueron caminando sin mirar atrás. Yo me quedé solo sentado en la terraza. En la mesa donde en cierta ocasión el señor Bernard me invitó un plato de

sopa. Me quedé mirando hacia el mar y estoy casi seguro de que fue en ese momento cuando comencé a escribir de nuevo. Por supuesto, no necesité lápiz y papel para hacerlo. Escribí y escribí toda la noche. Recordé a mis amigos, a los verdaderos, no a los alcohólicos del poblado. Empecé escribiendo sobre mis conocidos de París —ciudad en la que no he estado nunca—. Sobre las maneras que tengo de entender la literatura. Sobre cómo un escritor de cuyo nombre no me acuerdo no era nada amable con otro que tampoco recuerdo, pues las dos páginas de crítica que le dedicó se trataban solamente de una suerte de cemento armado. Es evidente, continuaba diciendo el señor Bernard, que hacer eso le hizo bien al primer autor, fue un calmante para él, lo tranquilizó al menos por un tiempo. Esa oposición de dos visiones estaba muy bien trabajada en el libro que escribió aquel autor. Por ello, sobre todo en los libros de un Movimiento Literario Sumamente Innovador, suceso literario del que me considero prácticamente su creador, particularmente en los míos —como sabemos, ahora soy el señor Bernard escribiendo muerto desde la terraza donde sirvió, serví, en alguna ocasión un plato de sopa compuesta de cabezas y alas de ave del mercado—, hay algo de peligro. Es obvio que mis textos nos introducen a fondo en una problemática sin dar ninguna explicación. A propósito, hay una frase afortunada de un escritor desconocido: “El texto es un espacio donde el mundo ocurre”. Es decir, que la obra no es un espacio donde el mundo se da, sino que el texto es un relato hecho después de que el universo ha transcurrido. Sin embargo, pese a las palabras en apariencia lógicas de este autor, en los libros del Movimiento Literario Sumamente Innovador la materia es un espacio donde el mundo ocurre a cada instante. Esto incomoda al lector. En un principio, y quizá por esa razón, yo no tuve una gran cantidad de personas que me leyeran.

Debo incluso decir que conté con muy pocos lectores que se acercaran a mis textos. Pese a todo, cuando apareció mi cuarta novela, yo ya era muy famoso. Había páginas enteras en las revistas y suplementos literarios que explicaban cómo mi obra podía ser tan ilegible. Cuando se publicó este último libro —que yo consideraba una obra maestra, cosa que se constató tiempo después— apareció ante los demás como una novela totalmente incomprensible. Se vendieron cuatrocientos cuarenta ejemplares. Es cierto que con eso me hubiera alcanzado para comprar las medicinas sin recurrir a las instituciones públicas, e incluso hubiese podido tal vez comprarle la bicicleta al anciano jardinero y evitar así que siguiera sufriendo con la constante presencia del vehículo de su hijo. Pero para ser un escritor célebre, del que todo el mundo hablaba, que se vendieran cuatrocientos cuarenta ejemplares era un contrasentido. Curiosamente, mis novelas se tradujeron muy rápido en todo el mundo y uno se puede preguntar por qué un libro que era considerado en esa época ilegible, era ya un libro de texto en una colección universitaria canadiense y de Estados Unidos. En esas editoriales se publicaron los libros creo que como textos para aprender francés. Había, es cierto, un uso de la lengua muy correcto, muy puro, muy preciso y por ello el libro podía servir para aprender pero, pese a todo, no podía ser leído por los franceses. Cierta mujer escritora redactó su primer libro en 1938, el mismo año en que fue publicado el libro mío al cual me refiero. Ella era completamente desconocida. Ni siquiera un prefacio de un escritor muy famoso, que acompañaba la edición, había servido para nada. Era una escritora a la que nadie leía. Entonces, me propuse reeditarla, ya que era una escritora que me interesaba mucho. Los libros de otro autor más —cuyo nombre no me viene tampoco a la memoria— eran

igualmente totalmente desconocidos. En esa época, ese autor publicaba sus novelas en una pequeña editorial, a las que añadía explicaciones, eso convertía sus textos en algo muy extraño. Cuando tuve sus libros entre mis manos aquel autor —que llegó a ser Premio Nobel— era un escritor muy espontáneo, lleno de una fuerza creadora infinita, y los relatos que escribía eran impresionantes. Se trataba de un escritor que yo no conocía, a pesar de que ya había publicado algunas novelas. Como señalo, el texto me pareció extraordinario, el tipo de escritura que debía darse a conocer y el estilo de autor que debía hacerse público. Era diez años mayor que yo. La mujer escritora a la que me referí era veinte años mayor que yo, pudo haber sido mi madre. Ambos eran completamente anónimos porque no escribían como supuestamente se debía hacer en ese momento. No obstante, el escritor del que ahora hablo añadía explicaciones al final. Me parecía algo curiosa esta acción. De pronto, al realizar estas explicaciones, a veces un tanto desesperadas, la energía creadora de este autor caía de una manera asombrosa. Estas suertes de aclaraciones producían una pérdida de valor considerable en sus libros. Entonces lo busqué y le dije que su obra me parecía fantástica, pero no entendía por qué incluía explicaciones al final. Me respondió que no le gustaba hacerlo, pero que estaba obligado. De otro modo le rechazarían el manuscrito, sin las explicaciones la gente no entendería absolutamente nada de lo que estaba tratando de expresar. Le propuse que lo entregara así. Entonces, presentó en su editorial el manuscrito sin ninguna advertencia que lo acompañara. Fue rechazado de inmediato. Eso me permitió publicarlo. Empezó entonces a ser conocido. Es extraordinario que los dos únicos premios Nobel que ganó Francia fueran obtenidos por dos autores del Movimiento Literario Sumamente Innovador. Escritores

a quienes nadie quería. La historia de la editorial que dirigí durante algún tiempo —el señor Bernard en más de un paseo me otorgó el derecho de asumirme tanto como escritor como director de las editoriales que deseara— es una bella historia, una *success story*. La Segunda Guerra Mundial, como todos deben saber, fue una fuerza muy destructiva en Europa. No hablo sólo de los estragos de la aviación americana en la vieja Alemania, sino también de los que ocasionó en Francia. Mi odiada ciudad natal, situada casi al otro extremo del país, fue totalmente destruida por los americanos, no quedó una sola casa, es increíble. No sólo hablo de la materialidad de las construcciones, que estaban totalmente en ruinas, sino que toda la civilización occidental se encontraba de esa forma porque había una especie de fracaso del humanismo. Por una parte, los campos de concentración, de exterminación, y por otra el sistema soviético que liquidaba a sus oponentes. Parecía que el humanismo no hubiera servido de nada. Al contrario, daba a veces la impresión de haber servido de aliciente para que se llegara a aquel estado de las cosas. El desastre que era apreciar desde esa perspectiva la civilización, teniendo como fondo la brutal destrucción de las ciudades, era algo impresionante. De manera extraña ése fue un gran periodo creador. Es decir, que ése fue en Europa un gran periodo de desarrollo creativo no sólo en el campo de la escritura —comandado principalmente por el Movimiento Literario Sumamente Innovador que ayudé a crear—, sino en las demás artes y en el pensamiento en general. No sólo en Europa ocurría algo semejante. En muchas partes del mundo se notaban los cambios de percepción. La guerra había devastado Japón y otros países, y yo creo que todo tiene que ver. Las ruinas, el mundo en ruinas, eran una incitación a crear un mundo nuevo. No a reconstruir el viejo sino a producir, a

crear una civilización distinta con los restos del pasado. En todo caso, yo sólo escribo de mí mismo. Al hacerlo, creo, escribo también en nombre de muchos otros. En el de los grandes artistas que quizá hubieran podido surgir, pero que perdieron la vida en algún campo de batalla o víctimas de algún bombardeo. Mi cuarto libro, por ese motivo —por el de dar cierta voz a los que tuvieron que quedar mudos— era un fragmento de mi autobiografía. Yo viví en la casa que aparece en el libro. Yo soy un personaje. Mirándola bien, el conjunto de mi obra es autobiográfica. A los escritores del Movimiento Literario Sumamente Innovador se les ocurrió —sin ponerse de acuerdo— introducir en el relato un personaje que llevara su propio nombre. Otra escritora más de este mismo movimiento escribió también un libro utilizando una fórmula semejante. Exactamente en la misma época redacté yo una autobiografía, un poco antes de que el autor que después ganó el Premio Nobel escribiera la suya propia. En realidad, toda la obra de aquella escritora a la que me refiero es autobiográfica, toda la obra del futuro ganador del Premio Nobel también lo es. Simplemente se complicaba la información al incluir un personaje que llevara nuestro nombre sin respetar las leyes de la autobiografía tradicional, que en esa época había sido acotada, normativizada, por un académico imbécil en un trabajo académico, que tuvo cierta relevancia en la época, donde se refería a un cierto pacto autobiográfico. Había dos reglas que ese tarado enunciaba en el famoso pacto: uno sólo puede empezar su autobiografía cuando haya comprendido el sentido de su existencia. Bueno, lo siento mucho pero yo empiezo mi autobiografía precisamente porque no entiendo el sentido de mi existencia. La segunda regla que ponía aquel sujeto era que el escritor tenía derecho a equivocarse, pero no derecho a mentir. Esto es muy curioso porque más adelante ese mismo badulaque

cita una gran autobiografía. Hace alusión a un libro admirable que es un increíble tejido de mentiras. Casi todo en esa obra es inventado. Por ejemplo, la relación del autor con el joven rey de Bohemia, todo eso es absoluta ficción. Incluso se cree que el autor de esa biografía aparentemente paradigmática nunca fue a las Cataratas del Niágara, que es un pasaje valioso de sus memorias. Creo que esa obra es un gran libro justamente por sus mentiras. La impostura es mucho más interesante que la verdad porque es mucho más vasta. La veracidad, en cambio, es un poco limitante. Cierto autor inglés afirma que la mentira es mucho más importante que la verdad porque abarca un espectro de mundos posibles infinitamente más amplio y excitante. Además, la noción de lo cierto es una idea altamente cuestionable. Yo no sé qué es la verdad, especialmente la verdad de mi infancia, una verdad que yo no comprendo. Hay certezas momentáneas, vacilantes y provisionales. No existe la certeza. A fin de cuentas, la verdad es un concepto fascista que sirve solamente a la opresión. Yo no necesito antídotos, yo nunca he estado oprimido. Yo no la conozco —la opresión—, yo no sé qué es. Yo no necesito un antídoto. Simplemente reprocho ciertas teorías, a determinados teóricos por confiar en tonterías. Se sabe que los científicos no creen en la existencia de la misma ciencia. Las construcciones matemáticas que permiten ir a la Luna, por poner el caso, producen algo en un mundo material, pero un matemático nunca dirá que eso es cierto. Es simplemente un sistema de cálculo que permite hacer cosas extraordinarias, muchas veces en contra de la razón misma. Las matemáticas han hecho un progreso enorme hace ya varios siglos con la invención de los números imaginarios. Ahora bien, un número imaginario es algo muy extraño. Es posible comprender lo que es un número negativo. Pero un número imaginario es

absolutamente incomprensible desde el punto de vista de la racionalidad. La definición de número imaginario: es un número que contiene la raíz cuadrada de un número negativo. Sin embargo, un número negativo no puede tener raíz cuadrada. El cálculo ha tropezado con eso durante mucho tiempo. Se nos decía que la ecuación de segundo grado tiene una incógnita $ax^2+bx+c = 0$, y no había solución a menos que el discriminante fuera positivo. Se nos decía que no se puede sacar la raíz cuadrada de un número negativo. Después, de pronto, alguien dijo que sí, que se podía imaginar que hay una manera de hacerlo, y esa persona imagina el símbolo “I”. Esto es completamente opuesto a la racionalidad. El número imaginario no se puede representar. En fin, todas las matemáticas se han construido sobre nociones como ésa. Otro científico ha formulado esta idea que es excitante: el criterio de cientificidad de una teoría no es que ésta tenga razón; todo lo contrario, el criterio de cientificidad es probar que al menos en algún punto esta teoría se equivoca. Este estudioso dijo que la ciencia es un cuerpo vivo que para existir necesita de fisuras, de agujeros. Es decir, que la teoría tenga lagunas. Obviamente, parece poco racional que el criterio de cientificidad no sea el hecho de que la teoría tenga razón sino que, justamente, se equivoque. Esto fue retomado después para aplicarlo a los dos grandes opresores ideológicos de nuestra sociedad —cuyos nombres ahora tampoco recuerdo, menos cuando me toma la imagen del hombre abrazado a la bicicleta—. Ese jardinero no ha recibido ni una sola carta. Ignora si su hijo está vivo o muerto. A partir de los opresores científicos, no los ideológicos, todas las fisuras se taparon. Y ese hombre no lo sabe. Ignora incluso hasta qué punto la decisión de su hijo puede haber sido motivada por esa clase de personas. Es quizá por esa razón —por no haber estado nunca de

acuerdo con los opresores ideológicos— que mi escritura siempre ha molestado. Aunque ese hecho, que mi escritura incomode a alguien, me parece un poco extraño teniendo en cuenta que esta escritura no existe. La voy inventando ahora desde la terraza donde en cierta ocasión tomé un plato de sopa frente al señor Bernard. Pero bueno ¿por qué no? Incluso una lectura inexistente puede molestar a un lector inexistente. Pero, ¿usted —lector de la nada— continuó con la lectura de mi escritura? ¿La releyó? ¿Usted siguió por masoquismo o porque pensó que había tal vez algo interesante? Ese lector, que es quizá un lector avezado e invisible —no lo sé de cierto—, está descontento con mi cuarto libro e interrumpió —esto ocurrió en la vida real— hace algún tiempo una conferencia que estaba dictando para hacerme una pregunta sobre los insectos. ¿Cuál es su relación con ellos?, me preguntó en mitad de mi intervención. No le contesté en ese momento. Esperé que terminara el tema que tenía preparado discutir en aquella ocasión y al final me acerqué a él. No tengo idea de por qué pensé que mi respuesta tenía que ver con la pregunta que me acababa de hacer sobre los insectos pero le dije que, al igual que algún otro escritor perdido por allí, he estudiado mucho la antropología a lo largo de la vida. Es por eso que preparo de vez en cuando alguna sopa con restos de aves, o camino ciertas tardes por los bordes de los acantilados. Es por eso también que ya no vivo en el norte sino en el sur. Podría darme por vencido, continué diciendo, y entregarme sin más a las fuerzas sociales del gobierno y permitir que me regresen a habitar a un asilo o a un hospital de mi ciudad natal. Pero me resisto a asumir tales conductas. Aquí estoy más que feliz recorriendo las calles, los puentes, los callejones donde los inmigrantes se reúnen para hablar en sus idiomas. Acudiendo, como antes, al cementerio marino para observar el desconcierto de los visitantes. Este

poblado me parece un buen lugar para que mi cuerpo se vaya deformando. Para que se vaya convirtiendo en una tabla lisa y horizontal. También me parece una buena idea haberme hecho conocido en los programas de ayuda medicinal. Todos los meses hago la cola para obtener mi ración gratuita. Eso hace posible que los niveles de mi cuerpo —si bien deben estar altamente intoxicados— no lleguen al punto en que deba, por ley, renunciar a mi libre albedrío. Desde que conocí al señor Bernard he dejado de tomar las medicinas. Nadie lo debe saber. Por eso hago la cola religiosamente. Aprovecho para hacerla durante las horas en que el señor Bernard toma su siesta. Luego voy con los frascos hasta el borde del acantilado y, una a una, voy arrojando las pastillas al vacío. Se produce entonces un espectáculo interesante. Los diferentes y diminutos colores cayendo hacia el mar son un entretenimiento que nunca antes se me hubiera ocurrido practicar. Y me gusta también preparar sopa de aves principalmente porque tengo la seguridad de que los pájaros, a su vez, se alimentan muchas veces de insectos. Sin embargo, no me atrevería a decir, como aquel joven algo impertinente lo quiso señalar en la sala de conferencias, que los insectos sean un elemento fundamental en mi vida. Tal vez esa persona tenga alguna buena razón en haber preguntado algo así, interrumpiendo de ese modo la disertación que estaba desarrollando. Quizá no sólo para esa persona sea una buena idea saber qué tengo que ver yo con aquellos bichos. Esta tarde, después de pasar a recoger los medicamentos gratuitos para luego arrojarlos al mar, prepararé sin falta un ensayo sobre los insectos. En mi cuarto libro, por ejemplo, el personaje central no se trata de un insecto sino de un ciempiés. Una de las características que identifican a los insectos son las seis patas. Es la definición misma de un insecto. Las arañas tienen ocho, no son insectos, mucho

menos los ciempiés. En ese libro hay un ciempiés en la pared. Es un elemento realista. Quiero decir que la escena de sitúa de una manera casi gráfica en una de esas casas coloniales que aparecen en el libro, en donde no había aire acondicionado. Qué época feliz. Se podía vivir en países cálidos sin resfriarse. Efectivamente, el ciempiés era una parte de la decoración que solía cobrar importancia en esas casas, es verdad. Este objeto realista, en el libro, va tomando en cierto momento una dimensión fantasmagórica. En un instante tiene unos cuantos centímetros y en otro pasaje es tan gordo como un plato. Es decir, este objeto real se convierte en un aura. No se sabe bien de qué, muy probablemente hay una relación con la energía sexual y la virilidad. Mire, yo no soy depositario del sentido del libro, no obstante creo que se trata de eso. Quisiera decir dos cosas más. Por ejemplo, que cualquier persona, incluso el jardinero del hijo de la bicicleta o el sepulturero del cementerio de Sète, se puede preguntar, con justa razón, aunque el hecho de que realicen esos cuestionamientos sea casi imposible, cómo se puede escribir novelas después de las que realizaron los dos grandes creadores de principios del siglo veinte. El camino tomado por las nuevas formas del Movimiento Literario Sumamente Innovador no es el sendero seguido por ninguno de estos dos autores. La opción de uno es la del monólogo interior. Es decir que su obra es un flujo de conciencia. Por el contrario, en el Movimiento Literario Sumamente Renovador se pensó estructurar el relato de manera precisa. Bueno, es verdad que yo he contado esa anécdota en cuestión —la del encuentro con el señor Bernard en el preciso momento en que le cae una piedra en la cabeza cuando circulaba por la vereda que baja al lado del farallón—, pero la importancia que le da Mario Bellatin —mi otro yo, el doble de mí mismo, sería más propio decir

— le atañe sólo a él. Mario Bellatin tiene todo el derecho de hacerlo. Cuando yo conté esa historia— a la que añadí la del padre jardinero abandonado por el hijo ciclista y la de las visitas cotidianas al cementerio marino— había precisado que la autobiografía —y más aún la que se escribe sólo con la mente— tiene el total derecho de inventar. Ése fue un punto importante en la historia de la autobiografía. La regla era que la autobiografía debía ser sincera y verídica, y yo no creía que eso fuera posible. Incluso creo que eso no tiene el más mínimo interés. Creo que la autobiografía tiene todo el derecho de ser solamente ella misma. De crear cosas que le atañen sólo a ella. No únicamente cuenta con el derecho, sino también tiene el deber de que así sea. Eso creo. Sucede que en esa misma época, la segunda escritora que nombré escribía un libro cuyo personaje principal es pura invención. El personaje chino que aparece en su libro no era ni chino ni millonario y tampoco se acostaba con ella. Creo más en la invención de una ficción que se inserta en medio de los hechos reales. El conde Henri de Corinthe existió, pero yo no sé absolutamente nada de él, no tengo más que escasos testimonios o huellas de su existencia que me quedaron o que existen en la historia de Francia, porque él fue un personaje histórico sobre el que se ha fantaseado mucho. Eso es muy importante. Al igual que el personaje chino de la escritora, que vagamente existió pero no era así. Se trata de un ser que nunca tuvo una vida real. Ella fantaseó. Henri de Corinthe, tal y como se presentó en mi pseudo autobiografía, es también una fantasía. Si uno quiere estudiar a un escritor, creo que sería una pena pasar por alto sus fantasmas. Por otra parte, tengo un recuerdo muy preciso de algo que no he contado. Yo debía tener cuatro o cinco años, algo así. Me encerraban en mi cuarto del primer piso cuando mi padre y el conde Henri de Corinthe

hablaban. Una noche, bajé las escaleras y me puse a escuchar a la puerta del gran salón donde, frente al fuego de la chimenea, conversaban los dos hombres. Reconocí la voz de mi padre y otra voz que era también la de mi padre. En ese momento, como era un niño inclinado a lo fantástico, me dije, ah sí, es por eso que no me dejan bajar, porque no quieren que presencie este acontecimiento perturbador. Algunas tardes, mi padre se desdoblaba y mantenía grandes conversaciones consigo mismo. Entonces yo subía a mi habitación, tranquilo, diciéndome, es otro papá, tengo dos papás. Se puede encontrar un aspecto de esto en algunas partes de mi escritura. Cualquiera sabe que es una tesis generalmente aceptada que toda la obra de un escritor se forma en la infancia. Ya sean sus recuerdos, sus miedos, sus esperanzas, sus penas. La psique infantil va a producir después una literatura, novelas y cosas por el estilo. Creo que es una idea interesante. No pretendo que sea verdad —quiero precisarlo en este momento, en que me hallo sentado en la terraza del señor Bernard—. Ya he hecho alusión, a propósito de la autobiografía, a que no creo en lo real. El hombre no es el ser de la verdad, es el ente de la invención, se inventa a sí mismo sin cesar. Por lo tanto, la infancia puede servir. Aunque yo podría, si lo deseara, desarrollar una teoría absolutamente contraria y sería verdadera también. Es decir, que sería igualmente interesante e igualmente fantasiosa. Para lograr esta especie de labor de sofista me sirvió aprenderme casi de memoria la obra de cierto escritor mexicano. No está inmersa para nada en la realidad. Es un libro extremadamente importante sin ser grueso. No creo que se pueda decir que la obra de este autor mexicano esté bajo la influencia del Movimiento Literario Sumamente Innovador. Cuando yo conocí al autor en persona —recuerdo que apareció cierto atardecer en mi

habitación cuando yo despertaba de la siesta—, al menos no me dijo algo semejante. En todo caso, si en realidad este autor se inspiró en el Movimiento Literario Sumamente Innovador entonces yo bendigo el Movimiento Literario Sumamente Innovador porque ese libro es extraordinario. Hay muy pocas obras tan importantes como ésa en la literatura contemporánea. Es un libro que permanece aun hoy como un texto enigmático. Se puede hablar de él por horas y decir cosas, y no se habrá expresado nada todavía. Y alguien más vendrá y afirmará otras cosas completamente diferentes. Es un libro de una riqueza absolutamente insospechada. Si yo no soy indirectamente el padre, sino el abuelo de ese libro me alegro mucho. Por otra parte, hay que ver que mis obras se tradujeron rápidamente al castellano. No estoy seguro de que hayan tenido una gran difusión en la época en que las escribí. Sin embargo, cuando yo pregunto a los mexicanos o a los argentinos, incluso a los franceses que se confiesan tan admiradores de mi obra, cuando les interrogo sobre lo que han leído, me doy cuenta de que en realidad no han leído nada. A pesar de que los libros en ambas lenguas estaban allí presentes. Es decir, que el mito del Movimiento Literario Sumamente Innovador quizá les ha incitado a escribir, pero yo no creo que los libros en sí mismos hayan sido muy conocidos como para que pudieran tener cierta influencia en ellos. No obstante, creo que mis libros sí han incitado abiertamente a un escritor argentino en particular. Ese autor era un lector pertinaz de mis obras —lo afirmó en más de una entrevista—. Aquel autor es de origen sirio y fue educado en Argentina, en la pampa gaucha, y al parecer fue allí donde leyó mis primeros textos. Los leyó en castellano. En toda la obra de ese autor, y en muchas novelas argentinas, se bebe mucho, se hacen fiestas en las que se discute de literatura de manera interminable. Se

bebe, se come chorizo y se habla de escritura. Entonces, en cierta parte del libro del autor argentino hay una discusión entre los personajes sobre el *Otelo* de Shakespeare. Sobre si *Otelo* era o no celoso. Eso es interesante. El personaje principal interviene y dice: Otelo no era celoso. Todo lo que hace a lo largo de su vida nada tiene que ver con los celos. Hoy sabemos que un celoso no estrangula a su mujer, eso es completamente absurdo. Un celoso cuenta los plátanos de su plantación y sigue la sombra de una columna en la terraza de su casa. Este dichoso escritor citaba abiertamente fragmentos de mis libros. No mencionaba, eso sí, ni los títulos ni mi nombre. ¿Cómo lo iba a hacer si ni yo mismo sé realmente cómo me llamo y si, además, no he escrito nada de manera real? Sin embargo, estos hechos fueron muy conmovedores para mí. Incluso más que el llanto del hombre de la bicicleta. Era más intenso, porque un hombre que vivía cerca de la ciudad de Rosario, peor aún, más lejos que Rosario, daba alguna importancia a mis libros. Es verdad que yo pude ejercer cierta marca, pero la influencia masiva de la que hablan, la que dicen una y otra vez que produje, no creo que sea verdad. Otro escritor argentino siempre lo negó, aunque afirmó varias veces que se sentía muy cercano al Movimiento Literario Sumamente Innovador. Quizá la obra del autor amigo mío —al cual como afirmé publiqué sin necesidad de que colocara explicaciones al final de sus textos— haya tenido un impacto más grande en otros escritores. Creo que es, aparte del éxito mediático que obtuvo la autora que habló de sus relaciones eróticas con el personaje chino, la que más éxito ha tenido. Curiosamente, este amigo escritor tuvo un público menos grande y una presencia mediática más pequeña, pero obtuvo el Premio Nobel, lo cual es totalmente justificado. Yo creo que su obra sí pudo haber ejercido alguna influencia. ¿Qué fue, en suma, el

Movimiento Literario Sumamente Innovador para mí? Yo creo, aunque nadie me crea —y menos el guardián del cementerio marino que es quien me dice que mi cuerpo se va deformando—, que desde hace dos siglos la novela ha sido siempre nueva. Cualquiera sabe que hay, en el mundo occidental, una tradición de la novedad, de la renovación, incluso de la revolución. Los países con una gran cultura como China, por ejemplo, tenían una tradición de respeto al pasado. Se alababa a los escritores atávicos y se intentaba imitarlos. En China, la reproducción de obras del pasado es tal que es muy difícil fechar una obra si no se cuenta con el documento preciso, la calidad del papel, de cosas así. La música china, por ejemplo, ha evolucionado tan poco que se pueden cometer errores garrafales de tres, cuatro, cinco siglos cuando se trata de fechar una obra musical. El respeto a los ancestros y la reproducción de su obra era una cualidad fundamental. En Occidente, por el contrario, la tradición es opuesta. Se trata de ir siempre en contra de los padres. A uno puede gustarle la obra de alguien del siglo anterior, pero eso no implica reproducirla. Todo lo contrario, se trata muchas veces de destruirla. Si digo que la novela ha sido siempre nueva, quiero decir que cuando aparece cualquiera de los grandes creadores que recordamos por sus obras asombrosas, vemos que desarrollan una escritura que trata de erigirse como diferente. Hay una voluntad de renovación e incluso de revolución. Es decir que el escritor no puede decir a los jóvenes: “Miren lo que he hecho, intenten hacer lo mismo”. Debe decir: “Miren lo que he hecho, hagan lo contrario”. Tradicionalmente, desde hace siglos, hay una voluntad en los jóvenes no tanto de matar a sus precedentes sino de deconstruir. El Movimiento Literario Sumamente Innovador ha agrupado a algunos escritores en virtud de determinadas ideas. Yo he hecho lo mismo. Lo advierto

sobre todo cuando reviso mi exigua biblioteca. Si alguien quisiera saberlo le diría que no soy escritor de profesión, ni cineasta, sino ingeniero agrónomo especialista en las enfermedades del plátano, que me dedico además a merodear por el poblado recabando las medicinas gratuitas que me otorgan los programas de salud y que una vez hallé a un tal señor Bernard herido en la cabeza. De pronto, lo recuerdo de manera muy clara, se empezó a hablar en la prensa de nosotros como escritores. Del señor Bernard y de mí principalmente. Se hizo alusión a nuestra existencia, asunto que no había ocurrido antes porque la crítica daba la impresión de tenernos miedo. Si nosotros hubiésemos sido terroristas aislados, hubiera sido quizá todavía tolerable, pero si era toda una organización de ese tipo había que luchar contra ella tan pronto como fuera posible. Nos hicimos famosos muy pronto. Sin embargo, no nos leyeron tan rápido, porque había una gran resistencia a aceptar una escritura semejante. A pesar de ello, nos hicimos conocidos. No se puede decir que el Movimiento Literario Sumamente Innovador haya sido una escuela, porque en una institución de ese orden casi siempre hay un jefe. Un líder que da las directrices, que señala los puntos buenos y los puntos malos, y que teoriza por todo el grupo. Por el contrario, yo he impulsado a cada uno de los escritores a ir tan lejos como su propia locura les permitiera. A mi parecer, eso garantizó su éxito. Todos los escritores eran unos completos desconocidos y ahora son célebres, todos tienen un rol principal, lo cual quiere decir que no hay directores de escuela ni alumnos, sólo hay roles principales. Creo que ese grupo en su conjunto ha producido una serie de obras múltiples, diferentes y considerables. Creo además en el futuro del Movimiento Literario Sumamente Innovador, pero no como una descendencia de mi propia escritura, sino como una

capacidad de renovación y de revolución de la que son capaces los escritores jóvenes. Siempre hay retrocesos. En este momento, por ejemplo, se vive un periodo extraño. Es decir, que muchos de los novelistas que han sido muy revolucionarios se han convertido en autores ordinarios. Es como si el espíritu del cambio se hubiera terminado. Pero esto creo que es pasajero. No obstante, hay algo en los jóvenes de lo que uno debe desconfiar. Hay algo que me parece peligroso. Muchos de ellos quieren ganarse la vida con la literatura. Creo que eso es un grave error. Jesús dijo a los fariseos: “En verdad os digo, aquel que quiera ganarse la vida, la perderá”. Ésta es una advertencia. Por otra parte, si una literatura es verdaderamente nueva, tardará años en encontrar un público. Entonces, si el joven escritor de veinte años ya tiene una esposa, hijos, un departamento, peces rojos, un gato, un perro, un coche, necesita ganar dinero para sostener todo eso. A menos que tenga un cónyuge que lo alimente, lo que a veces sucede, felizmente. Pero de nuestro grupo, ninguno tuvo la intención de vivir de nuestros escritos. Yo me mantenía de mi profesión de ingeniero en investigación agronómica. El autor inglés que formaba parte del grupo vivía de las pequeñas rentas que su familia le había legado. Querer vender la literatura se justifica, pero escribir con el objetivo de comercializarla es un grave error. Creo que he tenido, desde mis primeros escritos, una idea mesiánica. Es decir, siento que los demás no comprenden lo que yo hago: de acuerdo. No puedo explicárselos: de acuerdo. No obstante, yo soy el que tengo la razón y ustedes lo sabrán en algún momento. He recorrido muy rápido el mundo entero propagando la buena nueva. Me he desplazado en el instante en que veía gente reunida y, hop, les hablaba del Movimiento Literario Sumamente Innovador. Y el padre de todos nosotros en ese dominio, Jesús, tenía una voluntad.

Cuando Jesús dijo: “Ellos tienen ojos y no ven, ellos tienen oídos y no escuchan. Aun así, hay que hablarles”. Creo que esta especie de energía profesoral que he desarrollado en mi existencia ha jugado un rol organizacional que hace que uno escape de eso que llaman azar. He tenido a lo largo de mi existencia una serie de oportunidades que he sabido aprovechar. Por ejemplo, ya he citado la primera que fue que un editor me confiara su casa editorial. Poco tiempo después, una asociación de profesores en Estados Unidos decidió invitarme a dar cursos de literatura. Cursos sobre mí. Rápidamente me convertí en profesor de mí mismo, con la bendición de la universidad americana y además muy bien pagado. Eso es una gran suerte. Aunque algunos dicen que ese trabajo lo obtuve por haberme dejado crecer una gran barba. Un día, algunos otros profesores me dijeron que antes tenía una cara fea y fofa, y que de esa forma nunca me hubieran dejado predicar. Esto era en parte broma, quizá sólo en parte. Tal vez deba algo a esta barba. Además, uno debe imaginar que a fin de cuentas en la literatura no hay azar, es decir que no hay eventos tan inexplicables como los que demuestra en su escritura ese autor mexicano tan excepcional al cual me suelo con frecuencia referir. Aquel que sólo escribió dos pequeños libros. Sería interesante demostrarlo. No sé por qué razón —quizá sea por los rostros de decepción que advierto en algunos de los visitantes al cementerio marino ubicado al otro extremo del farallón— jamás empleo la palabra “gracia”. Debo decir que quizá se deba a que he escapado a toda educación religiosa. Del lado de mi madre así como del de mi padre provengo de familias republicanas, bastante hostiles a la Iglesia. Evidentemente eso causaba cierto escándalo en Bretaña, donde dicen que nací. Y fui incluso bautizado. Uno al menos bautiza a los niños, ¿no? Crea o no en los malditos mandamientos. Después de

cumplir con aquel sacramento nunca más volví a entrar a una iglesia hasta la edad de treinta años. Eso ocurrió cuando empezó a interesarme el arte gótico. El hecho de que haya escapado completamente a una educación religiosa me ha creado una especie de extranjería con relación a muchos de mis amigos. Pienso, sin ir muy lejos, en el erotismo presente en varias de las obras de autores de mi edad. Se trata de un erotismo terriblemente marcado por el catolicismo. Y yo he escapado a todo eso. A mí me interesa, me apasionan, algunos pasajes de la Biblia como el Antiguo Testamento, al cual leo como texto literario. Pero las nociones místicas de gracia o de redención las he ignorado siempre por completo. Sin embargo, puedo emplear otra palabra diferente que encaja bien con lo que se quiere expresar de esa manera, cuando quise decir gracia. Es el genio. Es decir, que esa cualidad se reconoce de inmediato. A partir de la lectura de algunas frases uno puede saber ya que un escritor es un gran escritor. Cuando algunos de los habitantes del poblado —que me ven aparecer con el cuerpo deformado y sin brazo, casi como salido de la nada— afirman que fui educado por fantasmas ellos creen que tienen razón. Aunque lo parezca, no es exactamente así. Lo que sucede es que en la civilización de las montañas —de donde parezco provenir— los muertos acostumbran vivir al mismo tiempo que los no muertos. Por poner un ejemplo, muchos de estos personajes son los marinos desaparecidos en el mar —aunque parezca un contrasentido es asombrosa la cantidad de personas de la montaña que terminan sus días en medio del océano—, quienes no recibieron en su debido momento los sacramentos de la Iglesia. Así pues, hay buenos cristianos que no pueden entrar al paraíso porque murieron sin ser bendecidos. Están condenados a vivir, a estar entre los vivos. Es quizá ésa la razón por la que estoy refugiado en

este poblado del sur. Como guarecido por la figura tutelar del buen Paul Valèry, quien los colocó a todos y de una buena vez en su famoso cementerio, lugar que como sabemos no está para nada relacionado con lápidas azotadas por las olas o por tumbas sumergidas debajo del agua. Mi vida estuvo marcada por ello, sin lugar a dudas. Por el hecho de que la gente a mi alrededor estuviera viva y muerta a la vez. Uno encuentra eso en la mayor parte de mis obras literarias. La constatación de que el mundo de los muertos y el mundo de los vivos no se tratan de mundos separados, sino experiencias que se comunican entre sí, es una constante en mi trabajo. Yo experimenté esta sensación de manera natural. Como era un niño nervioso, me contaban historias para inducirme el sueño. Eran cuentos de fantasmas la mayoría de las veces, y creo que eso me provocaba pesadillas. Desde muy temprana edad tuve noches extremadamente agitadas. Durante el día era un niño tranquilo, pero la noche era alterada por ese mundo de sueños y pesadillas que me habitaba completamente. Uno puede muy bien imaginar por eso —con frecuencia se pregunta a los escritores por qué escriben y los autores no saben muchas veces qué contestar— que quizá mi escritura tenga este elemento de alteración nocturna como causa. En todo caso, debía haber una fuerza muy grande que me impulsaba a ello, ya que esta profesión era a la vez honorífica y a la vez una buena oportunidad de inserción en el mundo burgués. Una fuerza tal que me hizo desconocer que me estaba vedado acceder a ese mundo, pues yo formaba parte de una familia pobre. En realidad, no provengo de ninguna familia. Desde que tengo uso de razón me he visto a mí mismo deambulando solitario por las calles del poblado. Quien afirma que nació al norte del país —en Brest— es el señor Bernard, quien narraba además que era un ingeniero agrónomo que se especializaba en la

enfermedad de los plátanos. Seguramente era una fuerza muy violenta la que me impulsaba a escribir y a continuar haciéndolo cuando por mucho tiempo —hay que decirlo— ni los editores ni el público querían mis libros. Comencé a ser célebre como escritor ilegible. Como ya todo el mundo debe saber —principalmente porque nunca he redactado una obra de manera concreta—, en un principio mis libros fueron rechazados por los editores de todas las clases. Yo los puedo comprender de manera perfecta. No era precisamente con mis libros como podían ganar dinero. Pero luego, cuando una pequeña editorial decidió publicar mis novelas —así como las de todos los autores que habían sido rechazados por las demás casas—, la crítica intentó leer mis libros pero no pudo. Y yo me digo ahora que me parece algo extraño. Pienso, no puedo sacar otra conclusión, que esos grandes críticos franceses de la época eran profundamente iletrados. Es decir, que ellos pensaban que la literatura se había detenido en el siglo diecinueve. Parecía que mis libros eran ovnis —objetos voladores no identificados— que habían caído de otro planeta. Y mis obras no eran eso. En realidad, mis libros eran la continuación de la evolución de la literatura que, obviamente, había comenzado mucho antes de que yo comenzase a escribir. En cuanto a la idea de por qué un ingeniero agrónomo escribe, cuál es la fuerza que lo impulsa a crear obras literarias, yo he dicho con frecuencia que me parece que hay dos energías muy diferentes que impulsan a la escritura y que esa fuerza quizá no sea la misma para otros autores que para mí. Es lo que yo llamo la identidad de un autor. Un elemento constitutivo que no tiene que ver, ni siquiera, con el hecho de que un escritor escriba utilizando las palabras. El lápiz y el papel. La máquina de escribir y su atormentante sonido infinito. La computadora y su pantalla brillante. Aquí estoy yo, un ser

anónimo amigo de un tal señor Bernard que afirma que perteneció a un grupo llamado Movimiento Literario Sumamente Radical, que significó una ruptura significativa con todo lo que se venía escribiendo hasta entonces. Pero yo ahora, que acabo de ver cómo las ancianas vestidas de negro se han llevado un traje del señor Bernard —para colmo sé que era el que más detestaba— escoltadas por un policía que se mantuvo mirando el mar desde la altura de la terraza, me encuentro escribiendo de manera mental mientras trato de imaginar cómo serán mis días a partir de ya no poder seguir realizando los paseos diarios junto a semejante hombre. Desde ahora seré nuevamente tratado como siempre por los demás habitantes del poblado. De nuevo haré la fila mensual para recibir los medicamentos gratuitos —que dejé de consumir, pues sus efectos secundarios interferían muchas veces con el placer que me causaba escuchar al señor Bernard durante sus disertaciones dirigidas a la nada—. Bajaré entonces, de cuando en cuando, al puerto para confundirme con los inmigrantes marroquíes, quienes de seguro buscarán involucrarme en sus negocios sucios. Harán que transporte a distintos puntos del poblado los paquetes que reciben de los barcos con frecuencia. Como sabían que contaba con la bicicleta del hijo del hombre abandonado, había veces en que me solicitaban más servicios que de costumbre. Eso solía ocurrir antes de que al señor Bernard le cayera una piedra del acantilado. Ahora no sé cómo reaccionarán esos extranjeros cuando me vean sin el vehículo y con el cuerpo aun más deforme que de costumbre. Con el cuello entumido, la espalda arqueada. Con todo mi yo atraído por alguna fuerza invisible para que adopte una postura casi horizontal. Es probable entonces que no quieran inmiscuirme más en sus asuntos. Los comprendo. Con estos cambios que experimenta mi cuerpo es posible incluso que

los meta en algún problema al no poder huir de la policía como es debido. El señor Bernard más de una vez se refirió a ese tipo de personas, los inmigrantes, y a la relación que acostumbran guardar con los franceses. No recuerdo a qué nacionalidad en específico se refería cuando me hablaba de ellos, pero para el caso viene a ser igual. Afirmaba que un autor a quien admiraba mucho había publicado un libro bajo la ocupación alemana de 1942. Siempre me repetía el señor Bernard la frase con la que abría semejante libro: Hoy ha muerto mamá. O quizá ayer. No lo sé. He recibido un telegrama del asilo: Falleció su madre. Entierro mañana. Sentidas condolencias. Pero esta información no quiere decir nada, solía decirme el señor Bernard mientras continuábamos con nuestros paseos. Uno tendría la impresión al leer algo semejante, proseguía, de que alguien se pone a hablar porque no comprende el mundo. Es por esta razón, añadía, por la que quizá ese autor escribía. Hay en esta primera frase dos proposiciones sorprendentes: “no lo sé” y “no quiere decir nada”. En ese libro alguien avanza con vacilación sobre un terreno movedizo que no entiende. Además, hay que señalar —afirmaba deteniendo su paso— que el narrador indica en la primera frase las palabras “hoy”, “ayer”, “mañana”. Esto crea una especie de fluctuación temporal, hecho curioso que desestabiliza completamente al lector. Por otra parte, la palabra “hoy”, la que abre el relato, es lo que los universitarios llaman un deíctico. Se llama deixis a un término que pertenece a los filósofos griegos, pero que fue muy utilizado en la crítica literaria. La deixis es el conjunto de términos del enunciado que indica el origen del enunciado. “Hoy” es un deíctico temporal. La segunda palabra “mamá” puede considerarse también un deíctico pues, efectivamente, si hay “mamá”, hay alguien. Dios no puede decir “mamá”. Dios no puede decir “hoy” ni “mamá”. Este conjunto de deícticos

movedizos son algo importante y se desarrollan de una manera interesante a lo largo de la primera parte de aquel libro. Para colmo, “mamá ha muerto”, es decir, el pasado es indefinido. “He recibido un telegrama del asilo”. Pretérito indefinido o pretérito perfecto. El señor Bernard pensaba —o al menos así me lo decía— que si dicha obra se transcribiera al pretérito definido, al pretérito histórico, todo el libro se vendría abajo. Según sus palabras, el texto se sostiene únicamente por ese pretérito indefinido. El acontecimiento más importante del libro es que los hechos ocurren: he hecho esto, he hecho lo otro, él me ha dicho esto, él me ha respondido. En efecto, el pretérito definido es el tiempo de la causalidad y, por consiguiente, de la cronología, mientras que el pretérito indefinido es el tiempo de la no causalidad. Los acontecimientos han sido aislados de su causa y de sus efectos. En lugar de la tranquilizadora concatenación causal, uno se enfrenta con una serie de elementos como ésos. Mucha gente se ha preguntado por qué al final de la novela se condena a muerte al acusado. Había matado a un árabe, pero en esa época del sistema colonial francés, que un blanco, que un occidental hubiera asesinado a un árabe que sacaba un cuchillo, tendría necesariamente atenuantes, nunca sería condenado por ello. En realidad, el señor Bernard pensaba que el acusado era condenado a muerte porque vivía en el pretérito indefinido. Eso es lo que la Corte, el sistema judicial que aparece en el libro no tolera. Que los acontecimientos del texto hayan sido separados de su posible causalidad. Su madre está muerta y el personaje va al asilo, al entierro, va al velorio, que era una costumbre cristiana. No sé si eso exista todavía. En esa época todos los amigos y los parientes, así como los ancianos del asilo velaban al muerto, es decir, rodeaban el féretro. El contenido del texto dice más o menos lo siguiente: …el

portero me ha preguntado si quiero café con leche. Me gusta mucho el café con leche, he dicho que sí. Él ha traído la taza y la ha puesto en… He hecho esto, he hecho lo otro. Al fin y al cabo, él bebe café con leche sobre el féretro de su madre. Evidentemente, como él vive en el pretérito indefinido los elementos de su existencia han sido aislados de cualquier posible causalidad social, familiar, y eso lo lleva a beber café con leche. Lo que me parece interesante es que beba café con leche. Porque si él hubiera bebido café negro, tal vez no habría sido condenado a muerte. Uno toma café negro para mantenerse despierto, mientras que el café con leche se disfruta con la amante por las mañanas. Hay una especie de sensualidad culpable en el café con leche. El señor Bernard me repetía con insistencia que los grandes escritores eran de esa raza. La de aquellos que escribían porque no eran capaces de comprender el mundo. Entonces yo —como siempre, pero con mayor insistencia después de escucharlo— me puse a escribir, imaginariamente eso sí, porque no comprendo el mundo. Lo hice en la mesa donde me sirvió alguna vez una sopa hecha con restos de pájaros. Eso es todo. Para colmo, entre más escribo, menos entiendo. Ahora no sé qué va a pasar, sabiendo además que en el ropero del señor Bernard falta un traje, por si fuera poco el que más detestaba. El que tenía separado para usar cuando las circunstancias lo obligaran a regresar a su odiado Brest.

Fíjense:

Hacerme aspirar el aire mojado, cargado de la humedad del asma de mi infancia. La voz narrativa, durante el relato, parece que olvida que también sufre de asma.

Puede ser interesante saber las razones por las que se trató de dar una explicación psicológica a esta asma persistente.

Se insinúa incluso que el asma fue creada de manera artificial con el fin de atenuar los defectos socialmente inaceptables.

La voz narrativa descubre en cierto momento que en su vida todo no fue más que una equivocación.

Tanto el señor Bernard como el personaje tratan de mantener la esperanza de la existencia en la vida de caminos no equivocados.

El personaje, como se habrá advertido, es un ser algo deforme. Ni muy joven ni muy viejo, pero deforme.

Las caminatas junto al señor Bernard acostumbraban ser largas y duraban de sol a sol.

¿Para qué se dirigiría a la playa el personaje cuando conoció al señor Bernard?

“El cementerio marino simbólico no guarda ninguna relación con el cementerio marino real”, sería una de las frases favoritas del señor Bernard.

Nadie puede saber lo que desea expresar la voz narrativa —la del personaje propiamente dicho— cuando se refiere a que sus libros imaginarios cargan la muerte a sus espaldas, que fueron escritos en la mayor de las inconsciencias, y que regresan a esa misma voz como un latigazo dado a destiempo.

Es posible que el relato se vuelva algo turbio cuando el personaje se refiere a la vida que debió haber experimentado el brazo inexistente.

Es quizá importante señalar la existencia de unos músicos ambulantes, quienes representaban una obra que supuestamente estaba basada en uno de los libros inexistentes producidos por el personaje. ¿Ese grupo habrá tenido una presencia real en aquel poblado?

Es una verdadera lástima, pero nunca sabremos quiénes eran para el señor Bernard los dos grandes opresores ideológicos de la sociedad. Su repentina muerte impidió que lo expresara durante sus paseos.

Quechua

Nota del autor: las posibles contradicciones presentes en el texto pueden ser consecuencia de que originalmente no fue concebido en el idioma en el que se encuentra plasmado.

Cierta mañana de invierno me encontré de pie junto a mi abuelo. Estábamos en el zoológico. Delante nuestro había una serie de camellos. Eran animales viejos. Tristes. Aburridos quizá. Tenían el típico color cenizo que se suele imaginar. Mi abuelo me sujetaba fuertemente de la mano. Nunca más volví a verlo. Murió seguramente al poco tiempo. En ese entonces no me enteré de lo que le sucedió. Sencillamente dejé de tenerlo a mi lado hasta que aquella ausencia se convirtió en una costumbre. Todo apareció años después. Durante una sesión en la que estaba sumergido en otro plano de la realidad —había hecho uso de algunas drogas—, vi nuevamente a mi abuelo enfrente de aquellos camellos. No sólo aprecié la escena, sino sentí también la carga emocional que aquella muerte seguramente trajo consigo. Caí en una tristeza profunda. Recordé además una historia: la de Macaca, mujer descendiente de rusos a la que mi abuelo, lo advertí en ese momento, aludía con frecuencia. Junto a la imagen del abuelo y la historia de Macaca aparecieron también una serie de palabras dichas en otro idioma, el quechua, lengua de mis antepasados. Nunca he comentado con nadie aquel

trance de percepción tan particular. Tampoco tengo a ninguna persona a la que actualmente le pueda consultar la relación que puede existir entre la figura de mi abuelo y la historia de Macaca. ¿Se trata sólo de un cuento que mi abuelo solía relatar y quedó escondido en algún recodo de mi cerebro? ¿La historia de Macaca sucedió realmente y en la época en que mi abuelo me llevaba al zoológico pertenecía a una especie de imaginario social? ¿Qué debo pensar de las voces en quechua que suelen acompañarla? Según mi abuelo, Macaca en aquel tiempo acostumbraba a referirse incansablemente a un amante asesinado veinte años atrás por acción de la policía. Aquel hombre había sido un luchador oriental que al final de su vida se vio obligado a dedicarse al oficio de zapatero. Después del crimen Macaca se convirtió en una mujer sola. Comenzó a vender casas. Ahora —el término ahora se refiere a la época en que mi abuelo me llevaba a ver a los viejos camellos al zoológico—, cuida de los jardines y del parque que rodean las propiedades que comercializó en su momento. En este instante acaba de terminar de pintar un cartel para atraer nuevos jardineros. Macaca quiere que sea lo suficientemente llamativo como para conseguir aspirantes comprometidos con su trabajo. Ninguno de los hombres contratados hasta entonces ha soportado el puesto más de tres días seguidos. Lo más lógico es que el cartel esté escrito en castellano. Mi abuelo lo habría leído sin dificultad. Fue bilingüe toda su vida. Desde niño había visto casi totalmente reprimida su lengua materna. El quechua sólo podía ser utilizado dentro del núcleo familiar. Ni siquiera podían hablarlo entre sí dos familias vecinas que compartieran las mismas raíces. Cierta vez mi abuelo desobedeció aquel mandato y fue objeto de burlas entre sus compañeros de la primaria. Recuerda que huyó de la escuela y caminó desconcertado algunos kilómetros.

Finalmente se arrojó a la mitad de un campo sembrado de maíz y le pidió a Dios que le concediera la muerte. A partir de entonces nunca más volvió a pronunciar ninguna palabra en su lengua de origen. Con el tiempo logró incluso hacerse amigo de un muchacho occidental que estudiaba en el mismo salón de clases. Sin embargo solía decir —y yo se lo creo aunque no tenga manera de saber si alguna vez expresó estos pensamientos— que las palabras en aquel idioma lo transportaban a dulces sensaciones de la infancia. A mí pareció sucederme algo parecido durante ese trance de lucidez tan particular que me produjeron las drogas. En mi cabeza Macaca continúa viviendo en la caseta donde logró vender las propiedades. La caseta es en realidad una casa rodante pintada de celeste, cuyas llantas están carcomidas por la humedad. Cuando la junta de vecinos tomó la decisión de que aquella fuera su vivienda definitiva, arrastraron el remolque hasta la zona oculta por los árboles que delimitan el parque. Se permitió además que la misma Macaca construyera al lado una cabaña de madera para que durmiera el jardinero que tenía como obligación contratar. Macaca cambió el interior de su vivienda sin pedirle permiso a nadie. Se deshizo del escritorio donde había concertado las ventas y en su lugar colocó un burdo colchón. Contaba también con una mesa de madera. Decoró el espacio con una serie de pequeños frascos en los que había metido frijoles envueltos en algodones humedecidos. La cabaña del jardinero era más modesta que la caseta donde vivía Macaca. Sólo tenía un colchón en el suelo y una palangana junto a una jarra de níquel. Sin embargo la incomodidad de la cabaña no parecía ser el motivo por el que los jardineros renunciaban uno tras otro al trabajo. Aquellos hombres casi nunca podían expresar en palabras sus razones. Se limitaban a dejar desperdigados los instrumentos alrededor del parque

y desaparecían sin más. Al principio Macaca se sentía desconcertada con aquellas conductas. Con el tiempo terminó por acostumbrarse. Contaba con un sistema para probar a los aspirantes, que consistía en no separarse ni un centímetro de los hombres que acababa de contratar. No sólo escudriñaba el trabajo que iban realizando sino que los perseguía dándoles consejos sin parar. A veces intervenía arrebatándoles, sin ninguna explicación, las herramientas para ponerse ella misma a utilizarlas de la manera debida. Pero ahora, cuando siente una inusual nostalgia por el luchador muerto por acción de la policía, no quiere pensar demasiado en los problemas que diariamente tiene que soportar. Tal vez por eso ha decidido que es el momento adecuado para colgar el letrero que acaba de pintar: “Se necesita jardinero amoroso”, se lee en letras rojas. Hace diecinueve años que Macaca ha vendido la última casa de la zona, dijo mi abuelo mientras intentaba alejarme de los inmóviles camellos. Había sido desde el comienzo muy cuidadosa con las operaciones financieras. Consiguió que tanto los dueños como los clientes quedaran siempre satisfechos con su trabajo. Pero a pesar de sus logros nunca dejó de torturarla el recuerdo del fin trágico de su romance con el luchador oriental. El amante murió de un disparo durante el allanamiento al taller donde fabricaba los zapatos. Poco tiempo después Macaca consiguió el trabajo de vendedora de casas. Como sospecharán, decía mi abuelo muchas veces al vacío, no todo estaba en orden en su vida. Además del recuerdo de la muerte del amante oriental, padecía siempre el eterno problema de la renuncia de los jardineros. Los últimos meses habían sido realmente dramáticos. Hubo días en que la abandonaron hasta tres aspirantes en una misma jornada. Los vecinos le llamaban la atención una y otra vez. La mortificaban en forma constante. En parte porque los jardines se veían

descuidados. También porque no querían tener todo el tiempo a extraños dentro de la vecindad. Macaca había intentado muchas soluciones para resolver el asunto. Finalmente se le ocurrió la estrategia del cartel. Trazó las palabras en una tabla de madera que luego colocó en el tronco de un roble algo añejo. El cartel se mantuvo al vaivén del viento durante un par de días. En las primeras jornadas aquel aviso, contra las expectativas de Macaca, pareció ahuyentar a los posibles jardineros. A diferencia de lo que ocurría en circunstancias normales no se presentó ningún candidato. Macaca estaba a punto de descolgarlo cuando sorpresivamente aparecieron dos hombres interesados en el trabajo. Ambos casi al mismo tiempo. Macaca los entrevistó por separado. Aceptó contratarlos a los dos. Al primero, el Maestro Espín, le ofreció a cambio de las labores de jardinería ayudarlo a desarrollar "la teoría mariótica" que había ido ideando mientras daba clases de matemáticas a los alumnos de una escuela del estado. Al segundo, el Hermano Francisco, le ofreció esconderlo de las gentes que supuestamente lo perseguían por un delito que decía no haber cometido. Macaca había pegado, en la pared interior del remolque, un viejo afiche de cine donde se hacía publicidad a una película del actor chino Bruce Lee. Se me hace sumamente curioso que mi abuelo se haya referido —la versión de la historia aquí ofrecida es absolutamente fiel a la que mi abuelo me relató — a Bruce Lee durante sus interminables discursos sobre Macaca, pues la imagen del abuelo, de pie frente a los camellos del zoológico, data de los primeros años sesenta. Cualquiera sabe que las películas de luchadores orientales surgieron tiempo después. Sin embargo cada vez me parece más nítida la voz que afirma que en la caseta de Macaca había un afiche de Bruce Lee pegado en la pared. La mención de un cine de esta naturaleza me hace recordar

el éxito que obtuvo principalmente en la región quechua del país. Era impresionante la identificación que se establecía entre los que utilizaban el proscrito idioma de mis antepasados y las películas habladas en chino. Algunos asistentes incluso adaptaron ciertas acepciones asiáticas que sonaban como propias de su idioma natal. Pienso que haber asistido a una de esas sesiones cinematográficas hubiera sido de provecho para mi abuelo, aunque por su forma de ser dudo que se entregara a la catarsis en la que caían muchos de sus hermanos de lengua en aquellas salas de provincia. En mi recuerdo el abuelo apenas podía desplazarse del espacio reservado a los camellos a la poza destinada a las focas. El mar estaba cerca. Incluso a ratos era posible escuchar, claramente, el romper de las olas. En cierto momento mi abuelo habló de la noche en que una de las focas escapó e intentó llegar de nuevo al mar. Estaba a medio camino cuando un taxista se le cruzó en su destino. La foca debió volver a su poza y contentarse con oír a la lejanía el sonido de las olas. A los dos aspirantes a jardinero les llamó la atención la cara de Bruce Lee presidiendo la pared principal de la caseta. Hicieron algunas preguntas. Macaca contestó que el afiche era un homenaje a su amante muerto. Aquel actor había sido el preferido del luchador convertido en zapatero. Pensaba que el amante incluso había tenido que ver con la dirección del film que se anunciaba en el afiche pegado en la pared. Aquel luchador nunca le confirmó si había sido amigo personal de Bruce Lee o no. Sólo a veces lo dejaba entrever. En más de una ocasión le contó detalles de la vida del actor. De sus relaciones con la mafia china y de cómo esa misma mafia lo había condenado a muerte, no sólo a él sino a sus descendientes hasta la tercera generación. El luchador convertido en zapatero había estado muchos años viviendo en los Estados Unidos. Solía contarle a Macaca

que en una época llegó a manejar varios millones de dólares. Todo acabó cuando de un momento a otro debió abandonar el país. Se llevó sólo lo puesto. Macaca creyó en sus palabras, pues cuando lo conoció lo vio sin el dinero necesario para pagar el plato de comida que había ordenado. Al final de sus relatos el luchador siempre decía lo mismo: que la perdición de Bruce Lee se había originado por estar demasiado comprometido con los objetos materiales que tenía a su alrededor. Macaca compró el afiche la misma mañana en que le avisaron que su amante había sido asesinado por la policía, regresando del depósito de cadáveres adonde había acudido a reconocer el cuerpo del luchador. En una de las aceras vio de pronto la cara de Bruce Lee. Un vendedor ambulante había colocado en el suelo una serie de carteles de películas pasadas. Bajo la perspectiva de la teoría mariótica que buscaba desarrollar, el maestro Espín encontró absolutamente lógicos los últimos años de Macaca. Dijo que incluso podría hacer un dibujo de toda esa época, con sus ramificaciones y demás. Era la única manera de explicar cómo una película de corte comercial, producida algunos años atrás, había hecho posible que un luchador extranjero muriera en manos de la policía. No sólo eso, sino que lograba además que su amante, una mujer de ascendencia rusa, diera la impresión de haberse enamorado tras el asesinato de las casas que había sido contratada para vender. En efecto, Macaca parecía haber llevado su pasión a tal punto que se le veía dispuesta a pasar el resto de su vida habitando la caseta donde había cerrado las ventas. Sentado bajo el afiche de Bruce Lee, el maestro Espín sacó un lápiz y un papel para trazarle a Macaca los movimientos de sus últimos años. Desde el estreno de la película hasta el despido del último jardinero. El maestro Espín usaba todo el tiempo un sombrero de fieltro negro. En mis recuerdos mi abuelo se

refería a ese sombrero con insistencia. Solía describir su forma hasta en los mínimos detalles. Era curioso, pues mi abuelo llevaba siempre la cabeza descubierta. Por eso era visible una pelusa rubia que le crecía por encima de las orejas. Más de una vez dijo que había ido perdiendo los sombreros que quiso comenzar a usar desde que llegó a la ciudad capital. Parecía que la imposibilidad de llevar sombrero era una especie de venganza. Nunca lo pensó, por supuesto. O por lo menos nunca me lo dijo. Lo vi aparecer fugazmente. Un espíritu de venganza motivado quizá por no haber podido volver a pronunciar una palabra en su lengua materna. ¿Cómo habría sonado la historia completa de Macaca narrada en quechua?, me pregunto de vez en cuando. ¿Habría tenido las mismas aristas, una intensidad semejante? Entre otros asuntos me gustaría saber con qué palabras exactas fue hecha la petición que, tirado en un extenso campo de maíz, le hizo mi abuelo a su Dios para que lo ayudara a morir. Quizá esas palabras no existen y están sólo representadas simbólicamente en los sombreros que mi abuelo se negó a usar. Sin embargo, por más que llevó diariamente un sombrero de fieltro negro al Maestro Espín lo despidieron de improviso de la escuela primaria donde trabajaba. Se le acusó de no respetar el programa de estudios y de utilizar a los alumnos como conejillos de indias de la teoría que tenía en mente sistematizar. Los fines de mes el maestro Espín contestaba él mismo los exámenes de sus alumnos. Les hacía también diariamente las tareas. Entregaba luego los documentos a la dirección como reporte del avance del salón a su cargo. Fue descubierto cuando un padre de familia se presentó para quejarse de que su hijo no sabía resolver la más simple operación aritmética. Sin embargo ese mismo niño se pasaba el día haciendo mediante dibujos complicadas especulaciones matemáticas. Después de la primera

conversación con Macaca, el maestro Espín comprendió que el despido de la escuela era lo mejor que le había podido suceder. El segundo hombre en responder al aviso fue el Hermano Francisco, quien había dedicado buena parte de su vida a arreglar jardines. Su intención no era conseguir en ese momento ningún trabajo. Deseaba tan sólo detenerse a comer y proseguir su camino de regreso a la selva, donde había nacido. Macaca lo convenció de quedarse. Al menos por un tiempo. Macaca en aquel entonces no podía conocer la historia completa del Hermano Francisco, sin embargo yo sí sabía una parte. Me la había contado mi abuelo no recuerdo en qué ocasión. Aunque estoy seguro de que no fue delante de los camellos. Me dijo que el desasosiego que sentía el Hermano Francisco cada vez que cortaba las rosas para las misas de los domingos, tenía su origen en la mujer que cierto atardecer entró a casa de sus padres. Aquello sucedió cuando vivía en la amazonía. El Hermano Francisco había elegido desde siempre la religión católica. No soportaba el laberinto de cantos y la exaltación propia de los evangelistas. Tampoco las extrañas contorsiones que practicaban los fieles del Séptimo Día. Solamente parecía disfrutar con los sermones del sacerdote de su parroquia. Lo satisfacía tanto la pulcritud de los hábitos como los cálices brillantes con los que se oficiaba. Al terminar la misa se ofrecía para limpiar el salón principal y a poner en orden las bancas. Se sabía el oficio de memoria pero nunca lo dejaron ayudar en las ceremonias. Aquella tarea estaba destinada a los alumnos del colegio de la parroquia. Sus amigos trataban de sacarlo de ese ambiente. Le sugerían que saliera a cazar o a hacer expediciones. El Hermano Francisco nunca les hizo caso. Lo único que todavía hoy lo lleva a pecar de vez en cuando es el recuerdo de la tarde en que una amiga de sus hermanas entró en casa de sus

padres. El Hermano Francisco estaba solo. La muchacha se le acercó, se abrió la blusa y le dijo tócame aquí señalándose uno de los pechos. El Hermano Francisco se asustó. Salió corriendo de la casa. No le contó a nadie lo que había pasado. Tiempo después llegaron unos sacerdotes de la ciudad capital. Venían de visita a la parroquia del lugar. Antes de partir llamaron al Hermano Francisco y le propusieron irse con ellos. Habían observado lo devoto de sus actos y querían convertirlo en sacristán. Una vez que lo instalaron en la escuela que dirigían, sin embargo, los sacerdotes de la ciudad no se preocuparon más por su educación. Sus tareas se limitaron exclusivamente al jardín. Algunos años después consideró que era tiempo de regresar. Esa época coincidió con el asedio constante del recuerdo de la muchacha que se había abierto la blusa en casa de sus padres. La veía con frecuencia. Sobre todo mientras arreglaba el inmenso jardín. Aquel espacio contaba con múltiples escondites en donde acostumbraban jugar los niños de la escuela. Una tarde, cuando el Hermano Francisco podaba algunas plantas, sintió que alguien lo espiaba. Al menos así lo decía mi abuelo cuando contaba esta parte del relato. Afirmaba también que durante esos momentos el Hermano Francisco no parecía enteramente consciente de sus actos. Minutos después una niña, que se encontraba detrás de unos matorrales, lanzó un grito terrible. El Hermano Francisco salió huyendo. Despavorido. Con un miedo aún mayor al que sintió en casa de sus padres cuando entró la amiga de sus hermanas. Corrió por calles desconocidas. Sólo se detuvo al llegar al cartel donde se leía: “Se necesita jardinero amoroso”. Tras escuchar su historia, Macaca le ofreció al Hermano Francisco sentarse en el viejo sofá de su caseta, bajo el afiche que anunciaba la película Enter the dragon. Parece que aquella fue la película más exitosa

de Bruce Lee. Macaca nunca la había visto. Por más que su amante se lo insistió una y otra vez. Macaca siempre dijo que no le gustaban las películas de violencia. En ese entonces vivía sola en una pensión del centro de la ciudad. En aquel alojamiento recibió la noticia de la muerte de su amante. Macaca salió a la calle de inmediato. El taller del zapatero estaba distante un par de cuadras. El cadáver ya había sido trasladado al depósito municipal. Algunos agentes se encontraban todavía presentes. Llevaban pañuelos amarrados a las narices. Era la primera vez que Macaca visitaba aquel lugar. El zapatero siempre se lo había prohibido. Macaca constató que tenía dos secciones techadas y un pequeño patio. La anterior servía para mostrar los zapatos. Se trataba de modelos pasados de moda, simples, que buscaban sin embargo respetar cierta línea clásica. Estaban expuestos sobre unos anaqueles de madera. En ese momento había seis pares alineados en pareja. En esa misma habitación se encontraban los útiles de trabajo: herramientas de talabartero, unas descomunales tijeras, hilos y materiales de costura. En el suelo, unas encima de otras, se arrumbaban una serie de suelas de distintos tamaños. La trastienda estaba acomodada como dormitorio. A un lado había una cama cubierta con un tul que caía del techo. Enfrente un cordel que pendía de un extremo al otro de la pared. Separados por una distancia de aproximadamente metro y medio colgaban de ese cordel algunos trozos de carne cruda. Debajo de cada pedazo había unas cajas de metal con una compuerta en la parte superior. Las ratas con cuya piel estaban hechos los zapatos trepaban en las noches para comer aquellos trozos y caían dentro de las cajas cerrando con su peso las compuertas. El luchador oriental conseguía cada noche de cuatro a cinco animales, que salían de los desagües del baño, que había dejado expresamente al

descubierto. A la mañana siguiente los destazaba en el patio posterior. Llevaba hasta allí a sus presas y con un palo de madera les daba un ligero golpe en el hocico que las mataba al instante. Después las abría por el vientre con un cuchillo especial y con el dedo meñique, cuya uña mantenía larga únicamente con este propósito, les arrancaba de cuajo las entrañas. En aquel estado de percepción tan particular, motivado sin duda alguna por las drogas que consumí, pienso que mi abuelo no hubiera aceptado jamás un par de zapatos confeccionados por un luchador asiático. De las posibles reacciones que hubieran tenido el Maestro Espín y el Hermano Francisco ante un par de zapatos de piel de rata mi abuelo nunca me dijo nada. Lo que sí me informó fue que a los pocos meses ambos abandonaron el puesto. Antes de dejar el entorno de Macaca, preguntaron infinidad de veces detalles de la película protagonizada por Bruce Lee cuyo afiche estaba pegado en la pared principal de la caseta. A los dos aspirantes a jardinero, el maestro Espín y el Hermano Francisco, les llamó la atención desde el primer momento aquel afiche. Al principio hicieron tímidas preguntas que Macaca debió contestar. Decidió desde el comienzo decir la verdad. Que estaba pegado como homenaje a un amante muerto. Aquella había sido la película preferida de aquel luchador convertido en zapatero. Macaca creía que incluso estuvo bastante involucrado en la creación del film. En más de una ocasión se había referido a detalles sumamente personales de la vida del actor. De sus contactos con la mafia china, una de las más sanguinarias de las que se tenía conocimiento. Macaca repitió una y otra vez que su amante zapatero había vivido muchos años en los Estados Unidos. Que poco tiempo después de su instalación había logrado manejar millones de dólares. No todos eran suyos, pero había recibido la orden de administrarlos como si lo

fueran. Las cosas empezaron a ir cada vez mejor hasta que de un momento a otro tuvo que huir llevándose sólo lo puesto. Aquel pasaje parecía cierto, pues cuando Macaca lo conoció no podía ni siquiera pagar el plato de comida que acababa de pedir. Más de una vez el amante le dijo a Macaca que no haber copiado su personal código de conducta había sido la perdición de Bruce Lee. El actor estaba tan comprometido con los objetos materiales que en el momento de peligro no tuvo el valor de huir del país. Macaca les dijo a los hombres sentados en su sofá que al final de cuentas de nada le había valido a su amante abandonar su vida de millonario. Hizo todo lo que hizo solamente para venir a morir, de la manera más absurda además, en manos de la policía. Mi abuelo tenía conocimiento de que en aquel tiempo Macaca vivía en una pensión del centro de la ciudad. Me contó varias veces que recibió allí la noticia de la incursión policial. Macaca salió de inmediato a la calle. Cuando llegó al taller ya se habían llevado el cadáver. Algunos agentes se encontraban todavía en el lugar. Como se sabe todos llevaban pañuelos amarrados a la narices. El olor que se percibía en el ambiente era realmente desagradable. Era la primera vez que Macaca visitaba aquel taller. Su amante se lo había prohibido de la manera más tajante. Sus encuentros se llevaban a cabo en un cuarto de hotel situado a medio camino entre la pensión y la zapatería. La policía estaba haciendo una inspección. Acababa de descubrir que el suelo del patio había sido picado para dejar los desagües al descubierto. Aparte de las cajas con compuertas, en una esquina del patio se halló una serie de trampas comunes. Encima de una mesa se mantenían algunas pieles a medio tratar. Macaca fue citada al depósito de cadáveres para reconocer al muerto. La acompañó uno de los agentes. Macaca les dijo, tanto al maestro Espín como al Hermano

Francisco, que se trató de una experiencia penosa. Les describió cómo cuando iba de regreso encontró la cara de Bruce Lee en medio de la acera. El amante le había enseñado la foto del actor tan solo una vez. Pareció ser suficiente como para que lo reconociera al primer vistazo. Aquel rostro se encontraba encima de una pila de afiches de películas de lucha oriental. Macaca les dijo que tomó esa aparición como una especie de despedida de su amante. Un recuerdo de las noches en las que le narró las diferentes escenas de la película Enter the dragon. El maestro Espín, como está escrito, encontró absolutamente lógico el relato de Macaca. Dijo que todas las piezas encajaban: la mafia china, el restaurante de carretera, Bruce Lee, la pasión de Macaca por las casas que había vendido, el título de una película que ninguno de los presentes había visto jamás. Ejecutó incluso un dibujo de la historia completa, con sus distintas ramificaciones. Resaltó especialmente el enamoramiento de Macaca por las casas que había tenido a su cargo. También que los zapatos del luchador oriental hubiesen sido confeccionados con piel de rata. El Hermano Francisco, por su parte, no hizo ningún comentario y pidió instalarse lo más pronto posible en la cabaña que se le tenía reservada. Al ver las paredes desnudas le pidió a Macaca que lo ayudara a conseguir algunas imágenes religiosas. Expresó que necesitaba especialmente la de San Jerónimo. Horas más tarde Macaca colocó en una esquina de la cabaña una pequeña mesa para que el maestro Espín pudiera desarrollar su “teoría mariótica” con tranquilidad. Estudiaría en las tardes, inmediatamente después de levantarse. Se había convenido que el Maestro Espín sería el jardinero nocturno. El Hermano Francisco trabajaría durante el día. A partir de ese momento se instaló una especie de rutina. Dos meses después ocurrió el incidente del pequeño pájaro caído en el

parque. Se trató de un gorrión. Lo primero que hizo el Hermano Francisco al verlo fue ir hasta la caseta de Macaca para mostrarle su hallazgo. No era que al Hermano Francisco le llamaran especialmente la atención los gorriones. Estaba acostumbrado a su presencia. En la escuela abundaban los nidos. El gorrión era aún una especie de polluelo. Aunque ya tenía plumas e incluso podía volar pequeños tramos. Sin embargo se le podía atrapar con facilidad. El Hermano Francisco lo agarró una vez y lo soltó. Al notar que no se separaba de sus pies lo levantó y se lo llevó a Macaca, quien se encontraba en la caseta descifrando unos dibujos que el Maestro Espín le había pedido que intentara descifrar. En ese momento el Maestro Espín estaba durmiendo en la cabaña aledaña. La noche anterior había trabajado hasta tarde en los jardines. Es extraño ver a un jardinero trabajando de noche, me dijo. De alguna manera es como visitar un zoológico en horas de la madrugada. ¿Se tratará de alguna convención? ¿Habrán razones reales que impidan que las plantas sean tratadas en horas nocturnas o que los animales sean observados en la oscuridad? A mi abuelo nunca se le ocurrió ir a visitar de noche a los camellos. Eran animales viejos. Sus pieles estaban opacas. Casi no se movían. Sus noches debieron ser aún más tristes. De una tristeza particular. Parecida quizá a la que creía ver aparecer en el rostro de mi abuelo cuando se hacía alusión a su proscrita lengua natal. El quechua. Cierta vez, en aquella ocasión no nos encontrábamos en el zoológico sino en una fiesta de cumpleaños que pasé en medio de una crisis asmática, organizaron la celebración en mi cuarto de enfermo. Mi familia llenó las paredes con globos y figuras de payasos. Cantaron el Happy Birthday con la preocupación reflejada en los rostros. En ese tiempo casi nunca podía respirar plenamente. Sólo ahora me doy cuenta de que en ese

entonces no poder respirar era lo de menos. Lo verdaderamente torturante eran los efectos secundarios producidos por los medicamentos para el asma. Los síntomas principales eran náuseas y mareos constantes. Un estado extrañado de la realidad. De alguna manera adquiría un estado de conciencia similar al experimentado con las drogas que me trajeron la imagen del abuelo de pie frente a los camellos. Posiblemente y como resultado de la enfermedad, en los años de niñez el cuerpo ocupaba casi todo mi espacio. En este momento, frente a un abuelo calzado con pantuflas de piel de camello, la sensación corporal es casi nula. Delante de los globos y los payasos mi abuelo me habló, cuando los demás parientes salían del cuarto a respirar un poco de aire puro, mi abuelo me habló, de una danza antigua que se practicaba en la zona donde había nacido. La danza de las tijeras, señaló. Lo último que recuerdo, antes de caer dormido a causa de los efectos secundarios de los medicamentos para los bronquios, es que me dijo que esos danzantes eran preparados para una misión en la vida. Para ellos las tijeras debían haber tenido un significado descomunal. Parecido quizá al de las tijeras con las que el luchador chino intentó detener la incursión policial. Las últimas palabras —muchos de aquellos bailarines morían bailando como parte del ritual— dichas por un danzante de tijeras tenían que ser emitidas en quechua. Después de esta experiencia, que me permitió ver nuevamente la imagen de mi abuelo tomando mi mano frente a los camellos, más de una vez he sentido nostalgia cuando a lo lejos escucho el ritmo de alguna canción propia de la región andina. ¿Empezaré a sentir yo también, por una especie de memoria genética, la profunda tristeza de los pueblos de no pueden expresarse? Macaca llegó a la escena del crimen demasiado tarde. Sin embargo, pese a que casi no hubieron testigos, mi abuelo me señaló detalles

bastante precisos de la muerte. También me contó, arrastrando los pies con dirección a la poza de las focas como era su costumbre, la reacción de Macaca ante el gorrión encontrado por el Hermano Francisco. Parece que se alegró mucho al descubrirlo. Lo acurrucó entre sus manos. Le pidió luego al Hermano Francisco que de inmediato construyera una caja de madera. El Hermano Francisco prefirió recoger pequeños montones de paja para hacer un nido. Horas después Macaca decidió bautizarlo. Kung-Fu fue el nombre que escogió. A partir de entonces cada mañana lo llamó apenas despertaba. Kung-Fu, Kung-Fu, decía. Una y otra vez. A los pocos días el pájaro comenzó a piar al oír su nombre. Salía del nido dando saltos. Macaca le tenía preparado el desayuno desde la noche anterior. Consistía en una masa hecha a base de trigo, centeno y cebada. Por ese entonces Macaca comenzó a describir lo agradables que eran los canarios que abundaban en su lugar de origen. Los había en casi todas las casas de la ciudad. Buenos Aires. Muchas veces incluso ponían más de dos en una misma jaula. Al Hermano Francisco no le gustaba cuando Macaca contaba aquellas historias. Decía que mantener enjaulados a los pájaros era una práctica aborrecible. Defendía a Kung-Fu. Afirmaba que era un pájaro de compañía. Algo casi imposible de conseguir. Kung-Fu se fue convirtiendo en un verdadero pájaro de compañía. Era cierto, a pesar de haber madurado y de ser capaz de volar como cualquier otro gorrión, no se alejaba ni por un momento de la caseta. Macaca solía pasear con Kung-Fu posado sobre el hombro. No temía que se fuera volando. A lo más que llegaba era a alguna rama cercana. A lo largo de ese año el Maestro Espín fue desarrollando sin contratiempos su “teoría mariótica”. El Hermano Francisco, por su parte, fue olvidando poco a poco el engaño del que fue objeto cuando estuvo bajo la

tutela de los sacerdotes de la capital. Durante ese tiempo Macaca en más de una ocasión volvió a contar pormenores de su relación con el luchador oriental. Repitió cómo lo había conocido y la manera en que reaccionó su esposo, el médico rural, cuando le informó por carta que jamás volvería al hogar familiar. Una noche en que se quedaron despiertos hasta más tarde de lo habitual, Macaca confesó que tenía las pruebas necesarias para demostrar que Bruce Lee no había fallecido de muerte natural. Sin embargo, para la policía de los Estados Unidos su caso se trataba de un expediente cerrado. Sólo podía volver a abrirse si hubiese alguien dispuesto a mirar con el cuidado necesario cada fotograma de la película Enter the Dragon, señaló. Del asesinato de su hijo, Sean Lee, Macaca prometió volver a hablar semanas después. Estaban sentados en la puerta de la caseta. Ninguno reparó en que la puerta del garaje de la casa más cercana se encontraba abierta. Atardecía. El Hermano Francisco acababa de terminar de trabajar. El Maestro Espín se preparaba para su relevo. Al lado se encontraba Kung-Fu escarbando con su pequeño pico en la maleza. De pronto Macaca se levantó aterrada. Por la puerta del garaje acababa de salir un pequeño perro que mientras corría en círculos mostraba en la boca a Kung-Fu. El Hermano Francisco sujetó a Macaca del brazo mientras el Maestro Espín se dirigía con rapidez hacia el perro. El animal parecía tener sólo ganas de jugar. Encima del césped se comenzaron a elevar algunas plumas. Minutos después el perro dejó a Kung-Fu hecho un ovillo negro. El Maestro Espín estuvo a punto de recuperarlo, pero el perro lo esperaba agazapado. Nuevamente tomó a Kung-Fu con los dientes y lo sacudió esparciendo aún más las plumas. Mientras el perro daba brincos, Macaca trataba de apartarse del Hermano Francisco. Finalmente el Maestro Espín dejó de perseguir al perro. Junto al Hermano

Francisco trató de tranquilizar a Macaca, quien por alguna razón comenzó de pronto a volver a describir el pequeño taller donde su amante oriental confeccionaba lo zapatos de piel de rata. Repitió una y otra vez que el luchador chino había instalado su taller poco después de conocerla. En ese momento Kung-Fu no era más que un guiñapo. Dejaba de tener importancia. Tampoco parecía tenerla el idioma en el que Macaca pronunciaba las palabras. Castellano, quechua o ruso. Daba igual. Lo único fundamental en ese momento parecía ser el taller de zapatos y el restaurante de carretera en el que había conocido al amante. Aquella fue la primera vez que Macaca escuchó algo sobre el cine que hacían los chinos. Entre otras cosas, se enteró en ese momento que la película Enter the Dragon fue producida por la compañía Paramount a finales de la década de los sesenta…… (continúa)

Un cierto juchitán para graciela iturbide

Los sueños más intensos y claros son los que ocurren cuando la persona duerme de día. Después de haber pasado la noche profundamente dormido, tal vez se necesite del día para igualmente dormir, no para recuperar energías sino exclusivamente para soñar.

El último de los sueños se refiere a una llamada telefónica urgente efectuada por larga distancia al analista, pues la paciente se siente mal de ánimo. Se trata de una depresión que repercute en lo físico, causando malestares en el cuerpo, especialmente en las articulaciones y en el pecho. A pesar de que la paciente trabaja con denodado afán —ha conseguido imágenes difíciles de describir con precisión—, hay un momento de conciencia y lucidez donde le es posible discernir entre el sujeto que sueña y el sujeto que es soñado. Compara los dos momentos y se comprueba que el sujeto que sueña no pasa por ningún periodo de malestar, al contrario, la constatación le sirve para reafirmarse en ese estado de supuesto bienestar que la realidad no le puede otorgar.

Hay otro instante donde el sujeto soñado, que se trata de una fotógrafa, obtiene una imagen a la que le descubren ciertas fallas en los bordes. La fotógrafa se encuentra en una casa rural situada en un país indeterminado. Puede ser

méxico, en ese caso la casa quedaría situada en las inmediaciones de una carretera que conduce al mar. Se trata de una casa grande, con las paredes pintadas en tonos rojizos. Esos colores le hacen pensar que quizá pueda tratarse de juchitán. Existen diversos pabellones, uno de ellos es el lugar donde se encuentra en ese momento la fotógrafa, quien ensaya algunas tomas —hace el simulacro de fotografiar pero no acciona en ningún momento el obturador— en compañía de unas jóvenes. Las hijas de la casa, las califica. Realizando uno de esos simulacros descubre, lo ha intuido mientras miraba a través del visor de la cámara, que tanto el señor como la señora de la casa practican un oficio determinado. Ambos son peritos en cierto asunto. Esa igualdad de funciones no se muestra de manera evidente. Se supone que se revela sólo si se mira a través del visor, si se observa por la mirilla, siempre y cuando no se tenga la menor intención de efectuar ningún disparo. Se descubrirán entonces pequeños detalles, movimientos sutiles y decisivos, que únicamente mostrarán su real dimensión cuando las acciones que se aprecien a través de la lente queden congeladas en la memoria. Las niñas se lo hacen notar a la fotógrafa, pero ésta, si bien sabe desde siempre que atisbando por el visor es como se descubren las verdades ocultas, nunca le ha dado a este ejercicio una importancia mayor. Sin embargo, por tratarse de estas niñas quienes le dan el consejo, ejercita esta práctica y advierte que si, por ejemplo, deja un tiempo prudencial entre mirada y mirada, la imagen representada gana una fuerza que difícilmente puede conseguirse de otra manera.

La idea que se le ocurre a la fotógrafa para apreciar el efecto que puede producir tomar fotos sin necesidad del

obturador, es la de mostrar a la señora de la casa en medio de una tarea habitual. La visualiza sentada y desnuda sobre un excusado mientras se arroja a sí misma un chorro de agua sobre la cabeza. Se está bañando. La fotógrafa mira la escena a pesar de que ésta no se produce, sin embargo descubre, con la ayuda de las niñas, que mejor sería mostrar a la madre frente a una lavadora automática de reciente adquisición. La fotógrafa advierte entonces que aquél puede ser el detonante del toque hindú que tanto ha buscado para su trabajo. Aparte de este cambio —de mostrar la lavadora en lugar de la mujer sentada—, la fotógrafa quisiera hacer algunos arreglos menores una vez obtenida la supuesta estampa, en la parte gramatical de las imágenes principalmente. Se lo dice a las niñas, y ellas llevan entonces la foto imaginaria a otra sección de la casa. Al pabellón donde habita, junto a un pájaro que no vuela, un joven nuevo en el poblado. Al verlas llegar, este joven explica que está estudiando una especie de ave desconocida, la que tiene al lado en ese momento. La fotógrafa admira el pájaro y nota que el muchacho lo toca, lo levanta y busca algo debajo de sus alas. La fotógrafa se acerca a mirar con mayor detenimiento, y advierte que el pájaro tiene plumas celestes y blancas. Se trata de un ave de cuerpo voluminoso. El pico es rosa pero en la punta llega casi al rojo. Sólo en ese momento —mirando la transformación de los tonos del pico— la fotógrafa sabe a ciencia cierta que se encuentra en juchitán. Mientras el ave se mueve, el joven dice que se trata del pájaro que guarda sus huevos debajo del ala. La que los empolla mientras camina. Cuando el joven habla, el ave se refugia en una esquina del pabellón, que le sirve de guarida. El joven continúa relatando que a pesar de ser un ave única, los investigadores no le hacen el menor caso. Es más, ni siquiera los comerciantes la ofrecen nunca en venta.

Finalmente dice que su mayor desgracia no es llevar los huevos bajo las alas, sino la presencia de dientes en el pico. Les crecen en forma constante, y les causan graves sufrimientos cuando surgen las caries que siempre los terminan por atacar. Padecen tanto, que en esos momentos incluso puede sobrevenir de súbito la muerte. El investigador reflexiona y comenta que debería haber personas que se preocuparan por los dientes de estas aves. Acto seguido le pregunta a la fotógrafa por su cámara. Menciona que no sería mala idea tener una imagen de aquellas piezas dentales. Parece desear someter al pájaro a una suerte de sesión de radiografía.

La cámara ha quedado olvidada en el otro pabellón. Fue dejada allí, sobre una pequeña mesa de madera, luego de los ejercicios que efectuó la fotógrafa al limitarse a mirar a través del lente sin accionar el disparador. Ante la pregunta del joven, la fotógrafa hace un cuadrado con los dedos de ambas manos y se los coloca delante de los ojos. Le dice a las niñas que de esa forma también es posible descubrir realidades ocultas. En ese momento ve, entre otras cosas, que a pesar de las apariencias —es algo penoso ver los grandes dientes sobresaliendo del pico y las alas engordadas por la oculta presencia de los huevos— el ave es feliz. Los dientes son una suerte de regulador de edad, afirma. Cuando caen por completo o cuando se vuelven inservibles, con sus puntas romas o resquebrajadas, esos pájaros saben que es el momento de abandonar el mundo. La fotógrafa aprieta con mayor fuerza los dedos contra su rostro. Hace un cuadrado aún más estricto con sus manos y así logra ver que esas aves acostumbran nadar por los alrededores de puertos desconocidos. Sucios y congestionados. Suele haber entre los muelles cierta

cantidad de barcas de pesca que a una hora determinada se hacen todas a mar abierto.

Anochece pronto. La fotógrafa advierte que ya no podrá hacer ninguna imagen. Ni siquiera recreando un visor con las manos va a ser capaz de aprehender algo. Recuerda que antes de visitar el pabellón donde habita el joven, las niñas llevaron la foto imaginaria a la señora de la casa. Desde entonces la madre ha estado tratando de retocarla, sobre todo las fallas de los bordes. Cuenta con pinturas de colores pastel. La foto está extendida sobre una mesa. La fotógrafa sabe que esa mujer es perito como su esposo. Deposita en ella toda su confianza. Sabe además que ella sí puede admirar una foto que nunca ha sido tomada. Sin embargo, a pesar de la seguridad que le inspira, la fotógrafa se avergüenza. No le parece justo que precisamente el personaje retratado haga el trabajo de restauración de su propia imagen. Siente algo similar a lo que posiblemente experimentan las personas que duermen de día solamente para poner en funcionamiento el universo de los sueños. Entiende entonces por qué su necesidad de llamar, utilizando la larga distancia, a su analista. Seguramente quiere preguntarle por la naturaleza de la foto que tomó sin tomar. Las razones por las que la depresión la ataca en el mundo real y no en el que está segura que crea. Quizá necesita saber si la imagen que aparece es la de la mujer bañándose sentada sobre un excusado, o si el personaje se encuentra de pie frente a una lavadora de reciente adquisición. Ya no quiere, bajo ninguna circunstancia, que aparezca la lavadora. Sabe que lo hindú debe hallarlo de otra manera.

La fotógrafa se asoma en ese instante por la ventana del pabellón y pide que no retoquen la foto. Camina luego por un terreno al aire libre, que existe en mitad de la casa, y llega al otro pabellón, donde encuentra a la madre frente a una vetusta máquina de escribir. La fotógrafa no entiende cómo con un aparato semejante se puede recomponer una foto imaginaria. Sin embargo, la señora de la casa ha pasado ya en limpio las secciones corregidas de la imagen, pero a pesar del trabajo —en apariencia minucioso— no se trata de una copia impecable. No hay mucho sentido de la diagramación. Al notar su sorpresa, la señora le dice que no ha sido tanto trabajo como para que se preocupe, y que eso que ve como error es en realidad una virtud. La fotógrafa levanta la imagen con sus manos, la mira con detenimiento y descubre al trasluz, debajo de la figura de la mujer sentada y mojada por el chorro de agua —constata con alivio que no aparece el personaje frente a la lavadora —, la silueta de un daguerrotipo que da la impresión de haber sido hecho por niepce.

“En realidad, eso que está usted viendo debajo, como una suerte de palimpsesto, son dibujos escolares, hechos por las niñas de la casa”, le dice la señora. La fotógrafa no sabe si creerle o no. Desconoce la relación que puede existir entre un daguerrotipo aparecido bajo una foto imaginaria y un dibujo infantil. Ve algunos colores. Muy parecidos a las plumas celestes y blancas del ave que está siendo estudiada por el joven en el otro pabellón de la casa. Coloca la foto de pie contra la pared, junto a la cual está puesta la mesa donde la madre trabaja. La señora de la casa ya no habla. Parece preferir mantener en el misterio si la aparición del daguerrotipo o los dibujos fue producida adrede o por casualidad. La fotógrafa descubre entonces

que la mujer de la casa se trata de una persona simple. A pesar de haber pronunciado la palabra palimpsesto con corrección. Pero esa imagen desaparece al instante y se convierte para la fotógrafa en una atractiva mujer de la india, que luce un mechón de canas en medio de la cabellera. La fotógrafa, quien no ha necesitado visor alguno para descubrir lo oculto de la realidad, piensa en las niñas de la casa, que también son bellas pero no comparten con su madre la fuerza de carácter que esa mujer muestra en ese momento. La señora de la casa rompe el silencio y dice, quizá para salir del tema de la aparición del palimpsesto, que está muy preocupada porque ha recibido cien dólares falsos. Ha preferido no tenerlos ella y se los ha entregado a su marido para que se los guarde. El problema está en que si le descubren los dólares al esposo, ella cargará con la culpa. Dice también que ha recibido esos dólares para poder pagarse un taxi de vez en cuando. Afirma que moriría si no se moviliza en esa clase de vehículo —uno de esos accionados por medio de pedales—. Se sentiría tal vez, lo dice, como una de esas aves que mientras caminan empollan sus huevos debajo del ala. Mientras tanto, la foto poco a poco se va haciendo real. Aparece el excusado, el cuerpo desnudo de la mujer sentada y el instante preciso en que el agua cae sin control aparente.

Demerol sin fecha de caducidad

Cierta vez se organizó una conferencia donde se presentó un profesor que portaba un singular aparato didáctico. Se trataba de un artefacto premunido de una pantalla, por la cual se mostraba una especie de película de la realidad. En un inicio se apreció en ella la parte frontal de la casa donde los asistentes se encontraban reunidos. El profesor parecía ser alguien magnífico, que posiblemente proponía, con ese aparato, un nuevo método de enseñanza. De pronto, la pantalla comenzó a mostrar imágenes, fragmentos, de la vida de la artista frida kahlo, que precisamente era el tema que reunía al público esa noche. Lo curioso fue que se veía a una kahlo bastante anciana, como si hubiera seguido viviendo después de su muerte. En determinado momento, siempre a través de la pantalla, se vio la imagen del jerarca ruso joseph stalin, colocada detrás de dos recipientes de peltre para realizar lavativas, y de una caja muy antigua de demerol. De los recipientes se desprendían, con dirección desconocida, las mangueras de hule necesarias para que esos aparatos cumplan con su función. Pero la sorpresa mayor para los presentes en la conferencia ocurrió cuando a través del aparato se vieron tres obras pictóricas desconocidas. Las tituladas *Damas chinas, Salón de belleza y El jardín de la señora murakami.*

Frida kahlo comenzó en ese momento, mediante el aparato, a hablar. Dijo haber detectado, casi desde los

orígenes de su oficio, una inquietud constante por pintar sin pintar. Es decir, por resaltar los vacíos, las omisiones, antes que las presencias. Quizá por eso la artista de sus primeras obras —las que era posible ver en ese momento— buscó muchas veces realizarlas sin necesidad de utilizar la pintura en el sentido tradicional, sino como un simple recurso para ejercer, de manera un tanto vacía, el mecanismo de la creación. Por ese motivo, en más de una ocasión copió sin cesar las figuras que aparecían en los frascos de alimentos o de medicinas. También obras de otros autores. Se dedicó durante algún tiempo al trabajo de trascripción. Ejercicio que separa muchas veces al arte de su función original.

Frida kahlo siguió a través de la pantalla con su discurso. Dijo que más de una vez había constatado, con terror, el carácter profético de la mayoría de sus obras. Que se había visto envuelta, quince o veinte años después de haberlas concebido, en situaciones similares a las que aparecían en sus proyectos. Recordaba, por ejemplo, cuando se realizó el montaje teatral de la pintura *Salón de belleza*. Desde un comienzo fijó la postura de no intervenir en el proceso de creación de la puesta en escena. Confió el texto a cierto director de teatro con el fin de que creara un resultado propio. El día del estreno, en medio de la función, frida kahlo cayó en una especie de éxtasis. No había asistido, como fue su promesa, a los ensayos. Todo era sorpresa. Fue la primera vez en su vida en la que pudo leerse a sí misma. La pintura había sido respetada totalmente, pero su estructura, al ponerse en movimiento, fue modificada de manera radical. Por esa razón, frida kahlo no contaba en ese instante con la retórica que utilizó para construir la obra. La estructura capaz de salvarla del embate que le iba a causar apreciar en su verdadera dimensión los trazos que había ejecutado. Desde el

comienzo de la función la tomó un estado casi hipnótico mientras sentía, literalmente, las pinceladas ingresando de manera directa por sus sentidos. *¿Qué clase de espanto ha sido capaz de elaborar una pintura semejante?*, se dijo.

Sin embargo, en el aparente universo abyecto que se representaba en escena, frida kahlo creyó descubrir algo fundamental: la presencia de la realidad verdadera. Lo que iba sucediendo en aquel espacio aparecía con una luminosidad y trascendencia de la que carecía la vida de todos los días. Advirtió, en ese instante, que quizá una de las razones que la habían llevado al arte era la construcción de ese mundo paralelo, al cual debía pertenecer enteramente para lograr la existencia plena.

Daba la impresión de que mientras más sórdido fuese lo representado sería mejor. Frida kahlo se dio cuenta de que el mecanismo consistía en colocar un universo terrible por delante, como una suerte de protección contra el horror que ese mismo mundo iba estableciendo. La existencia de ese recurso se hacía evidente en la idea central de su obra póstuma, *La escuela del dolor humano de Sechuán*, donde trató de recrear visualmente una forma de teatro popular cuyo fin era sacar provecho del dolor en las sociedades. Cuando acabó la función de *Salón de belleza*, y siguiendo quizá el carácter profético que estaba segura el arte y las propuestas artísticas traían consigo, corrió detrás de bambalinas y se apoderó de su propio personaje. Del peluquero aparecido en escena. Se lo llevó después consigo a su casa. Emprendieron juntos un proceso lento y algo penoso. Le llevó algunas semanas al actor despojarse de la figura representada para volver a ser él mismo. Antes de partir, el personaje inoculó en el cuerpo de frida kahlo el

mal físico, la enfermedad, que precisamente aparecía como tema central en la obra de Frida kahlo representada por ese actor. Kahlo fue contagiada, por su propia obra, de una dolencia incurable. De un mal que, además, parecía no extinguirse, pues allí, a través del aparato ideado por el impecable profesor que ofrecía en esos momentos la conferencia, los asistentes podían seguir viéndola y escuchándola hablar de las cosas que continuó haciendo después de muerta.

El mecanismo por el que pasó la obra *Salón de belleza*, desde el proceso creativo inicial hasta su representación en la sangre de frida kahlo, fue casi perfecto. Según sus propias frases, debía siempre cumplirse la profecía presente en toda obra. Desde entonces fue descubriendo, con cada vez mayor frecuencia, que la realidad era sólo un pálido reflejo de la creación. A kahlo lo que más parecía impresionarla de determinado tipo de construcción artística, de aquella que se origina en la intuición y hace uso de recursos propios para ser llevada a cabo, era que tras levantar fronteras estructurales para realizar las obras —creando sistemas que permitan entender el mundo como una maquinaria— se advertía de pronto que no existía límite alguno. Aquel era el punto donde se abrían realmente las posibilidades y no quedaba otro recurso sino el de cobijarse bajo un orden trascendente. La misma frida kahlo afirmaba que esa instancia podía estar cercana a la experiencia mística, en la cual, después de una serie de privaciones y luchas emprendidas contra la libertad individual, se buscaba algo semejante al infinito.

Con relación a este punto, frida kahlo no estaba segura si haber organizado un *Congreso de dobles de artistas*, que

fue una de las acciones plásticas que realizó en los últimos tiempos, se trató de una forma de seguir construyendo su obra. Algunos de los presentes en la conferencia parecieron sorprenderse al escuchar estas palabras. Casi ninguno tenía conocimiento de que kahlo hubiera realizado un congreso con esas características. Pese a las dudas iniciales, ciertos asistentes recordaron que, en efecto, sí sabían que desde hacía algún tiempo frida kahlo indagaba en las relaciones posibles entre el autor y su obra. Tal vez para corroborar esa idea, que comenzó a discutirse entre los asistentes, kahlo, a través de la pantalla, afirmó que provenía de una tradición donde muchas veces se le había dado un relieve excesivo a la presencia del artista —casi siempre colocándolo por encima de sus propias obras— así como a las circunstancias sociales, políticas o existenciales en las que se hallaba involucrado. Era consciente de que esa búsqueda por desentrañar las relaciones entre el autor y la obra se encontraba presente en la mayoría de los proyectos que había ideado. Fue para conocer más a fondo el carácter de estas relaciones, que aceptó la propuesta de abandonar por un tiempo su oficio de creadora para convertirse en una suerte de curadora de arte. La invitaron a realizar este proyecto después de haber escuchado una conferencia que ofreció en el extranjero, donde mencionó la importancia que habían tenido las demás artes, incluso más que la suya propia, durante sus primeros años dedicados a la creación. Sin embargo, una vez que aceptó ser invitada, advirtió que no podía ser otra cosa que una pintora. Su interés era sólo el de realizar obras de arte. Pretendió entonces cumplir con su promesa, la de hacer de curadora, pero sin dejar de concebir, ni por un momento, sus propios proyectos. Comenzó a elaborar el congreso de la misma manera como lo hacía con cualquiera de sus ideas. Apeló a la figura del curador como autor y a la

muestra como la obra. Se le ocurrió la posibilidad de organizar un congreso de artistas donde los artistas no estuvieran presentes, sino personas que los representaran. Un evento que fuera al mismo tiempo, como lo sabemos, una acción plástica. Trasladaría al lugar del evento sólo las ideas de estos creadores, no las obras ni su presencia física, para constatar lo que podría ocurrir con las creaciones una vez que estuvieran liberadas de sus autores. En el inicio emprendió un arduo trabajo fotográfico —es difícil imaginar a la anciana frida kahlo efectuando una labor de ese tipo—, pero a través de la pantalla los presentes a la conferencia la vieron utilizando una cámara digital, la cual accionaba sin mirar por el visor, con el fin de retratar los seis meses que pasó cada creador con su doble: gente tomada al azar que debía aprender de memoria textos que repetirían frente al público en una sala de arte. La idea causó cierto desconcierto. Al principio los organizadores titubearon, a pesar de que lo proponía kahlo después de muerta. No querían arriesgar demasiado. Sin embargo, luego de una serie de discusiones, el proyecto fue aceptado sin objeción.

El día de la inauguración se recibieron quejas de una serie de profesores de historia del arte principalmente, quienes habían viajado desde sus facultades de origen sólo con el fin de estar junto a sus objetos de estudio. A frida kahlo aquel reclamo le pareció fundamental, porque la ausencia de los cuerpos era otro de sus temas de interés. Sobre todo después de haber sido cremada. El lamento de los profesores era una prueba para kahlo de lo que en realidad esperaban los demás de las obras. Si se trataba de ideas o formas, como se supondría, éstas se encontraban allí presentes. Frida kahlo había logrado difundir en la sala

aquello que interesaba en ese momento a los verdaderos autores. Pero las reacciones le mostraron que para muchos lo importante eran intercambios de otro tipo y no las obras mismas.

Después del *Congreso de dobles de artistas*, frida kahlo comenzó a plantear una serie de acciones. Afirmó, a través del aparato, que la más importante en su vida fue la que tuvo que ver con pintar y poner en escena *Perros héroes*. La historia comenzó cuando kahlo contestó un aviso del diario en el que se anunciaba la venta de unos cachorros de cierto tipo de ovejero. En esa época había muerto de vejez un perro, que le fue fiel durante los años que pasaron juntos. Buscaba un animal sustituto. Había ya ensayado, sin éxito, con varios ejemplares. Aparte de los xoloizcuintles, a los cuales no consideraba perros, experimentó con un greyhound que se estrellaba contra las paredes de su casa por la falta de un espacio apropiado para correr. Con unos lebreles que ensuciaban sin la menor culpa los muebles y las camas. Con ciertos podencos que no entendían ninguna orden, y con un primitivo basenji, el perro-gato, que la desesperó con su indiferencia. Hasta que alguien le recomendó que probara con este ovejero. Estos animales eran los únicos capaces de salir con éxito de cierta prueba de habilidad canina sumamente complicada. Le informaron que esto se debía a que eran descendientes directos del lobo. Por eso contestó rápidamente el anuncio del diario. Realizó, a través de la línea telefónica, una serie de preguntas sobre la relación entre esos perros y sus ancestros. Sobre si sus habilidades podían explicarse por una inteligencia más desarrollada que la del resto de las razas. Después de escucharla, le pidieron que esperara unos momentos. Alguien más iba a contestar sus preguntas.

Minutos después, frida kahlo oyó por primera vez la voz del hombre inmóvil —propietario de los perros—, quien desde las primeras palabras que le dirigió trató de demostrar que tanto él como sus perros poseían una inteligencia superior.

Una hora más tarde, frida kahlo, a pesar de la dificultad que presentaba para trasladarse, se encontraba presente en la habitación del hombre inmóvil —un paralítico que, únicamente a partir de sonidos que emitía con la garganta, entrenaba estos perros incluso para matar—. Estuvo atenta al espectáculo que ese hombre tenía montado para las visitas. Con la ayuda de un enfermero-entrenador, un sujeto algo subido de peso, hacía pasar por turnos a los perros. Kahlo comenzó a ver entonces cómo los animales repetían las conductas que el hombre inmóvil iba anticipando. Previo a la partida de frida kahlo ocurrió un error de cálculo. El hombre inmóvil culpó de aquel accidente al entrenador. Uno de los animales mordió a kahlo y le destrozó parte del pantalón que llevaba puesto. Frida kahlo no regresó a aquella casa sino hasta un año y medio después. En ese tiempo hizo una pintura acerca de la experiencia que había vivido ese día. Cuando la entregó a ciertos galeristas, pensó en volver al lugar de los hechos. Deseaba constatar cuánto de cierto estaba presente en lo representado. Advirtió con asombro que en su obra aparecían algunos detalles en los que creía no haber reparado durante la visita inicial. Volvió por ese motivo una semana después. En aquella ocasión con una cámara de fotos —la misma que utilizó durante el *Congreso de dobles* — y, como era su costumbre, tomó algunas imágenes al azar. Decidió incluirlas luego en una muestra que tenía planeada, y hacerlas pasar por verdaderas instalaciones artísticas. Es decir, simuló que los ambientes habían sido

construidos por ella, no que los había tomado de la realidad.

Una vez que la pintura estuvo expuesta, frida kahlo quiso presentar una suerte de concepto sobre la idea de ese hombre inmóvil y sus perros entrenados. Para lograrlo se puso de acuerdo con algunos directores de teatro de la ciudad, para que cada uno anunciara públicamente que iba a poner la obra en escena. Es decir, que cada uno iba a hacer una adaptación teatral a partir de los elementos presentes en la pintura. Se empezó a generar entonces la idea de que *Perros héroes* iba a ser estrenada, en simultáneo, en diferentes teatros. Kahlo se incluyó en la propuesta, anunciando que ella misma iba a dirigir una de las adaptaciones. Se puso de acuerdo con el encargado de un complejo teatral para que colocara lo siguiente en la marquesina: *frida kahlo, directora de teatro*. Se publicaron también avisos en los diarios. Hasta que, de pronto, sucedió lo que suele ocurrir con la mayoría de las obras de teatro: la fecha del estreno pasó sin que nadie lo advirtiera. Los estrenos, pactados para que tuvieran lugar en un mismo día, fueron ignorados. Un reconocido crítico —a quien kahlo había convencido de participar en la idea— publicó en una revista sus comentarios sobre las diferentes obras estrenadas. En ella se mencionaba que las puestas en escena habían buscado poner en relieve la característica principal del personaje: la inmovilidad, para lo cual frida kahlo y los distintos grupos teatrales se habían servido de perros adiestrados para permanecer inmóviles sobre unos pedestales en actitud de amenaza frente al público. Esos animales, mientras el texto se iba desarrollando, eran reemplazados por ejemplares disecados, por perros de madera, o se dejaba el espacio vacío.

Los cambios se hacían con variaciones de luz.

Cuando la muestra se inauguró, la galería, quien también estuvo dispuesta a colaborar en los falsos montajes, anunció que durante la exposición se efectuaría una suerte de acto de desagravio para aquellos que se habían perdido los estrenos de las obras. Frida kahlo quiso que la exposición tuviera lugar en un templo del siglo dieciséis. Convocó luego a los participantes de la obra que ella supuestamente había dirigido —al escenógrafo, al sonidista, al diseñador de iluminación—, quienes reconstruirían el montaje por medio de palabras. Para cuando terminaran sus intervenciones, kahlo tenía preparada una sorpresa. Durante el tiempo que duró la reconstrucción había mantenido oculto, debajo del altar en el cual se desarrollaba la reconstrucción, a un ovejero entrenado para permanecer inmóvil. A una orden de frida kahlo el perro saltó. Allí se quedó, estático, mientras el texto de ficción comenzaba a desarrollarse. Surgió una voz en *off*, que bajaba del coro, que fue repitiendo fragmentos de la pintura. Transcurrieron cerca de veinte minutos de absoluta tensión, con el perro colocado sobre el altar de la iglesia mirando fijamente al público. Los asistentes se quedaron inmóviles en sus asientos. Temían a esa bestia agresiva que los dominaba. La escena, de un grupo de personas observando un altar presidido por un perro, para kahlo fue una acción más eficaz que haber puesto en funcionamiento la verdadera adaptación teatral, o que haberse limitado a mostrar la pintura. En cierto momento, cuando frida kahlo se encontraba sentada en la primera fila viendo con el resto de los asistentes el espectáculo, sintió el impulso de ponerse de pie y preguntarles a los demás qué era lo que realmente estaban haciendo allí, en las

bancas de una iglesia, admirando a un perro inmóvil. El animal continuó. Iluminado por una luz cenital. El ambiente había sido puesto en penumbras. El templo se mantuvo inalterable. Salvo la oreja del perro, que hacía leves movimientos cuando aumentaba el volumen en que era repetido el texto.

Frida kahlo estaba convencida de las diferencias que hubo entre ambos montajes. El de *Salón de belleza* y el de *Perros héroes*. Parecía estar satisfecha de la modalidad de adaptar al teatro pinturas suyas. Podía apreciar, entre otras cosas, cómo su creación alcanzaba diferentes límites. Vio incluso, en el caso de las dos obras a las que se refirió, que se trató incluso de ejercicios opuestos de interpretación. Algunos habían creído que la pintura sobre los perros había surgido de la imaginación, mientras que la de *Salón de belleza* había sido tomada de la realidad. Pensaron incluso que kahlo, antes de realizar esta última obra, había visitado un salón convertido en lugar para morir, que aparentemente existía en las afueras de la ciudad. En los diferentes sitios donde la obra fue expuesta se produjo un efecto similar. En cada uno de esos lugares se sabía de la existencia —casi a la manera de mito— de un espacio semejante. El grupo que realizó el montaje teatral incluso encontró uno en la cima de un monte. El elenco ensayó la obra en sus instalaciones. A frida kahlo le parecía que en el momento actual, y no cuando fue expuesta, la pintura cumplía de una manera más efectiva con su intención inicial. La de referirse únicamente a la peste. Sólo ahora, después de la muerte de su autora, cuando lo que queda de ella son sólo los restos de sus batas manchadas, los vestigios de los rituales excesivos que realizaba en su baño, los medicamentos sin fecha de caducidad, el *Salón de*

belleza puede ser capaz de retomar esa peste representada, casi desde una perspectiva bíblica.

Algunos años después de su muerte, cuando aquel acto comenzó a pasar al olvido, frida kahlo empezó a extrañar su pierna cercenada. La que había sido incinerada antes que el resto de su cuerpo. En la pantalla del aparato didáctico apareció en ese momento el horno del hospital donde realizaron la amputación. Se vio luego una pierna ortopédica apoyada en una pared. En cierto momento aparecieron nuevamente los aparatos para las lavativas, pero esta vez mostrando de manera enredada sus mangueras de goma. Se vio luego a una kahlo anciana, deseosa de recuperar su pierna. Lo dijo delante de los presentes en la conferencia. Frida kahlo parecía no saber qué hacer sin ella. Expresó que la sensación de pérdida le impedía realizar actividades a las que había estado acostumbrada. Le impedía, sobre todo, imaginar el esqueleto de obras como la *Última cena* o el *Guernic*a. Imaginar los esqueletos de sus obras de arte preferidas había sido una costumbre que practicó desde joven. Aunque sentía que no era eso únicamente lo que le molestaba. No poder hacer sus actividades de costumbre. En cierto momento descubrió que le hacía falta una suerte de artificialidad capaz de suplir el vacío de su cuerpo. Algo que hiciera evidente la falta. No quería acudir nuevamente al mundo de la ortopedia. Le era desagradable la idea de que le construyeran una pierna que tratara de simular la perdida. En ese ámbito, por lo general, en lugar de resaltar lo artificial se buscaba esconderlo. Algunos años atrás había realizado cierto experimento, cuyos resultados le dieron la clave para resolver su problema. En aquel entonces utilizaba una pierna ortopédica tradicional, y al

llegar a determinada ciudad del interior sintió el rechazo de la gente. Acudió entonces donde un hombre que se dedicaba a la fabricación de botas de montar, quien le confeccionó una suerte de funda para su pierna repleta de piedras de fantasía, que hicieron que los demás asumieran una suerte de asombro alegre ante su presencia. A partir de entonces, kahlo tuvo claro que su próximo miembro tenía que provenir necesariamente del universo de la plástica. Recurrió donde uno de los creadores más importantes, y después de algunos encuentros, el artista pensó en una serie de piernas posibles para frida kahlo. Piezas que al mismo tiempo que poseyeran una función práctica —existe un esbozo para realizar una capaz de portar de manera oculta un teléfono celular, un *i-pod*, y una pequeña caja de pinceles— contaran con una estética determinada.

La propuesta que frida kahlo le solicitó al artista, quizá tenía que ver con hacer del accidente, de la ausencia de pierna, un hecho comunitario. Que aquella característica dejara de pertenecerle sólo a ella para convertirse en una práctica que involucrase al resto. Kahlo imaginaba una acción que hiciera del vacío de su pierna faltante una suerte de jardín público. Un espacio anónimo donde todos y cada uno teníamos la responsabilidad de mantenerlo en perfectas condiciones. Tal vez se basó para idearlo en los carteles que solía leer en los parques: "*¿Le gusta este jardín que es suyo? No deje que sus hijos lo destruyan*". En el cuerpo de frida kahlo se presentaba el evento como una suerte de casualidad. Estaba representado en ella lo que les pertenecía a todos. No había, para los ojos de kahlo, ni una sola persona que llevara realmente sus piernas mientras a ella le faltara la suya.

Después de que frida kahlo mencionó este asunto, se creó un largo silencio en la sala. Las discusiones entre los asistentes cesaron por completo. El profesor se colocó al lado de la pantalla y dijo a los presentes que iba a apagar el aparato por unos minutos. Que mientras tanto hablaría de cierta pintura que kahlo acababa de crear. Se titulaba *Yo soy el autor de esta obra* donde, por medio de una serie de complicados procedimientos, buscaba relatar con imágenes una serie de sueños y premoniciones. Ponía en práctica una acción artística proveniente del interior del alma, como a frida kahlo le gustaba nombrar a cierto ejercicio inconsciente que solía llevar a cabo. Indagaba además en el carácter profético de las obras. Dos de sus obsesiones.

Sin mediar transición alguna, el aparato didáctico comenzó de nuevo a funcionar. Se iluminó la pantalla y pudo verse un acercamiento al rostro que, según el profesor, era el de frida kahlo actual. Nadie comprendió si se trataba de una máscara, de una cara ortopédica, o de la faz que le había otorgado el otro mundo. Kahlo habló nuevamente. Confesó por segunda vez que había copiado, de manera deliberada, obras de otros autores. No como ejercicio de trascripción, actividad que realizó sobre todo en la juventud, sino muchas veces para hacerlas pasar como propias. Aclaró que había comenzado cuando, después de su muerte, cayó víctima de una depresión severa, que trató de controlar sin la presencia de medicamentos. Aunque los que había tenido en vida carecían de fecha de caducidad —como algunos pudieron comprobar cuando cincuenta años después de su muerte abrieron su caja de medicinas—, frida kahlo no estaba dispuesta a soportar la infinita cantidad de efectos

secundarios que éstos le causaban. Después de muerta sufrió ataques de angustia y de pánico. También cierto estado de desesperación. Buscó el auxilio de un terapeuta especializado en un análisis psicológico ortodoxo. Fueron varios meses de gran sufrimiento, que cesaron cuando recurrió a un psiquiatra, que le suministró la medicina adecuada para sacarla de tal estado. Durante el tiempo que duró su martirio, la única actividad que pudo realizar fue la creación de una obra, a la que llamó *La jornada de la mona y el paciente.* En un principio pintó una serie de escritos, a manera de cartas, que le escribía al analista ortodoxo con el fin de que entendiera su situación. Lo hizo porque en las terapias diarias a las que asistía, aquel analista había instalado el rigor del silencio como eje de la cura. En esos días kahlo recibió —en un principio pensó que se trataba de una equivocación, pero después de advertir que se encontraba en un estado que podría calificarse como de vida después de la vida lo tomó como lógico— una invitación para participar en un homenaje que se iba a realizar con ocasión del centenario del nacimiento del escritor samuel beckett. A pesar de la crisis por la que estaba atravesando, frida kahlo aceptó asistir. No pareció estar consciente de las consecuencias que esto podía traerle. Luego lo olvidó por completo. Una semana antes de su participación recibió el programa donde aparecía su nombre impreso. Entró en un pánico aún mayor al que la atenazaba. Una de las características de su estado era que tenía curiosamente exaltado su sentido de responsabilidad. Tuvo pavor de haberse comprometido y no poder cumplir con lo acordado. Lo único con lo que contaba era con la pintura que había ejecutado para retratar su crisis. Realizó entonces un acto sumamente elemental, sobre el cual no reflexionó mucho. Debajo del título *La jornada de la mona y el paciente* puso el nombre de samuel beckett como si se

tratara del autor de los mensajes dirigidos al analista. A los asistentes no pareció quedarles claro si dio la autoría de beckett a la pintura en general, o sólo a los mensajes que estaban retratados. Se la entregó luego a una directora de teatro, preguntándole si estaba en condiciones de realizar un montaje de emergencia con aquel material. Extrañamente, la culpa que trajo consigo este acto produjo cierta recuperación de su equilibrio emocional.

Pero aquella acción no fue la única de esa naturaleza que realizó frida kahlo. En otra oportunidad pintó fragmentos de *La metamorfosis* de franz kafka, transformando los retazos de la narración en un nuevo texto. Utilizó sólo las palabras que había empleado el autor del relato original. Nuevamente le llamó la atención estar trabajando con un autor del que había conocido muy poco en vida. Sin embargo, dijo en la pantalla que en el universo donde se encontraba, las imágenes y las palabras flotaban en un sinfín constante, donde no se sabía dónde estaban los límites entre una obra y otra, y menos aún se tenía conocimiento de dónde acababa un autor y empezaba otro. Una vez que trasladó *La metamorfosis* al cuadro, despojada por completo de la anécdota central —la de la transformación— quedó en el óleo el testimonio de alguien que no puede conciliar el sueño y experimenta, como producto de aquel estado, perturbaciones que lo hacen sentirse casi como un insecto. Kahlo modificó un relato ajeno para crear un nuevo texto. La pintura que resultó sirvió para acompañar las imágenes de cierto fotógrafo que le solicitó hacer un libro juntos. Cuando le llegaron las fotos elegidas, frida kahlo apreció una serie de imágenes que retrataban casas vacías. Aparte de este rasgo, no encontraba ninguna otra característica en particular. Lo

único que podía apreciar en ellas era la mudez de los objetos representados. Le pareció, nunca supo por qué, que eran casas perfectas para insomnes.

Los asistentes a la conferencia miraron en ese momento, a través de la pantalla, las fotos de las casas que el fotógrafo le había enviado a frida kahlo. El profesor afirmó, estableciendo una suerte de diálogo con la pantalla de su invención, que viéndolas, más que mudas las casas le parecían solitarias. Kahlo dejó de hablar. Recién en ese momento los asistentes comprendieron, algunos con temor, que existía la posibilidad de una interlocución directa entre la sala y las imágenes de la pantalla. Las tomas donde aparecía frida kahlo no estaban grabadas. Con cierta vergüenza comprendieron que la artista había escuchado los comentarios hechos en la sala. Kahlo dio la impresión de haberse quedado pensando en el parecer del profesor. Cuando volvió a hablar dijo que lo solitario no lo encontraba necesariamente en esas casas. Para referirse a la verdadera soledad, afirmó, había que remitirse a la columna que el cineasta luis buñuel —a quien conoció cierta tarde de lluvia— dejó abandonada en medio de la nada después de la filmación de la película *Simón del desierto*.

Frida kahlo recordó, a partir de la aparición del tema de la soledad de la columna, la vez en que fue requerida para un congreso sobre cine y misticismo. La invitación le causó asombro. Estaba segura de no poseer el perfil artístico adecuado para el evento. Como en todos los temas que la apasionaban, no tenía nada en particular que expresar. Tanto en asuntos de cine como de misticismo hubiera preferido escuchar lo que los demás tenían que decir. Sin

embargo, la única posibilidad para asistir a aquel encuentro era por medio de una presentación. Recordó que alguien le había contado que la columna de la película de buñuel —film que no había alcanzado a apreciar en vida— se encontraba abandonada en el desierto. Kahlo se abocó entonces a la tarea de conseguir una imagen reciente de aquella columna. Como se podrá suponer, no estaba en condiciones de acudir personalmente al lugar donde se hallaba, pero pidió una y otra vez que le consiguieran alguna foto. Finalmente le llegó una reproducción perfecta. Tomada por una gran profesional. Se mostraba sólo la cúspide, y en los lados de la plataforma se podían apreciar caracteres bíblicos. A un extremo de la foto, casi como por azar, se veía un poste de luz. Frida kahlo, luego de apreciarla por unos días, mandó enmarcar la fotografía como si se tratara de una representación religiosa. Mandó también hacer una serie de estampas alusivas a la columna, que después repartió entre sus vecinos. Al día siguiente volvió a las casas que había visitado llevando su cámara. Fotografió uno por uno a sus vecinos, a quienes les pidió mostraran ante el lente las estampas que les había regalado. Kahlo intentó hacer creer que sus vecinos eran miembros de una cofradía que se había creado en torno a la columna perdida. El texto que acompañó a las fotos, mencionaba que un grupo de personas había decidido huir de la ciudad con el fin de mejorar sus condiciones de vida. En el camino de su peregrinación hallaron la columna de la película de buñuel. Estas personas decidieron tomar ese hecho asombroso como una señal y aposentarse en sus alrededores. Pronto comenzaron a asignarle virtudes curativas al monumento.

En determinado momento, casi sin mirar a los asistentes a la conferencia, el maestro dijo que, pese a las cosas que afirmaba en la pantalla, frida kahlo no supo nunca qué significaba crear sin crear. Las explicaciones que pudo ofrecer al respecto parecían haber sido formuladas sólo como pretexto para continuar viva a pesar de sus circunstancias.

Como es lógico, el aparato didáctico ideado por el profesor nunca existió. Tampoco la conferencia ofrecida en honor a frida kahlo. El profesor, de cuya verosimilitud se duda también, dijo que la figura de la artista debía encontrarse situada siempre más allá de cualquier artilugio. Fuera de sus corsés, de sus batas, de sus piernas y de sus medicamentos sin fecha de caducidad. Muda y ausente. Como la que mantuvo el perro que logró colocar encima de un altar.

Giradores en torno a mi tumba

La opresión de saberse perdido en medio de una ciudad hasta cierto punto desconocida, creo que es motivo suficiente para escogerla como lugar de trabajo. De manera cíclica, siento unos intensos ataques de pánico y angustia aparentemente inmotivados. He llegado a la conclusión de que son estados necesarios para poder escribir. Largas noches de insomnio imaginando las situaciones más funestas, horas de vigilia y de sueño entrecortado mientras la vida continúa a mi alrededor. En situaciones de esa índole, suelen aparecer en mi cabeza imágenes de hombres y mujeres obesas realizando protestas políticas desnudas en medio de la calle, o me siento atrapado en medio de un festival de lucha libre, donde la víctima que hay que destruir en el ring de la pelea es nada menos que mi persona. Es cuando imagino situaciones semejantes —cuando este tipo de imágenes se suceden una detrás de otra—, cuando me veo obligado a buscar la mesa de escritura como único refugio capaz de hacer que la angustia disminuya. A veces la cura consiste también en caminar por calles anónimas atiborradas de personas o tomar el transporte subterráneo sin saber si van a funcionar los mecanismos que harán posible mi salida a la superficie. Saber que en el mismo instante de la angustia se desarrollan cientos de actividades a mi alrededor es importante. Resulta difícil poder considerar a México D.F. como mi ciudad. No crecí en ella. Casi no guardo

recuerdos. La abandoné cuando tenía pocos años y no volví sino hasta hace algún tiempo. La situación perfecta para sentirme partícipe y no de su vorágine. Para creer que soy un habitante y también un explorador. Descubriendo día con día una serie de costumbres, de calles desconocidas, de sentirme a mí mismo como si estuviera quebrando alguna regla al actuar como un ciudadano normal y corriente. Una de las características de esta ciudad es que está diseñada a manera de una serie de poblados superpuestos. Cada uno con sus costumbres y con sus tiempos. Es por eso que es posible, en medio de la ciudad, apreciar de pronto a un conjunto de charros haciendo proezas con sus caballos o a personas bailando en medio de las avenidas sin importar que el tráfico de millones de vehículos se desvíe o se atasque todo el tiempo que dure la celebración. Lo que se llaman colonias tienen más la función de pequeñas poblaciones encerradas en sí mismas, autosuficientes. Es por eso que muchas veces los habitantes no se trasladan a grandes distancias. Todo esto es posible de experimentar en una ciudad como México D.F. No es casual que haya escogido vivir en una pequeña casa de principios del siglo XX, ubicada en una de las zonas más céntricas. Un rincón de paz olvidado en medio del jolgorio que se desata alrededor. Habito en un conjunto de casas llamadas El Buen Tono. Aquí permanecemos, yo y mi angustia, ajenos a muchas de las actividades que se desarrollan alrededor. Nadie tiene que ser testigo de mi desánimo. Yo solo frente a las palabras que debo crear. Todo lo demás, el tráfago humano, el desarrollo cultural, lo percibo como un vago rumor. De vez en cuando coincido con algún otro escritor, nos saludamos cortésmente y cada quien continúa con su camino. Lo veo ir desapareciendo al lado de alguna pared plagada de textos e imágenes realizadas seguramente cuando nadie lo advierte. Textos que suelen decir cosas

como *Mi mamá es mi novia* o *Hubiera querido ser más joven y alocado*. Pero esta situación, de sentirlo todo como un vago rumor, curiosamente no me hace estar separado por completo. Mantengo, a pesar del aislamiento, una Escuela de Escritores. Un lugar de encuentro donde una serie de creadores pasan junto a un grupo de aspirantes a la escritura, algunas horas a la semana. Esa actividad es lo que me permite mantenerme conectado a un espacio concreto, específico. Es lo que me permite también dejar de lado la angustia y la depresión para enfrentar la serie de preguntas que surgen de la creación literaria. Me involucro de un modo en que mi trabajo personal no se vea afectado. Ni mi estado de ánimo. Ni la ansiedad que, al parecer, me permite crear. Mantener la escuela es como una suerte de artificio que me libra de la culpa que me provoca escribir. Conozco bien la sensación, pues me acompaña desde muy joven. De algún modo esa culpa se disipa cuando comento con un grupo de jóvenes escritores sus nuevas creaciones o cuando debo contratar un maestro y discutir sobre las reglas de juego con las que cuenta la escuela. Pero toda esta situación, en verdad, la sostengo gracias a la presencia en esta ciudad de una serie de amigos. Es una ciudad tan desproporcionada que permite la existencia de muchas redes de amistades de diversa índole. Me unen a ellas lazos de naturalezas particulares y cada una me constituye como persona. Cuento con mis compañeros sufíes, con quienes comparto mi camino espiritual, con mis amigos intelectuales, quienes alimentan mis ansias de cultura, con mis amigos que no pueden definirse por ninguna característica en particular, con quienes discurro en el tiempo y en el espacio. Quizá la característica particular que defina a estos amigos son sus diferentes grados de excentricidad. Están desde los amantes incontrolados de la supervivencia de los perros, hasta los que se travisten con

la secreta intención de experimentar varias vidas a la vez. Los amantes de los perros —en los alrededores de la ciudad existen millones de canes sin amo— realizan una serie de acciones para evitar que los animales se sigan reproduciendo o continúen viviendo en las calles. Más de una vez he asistido a alguna de estas operaciones masivas de esterilización, que se llevan a cabo casi como si se tratara de ceremonias religiosas. Un solo médico, en medio de la sala de una casa, opera un animal tras otro estando el amo presente. Lo curioso del doctor es que nunca deja a un lado su eterno cigarrillo, el que fuma sin descanso en medio de las operaciones. Con todos ellos comparto lazos afectivos y, cosa curiosa, casi no se entrelazan unos con otros. Los travestis tienen su zona y su horario, los charros los suyos, los hombres y mujeres desnudos que protestan mostrando el natural desborde de sus cuerpos saben a qué hora y en qué lugar aparecer. El espacio urbano de realidades superpuestas lo admite con naturalidad. Parece haber lugar para lo atávico, para lo contemporáneo, para el odio y para el amor. Para la vida y la muerte, cuyos límites muchas veces no se llegan a distinguir con claridad. No creo que exista otra ciudad que lo permita de una manera tan determinada. Que ofrezca la posibilidad de transitar por una serie de senderos paralelos sin que éstos se crucen en ningún momento. Esta situación facilita, además, que pueda mantener intacto mi espacio de creación, sin interferencias mayores. Precisamente el hecho de la sobrepoblación genera la oportunidad de buscar una serie de soledades que se presentan simultáneas y separadas entre sí. A pesar del desorden y la desproporción, México D.F. es la ciudad donde he podido encontrar el silencio mayor, aquel que se magnifica por saber que la paz puede ser quebrada en cualquier momento para dar paso a la inmersión dentro de una dinámica de multitudes. Por la

posibilidad de pasar de un extremo a otro. Con respecto a mis libros, esta situación de sentirme acompañado en el vacío, ha hecho posible que mi escritura se cuestione cada vez más sobre sí misma. Que los mundos que aparecen representados en los libros obedezcan de una manera creciente a las leyes que la propia escritura ha ido creando a través del tiempo. Suceden tantas cosas a mi alrededor, que mis libros se convierten en una suerte de reflejo de un espacio que solamente puede ser reproducido por medio de palabras. Para representar una realidad en constante cambio me parece que existen formas de expresión mucho más eficaces que la escritura. Quizá sea más contundente ingresar a un templo cuyas inmensas letras *Pare de sufrir* lo inducen a uno a creer que todo lo real no es más que un simulacro. Que estamos en un espacio que incluso incluye la opción de escoger un servicio semejante. O que incluye incluso la capacidad de alimentar con muertos mi rendición ante la muerte con el extraño fin de evitar mi propia muerte. Creo que estas circunstancias hacen posible que se cumpla de una mejor manera la premisa de que un libro debe existir porque lo que expresa es imposible de ser comunicado por otro medio. La literatura como espacio necesario, no como recurso que se haya podido elegir para reflejar determinada situación. En México D.F: todo está dispuesto para pertenecer y no pertenecer al mismo tiempo. Para creer que uno puede emular un universo sólo a través de las palabras. Hay ocasiones en que esta situación me produce miedo. Tengo la sensación de que terminaré aniquilado por mis propios mundos. Esto ocurre principalmente cuando la angustia tiñe todo a mi alrededor. Cuando los temores se ensanchan y cuando siento que el monstruo que me circunda es verdaderamente inabarcable. En esas ocasiones me basta caminar unos cuantos pasos para estar dentro del mercado que se ubica en la esquina

de mi casa. O visitar el edificio en ruinas donde viven decenas de familias, me parece que el lugar más invisible dentro de la invisibilidad, quienes bautizan como La fiesta del Gran Vidrio a la celebración anual que realizan para conseguir fondos con los cuales sustentar el eterno litigio de desalojo. Lo que no han conseguido es evitar que las ruinas de aquel resto de edificio sea aún más invisibilizado con la instalación de paneles de publicidad. Ahora, para dirigirse a alguno de los vecinos que viven allí dentro hay que hablar directamente con la botella de Coca Cola que aparece en el cartel. O decido caminar un poco más y encontrarme dentro de una de las estaciones de metro más concurridas. Voy directo donde un hombre ciego ha instalado, en un rincón de la estación, un pequeño puesto de masajes. Se trata de un local minúsculo cuya pared de vidrio, que da a una estación utilizada diariamente por cerca de dos millones de personas, está apenas tapada con una cortina llena de fisuras. En aquel espacio apenas cabe el ciego y una mesa cubierta con una sábana que recuerda la cama de la mujer cosida a puñaladas y el hombre a su lado afirmando que sólo fueron *Unos cuantos piquetitos*. El ciego, al sentir mi resquemor, me dice que no me preocupe, que las manchas son producidas por el aceite con el que ha embadurnado a los clientes anteriores. Que es curioso que algo tan bueno como los aceites produzca una sensación tan desagradable a la vista. Acuéstese. El aceite es provechoso para todos. Me desnudo a menos de quince centímetros de miles de personas en constante movimiento. Me acuesto sobre la cama plagada de manchas y me dedico a observar, a través de las fisuras de las cortinas, el infinito paso de las personas. Advierto también que el hombre ciego es una suerte de líder de la legión de ciegos que, organizados por ese hombre, pasan sus vidas en el metro. El bizarro masaje es interrumpido en forma constante por

vendedores de discos, que deslizan las ganancias por debajo de la puerta. Por las quejas de agresión que ha sufrido alguno de los miembros de la cofradía por parte de la guardia del metro. Mi masajista, quien me ha contado que ha aprendido ese oficio para librarse de ser cantante de vagón y estar en un lugar de preferencia dentro del escalafón de los ciegos que viven debajo de la tierra, a casi todos los pedidos les da una solución. Constato entonces que no hay equivocación posible. Que a pesar de las tinieblas en que a veces están inmersas mis palabras, en sus aparentes faltas de sentido, se encuentra presente la realidad. Lo constato con las cientos de gentes que, lo quería ignorar, me estuvieron rodeando todo el tiempo. La palabra, los textos, no era cierto que se gestaban en medio de la soledad más absoluta. En más de una ocasión me he imaginado escribiendo en alguna otra ciudad o bajo distintas circunstancias. Es más, lo he llevado a cabo. Recuerdo la desastrosa experiencia en que intenté recluirme en una cabaña totalmente apartada. No tardaron en aparecer una serie de síntomas físicos, entre otros un asma persistente, que me obligó a dejarla abandonada con todo lo escrito dentro. Nunca me atreví a regresar. Durante mi experiencia en una serie de residencias de escritores o durante mi estadía interno en una escuela de cine, mi interés principal era buscar una serie de formas para llegar lo más pronto posible a una zona lo suficientemente urbana que me permitiera cotejar con la realidad cotidiana los mundos hasta cierto punto insólitos que se reflejan en mis textos. De esta manera, viviendo en el medio de una de las sociedades más atiborradas, puedo darme cuenta de que mi trabajo de alguna forma busca hallar el punto no evidente que se presenta en cualquier conducta concreta. A pesar de las incomodidades de esta ciudad, de su inseguridad, de la engañosa amabilidad o la ética del horror —cargada de

maneras mientras más honrosas más inhumanas, con que suelen presentarse las situaciones, de muchas veces no poder comunicarme con los demás para resolver los asuntos más banales, mi elección de trabajar en México D.F. no es equivocada. Ya tengo incluso preparado mi funeral y elegido el lugar de mi entierro. Aunque parezca una desproporción geográfica, alrededor de mi cuerpo darán vueltas durante infinitas horas una serie de derviches giradores, estaré envuelto en una tela verde repleta de flores y tendré como despedida el canto jubiloso que acompaña a las Bodas Místicas. Seguramente en aquel velorio estarán presentes muchos de los personajes que me son cotidianos. Estarán, lo aseguro, los hombres y las mujeres gordos y desnudos, el médico de las esterilizaciones, los integrantes de la lucha libre, los charros con sus sombreros sobre el pecho, los amigos travestis, los románticos, los escritores, en fin, aquellos que hacen que confunda actualmente mi vida con la superposición de los tiempos y de los espacios. Todo esto ocurrirá en el corazón de México D.F., mi lugar de trabajo, donde no en vano, desde todos los tiempos, se ha hecho de la muerte un ritual de celebración.

Los cien mil libros de Bellatin

Mario Bellatin es un autor que desea disponer siempre de sus libros
no sólo de sus textos, quiere
por ese motivo
que en una sección de su estudio existan
en todo momento
miles de ejemplares físicos, cien mil para ser exactos,
de los libros escritos durante la mayor parte de su existencia.
A partir de ahora contará sus años de vida en libros y no
en años como es la costumbre
cumplirá libros, por decirlo de alguna manera.
Redactará cien títulos,
con un tiraje inicial de mil libros cada uno.
Los libros se pondrán a la venta
sólo si existe alguien interesado en poseerlos
son libros que se ofrecen, que no se comercializan
están sólo a disposición
en una suerte de *estado gel del intercambio*.
Este *estado gel de intercambio* puede ser variado
tanto por Mario Bellatin
como por el posible lector
como por las circunstancias
lo único definido en el estado gel del intercambio
es la frase que cada libro llevará en la página segunda: este libro no es gratuito.

Mario Bellatin decidió hacerse cargo de estos libros
cuando cumplió cincuenta años
y las paredes de su casa cumplieron
cien.

Le pareció una edad adecuada como para atreverse a derrumbar las paredes con el fin de que
los libros puedan ser acomodados.

Fue a partir de entonces que se construyeron una serie
de *dispensers* de madera
adecuados para albergar
quinientos libros cada uno.

Unos *dispensers* con medidas externas colocadas
para contabilizar los libros de una sola impresión
visual.

Mario Bellatin socavó una parte de su casa con el
fin de usarla como depósito de los libros que
no cupieran dentro
de los quinientos exhibidos.

La dotación
de una nueva carga de libros
se hará de quinientos en quinientos.

La edición de los
libros
será una mezcla de trabajo industrial y artesanal
los ejemplares saldrán de la imprenta
con las portadas vacías
tendrán todos la misma caja de diseño
igual tipo y tamaño de letra
y los puntos y aparte serán reemplazados por el símbolo
de unas pequeñas tijeras.

En circunstancias normales la extensión estará alrededor
de los sesenta mil caracteres

que es la medida que impone el impresor para no utilizar
más de un folio de papel.
La parte artesanal consiste en
el título colocado con una pequeña imprentilla.
Una estampa pegada con el nombre de Los Cien Mil Libros de Bellatin
la huella digital del autor
el foliado pertinente en cada ejemplar.
La supuesta empresa editorial que avala
estos libros es inexistente
no hay cargas más que las impuestas por el
propio trabajo.
En cada uno de los ejemplares habrá únicamente
dos advertencias:
la ya señalada
Este libro no es gratuito, y
Los derechos de este libro pertenecen al autor.
Los Cien Mil Libros de Bellatin se trata también de una empresa fantasma
vacía
no tiene la imposición de los requisitos propios de la industria.
¿De qué tratarán los libros? puede más de uno
preguntarse.
Los cien temas a trabajar pueden ser los siguientes:

1- Monjas sentadas en un asilo esperando que concluya la extremaunción.

2- Aquella mañana se levantó temprano. No miró el reloj despertador. Al cabo de media hora estaba ya arreglada para salir. Escogió un pantalón negro y una camisa a

cuadros azul. Demoró un cuarto de hora en la cocina. Cortó un tomate, sacó un pedazo de queso y lo comió todo junto en un plato donde vertió aceite y sal. Miró la luz que entraba por la ventana. Estaba de vacaciones. Decidió dar una vuelta alrededor de la fuente del parque cercano.

3- ¿Le gusta este jardín que es suyo? No deje que sus hijos lo destruyan.

4- Cada vez que corta un pedazo de carne lo hace pensando en las horas que le faltan para volver a su casa. Se le aparece en esos momentos la imagen de su mujer amamantando a su hijo.

5- El niño deseaba una bicicleta para su cumpleaños. Lo expresó en voz alta. Cuando aquel día llegó sus padres le obsequiaron una de manubrios altos.

6- Para tomar el examen de matemáticas la maestra debió preparar las preguntas el día anterior. Lo hizo antes de acostarse. En una esquina de su habitación fue revisando el libro de texto mientras apuntaba los temas sobre los que versaría la prueba. Al día siguiente el salón de clases estuvo lleno de alumnos. La maestra ordenó que cada quien sacara dos hojas de papel, pusiera su nombre en la parte superior derecha y de inmediato hizo un pequeño dictado. Una hora después recogió las pruebas.

7- Sentencia: el dolor es sólo un instante y su persistencia su representación.

8- Para escribir la carta que le solicitan dice que necesita una pluma fuente de una marca determinada. Afirma que con una pluma semejante describió más de una vez pasajes agradables de su vida. Lamentablemente ya no se encuentra en el mercado una pluma con esas características. Dice que lo más parecido a lo que busca lo puede hallar en un lápiz, aunque sabe que es de muy mala educación utilizar un instrumento semejante para la naturaleza de la carta solicitada.

9- Cada vez que van al teatro, dos amigos de la infancia suelen quejarse después de la función. Se trate de la obra que sea siempre le encuentran un defecto, que por mínimo que parezca hace que todo el trabajo escénico se tome por perdido. Acostumbran entrar siempre muy contentos a los recintos y salir con una actitud de odio del uno hacia el otro.

10- Roberto escuchó a su madre que le pedía levantarse de la cama. Todavía estaba oscuro. Roberto se había hecho la promesa secreta de no abandonar nunca la cama mientras no hubiera luz. En cierta oportunidad, la insistencia de la madre porque Roberto se levantara de noche fue más fuerte que el juramento realizado por su hijo el año anterior.

11- Lo que pareció ser un ataque de convulsiones le sobrevino mientras caminaba por la avenida central. Cuando advirtió que le era imposible hacer coincidir el sujeto con el predicado de los pensamientos que iba

teniendo, supo que la crisis estaba por comenzar. En una vitrina se exhibían pequeñas motos de diferentes colores. Se trataba de tonos brillantes. Se quedó mirando fijamente una moto de color rojo.

12- Noches de otoño. Efectos del asma o resabios de las medicinas para atenuarla.

13- Los animales —mis perros incluidos— caen en estados extraños durante el sueño. Algunos quedan estáticos y con los ojos abiertos.

14- Los perros que acostumbran dormir en mi habitación son cinco. Debo mantener una rutina estricta para mantenerlos. De lo contrario parecería un afectado por el Síndrome de Noé.

15- Mario Bellatin le imprimía demasiada fuerza a sus palabras. Eso fue lo que pareció irlo desgastando hasta llevarlo finalmente a la muerte.

16- El hombre de la cama —en otras palabras, el narrador— se preocupaba por el estado de salud de Mario Bellatin, aunque él mismo sufriera de un asma persistente que trataba de aplacar con pastillas que le quitaban el sueño por completo. Pasó durante algunos años por una serie de médicos y de pruebas químicas. Casi ninguna dio algún resultado. Ni a favor ni en contra.

17- Explicar la importancia del perro sin pata trasera en la existencia de Mario Bellatin.

18- Puesta en escena de la obra La Escuela del Dolor Humano de Sechuán por parte de un director de teatro taiwanés.

19- Para Ludmila la idea del placer parece consistir en que llegue la hora de irse a acostar. Nada le causa tanta ilusión como apagar las luces de la casa, dejar solamente prendida la lámpara de la mesa de noche y entrar en la cama después de haberse cambiado y lavado los dientes. Antes de quedar dormida enciende el televisor con un control que mantiene escondido entre las sábanas. No acostumbra mirar la pantalla. Le basta con oír el sonido constante.

20- Donación de una cámara Hewlett Packard a cien artistas de todo el mundo.

21- La razón por la que nunca podrá conocer su verdadera edad: alguien aparecido de la nada es imposible de ser interpretado por el otro de manera normal.

22- ¿Por qué caminaba para sosegarse con paso seguro hasta los bazares situados en la esquina de su casa?

23- Los escombros dejados por un terremoto.

24- Trajes de arlequín y binoculares que la persona dueña de la habitación utilizaba durante sus funciones.

25- El respirador artificial que el actor que rentaba la habitación necesitaba de vez en cuando.

26- Par de chillidos que lanzó el hombre de la piel de látex.

27- Algo en los rasgos de ese hombre le recordó al primer perro que tuvo en la infancia.

28- Búsqueda de perros disecados por parte del hombre inmóvil, es decir por parte del hombre aquejado de parálisis general.

29- Ver quiénes eran los dobles de los escritores que se presentaron en una galería de arte en París.

30- El crítico de teatro y las dos profesoras de la universidad disertaron durante largas horas sobre una obra de teatro que nunca se llevó a cabo.

31- La iglesia donde se realiza la disertación se trataba de un templo sin bendecir del siglo XVI.

32- El iluminador que supuestamente trabajó en la obra inexistente cuenta los detalles de las mediciones que tuvo

que realizar durante el día del estreno.

33- Las teorías rusas de teatro, a las que recurrieron una y otra vez las maestras universitarias, no estaban hechas para ser aplicadas a un perro montado sobre un altar. Ninguna idea teatral puede tener más fuerza que la de un animal iluminado.

34- Nuevamente el respirador artificial del actor que inoculó el mal en el escritor.

35- El ser de la piel de látex con el que mantuvo relaciones. Nunca se sabrá, ni en la realidad ni en la ficción, nada acerca de su origen.

36- La historia de Pinocho contada en alguna lengua eslava es lo que acompañará a las imágenes.

37- El personaje desde ahora se llamará ¿Mi Yo?, y será reemplazado después por una letra árabe que no signifique realmente nada.

38- Un libro sólo sobre el tiempo anterior a que la enfermedad se presentara.

39- Era curioso que a pesar de los síntomas de claustrofobia que mostraba, buscara siempre lugares asestados para comenzar cualquier narración.

40- El placer de tomar el transporte subterráneo con la secreta idea de que no va a poder salir nuevamente a la superficie.

41- La escuela de escritores lo liberaba de la culpa que le causaba el acto de escribir.

42- Las visitas a las ruinas de un edificio cercano. Devastado por el terremoto que asoló a la ciudad muchos años atrás.

43- Los masajes que le daba el ciego que atendía en un local situado dentro del transporte subterráneo.

44- Se acostaba desnudo para ver por las ranuras de la cortina las cientos de personas que circulaban por el pasillo central de una de las estaciones del transporte subterráneo de una de las ciudades más atestadas del mundo.

45- La experiencia que tuvo cuando fue a escribir a una cabaña solitaria.

46- La máquina Olivetti comprada en un país comunista.

47- El abandono del cachorro dóberman llamado Jesús.

48- Una de sus costumbres preferidas en esos tiempos era imaginar que siempre se encontraba situado en un lugar distante del cual se hallase presente.

49- El primer perro que tuvo le mostró por vez inicial el estado de vigilia canino al que estaría tan atento durante el resto de su vida. Murió atropellado cuando ¿Mi Yo? lo llamó para jugar desde la acera de enfrente.

50- Las líneas de expresión que aparecían en el rostro de un retrato que le tomó a su abuela.

51- Una cámara que fotos que se lanzó al mercado el año de 1965.

52- Se trata del *Libro Fantasma* que ¿Mi Yo? lleva siempre consigo.

53- Escribir un relato detrás de otro utilizando cada vez el imaginario de un niño de diez años.

54- Cierta persona que lo impresionó por su forma de hacer las cosas, le habló durante largas horas acerca de su idea de hacer un libro sobre Pinocho donde las palabras no tuviesen la menor importancia.

55- El ser con la piel de látex que apareció en la ventana lleva prendida en el ala izquierda una lista con nombres pegada con un alfiler.

56- Padecía de focos irritativos a ambos lados del cerebro. Como se encontraban en regiones superficiales se alteraba ante el menor estímulo.

57- La particular sensación de inmortalidad que debió soportar hasta el día de su muerte.

58- Alguien pasea a sus perros metidos en un carrito de supermercado. A uno de ellos le falta la pata trasera.

59- En ningún momento ¿Mi Yo? advirtió la reacción que mostré al verme sentado a mí mismo al borde de la cama.

60- Trabajo de transcripción: ejercicio que separa muchas veces la escritura de su función original: la de transmitir ideas.

61- Lo que aparecía en escena contenía una luminosidad de la que carecen las cosas de todos los días.

62- Mostraba, a los lados de la cabeza, largos y tersos mechones de pelo.

63- Ha sido muchas veces testigo de conductas de sus perros que le son difíciles de explicar.

64- Acostumbraba tomar las líneas del transporte subterráneo cuando se encuentra en un momento difícil. Va de una estación a otra sin ninguna intención precisa más que la de cambiar de convoy.

65- Vivía en una casa tachonada con sus propios libros.

66- Muy cerca encontramos a decenas de individuos viviendo en las ruinas de los edificios destruidos por el terremoto.

67- Ingresar al espacio de la Escuela de Escritores era como entrar en un cuarto desconocido.

68- Solía acordarse de la vez en que deseó irse a vivir a una cabaña apartada.

69- El escritor que inventa con la palabra un Moridero, acaba recluido en uno semejante.

70- El actor cría cuervos para realizar números callejeros.

71- La destrucción de un cine por parte de un grupo de niños. Un suceso que acontece mientras se proyecta la película Kamikaze Taxi.

72- Uno de los niños del cine se convirtió con el tiempo en uno de los mayores expertos en cría de canarios.

73- La historia del niño y los canarios puede parecer ilógica, pero cabe a la perfección en lo extraño del discurso.

74- La muerte de un canario puede ser producida por un infarto al prender de pronto la luz.

75- Al personaje lo va a visitar de vez en cuando un filósofo travesti, quien al mismo tiempo que le habla de Kant le cuenta sus andanzas de la noche anterior.

76- ¿Mi Yo? lee La Casa de las Bellas Durmientes.

77- ¿De dónde fueron sacados los guantes de hule con los que se sacó al pez muerto?

78- El gabinete del analista, que tanto el escritor como yo visitamos infinidad de veces.

79- El gabinete del analista está situado en un lugar intermedio entre la realidad y la ficción.

80- Camino con mis perros por la gran ciudad.

81- Coloco las fotos ampliadas sobre mi mesa de trabajo con la esperanza de que surja una escritura a partir del orden que impone lo visual.

82- Todo el proceso de publicación de un libro en City Lights.

83- Encuentro con la muchacha que me realiza las ampliaciones fotográficas.

84- Comencé a experimentar con el ejercicio antes que con la fotografía misma.

85- Fotos Espectro = Imágenes que nunca vieron la luz.

86- Los rollos sin revelar se van acumulando en grandes bolsas de plástico.

87- La acción de sumergir postales de pinturas clásicas en los charcos que creaba el agua de mar cuando quedaba atrapada entre las rocas.

88- Largo y penoso nacimiento en un viejo hospital de la Ciudad de México.

89- Le dio un ataque de epilepsia mientras regresaba en taxi de una cena en compañía del señor Sergio Pitol. Antes de que ocurriera el suceso, Sergio Pitol le contaba los

detalles de la visita que había realizado esa misma mañana al cuarto de hospital de Carlos Monsiváis.

90- Descripción detallada e infinita del Informe del Hospital.

91- El siguiente ataque ocurrió durante un vuelo a la ciudad de Miami.

92- Sólo Dios sabe = Murasaki Shikibu

93- El manual inventado para tomar fotos con la cámara Diana da por finalizado el ejercicio fotográfico que se inició en el año de 1968 y terminó cuando aparecieron las cámaras digitales.

94- Escena en el comedor de la residencia para maestros invitados de la Universidad de Princeton, en el que el señor Iván Thays encuentra a un maestro desayunando junto a su esposa y a un hijo tarado que no para de exigir sexo.

95- El Doctor James había comprobado que los animales durante el encierro tienden a volverse menos animales. No estaba seguro, eso sí, de qué rutas podían tomar sus nuevas conductas.

96- A mi hijo soy capaz de esconderlo en el momento en que me plazca.

97- Perros dejados a disecar que nunca fueron recogidos por sus amos.

98- En realidad, no había mucha diferencia entre su frente y su perfil. Los estragos propios de la muerte le otorgaban una sutileza que lo hacían casi inexistente. Era más un halo que una persona.

99- La presencia en su vida de la abuela fotografiada es uno de los recuerdos agradables que guarda de sí mismo.

100- No lo pude creer, pero Mario Bellatin comenzó a contarme su libro Salón de Belleza.

D. R. © 2014, Mario Bellatin
D. R. © De esta edición:
Santillana Ediciones Generales, S.A. de C.V., 2014
Av. Río Mixcoac 274, Col. Acacias
México, 03240, D.F. Teléfono 5420 7530
www.alfaguara.com/mx

ISBN: 978-607-11-3238-3
Conversión libro electrónico: Kiwitech

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana

www.alfaguara.com

Argentina
www.alfaguara.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.alfaguara.com/bo
Avda. Arce, 2333
La Paz
Tel. (591 2) 244 11 22
Fax (591 2) 244 22 08

Chile
www.alfaguara.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.alfaguara.com/co
Carrera 11A, nº 98-50, oficina 501
Bogotá
Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica
www.alfaguara.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.alfaguara.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.alfaguara.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.alfaguara.com/es
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos, Madrid
Tel. (34) 91 744 90 60
Fax (34) 91 744 90 19

Estados Unidos
www.alfaguara.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32

Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.alfaguara.com/can
26 avenida 2-20
Zona nº 14
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.alfaguara.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.alfaguara.com/mx
Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias
03240 Benito Juárez
México D.F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.alfaguara.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.alfaguara.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.alfaguara.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.alfaguara.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.alfaguara.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.alfaguara.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.alfaguara.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51